

DANTE

DIRIGENTES, DECENCIA Y WINES

PAN-



OBRA PERIODÍSTICA

ZERI

EDICIÓN A CARGO DE MATÍAS BAUSO



Lectulandia

«El fútbol moderno no existe. Solamente existe el fútbol en dos escalas cualitativas: bueno o malo».

Así de moderno, así de tajante y provocativo, así de claro fue siempre, a lo largo de sus casi cuarenta años de carrera periodística, Dante Panzeri (Rosario, 1921 - Buenos Aires, 1978). El más radical de los periodistas deportivos que dio este país fue también el más brillante y el más prolífico, y por eso, fuera de los dos libros que dejó escritos, el legendario *Fútbol, dinámica de lo impensado* (1967) y *Burguesía y gangsterismo en el deporte* (1974), este, *Dirigentes, decencia y wines* (según Panzeri, las tres cosas que le faltan al fútbol argentino) bucea entre miles de textos producidos para diarios, revistas, programas de radio y hasta boletines de circulación privada para ofrecer un muestrario fuera de serie, que por sí solo es capaz de establecer una cátedra de periodismo y a la vez sirve como necesario modelo para ver, amar y defender el deporte.

«Panzeri debe ser, además del más grande, el periodista especializado en deportes más mencionado y parafraseado de nuestro medio. Sepan que la mayoría de quienes lo hacemos no pasaríamos ni un mínimo examen de decoro profesional del Gran Dante. Obsesivo, contundente, ácido, genial, exponente único de un imprescindible realismo escéptico, Panzeri no fue para muchos que lo convivieron el mejor, sino el único».

Gonzalo Bonadeo

Lectulandia

Dante Panzeri

Dirigentes, decencia y wines

Obra periodística de Dante Panzeri

ePub r1.0

Titivillus 21.05.16

Título original: *Dirigentes, decencia y wines: Obra periodística de Dante Panzeri*

Dante Panzeri, 2013

Edición: Matías Bauso

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

«Al fútbol de hoy le faltan tres cosas: dirigentes, decencia y wines».

DANTE PANZERI

«Creo que una serie de hechos vergonzosos nunca ha desatado en el mundo tanta exasperación moral como desata en la ciudad en la que vivo la no venalidad de mi pensamiento».

KARL KRAUS

«La resistencia es difícil, y probablemente sin esperanzas. Sin embargo, el sistema, por la misma lógica de su sobreextensión totalitaria ha dejado libre un espacio: la posición del disidente, única figura de oposición posible en una sociedad sin oposición. El disidente es el problemático opositor en sociedades de totalitarismo consensuado, sea en su vieja versión, policial y oscurantista (viejos regímenes del Este) o en su formato iluminista, progresista, reluciente y moderno. (...) No cede al consuelo del colaboracionismo progresista y se mantiene en su reflexión crítica solo, estoicamente, le cueste lo que sea».

CLAUDIO URIARTE

AVISO SOBRE ESTA ANTOLOGÍA

El trabajo periodístico de Dante Panzeri es inabarcable. Hasta el año 62 escribió decenas de páginas semanales en El Gráfico. Luego de dejar la revista, el promedio ronda entre seis y ocho notas por semana en diferentes medios. Habría que agregar sus columnas para programas de radio y sus intervenciones en noticieros televisivos (en ambos medios guionaba los editoriales), más la tarea de comentarista de los principales partidos en diversas radios. Todo esto habría que multiplicarlo por cuarenta años de trabajo. Más o menos 15 000 colaboraciones. Un número asombroso. De ese corpus, la presente antología selecciona una parte proporcionalmente ínfima en cantidad pero que pretende ser representativa de sus temas y estilo.

La enorme imagen de Panzeri descarga su sombra sobre el periodismo deportivo argentino. Se muestra con orgullo, se enarbola su ejemplo. Citarlo confiere autoridad. Pero se lo conoce poco.

Uno de los persistentes temores al iniciar este trabajo era determinar si la obra periodística de Panzeri estaba a la altura de su propia leyenda. Sus artículos, con el transcurso de los años, se convirtieron en míticos. Había que rastrear hemerotecas para acceder a ellos. Su trabajo en El Gráfico era el más accesible, pero todo lo que escribió en los diarios quedó bastante relegado.

Aquí se ha hecho una de las infinitas selecciones posibles ante lo profuso de su obra. Al modo de los box set musicales en los que en varios discos se encuentran las canciones más exitosas de un grupo, junto a joyas que habían quedado perdidas y con el agregado de tomas que se mantenían inéditas, esta compilación incorpora notas que tuvieron mucha relevancia, otras que pasaron desapercibidas a pesar de su valor y unas pocas que nunca se publicaron. Se intentó cubrir sus principales temas. Y también los diversos modos en los que ejerció la profesión: el análisis sereno y prolongado, la crítica futbolística, la denuncia, las invectivas y hasta dosis de humor (que no fueron pocas). Como muestra de su trabajo en otros medios se rescataron algunos guiones de sus intervenciones radiales y televisivas. Por otra parte, se agregan dos piezas inéditas sobre el Mundial 78; una de ellas, la transcripción de su encuentro con el vicealmirante Lacoste. Se incorpora también una antología de su correo de lectores en El Gráfico («Usted tiene la palabra, lector») en el que destrata a lectores y expone con desparpajo sus puntos de vista. El capítulo final es un «Diccionario Panzeriano» que contiene definiciones desperdigadas en artículos que no fueron seleccionados para este libro.

Que nuevamente circule la obra de Dante Panzeri^[1], que parte de su trabajo periodístico esté accesible otra vez permite esperanzarse con que vuelva a ser leído (e imitado).

EL HOMBRE QUE SE MOVÍA ENTERO

Por MATÍAS BAUSO

(A mis dos V).

«Si otra generación tuviera que reconstruir al hombre a partir de sus escritos más sensibles, pensaría que se trataba de un corazón con testículos. Un corazón con escro»

G. C. LICHTENBERG

Esta es una historia de ideas, convicciones y una cierta cantidad de prejuicios.

Dante Panzeri era un cabrón. Tenía un carácter complicado. Era, también, entre otras cosas, testarudo, implacable, rígido, algo dogmático, obsesivo y difícil de llevar. Desde su salida de *El Gráfico* duró poco en la mayoría de sus trabajos. Su estilo literario es enrevesado y barroco. Es repetitivo. Sus obsesiones se parecían a manías. A la mayoría de sus amigos los fue perdiendo en el camino. Poco veía del costado épico del deporte. Sus inclinaciones políticas se alejaron siempre de lo popular. Era impiadoso con sus enemigos, los atacaba sin permitir tregua alguna. *El Gráfico*, mientras él lo dirigió, bajó sus ventas. Odiaba realizar entrevistas a los deportistas. Sus posturas muchas veces se excedieron en conservadurismo. Su crítica peca de impiadosa, pocas veces posaba una mirada cariñosa sobre el personaje inspeccionado.

Alivianados ya de la carga, alejadas las sospechas del panegírico o de la hagiografía podemos adentrarnos en la historia de Dante Panzeri, el periodista deportivo más importante de todos los tiempos —hay que resistir la tentación de eliminar el adjetivo deportivo de la frase.

Dante Panzeri era honesto, valiente, veía más allá que los demás y hacía escuchar su opinión: básicamente, un periodista.

Unos pocos datos biográficos

«Allí donde las virtudes crecen salvajemente».

Nació el 5 de noviembre de 1921 en Rosario. Tiempo después su familia se trasladó a la provincia de Córdoba. Se instalaron en el pueblo de San Francisco, cercano a la frontera con Santa Fe. A los pocos años perdió a su padre. Tan solo estudió hasta sexto grado (último curso de la escuela primaria en esos tiempos). Luego tuvo que salir a trabajar para ayudar a su madre. Repartió fiambres en su bicicleta hasta que entró de mandadero en un diario. Y un día le encomendaron una nota, su primer trabajo periodístico. Le gustaba jugar al fútbol en las calles polvorientas de su pueblo. Y después del partido conversar sobre las jugadas con sus amigos. Se acercaba al bar del centro los domingos por la tarde para escuchar las transmisiones radiales. Autodidacta a la fuerza, eligió como maestro a *El Gráfico* y sus redactores: Chantecler, Last Reason, de Soiza Reilly, Borocotó y Frascara.

Ejerció su profesión desde el año 1938 hasta que murió, poco antes del Mundial 78. Cuarenta tercios años de verdades y luchas.

Algunos de los medios en los que se desempeñó: *El Gráfico, El Día, Crónica, Así, La Opinión, El Ciclón, Fletes, Satiricón, Chaupinela, El Ratón de Occidente, Análisis, Confirmado, La Prensa, Teleonce, Actualidad* (San Francisco, Córdoba), *La Voz de San Justo* (San Francisco, Córdoba), *Debate* (Córdoba), *Campeón, Gazeta deportiva, Canal 13, Canal 7, Radio Nacional, Radio Municipal, Radio El Mundo, Radio Rosario, Radio Belgrano, Radio Splendid, Radio Porteña y Radio Argentina.*

Viví. Vi a muchos poderosos preocupados por mi cabeza, a agencias de publicidad organizando mi desprestigio; a muchos delincuentes con el antifaz arrancado. Viví todo eso y mucho más. Viví, en suma.

De su vida personal no dejó conocer demasiado. Se casó grande con una joven italiana que conoció en ocasión de su viaje a los Juegos Olímpicos de Roma. La vio pasar por la calle, la persiguió y la invitó a tomar algo. En esa misma ocasión le aseguró que se iba a casar con ella. Más de dos años después y luego de cientos de cartas que cruzaban el Atlántico, la joven de veinticuatro años llegó a la Argentina, sin saber casi hablar castellano, para casarse con el periodista. Vivieron felizmente hasta la muerte de Dante. Tuvieron dos hijos, Sandro y Flavia. A los que educaron entre el cariño y la severidad y a los que se les inculcó que lo normal es hacer bien las cosas, con dedicación y honradez.

En 1977 le descubrieron cáncer de pulmón. Siguió como pudo entre tratamientos, dolores físicos y desplantes de sus colegas y patrones. El Mundial 78 se avecinaba. Él, maltrecho, seguía en pie. El único que se oponía al monstruo, que se había convertido en la gran ilusión de los argentinos. A Panzeri seguía pareciéndole un despilfarro y además sostenía que iba a dar ocasión para sacar lo peor de nosotros. No

se equivocó. Pero no llegó a verlo. Murió el 14 de abril de 1978. Apenas a cuarenta y cinco días del comienzo del campeonato del mundo.

Pocos acudieron al sepelio. Del fútbol apenas Peucelle, Pedernera, Duchini y alguno más. Unos escasos colegas y su familia. Amigos de otros ámbitos. Y casi nadie más. No es extraño. Los fastos oficiales, las necrológicas laudatorias y las multitudes son para los muertos consagrados e inofensivos. Panzeri murió como debía: sin apoyos, relegado, sumido en la oscuridad y la incomprensión. Uno de los precios por no ceder, por ser fiel a sí mismo hasta el final. La valoración, necesariamente, debía ser posterior. Su obra y su ejemplo debían sedimentar.

A la noche me acerqué a la sala donde lo velaban. No había más de quince personas, quizá menos, y eran las once, la hora más apropiada para este tipo de visitas. Me acerqué a Ernesto Duchini, el viejo descubridor de un sinnúmero de pibes en los potreros de Buenos Aires y sus vecindades, que luego, hábilmente guiados por sus enseñanzas y consejos, se diplomaron de *cracks* indiscutibles.

—¿Qué tal, Don Ernesto? ¿Hace mucho que vino?

—No, hace un ratito. Me lo dijo mi señora cuando llegué a casa, me cambié y aquí estoy. No lo conocía personalmente, nunca hablé con Panzeri, sólo leía sus notas y lo escuchaba por radio y por televisión, pero yo le debo mucho.

—¿Qué clase de deuda?

—De gratitud. Yo siempre jugué al fútbol, y después me hice entrenador. Usted sabe que el ambiente del fútbol no es de los mejores, hay muchas cosas raras, es fácil corromperse, las tentaciones se presentan a cada rato. Pero yo me les escapé a todas gracias a Panzeri. Yo leía como atacaba la suciedad del fútbol, como desnudaba la corrupción, cómo señalaba a los que no se portaban bien, y entonces empecé a temerle, pero no con miedo sino con respeto. Y me preguntaba a mí mismo, cuando me parecía que algo de lo que iba a hacer no era lo mejor: ¿Qué escribirá Panzeri de mí si se entera? Seguro que me tratará de caradura, que le hará saber a todo el mundo que soy un mal jugador o un mal entrenador, y entonces me voy a morir de vergüenza, no podré salir ni a la calle. ¿Se da cuenta ahora de por qué estoy aquí? Si no le pude dar las gracias antes, cómo no se las voy a dar hoy para que me escuche, aunque sea muerto^[2].

Una conjetura

«Para justificar a un hombre es suficiente con que haya vivido de manera tal que, gracias a sus virtudes, merezca el perdón de sus culpas».

G. C. Lichtenberg

Imaginemos que alguna vez se haya querido filmar una biopic de Panzeri. El director de esa hipotética película debería haber sido John Ford o algún otro que represente el cine clásico americano. Es el personaje ideal, casi arquetípico del buen Hollywood. El héroe solitario, que se enfrenta al sistema, que gana espacios y los pierde por la mezquindad y bajeza ajenas. Sus acciones, positivas para el resto, en lugar de posicionarlo mejor lo alejan de los demás. Va quedando cada vez más solo. Su propio accionar lo condena. Él mismo atenta contra su inserción. El héroe individual que no congenia con el resto, que choca con su entorno, que tan bien funciona en el cine y tan doloroso resulta en la vida real.

Temas y pasiones

«Donde la moderación es un error, la indiferencia es un crimen».

G. C. LICHTENBERG

Los temas de Panzeri: el fútbol, los modos de jugar, la verdad, el coraje, la decencia, el periodismo.

Más allá de todos sus logros puntuales, la figura de Panzeri adquiere mayor relevancia cuando se consideran las consecuencias de su paso por la profesión. Fue un verdadero mojón de la actividad. Marcó un claro punto de quiebre. Mostró el camino y autorizó, con su ejemplo, a que se hicieran un sinnúmero de cosas; hizo posible y que el deporte se viera bajo otro prisma. Hay un antes y un después de Panzeri. «Es el responsable principal —reconoce Ariel Scher— de realizar un corte histórico en los modos de mirar, de contar y de entender el fenómeno deportivo en la Argentina».

Sus detractores insistían en que no le gustaba nada, que había perdido el gusto por el deporte. No es cierto. Habría que leer sus coberturas de los Juegos Olímpicos de

Roma o de los Juegos Panamericanos de 1955. O esos partidos y jugadores que lo emocionaban (Hungría-Brasil, el Santos, La Máquina). No ponía el foco en el costado épico del deporte ni en la emoción. Eso viene solo, no hay que agregárselo al deporte, es parte integrante de él. No necesita de énfasis suplementarios. Panzeri los evita, salvo en ocasiones excepcionales de belleza pura y súbita. Lo que ataca es todo aquello que impide que se produzcan esos momentos mágicos y bellos.

Fervores, amores, amistades y admiraciones: Carlos Peucelle, Adolfo Pedernera (por momentos), Pipo Rossi, Coco Rossi, Amalfitani, Ángel Clemente Rojas, Ricardo Bochini, Néstor Errea, La Máquina, Jorge Orth, el Santos, Pelé, Walter Gómez, Ernesto Lazzatti, Pierino González, Martín Pando, Fausto Coppi, Antonio Sastre, Chantecler, Alberto Laya, Félix Frascara, Astor Piazzolla.

Otra característica propia era la desmesura. Todo lo ejercía con autoridad e intensidad; aun cuando el evento no lo ameritara. Si ponía su foco en ello, toda su potencia, toda su ira recaería sobre el asunto en cuestión. En ocasiones hace recordar aquella frase de Sarmiento: «Una especie de disparate grande y noble, sublime a veces». Valiera o no la pena, no ejercía jamás la tentación de la indolencia. Esa es otra diferencia sustancial con varios de los periodistas deportivos de mayor renombre, quienes muchas veces despliegan su oficio en piloto automático. La intensidad estaba en su naturaleza, así como la intrepidez. A los treinta —cuando intenta llegar— y a los cincuenta —cuando no descansa en los logros y el prestigio—.

Enconos

«Al revisar mi diccionario de injurias, no encontré ninguna más acertada que el insulto árabe: ¡Mierda sobre tu barba!»

G. C. LICHTENBERG

La impiedad característica de Panzeri para atacar algo que no le gustaba debe matizarse con una aclaración. Movido por la perplejidad y la indignación, siempre su ojo se posaba sobre la gente importante, sobre los poderosos, sobre los número uno. Nunca se ensañaba con un cuatro de copas, con alguien insignificante. Creía que aquellos que detentaban una posición dominante o de mayor notoriedad tenían una responsabilidad mayor. En los casos en que no se hacían cargo de esa responsabilidad o que abusaban de su poder o prestigio, Panzeri descargaba todo el peso de su pasión

sobre ellos.

No se lo engañaba con facilidad, era un escéptico visceral.

Enemigos, odios, disgustos, rechazos y (algunas de las) personas y cosas a las que se opuso: Alberto J. Armando, Antonio Liberti, Aragón Cabrera, Juan Carlos Lorenzo, Osvaldo Zubeldía, Carlos Bilardo, todos los presidentes e interventores de la AFA, Renato Cesarini, los directores técnicos como raza, Guillermo Nimo y todo réferi poco decoroso, Fangio y sus vinculaciones políticas, Sanfilippo, Valentín Suárez, José María Muñoz, *El Gráfico* de Fontanarrosa, Bernardo Neustadt, los periodistas poco comprometidos, los gobernantes que utilizaban a los deportistas en beneficio propio, los chauvinistas, el boxeo, los tacticistas, los resultadistas, los tramposos, el Círculo de Periodistas Deportivos, el fútbol femenino, el peronismo, el Prode y todos los juegos de azar, la trampa del *off-side*, los noteros en los vestuarios o al costado del campo de juego, los periodistas que usan mal el lenguaje, las frases hechas.

Alberto J. Armando, hombre fuerte de Boca y del fútbol argentino por casi treinta años, tuvo su némesis en Panzeri. El contacto entre ellos era de larga data. Se conocían de su juventud en San Francisco. Panzeri denunció cada gesto abusivo de Armando, cada delito. El presidente de Boca le inició numerosos juicios. Solo ganó uno. A mediados de la década del sesenta irrumpió en medio de un programa de televisión para intentar impedir que Panzeri siguiera con sus denuncias. Dante publicó también que el proyecto de la Ciudad Deportiva de Boca terminaría siendo una estafa. La leyenda asume que Armando influyó en la pérdida de varios de los trabajos del periodista, a través de sus presiones (suspender auspicios) e influencias. Sin embargo, las escasas veces que a Panzeri le parecía acertada una iniciativa de Armando (como cuando quiso establecer un canon para los relatos radiales), la apoyaba sin importar de quien provenía.

El Gráfico

«Entonces, cuando el alma aún era inmortal».

G. C. LICHTENBERG

Su ingreso a la revista tiene ribetes míticos. Pero sólo se trata de cómo se hacían las cosas, de la forma en que se vivía en la década del cuarenta. El Chueco Enrique

García, un *wing* izquierdo extraordinario, ídolo de Racing y figura en la Selección Nacional, lo introduce en *El Gráfico*. El chico que venía con ilusiones del mismo pueblo en el que el famoso jugador había soñado sus gambetas y sus goles, fue presentado a los dos periodistas más respetados del momento, Borocotó y Félix Frascara. «Este pibe sabe más de fútbol que ustedes dos juntos», dijo El Chueco. A partir de ese momento, Dante Panzeri se integró a la redacción de la revista deportiva.

Desde ese día yo pasé a ser «el muchacho que trajo El Chueco». Una cosa imborrable para mí. Que tanto como entermecerme me hace volver a ser tan feliz como aquella noche en que a las cuatro de la mañana fui hasta el frente de La Prensa a buscar la revista donde salía mi primer artículo. Compré tres ejemplares. Las manos me temblaban y no podía abrir la página donde estaba lo mío. Un ejemplar se lo llevé a El Chueco, en ese momento el Pelé argentino. Vivía en Caballito. En la calle Espinosa. Me regaló cien mangos de entonces. Yo sentía que el mundo era todo mío y me fui a cenar al Tabarís como un turista extranjero. ¡La farra costaba cinco mangos con todo incluido! ¿Te imaginás lo que era para mí El Chueco, aparte de superdotado con la pelota? Ahora es al revés: los periodistas ubican jugadores en los clubes. Y curran con ellos.

Sus primeras notas fueron sobre fútbol, sobre partidos nada relevantes. Las firmaba con seudónimo: Pedro Baldío. Aunque la aparición inicial en esas páginas la hizo siendo adolescente. El joven entusiasta escribía cartas a la revista desde San Francisco, algunas de las cuales llamaron la atención de Chantecler^[3], quien las publicó y hasta llegó a responderlas.

Luego le encomendaron las páginas de natación y de ciclismo. El ciclismo tenía una larga tradición. Se podría asegurar que era el cuarto deporte en importancia detrás del fútbol, el boxeo y el Turismo Carretera. El cronista de ciclismo previo había sido el redactor estrella de la revista. Demasiado famoso (tal vez el periodista deportivo de mayor celebridad hasta la aparición de Panzeri) y el principal comentarista de fútbol del momento, Ricardo Lorenzo Borocotó no quería más llenarse de polvo y barro persiguiendo bicicletas y esforzados ciclistas por rutas recónditas de todo el país. Sus relatos rebosaban de épica y de historias de vida^[4]. Panzeri llegó sin la menor voluntad de copiar a su antecesor. No podía diferenciarse más. Denuncia irregularidades, pequeñas trampas, negligencias de la dirigencia y narra las carreras casi como un evento cotidiano. Su estilo causó, al comienzo, un cierto rechazo. Pero desde esas páginas de natación y de ciclismo, Panzeri fue consolidando su firma. Ya se hacía notar. Pero, sin lugar a dudas, el gran salto se produjo cuando pasó a comentar los partidos principales del fútbol argentino.

Es en las páginas de fútbol de *El Gráfico* donde Panzeri empieza a ser Panzeri. Esa voz peculiar rápidamente se diferenció del resto. El lector comenzó a buscar su

opinión. Muy pronto se instaló la pregunta en el imaginario popular: «¿Qué dirá Panzeri?». Se sabía que la crítica de Panzeri iba a hacer foco sobre cuestiones que los demás periodistas, los de las radios o los de los diarios, no habían visto o preferían no ventilar. Él defendía una idea, una concepción del juego que ningún resultado o título iba a poder modificar. En 1961, Racing ganó el campeonato con mucha comodidad, con una importante diferencia de puntos respecto al segundo. Eso no significó que Panzeri opinara que el equipo era bueno o que jugara bien. Era el equipo que más puntos había sacado pero había jugado tan mal como los otros.

Durante décadas *El Gráfico* salió los días sábados. En los años cincuenta llegaba a los quioscos los jueves. En los últimos meses de Panzeri como director, los avances técnicos permitieron que la revista llegara los martes a la noche a los lectores. Sin embargo, varios de los pliegos de la revista, los que no eran de actualidad (52 de las 84 páginas de una edición normal), se cerraban casi con dos semanas de anticipación. Con la tapa sucedía lo mismo. Aunque la posible pérdida de actualidad de la portada no era un tema que preocupara en demasía a Panzeri. La tapa de *El Gráfico* había que merecerla. Nadie que saliera en tapa podía estar desprestigiado por un resultado en quince días. Por ejemplo en 1960, Argentinos Juniors tuvo un gran equipo que se destacaba por su juego ofensivo (Canseco-Pando-Carceo-González-Sciarrá, recitarán los memoriosos). Aunque no se coronó campeón, Panzeri decidió homenajear su gran juego, no sólo comentando la mayor cantidad de partidos posibles de los «bichitos de la Paternal», sino que cinco de sus jugadores fueron tapa de la revista durante el año (siete si contamos 1959 y 1961). Un dato para contextualizar. Hubo que esperar casi dieciocho años y la aparición de Maradona para que Argentinos volviera a ser tapa de la revista. Pero los tiempos eran otros. Tanto habían cambiado *El Gráfico* y su criterio (solo se imponía lo comercial, táctica que se mostró fructífera durante un buen tiempo, pero que a la larga lo puso al borde de la extinción y en una merecida intrascendencia) que cuando el equipo de La Paternal fue Campeón de América en 1985, la dirección de la revista no consideró que ese logro ameritara ser tapa.

La tapa de *El Gráfico* consagraba. En el correo de lectores, le preguntaron alguna vez si algunos de los deportista pagaban para poder salir en tapa. Panzeri contestó, sin ironía, con gran enojo, que eso no era así. «La tapa de *El Gráfico* pretende y pretendió ser un blasón consagratorio de los deportistas», escribe. Y en algún escrito posterior sostiene que el día que se reemplacen los méritos por la popularidad como único criterio de elección, la revista iba a estar en problemas.

Es posible definir al periodismo (o al periodista en particular) según su relación con el poder. Así se observa que *El Gráfico* que dirigió Panzeri y el de Fontanarrosa-Vigil (h) —o el de los treinta años posteriores— son dos revistas que no tienen nada en común más que el nombre. El de Dante Panzeri intenta influir en quienes deciden para que saneen y recuperen la tradición y la decencia; no se deja condicionar nunca y pretende, casi con inocencia, educar a su público. El otro *El Gráfico* es vocero y aventajado socio comercial de los poderosos. Tal como definió Claudio Uriarte en un

célebre artículo: «Los periodistas, que antes habían actuado como instancia de iluminación contra el poder, ahora le sostenían la linterna y prodigaban su elogio».

El Gráfico tenía una tradición de cambio de director (en realidad el título era Jefe de Redacción; el director siempre era, en todas las publicaciones de Editorial Atlántida, algún miembro de la familia Vigil). Alternaron durante años las principales figuras de la redacción: Borocotó y Frascara. De acuerdo con el carácter y los viajes del primero y con los vaivenes de los vicios del último. Años antes los escribas más relevantes de la revista habían sido Chantecler, José Martínez Vázquez, Juan José de Soiza Reilly y Last Reason.

El golpe fue tremendo. El nombre, la forma en que quedó registrado en la historia (uno de los mejores apelativos de nuestra historia por lo gráfico y contundente) lo dice todo: «El desastre de Suecia». Años de aislamiento, invictos sin competencia, crearon la ilusión de un fútbol inmortal e invencible. Bastó esa primera rueda en el Mundial 58 y la salida con la derrota por 6 a 1 contra los checoslovacos para asumir que el fútbol argentino llevaba décadas de atraso. Que la mejor época había pasado sin que la Argentina pudiera demostrárselo al mundo. Stábile como técnico, Amadeo Carrizo al arco, Pipo Rossi de centrojás y un Labruna de 38 años fueron los estandartes de la derrota. Suecia fue el cementerio de muchos mitos del fútbol argentino y de un modo de entender el juego, «La Nuestra». La revista debía asumir un cambio también. El público lector emparentaba la imagen de *El Gráfico* a la suerte de la selección nacional. La revolución que llegaba al fútbol argentino alcanzaba a la revista. Con sus dos referentes —Borocotó y Frascara— desgastados por la edad, los Vigil consideraron que era el momento de Panzeri. La renovación que declamaron los dirigentes del fútbol nunca llegó; pero Panzeri revolucionó *El Gráfico* y el periodismo deportivo. Le bastaron sólo tres años.

Sus colaboradores más cercanos fueron José González Peña (Pepe Peña), Osvaldo Ardizzone y Ernesto Lazzatti.

Pepe Peña era extrovertido, veía el fútbol de forma similar a Panzeri, buscaba siempre el impacto y tenía un sensacional sentido del humor. Se hizo conocido prontamente y sus diatribas tuvieron efecto. Huracán, tras una crisis de resultados, lo nombró director técnico. Su paso por la nueva profesión fue un fracaso rotundo. Duró pocas fechas en su cargo. A partir de ese momento se desvinculó de la revista (que durante su breve etapa como DT no lo criticó) y ante el crecimiento del prestigio de la imagen de Panzeri, comenzó a reclamar la paternidad de las ideas de este «nuevo fútbol». Cruzaron dardos varios meses y la amistad se rompió.

A Osvaldo Ardizzone lo rescató de la sección administrativa de la editorial luego de un almuerzo: «Abandoné el colegio secundario y me empleé en la administración de la Editorial Atlántida, en mi casa hacía falta que trabajara porque acababa de morir el viejo. Me ocupé de cuestiones contables, pero de esa época, es claro, cuando llevábamos los libros todos a mano y una caligrafía hasta con perfil. Un mediodía, me quedé charlando con Dante Panzeri, que entonces dirigía *El Gráfico*. Hablamos de

muchas cosas, pero sobre todo de fútbol, que a mí me apasionaba. Y al rato me dijo: “Mire, Osvaldo, si eso que me cuenta es capaz de escribirlo, entra en la revista”. Así lo hice y empezó mi vida de redactor de crónicas deportivas, después de notas más especializadas, los viajes, en fin, la vida profesional de una gran revista»^[5].

Ernesto Lazzatti fue una gloria de Boca. Un centrojás elegante y de buen pie, proveniente de Ingeniero White, que debutó en primera apenas tres semanas después de dejar su pueblo. Jugó (poco) en la selección nacional y fue cinco veces campeón, como jugador, con Boca. También se desempeñó como «administrador de fútbol del equipo de primera» (nunca quiso hacerse llamar director técnico) después de su retiro. Lo llamaban «El Pibe de Oro» y jamás fue expulsado de un campo de juego. Conoció a Panzeri y éste lo invitó inmediatamente a colaborar en *El Gráfico*. Fue uno de los puntales de la revista en esa época y el único que lo acompañó en su renuncia tras el *affaire* Alsogaray. «Mi última incursión en el fútbol fue como periodista en *El Gráfico*. Dante Panzeri y yo habíamos conversado mucho y le expuse mis ideas sobre el periodismo deportivo, sobre lo que yo creía que eran sus fallas y sus creencias. Él me dijo que yo tenía la obligación de decir ciertas cosas que sabía sobre fútbol y entonces fui a colaborar con él. Cuando Dante se fue, también yo dejé la revista», le contó Lazzatti a Osvaldo Soriano^[6].

En cada lugar en el que entraba a trabajar, provocaba una revolución. Su personalidad dominante y la repercusión de cada una de sus actitudes. Pepe Peña pidió la paternidad de las ideas revolucionarias de Panzeri y, de paso, criticó el cariz que estaba tomando *El Gráfico*. La respuesta de Panzeri fue darles varias páginas de la revista a los dos monstruos sagrados del periodismo y de *El Gráfico*: Borocotó y Frascara. Frascara fue contundente: «Lo único que puedo decir con precisión es que cuando Panzeri entró a la revista, las paredes temblaron».

En su papel de director de *El Gráfico* le dio mucha importancia a la fotografía, dentro de las limitaciones técnicas de la época. Pongamos, por caso, dos ejemplos. La selección jugaba su último amistoso antes de viajar al Mundial de Chile 62. Envío a Legarreta, mítico fotógrafo de la revista con una indicación precisa. Es más, le dijo que si quería podía invitar a la esposa al cine porque antes que el árbitro diera el pitazo inicial, él ya estaría fuera del estadio. La foto ya es clásica, como el epígrafe. Ocupó una página entera e ilustraba la nota principal de ese número que analizaba las pocas posibilidades de nuestro equipo en el campeonato del mundo. Mientras todos los fotógrafos tomaban la típica imagen del equipo formado, previa al partido, Legarreta se ubicó detrás de los jugadores y puso una pelota entre él y el equipo que estaba de frente a todos sus colegas. La pelota quieta a centímetros de los talones de Rogelio Domínguez, el arquero del equipo. El epígrafe era contundente: «El fútbol argentino ha estado y está de espaldas a la realidad. El fútbol ha quedado de espaldas al jugador. Chile está demasiado encima para que el fútbol argentino se ponga de frente a la realidad y la pelota delante de los jugadores». Segundo ejemplo: Clásico Independiente-Boca. El título, «¡Rechaza Navarro! ¡Devuelve Edson!». Dice:

«Acotaciones de Dante Panzeri». La bajada del título: «No. No hay error. No falta en esta nota el habitual comentario del partido. Allí está. Remítase a las fotos. Ellas son suficientes». Las fotos, obviamente, muestran borbollones, tumultos, jugadores chocando y siempre la pelota está fuera de campo.

Otra de las innovaciones que intentó imponer en *El Gráfico* fue la supresión de los seudónimos de los colaboradores. Dar la cara, firmar con nombre y apellido. A lo largo de la historia de la revista había sido muy usual el uso de la firma de las notas con seudónimo. Panzeri mismo firmó sus primeras colaboraciones como Pedro Baldío. Sólo pudieron mantener el seudónimo aquellos que ya lo venían utilizando (y se habían hecho de un nombre) como Banda Bow —especialista en remo— o Free Lance —Hugo McKern, el columnista histórico de *rugby*—. La otra excepción era el del hijo del dueño de la editorial, que como capricho escribía algunas notas de boxeo y *yachting*.

Gay Talese en *The Kingdom and The Power*^[7], su inmersión en el mundo del *New York Times*, cuenta que en una oportunidad los cuatro principales directores periodísticos del diario se encuentran fuera de la ciudad por diversos motivos. Y que estos al darse cuenta de la situación se asombran de que el diario salga igual la mañana siguiente. En su ausencia nada sucedió, «la gran maquinaria del Times estaba a punto de sacar otro número sin que ellos hubieran intervenido, como si fuese un buque moviéndose en la oscuridad», dice Talese. *El Gráfico* sin Panzeri, en esos años, no hubiera podido salir. Para ser más preciso: con seguridad hubiera llegado a los quioscos una revista deportiva titulada *El Gráfico*, pero su contenido hubiera sido muy diferente. La impronta del director teñía toda la revista. Cada vez que viajaba (Juegos Olímpicos de Roma, Mundial 62, algún Campeonato Sudamericano, una gira de la selección por Europa) sus artículos cubrían decenas de páginas de la publicación. Notas larguísimas de análisis, conversaciones con protagonistas, artículos de costumbres. Además, antes de partir, dejaba artículos imperecederos para cubrir varios números. La mayoría eran profusas estadísticas de la historia del fútbol nacional o de la selección; información que en esos años, era absolutamente inaccesible. Las diferentes secciones fijas, sin Panzeri en la redacción, se resentían sensiblemente. Está de más decir que en esos números no había ninguna nota que levantara polémica alguna o que enojara a algún poderoso.

El Desafío El Gráfico. Haga la prueba. Hojee un número de *El Gráfico* de décadas pasadas. Si no contiene la crónica de un hecho excepcional, algún relato de un evento histórico y sólo comentarios deportivos de un fin de semana normal, es seguro que usted pasará las hojas sin detenerse más que en alguna peculiaridad descubierta en la moda de los deportistas o en alguna publicidad. Pero si el número es de esos tres años, del interregno Panzeri, le darán ganas de detenerse en cada crítica, en cada polémica. Ahí existe un material que lo movilizará. Con el que estará de acuerdo o al que odiará con toda su alma. Casi sin darse cuenta se encontrará sonriendo ante la página o sacudiéndola con ira contra una pared.

En 1962, el fútbol argentino seguía sumido en la mediocridad y los malos resultados (y espectáculos). La mentada revolución intentada por los presidentes de River y Boca, Armando y Liberti, fue un fracaso. Millones dilapidados en jugadores extranjeros que poco rindieron y un maquillaje fallido en el rostro ajado del fútbol argentino. La selección cosechaba ese año un nuevo fracaso en el Mundial de Chile. Después de la debacle de Suecia, los directivos optaron por un modelo europeizado. Ya no más la improvisación y la bondad de Stábile. El fútbol internacional, decían, era otro asunto. Físico, de fuerza, meramente táctico. La opción lógica, y casi exclusiva bajo esa óptica era contratar como DT a Juan Carlos Lorenzo, con buenos antecedentes europeos. Argentina con un sistema novedoso obtuvo los viejos resultados: no superó la primera ronda. Si la anterior debacle de la selección en un mundial había marcado la llegada de Panzeri a la dirección de la revista, este nuevo cimbronazo creó el clima para el cambio en *El Gráfico*, cuyos directivos siempre procuraron acompañar el humor de los tiempos imperantes.

El Gráfico se modernizaba. La elección obvia para el despegue fue aprovechar la expectación de un River-Boca. La primera tapa de actualidad de la historia: Luis Artime, un instante después de impactar la pelota y un instante antes de empezar la celebración del gol; hay tensión y esperanza en su rostro. En cursiva atraviesa la imagen una palabra resaltada con signos de admiración: «¡Zapatazo!».

Antes de esta tapa, debido a las limitaciones tecnológicas de la época y a que todas las revistas de la Editorial Atlántida se realizaban en la misma imprenta, la tapa de *El Gráfico* se decidía y confeccionaba casi con quince días de antelación a su publicación. Fue el penúltimo número de Panzeri como director de la revista.

En la página 5, en medio de la amplísima cobertura del superclásico, aparece un recuadro titulado «Habla Alsogaray». Ese recuadro fue el detonante de la salida de Panzeri del puesto al que aspiró toda su vida.

La redacción está convulsionada. El superclásico, la novedad de la tapa. Ingresó Constancio Vigil, uno de los hijos del dueño. A veces colabora con la revista, un berretín. Firma sus notas con seudónimo: Cecilio de la Vega. Trae en la mano un escrito. Panzeri piensa que se trata del comentario de una regata o tal vez de la pelea del sábado en el Luna Park. Se apura a pergeñar una excusa para no publicarla. Ya está cerrando el número y la va a tener que corregir mucho, buscar fotos y sacar alguna de las notas ya pautadas. Vigil le dice, mientras le extiende el papel, que deben publicar eso en la página 5. Panzeri, ahora ganado por la intriga, toma el papel y lo lee. Un panfleto del ministro de Economía. Se niega a publicarlo. Le aclara que la revista es de ellos pero que no cuenten con él para avalar esa propaganda, que no tiene nada que ver en medio de una cobertura de un River-Boca. Y, al tiempo que toma el saco del respaldo de la silla y se dirige hacia la puerta, les grita que cierren el número como puedan, que la crítica del partido firmada por él no la pueden publicar junto a lo de Alsogaray. Hace lo único que puede hacer: rompe su artículo en varios pedazos y lo tira a un tacho de basura.

Las negociaciones siguieron una difícil semana. Panzeri pidió, casi como último deseo, determinar la tapa del siguiente número, su último número a cargo de *El Gráfico*.

Un jugador de fútbol caminando a cámara. Los pantalones de fieltro, bien altos, por encima del ombligo, la camiseta metida dentro, el gesto recio en la cara que le hace aparentar mayor edad de la que tiene. Así eran los de treinta en esos años. En el 62 esa foto tiene, al menos, quince años de antigüedad. No importó, igual fue tapa de *El Gráfico*. «Antonio Báez. Justicia para un olvidado», decía el epígrafe. Si existiera el improbable concurso de la revista con tapa más anacrónica de la historia, este número de *El Gráfico* merecería ocupar el podio. Fue el último número de Dante Panzeri como director de la revista. Su manera de despedirse no fue ni la venganza ni la desidia. Eligió la reparación de un error, la vindicación de una manera de ser, de jugar, de vivir.

Antonio Báez, crack de Platense, de River y del Ballet Azul de Millonarios de Colombia se había retirado del fútbol una década antes. Y nunca había sido tapa de *El Gráfico*. Panzeri, sabiendo terminada su etapa en *El Gráfico*, decidió ponerlo en tapa. Una despedida elegante. Y muy probablemente, una forma de sentar su posición en la disputa interna entre los propietarios de la revista y los periodistas. La antigüedad de la que era acusada la revista («No hay nada nuevo. Hay cosas viejas que estaban olvidadas», sostenía), estaba puesta de manifiesto en esa portada. Pero sólo para aquellos que fueran incapaces de mirar más allá. Lo que estaba diciendo Panzeri era que el fútbol bien jugado, más allá de las épocas, era uno solo. Y que no se debía olvidar esa premisa.

Él sintió que era su casa pero hacía más de quince años que había asumido que los dueños eran otros y que ya no iba a ser bienvenido. Hasta llegó a confesar que no leía más la revista. Pero su paso por *El Gráfico* fue imborrable. Y ambos, la revista y él, permanecieron blindados y unidos en el recuerdo colectivo. A pesar de ello, no deja de sorprender la reacción de la revista ante la muerte de Dante. No lo despidieron bien, fueron injustos. Les faltó, como tantas veces en esos años, grandeza. En el editorial, la famosa página 3 de *El Gráfico* durante los últimos sesenta y los setenta, mencionaron la muerte de Panzeri. Le dedicaron sólo un tercio de esa columna. El tercio inferior. Antes se ocuparon de temas más importantes, más relevantes para sus intereses y su agenda: el Mundial 78 y la política interna de la AFA. Ese pequeño obituario («Ha muerto Dante Panzeri», titularon y lo ilustraron con una pequeña foto) de no más de diez líneas esconde agravios y reproches. Remarca el editorialista las rabietas de Panzeri, las críticas constantes, las peleas. Lo que no pueden negar entre tanta mezquindad es su integridad. Esta nota, breve y sobria en apariencia, es una canallada que sólo encubre viejos rencores. Entre líneas se puede leer otra cosa, algo más que un desacuerdo o que la existencia de visiones diferentes: alivio por la flamante ausencia irreparable. Fue la última mención a Panzeri en esas páginas (casi la única también desde su salida de la revista en 1962).

No se acordaron de él en ninguno de los números especiales con los que *El Gráfico* acostumbraba celebrar cada cinco años (los números redondos) el aniversario de su fundación. Hubo que esperar hasta el nonagésimo aniversario y a que la revista tuviera otros dueños (ya no más los Vigil y Editorial Atlántida) para que se hiciera justicia y se le dedicara una página recordándolo.

Primera viñeta confesional. *En los ochenta existía una librería de usados notable sobre la calle Paraná casi llegando a Paraguay. La atendía un viejo entrañable. Su fuerte eran las revistas de las décadas del cuarenta, cincuenta y sesenta. Rico Tipo, PBT, La Cancha y, principalmente, El Gráfico. Tenía algunos números sobre largas mesas de madera sostenidas por caballetes, pero detrás de su escritorio (que oficiaba de mostrador) sobre un armario tenía casi todos los números de la revista separados por años. El viejo, del cual lamento enormemente no recordar su nombre, me tenía cariño. Lo enternecía que a alguien de no más de doce años le interesaran las revistas viejas, los antiguos héroes deportivos. Me llevaba más de quince revistas cada vez que concurría —todos los martes por la tarde— y siempre me cobraba lo mismo: 200 australes o su similar en la moneda que correspondiera. Fui comprando todos los números de los años en que mi equipo, Racing salió campeón. Primero los del Equipo de José, después los del '61 y el '58. Y allí mientras buscaba los goles de Pizzutti o las gambetas de Corbatta, me choqué con Panzeri y sus notas, sus gritos contra las mafias y el fútbol mal jugado. Un impacto tremendo. Que se animaba a denostar al campeón del torneo porque jugaba por debajo de sus posibilidades. Alguien decía algo en un idioma nuevo para mí. Y esa persona lo había dicho más de veinte años antes.*

Así y otros trabajos

«Hay hombres en los que incluso las palabras y las expresiones tienen algo propio (...) Se requiere mucha dignidad personal e independencia de alma para llegar tan lejos».

G. C. LICHTENBERG

Apenas dejó la revista, recibió numerosas propuestas para seguir escribiendo. Eligió dos que le aseguraron trabajo fijo durante muchísimos años. Se convirtió en columnista de *El Día* de la Plata, el *Diario Crónica* y la revista *Así*.

En un texto mítico explica por qué trabaja en *Así*. Era una revista sensacionalista que llegó a tener tres ediciones semanales con una tirada de 600 000 ejemplares cada una. Su estilo estaba netamente emparentado con su creador, Héctor Ricardo García, y con su otra criatura, *Crónica*. Los casos policiales, las catástrofes y los hechos de la farándula eran su fuerte. Entre toda esa sangre y frivolidad, Panzeri tenía dos páginas enormes atiborradas de texto en las que exponía con absoluta libertad su visión de las cosas. Explica que trabaja allí porque lo contrataron y porque lo respetan. No le imponen los temas y dejan que diga libremente lo que piensa. García en las tratativas previas le había aclarado que deseaba tenerlo en sus filas pero que no concordaba en nada con él.

Imponía sus condiciones. Él elegía de lo que hablaba. Y debía publicarse todo tal cual lo enviaba. No se podía modificar ni una coma, eliminar ningún párrafo, ningún epíteto. Si era invitado a un programa de radio o televisión, la condición era la misma. Integridad absoluta de su participación. Lo que se publicase o emitiese debía ser completo o nada. La única condición. No le interesaba con quien debiera sentarse o discutir, siempre y cuando su espacio estuviera asegurado, la posibilidad de expresar sus ideas sin recortes. Confiaba en que de esa manera su mensaje llegaría al público.

Panzeri confidencial

«Cabría imaginar un ser pensante al que le resultara más fácil ver el futuro que el pasado».

G. C. LICHTENBERG

En 1964, un excolaborador de *El Gráfico* llegó hasta Panzeri con una propuesta inusual. Deseaba poner en circulación una publicación dedicada íntegramente a Panzeri. Desde su alejamiento de la dirección de *El Gráfico* la presencia de Dante en los medios se había diversificado y dispersado. Además de sus espacios permanentes —en *Crónica*, *El Día* y *Así*— se sumaron colaboraciones esporádicas en revistas mensuales y el trabajo en radio y televisión. Laureano Villamañán tentó a Panzeri con una publicación que agrupara lo mejor de su producción mensual. Producción muy profusa si se tiene en cuenta que para cada uno de los medios de Héctor Ricardo García y para *El Día* escribía dos notas semanales. Lo que, en el improbable caso de

no haber colaborado con ningún otro medio, escribía al mes como mínimo 24 artículos. Más allá de su participación en los medios electrónicos.

La revista (si así se la puede llamar) se tituló *Panzeri Confidencial*. Se conseguía sólo por suscripción. Su presentación era austera. Hojas mimeografiadas tipeadas en máquina de escribir común sin ninguna diagramación especial. Sin demasiado espacio en blanco para que en esas pocas páginas (dieciséis) entraran la mayor cantidad de artículos. El arreglo comercial está explicitado desde un comienzo en sus páginas. Panzeri permite reproducir sus notas, Villamañán se encarga de todo lo demás y reparten ganancias.

No había nuevo material. Sólo recopilación de lo ya escrito. El compromiso de Dante era, como único aporte nuevo, responder al correo de lectores. En esas respuestas hay material memorable. Por ejemplo, los motivos que brinda sobre su participación en las páginas de *Así* o la explicación clara y contundente sobre su salida de *El Gráfico*. Con el correr de los números, los suscriptores fueron creciendo. De unos ciento sesenta iniciales se superaron los quinientos. Como forma de atraerlos, organizaban charlas exclusivas entre Panzeri y sus fieles en las que lo consultaban sobre todos los temas. Además, como un nuevo servicio (y como gran gusto propio) reeditó en las páginas de *Panzeri Confidencial* la sección que cerró durante años la revista *El Gráfico* (ocupó la última página que históricamente habitaba Borocotó con sus «Apiladas»): «El Hecho y el Comentario». Extractaba un título o un párrafo de alguna publicación deportiva, o una declaración de alguna figura, y en dos o tres líneas las destruía con sarcasmo, una práctica no tan usual por esos años.

La aventura del *Panzeri Confidencial* duró apenas seis números. Para que el esfuerzo fuera redituable necesitaban varios cientos de seguidores más. Pero, como se sabe, jamás las cofradías fueron demasiado numerosas.

Radio y televisión

*«Solía hablar con gran libertad en sitios donde ponían caras piadosas
y en cambio predicaba la virtud donde nadie más la predicaba».*

G. C. LICHTENBERG

En radio trabajó más de veinticinco años. Sus inicios los hizo en 1951 con una

audición (así se les llamaba) en la que interactuaba con un actor y una actriz. Los guiones eran minuciosa obra de Panzeri. El programa acercaba hechos deportivos al gran público y tenía una evidente intención didáctica. Explicaba las reglas de diferentes deportes y brindaba opiniones sobre los principales referentes de cada actividad. El papel del agrio, de aquel que no está de acuerdo con la opinión general, lo hacía el actor. Panzeri ponía en su boca los parlamentos más críticos. El programa no duró demasiado. Lo sacaron del aire tras una emisión en la que se trató el tema de los Primeros Juegos Panamericanos que se habían desarrollado en Buenos Aires, organizados por el gobierno peronista. La Argentina lideró el medallero con comodidad. La euforia era masiva. Pero llegó un joven Panzeri para decir que no era para tanto, que la localía ayudaba y que algunos países poderosos —y entre ellos el más poderoso, Estados Unidos— no habían mandado a sus mejores atletas. Todo esto dicho dentro de una conversación entre cuatro personas y en una radio pública. Fue su último programa radial hasta la caída del gobierno de Perón.

Su gran éxito radiofónico, el programa que se constituyó en hito fue *Fútbol al centímetro*. Las 3 P. Dante Panzeri, Adolfo Pedernera y Pepe Peña. Tenían una audiencia elevadísima. Al día siguiente, por las calles se comentaba lo que habían discutido la noche anterior. Opinaban sin filtro. Aportaron una nueva visión del fútbol. Esa línea que *El Gráfico* estaba predicando desde sus páginas, llegaba a oídos de todos gracias a la radio. Pedernera transmitía desde su autoridad de *crack*, Panzeri preocupado por imponer esta nueva visión y Peña aportaba desenfado y el don para *le mot juste*.

Fue a partir de este programa que se popularizaron muchísimas expresiones que hoy son de uso frecuente en el fútbol. Algunas de ellas pertenecían a la jerga de los iniciados, exclusivas del mundo del fútbol, y no habían sido difundidas por el periodismo grave y formal de la época. Otras eran fruto de las charlas futboleras de horas entre los protagonistas del programa con algunos ídolos del pasado como Peucelle, Bernabé Ferreyra o Lazzatti. Y también estaban aquellas que eran fruto del desparpajo y la invención de Pepe Peña («juega con un balde en la cabeza»; «tiene los pies redondos»; «piensa con un cubilete en el balero»; «es un pescador sin caña»).

Desde *Fútbol al Centímetro* llegaron para instalarse en el habla popular expresiones y conceptos como: abanico, volante, muelle, túnel, callejón, patear con la pierna cambiada, media agua, hacer una rabona, freno, realizar un cierre. Ellos explicaron sus significados durante años. Para el lector actual todas ellas tienen un significado (futbolístico) unívoco.

En una oportunidad, la radio eligió para inaugurar la temporada el mismo domingo que jugaban River-Boca. A la expectativa que generaba el programa habitualmente se le sumaba todo lo que provoca el clásico. El programa deportivo más escuchado (y de mayor prestigio) comenzaba a analizar el partido más importante del fútbol argentino, el que suele detener al país. Como siempre, la primera voz que se escuchó fue la de Panzeri: «El bodrio ha sido tan lamentable que

no merece ni una sola palabra», dijo. Los siguientes treinta minutos, los tres hablaron de otra cosa.

Fue comentarista de las transmisiones radiales de fútbol durante muchísimos años. Nunca en la radio líder, que durante décadas fue Rivadavia, en virtud de los relatos de José María Muñoz. Su relación con el gordo «Relator de América» no conoció de vaivenes. Siempre lo denostó. Representaba para él los peores vicios del periodismo deportivo. Con quien sí trabajó fue con un jovencísimo Víctor Hugo Morales: «Debuté en un partido que jugaron Nacional y la Selección Juvenil Argentina dirigida por Miguel Ignomiriello. El comentarista fue Dante Panzeri. Mis diecisiete años lo miraban de reajo mientras nos dirigíamos en su coche hacia Avellaneda. Ese hombre calvo, mesurado, era el periodista que más admiraba y ahora se distraía del tránsito por sacarme el trauma que tenía con mi garganta. “No me va a aguantar”. “Vos dale tranquilo, y si te veo mal, yo te saco del pozo”. (...) Panzeri era mi guía»^[8].

En televisión también participó en muchos programas. A principios de la década del sesenta, el público reclamaba su presencia en el programa que era sensación en el momento —y que se mantuvo con muy pocas variantes casi treinta años en pantalla — *Polémica en el fútbol*. Él siempre se negó a asistir. Por un lado, porque uno de los conductores era Carlos Fontanarrosa, excolaborador de *El Gráfico* (sería el director de la revista tras la salida de Panzeri y uno de sus más firmes enemigos); y por otro, porque el ámbito del programa, volcado al *show* y al escándalo, no permitían un debate de ideas como Panzeri pretendía. Su principal y más recordada participación en la televisión la realizó como columnista estrella de los noticieros de Teleonce (la etapa en que Canal 11 estuvo privatizado, al mando de Héctor Ricardo García). Guionaba prolijamente sus intervenciones de no más de cinco minutos que provocaban temor, ira, desprecio y un oculto sentimiento de envidia y admiración en los poderosos y famosos de turno.

Durante algunos años (los sesenta y los primeros setenta) fue el periodista deportivo con más cámara y más *rating*. Sus columnas en el noticiero de Canal 11 eran demoledoras. Las amas de casa lo escuchaban embelesadas. Si lo que escribía molestaba, hay que imaginarse lo que pasaba en la televisión. Cuando los canales fueron reestatizados, se lo volvió a ver poco. Las presiones fueron enormes. Él resistió, sus contratantes no.

Últimos trabajos

«El primer paso de la sabiduría: criticarlo todo;
el último: soportarlo todo».

G. C. LICHTENBERG

La década del setenta ya había agarrado impulso. Los tiempos eran otros. Menos serenos, más intensos. Un grupo de jóvenes, muchos provenientes del mundo de la publicidad y del humor gráfico deciden sacar una revista con un concepto novedoso para el país. Desenfado, bordeando los límites. Los nombres todavía no decían demasiado: Blotta, Cascioli, Tomás Sanz, Guinzburg, Abrevaya, Dolina, Mactas, Ulanovsky, Fontanarrosa y varios más. Necesitaban alguien para la página de deportes. Lo contactaron a Panzeri. Aceptó encantado. Desde las páginas de *Satiricón* su visión del mundo llegó a un nuevo público. Sus notas seguían causando conmoción. Luego de una larga clausura la revista retomó su actividad con Panzeri como crítico de espectáculos.

Trabajó dos años en el diario *La Opinión* de Jacobo Timerman. La redacción la integraban grandes periodistas y escritores. El diario tuvo un éxito enorme. Mucho texto, sin fotos, sólo ilustrado por los magníficos dibujos de Hermenegildo Sábat. Incorporó un nuevo lenguaje al periodismo argentino. El suceso fue efímero. Luego de un comienzo agitado, el apogeo no duró más de dos años. Pagó la heterogeneidad de la redacción y de los aportes accionarios. Su estructura quedó muy permeable a los avatares políticos que, en esa primera mitad de los setenta, eran más que vertiginosos. Las colaboraciones de Panzeri se encuentran entre lo mejor de su carrera. Alterna críticas de los partidos de la selección nacional, con notas sobre táctica, sobre cuestiones reglamentarias o semblanzas de viejos jugadores. La sección deportiva, dirigida por Andrés Bufali —también la integró un tiempo Osvaldo Soriano— había sido diseñada a imagen y semejanza de Panzeri. Polémica, con análisis, sin obsecuencia ni contemplaciones con los protagonistas. Su incorporación fue un hecho natural.

Cien días. Fue su último destino profesional. La jefatura de deportes de un diario tradicional y de tirada nacional como *La Prensa*. Se sabe del entusiasmo con el que encaró su tarea. Y de las condiciones que impuso. Si la dirección deseaba echar algún trabajador de la sección debía hacerlo antes de su arribo. Él no haría perder su trabajo a nadie. Sus colaboradores más cercanos debían ser contratados de inmediato y con un sueldo negociado por él mismo con sus superiores. La magra página deportiva de *La Prensa* se convirtió en sección típicamente panzeriana: abigarrada, profunda, polémica, poco propensa a la información superflua, con mucho análisis.

Segunda viñeta confesional. *Es anterior en el tiempo. Pero regresa al recuerdo varios años después. Mi abuelo Pedro compraba La Prensa. Un gesto de lealtad a los años de oposición a la hegemonía peronista de los cincuenta. El diario de los Gainza Paz, Iglesias Rouco y Manfred Shoenfeld en esos años. Un diario procesista (como*

todos los demás), aburrido y escuálido. Hasta que algo sacudió la modorra. La página de deportes —había días que la información deportiva no llegaba a cubrir siquiera una página— se convierte en sección comandada por Dante Panzeri. Recuerdo a mi abuelo en la mesada de mármol de la cocina leyendo el diario y comentando las notas de Panzeri y Lazzatti con la Spika rectangular recubierta con la funda de cuero negro pasando tangos. Si mi abuelo Pedro citaba a Panzeri, éste debía ser —sin el menor lugar a dudas— bueno.

En los últimos años, el medio lo fue relegando. Le retacearon espacios en televisión (fue columnista estrella de Teleonce^[9] mientras fue propiedad de Héctor Ricardo García, empleador suyo en *Crónica*, *Así* y Radio Colonia, quien siempre le dio libertad para publicar lo que quisiera), en radio y hasta en los medios gráficos. Se adentró tanto en lo podrido, en la denuncia incómoda, en la mirada lúcida, incursionó tan profundo que, muchas veces, fue quedando solo. Sin colegas. Sin editores. Sin lectores.

No obstante, alguien siempre lo convocaba. Fue *La Prensa* en su momento y antes *Satiricón* (y sus derivados: *Ratón de Occidente*, *Chaupinela*, *Mengano*^[10]). Al momento de su muerte había cerrado dos nuevos trabajos. Editorial Perfil lo había contratado para su revista estelar, *La Semana* para que sea el principal comentarista del Mundial 78 y siguiendo fiel a los jóvenes iracundos (que habían permanecido en el país) que lo convocaron para *Satiricón*, se comprometió a participar del nuevo proyecto del dibujante que él llevó a *La Prensa* para ilustrar las notas, Andrés Cascioli. La revista se llamaría *Humor*, sería mítica y en el primer número, aparecido quince días después del fallecimiento de Panzeri, le realizaría un homenaje.

Pero se debe reconocer que perdió el lugar central que había ocupado durante más de quince años. El humor social se había modificado. Su discurso molestaba más que nunca. Además, no aceptaba directivas, ni hacía concesiones. «Se había convertido en un paria porque comprometía a sus empleadores», recordó un colega. La admiración era unánime pero casi nadie lo quería en sus filas.

Coraje

«Eso que ustedes llaman corazón está bastante más abajo del cuarto botón del chaleco».

G. C. LICHTENBERG

Tenía mucho coraje. Nunca especuló en la conveniencia o no de hacer escuchar su mensaje. En algún momento se planteó la pregunta ¿era valiente o sus comentarios eran deliberadamente polémicos para conseguir notoriedad? Lo que hace valorar más su trayectoria y su discurso es el lugar desde donde los sostuvo. No era un francotirador que desde los márgenes ataca a aquellos que están en el candelerero. El discurso crítico de Panzeri fue realizado siempre desde un lugar central, casi estelar. Eso es lo que llama la atención. Que alguien tan crítico, de posturas tan radicales y de tanta lucidez, haya tenido tanta centralidad. Eso no solo habla del personaje, sino también de nuestra sociedad y de cómo ha cambiado.

Coraje quiere decir tener suficiente dosis de convicción para mantener un ideal. Cambiarlo ante la convicción de que aquella convicción estaba errada. Y suficientes reservas físicas y morales para seguir sustentando honrada y conscientemente las ideas, a sabiendas de que ellas no solo no serán compartidas por una gran mayoría, sino reprochadas por esa mayoría. Más aún: serán causales de que en su mayoría se encuentren frecuentemente puertas cerradas como represalia por pensar distinto a ella. Coraje es dosis suficiente de resignación contra puertas cerradas, ánimo bastante como para seguir sustentando lo que otros quisieran ver caerse. Tantas fuerzas espirituales para eso, como la debilidad que se necesita para ser pusilánime. Eso es tener coraje.

Criticar a un equipo cuando está en la cima, cuando acaba de consagrarse campeón del mundo, es valentía. Pero hacerlo desde el diario principal de la ciudad sede de ese equipo ya es heroico. Decía no sólo lo que nadie quería escuchar, sino que desnudaba lo que todos tenían delante de sus ojos y nadie deseaba ver. No había que opinar de acuerdo al resultado, insistía. La victoria debía ser honorable para poder celebrarse. Esa costumbre la había iniciado en el año 1962 también en *El Día* de La Plata. En una de sus primeras columnas comenta un partido en el que Gimnasia de La Plata derrotó a Boca. Con ese triunfo el equipo de La Plata —dirigido por un amigo de Panzeri, Adolfo Pedernera— quedaba por primera vez en décadas como puntero del campeonato. Panzeri analizó el partido y dijo que Gimnasia ganó de casualidad porque jugaba mal y tenía peores jugadores que Boca. El escándalo fue mayúsculo pero solo fue un aperitivo de la trayectoria de Panzeri en La Plata. Con los años se convertiría en el principal detractor de Zubeldía, Bilardo y demás cómplices.

Otros buenos ejemplos. Escribió unos años en *El Ciclón*, la revista partidaria de San Lorenzo. En marzo del 72, el club repatrió al ídolo máximo de los que todavía se encontraban en actividad: José Sanfilippo. Panzeri escribe un larguísimo artículo titulado «Los caprichos del Nene». Comienza diciendo que Sanfilippo posee dos récords. El de haber sido goleador la mayor cantidad de campeonatos consecutivos (del 58 al 61) y el de mayor indisciplinas del fútbol argentino. Lo que sigue: un

detallado prontuario que va de 1956 a 1972 en el que describe más de veinticinco incidentes del goleador (expulsiones, inconductas, faltas de respeto, declaraciones inconvenientes, etc).. Algo similar ocurre con la selección nacional. Ante la ilusión del Mundial de Chile, él escribe en *El Gráfico* que hay que esperar lo peor, es decir nada. Las cartas de lectores protestando inundaron la redacción. El equipo no logró superar la primera ronda.

Lo han comparado con un francotirador, con un cazador. Él, cuando hacían referencia a esto, con una sonrisa triste, decía que «cazar no estaba prohibido». Panzeri es un cazador solitario. Pero fue quizá, por la magnitud, de sus rivales se lo puede comparar con un torero, que sale a matar pero dentro de ciertas normas inalterables, en público y con belleza. O, tal vez, lo más preciso sea seguir en el ámbito taurino pero cambiar de protagonista. Si se piensa bien, Panzeri puede ser comparado con el toro. Que sale a embestir con toda su nobleza a cuestras. Es indómito y tiene una fuerza extraordinaria. En cada tercio, lo van menguando. Primero, los picadores, después los banderilleros. Luego, los pases del torero. La espada escondida, esperando el último tercio. El matador se pavonea ante un toro al que ya hirieron otros. Pero hasta acá la analogía. Porque para que el torero clave su espada es necesario que el toro incline su cabeza. Con Panzeri no lo lograron nunca. No se le conoce ocasión en que haya inclinado la cabeza.

Los libros

*«Aquello tuvo el efecto que por lo general tienen los buenos libros.
Hizo más tontos a los tontos, más listos a los listos
y los miles restantes quedaron ilesos».*

G. C. LICHTENBERG

Publicó dos libros^[11]. Ambos resumen gran parte de sus preocupaciones y prédicas cotidianas. *Fútbol, dinámica de lo impensado* es un análisis del fútbol como juego, como elemento cultural. *Burguesía y gangsterismo en el deporte* es una frondosa recopilación de sus críticas a los diferentes estamentos del deporte profesional. El juego y la denuncia. La táctica y la corrupción. El arte y los dirigentes. Lo sublime y lo podrido. La esperanza y la cruel realidad.

Fútbol, dinámica de lo impensado es un libro raro, que no conoce antecesores y

que no ha tenido continuadores. Se mantiene solo y valioso a casi medio siglo de su publicación. Es un libro que permite pensar a un fenómeno popular como el fútbol desde otro lado. El gran mérito que posee es hacerse cargo de la increíble riqueza conceptual que tiene el fútbol. Esa riqueza, esa complejidad que muchísimas veces — casi siempre— queda oculta tras un resultado o bajo la excusa de la pasión.

Ese libro fundamental también posee una magnífica frase inicial. Una de las mejores de la literatura argentina. Un legítimo *cross* a la mandíbula con toda la violencia que predicara Arlt en su célebre prólogo. «Este libro no sirve para nada». Eso escribe Panzeri. Al principio y al final del libro. Contundencia y claridad desde el comienzo. Y para ser consecuente con su pensamiento utiliza su hallazgo para cerrar el libro. O para no cerrarlo, para darle una circularidad muy propia de su objeto de estudio, el fútbol. «Este libro no sirve para nada», escribe. Y se puede imaginar la cara del editor que solicitó el libro, al abrir el manuscrito y encontrar esa frase. Lo que le habían pedido era un libro guía. Paidós pretendía establecer una colección con manuales amables para un público general. «Cómo ver una película», «Cómo escuchar un concierto» y, entre otros más, el libro encargado a Dante «Cómo ver un partido de fútbol». Panzeri se apresura y deja en claro desde los primeros párrafos que no ha podido escribir el manual que le han solicitado. Que los libros no sirven para jugar al fútbol. Y, por si acaso, que nadie sabe de fútbol.

Y si de comienzos célebres de libros de no ficción se trata, viene al caso recordar el comienzo de *El periodista y el asesino* de Janet Malcolm. La norteamericana escribe: «Todo periodista que no sea demasiado estúpido o demasiado engreído para no advertir lo que entraña su actividad sabe que lo que hace es moralmente indefendible. El periodista es una especie de hombre de confianza, que explota la vanidad, la ignorancia o la soledad de las personas, que se gana la confianza de éstas para luego traicionarlas sin remordimiento alguno». La trayectoria de Panzeri contradice esa afirmación. O, si se quiere, constituya la excepción confirmatoria. Sus relaciones, sus amistades, sus intereses y actividades estaban subordinadas al periodismo, al ejercicio ético del periodismo. No sostenía amistades que debiera traicionar con alguno de sus artículos. Su deber era decir la verdad. Consideraba que la lealtad se la debía a su profesión. Nunca se hubiera ganado la confianza de alguien con tal de obtener una infidencia. Si alguna vez criticaba a un (ex) amigo era porque el otro había cambiado, había traicionado una forma de vivir.

Tercera viñeta confesional. No tendría más de quince años. En una mesa del fondo de una angosta y profunda librería de Corrientes. Una pila polvorienta de libros de Panzeri. De Fútbol, dinámica de los impensado. A precio de saldo. Un regalo. Lo llevé sin hojear siquiera. El peso del mito podía más. Primera edición de Paidós, de 1967. Estado impecable. La lectura al principio fue ardua. El estilo peleador, las repeticiones, la hostilidad evidente con elementos plenamente establecidos. ¿Cómo alguien puede ignorar la importancia de los directores técnicos?, pensaba. Poco a poco el libro va convenciendo al lector y el autor, un

personaje en sí mismo se va haciendo cada vez más querible. Página tras página una verdad (incómoda). Los libros de fútbol, escasos todavía en esa época, eran de dos tipos. O técnicos (aburridos, llenos de esquemas y de fotos que enseñaban — pretendían enseñar— a pegarle a una pelota) o amables y edulcoradas semblanzas de cracks o de hazañas recubiertas siempre de una épica artificial, que pintaban al deporte como un mundo perfecto y onírico. Pero ahí estaba Panzeri recordándole a un adolescente, veinte años después de haber escrito el libro, que todo era un poco más profundo y a la vez menos complicado de lo que querían hacerlo parecer. Mi primer contacto con Panzeri fue arduo pero inició un romance imposible de detener. Panzeri como droga pesada y peligrosa. Panzeri como adicción irrecuperable.

La frase

«Nuevas vistas a través de viejos agujeros».

G. C. LICHTENBERG

Así como Adorno ha sido poco leído y sin embargo se repite como mantra su frase: «No se puede escribir poesía después de Auschwitz», algo similar ocurre con el dictum de Panzeri: «Fútbol, dinámica de lo impensado». Si se googlea esa frase — una de las ventajas que ofrece la tecnología—, se puede observar cómo se repite incansablemente, en cualquier contexto y desde cualquier punto del arco ideológico del fútbol (si es que existe tal espectro). Pocos leyeron el libro de Panzeri y muchos lo citan. Se instaló como lugar común en nuestra cultura, siempre a mano para resolver un cierre dominical cuando se desea explicar que un partido se definió por un capricho del destino o por fuera de lo imaginado. Pero, seguro que el lector ya lo adivinó, la frase no tiene ese sentido en la obra de Panzeri.

Estilo

«Siempre prefiero al hombre que escribe como se puede poner de moda,
al que escribe como está de moda».

G. C. LICHTENBERG

Que Panzeri sea recordado hoy por esa frase célebre no deja de tener su costado injusto. Su estilo está lejos del aforismo, de la sentencia breve y contundente. Escribe, habitualmente, frases largas, subordinadas, acumulando información y conceptos. La síntesis no es lo suyo.

En los artículos de sus últimos años del diario *La Opinión* se encuentra otro Panzeri. El espacio acotado del diario, su rol de integrante de la redacción, la presencia de un editor permite leer notas más concisas, más tradicionales, pero efectivas.

Su independencia pertinaz tuvo como contracara que sus artículos periodísticos a veces fueran algo farragosos y repetitivos. Una de las condiciones que imponía al ingresar a un medio era que nadie podía tocar sus notas, que lo que él escribiera sería publicado sin modificaciones. Era inflexible en eso. Su temor, naturalmente, no era que le afectaran el estilo literario. Quería evitar la censura de los poderosos, aquellos a los que su mensaje molestaba.

Tipear una nota de Dante Panzeri es todo un desafío. Hay que detenerse a cada rato. Buscar las comillas, los íconos de las bastardillas y las negritas, utilizar las mayúsculas en medio de las frases. Detenerse a leer y releer varias frases para eliminar una coma de más o tratar de entender por qué los elementos de una misma enumeración en ocasiones están separados por una coma y en otras por un punto y coma. A veces hay que soportar que el Word con ese subrayado parkinsoniano en rojo indique que no conoce la palabra. Utiliza con mucha frecuencia los signos de admiración, los puntos suspensivos, la repetición de palabras y conceptos, las palabras (o frases enteras) en mayúsculas. Enfatiza, no deja lugar a segundos sentidos. Desea explicitar su mensaje, que no pase desapercibido. Salvando las distancias, ese estilo enfático, machacante hace recordar algunas páginas de Céline, esas sobre las que ironiza Bioy Casares: «A los lectores de Céline les gusta que les hablen a los gritos».

Entre sus manías, se puede recordar una estilística. Los equipos no jugaban contra otro o versus alguno. Tampoco se enfrentaban River y Boca. Cuando hablaba de un partido, los contrincantes sólo podían separarse con un guión. Lo mismo sucedía con los resultados. No era 2 a 0; escribía «2-0».

Algunos de sus artículos son verdaderos mamotretos. Largos y espiralados. Se toma su tiempo para decir lo que tiene que decir. Alguna vez llegó a publicar en el diario *El Día* seis extensísimas notas para desmenuzar las irregularidades de un Boca-River; a razón de dos notas por semana (martes y jueves), él seguía hablando de un partido veintiún días después de haberse jugado. En ocasiones su estilo es barroco,

afectado; otras veces, la indignación lo supera y los artículos parecen escritos con los dientes.

Jamás es elusivo, indirecto u oblicuo. Su escritura es muscular, agresiva. El lenguaje utilizado es potente. Cuando califica elige con cuidado las palabras a utilizar. No lo hace para agraviar, sino para actuar con justicia, para insultar con precisión a quien lo merece. No hay timidez en sus adjetivaciones. Tampoco piedad.

Unos pocos insultos, agravios, (des)calificaciones, injurias, adjetivaciones e improperios que contienen algunos de sus artículos: cuatrerros, prostitutas, contrabandista social, mafiosos, integrantes de una asociación ilícita, hipócritas, estúpidos, malsanos demagogos, estafadores, delincuentes, demente^[12], enfermo, energúmeno, inconsciente, enloquecido, furioso, enfermo de paranoia, persona peligrosa para los demás, casi digno de lástima, corruptor del orden social, inmoral.

Nunca estas duras calificaciones quedaban en el aire, todas tenían un destinatario preciso y era mencionado sin disfraces ni misterios. A cada insulto correspondía su nombre propio. Debió afrontar más de setenta juicios por calumnias e injurias. Sólo perdió uno.

Si se lee a otros periodistas deportivos de la época, sus inmediatos antecesores y contemporáneos, se observa a simple vista la notable diferencia. Es la misma distancia que existe entre el ajedrez y el juego de la oca. Los de Panzeri son como los escritos de un marciano. Pero tanta es su originalidad, el sesgo propio, que esa comparación se hace innecesaria. Sus artículos se valoran, se lucen por sí solos, sin necesidad del contacto, de la comparación con la producción de sus colegas.

En los escritos de Panzeri hay un temperamento y un tema. Una visión de «su» mundo sostenida con carácter y decisión, casi con obstinación.

El quiebre que produce es la incorporación de un nuevo lenguaje periodístico por su visión, por su función y por su estructura.

Cada párrafo, cada línea es inconfundible. Como si con apenas un puñado de palabras se forjara una marca única y personal, absolutamente original. Como si cada artículo llevara impresa su huella dactilar. Se parece solo a sí mismo. Lo que se ha dado en llamar: tener un estilo.

Coherencia

*«Esos hombres que se preguntan siempre
“¿No podría ser falso eso también?”».*

*Nunca dan su voto sin reflexionar.
Demos gracias a estos hombres
que al menos son capaces de desaprobarnos con
la cabeza cuando se quiere imponer algo».*

G. C. LICHTENBERG

Al transitar su obra periodística, que recorre cuatro décadas, sorprende la coherencia desplegada. Si bien en alguna oportunidad, modificó algún juicio de valor sobre el rendimiento o utilidad de algún jugador (el caso más notable fue la tardía valoración de Luis Artime, a quien siempre le destacó su integridad), no hay ni una contradicción en toda su producción. Ni una traición a su ideario en cuarenta años de carrera, de exposición pública. Una síntesis de esa conducta podrían ser los versos de Atahualpa Yupanqui que alguna vez Panzeri utilizó para cerrar una de sus notas: «Si me desmiento en la vida/ acuésteme de un hachazo...».

Era tan exigente, puso el listón tan alto que se quedó sin salida. No podía hacer otra cosa. Redobló tanto la apuesta siempre, que no podría tener otra conducta. Lo estaban esperando para saltarle a la yugular. Una contradicción suya sería más evidente que en el resto. Nunca les dio motivo. Su trabajo estuvo bajo el análisis minucioso de miles de detractores que se frustraron en su búsqueda.

Decencia

*«Es evidente que no puedo decir que nos irá mejor con un cambio,
pero sí que para mejorar debe haber un cambio».*

G. C. LICHTENBERG

Para Panzeri la división era clara, taxativa. El mundo se dividía entre las personas decentes y las que no lo eran. Sin grises ni estadios intermedios.

La frase la repitió muchas veces. Es una de las más conocidas de las escritas por él. «Revolución no es cambiarlo todo. Revolución es sanearlo todo». Dice bien Panzeri. Siguiendo este dictado, él (contrario a la ropa colorida, al pelo largo —«porras», como le gustaba llamarlo—, gorila: conservador) fue un revolucionario. Esa es la estela que dejó marcada en el periodismo argentino. Porque Panzeri

revolucionaria, quiere dar vuelta todo, contra todos. Pero ese dar vuelta todo es, como dice, sanear todo, querer poner cabeza para arriba lo que otros, los corruptos, han puesto cabeza para abajo. Insiste en que lo equivocado, lo sucio, lo ilegal se ha hecho costumbre, tan cotidiano que la gente lo acepta como natural. Lo frecuente no es necesariamente lo correcto.

Era un cruzado en favor de la decencia. Sabía que era indispensable para encarar cualquier actividad. La de dirigente, la de deportista, la de político o la de periodista. «En la alarmante corrupción de la conducta deportiva argentina —escribió— pareciera existir la conformidad de que la decencia es cosa de antiguos». Su lucha fue sin cuartel, solitaria, valerosa, a veces por carriles no idóneos, siempre emocionante.

En su desamparo infantil se sintió adoptado por *El Gráfico* y por el deporte. Esa revista, la que leía con semanas de retraso en San Francisco, fue su puerta de ingreso a un mundo soñado, con héroes y hazañas, un mundo que él eligió como propio. En sus años de juventud, Panzeri veía el deporte como algo grandioso. Y lo era. Por eso su acercamiento. Luego, el deporte fue empequeñeciéndose y él decidió que esa sería su lucha: no permitir (o al menos combatir a quienes lo hicieran) que se deprecie. Fue su modo de honrar al niño que había sido y de proteger a quien lo había protegido a él en medio del desamparo. Otra de sus maneras de ser leal a algo que él concibió como un amigo.

¿Qué es deporte? Deporte es juego limpio. Fair play entre chinos, indostánicos, argentinos, ingleses, musulmanes. No importa si por profesionalismo o amateurismo. Pueden ser deporte los dos (suponiendo que el segundo, el amateurismo, haya existido alguna vez, yo creo que no existió jamás). Pueden no ser deporte apenas se aparten de lo que tiene honor. Deporte es toda actividad física o atlética, de carácter competitivo, donde impere la justicia y una oportunidad semejante para todos, o aquella que procura una performance con fines recreativos y/o espectaculares, que sin atentar contra la salud de los protagonistas (boxeo, automovilismo, etc). en forma intrínseca a sus fines, propenda al mejoramiento físico, moral, intelectual y aun patrimonial y/o social de quienes lo practiquen.

Corrupción

«Me dan mucho dolor cosas que a otros sólo les dan lástima».

G. C. LICHTENBERG

Mira a su alrededor y se siente desolado. El panorama es negro. Su objeto de amor, el deporte, está camino a convertirse en un mero hecho mercantil. Nada queda de su espíritu. Y lo que le molestan no son los negocios que se hacen en su nombre. «Deporte y negocio (comercio) no son malas palabras. Tampoco son el comercio y la honradez», supo decir.

Los pases millonarios, los dirigentes que se enriquecían y tenían manejos de los clubes poco claros, las barras bravas, los pasaportes truchos para poder vender jugadores al exterior. Esas son algunas de las cuestiones que Panzeri denunció por primera vez, cuando nadie creía siquiera que existían. Décadas después esas son situaciones absolutamente cotidianas y consolidadas. Cuando Panzeri las denunció decían que era un exagerado, que no era para tanto.

El periodismo tenía su lugar destacado en la situación de putrefacción en la que el deporte se iba sumiendo de a poco. Panzeri lo gritaba: «Su culpa es no ser un rector porque prefiere ser cómplice».

Poco después, a metros de él, cuando estaba frente a las cámaras, el Gordo (Soriano) y yo lo oímos decir lo siguiente:

—Unos periodistas argentinos afirmaron la semana pasada que un ciclista local batió el récord mundial de velocidad en pista con un tiempo de...

A continuación, Panzeri explicó que había querido comprobar eso y lo había hecho el domingo último. Los televidentes y nosotros vimos entonces cómo había usado su auto, un Renault 12, adosándole una rueda de bicicleta y recorriendo primero la distancia mencionada por los triunfalistas a la velocidad del presunto récord y luego una más corta. Luego mostró dos cronómetros con sus respectivas medidas temporales y, con una expresión como si hubiera tomado un balde de aceite de hígado de bacalao, opinó:

—Cómo pueden ver, para hacer ese récord el ciclista argentino tuvo que andar a una velocidad de por lo menos 70 kilómetros por hora, lo que es imposible. Esto demuestra que los periodistas que afirmaron eso son unos mentirosos y unos chantas.

Luego de esa doble conclusión vino el *the end* del programa, las miradas admiradas que se cruzaron los técnicos de Canal 11, una cortina publicitaria y nuestro silencio respetuoso al mirar al legendario periodista que se nos acercaba^[13]...

Es el hombre de la vista de rayos X. No puede dejar de ver todo lo (malo) que sucede. A veces, hasta a su pesar. No se deja engañar, no lo puede evitar. Esa capacidad, como sucede con los superhéroes de los comics, es su don y su maldición. Nada se le pasa por alto; aquello que no funciona, lo que está corrompido, el que busca obtener una ventaja desleal, todo cae, inexorablemente, bajo su mirada. Ve más allá, por sobre la superficie de las cosas. Los hechos que a simple vista pareciera que

no presentan inconveniente o que para cualquier otro pasan desapercibidos, para Dante son flagrantes e imposibles de soslayar.

Tato Bores tenía en el escritorio desde el que descerrajaba sus monólogos una placa que decía: «Tato Bores. Actor cómico de la Nación». Panzeri podría haber tenido al costado de su máquina de escribir una chapa que dijera: «Dante Panzeri. Especialista en la parte escatológica del deporte».

Una reedición reciente de uno de sus libros destaca en su contratapa, casi como única información, su capacidad profética, de qué modo vaticinó con décadas de anticipación algunos cambios reglamentarios del fútbol, como la prohibición del pase al arquero y los tres puntos otorgados al ganador de un partido, entre otras cuestiones. Pero lo de Panzeri no se trata de capacidades adivinatorias. Esa habilidad tiene origen en su falta de complacencia no en una mágica clarividencia. Muchos de los problemas actuales del deporte, y del fútbol en particular, Panzeri los denunció y los atacó hace muchísimos años. Algunos de ellos estaban en estado embrionario cuando posó sus ojos sobre ellos. Algunos lo tildaron de exagerado, otros de alarmista. Hoy sorprenden sus aciertos. Sin embargo, no era adivino. La clave radica en que veía lo esencial de las cosas. Estaba siempre alerta y no se dejaba engañar por discursos engañosos o bienintencionados. En el embrión lograba ver, antes que nadie, el problema ya desarrollado. No menospreciaba ninguna desviación del espíritu del deporte, ni de las normas éticas del ejercicio de una profesión o para la vida ciudadana. La clave, quizá, radique en que poseía una innata incapacidad para subestimar delitos, engaños, trampas y negligencias.

En su archivo, varias carpetas están rotuladas como «Cartas». Las que se encuentran preservadas allí son de los mediados de los sesenta. Los lectores le escriben aluvionalmente. Le reconocen su coraje, la voluntad por cambiar la situación, le reprochan alguna opinión. Pero, la mayoría de las misivas son las que denuncian irregularidades e injusticias. Las que suceden en un club de barrio o en un ministerio de la nación. Los lectores (ciudadanos) acuden a Panzeri con esperanza. Saben que es el único que puede hacer algo por ellos, que su reclamo será escuchado. Junto con cada carta, Panzeri anexa en el archivo artículos, escritos judiciales, apuntes. Investiga cada denuncia. No publica aquello que el lector le hizo llegar por más espectacular que sea la denuncia si no lo puede probar y documentar (lo otro que, como norma inflexible, jamás publica son los elogios que le dedican los lectores). Primero investiga, chequea, elabora. Esas cartas en muchas ocasiones son los gérmenes de grandes notas. Una aclaración: muchas de esas comunicaciones contienen información sobre la vida privada de personajes públicos, la mayoría denostados por Panzeri (Alberto J. Armando, Sanfilippo o Valentín Suárez). Él nunca utilizó esa información; no es la materia con la que trabaja.

«La mayoría de los periodistas son incansables rastreadores de las lacras del mundo, de las imperfecciones de los países y las gentes. Los ambientes puros, sanos, las amplias zonas del planeta indemnes al vicio y a la locura distan mucho de ejercer

sobre ellos la fascinación que les producen las revueltas y los desórdenes...» Gay Talese.

Halagos

«La simpatía es una pésima limosna».

G. C. LICHTENBERG

No compra ni un buzón. Le tienen que demostrar muchas virtudes para que él aplauda. Demasiadas decepciones ha tenido. Entonces, descreo *a priori*. Con fundamentos, por los antecedentes. La contracara es que a veces tarda en descubrir a los nuevos talentos. Si se mira en retrospectiva, aquello que defenestró públicamente mientras los demás aplaudían, se puede constatar que tiene un altísimo nivel de eficacia y aciertos.

Era reacio, refractario al elogio. Al propio y a prodigarlo. Consideraba que lo que se hacía bien era lo correcto, una mera obligación.

Cuarta viñeta confesional. *Papá iba a la cancha con un grupo de amigos. Edades similares, profesiones diversas. El número fluctuaba entre cinco y siete. Se juntaban temprano y se ponían al costado de uno de los arcos. En esa época, la cancha de Racing tenía una particularidad única. Toda la parte inferior del anillo, la popular local estaba unida y bordeaba la totalidad del campo de juego. Es decir, había público local detrás de los dos arcos. Era gracioso ver apenas se realizaba el sorteo para la elección de los arcos, correr a la mitad del público y amucharse detrás del arco donde atacarían en ese primer tiempo Racing. En ese grupo de amigos había médicos, abogados, agentes de seguros, empresarios y hasta un oficinista que concurría a la cancha, invariablemente, de traje oscuro. Uno de ellos veía todo lo negativo, siempre preveía lo peor, estaba informado de cada movimiento del club y conocía a cada uno de los once rivales. Durante años creí que su nombre era otro que el que tenía verdaderamente. Se llamaba Jorge, le decían (y lo siguen llamando así hoy cuando lo evocan) Dante.*

Política

«Daría cualquier cosa por saber con certeza en nombre de quién se han cometido los actos que, según afirman públicamente, han sido hechos en nombre de la patria».

G. C. LICHTENBERG

Si la ponderación de Panzeri concita algo parecido a la unanimidad, también es cierto que gran parte de aquellos que reivindicaban su figura y tratan de que su obra no quede en el olvido, le reprochan sus posturas políticas. Lo sindicaban (algunos lo acusan) de «liberal, anticomunista y gorila». Lo cierto es que cada una de sus críticas, cada una de sus opiniones tuvieron algo en común: ninguna contó ni con el más mínimo respaldo político de un poderoso. Nunca estuvo cobijado por (en) un gobierno. Jamás tuvo cobertura alguna.

Los reproches provienen, principalmente, de su condición de no peronista. Según el habla popular podría sindicárselo como «gorila». Su aversión a los modos del gobierno peronista era notoria, jamás la ocultó. Luego de la caída de Perón en 1955, publicó algunas notas que hablaban de la esperanza de una «nueva primavera» para el deporte argentino. En algunos casos, se sospecha que las críticas a Panzeri por sus diversas posiciones políticas provienen del pecado de no ser peronista, demostrando así su escasa sensibilidad popular. Nadie ha sido jamás mejor o peor periodista por su adscripción a un movimiento popular o por su denostación (en realidad, quienes perpetran periodismo «oficialista» suelen ejercer mal periodismo). Su pecado de «no peronismo» para algunos resultó imperdonable.

Sin embargo, sería útil releer sus escritos para descubrir que aquello que criticara de los años justicialistas lo criticó cuando quienes lo llevaron a cabo fueron gobiernos de otro signo político. Así cayeron bajo el rigor de su pluma Frondizi, el gobierno de Illia y cada uno de los muchos gobiernos militares. No se amedrentó ante ningún poder.

Usted sabe que mi ideal de vida es el democrático (todos por todos). Lo que antecede no quiere decir que yo crea que después del gobierno peronista los que siguieron fueron mejores gobiernos. (...) Porque frecuentemente vengo diciendo, desde Aramburu hasta Frondizi, que los gobernantes cambian de nombres pero no de procedimientos de inmoralidad e indecencia. Que los militares y los clericales forman parte de esa descomposición del orden. Y esto último usted dice que yo no lo digo. Por decirlo fui retado a duelo por un militar. Y ese militar es gorila, no peronista. Pero se sirve del dinero de nosotros (suyo, mío, de todos) como los militares peronistas a su turno. De modo que le rechazo por mal informado el hincapié que me formula respecto

de mi comodidad para golpear al peronismo. Y en cuanto a mi incursión en lo político también se lo rechazo por considerarlo, opuestamente de cómo usted supone, UNA OBLIGACIÓN DE TODO PERIODISTA DEPORTIVO, tal como lo lee. Ya he dicho alguna vez que SOY PARCIAL. Trataré siempre de ser MUY PARCIAL (en la defensa de lo que yo creo justo). Lo que no soy y trataré de no ser jamás, es apasionado por alguna de mis ideas. Pero detesto el periodismo imparcial. En lo que le agradezco que me haya interpretado tan bien es en cuanto a darse cuenta de que yo no busco adeptos. Más aún: en algún caso me molestan. Puede que entre un adepto «incondicional» y un «enemigo»... prefiera el segundo.^[14]

En varias ocasiones escribió o declaró que votaba «por nadie», en blanco. Es muy probable que así fuera. Su independencia, la natural desconfianza y lo poco propenso que era a dejarse engañar permiten suponer que ningún candidato político merecería su confianza. Ninguna plataforma lo convencería. Panzeri sabía que los políticos sólo podían desilusionarlo, que en algún momento se traicionarían y que lo traicionarían a él y a la buena fe que depositó en ellos.

De innegables inclinaciones liberales perdió el trabajo de su vida por no querer que se publicase un panfleto improcedente en medio de «su» revista deportiva. El autor era el que en ese momento era el ministro de economía y el que siempre fue el paradigma del liberalismo argentino. No le importó. Sus ideas políticas y económicas eran afines a las de Alsogaray, sin embargo Panzeri no permitió que se avasallara su autoridad y que se mancillara su revista.

Durante el tercer gobierno de Perón reconoció las mayorías abrumadoras que lo acompañaban. Se mostró más optimista que lo acostumbrado. Luego, con el correr del tiempo, dejó que los hechos hablaran. No cargó las tintas, consideró que no había necesidad de subrayar nada.

Su principal inconveniente con la clase política era el uso desembozado que realizaban del deporte. La demagogia y la utilización política de algo que él consideraba (que debía ser) noble y puro. Eso mismo que Panzeri le reclamó al primer peronismo se lo reclamó al resto de los gobiernos que pasaron. Sospechaba del interés que súbitamente demostraban los gobernantes por los deportistas exitosos, por la necesidad de desembarcar en la AFA a través de presidentes o interventores (en esos años los gobiernos intervenían la AFA). Así se mofaba de Onganía y su intento por recuperar el favor popular yendo a ver partidos nocturnos de Copa Libertadores y de sus órdenes de arresto a jugadores que provocaban desmanes en los pocos partidos que veía por televisión; o denunciaba que el interventor de la AFA había sido nombrado en su cargo exclusivamente por ser el hermano del vicepresidente de la nación durante el gobierno de Illia, Carlos Perette, y que los antecedentes que se esgrimían como justificativo de su cargo se reducían a participar de la comisión directiva de un club de pueblo del interior de la provincia de Córdoba.

Fue de los precursores en señalar la dimensión política del deporte (y en vislumbrar los riesgos que acarrea el uso político del deporte). La conexión innegable que existieron de siempre entre las prácticas deportivas populares y los gobiernos de turno. La tentación de los políticos de quedar emparentados con los éxitos deportivos y con la admiración que provocan, viene de larga data. Panzeri nunca negó esa conexión. Repudió con constancia el aprovechamiento malsano y engañoso por parte de los gobernantes. Fue un persistente enemigo de las múltiples candidaturas a las que se presentaron gobiernos nacionales de todos los signos políticos durante décadas para organizar mundiales o juegos olímpicos. Consideraba que en el país existían necesidades básicas insatisfechas y que allí debía centrarse la atención de los funcionarios y el dinero público.

Abril de 1976. Recorte de un diario. Título: «El nuevo gobierno apoyará al Mundial 78». Manuscrito por Panzeri al costado del cuerpo de la nota: «Cambia el gobierno. Nada cambia si de jodas se trata».

Ningún gobierno se libró de sus denuncias, no fue complaciente ni obtuvo beneficio alguno de ellos, jamás brindó apoyo a funcionarios. No tuvo cobertura política en ninguna época. Panzeri nunca conoció de oficialismos. Fue un consuetudinario opositor, era su esencia.

No deja de sorprender en sus juicios, ante cada crisis o ante cada gobierno imperante, la extrema libertad con que toma posición, su absoluta independencia de criterios. Elude los clichés, encuentra costados originales a cada situación.

Por un breve período pensó que Francisco Manrique era un funcionario fiable. Se desilusionó rápido. Le criticó con ferocidad la iniciativa del Prode (detestaba todos los juegos de azar y las apuestas) que impulsó mientras era ministro de Bienestar Social. También la falta de ideas para combatir la creciente violencia en el fútbol, la connivencia creciente de dirigentes y barras. Manrique era un hábil declarante y solía atacar con dureza a quienes lo criticaban. Cierta día se enojó también con Panzeri. Lo citó para conversar. El encuentro fue breve. Panzeri concurrió con dos carpetas que le entregó al ministro apenas lo vio. Contenían propuestas para solucionar los problemas que aquejaban al fútbol. «Tome. Acá está todo. Si aplica esto, en una semana soluciona todos los problemas del fútbol. Pero no lo va a hacer. Si lo intenta, lo echan a los tres días», le dijo y partió.

Verdad

*«La costumbre es, en muchos casos, mala consejera.
Hace que tomemos la injusticia por justicia y el error por verdad».*

G. C. LICHTENBERG

Otro de los grandes temas de Panzeri, la verdad.

Borges en el final de Emma Zunz consigna que el relato de Emma era verdadero a pesar de sus falsedades porque verdaderos eran el tono, el odio y el pudor de ella. «La historia era increíble pero se impuso a todos, porque sustancialmente era cierta (...) Sólo eran falsas las circunstancias, la hora y uno o dos nombres propios». A muchos de los otros periodistas deportivos les sucede lo contrario. Ya nadie les cree, aunque las circunstancias y los nombres propios sean verdaderos. Porque Borges, como siempre, dio con las claves de la verosimilitud: el tono, el pudor y los sentimientos. Y la profesión, en muchos casos (no hay que ser injusto: existen y han existido varias excepciones) ha perdido muchas de esas virtudes, sacrificándolas en pos del impacto y del *show*.

Hay UNA SOLA cosa absolutamente necesaria en el periodismo: NUNCA MENTIR. En ese punto no hay casos particulares que marquen la excepción a la regla. Por mentira interpretamos siempre lo que nuestra conciencia no da por cierto, puesto que es sabido que no hay ninguna verdad definitiva.

Pareciera como si hubiera desarrollado un método casi infalible para determinar si estaba equivocado o no. Descubría estar en lo cierto al ver de dónde provenían los ataques contra él: de todos lados (pero principalmente de los poderosos). Dándole la razón a la frase de Jean Cocteau: «No se debe confundir la verdad con la opinión de la mayoría».

¿Qué decir? ¿Hasta dónde llegar? ¿Qué buscar? ¿A qué aspirar? Planteos éticos que el periodismo debe tener presentes en todo momento. Se escriben, casi a diario, largos análisis, intrincadas reflexiones sobre este tema. Panzeri, lo resume en apenas tres líneas, directo, sin vueltas, sin (auto)engaños: «Aunque siempre muy resistida, la verdad fue siempre respetada. La mentira es aplaudida, pero nunca respetada. Los periodistas tenemos que meditar cuál de los dos negocios es mejor».

Su batalla fue épica. Pero valga la paradoja, fue el primero que no se dejó cegar por la épica del deporte, por el brillo del campeón. Supo ver más allá, ir más allá. Se opone a la figura del periodista deportivo como creador de mitos y héroes. Las cosas, como son; o al menos como él las veía, que generalmente no era cómo las veían los demás. Fue por eso que no pudo glorificar la actuación de la selección de fútbol en el Mundial 66. En donde el resto del periodismo (y del público) veía héroes, él solo descubría a futbolistas (y en especial a un DT, Juan Carlos Lorenzo) que habían jugado sin grandeza ni ambición, con temor a perder, con facilidad para victimizarse

y con una conducta reprochable. Lo mismo sucedió con los logros del Racing de José y del Estudiantes de Zubeldía. Argentina por primera vez en la historia era campeón del mundo de fútbol. La gente salía a las calles a festejar, todos los medios tenían en sus portadas a los triunfadores. Pero Panzeri remarcaba que los éxitos se habían conseguido con malas artes, con actitudes antideportivas y no con buen juego. En el caso de Estudiantes, con el agravante de hacerlo desde las páginas del diario *El Día*, el principal de la ciudad de La Plata. A ese equipo lo rotuló como «una asociación lícita para obtener resultados ilícitos». Un concepto algo alejado del mote de «héroes» que le imponían los demás periodistas.

Periodismo

«La verdad tiene que superar mil y un impedimentos para llegar incólume al papel y de éste a la cabeza. Los mentirosos son sus enemigos más débiles. El escritor exaltado que habla de todas las cosas y las ve todas como otra gente honesta cuando no está muy bien en sus cabales; el conocedor de la naturaleza humana, superfino y afectado, que en cada uno de los actos de un ser humano ve y pretende ver reflejada su vida entera, y también el hombre bueno y piadoso que, en todas partes, cree por respeto y no investiga lo que aprendió antes de cumplir los quince años, y asienta lo poco que investiga sobre un terreno no explorado: éstos son los enemigos de la verdad».

G. C. LICHTENBERG

Había algo que amaba más que al deporte. Su verdadera vocación. El periodismo. Ese es su lugar en el mundo. En una redacción o frente a una máquina de escribir. Haciendo conocer su pensamiento, informando. Estaba convencido de que su profesión era un servicio social: el periodismo tenía la obligación de educar.

Le preguntan qué es la ética periodística. Responde: ética a secas.

A principios de 2012 se rescató un artículo inédito de Albert Camus, escrito en 1939^[15]. El texto había sido censurado en su oportunidad y luego traspapelado. Allí, Camus se refiere al periodismo libre. Le exige cuatro atributos: lucidez, desobediencia, ironía y obstinación. La lucidez para enfrentar los mecanismos de odio y de la mentira; la desobediencia o resistencia porque, sostiene, ningún espíritu limpio puede ser obligado a actuar deshonestamente. Y si bien existen situaciones

donde no se puede decir todo lo que se sabe, también es cierto que se puede rechazar el servir a la mentira. La ironía es necesaria para enfrentar a los poderosos, un arma muy eficaz según Camus. Por último, la obstinación. Panzeri, como todo buen periodista, ejerce esos cuatro atributos. Ve más allá que sus contemporáneos, no se rinde ante el poder, utiliza el humor en los casos en que es necesario y no sería justo definirlo solamente como obstinado. Lo más preciso: terco.

Desde su audición de Radio El Mundo, llamó contrabandista social al jefe de Policía. Lo argumentó: ya que no reprimía los delitos (que quedaban impunes) con el pretexto del fútbol y de ese modo defraudaba la confianza que la sociedad puso en él en virtud de su cargo. El jefe de Policía, naturalmente, no se lo tomó demasiado bien. Panzeri le propuso explicarle detalladamente su postura. La reunión duró tres horas. *«La misión periodística tiene algunas veces la satisfacción de comprobar que ha servido a la sociedad —escribió Panzeri sobre el encuentro—. Este fue un caso dentro del consiguiente desagrado que le produjo al jefe de Policía mi acusación de “contrabandista social” y el semejante que me causó tener que someterme durante tres horas a las explicaciones y argumentaciones del caso»*^[16]. Apenas cuatro horas después de la reunión, la AFA y la Policía Federal sacaron un comunicado conjunto anunciando nuevas medidas de prevención y castigo del delito en los estadios. Eran las que había propuesto Panzeri una semana antes en la audición en el que rotulaba al jefe de Policía.

Hizo lo que hoy se llama periodismo de periodistas. No retaceo críticas a sus colegas cuando lo creyó necesario. Sentía como su obligación resguardar la misión del periodismo. Apuntó y atacó a los interesados, ignorantes, venales, los que hacían mal uso del idioma, a los que eran permeables al poder, a los que no daban su opinión, a los tibios.

Periodismo deportivo

«Los periodistas han construido una capillita de madera que llaman Templo de la Fama donde todo el día clavan y desclavan retratos, con tal escándalo que nadie escucha sus propias palabras».

G. C. LICHTENBERG

José María Muñoz era su contrafigura. El otro estilo. La tecnología (conexiones

en todas las canchas, información precisa de los últimos resultados de cada deporte), los gritos, el poder, el efecto, el chauvinismo y los contactos con la Base Marambio. Otro de sus enemigos de siempre fue Bernardo Neustadt, desde sus tiempos de director de la revista *Racing*. Sus estilos eran diametralmente opuestos. Sus principios, también.

Criticaba al periodismo deportivo por su frivolidad, ignorancia, inconsistencias, negligencia, superficialidad y su poco apego por la verdad.

Igualmente periodista e igualmente responsable de su misión es el periodista deportivo. A él le cabe la obligación de pensar... para enseñar, para educar. El agrado o desagrado que suscite su tarea nunca deberá ser rebuscado, forzado ni especulado por el periodista responsable. Su misión en la sociedad es sociológica y pedagógica, no escenográfica. La coincidencia con las mayorías debe ser accidental, jamás rebuscada. El oficio es, acaso, oscuro; la obra rápida, el fin efímero; el instrumento imperfecto pero la misión es grande. El halago no es el fin. La misión no es simpática.

Aquello que José María Muñoz llevo por primera vez a la radio se extendió con celeridad a las diversas ramas del periodismo deportivo. Muñoz representaba la nueva era. Gritos. Lo superfluo, lo liviano recubierto con aires de grandeza y pátina de seriedad, el patriotismo, los lugares comunes, la pereza intelectual, el mal uso del lenguaje, los fuegos de artificio, la connivencia con el poder. Lo mismo puede afirmarse respecto de *El Gráfico* posterior a Panzeri, excepto por esos grandes cronistas que siguió conservando a lo largo del tiempo, profesionales que siempre podían contar de manera virtuosa una buena historia.

Por falta de voces, la suya resuena más profundamente. La situación era muy diferente a la del periodismo deportivo actual. No había voces disonantes. Panzeri no sólo fue el precursor sino casi su único cultor durante años. Se ejercía un periodismo más complaciente. En él no hay condescendencia, hipocresía o adulaciones; estados habituales del periodismo de la época. Son sus enemigos. Él no suele perdonar. Es impiadoso, inclemente. Toda su trayectoria fue una carrera contra la demagogia.

No comprendía algunas situaciones que en ese entonces recién nacían y que hoy se encuentran consolidadas. Observaba con asombro la manera en que los periodistas perdían credibilidad. «Hoy los medios mandan un periodista a cubrir un club, y en dos meses se convierte en periodista partidario, un vocero de los que manejan el club», decía.

En varias de sus notas habló de un tercer libro. Uno de los nombres posibles era *Diccionario de inocentes mentiras del fútbol*. A la manera del *Diccionario de Lugares Comunes* de Flaubert, pretendía mofarse de los giros idiomáticos, los clichés, las frases huecas y sin sentido que poblaban al periodismo deportivo. Antes de sus críticas demoledoras, de sus complejos análisis de juego con un vocabulario creado

para la ocasión, los comentarios de los partidos (tanto en la gráfica como en la radio) estaban repletos —no han dejado de estarlo— de lugares comunes, de frases altisonantes y carentes de real significado. Estúpidos eufemismos: «Las defensas superaron a los ataques», «jugó con entusiasmo», «volcaron todas sus energías», «vergüenza deportiva», «es malo pero cumplió».

Opinión

«Toda imparcialidad es artificial. El hombre siempre es parcial y hace bien en serlo. Incluso la imparcialidad es parcial. Él pertenecía al partido de los parciales».

G. C. LICHTENBERG

Ahí están sus opiniones sobre árbitros, arqueros, centrodelanteros y wines. Algunos de ellos, aplaudidos por periodistas y público, agriamente censurados por Panzeri. No le gustaban aquellos que buscaban su propio lucimiento, los que no eran solidarios o los deportistas enfermos de importancia. Era fácil saber qué opinaba Panzeri de cualquier tema. Solo bastaba leerlo. Allí estaría su opinión. Sin medias tintas, con contundencia y claridad. Exigía opinión a los periodistas. Dar su parecer. Que sean parciales, que juzguen de acuerdo a sus convicciones, que el lector sepa lo que piensan de cada tema tratado. No comprendía el fenómeno de esas notables revistas de mediados de los sesenta (*Primera Plana, Confirmado, Panorama*) que llegaban para instalar un nuevo periodismo: pulcro, súperinformado, absolutamente objetivo, sin opinión.

La gente confunde honradez con imparcialidad. Honestidad con prescindencia. ¡Cuántas cosas del idioma deforman la costumbre y la ignorancia!

Bohemia

«He mirado la lista de enfermedades y no he encontrado en ella las preocupaciones ni los pensamientos tristes: es una gran injusticia».

G. C. LICHTENBERG

Era un conversador voraz. Las sobremesas eran de extensión olímpica. Discutía, brindaba argumentos, reía. Siempre había una nueva anécdota, un nuevo tema de discusión. Los cigarrillos desbordaban los ceniceros, los manteles se iban manchando con el polvo gris de la ceniza que caía indolente. A pesar de ello, no representa al periodista de la época. Lo suyo no era la bohemia, la vida nocturna, disipada. Era metódico, ordenado, con una infernal capacidad de trabajo. Félix Frascara, uno de sus mentores en *El Gráfico*, periodista de grandes crónicas, de un estilo delicado y agudo, llegaba a la redacción cuando todos salían; su cara acusaba los excesos. Pero sus artículos se mantienen en el Olimpo de la crónica deportiva en cualquier idioma.

Las luces y la noche —diría mejor, la madrugada— una vez, resultan muy sanas para el cuerpo y el espíritu. Muchas veces, muchas madrugadas, fisuran el respeto que se deben los compañeros y debilitan la moral de una hermandad deportiva.

Tuvo una existencia ordenada, alejada de los excesos, con una vida laboral sumamente atareada, prolífica, sin contacto con la bohemia con la que se emparenta a esos años del periodismo, esas redacciones repletas de humo y las tenidas maratónicas en los bares cercanos al diario o la revista después del cierre. Otro aspecto que lo distancia de sus colegas es que no mantiene relaciones de amistad con los deportistas. Las excepciones las constituyen aquellos grandes ídolos de su infancia (Peucelle, Bernabé Ferreyra) o aquellos contemporáneos que integran una cierta aristocracia regida por él (Adolfo Pedernera, Ernesto Lazzatti).

Es más, está convencido de que los deportistas, por lo general, no tienen mucho para decir. Hablan con su cuerpo, con su *performance*. Nada encuentra interesante de lo que pueda decir un deportista. Sabe que son pocos los que tienen formación, pero principalmente está convencido de que son escasísimos aquellos que tienen interiorizada su actividad de tal manera que pueden expresar en palabras, traducir en conceptos sus secretos. Panzeri cree que los deportistas no son nada interesantes, aunque la actividad que desarrollan sea apasionante.

Esta postura trajo aparejado que detestara los reportajes a deportistas. Insistía en que se justificaban en contadas ocasiones, flagrantes excepciones. En *El Gráfico* en muy pocas oportunidades publicó entrevistas (Fausto Coppi, Di Stéfano, Fangio y

algunos pocos más). Esas grandes entrevistas, que luego serían marca registrada de la revista, brillaban por su ausencia en la época de Panzeri. El colmo de esta postura se dio en el Mundial de Chile 62. Como corresponsales de la revista concurren Dante, Lazzati y Osvaldo Ardizzone. Entre los tres comentaron todos los partidos del mundial. Sesudos análisis, críticas, diatribas contra la violencia imperante en el juego. Pero con todos los grandes protagonistas del fútbol mundial al alcance de la mano, la decisión de Panzeri fue la de no publicar ni una entrevista. Eso provocó malestar (uno más) entre los propietarios de la revista. Pero como si esto fuera poco, en una de las ediciones dedicadas casi por completo al mundial de fútbol, destinó siete páginas a un artículo firmado por Osvaldo Ardizzone (la leyenda asume que fue pergeñado con ayuda de Panzeri) de tono satírico que se burla de quienes dan, hacen o publican reportajes. El título: «Hay que reportear». Paradójicamente, muy poco tiempo después y en la misma revista, Ardizzone realizaría cientos de entrevistas intimistas, algunas de ellas entrañables, que se cuentan entre lo mejor de su producción periodística, junto a sus columnas de «El Hombre Común».

Archivo

«Se debería investigar con más frecuencia aquello que generalmente es olvidado por los hombres, aquello que no miran y suponen ya tan conocido que no lo consideran digno de investigación alguna».

G. C. LICHTENBERG

El archivo de Panzeri, su extensión, su orden y su material exclusivo, adquirió con el tiempo dimensiones legendarias. Parte de ese material se puede consultar en la biblioteca del Club Quilmes de Mar del Plata (y ha sido fuente principal de este libro). Panzeri acumulaba artículos periodísticos —propios y ajenos—, documentos, sentencias judiciales, cartas de lectores, guiones de sus participaciones en radio y televisión. El ordenamiento seguía dos criterios claros: temático y cronológico (dentro de cada tema). Eran enormes carpetas o cuadernos con los materiales pegados en hojas de diversos orígenes. A los costados apuntes manuscritos de Dante. Hasta sus propios artículos contienen anotaciones: corrige las erratas y omisiones que encuentra luego de la publicación.

A ese material, él lo llamaba «prontuarios».

Sostenía que esas carpetas, algún día, podrían conformar la «historia de la vergüenza argentina».

Carátulas de las carpetas que integran el archivo de Panzeri: Política y deporte; Política Argentina; Estupideces; Periodismo; Delitos; Dooping^[17]; Economía y finanzas del deporte; Salvajismo deportivo; Industria del deporte; Anecdótico; Cartas; Fotos; Copa de Campeones^[18]; Pollas del fútbol^[19]; Estadísticas; Árbitros de fútbol (Calidad-autoridad-conducta); Táctica y técnica del fútbol; Aspectos reglamentarios; Boxeo; Deporte y violencia; Presidentes de la AFA^[20]; Guiones radiales; Renato Cesarini; Alberto J. Armando; Osvaldo Zubeldía; Selección Nacional; Reestructuración; Cuentos del Tío; Camelos y ruidos; Feudalismo; Declamación y dialéctica.

Un ejemplo de su modo de pensar. La carpeta dedicada a delitos contiene recortes periodísticos sobre deportistas con problemas con la justicia, la sentencia judicial completa del caso Doval (suspendido duramente por haber tocado presuntamente la cola de una azafata en un viaje en avión; la tradición popular le imputa el incidente a otro jugador del plantel), listas de personajes relacionados al deporte vinculados a diferentes delitos y volantes que publicitaban escuelas de fútbol para chicos comandadas por exjugadores y directores técnicos (para Panzeri una actividad claramente defraudatoria).

El archivo lo comienza apenas ingresa en la profesión. Con los años lo va expandiendo, alimentando diariamente. Es uno de sus instrumentos diferenciales. El aliado perfecto para su tarea. Una de las posibilidades más importantes que le brindó esta preparación lo ayudó a instalarse definitivamente en el medio y despertar la atención de sus colegas. A mediados de la década del cincuenta, los más notables periodistas deportivos se congregaron para escribir una monumental *Historia del Fútbol Argentino*. El resultado fueron tres enormes tomos con largos capítulos que tratan los inicios de la actividad en el país, las glorias del amateurismo con Alumni y el Racing multicampeón que dio origen al apodo de Academia, y los inicios del profesionalismo. Borocotó, Hernán Ceres, Fioravanti, Pedro Valdez y tantos otros firman los diferentes capítulos. Dante Panzeri se encarga de los anexos estadísticos que cierran el tercer tomo. Un cuidado trabajo fruto del orden y la perseverancia de Panzeri. Allí consigna información que luego ha sido repetida en los distintos medios periodísticos durante décadas. Un trabajo ciclópeo, inimaginable en tiempos de Internet, que sólo permitió la perseverancia, el orden, su mítico archivo y su capacidad de trabajo inusual.

Escrito por Panzeri a mano, con caligrafía firme y serena, en la tapa de la primera carpeta que integra su archivo: «Hemos perdido la noción de lo que no se debe aunque se pueda».

Política del jugador

«Para ver algo nuevo hay que hacer algo nuevo».

G. C. LICHTENBERG

Si los críticos franceses de los *Cahiers du Cinema* revolucionaron la crítica cinematográfica con la *teoría o política del autor*, se podría afirmar que el aporte fundamental de Panzeri fue crear la *Teoría «Política del Jugador»*. La dinámica de lo impensado constituye la idea crítica más célebre del fútbol argentino. No solo es célebre, sino una de las únicas. Fue un gesto inédito y bastante audaz elaborar una teoría del modo de ver (o jugar) el fútbol. Se instala en el momento más inoportuno, justo cuando Helenio Herrera, Juan Carlos Lorenzo u Osvaldo Zubeldía cautivaban al público con discursos elaborados y pícaros e instalaban una cultura del trabajo.

Parafraseando una célebre frase de un genio de otro arte se podría afirmar que la disposición táctica es una cuestión moral. Eso es lo que parece sostener Dante Panzeri a lo largo de toda su obra crítica.

Siguiendo la política del jugador, quien decide, quien soluciona los inconvenientes o crea dentro del campo de juego siempre es el jugador, el único que puede determinar lo que sucederá.

Su postura es ampliamente superadora de «La Nuestra», una idea algo difusa que trataba de definir de qué manera se jugaba al fútbol en Argentina. «La Nuestra» era un concepto seductor pero impreciso. Una forma de entender el fútbol que alguna vez se llamó rioplatense (a partir de los éxitos uruguayos en los Juegos Olímpicos del 24 y 28 y en el primer mundial), que luego fue derivando —sin triunfos y sin la «garra charrúa» —en «La Nuestra». Un juego que remite al potrero, basado en el buen pie, en la gambeta y en la picardía. Pero no distinguía entre la gambeta útil y la ornamental, entre un centro y un pase atrás, entre jugar de acuerdo a una ideología y jugar de acuerdo a como salieran las cosas.

Quienes sostienen lo contrario, los que han glorificado a los DT y sus esquemas, a la planificación absoluta, ven los postulados de Panzeri como un anacronismo, una ingenuidad arcaica. Lo cierto es que los dos equipos que más logros han obtenido en los últimos años y que han jugado bella e inteligentemente, el Barcelona y la Selección de España, juegan como Panzeri decía que había que hacerlo. El caso de España y su último logro (la Eurocopa 2012) ha cumplimentado, como siguiendo un guión, lo escrito por Panzeri en 1967. Un juego de obtención de pelota mediante la presión constante, mucha rotación, paciencia, pases eternos y prescindir de un nueve fijo entre los marcadores centrales para no favorecer con su estatismo la marca. Un centrodelantero alejado del modelo de tanque, un nueve dúctil que bajara a juntarse con sus mediocampistas y permitiese elaborar juego desde atrás, para generar espacios adelante, para generar profundidad. Este juego descrito por Panzeri en su

libro demuestra, cuarenta y cinco años después, ser posible, actual (imperecedero) y exitoso.

No hay profundidad menos profunda que la que representan los forwards que esperan, amurados a los defensores, la caída de largos mensajes que lleguen del espacio. No hay profundidad más efectiva que la representada por la aparente ausencia de atacantes en las áreas penales, si esos atacantes están haciendo bloque para asegurar la pelota en el medio campo y aprovechar repentinamente los sitios vacíos que van creando en el constante «tocar y buscar».

Quinta viñeta confesional. *Papá contó esta anécdota miles de veces. De cómo se escapó por una ventana de un aula de la facultad de medicina para ir a ver a Racing contra el mejor equipo del mundo, el Santos de Pelé. Cuenta que valió la pena, que el partido fue extraordinario, tal vez, el mejor que haya visto en su vida. Las paredes con Coutinho, los goles de Racing, la derrota final. Cierta día, cuando este cuento ya era parte de la mitología familiar (y víctima de algunas bromas de mi parte y de mi hermano) me crucé con la crónica de Panzeri del partido y una semblanza que escribió en la misma ocasión de Pelé. El partido revive ante mis ojos y, por una vez, descubro que papá se quedó corto con la descripción.*

Otro de los grandes postulados que defendió fue que el jugador nace, no se hace. Por eso sostenía que los DT solo podían elegir, no mucho más (aunque no negaba la posibilidad de enseñar algunas cuestiones): «Hay jugadores “hechos”, sí, especialmente defensores, pero la historia de los *cracks-cracks* se escribe exclusivamente con los nacidos. Los otros no salen nunca de jugadores ordinarios, o standards, de esos que se repiten como trajes de confección mecanizada. Al jugador “de medida” solamente lo produce su madre y lo perfecciona el propio acto de jugar».

Esa era una de las diferencias conceptuales mayores que tenía con Renato Cesarini, un personaje simpatiquísimo, muy locuaz y con grandes conocimientos del juego. Los problemas entre ellos venían de lejos, hasta se podría decir que Panzeri heredó de su maestro y gran amigo Carlos Peucelle la enemistad con Cesarini. Durante años se discutió quién había sido el hacedor de La Máquina de River. Algunos decían que Peucelle, maestro de las inferiores del club y consejero de los *cracks* como Moreno y Pedernera. Otros (entre ellos el más fervoroso era Renato mismo), decían que había sido Cesarini, director técnico de ese equipo. Panzeri zanjó la situación, a su manera: «Sostengo que a La Máquina la hizo Doña Rosa, puesto que esa formación fue exclusivo resultado de la presencia de Adolfo Pedernera en una posición de pivote con la que revolucionó al fútbol y para la que únicamente su naturaleza lo había dotado. Nadie más. Y ocurre que la madre de Pedernera se llamaba Rosa».

Directores técnicos

*«No son las mentiras francas sino las refinadas falsedades
las que entorpecen la expresión de la verdad».*

G. C. LICHTENBERG

Por otra parte, si lo opuesto a la «política del jugador» es «política de los DT», se debe reconocer que esta última es la que más adeptos ha conseguido. Concita casi unanimidad. Los DT son los grandes triunfadores y, también, los grandes derrotados en el fútbol moderno. Ellos obtienen los contratos extensos y onerosísimos; a ellos se los despide apenas el equipo encadena un par de derrotas. Sin embargo, esta «política de los DT» ha ido mutando en una «política de los resultados»: quien triunfa es el mejor, el ejemplo a seguir, sin importar modos ni legalidades.

Panzeri atacaba a los directores técnicos. Creía que eran unos grandes mentirosos, que su tarea estaba sobredimensionada. La tecnificación («hipertrofia», la llamaba) del fútbol sólo podía traer mediocridad y mal juego. Este odio visceral hacia los técnicos proviene de su manera de concebir el fútbol. Ese arte de lo imprevisto se sostiene desde la autonomía del jugador. El juego se pervierte, se trastoca su espíritu cuando el eje se pone en un personaje que está fuera de la cancha. El centro del fútbol, su esencia es el jugador.

*Todo estilo de juego surge de muchos individualmente diferentes jugadores.
El juego es el jugador. El estilo es el jugador. Siempre decide el jugador.*

Le preguntan por un libro que tuvo algo de fama escrito por un director técnico. Contesta que cada director técnico podría escribir un libro. Eso sí: todos se titularían del mismo modo, *Diccionario del humo*.

Se pregunta: «¿Para qué jugar al fútbol? Para ganar, obvio. Nadie nunca jugó para perder, nada se hace en la vida para perder», responde. Pero además da como obvias otras dos respuestas: «para jugar bien y para jugar mejor que el otro». Y en esa respuesta sencilla desenmascara la falacia de los «resultadistas». Todos juegan para ganar. Eso no está en cuestión. Difieren los caminos elegidos.

La pelea, siempre subyacente, estalló a mediados de los ochenta. Bilardo contra Menotti. Uno sucedió a otro en la dirección técnica de la Selección nacional. Luego se consolidó cuando los dos pudieron ostentar el mismo palmarés: campeones del mundo. Ambos con egos importantes. Resultadistas contra líricos. Se personalizó en ellos pero la discusión era de larga data. Los distintos modos de jugar al fútbol, de entender el deporte. Panzeri veinte años antes ya había visto algo en los dos^[21]. Lo que había visto era lo que eran en realidad —más allá de buenos resultados o malas

épocas— y lo que representaban. A Menotti siempre lo destacó como jugador por su elegancia e inteligencia y cuando comenzó como D. T. destacó su mensaje y el juego que pretendía imponer a sus equipos^[22]. A Bilardo siempre lo sindicó como el líder de lo peor de ese Estudiantes multicampeón. Si bien destacaba a pocos jugadores de ese equipo (Madero y Verón), en quien hacía siempre hincapié para destacar las deslealtades era en Bilardo —en algún momento al apellido «Bilardo» le adosaba siempre «y sus alfileres» como si de un mal grupo de cumbia se tratara. En varios artículos los opuso a los dos, a Menotti y a Bilardo, como los representantes de dos miradas antagónicas del fútbol cuando nadie todavía lo había hecho, ni siquiera los protagonistas.

«El juego queda, el resultado pasa».

Solo una conjetura: Panzeri hubiera respetado a Marcelo Bielsa. El máximo detractor de los directores técnicos se entendería bien con aquel que intenta reducir el error, lo imprevisto, al que no le gustaría depender del factor humano. Es más, en los malos momentos se hubieran apoyado, o uno hubiera salido a defender al otro porque comprendería con exactitud qué es lo que podría sentir. Ambos —en su carrera y su vida— son decentes, con profundas convicciones; sus seguidores o discípulos son malos remedos (hay que ser ellos para que funcione, y aún así muchas veces ni siquiera ellos lo logran); cosecharon grandes enemigos, se los acusa de que «no se les entiende nada». A pesar de todo ello, los dos ocuparon un lugar central en su profesión. Porque son los mejores. Los de vocación más profunda, los que más estudian, los que más trabajan y los que jamás se traicionan.

Fueron muchos los que anhelaron la caída de Panzeri como ahora lo hacen con Bielsa. Ellos siguen allí. Y seguirán perdurando sus ejemplos por muchísimos años. A fuerza de ser honestos, capaces, molestos. Imprescindibles. Aquellos que aman lo que hacen más que los demás, tanto que no se permiten corromper el objeto de su amor bajo ninguna circunstancia.

Crítica cultural

«Muy a menudo he meditado sobre lo que realmente distingue al gran genio del común de las gentes. He aquí alguna de mis observaciones. El hombre común está siempre conforme con la opinión y las modas imperantes, considera el estado en que todo se encuentra ahora mismo como el único posible».

Sus comentarios de los partidos en la revista *El Gráfico* funcionan como mera excusa para exponer sus ideas respecto al juego. Un clásico, un mal partido o uno reñido dan igual. Destaca a los jugadores que juegan bien, que cuidan el juego y explica sin descanso cuál es su visión. Porque él es un crítico. Así se considera y así se hace llamar. No es un mero comentarista que informa cuántas situaciones de gol tuvo un equipo o si el centrodelantero estaba adelantado. Él analiza las diferentes variantes del juego, por qué suceden los distintos eventos de un partido. Y cada partido es analizable, porque no hay dos partidos iguales, así como tampoco hay partido que pueda describirse de antemano eficazmente.

Si la crítica cultural se entiende como el análisis de un objeto, una obra o una práctica cultural o artística y, a partir de ese análisis, elaborar un discurso, desarrollar una opinión que se instale en contra de la opinión pública o contra el consenso; y al crítico como quien desarrolla una visión fundada sobre una obra, una manifestación o una actividad, que genera cierta autoridad y otorga un nuevo sentido a lo analizado, no se puede dudar que lo que hizo Panzeri fue crítica cultural. Sin conocer a Bourdieu ni a Barthes, Panzeri toma su objeto de estudio —tal vez la práctica más popular del país, el fútbol— y lo analiza y disecciona de tal modo que descubre nuevas formas y sentidos. Aporta juicios estéticos y profundidad conceptual en un ámbito en el que todo eran sensaciones y pasiones.

La crítica debiera ser la trama capaz de detener el paso de lo que no sea verdad entre la verdad de los vencedores.

En toda su obra periodística y, en especial, en *Fútbol, dinámica de lo impensado* emite juicios y funciona como un inédito guía o intérprete. A pesar del intento de ser didáctico (muchas veces en exceso), confía en el espectador, en su lector, y lo exige. Trata de formar un espectador de fútbol inteligente, inquieto y que no se satisfaga solo con un resultado.

«Panzeri es otra historia porque sin pertenecer a ninguna ciencia social aborda el juego como sociólogo o antropólogo, pero desde la cancha misma, desde el fútbol. Y desde ahí, además, cuestiona la sociedad», sostiene Sebastián Kohan Ezquenazi en uno de los epílogos de la bella reedición española de *Fútbol, dinámica de lo impensado*.

Lo mismo intenta con el periodismo deportivo. Ataca los tópicos culturales que imperaban. Critica, sin descanso, el lenguaje mecánico, irreflexivo, carente de sentido que se utiliza con frecuencia en su actividad.

Optimismo

«El único medio de acceder al denominado sentido común, que debiera ser el objetivo principal de nuestros esfuerzos, es perseguir cada cosa hasta el último extremo, de suerte que no quede la menor idea oscura, intentando descubrir las deficiencias, mejorarlas o indicar, a este propósito, algo aún más perfecto. Sin sentido común no hay virtud».

G. C. LICHTENBERG

Se suele decir «su prédica» para referirse a lo que una persona intenta transmitir o al modo en que expresa su pensar. Es casi un lugar común. Pero en el caso de Panzeri es un término absolutamente preciso. Tiene actitud de predicador, deseo de evangelizar y pone todas sus energías en ello. Esos modos de predicador o profeta: la soledad y potencia de su voz, la convicción alucinada, la necesidad por hacer llegar su mensaje, una lucidez incomprendida, algo sórdida.

Sostiene algunas posturas que vistas hoy son completamente anacrónicas. Otras que bordean el capricho. Es impulsivo. Pero nunca es arbitrario. Por más rebuscada que sea una postura suya o simplemente excéntrica, jamás opina de manera arbitraria. Eso sería un acto de injusticia que él no se podría permitir. Y esto es así principalmente porque cualquiera de sus opiniones son profusamente fundamentadas. Con argumentos se elimina la posible arbitrariedad. Su especialidad es la vehemencia razonada.

Vive una especie de duelo permanente y en estado de alerta perpetuo porque sabe que la lucha vale la pena, cree ciegamente en el deporte.

Desear o exigirle que gane todas esas batallas que entabla casi a diario, es no haber entendido a Panzeri. Pero se debe comprender que era inevitable, también, que las entablara.

Hay algo de ingenuidad en Panzeri. En su radicalidad. Una confianza en que las cosas pueden mejorar, en que no todo está corrompido. Esa fe es única y envidiable. Acusado de ser un amargo, un resentido y de su actitud negativa, su obra parece contradecir estas acusaciones. Dante Panzeri era un optimista. Creía en el cambio, en las mejoras, en el juego limpio. Por eso luchaba y no abandonaba. Por confianza (y también por terquedad).

El hombre entero

«Si hubiera en el mundo alguien dispuesto a hacerse grabar en la mano una sentencia moral con ayuda de alfilerazos y pólvora, yo le sugeriría una que leí en cierta ocasión en un número de The Spectator: “The whole man must move together”. Los casos de inobservancia de esta regla son innumerables, y el perjuicio que de ellos se deriva, grande y a menudo irreparable. Como partes constitutivas del hombre cuentan la cabeza, el corazón, la boca y las manos».

G. C. LICHTENBERG

Con Panzeri un periodismo amable, benévolo, miope, complaciente, cómplice, amistoso, tolerante, flojo, se transformó en ácido, comprometido, profundo, feroz, inclemente, sanguinario, técnico y preciso.

Dante Panzeri era un hombre nítido, no era borroso. Con convicciones, sin doble discurso. Un apasionado que jamás permitió aplazar lo digno. Resignó comodidades y beneficios por mantenerse noble y libre. Tuvo un lugar central en la discusión del fútbol y de cómo debía ejercerse su profesión durante años —un sitio inimaginable hoy en día. Luego lo relegaron. Pero su obra, con sus aciertos evidentes y sus errores clamorosos, subsistió. Fue un periodista que marcó su profesión: nada fue lo mismo después de su paso. «¿Qué dirá mañana Panzeri?», se preguntaba el público ante un evento que no lograba entender, difuso. Era la voz de la autoridad, una garantía de decencia. Logró que se hablara de situaciones que permanecían calladas, autorizó a que el juego se viera y se pensara desde otra óptica. Su figura y su obra se tornan necesarias, inexorables. Porque, retomando a Lichtenberg —que acompañó esta semblanza—, hay que reconocer que «se requiere un arte magistral para, contra viento y marea, llevar las partes constitutivas del hombre (la cabeza, el corazón, la boca, y las manos) sin que se separen hasta el final».

Así lo hizo Dante Panzeri, el hombre que se movía entero.

I
¿POR QUÉ PANZERI ES PANZERI?
(ALGUNAS GRANDES NOTAS)

¿Por qué Panzeri es Panzeri? ¿Por qué a casi treinta y cinco años de su muerte se sigue esgrimiendo su conducta ejemplar? ¿Por qué continúa siendo el modelo a emular entre los jóvenes periodistas deportivos?

Quizá las críticas, reportajes y semblanzas aquí seleccionadas, sirvan para comenzar a comprenderlo, para esbozar una primera respuesta.

Los siguientes cinco artículos no son seguramente los mejores de su carrera, ni siquiera los más conocidos. El mérito de la popularidad tal vez lo tengan tanto la crítica del partido Racing-Santos como la semblanza de Pelé (ambos reproducidos en varias ediciones especiales de El Gráfico a lo largo de las últimas décadas) y el autoreportaje «Che Panzeri. ¿Qué dejan tus 35 años de bronca?» (reeditado en los años ochenta por la revista Humor; también circula con asiduidad por Internet). Los otros intentan detenerse en las dúctiles facetas de Dante como periodista. Una charla íntima con Fangio (la figurita difícil de la época, quien aumentaba la tirada de El Gráfico en varios cientos de miles de ejemplares con sus victorias) o la respuesta sobre los motivos que lo llevan a publicar en una revista inmensamente popular y considerada chabacana como Así.

Del mismo modo que fueron elegidos estos, podrían haber sido muchos otros los artículos que ocuparan este lugar. Es una primera muestra que no tiene nada de exhaustiva, no es taxativa. Solo ilustrativa de sus inquietudes y maneras. Aquí podrían estar sus diatribas contra el Estudiantes de Zubeldía, su solitaria condena a la conducta de la Selección argentina en el Mundial 66 o su rechazo terminante a la realización del Mundial 78. Y la lista se podría extender hasta las varias decenas de menciones.

Si se optó por dos equipos que lo emocionaron y que representaron sus ideas sobre el juego en un partido inmortal, es porque de ese modo se puede observar su capacidad para disfrutar del fútbol jugado con arte y limpieza. Que se quejaba cuando eso no sucedía es sabido también, y en el resto del libro hay sobrados ejemplos.

Su nota (en realidad una respuesta a la pregunta de un lector) sobre la revista Así fue publicada en un medio subterráneo, unas hojas mimeografiadas, con una tirada de trescientos ejemplares. Es una clara exposición de su manera de entender el ejercicio del periodismo.

1. 90 MINUTOS DE PLACER: PELÉ + SANTOS + RACING

El Gráfico, 04/10/61^[23]

Quienes no hayan ido el jueves 28 a la cancha de Huracán a ver Racing-Santos puede que tengan motivos para arrepentirse por largo tiempo.

Fútbol tan brillante no se veía en Buenos Aires desde que una noche, hace dos años, lo desparramara sobre ese mismo campo el **Palmeiras con Julinho**.

Es el mismo fútbol que llegó a ser **casi dominical** en Buenos Aires con el San Lorenzo del 46 o los River Plate de «La Máquina» y sus sucedáneos.

Fútbol de **hombres agrupados en permanente y rápida circulación**.

Lo muy importante esta vez lo hicieron los dos equipos, RACING TAMBIÉN.

Uno con brillo de reunión nocturna en el Lido de París (Pelé-Zito-Mengalvio Dalmao- Getulio identificados como «Santos»). Otro con menos claridad, pero con no distante acierto y belleza (Sosa-Belén-Pizzutti- Corbatta-Mansilla, identificados como «Racing»).

¿Qué se produciría en el fútbol argentino con un partido «así» cada dos domingos? (Se podrá acreditar que no exigimos en la medida de lo imposible: aceptamos cada dos jornadas una de mal fútbol). **La resurrección**

Resurrección por el interés del fútbol y resurrección de los *cracks*, que todos creemos no se dan hoy con la generosidad de antes.

¿Es difícil conseguirlo?

Pareciera que sí, pensando que el privilegio o el fenómeno de un Pelé está reservado a un destino que en ese punto de concesiones suele ser mezquino. No da un Pelé todos los años. Ni cada cinco.

No pareció tan difícil viendo el partido Racing-Santos.

Porque al margen de las genialidades individuales-colectivas de Pelé, el partido apuntaló su belleza en una con signa que probablemente generó el temperamento ofensivo del Santos, pero que se generalizó en los dos equipos: JUGAR AL ATAQUE.

Santos acostumbra ganar 8-6, 5-3, 4-3. «A la húngara». «Primero ganar». Arriesga, claro que sí. Arriesga porque sale jugando de atrás, desde Mauro con todo lo que sabe Mauro. Quien arriesga a veces pierde. Aunque sepa mucho como Mauro, Getulio, Zito y Mengalvio (más defensor que atacante). Pero gana un espectáculo en el que participa un ataque como el de Racing. Gana porque la indudablemente PROFUNDA delantera de Racing es llevada a su buen fútbol por el fútbol del oponente. Por el campo que encuentra para moverse. Por la oportunidad que se le presenta de JUGAR CONTRA QUIEN JUEGA, en lugar de pelear la pelota contra quien la quiere sustraer del juego, como habitualmente sucede entre nosotros bajo la

consigna de «defender primero». Por eso los buenos jugadores se lucen más CONTRA buenos jugadores.

Por lo demás, la defensa es en Santos el sector más débil del equipo. Contra ese sector se enfrentó el sector más fuerte de Racing: su ataque. Y del otro lado lo más fuerte de Santos contra lo más débil de Racing: su defensa.

¡Allí se dio la gloria del arte futbolístico!

¡Festín de Ataques! ¡Festín de Fútbol! (las mayúsculas están bien).

Con goles. Muchos goles. Seis. Pudieron ser más. Por ambas partes. (A propósito: ¿pierde emoción el fútbol con muchos goles?... ¿Vieron?)

Tan solo 4 minutos y gol de Racing. Imperdonable falla marcatoria de Santos, a menos que Santos no esté acostumbrado al señalamiento de los tiros libres indirectos con una mano en alto por parte del juez. Hay que jugarla dos veces. Cabe barrera. Pero antes que barrera, marca sobre un posible receptor que escapa al frente de la muralla. Santos no vio a Brozzi con la mano en alto. O no interpretó que era tiro indirecto. Corbatta la acomodó cortita para Pizzutti y este y su zurdazo se encargaron de enseñarle a Santos que en los tiros libres indirectos hay que hacer barrera y marcación individual. Y en los directos también. Pizzutti estaba libre.

Racing copó. Se agrandó Belén. No en la punta izquierda. En el medio y en el desmarque. Tocando y llegando para el retorno. Haciendo bloques con Sosa. Con Pizzutti. Corbatta metiéndose hasta la altura justa, justísima, para las entradas al claro de Sosa y Mansilla. Bien el número 9 echado sobre derecha e izquierda. Sosa muy bien en la segunda puntada y en la última. Todos corriendo a proteger al dueño del balón para darle salida y continuidad a la jugada. ¡Lindo fútbol del puntero del campeonato argentino! Sin la mezquina y estúpida fórmula de los 4 zagueros aferrados «al mapa del área propia». No: atrás, Peanno y Anido. En el medio, acompañando de cerca a los forwards, Sacchi con Blanco y Mesías próximos a él. Después, a bajar todos.

Santos soportó 10 minutos así: en dominado, en copado. De gran equipo solo acreditaba la tranquilidad con que asistía al mal momento. O al gran momento adversario. Sus ataques eran todos de corte «particular». Particularmente se iba Pelé. Particularmente se iba Dorval. Particularmente se iba Pelé. En la personal de cada uno, quedando casi siempre «2 a 1» en contra... ninguno prosperó.

Pero se tenían que encontrar. ¡Y se encontraron! Racing pensó: ¿para qué? El espectáculo pensó: ¡En buena hora! Allí se hizo completa la fiesta. Unos empezaron a pasar. Otros a encontrarse. Terminaron pasando todos y encontrándose todos. Paredes. Cruces. Amagues. Entradas. Salidas. Claros. Shots.

Se estableció «corriente» en la línea Mauro-Mengalvio-Zito-Pelé (con el acompañamiento de Bé y a veces de Dorval). Y al fútbol con más jugadas, con mayores jugadas de belleza de Racing... sucedió este otro fútbol de Santos con **menos etapas**, con más **línea recta**, con más **velocidad**, con más **repentización**, con más **absurdos de creación personal sublimizada por Pelé**. Un billar más simple

que el de Racing; con más lujos (Pelé) que el de Racing. Pero lujos positivos, necesarios para sortear un obstáculo. Y de pronto el empate en una jugada «así» pase y gol. Desde medio campo y sobre la derecha Pelé proyectó una pelota larga, larguísima hacia el área de Racing. De aquellas que al salir despedidas hacen preguntar «¿a quién?», Pelé sabía a quién. Con el balón ya en camino allá vimos salir a Dorval por detrás de la desesperada marca de Mesías y llegando antes que Anido al salto con Negri. Rechazo del arquero, cabezazo y choque de Negri con Dorval, caída de la pelota hacia el medio del área, desplazamiento del N.º 9 Bé hacia el empujón final. Empate. En seguida el 2-1: Mengalvio, sobre la izquierda de su propio campo, metió una pelota semejante a la anterior. Esta vez para Pelé, que picó hacia ella, llegó, entró en el área, se dispuso a shotear y fue «fauleado» por Mesías. Cayó, y se espera el silbato del penal, cuando de su todavía no agotada galera de recursos salió el último: la pierna izquierda que andaba por el aire le valió como latiguillo para impulsarla débilmente hacia la red. Magia. Para mucha gente a la que este fútbol no le resulta familiar, eso, magia. Pelé.

Otro mérito de Racing: poder de reacción. El partido venía para goleada con baile. Racing soportó el baile (con brusquedades muy desleales de Anido y Peanno) y paró la goleada. Volvió al ataque con la misma riqueza y fuerza del comienzo. Con más lujos. Con menos rectitud. Con **menos claridad**. Costándole más tiempo y llevándole más espacio la limpieza. La limpieza del terreno. Santos lo aventajó en rapidez y menor cantidad de hombres e intervenciones para hacer eso mismo. En uno de aquellos ataques de Racing que ponían al descubierto una muy débil zona defensiva izquierda de Santos (Dalmo desaparece cuando los buscan para adentro, Calvet es muy lento en el retroceso) quedó más al descubierto la mala marcación de Santos sobre ese sector. Sosa le cruzó una pelota muy bien jugada —en cuanto al destino y al momento que supo esperar— para Corbatta que entraba por la derecha. Este llegó solo a la pelota, zafándose de la marca en el pique y dio a Mansilla al medio. Frente a Mansilla «pagó» Mauro. Desplazamiento de Mansilla a la derecha, gol. Era muy meritorio para Racing ir en empate a esa altura del partido.

Va terminando el primer tiempo. Y Santos recorre **todo el campo**, desde su área a la de Racing, con tres pases que terminan en gol. Mauro (zaguero centro) de bajo a Pelé proyectado como N.º 10 en campo brasileño. Pelé de primera largo y fuerte a la caída pelota-hombre sobre el área de Racing. Allí cae la pelota y llega Dorval escapándose otra vez por atrás de Mesías. Gol. Tres pases para recorrer 90 metros.

El espectáculo tuvo seriedad (al margen de la falta de respeto a todos que constituyó la tolerancia de tantos chicos invasores del campo): el segundo tiempo no tuvo sino un cambio, el de Zagué por Bé. Ojalá se interprete siempre así la seriedad de los partidos amistosos.

Racing recuperó prevalencia territorial. Cortó la comunicación Zito-Pelé poniendo constantemente gente entre ellos: Pizzutti y Sacchi pellizcaron muchos intentos en ese sector. Y tras la interrupción, la puntada en profundidad. Volvieron a

encontrarse muy bien Sosa, Belén y Corbatta. Racing hizo buen fútbol y llegó muy en profundidad, aunque siempre con menor claridad que Santos. Los claros de Racing siempre tenían algún obstáculo. Racing tenía más tiempo la pelota que Santos en los pies de sus forwards. Pudo empatar nuevamente Racing. Lo merecía su trabajo y lo posibilitaba la débil marcación santista, así como la poco pulida astucia del arquero Laercio. La defensa brasileña tiene hombres que salen jugando muy bien; pero marcan mal. Racing entró muchas veces en poder de la pelota sin fabricar la zona des poblada. Bastaba ir a ella. La dejaba Santos.

Así se llegaba a la conclusión de lo que era este Santos sin Coutinho y Pagao: mucho ataque, poca defensa y un virtuoso bien acompañado por dos piezas importantes en la formación del grupo ofensivo: Zito y Mengalvio, números 5 y 6.

Así estábamos cuando aún Pelé se empeñó en recordar que le quedaban artes sin usar, prestidigitaciones sin hacer: tiro libre próximo al área de Racing, sobre la derecha, que viene a tirar Getulio, un marcador de punta izquierda que rehabilita a los hombres de su puesto como tan importantes en el ataque como en la marca. Pelé se ubica en el medio del área semiperfilado al arco y casi de frente a la pelota. Lleva una mano al pecho y la pide allí, allí y allí donde lo marcan con tira y codazos. Va. Llega. Pelé se anticipa, es fauleado, la recibe contra el pecho, la rebota hacia adelante, y cayendo ya alcanza a dar la media vuelta que le permite clavarla de derecha. 4-2. Un gol a la manera de un doble convertido en la llave de una cancha de básquet. Así la pidió Pelé. Como la pide un hombre clave de los que en básquet van al aro.

No hacía falta más.

Santos había devuelto todo el dinero cobrado.

Racing otro tanto.

Cada uno en sus posibilidades. Racing en medida mayor a lo que normalmente puede. Porque Santos juega y permite jugar. Juega «la húngara». La que FUE una vez «la argentina»: a ganar defendiendo-atacando.

¿Por qué no entramos aquí también por esa? ¿Es que se pierde? ¡Miren si se pierde! Miren a Santos, miren al público feliz de fútbol que salió el jueves de la cancha de Huracán. Piensen.

¿No es negocio?

2. EN FÚTBOL TODO ES POSIBLE. FIRMADO: PELÉ

El Gráfico, 04/10/61^[24]

Organiza. Realiza. Premedita. Improvisa. Inicia. Concreta. Dribla. Economiza. Shotea. Cabecea. Ataca. Defiende. Pivotea. Obstruye. Habilidadoso. Inteligente. Talentoso. Joven (21 años). Futbolísticamente maduro («ve» donde pocos ven, tiene «panorama» de lo que pasa donde él no está). Veloz como un sprinter. Pausado como un estratega. Astuto. Recio donde hay que ser recio. Prestidigitador con la pelota. Sutil y malabarista. Duro y chocador cuando hace falta. Estrella excluyente en cualquier equipo que integre, sea el Santos o la selección brasileña. Pero al mismo tiempo generoso para brindarse como peón. Podría jugar muy bien como eje que haga girar a otros. Prefiere hacerlo mejor: es eje y satélite. Las *vedettes* que como él produce el fútbol de cuando en cuando son blandas; él es *vedette* siendo duro, yendo «a las brasas» del área, buscando volver a donde encontró rudezas, Soportándolas. Y devolviéndolas también. Porque juega CON GANAS. LO SIENTE.

Todo eso lo reúne Pelé, además de dos piernas y una cabeza diestras y maduras. Hábiles y talentosas. Sincronizadas. Concepción y ejecución.

Todo es posible para Pelé.

Todo eso es Pelé, el seguramente más extraordinario y completo futbolista del mundo en estos momentos.

Buenos Aires gustó de la delicia de un fútbol así, de un futbolista así de excepcional, la noche del jueves 28 en cancha de Huracán.

Más fácil que decir qué es Pelé resultó determinar qué le falta a Pelé.

Ser blanco, puesto que es negro. De haber sido blanco solamente le habría faltado ser negro...

Futbolísticamente lo tiene todo. Lo puede todo.

Pelé en una cancha de fútbol es fútbol hecho placer. Placer de genialidades, que todas son posibles en Pelé, el sin metáfora fenómeno Pelé. La existencia de Edson Arantes do Nascimento en el fútbol es un fenómeno

3. FANGIO EL HOMBRE. FANGIO EL CORREDOR

El Gráfico, 12/10/60^[25]

Los cigarrillos americanos son muy caros en Italia. En el hotel de Milán donde nos alojamos no los hay más. Pero allí cerquita, en otro hotel distante 50 metros sabemos que el portero los tiene. Lo que no sabemos es que mientras vamos por cigarrillos caminamos hacia Juan Manuel Fangio. Allí está, leyendo un diario.

—Vine aquí por un mes y ya llevo cuatro.

Juan Manuel es algo así como el propietario honorario del hotel. Una habitación es permanentemente suya, su señora se apodera de la cocina y todo el pasaje debe comer ese día asado, si eso se les ocurre almorzar a los esposos Fangio...

Juan Manuel habla del tema al que nosotros queramos ir. Pero se nota que esa noche tiene ganas de hablar de fútbol. Le interesa mucho lo que está pasando con los argentinos que aquí juegan.

—El domingo vamos a Bérgamo a ver Atalanta-Inter. Allí juegan Maschio de un lado y Angelillo del otro. Y además viene con nosotros Enrique Sívori para reunirnos después del partido. ¿Viene, Juan?

El Chueco, que es de los que le gustan todas, también quiere prenderse en esta. Y quedamos en un vamos a ver si otros problemas se lo permiten. El hombre anda aquí por negocios, y además está atado a diversos compromisos. Italia lo sigue agasajando a Fangio como si fuera campeón en actividad. Los chicos y los grandes corren detrás de sus autógrafos como entonces.

Quedamos en vernos a la noche siguiente, sábado.

Cuando llegamos a la cita allí está Fangio, con un brazo casi inválido. ¡Lo terminan de operar en Galliate! (¿recuerdan?, es aquel pueblecito donde Fangio instaló hace 10 años su cuartel general con la escudería, Achille Varzi).

—Hace mucho que andaba con una infección de vaya a saber qué comida que me produjo dos enormes abscesos. Esta mañana me dolían el brazo y el pecho más que nunca: me hice ver por un médico amigo de allá y ahí mismo me tajearon.

Resultado: como al día siguiente el médico tiene que verlo para curarlo, Fangio se queda sin fútbol. Pero lo notable es que a pesar de los cortes y el agudo dolor que empieza a sentir al desaparecer la acción anestésica, el hombre se ha venido manejando su Mercedes 220, naturalmente que con un solo brazo, porque el izquierdo no lo puede mover. Nos vamos a cenar, y pensando que el lunes tiene que estar en Génova, el Chueco insinúa:

—Podríamos ir juntos por si no puedo manejar.

Así quedamos: en que el lunes estaremos... ¡como volante de reserva de Juan Manuel Fangio! Le proponemos ir con nuestro Fiat «porque con esa joya alemana

nunca anduve». Según Fangio son iguales, da lo mismo manejar uno que otro...

El lunes Fangio está como para largar un Gran Premio de Nürburgring, con sus mil curvas. ¡Qué brazo ni brazo operado!... Salimos sin apuro para ir primero a Galliate. Sin apuro quiere decir que el Chueco mete el 220 en la autostrada y la aguja del velocímetro anda en los 140.

La conversación retoma temas de los que Fangio ya nos había hablado: el de nuestro país lejano, su atraso en obras viales con respecto de las que estamos viendo, en la producción que estamos disfrutando a derecha e izquierda del camino, en la conformación general de la vida en sociedad. Y dice cosas como estas:

—Mientras nuestro obrero no comprenda que la única vía posible de su reivindicación social es el trabajo honrado e intenso no podremos tener ni obreros que vivan bien ni bienestar general. La única justicia social posible en el mundo es que todos trabajen, lo mismo, patrones y empleados. Nosotros no tenemos todavía esa mentalidad. No queremos el esfuerzo, como nadie lo quiere, pero no hemos hecho nada para adquirir el derecho de esforzarnos menos. Y ese derecho se adquiere haciendo primero riquezas.

Lleva luego el problema a la comparación deportiva:

—Vea usted el caso del jugador de fútbol que mandamos a Europa. Casi siempre puede darle mucha ventaja en recursos al mejor italiano. Es más jugador. No se discute que es más hábil. Pero cree que en Italia se puede jugar con la misma indisciplina de vida que allá. Y como eso no puede ser, así sucede lo que tantas veces sucedió: que los nuestros serán mejores pero aquí fracasan. Es como los volantes argentinos que han venido a Europa con el criterio de nuestra mecánica nacional: creídos que por ser hábiles con ductores podrían llevarse por delante a técnicos y mecánicos de organizaciones muy serias. Es el gran error. Lo importante para triunfar aquí es «entrar» primero. Y para «entrar» hay que ser antes que nada modesto y obediente, disciplinado. Eso es más importante que ser buen conductor de autos o buen jugador de fútbol. Nuestra agresividad de «sobradores» y «canberos» es hiriente para cualquiera. Con ella vamos a rebotar siempre. Por otra parte, aunque tengamos razón, es necesario agachar el copete de nuestra presunta capacidad para dar tiempo a que aquí la puedan aquilatar. Las cosas a su tiempo.

—¿Y en este momento hay algún corredor argentino que pueda prosperar aquí?

—Yo no conozco a muchos. Solo podría hablar de Bordeu. Es de un temperamento muy propicio. Calmo, obediente, criterioso. Puede andar muy bien. Ya tiene propuestas para correr en máquinas de Fórmula 1. Pero el hombre ha sabido dosificar sus anhelos con sus posibilidades. Si realmente tiene pasta esas propuestas que ahora rechaza ya le vendrán repetidas y mejoradas. Así se empieza. El error es querer empezar de arriba. No puede ser.

Pensamos que la que Fangio está desarrollando en palabras es la filosofía de nuestro «paisano», más exactamente de nuestro hombre campesino. Y en Juan Manuel hay mucho de campesino. Desde el hablar hasta el caminar... Se lo decimos

al vuelo: —esa condición es en usted nata, probablemente porque se formó lejos de esa disciplina tan opuesta de vida que es la del argentino «porteño».

—Es muy posible que así sea. Pero lo importante es que aquí supimos sembrar y cosechar. Primero sembramos. Sembramos respetando mucho.

—Pero no todos siguieron esa su línea, Juan. Los hubo «muy argentinos» también...

—Es verdad. Hubo muchachos que se equivocaron. Hubo los que creyeron que tal como metían las manos en sus máquinas de mecánica nacional podían hacerlo en estas especiales. Que se pelearon, que hasta fueron mal educados con quienes eran todo buena educación con ellos. Ese tipo de corredor que no sepa cuerpear primero al ambiente no tiene nada que hacer aquí. No es posible ir de lleno en contra de costumbres que nosotros podremos cambiar solo cuando a través de una conducta logremos respeto.

Fangio recuerda a propósito algo ilustrativo. Sus claros ojos se ponen aún más brillantes. Está «embalado». Es un torrente de palabras.

—Aquí en Europa el ambiente automovilístico se entendía siempre como una cosa de rivalidades muy definidas en cualquier terreno: el deportivo y hasta el personal. Recuerdo que cuando vinimos los bandos estaban muy distanciados. Este equipo comía solo, lejos del otro, el otro lejos de aquel... Empezamos a practicar una política de amistad. ¿Aquél necesitaba una goma y era del equipo adversario al mío? Yo se la ofrecía. Íbamos juntos a comer. Luego, también juntos, a alguna farrita, que es humano y necesario hacer. Así rompimos aquel cerco. ¡Entonces conquistamos el derecho de ser oídos! Y se nos escucha, se nos respeta, se nos trata bien... gracias a que escuchamos, respetamos y tratamos bien. En la vida hay que dejar comer para poder comer. Todos necesitamos de todos.

Ya vamos llegando a Galliate. Es para Fangio algo así como su novia de los 15 años en la vida automovilística. En ese pequeño «paeseto», lleno de casitas coloniales, de calles sin veredas, de gente bondadosa, Fangio vivió horas que fueron muy difíciles, aunque a través de la publicidad de entonces se hayan pintado como de pura gloria. Nos las cuenta en detalles muy íntimos, ajenos al derecho de di fusión periodística. Podría condensarse todo con estas palabras:

—La verdad es que yo tenía que correr todas las carreras que se presentaran para contribuir con ese dinero al «pozo» con el que vivíamos varios, todos los de aquella escudería. Nos pasaban un sueldo que alcanzaba para comer. Pero el presupuesto era enorme, mucho mayor al sueldo, y se cubría íntegramente con nuestro esfuerzo personal.

Fangio sabe que está hablando con un periodista, pero en momento alguno pide que tal cosa «no se diga». Nos parece un dictado de nuestra conciencia el no decir las No alterarían hechos ya juzgados, cuya revisión tampoco alteraría el saldo que de ellos surge.

Por las callecitas de Galliate el Mercedes 220 pasa entre voces que saludan a

Fangio como a un hijo del lugar. Los chicos se atropellan entre sí para reclamar a Fangio el autógrafo, el llavero con su efigie, la tarjeta con su fotografía. Estamos en la casa del doctor Italo Conte, un personaje digno del sentido de sacrificio con que el italiano interpreta la vida. En sus días de estudiante de medicina Fangio le traía discos con tangos. Conte constituyó una orquesta. Tocaba gratis para Fangio y los argentinos que lo rodeaban. Y actuaba profesionalmente para pagarse sus estudios.

Mientras almorzamos en casa del doctor Conte aparecen chiquilines de dos o tres años de edad que llaman a la puerta para reclamar «un autógrafo di Fangio per me e il mio fratello». Tienen el derecho de entrada a la propiedad privada como a cualquier calle del pueblo. Lo de Galliate les pertenece a todos. ¿No sería ese el secreto de la felicidad de estos pueblos simples, de esta gente simple, de esta bondad simple? Así vivíamos los argentinos hace muchos años. Y ciertamente que vivíamos mejor. Nos sentíamos más socios entre nosotros.

Teníamos que estar en Génova a las 15 horas. Entre almorzar, curar a Fangio, firmar autógrafos y regalar llaveros... se nos habían hecho las 14. Nos separaban más de 150 kilómetros con la perspectiva de una entrada a Génova que lleva tanto como el resto de la travesía. Y «el paisano», que con su filosofía de resignación suele arreglar muchas cosas mejor que con la desesperación, se amolda a esa disciplina: —Bueno, lo mejor es no preocuparse y llegar a la hora en que se pueda...— Pero el 220 empezó a poner muy seguido la marca de los 180 km/h. (¡Ah!, y en las curvas se frena, ¿eh?... Juan Manuel Fangio frena en las curvas). Y mientras frena va diciendo: —Pensar que nueve de cada diez conductores dicen que en las curvas no hay que tocar el freno.

Estamos en marcha a Génova. Sale a la conversación un nombre: Varzi. Nos habla del anciano padre de Varzi, que aún vive en Galliate. El viejo tiene más de 90 años.

—Está muy bien. Anda todavía en bicicleta. Además, tiene económicamente un pasar como pocos. Son más de 400 mil liras mensuales que la fábrica le pasa para vivir. Pero el anciano no quiere usar el traje nuevo sino el viejo, que aún no gastó; ni esta camisa sino aquella otra, que todavía puede tirar...

Se habla, lógicamente, de la infinidad de amigos que ya no están. Varzi es el primer eslabón de una cadena impresionante de fugitivos hacia otro mundo.

—Yo quería retirarme dos años antes de cuando lo hice. Me encontré sin ningún amigo de todos aquellos. Todos habían muerto. Y los que quedaban... con estas máquinas tan livianas para tanta potencia... Luego seguí porque quise ganarle a Ferrari. Era una cuestión de empeño personal.

—¿Y usted cree que con la nueva fórmula de litro y medio y peso mínimo de las máquinas se mejorará aquel índice de seguridad?

—Seguramente que sí. Puede que se resientan los promedios. Los records establecidos últimamente no van a caer con la rapidez de hasta ahora. Pero ganaremos muchas vidas útiles. Las únicas que en realidad podrían haber dicho qué

fallas mecánicas hubo en todo lo que hasta ahora se hizo. Fallas y sabotajes. Las dos cosas. Aquello de los peritajes sobre máquinas destrozadas pero sin el conductor que pueda hablar nunca ha servido para nada útil. Por desgracia, los muertos no hablan. Y los fierros torcidos tampoco. Suponer una cosa no es demostrarla. Lo que puede demostrarse, sí, es que el material falta donde más crítica se hace su vecindad con el extremo de la resistencia mecánica. ¡Qué van a comprobar, por ejemplo, de la máquina de De Portago! ¡O de la de Pinocho^[26]!...

—Pinocho debe de haberse asustado y frenó, ¿no es así?

—Es posible. Pero... ¿por qué quedaron solamente las marcas de dos ruedas frenadas? ¿Acaso no frenan las cuatro?... Por eso digo que de los peritajes no surge nada convincente. Hay que acrecentar la seguridad, disminuir los riesgos y esa es la única manera sensata de seguir corriendo. ¡Pobre Pinocho!... Solo ahora, en 1960, empieza a desaparecer el rastro de su frenada en Nürburgring... Si no encontraba el árbol no se mataba. Pero los árboles no se mueven.

—¿Hubo alguna carrera más gloriosa que aquella en su campaña?

—Creo que no. Lo juro ahora; yo también lloré ese día.

Al rato Fangio toca un tema que no nos habíamos animado a tocar nosotros: Gran Premio de la América del Sur, muerte de Urrutia, cargos a Oscar Gálvez como causante de aquella «torta» fatal.

—Quería ir a Perú a ver bien la curva de aquel accidente. Y fui en el año 1955.

—¿Qué quería ver? ¿No recordaba cómo había sido?

—No. Aquello sucedió en plena noche, nos llevaron heridos y nunca más había podido ver el sitio del vuelco.

—¿Y?... ¿Qué pasó allí?

—Muy sencillo. Yo venía muy fuerte. Había pasado a una infinidad de máquinas, ya estaba en la punta con Oscar Gálvez atrás, siguiéndome. Al enfrentar la curva recién me di cuenta de que el viraje era en «U», es decir, que volvía al punto de partida. Con la noche no podía ver bien al costado. Supuse que estaba el precipicio. Y para no irme barranca abajo quise mantenerme en el camino. Eso fue todo. Si, como después lo supe, hubiera sabido que siguiendo de largo me metía en un campo donde podía maniobrar, nada habría sucedido. Así lo hizo Oscar Gálvez, que pudo ver o habrá imaginado que no existía precipicio... y se salvó de volcar porque siguió derecho.

—Entonces, Oscar nada tuvo que ver con el vuelco... No lo encandiló por el retrovisor, como dijeron ...

—¡Nada! ¿Qué va a tener que ver? La gente fue muy injusta con Oscar. Nos habían visto pasar juntos por el pueblo anterior y echaron a andar la bolilla de que nos habíamos chocado. Pero no hubo tal cosa. Oscar venía haciendo la carrera más lógica: seguirme con la tranquilidad de que yendo atrás mantendría toda la ventaja que me había sacado. Yo tuve la desgracia de creer que si me salía de la curva me iba al abismo y por eso volqué, por querer mantenerme en camino. De día no habría

sucedido nada. Oscar tuvo la suerte de saber o ver que siguiendo derecho paraba la máquina en un llano y la pudo meter allí. Aparte de todo eso, si en el automovilismo hay gente decente para correr, incapaz del menor «chanchullo», esos son los Gálvez. La gente fue muy injusta con Oscar aquella vez. Oscar tiene la costumbre de hablar mucho y ser hasta demasiado franco, pero en realidad nadie es más noble que él.

Estamos en Génova. Son las 15.30. —Está bien. Hemos llegado mejor de lo que creíamos... —Fangio se va detrás de sus negocios y nos honra confiándonos su máquina... —En media hora estamos listos y regresamos a Milán. Los dos tenemos compromisos tomados en Milán para las 19. Pero cuando finalmente podemos partir son ya las 17.45. —No llegamos. —Vamos a ver. No hay que preocuparse, no hay que preocuparse. Se llega cuando se pueda—. A las 18 estamos en la boletería de ingreso a la autostrada. 800 liras cuesta usar esa carretera durante 150 kilómetros.

Volvemos a la charla para hacer menos larga la travesía. Con ella y un poco de música («algo alegre», pide el quintuple campeón del mundo) el trayecto del 220 a casi semejante velocidad (después de los 180 el tablero ya se niega a seguir hablando) se hace de una sensación semejante a 50 kilómetros por una ruta sin tránsito. Nos vamos al fútbol. Fangio también jugó fútbol.

—Era interior o *wing* derecho. Y representé a Balcarce en el campeonato argentino.

—Jugaría muy mal para resultar buen automovilista...

—¿Qué no?... Era muy peligroso. Yo buscaba la cortada y le daba al arco. En cuanto me dejaban un claro la metía, ¿eh? Además, ese equipo jugaba bien al fútbol. Dos de mis compañeros llegaron a Lanús. Eran los hermanos Dufaur. También jugaba Cavallotti; todos muy buenos jugadores. Los tres son ahora mis socios comerciales.

—¿Y de dónde se hereda, en un muchacho que se hace automovilista jugando al fútbol en Balcarce, que maneja en el llano, que no vive en la montaña... toda esta familiaridad con la conducción en montaña?...

—Y... se nace o no se nace. Los Gálvez nunca habían manejado en montaña ni en el barro. Fueron a la montaña y al barro y barrieron con todos...

—A propósito. ¿Por qué no se largó más seguido a las carreras de subidas de montaña que se hacen aquí?

—¡No!... Una sola vez me agarraron. Y dije nunca más. Fue en Suiza. Acepté venir después que mucho me lo pidieron. Vine con una máquina de dos litros y me encontré con un montón de coches *sports* con motores especiales de 4 litros y medio. Yo venía de ganar en Reims. Y en la primera subida apenas empaté el mejor tiempo... ¡Cha qué mal momento pasé! Había caído como un chorlito. Menos mal que en la segunda pude ganar. Si perdía era muy malo para mí. Me costó sangre. Y no quise saber más nada. Era dar mucha ventaja. «A pari maquina» la cosa me gustaba. Pero allí se venían todos con el cuchillo bajo el poncho a ganarme como a un chico que llevaron engañado.

Ya estamos de regreso en Milán. Llegamos a la ciudad. Son las 19.30 en punto

cuando después de atravesar todo el gran tránsito de «la capital moral de Italia» llegamos a la puerta del hotel. No está mal: en 90 minutos hemos venido de Génova... No está mal... ¡Pero si la policía «stradale» lo llegaba a sorprender a Fangio en la que ha venido haciendo!... no estaríamos en Milán en este momento.

—¿Muchas boletas en las rutas europeas, Juan?

—No; cuando me han parado siempre me perdonaron, al reconocirme. Uno ya no es un chico con un acelerador en el pie...

Milán, septiembre 28.

4. CHE, PANZERI, ¿QUÉ DEJAN TUS 35 AÑOS DE BRONCAS? (UN AUTORREPORTAJE)

Satiricón, diciembre de 1973

Mencken dice, en HOMBRES Y DIOSES EN LA PICOTA, que muy probablemente la raza humana no haya producido nunca un hombre totalmente admirable. Dice que los modelos trillados, como Lincoln, Goethe, son candidatos muy flojos para esa distinción. Y hasta incluye a Jesús como hombre imperfecto. «QUIZÁ SEMEJANTE PRODIGIO SERÁ ETERNAMENTE IRREALIZABLE», dice Mencken. Tiene razón.

Atahualpa Yupanqui dice que «EL HOMBRE QUE VALE ES AQUEL QUE HACE LO QUE TIENE QUE HACER Y NO DICE NADA. Como el domador que juega su vida sobre un potro y apenas comenta: “ME DIO TRABAJO, EL COLORAO...”». Tiene razón.

Generalmente el hombre es doblemente estúpido a cuanto lo es por naturaleza, herencia, o esfuerzo personal, cuando habla de sí mismo. Y cuádruplemente estúpido, cuando supone que «DEJA UNA OBRA» por el hecho de haber vivido, o por haber vivido con más notoriedad pública que otros. Yo creo que ni el más genial de los hombres MERECE SER admirable, porque lo que hace como cosa difícil para los demás, es fácil para él. Creo que el mayor genio de la humanidad fue hasta ahora Leonardo Da Vinci. Y sin embargo no creo que Leonardo haya sido capaz de jugar bien al fútbol, o de tejerse un *pullover*.

El hombre hace LO QUE LE VA SALIENDO. A veces bien, a veces mal. Y todo eso que deja por saldo de su vida, no queda como otra cosa que lo que hizo porque alguien lo tenía que hacer, encontró fácil hacerlo, o muchas circunstancias determinaron que lo hiciera. Y punto. Sin ningún otro mérito.

Todo esto es valedero para el caso de hacer balance sobre lo que deja, lo que consigue, o lo que produce una vida dedicada a alguna tarea. CUMPLIDA HONESTAMENTE, ES INEVITABLE QUE TENGA ERRORES; CUMPLIDA DE OTRAS MANERAS, TENDRÁ MUCHOS MÁS ERRORES. Y no estoy seguro que sea totalmente cierto que tales tareas «QUEDAN». Yo creo que todo está solamente de paso por esta vida, no solamente el ciclo que vive cada ser humano que pasa por ella. Así como no hay nada perfecto, tampoco hay nada perdurable-perdurable. En eso creen solamente los mediocres obsecuentes o los petulantes vanagloriados. Yo creo que es muy cierto aquello de «NO SOMOS NADA». Nos agrandamos.

—¿Por qué te hiciste periodista? ¿Cuándo te hiciste periodista?

—Por las circunstancias. Como todo lo que se hace en esta vida. Empezando por el casamiento, siguiendo por los hijos, siguiendo por todo lo que antecede y sigue a la

reproducción. Siempre las circunstancias. A una de mis maestras primarias, Margarita Bruzzaferri se llamaba, yo le dije, teniendo 8 años: «**Cuando yo sea grande voy a escribir en El Gráfico**». Pero a la misma edad soñaba con llegar a ser jugador de fútbol como unos monstruos que eran mis ídolos. Hubo circunstancias de naturaleza, de ambiente, de un montón de cosas, que me permitieron ser lo primero; y en cambio me negaron ser lo segundo. Pero para que fuera periodista, intervino mucho la circunstancia de mi locura por el fútbol, de la bolilla que me daban, como «**chico crecido antes de tiempo**», ciertos mayores que para mí eran las Pirámides que hablaban. O el hecho de que un día —allá por 1926— mi hermano trajera a casa un ejemplar de *El Gráfico* del que nos hizo lectores un canillita porteño de aquella nuestra cuna cordobesa-santafecina. Yo aprendí a leer leyendo fútbol. Y allí se juntó todo. Se reunieron las circunstancias. La vida no se puede programar, aunque haya quienes quieren **currar** con esa oferta comercial. Después mi hermano me mandó a «**aprender a escribir a máquina**» en el diario en el que él escribía sobre fútbol. Y me dejó en su reemplazo teniendo yo 15 años. Poco después, uno de aquellos mayores que me daban bolilla y cabida en mi locura por el fútbol —Pedro Rodríguez— me puso en consignación, en Buenos Aires, a «El Chueco» García, el más grande *wing* izquierdo de la historia (Loustau era superior para el equipo, El Chueco para el puesto). Y de la mano de El Chueco, entré a *El Gráfico*, como yo le había dicho a mi maestra. Para Borocotó y Frascara, yo era «**el muchacho que trajo El Chueco**». Me la cantaron clarita de entrada: «**Vos tenés que escribir primero en las divisiones inferiores hasta que te dejemos lugar para escribir fútbol**». Así fue que hacía alguna nota de fútbol como «**Pedro Baldío**», y muchas de lo que nada sabía, como remo, paleta, ciclismo, natación, atletismo, volley, lo que viniera. Periodismo, para los periodistas, fue siempre escribir mucho de lo que no se sabe nada. Hay periodistas que se enorgullecen de ello. Los hace felices proclamarse caraduras. A mí me daba mucha vergüenza, aunque me dijeron que «**así se hace el periodista**».

—¿**Y tu estilo agresivo, que le dicen, empezó siendo el que fue después?**

—Creo que sí. De disfrazado nunca jugué. Por si te basta, mirá cómo escribía yo, el 4 de mayo de 1941 (a los 17 años), sobre política internacional argentina, en un diario de Santa Fe: «**Habrá llegado el momento de ver a nuestros gobernantes (creo que el Presidente de la Nación era Ramón S. Castillo) como directos agentes totalitarios; como traidores a la patria; como amplios colaboradores de quien se propone avasallarnos**». Otro párrafo del mismo ciclo de quijotismo-romanticismo-izquierdismo por el que debe pasar siempre esa agradable enfermedad que es la juventud: «**Las consecuencias de las fraudulentas y bochornosas elecciones de Santa Fe y Mendoza, se presentan alarmantes, deplorables, para la cultura política argentina... hay que desenmascarar a los enemigos de la patria, y esa obra, a realizarse aún tras las barricadas, requiere inmediata ejecución**»... ¿Qué te parece? ¿La rebeldía de la juventud nace en 1970? Como te podrás imaginar, yo nunca había estado en una barricada... Pero ya tiraba la bronca y tenía ganas de tirar

también balas...

—**¿Qué considerás que llegaste a saber plenamente respecto de los deportes que escribís?**

Que el único que **sabe algo** de lo que ocurre en una puja deportiva, es el que juega, el que interviene en ella. Los demás somos todos **chamuyetas**, simples espectadores que documentamos recuerdos de cosas que jamás podrán repetirse. Ya que nada se repite en el mundo del juego de la espontaneidad. Y aquellos que **saben algo** porque están jugando, porque intervienen en la confrontación... en cuanto dejan de jugar y se hacen espectadores están como todos los demás, con un gramo de diferencia entre los que más saben y menos saben. No hay quien sepa de fútbol, ni de nada, viéndolo de afuera. Somos todos aprendices. A lo sumo podemos decir qué sucedió. Nunca lo que puede suceder. Las aparentes coincidencias son pura coincidencia. A las circunstancias no hay hombre capaz de nuclearlas por su voluntad. Y en tanto uno aprende en la vida, nunca sabe cuándo, dónde, ni de quién aprende. Tomamos líderes que nos sirven de partida, o de pretexto, para ser como alguien; hasta que llega el momento de ser lo que ya éramos al nacer, o lo que somos capaces de ser por nosotros mismos.

—**¿Tu línea periodística ha servido de emulación para alguien?**

—Algunas veces he sabido que sí. Eso me han dicho. De allí a que pueda servir, hay mucha diferencia. Abundan los «**hijos míos**» a los que su madurez transformó en antípodas míos, por aquella ley de las definiciones según como somos, y no según lo que sean otros. Yo tenía por mi padrino periodístico, «El Chueco» García, una admiración tan grande como la admiración que hoy niego merezca ningún hombre. Pero un día, ya empezando a «independizarme», me atreví a decirle:

—**Vos sos culpable de haberlo hecho consagrar a un mal jugador como Yácono, porque solamente por culpa tuya fue que ese petiso impuso la moda de no jugar para que otros no jueguen. Vos no te movías de su puesto y él se hizo famoso como estampilla tuya.**

El Chueco se me enojó. Y no era que yo hubiera dejado de admirar su genio, sino que yo empezaba a ser yo y empezaba a dejar de ser lo que era mirándome en él. Es ley de la vida. Ya ves que hasta los hombres modelos de otros, con existir de verdad, tampoco existen totalmente, ya que son efímeros, transitorios.

—**Sin embargo, se oye hablar de «periodismo panzerista».**

—No me vas a envanecer, porque no me entra. Para petulante no me vas a encontrar, porque no obstante tener mucho de gil (decime quién no tiene algo), también creo no tener nada de imbécil. Si hay periodismo **panzerista**, yo te podría decir que es una falsificación y una mentira, pues siendo un Panzeri de apellido, ocurre que yo soy periodísticamente «**chanteclerista**», que era el pseudónimo (Chantecler, de *El Gráfico*) del que para mí fue el mejor periodista de fútbol que conocí y leí. Mal puede haber «**panzeristas**» si yo no soy «**panzerista**». Ese hombre sabía apreciar el juego: conocía la ley; dominaba la filosofía por la que la humanidad

hace eso que era deporte; educaba, corregía, protestaba; y daba soluciones a lo que veía mal hecho. Sin embargo, también de ese maestro yo me independicé al sentirme capaz de caminar solo, y hoy discutiría con él muchas cosas que antes tomaba a pies juntillas por ser suyas. El hombre que sea hombre, y no chorizo, ni mortadela, tiene que concluir haciendo suyos sus propios errores. No pedirlos prestados. Por lo menos desde los 25 años en más. Que haya «**panzeristas**» es igualmente deplorable a que haya los que yo llamo «**muñoces**», para señalar una filosofía periodística mercenaria. Pero te aclaro que el gordo Muñoz tampoco funda esa agrupación. *Crítica* del 19/11/1914 dice en la página de deportes que en la AFA «**se tratará en el consejo el pago a un difundido cronista de la suma de 500 pesos (¡más de medio millón de hoy!) para cancelar una deuda pendiente por trabajos de propaganda realizados en favor del consejo**». ¿Qué te parece, cholito? No hay ni «**muñoces**» ni «**panzeristas**». Hay solamente una fauna llamada humanidad en la que hay de todo, y nunca por herencia (salvo la guita), sino por circunstancias. Jesús y Judas forman comunidad.

—**Mencionaste «soluciones» al hablar de «Chantecler». ¿Vos las das?**

—Esa pregunta te mandaron a hacérmela los cernícalos y delincuentes que dicen que yo «**hago la crítica pero no apporto las soluciones**». Deciles que digo yo —ya que estás de alcahuete de ellos— que hace 37 años que vengo dando soluciones cada vez que digo dónde está, a mi juicio, el mal; y dónde queda, a mi juicio, el bien. Supongo que la solución está dada al señalar lo que yo creo el bien. Esta discusión sobre lo que es «**ser constructivo**», exigiría que ellos, mis criticados, digan por qué no consideran que sean soluciones aquellas cosas que a mi juicio representan el bien. O por qué han dicho que hay ideas mías que no pueden aplicarse por «venir de quien vienen», no porque no sean buenas.

—**¿Y tu vida periodística te ha dado amigos?**

—La periodística, no sé. La vida, sí. ¿El Periodismo es o no es vida? Dale el sentido que vos quieras. Los amigos no los saqué de una fiambarrera. Y otra cosa, que periodismo muy rara vez hice en mi vida. Y ya voy para 52...

—**¿52 amigos?**

—No, años. Amigos no sé. Porque de pronto es un amigo un desconocido. Y sin de pronto: casi siempre. Son esos que define muy bien Atahualpa. Luego están los otros más ortodoxos como amigos. Desde ya te digo que el periodismo no se puede ejercer honradamente pensando en ellos, sino olvidándose de ellos. Si a pesar de eso te quedan algunos, el balance es bueno. Creo estar en ese saldo. Tengo amigos que no comprenden ni se interesan por lo que hago, pero me sacarían de cualquier apuro; y amigos que me comprenden y siguen todo lo que hago, pero a los que jamás les diría que me saquen de un apuro, porque no podrían (no me refiero a tener guita), puesto que no nacieron con aptitud para eso. **Natura non va a Salamanca**. Pero eso de hablar de «amigos» es otra fanfarronada del hombre mediocre. ¿Vos dejarías a un tipo que encontrás colgado a un techo por sus tobillos, con la cabeza hacia abajo, tal cual

lo encontraste? No, ¿no? ¿Y por eso sos su amigo siendo que en realidad te es y le sos desconocido? Hablemos más simple y digamos, en lugar de amigos, algo menos solemne y ceremonioso, dos cosas muy propias de estúpidos y fanfarrones. Descolguemos a aquel tipo del techo, y callemos la boca, que eso basta para saber cómo somos. El hombre que vale hace lo que tiene que hacer y no dice nada...

—**Hablaste de guita, ¿es cierto que tu periodismo te enriqueció?**

—Te la contaron mal: **me pude enriquecer** haciendo un periodismo opuesto al que vos llamás mi periodismo. Me lo ofrecieron reiteradamente. Por rechazarlo fue que me mandé mudar de *El Gráfico*, pese a 17 años transcurridos allí, como lo había dicho teniendo 8. Ya ves: de nuevo las circunstancias, no la voluntad de uno mismo. Otros se enriquecieron con lo que yo rechacé. Yo vivo bien. Ellos viven ricos. ¡Cómo deben sufrir con ese disfraz! Son los que para llamar bobo a un tipo, lo llaman «decente»...

—**¿Y ahora me podés decir de qué sirvieron (a los demás, al deporte, al país) tus casi 37 años de periodismo tirando la bronca?**

—Yo tengo escrito un libro, **Fútbol. Dinámica de lo Impensado**. Te aclaro que es el primero, ahora estoy en el segundo. Ese primer libro se inicia con una advertencia: «**Este libro no sirve para nada**». De mis casi 37 años de bronca, te podría decir lo mismo. «**Para nada**». Eso, en lo que respecta a los demás. Puesto que no pude ni podré cambiar nada de lo que yo veo está torcido, y muchísimos coinciden en que lo está. Llego, a veces, a abrir los ojos a cierta gente, que coincide conmigo. Pero esa gente manda, no decide, es majada del anonimato gris. Lo que significa que no llego a quienes yo hubiera deseado llegar, los que mandan, los que gobiernan, los que deciden. Esos jamás me dieron pelota. A lo sumo dijeron «**es un loco que tiene razón**». Pero muy en privado. Lo mismo pasa con mis charlas de TV. Absolutamente no sirven para nada. Para nada de lo que yo quisiera que sirvieran. El aparente servicio que a veces tienen, al recibir una aprobación de los hombres grises, tampoco sirve para nada, por cuanto en su mayor parte esa aprobación o apertura de ojos cerrados se produce «**cuando hay bronca en el gallinero**». Pero en cuanto se quitan la mufa porque Muñoz gritó **¡gol argentino!**, ya entran de nuevo en el rebaño del conformista que hace estéril decir que el rengo tiene una pata más corta. Yo le sirvo a veces al mufado de la calle. Pero no a los que mandan, a los encargados de corregir mufas.

—**¿Y si no sirve para nada, por qué seguís en esa brecha?**

—Porque me sirve para dormir tranquilo. Me sirve para cumplir conmigo. ¿O qué querés? ¿Que viva como un desgraciado, torturado, mordiéndome la lengua, para ESTAR bien y sentirme mal por saber que SOY un renegado de lo que pienso? En la opción por bobo o «chanta», yo prefiero quedar en primera B.

—**Entonces querés decir que aquellos 37 años tirando la bronca, sirven.**

—Ni sirven ni dejan de servir. Son una vida, o casi una vida, que transcurre como las circunstancias quieren que pase cualquiera de las monótonas vidas que nos toca

vivir en nuestro paso por esta estancia. Ya te dije que no somos importantes. No somos admirables ni siquiera siendo genios de alguna cosa (¿no se te ha ocurrido pensar alguna vez que Einstein, Juana de Arco, Marconi, María Estuardo o Churchill tenían aparato digestivo igual que nosotros?). No somos trascendentales, sino que nos hacen trascendentales por solemnidad, vanidad, ceremonia. Siendo en mi caso nada más que periodista deportivo... ¿qué crees que puedo aspirar a que sea mi vida, sino otra cosa que algo más dentro de todo aquello pasajero, perecedero, a veces casi inútil, que es la vida de la inmensa mayoría de los que por aquí andamos de paso? Si le abrí los ojos a alguien (que seguramente no manda, no gobierna, no decide), no habré hecho otra cosa que lo mismo que hicieron con los míos (los ojos) aquellos que anduvieron antes que yo en este asunto, y de quienes hoy nadie se acuerda. Pero que aún en el caso de ser recordados, tampoco serían propietarios de ese servicio de abrir ojos. Que es un asunto semejante al juego de las circunstancias. O al de la dinámica de lo impensado que hay en las actitudes de la lúdica y la espontaneidad: un juego de la misma vida. La gente que hace vida pública cae en el frecuente error de suponer que su meta en la vida es la de pasar a la historia. El mayor servicio que en vida el hombre puede prestar, es poniendo limpieza en la casa que ocupe mientras vive. Y no ocupando una página en algún libro luego de morir. De eso se encargarán otros que deciden si vivió para utilidad de los demás, o si sirve para ser usado como instrumento para con los demás. Pero nunca es el mismo hombre, consigo mismo, el que decide para qué sirvió lo que hizo.

5. ¿POR QUÉ ESCRIBO EN ASÍ?

Dante Panzeri Confidencial, N.º 3, mayo de 1964

He hecho siempre un solo periodismo: el que me gusta y el que siento. Nunca fui propietario de ningún órgano periodístico. Siempre trabajé para otros al mismo tiempo que trabajaba para mi vocación y mi gusto. Siempre difundí mis ideas por medios ajenos. Antes de hacerlo desde «El Gráfico», lo hice desde tribunas tan opuestas como «Campeón» o el diario «Cabildo» (aquel de los aliancistas del 42/43). ¿No debí ir a «El Gráfico» siendo que había estado en aquellos? Si así fuera, justificaría que ahora se piense que no debo escribir en «Así» después de haber escrito en «El Gráfico». Héctor García, director-propietario de «Así», me ofreció su tribuna muy poco después de dejar «El Gráfico». Rechacé el ofrecimiento porque en esos días estábamos en un proyecto del que afortunadamente me aparté antes de que fuera lanzado: el de un semanario, «Todo» (del que se publicaron dos o tres números a mediados del 63). Reiteró su oferta cuando supo que aquella publicación no contaba con mi adhesión; y ahora cabe decir por qué la acepté. Primero: porque me gustó mucho que me dijera que él disentía con mi manera de pensar y escribir, pero consideraba COMERCIAL para su revista publicar mi manera de pensar y escribir. Segundo: porque en el mismo terreno de franqueza, yo le hice saber que mi vocación periodística no encajaba en el tipo de periodismo de «Así». Tercero: porque su oferta establecía, antes que el dinero a pagar, la seguridad de mi más absoluta libertad para ESCRIBIR LO QUE YO QUISIERA como único responsable de ello, cosa que NI EN «EL GRÁFICO» LLEGUE A DISFRUTAR TOTALMENTE PESE A SER ALGO ASÍ COMO SU DIRECTOR. Cuarto: porque me ofreció una buena paga que después amplió para que le escribiera también dos notas semanales en «Crónica», de la misma empresa. Quinto: porque ninguna otra empresa periodística con publicaciones escritas vino a ofrecerme mejor situación. Por el contrario, alguna como «Vea y Lea» y «Primera Plana» me la ofrecieron, primero y tuvieron miedo después «de los problemas que traen las notas de Panzeri». Sexto: porque «Así» es la revista que POR LEJOS más ejemplares vende en el país (700 000 semanales estables que llegaron a ser ocasionalmente 910 000) en razón de prevalecer en el país un tipo de público lector al que yo no había llegado y que por ese vehículo he podido llegar. Séptimo: porque las cinco personas que componen la familia a mi cargo no podían seguir esperando para vivir a que «la prensa seria» de las páginas «más dignas para mí», me ofreciera el trabajo que yo necesitaba para mi familia y yo. La prensa llamada seria, ya queda dicho, TIENE MIEDO de «los problemas que traen las notas de Panzeri», (referencias: las que quedan dichas). Octavo («y primero»): PORQUE HE PODIDO SEGUIR SIENDO ESENCIALMENTE YO, entre gente que aun pensando opuestamente a mí, me trata bien, me respeta bien, me paga bien, Y NO

ME PIDE QUE CAMBIE. Y tengo una satisfacción: la de comprobar que ustedes mismos no vacilan en asegurar que «Así» y yo somos dos cosas distintas, aun cuando me reprochan que escriba en «Así». Entonces, ahora más que antes, creo que el hombre es el que está adentro de la ropa; y no el que muestra la ropa que lleva puesta. Lo dicen ustedes mismos cuando dicen que «Así» y yo somos diferentes. ¿Se dan cuenta cómo lo supuestamente inconciliable nos da a la postre una formidable lección de sana convivencia y difusión aun dentro del periodismo «sensacionalista» de «Así»? Esto lo hace posible una actitud: HABLAR CLARO. Hablando claro no queda nada en la oscuridad. Con «Así» hablamos claro, ellos están muy en claro en su posición, y yo, a la vez, puedo estar muy en claro ante ustedes. Y por favor: el día que yo necesite que me den trabajo, no se olviden de procurarme una tribuna «seria» antes de reprocharme mi militancia en alguna otra «no seria». ¿Cuál es la «prensa seria» del país? ¿«La Nación» y su tibio-tibio? ¿«El Gráfico» y la chabacanería que USTEDES le reprochan? ¿«Así» y sus crímenes? ¿«Primera Plana» y su objetividad? ¿Cuál es la prensa «seria»? Piensen si en lugar de prensa seria no sería más exacto hablar de periodistas no serios y serios, sin importar la página donde ponen su firma (o no la ponen). POR TODO ESO ESCRIBO EN «ASÍ», MUY A GUSTO Y MUY CÓMODO ENTRE GENTE QUE ME TRATA MUY BIEN, ACLARÁNDOME QUE ESTÁ EN DESACUERDO CONMIGO. ¿Qué más?

II
VISIONES DEL FÚTBOL
(*JUEGO - TÁCTICA - LENGUAJE*)

Sistemas tácticos que retacean delanteros para sumar defensores o mediocampistas retrasados. Directores técnicos con salarios siderales, con más planos televisivos que los jugadores, convertidos en verdaderos divos. Jugadores que al ser millonarios prematuros (casi antes de demostrar aquello que prometen que pueden llegar a conquistar) dilapidan potencial y salen más en las revistas de variedades (y en las páginas policiales de los diarios) que en las revistas deportivas. Las peores pesadillas de Panzeri convertidas en realidad. En algún momento reflexiona (o afirma proféticamente) que si se siguen eliminando delanteros, se va a llegar a jugar sin ellos o con uno solo. Aunque siempre aparece algún redentor. Fue Pedernera en su tiempo, luego Pelé, más acá Cruyff, Maradona y ahora algo así como una conspiración de redentores: Guardiola, Xavi, Iniesta y Messi. Siempre hay que tener esperanzas en el fútbol.

Panzeri se oponía a la idea de que los futbolistas se podían «hacer», crear en una especie de laboratorio. No negaba la posibilidad del progreso, del aprendizaje pero aquellos que marcaban diferencia, los verdaderamente determinantes venían así desde la cuna. Sostiene que algo anda mal cuando los defensores son los que se destacan: «El fútbol se inventó para que los defensores desempeñen el papel de los hijos de la pavota, no el de los héroes».

Sus grandes enemigos fueron los directores técnicos. Decía que las siglas DT provenían de «Dan Tristeza» o de «Decí, Tarado». Pero en verdad, lo que le provocaban no era tristeza sino bronca. Creía que no eran rigurosos, que su labor estaba sobreestimada en un fútbol en el que la mayoría de los goles son fruto de una casualidad y no del buen juego o de una superioridad razonada conseguida sobre el rival. No se dejaba engañar y les enrostraba que cuanto más lindo se hablaba peor se jugaba al fútbol.

Veía el fútbol de una manera específica y novedosa para su ambiente. Trató de difundir sus ideas desde todas las tribunas. Esa visión del fútbol como juego bello, como juego social la transmite sin dejarse llevar, sin que lo engañen circunstanciales resultados. Y si sus posturas y teorías son novedosas, también lo es el lenguaje empleado. Por eso brinda a sus lectores un glosario, para que sepan de qué se está hablando.

En la paulatina extinción de los wines encuentra la imagen que resume los motivos del juego mezquino. Esos personajes excéntricos, llamados «locos» la mayoría de las veces, que con sus desbordes posibilitaban goles, que ponían al espectador al filo de la grada o al borde de su butaca en cada movimiento, esos especialistas en el arte del noble engaño que es la gambeta, van siendo censurados. Se los permuta por volantes polifuncionales. Y la cancha se estrecha, muchos metros menos por los costados. Y el fútbol se torna confuso, un revoltijo de piernas y tapones por el centro del campo.

Antes de la era de los goles televisados, quien había visto el partido en la cancha esperaba la palabra de unos pocos periodistas para revivir el partido. Las fotos de El

Gráfico que demostraban lo que había sucedido en una acción polémica o los comentarios de Juvenal o Ardizzone en la misma revista. El público compraba el Clarín del lunes por los comentarios repletos de humor y lunfardo de Diego Lucero. Lo leían porque querían revivir el partido que su equipo había ganado, volver a ver lo que habían visto. En cambio, a Panzeri se lo leía para poder ver aquello que no se había podido o sabido ver.

6. PARA QUÉ SE JUEGA AL FÚTBOL

Análisis, 15/10/71

Ganar, es obvio. Descontado. Jamás se hizo nada en la vida para perder. Pero además de ganar, que es cuestión asimismo implícita en jugar bien, en jugar mejor... ¿qué es jugar al fútbol?... ¿para qué jugamos al fútbol? Para una satisfacción artesanal que tanto puede ser personal, como de un conjunto de compañeros con los que nos vamos haciendo camaradas. Aunque terminemos haciendo del fútbol una máquina calculadora de pesos; un trabajo y sacrificio, como ahora mucho se menciona para justificar que no se juegue al fútbol; una actividad financiera; aunque lleguemos alguna vez a eso, es una sola la razón por la que jugaremos al fútbol cuando niños; por la que seguiremos jugando cuando adolescentes; por la que jugaremos como adultos: aquella satisfacción *artesanal*. Puesto que si ella no fuera la causa por la que jugamos, jamás nos elegirían para posteriormente «trabajar y sacrificarnos».

«*El público pide y exige resultados y nosotros nos debemos al público*». Es una de las explicaciones que suelen darse para el hecho de haber convertido al juego en un *no juego*. Yo afirmo que eso es mentira. Quien así habla y así juega, juega así, porque el que quiere resultados *es él*. Y pretende transferirle la culpa de ello al público. Se parece al dirigente o gobernante que dice hacer «*lo que pide el pueblo*». Cuando la realidad es que lo que hace, como lo hace, apunta solamente a durar él ante el pueblo en cuestión. Jugador y gobernante que así filosofan respecto de sus deberes, son la equivalencia del escritor que, con el pretexto de *escribir para el público* lo está despreciando y estafando al negarle la riqueza de lo que emerge de quienes escriben para sí mismos y para que luego el público acepte o rechace, según es imposible saber, jamás, quién y cómo es el llamado público (hinchada). Los tres —futbolista, gobernante y escritor— están, en esos casos, señalando al llamado público como un ignorante a perpetuidad, inmerecedor o incapacitado de gustar nada ajeno a su ignorancia estancada. Quienes más gustaron en esos tres terrenos, fueron siempre aquellos que se respetaron a sí mismos.

Jugador de fútbol es el sibarita de la satisfacción de jugar bien. Jugar bien supone un montón de cosas. Y la que menos cuenta entre ellas es la de ganar, según una conciencia nos dirá *ganamos, pero qué mal jugamos*, del modo que otro día nos recordará *perdimos, pero qué bien jugamos; en el próximo partido tenemos que matar*. El fútbol se divide en pasión, en técnica, en juego (coordinación), en lucha, en resultados, en amistad, en dolor, en goce, en alegría, en furia. Es un juego con el que se puede ganar dinero. Pero para ganar dinero tiene que ser juego. Y con dinero solo, no es juego ni es ganancia. Es una pasión que puede dar espectáculo. Pero no puede ser espectáculo sin pasión. Da espectáculo con pasión, si hay técnica y belleza y

juego (técnica la individual, belleza la coordinación). Es lo que sale y se presenta, mucho más que lo se piensa o se planea. Es una camisa de sangre y no de género. El profesionalismo exige separar sentimientos. Pero sin sentimiento no puede haber profesión. El hombre caluroso no puede ser suplantado por la fría maquinaria. Y el fútbol es arte (ciencia es lo que exige maestros) de calurosos apasionados. Con el que se puede llegar a la guerra. Pero solamente a la guerra de los afanes, nunca de la intención. Esa es la guerra que paga el público y quiere el público. Y a la que hace honor el jugador que concreta un gol por gran jugada de un compañero y corre a abrazarlo diciéndole: *Me daba vergüenza hacerlo; gol era tuyo*. Fútbol es recuerdo de lo que jamás se repetirá. Es momento. El fútbol no tiene futuro.

Y tanto es cierto que no lo tiene, que Independiente, «según el horóscopo», era «una murguita» dispuesta a discutir el fondo de la tabla, que se trasforma en campeón como exponente del más cerrado conservadurismo negativo entre defensa-ataque y resulta el ganador de turno entre 19 imposibilitados de establecer «el mejor», solamente capaces de determinar un ganador que no significa el mejor. Y Vélez Sarsfield, el descontado campeón por maledicencia colectiva y posibilidades ofensivas, pierde el campeonato en su último partido, iniciado con ventaja de 1-0 al salir del vestuario hacia la cancha. Dos momentos. Dos presentes. Y un futuro igualmente incierto para los dos. Lo doloroso de todo esto es que a Vélez Sarsfield se lo señale como culpable de haber perdido esa falsa gloria por no haber sabido ser tramposo, por no haber sabido *crear clima*, se dice. Implícitamente equivale a sugerir que fútbol es deshonestidad y juego sucio, cuando justamente la frustración de Vélez Sarsfield es un homenaje al juego limpio y la buena fe, que esencialmente debe ser el fútbol, que con dinero o sin dinero mediante, es para eso que se juega: para que gane el juego limpio, no *el clima*; no el *embarullamiento* que algunos panegiristas del delito consideran que es una ciencia monopolizada por los Zubeldías y Bilardos. Fútbol es *perder* como perdió Vélez. Y *jugar* como ya no juega nadie, exceptuando Brasil.

7. ES CUESTIÓN DE 32 AÑOS MÁS (LA PROGRESIÓN DE LOS SISTEMAS TÁCTICOS) (FRAGMENTO)

El Gráfico, 26/06/62

Partido muy normal.

Partido normal según la normalidad del fútbol de este momento en nuestro país.

Más zagueros que extremos atacantes. Más atacantes mandados a armar que a atacar.

Racing: Negri detrás de dos backs «a la antigua» (adentro del área); un marcador de punta; otro marcador de punta, una línea media también «antigua» (tres efectivos); una delantera a la «moderna» (quinteto ofensivo de tres...).

Huracán: lo mismo.

Es decir: ¡ya no sirve el 4-2-4! Lo anunció Herberger, lo proclamó H. H.,^[27] lo reveló Lorenzo, lo sentenció Aymoré Moreira. ¡Lo subrayó el congreso de entrenadores!

Lo ordenó el concilio de los papas del fútbol (papas sin asiento). Lo resolvió la Real Academia del Idioma del Fútbol.

¡Basta de 4-2-4! Brasil ganó el Mundial con 3 forwards. ¡Todos al 4-3-3! ¡Hay que imitar al campeón!

El mundo futbolístico ha recibido de los modistos el último grito de la moda: hay que cerrar los escotes, hay que acortar las polleras. ¡Hay que quitar un forward! Por cada mundial un delantero menos. Londres promete ser el concilio del próximo hallazgo: 4-4-2. Buenos Aires o México, el del 4-5-1; acaso 1974, el del 5-5-0; 1978, el del 6-4-0. Matemáticamente puede predecirse que en 1994 llegaríamos al 10-0-0. Es decir, desde 1994 recuperaríamos el fútbol concebido allá por la mitad del siglo pasado: un conjunto de hombres que tanto ataca como defiende. Amontonados todos delante del arquero puede ser motivo de esperar que los otros todos amontonados delante del otro arquero... se resuelvan a atacar. Esto es el ideal del fútbol; todos atacan, todos defienden. Lo que reafirmaría el viejo aserto: no hay mal que dure cien años. En 1994 estaría resuelto este problema. Es cuestión de esperar 32 años. Ya estaremos viejos para ese entonces. ¡Pero qué importa! ¿Acaso no habrá nuevos jóvenes para disfrutar ese renacimiento? Seamos optimistas, entonces: conforme se avanza más hacia la destrucción, más cerca estamos de la reconstrucción.

1925: 2-3-5; 1939: 3-2-5; 1958: 4-2-4; 1962: 4-3-3; 1966: 4-4-2; 1970: 4-5-1; 1974: 5-5-0; 1978: 6-4-0; 1982: 7-3-0; 1986: 8-2-0; 1990: 9-1-0; 1994: 10-0-0.

1998: ¡Renacimiento!

8. EL FÓBAL COSTURERITO QUE DIO EL MAL PASO (*GRANDES DEFINICIONES*)

Satiricón, julio de 1973

¿Querés jugar y ganar? Ponelos a Vacca; Vaghi, García Pérez; Yacono, Perucca, Mouriño; Peucelle, Sastre, Pedernera, Moreno, Loustau.

¿Querés jugar y sufrir? Ponelos a Carrizo; Pérez, Marzolini; Sosa, Rossi, Nazionale; Corbatta, de la Mata, Bravo, Onega y el Chueco García.

Yo no pretendo arreglar el fútbol, ni el país, ni el mundo. Solo pretendo que los que mandan y están para eso, intenten arreglarlos. Y si no quieren arreglarlos, o no saben, o no pueden, me conformo con que se sepa que yo no estoy desarreglado ni doy mi conformismo ni resignación a ese desarreglo. En fin: solo pido que me dejen tirar la bronca, que tirando la bronca fue que se hicieron las cosas por las que todavía no la tiramos. Y merced a quienes tiran la bronca hay quienes se pueden lucir arreglando lo que la hace tirar.

Cuando aparece un jugador como Ricardo Bochini, hay que acordarse de Renato Cesarini que decía: «**Dénme un atleta y les haré un jugador**». De los 16 juveniles que fueron a Cannes, Bochini es el más bajito (1,71) y el más liviano (66 kg). Y, excluida su madre, no lo hizo nadie. Lo seleccionó Carlos Peucelle de una quinta división donde Independiente aún lo tenía «madurando» (con 18 años) mientras el servicio militar y el ejercicio del voto ya se cumplen a su edad. Para jugar al fútbol están verdes.

Los policías que en el partido Argentina-Uruguay de cancha de Vélez Sarsfield se robaron la pelota que mandó a la tribuna un jugador que trabajaba... no son policías ladrones. Son protectores de la pelota maltratada.

Dicen que dan la emoción del gol. Pero se robaron la emoción del juego.

El único espectáculo perenne del fútbol fue y es el que surge del dominio de la pelota. No hay otro. (Y no me refiero al de Alonso, que es prestidigitación, sino al de un acoplamiento de varios para monopolizarla).

A la mística deportiva la hace el fervor de la artesanía; no la hace el dinero. El dinero la mata.

Si el director técnico pudiera enseñar, el director técnico no haría cambios en pleno partido; no haría contratar jugadores de otros clubs; no elegiría o rechazaría elementos que ponen a su disposición sus contratistas. Enseñaría.

Es exacto que el jugador de fútbol aprende. Claro que aprende. Pero no de los consejos de los que enseñan. Sino del maestro-juego. De las circunstancias. Y sobre todo: de su facultad nata para aprender de todo eso. Para aprender del juego que enseña el juego. «Si yo escucho, olvido; si yo veo, recuerdo; pero si yo hago,

comprendo» (dijo un chino).

El fútbol se inventó para que los defensores desempeñen el papel de los hijos de la pavota, no el de los héroes.

El fútbol moderno no existe. Solamente existe el fútbol en dos escalas cualitativas: bueno o malo.

El fútbol argentino no quedó atrás de ninguno. El fútbol argentino solamente quedó atrás del fútbol argentino. Hacia adelante no fue nadie.

Si no se pueden hacer escuelas de amor (aunque Roberto Galán intente lo contrario) tampoco se pueden hacer escuelas de fútbol (aunque muchos diplomados para enseñar digan lo contrario). El fútbol y el amor son espontáneos. Y la espontaneidad jamás se pudo organizar.

Al fútbol se juega ahora con esta filosofía del jugador que trabaja y no juega: veamos lo que hacen los otros y no los dejemos hacer, porque como nosotros no sabemos hacer nada más que no dejar hacer, lo mejor que podemos hacer es tratar que los otros no hagan lo suyo.

El mal jugador, para jugar bien, necesita que lo marquen o ser él quien marque. Allí puede luchar, salvándose de jugar, que es lo que no sabe.

El mal jugador no tiene peor enemigo que el quedar solo con la pelota. Si lo marcan, gana: disimula.

El jugador movedizo suele jugar dejando la sensación de estar parado. La tiene poco y la toca mucho.

Aprendimos a ser serios. Desaprendimos a manejar la pelota.

A medida que se habla más lindo, más feo se juega.

El arte de lo espontáneo padece de indigestión intelectual y solemnidad dialéctica. Cuando decíamos «fóbal» había fútbol. Ahora decimos «pierna fecunda» y no sabemos pegarle con ninguna de las dos.

La iracundia es una actitud tan antigua como la rebeldía. La que nunca saca etiqueta de moderna es la sensatez.

¿Cuántos jugadores de fútbol actuaron como compañeros de Pelé? ¿Cuántos jugaron como adversarios de Pelé? ¿Cuántos vieron jugar a Pelé? ¿Cuántos estudiaron a Pelé? ¿Cuántos planearon anular a Pelé? ¿Cuántos planearon hacer una jugada de Pelé? ¿Cuántos aprendieron a jugar como Pelé?

Todo está claro: nada se entiende.

Ahora le llaman sacrificio y trabajo a algo como el fútbol que llena de goce a la vida de quien lo practica. Y además es pagado como ningún trabajo sacrificado.

Ya no quedan mejores: solo quedan ganadores.

Los partidos de fútbol se han reducido a una sola incógnita: el resultado en goles. Todo lo demás sobre ellos ya es sabido antes de que ocurra. Ya pasó.

Los mejores jugadores de golf suelen ser los *caddies* que jamás pagaron lecciones ni tuvieron maestros.

Consejo para adolescentes: no te inicies nunca en un club grande con dirigentes que salen con una escopeta a cazar y se traen jugadores al hombro como perdices. Iníciate en un club chico para llegar como perdiz a uno grande.

La incapacidad goleadora de los pobres delanteros condenados por las órdenes a jugar de defensores, o a jugar de hijos de la pavota contra siete u ocho defensores, ha sido compensada por los periodistas: ahora llevan estadísticas de inexpugnabilidad de arqueros, con partido, horas, minutos y segundos sin goles en contra. Es la gran emoción del no gol.

Antes, la pelota esperaba que los jugadores quisieran usarla. Ahora los jugadores esperan que la pelota quiera hacer lo que ellos no saben. Y si la pelota no quiere y los jugadores no saben, el destino es el cero.

No se nace sabiendo. Pero se sabe porque se nace. Y si no se nace, no se sabe nunca, aunque se aprenda. Porque aprender es nacer.

El fútbol está siendo mucho más interesante para leerlo y escucharlo, de lunes a sábados, como capaz de hacernos reír, que para verlo los domingos, por muy capaz de hacernos dormir.

En el fútbol nunca existió el futuro. Solamente existe el momento.

Con el fútbol se ha hecho una carnestolenda de la seriedad, utilizada para que los mercaderes del fakirismo deportivo se disfracen de cultos y socializantes en una actividad que durante muchos años representaba a la incultura pero sigue representando a la antisocialización.

Hoy el fútbol, desde su nivel social medio-bajo, hace en la formación mental del país lo que antes hacían los niveles altos-medios.

En el imperio del **todo es igual nada es mejor**, aflora inevitablemente el resultado de **todo es mediocre**.

La muerte del artesanado pareciera ser la vida o el negocio de los científicos que **organizan la improvisación** (¿?).

Para que el fútbol concluya su subversión, solo nos falta ver a los backs que envejecen pasando a jugar como wingers para perdurar en la profesión. Ahora la juventud defiende y la veteranía ataca.

En tanto el deporte muere, porque unos vivos lo intoxican, hay muchos vivos que mejor viven merced a que el deporte muera.

Los únicos directores técnicos cuyos nombres trascienden, son los de los malos equipos. Nadie recuerda a los directores técnicos de los equipos con grandes jugadores. ¿Quién era el director técnico de Pelé y Coutinho en el Santos?

El fútbol es arte de engañar espontánea e imprevistamente. Quizá se valieron de ello los muchos mentirosos que lucran con él. Pero sin entrar en la cancha.

De casas ricas no salen jugadores de fútbol. El fútbol es hijo de la miseria, de los pibes atorrantes. No viene del confort, llega de la humildad.

El fútbol fue un juego y un negocio. Hoy es el negocio de un juego de palabras.

El negocio serio de un juego alegre no puede subsistir donde la angustia del negocio es más fuerte que la alegría de jugar.

El periodista era un individuo que veía, pensaba, y opinaba. Ahora oye y después repite.

Para jugar al fútbol es fundamental correr. Pero solamente corriendo no se juega, se impide que otros jueguen.

La cintura del atleta tiene flexibilidad. La del futbolista tiene que tener picardía.

No hay ninguna manera mejor para jugar prácticamente al fútbol, que jugar bien. Para adelante. Quien juegue mal y pierda, tiene el talento de saber que en el próximo partido puede ganar. Quien juegue mal y gane, tiene la tortura de saber que en cualquier momento pierde.

Al grupo humano lo hace el buen juego mucho más que los triunfos. Estos hacen dinero por un rato y siembran el egoísmo por un rato largo.

Lo peor no es lo que está pasando. Lo peor es que lo que está pasando no tiene miras de dejar de pasar. Sino de empeorar.

El bolsillo lleno no deroga al «mens sana in corpore sano», si las manos están limpias. Aquel aforismo desaparece cuando por una migaja en el bolsillo tenemos las manos y la conciencia sucias.

La pasión la produce el juego, no el resultado. El resultado se vive con un receptor de radio. El juego solamente se goza con los ojos.

El que necesita del DT no sabe jugar, y juega a impedir que se juegue, lo que significa que no juega él y no juega el otro. El que sabe jugar, no necesita del DT. Entonces, ¿de qué dirección y de qué técnica son directores técnicos los directores técnicos?

Desde afuera se ve lo que ya ocurrió. Pero no se puede regir lo que va a ocurrir.

Las canchas se llenaron de público con juego. Se vaciaron con resultados y se duermen con trabajo.

Cuando el héroe del estadio es el gran hombre de la Nación, puede ser que así lo sea porque la Nación se ha quedado sin hombres.

Para el arte, que es el juego, hay genios. Y no maestros, como en la ciencia. El arte no es ciencia.

Fútbol con aulas, canchas sin fútbol.

Versión frecuente del neofútbol: **jugar no sabemos**; busquemos el tiro libre. Hagamos del fútbol un partido de golf: apuntemos a embocar.

A la ciencia se llega pasando por el maestro. Al arte se llega naciendo con el arte adentro.

Ahora se hace la apología del «grupo humano» y la extirpación de «la camarilla». ¿Acaso «la camarilla» no era una conjunción humana? Y además sin grupo. Los grandes equipos fueron siempre grandes camarillas.

El fútbol de talento es hijo de la miseria. El fútbol miserable es hijo de la

riqueza. (Pagar poco, jugar mucho; pagar mucho, jugar poco).

Querer entender es no comprender lo que pasa. Si solamente lo vemos pasar, lo comprenderemos mejor como costumbre.

El progreso es el impulso de la creación. El modernismo es el impulso del miedo a ser ingenuo, antiguo o caduco. Por eso suele olvidarse del absurdo.

«No me importa lo que digan si no saben mi sentir. Viento en contra sigo andando, es mi forma de vivir».

(No hay viento que no se dé vuelta ni quien aguante cien años un mal. Se muere tirando la bronca).

9. BALADA DEL FÚTBOL LOCO (LO QUE EL ESPECTADOR VA A VER)

Análisis, 19/05/70

El fútbol ha llegado a cosas como estas:

1.º: El público va a las canchas aceptando que será normal que no vea lo que va a ver. Acude a ver cómo no ve fútbol. Seguidamente habla de fútbol y asocia al futbolista y sus obligaciones con el teatro, o el cine, y sus actores. Y considera que todos los personajes de esos eventos se están ganando la vida en sendas profesiones equiparadas. Pero no veo que quienes así razonan, acepten ir al cine a ver la pantalla en blanco; o al teatro a ver cómo los actores no actúan. 2.º: Como efectivamente no ve lo que fue a ver sabiendo que lo iba a ver (esto ocurre en 9,9 de cada 10 partidos), *el tipo* sale del estadio «conforme» (dice él) o resignado (digo yo) y dice: *Vimos lo que esperábamos ver*. O esto otro: *No les podíamos pedir otra cosa, el fútbol ahora es así*. En suma: acepta que es normal no ver nada, aun cuando haya pagado para ver. 3.º: La prensa deportiva llega a decir —como *La Nación*, 13/5/70, ante el enfrentamiento Estudiantes- River— que nadie pretende que se juegue bien al fútbol, que solamente (¿?) se les encarece a sus protagonistas que no sean delincuentes. Cuando se llega a decir tácitamente *no queremos que jueguen, solo queremos que no se peleen*, es como si estuviéramos diciendo *es correcto estafar o defraudar si la estafa se hace sin desmanes*. Esto está muy a tono con una época en que los hijos con traumas, incomunicaciones, frustraciones generacionales y otras tilinguerías alimentadas por el progreso de las comunicaciones (o de la publicidad industrializada) les reprochan a sus padres haberlos traído al mundo sin consultar previamente su voluntad de nacer. Lo que le está pasando al fútbol no está desvinculado a los dislates de esta era de la irracionalidad cúbica. 4.º: Para hacer casi trágicamente razonables por razón del absurdo a todos aquellos disparates, se está haciendo culminar un proceso de desmantelamiento o extinción total de la materia prima-jugador, mediante el cual se hace casi obligado (o sin casi) aceptar que es *irracionalmente razonable* lo dicho por algún declamatorio lgnomiriello: *Atacar es suicida; intentar jugar es de necios; vamos a intentar perder por la mínima diferencia* (*Clarín*, 11/5/70). Todo eso, que fue mentira habiendo jugadores, se ha trocado en verdad ahora que ha desaparecido el jugador (hecho desaparecer). Y ante el hecho consumado, no hay duda de que *atacar es suicida*, o que resulta muy sensato aceptar que los jugadores (¿?) tienen concedido el derecho de no jugar. Que «cumplen» con solo no pelearse. O que pueden pelearse si el partido no se televisa.

Y entonces llegamos al fútbol en que estamos. Al fútbol que muestran River, Estudiantes, todos los muchos (¡todos!) que han descubierto que *no se gana queriendo ganar, sino que se gana queriendo no jugar*, aunque ese fútbol tanto esté

para ganar por la mañana a duras penas contra el peor, como para perder por la tarde contra cualquiera, como para ser campeón del mundo por la noche, o irse a la disputa del descenso al día siguiente. Caso Estudiantes. La desgracia es que ese fútbol es, también, campeón. Y digo desgracia, porque llegando a campeón... ¿qué ejemplo, qué imitación, qué corriente de emulación deja? Nada. O peor: insta a emular lo malo. Pero no en vano, en 1954, con 16 millones de habitantes, pagaban entradas 15 000 personas-promedio-partido, y hoy lo hacen, siendo 23 millones, 8000 p. p. p (cifras oficiales de AFA).

Atacar es suicida. Jugar es mortal. Pero esto es homicidio o harakiri. A tono con el caso, el exdirector técnico de la selección brasileña (Saldanha) intentaba resolver como periodista sus conflictos personales con otro DT *¡con un revólver!* Su sucesor en México (Zagallo) ahora hace lo mismo según *La Razón*, 11/5/70: armado *con un revólver* busca al periodista que lo reprobó como homicida del fútbol. Es la bajada del fútbol loco, loco, loco o de vanguardia, pero defensivo. Más loco todavía.

10. NADIE TIENE UNA MANERA DE JUGAR SINO QUE TODOS SE SUPEDITAN A CÓMO ACTÚEN MUCHOS FUTBOLISTAS DISTINTOS (LOS FALSOS ARQUETIPOS) (FRAGMENTO)

La Opinión, 26/06/75

El anquilosamiento del len guaje suele producir el anquilosamiento de las ideas. Hay infinidad de mentiras que, por repetirse mil veces, llegan a parecer verdades. Como añejas mentiras que son todas las que siguen:

1: **La garra de Boca.** Si por garra se entiende lucha sin juego, los mejores equipos que registra la historia de Boca (el último en 1969) triunfaron por mayor dosis de juego que de garra. Los Boca de Boyé tenían tanto juego como garra.

2: **El Ciclón de Boedo.** El más recordado, mundialmente, de todos ellos, era **pura academia** sin nada de ciclón. El de Pontoni-Martino.

3: **La Academia.** El Racing académico fue el de los años 15. El último Racing victorioso era todo ciclón, si de identificar no juego y mucha lucha se trata.

4: **El fútbol de River.** Es llamado así el de la altísima precisión de los años 41-46. Nunca más lo hizo River. Para verlo nuevamente, hubo que ir a Colombia; y últimamente a Holanda (o al Mundial de Alemania).

5: **Estilo italiano.** Esto tiene más sentido. En Italia, como en España, se juega mal al fútbol. Si jugar mal es un estilo, valga el bautismo. Pero recuérdese que el estilo italiano incluye a grandes jugadores «antiitalianos» como Corso, Rivera; o españoles como Suárez y Del Sol.

6: **Fútbol húngaro.** Era el fútbol europeo (genéricamente centroeuropeo) de los años 30 que más se asemejaba al rioplatense. Luego desapareció para hacerse «italiano» o «inglés», recuperó su magyarisismo en 1954 (Puskas, Boszík) y hoy es tan malo como el nuestro y el de la nacionalidad que mejor coincida con jugar mal al fútbol.

7: **Nuestros maestros ingleses.** No nos enseñaron nada. Nos llenaron de goles entre 1904 y 1914 con un estilo de juego que aquí no arraigó. Pasada la guerra esos maestros volvieron... y se encontraron con la necesidad de aprender de nosotros lo que para ellos era nuevo. Lo que no nos había enseñado nadie. Lo que había producido el jugador con su característica. Muchos años después, sin necesidad de tales enseñanzas, nosotros solos optamos por jugar lo que dimos en llamar fútbol europeo, mientras los europeos siguen soñando con poder jugar como nosotros supimos.

8: **Cerrojo suizo.** No es suizo. Es inglés. Lo implanta un austríaco, Rappan, con toda la filosofía «realista» de los primeros sistemas defensivos ingleses. Además:

amontonarse es universal de todos los equipos cuyos jugadores sean como los suizos.

9: **Juego rosarino.** Sí; podríamos aceptarlo en el juego corto, con poca profundidad. Pero he aquí que rosarino es también ahora el fútbol de Rosario Central, que podría ser la versión italiana o zubeldiana del fútbol rosarino.

10: **Fútbol holandés.** Si así le llaman al del Mundial del 74, no es holandés. Es accidental de esos jugadores holandeses. Cruyff no lo pudo repetir en España. Lo produjeron once jugadores, y no lo pueden repetir centenares de jugadores holandeses.

11: **Fútbol europeo.** Si es el holandés, no es europeo. Si es el italiano, tampoco, puesto que está el holandés. Si es el alemán, es distinto al español. Distintos, en suma, son siempre los jugadores.

12: **Fútbol uruguayo.** ¿Por lento? ¿Por guapo? ¿Por bueno? Otros también.

13: **Fútbol sudamericano.** ¿Cuál? ¿El de Argentina o el de Bolivia? ¿El de Brasil o el de Chile? ¿Y acaso no es ahora igual al europeo, y Europa está llena de sudamericanos?

El fútbol se produce por jugadores, no por geografías. El geofútbol es cosa de periodistas y sociólogos, solamente, que desde afuera también lo complicamos en el terreno dialéctico. Quizá porque nunca fuimos jugadores. El fútbol se divide solamente en bueno y malo. Y punto.

11. SABER ES ELEGIR (SABER DE FÚTBOL)

Análisis, 22/12/70

En el salteño diario *El Tribuno* (6/12/70) Osvaldo Zubeldía me alude. *Pienso que Panzeri escribe y habla bien, que es un buen periodista pero estimo que sabe poco de fútbol. No dejo de reconocer que es hábil y capaz pero repito, sabe poco de fútbol. Creo que es una persona honesta que dice lo que pocos tienen la valentía de decir. Lo consideraría necesario si supiera de fútbol.* Lo que no logro entender es cómo puede ser buen periodista un periodista que se dedica exclusivamente a escribir o hablar de fútbol y que sabe poco de fútbol. Pero en fin: son cosas de Zubeldía. Eso al margen, creo que Zubeldía tiene razón. Me calificó con certera justeza. Sé poco de fútbol (sin sorna). Nunca llegué a suponer que fuera un sapiente en fútbol. Al que me lo dice lo miro como a un hipócrita. La vida y lo que sabemos, es un gran conjunto de cosas que ignoramos. Que crecen a medida que más sabemos. En el fútbol sucede lo mismo. Con todos. También con Zubeldía. En estos momentos, parece que Zubeldía se iría de Estudiantes; porque no sabe de fútbol (sin sorna). Ayer parecía saber mucho, sino de fútbol, sí de cómo jugar sin juego. Tanto, que en ese aspecto, llegó a ser uno de los contadísimos entrenadores que logran convertirse entrenador No. 1 de su equipo. Digo que hoy ha dejado de saber (mañana puede «volver a saber») porque ha fracasado al elegir, así como ayer eligió magistralmente para lo que él se propuso hacer, e hizo, sin jugar al fútbol, con Estudiantes. Y allí está el meollo de lo que en fútbol es saber o saber poco: saber elegir. En ese aspecto, hay tantas opiniones como hombres. La de Zubeldía es una. La mía es otra. Yo, por ejemplo, llamado a rendir examen de sapiencia en fútbol (o sea: llamado a elegir) elegiría a: *Vacca; Marante, García Pérez; Villar, Perucca, Colombo; Peucelle, Sastre, Masantonio, Moreno, Loustau. Reserva de oro: Adolfo Pedernera.* Esto significa que en este momento yo no sabría nada (a lo sumo poco) de fútbol. Porque de esos jugadores puedo elegir solamente uno (Villar). Eso le está ocurriendo a Zubeldía en Estudiantes: de irse, lo hará porque «lo que sabe» no le sirve para elegir. Y en fútbol, «saber desde afuera», no es pronosticar con una lechuga al hombro. Es solamente seleccionar equilibradamente creadores-destructores y luchajuego. El fútbol, como arte dinámico y de oposición directa que es, limita la «sapiencia desde afuera», a un insignificante gramo de diferencia entre el que más sabe y el que sabe poco. Con esto quiero decir que en el fútbol hay «dos saberes», dos idoneidades nunca perennes: la de afuera (que es elegir, seleccionar). Y la de adentro de la cancha, que a su vez se subdivide en otras dos. Si se es atacante, saber de fútbol es saber engañar. Cosa que en el 99 por ciento de los casos magistrales, el maestro de turno jamás podría explicar cómo, cuándo y por qué lo logra, como artesanía de lo impensado que es el engaño ofensivo. Si se es defensor, saber de fútbol es destruir el engaño. Estas dos tipificaciones del

saber de fútbol desde adentro, tienen una particularidad entroncada con la diferencia de un gramo entre los que más y menos saben desde afuera: que al pasar esos delanteros o defensores a condición de «sapientes desde afuera»... ninguno puede enseñar a engañar ni a destruir el engaño. *Sabe mucho de fútbol, hace muchos años que está en el fútbol*, no es argumento de saber. ¿Hay alguien más veterano en su oficio que un adoquín de la calle? Me gusta más esta variante: *Hace muchos años que está en el fútbol, tiene un montón de equivocaciones acumuladas*. Fútbol es lo que no se sabe qué va a pasar. No hay forma de que saber fútbol sea saber lo que va a pasar. La espontaneidad no se puede organizar. Menos se la puede saber por saber de fútbol. Fútbol es recuerdo de lo que jamás se repetirá. El que sabe no enseña. Selecciona y después los jugadores son quienes deciden si «sabe» o si «no sabe». Su saber no cuenta. Elige porque no puede enseñar. Ese es su saber. Por eso el único maestro del juego es el juego.

12. LA DIFERENCIA ENTRE TENER Y RETENER LA PELOTA (*ES TOQUE LO QUE AVANZA, NUNCA LO QUE SE PARALIZA*)

La Opinión, 28/12/76

Algunas veces intentamos precisar diferencias entre juego de toque y juego de renunciamiento al mismo juego a través del toque.

Es bueno recordar que en el último Campeonato Mundial de Alemania (aun durante el partido final que iba ganando a Holanda) el seleccionado local que se consagró ganador llegó a ser silbado por sus propios adictos cuando apeló a la retención «tiempista» de la pelota.

Esa actitud suele ser acompañada, entre nosotros, por el coreado **olé-olé** de los partidarios de quienes la asumen.

En el fútbol alemán la conversión de goles es considerablemente mayor a la producción habitual del argentino en ese mismo aspecto.

Silbidos y **olés** pueden ser una explicación.

Pero hay otra situación igualmente muy confundida en la actual degustación o interpretación del fútbol y es la que hace a la tenencia de la pelota.

Con mucha frecuencia se dice que «**nuestra consigna será tener la pelota**».

Reiteradamente se pregona que «**lo primero es tener la pelota**».

Una tercera variante de aquellas premisas puede encontrarse en quienes dicen que «**lo primero en el fútbol es ganar la iniciativa**».

Se trata en los tres casos **de una política**.

Según **política** es todo lo que apunte a alguna conducta, a un modo de conducir un asunto para alcanzar el fin deseado.

Pero como en este aspecto es exigible (más que deseable) que la **política** en cuestión también postule **la integridad y honestidad** que suelen omitir las políticas en múltiples ámbitos humanos, nos encontramos que, en ausencia de esos dos pilares de toda programación estratégica (política), aquella consigna de hacer prioritaria la tenencia de la pelota se ha bastardeado hasta convertirse **en el vicio de retenerla**, que no es lo mismo que **tenerla**.

Y lo que es peor: de retenerla generalmente en una estática zona central o de medio juego (Talleres de Córdoba).

Así como juego de toque no es jamás juego de retención a través de toques.

Así como jugar al toque es jugar en sucesivos toques ganando ofensivamente terreno.

Así también tener la pelota es tenerla para ablandar físicamente al adversario,

primero, pero en definitiva para llegar al gol, no para renunciar al compromiso o al riesgo de jugar. Los argentinos siempre jugamos lateralmente. Antes (con abundancia de gol) lo hicimos para buscar el claro. Ahora lo hacemos (con crisis de gol) para rehuir el compromiso de jugar. Esa es la diferencia.

En relación con esta distorsión de ese concepto con el que se generó lo más cautivante que tiene el fútbol y hoy se plasma lo más adormecedor que ofrece el fútbol, fue que propusimos reiteradamente la solución de una reforma reglamentaria por la que se obligue a los bandos en juego a permanecer en campo defensivo (con la pelota se entiende) no más tiempo que el requerido por tres o cuatro toques o intercambios de la pelota entre compañeros. Que a partir de allí se haga obligatorio pasar al terreno defensivo del adversario.

Cuando el juego pasa de la tenencia a la retención de la pelota sin objetivos de ganancia de terreno, se produce forzosamente la monótona ronda que Bernabé Ferreyra llamaba, con su particular identificación del fútbol con la vida campesina, **«amontonamientos de gallinas picoteando el maíz en un mismo sitio»**.

Es entonces que también se hace posible que algún jugador del actual River Plate, como Héctor López, llegue a la confesión, nada conveniente para sus propios intereses, de reconocer que todos los jugadores se han quitado a tales extremos sus personalidades, para jugar prácticamente todos igual, que **«si les pusiéramos a todos la misma camiseta nadie sabría quién es quién»**.

Es allí que surge este fútbol superangustiado por los montos del dinero que se juega, pero seguramente menos dotado de temperamentos y fuerzas morales que el del pasado, cuando el jugador de fútbol, siendo menos financista y menos trabajador, desplegaba mucho más generosamente sus energías que hoy. Basta recordar que siendo los campos siempre los mismos en dimensiones, y concentrándose, hoy, el juego, en las regiones centrales de la retención de pelota, el despliegue del pasado fue inmensamente mayor siendo que realmente se jugaba en toda la cancha.

Se marca, así. Pero no se corre más. Y una de las razones está dada por aquel conformismo para cubrir con la retención de la pelota lo que normalmente era tenerla para usarla hacia delante.

13. FÚTBOL DE LUNES A SÁBADO

El Día, 08/11/66

Se puede planificar un partido de lunes a sábado. Los domingos se juega.

Durante la semana se hace lo que manda el entrenador. Los domingos se hace lo que nos dejan hacer y lo que nos sale.

Desde que más velozmente arrancamos, más lentamente terminamos las jugadas. Éramos más veloces cuando arrancábamos despacio para llegar ligero.

La disciplina no hace a ningún jugador de fútbol. Solamente mejora a los que ya eran jugadores antes de disciplinarse.

Los hombres veloces no hacen el fútbol rápido. El fútbol rápido surge de las mentes veloces, que frecuentemente se dan en futbolistas lentos para correr carreras.

Ni todas cortas ni todas largas. Ni todas pisadas ni todas corridas. Retroceder para adelantar. El fútbol es una constante ley de coherencias entre lo antagónico.

Vamos a ver qué hacen los otros, porque como nosotros no sabemos hacer nada, lo mejor que podemos hacer es tratar que los otros no hagan lo suyo (del reglamento de trabajo de un entrenador moderno).

El fútbol no permite viudos ni divorciados. El fútbol es matrimonio entre personas diferentes, muy diferentes.

Lo peor para un mal jugador es tener la pelota en los pies o no tener un adversario a quien marcar. Su drama es tener que jugar. Juega bien si no juega.

Tenerla poco, tocarla mucho. La pelota de fútbol es la antítesis de la mujer.

Los planificadores de la espontaneidad del fútbol son parientes de los fabricantes de camisas de hilados sintéticos: se olvidan que el hombre suda.

«No hay nada nuevo, solo lo olvidado lo parece».

Los titulares tipográficos del fútbol crecen a medida y en relación de la credulidad y la ignorancia del contingente humano destinatario.

En el fútbol bien jugado, la pelota no para nunca, corre siempre, en «el otro»... tampoco para porque nadie la quiere o no la sabe tener.

Los compañeros que se transforman en adversarios son la mejor evidencia de que gana siempre el más capaz, no el más informado de lo que hará el adversario, puesto que ambos saben, sobradamente, qué es capaz de hacer el otro; pero siempre prevalece el que repentiza mejor, el menos previsto. Ni revelando sus secretos se termina el caudal de secretos del fútbol.

Las figuras no siempre son jugadores. Por eso hoy estamos llenos de figuras y vacíos de valores.

El jugador movedizo suele jugar parado.

El orgullo pesa más que las convicciones y el negocio mucho más que la conciencia... si se trata de sostener una mentira.

Ahora «se juega a ganar». ¿Alguna vez se jugó a perder? ¿Alguna vez fue indiferente no ganar?

La iracundia del conocimiento no tiene parentesco con la iracundia del atrevimiento. Hay una iracundia «buena». Es la que viene perfeccionando la vida. Es la de los disconformes. La otra iracundia es la de los sinvergüenzas.

Aprendimos a ser «serios». Desaprendimos a manejar la pelota.

Por cada disciplina moderna que aprendemos, olvidamos una antigua facultad para jugar al fútbol engañando al adversario. Ahora nos engañamos a nosotros mismos.

Antes se jugaba con canchas de 110 metros. Ahora nos bastan 55.

De engañar para jugar pasamos a engañar para DURAR.

A medida que más conocemos al fútbol europeo, menos conocido es el fútbol argentino en el mundo. O todo lo contrario: menos interesa por demasiado conocido que es.

A medida que los futbolistas más hablan para el público, los periodistas, los micrófonos... cada vez hablan menos entre ellos.

No hay modernismo. Hay personas de diferentes edades.

El grueso de la opinión no tiene opinión. No sabe nada. Gusta o no gusta de las cosas... y nada más.

La inmensa mayoría de las opiniones se dictan con el corazón, con el bolsillo, con la libreta de cheques... pero no con el cerebro.

El cerebro humano funciona mucho más para razonar recursos prohibidos, que para actuar en la emisión de las ideas.

Trascienden mucho más los apellidos de los directores técnicos de los malos equipos, que los de aquellos equipos con grandes jugadores.

¿Afirmamos que somos más veloces que «antes» porque jugamos más ligero o porque nos entrenamos más físicamente y corremos más ligero?

Se puede organizar un viaje a la Luna. Es imposible planear lo que se hará con una pelota de fútbol un segundo antes de usarla.

El fútbol se alimenta esencialmente con chicos atorrantes.

No salen *cracks* de fútbol de los hogares donde los muchachos tienen mucamos que los llaman «niño».

Con la extinción del caballo se van extinguiendo los caballeros. Caballero es solamente aquel hombre que anda a caballo con uso de estribos. Estribos y caballos se han perdido mucho...

El fútbol fue un juego que resultaba buen negocio; hoy es el negocio de un mal juego.

Fútbol es lo que no se sabe que vaya a pasar.

Lo que se sabe que va a pasar, no pasa. Ya pasó.

Para ser serio, el fútbol tiene que ser juego.

El negocio serio de un juego alegre muere donde la angustia del negocio es más

fuerte que la alegría de jugar.

El periodista era un tipo que veía, pensaba y opinaba. Ahora es un negociante que oye y repite.

Supuestamente, «ya no se puede jugar» el fútbol que se jugó «antes». Pero apenas alguien juega hoy un poquito de ese fútbol... sucede que es cuando más fácilmente se gana con ese fútbol que «ya no se puede jugar».

«Los hombres que tienen los mismos vicios se sostienen mutuamente».

14. DIÁLOGO CON UN JOVENCITO (CONSEJOS DEL «VIEJO» PANZERI)

El Día, 30/09/66

Recibo una carta que me dice:

Recurro a usted para consultarlo sobre una cosa que no tiene mucha importancia pero quizá me guíe durante los partidos que yo juegue.

Juego de N.º 11 en la quinta división del Club Bella Vista de Bahía Blanca.

Personas que me han visto jugar dicen que tengo mucha picardía para jugar, pero desde luego (tengo 17 años) me falta mucho que aprender.

No tengo un gran físico pero me las rebusco.

Soy el más chico pero el más fuerte de todos mis compañeros.

Yo quisiera que usted me indicara algunas cosas...

Cómo debe jugar un wing izquierdo.

Cómo se debe colocar en la cancha cuando las defensas son estrictas.

Si es conveniente jugar bien contra la «raya», o no.

Qué ejercicios puedo hacer en los entrenamientos, puesto que el equipo de la quinta juega completo (en los entrenamientos) frente a otro equipo.

Le agradecería mucho que me ayudara, porque quiero tener un poco más de «cancha» para jugar al fútbol.

Firmado: Oscar Orlando Orieta.

Cervantes 582, Barrio Bella Vista, Bahía Blanca.

No se puede aconsejar cómo jugar al fútbol por control remoto.

Tampoco se puede enseñar por correspondencia, como un curso de dactilografía.

Creo que es todo mentira lo que se diga en cuanto a que alguien pueda transmitirle a otro, en fútbol, lo que el otro no nació sabiendo o intuyendo. Eso me dijeron siempre mis MAESTROS en fútbol (Jorge Orth, Carlos Peucelle y muchos otros cuyos nombres «no dicen nada»). Es claro: yo nunca tuve por maestros a estos que ahora les llaman hacedores de jugadores. Tuve maestros «sencillos». Peucelle, el hombre que más jugadores ORIENTÓ Y CORRIGIÓ en el fútbol argentino... nunca pudo HACER un jugador. Solo pudo incluir en sus equipos a los chicos que vio dotados para SER jugadores. Y que seleccionó. Ubicó en los puestos que más se ajustaban a sus condiciones, y nada más.

Si el más grande de los MAESTROS solo pudo eso (y por confesarlo AHORA ESTÁ SIN TRABAJO, POR SER MODESTO Y NO SABER MENTIR)... ¿cómo podría yo transmitirle a usted, ¡y por correspondencia!, instrucciones sobre cómo

jugar de *wing* izquierdo?

Ni yo... ni NADIE que quiera ser honesto. Hay quienes están «en el negocio» y acaso le digan que sí.

Pero dado que usted tiene 17 años, que juega al fútbol, que tiene una ilusión, que yo tuve también 17 años, que yo también jugué, que yo también viví esa ilusión, lo comprendo y «lo vivo». Y le contestaré.

Usted dice que «es pícaro» para jugar.

Usted dice que es «chiquito» pero fuerte.

¡Tiene dos grandes capitales a su favor! Suficiente.

Ya no pida consejos a nadie. Ya «puede jugar».

Bien se entiende: «poder jugar» no quiere decir que tenga la seguridad de poder jugar bien. Eso dependerá de muchas cosas.

UNA: que sea inteligente, cosa probada si es pícaro.

OTRA: que las jugadas LE SALGAN. Y en el fútbol es mucho lo que se piensa y no sale... y es mucho lo que sale sin haberlo pensado.

OTRA: que los adversarios le permitan hacer lo que necesita para «ser».

OTRA: que las circunstancias quieran. ¡Y las circunstancias suelen sumar diez, cien, mil! Cualquier cantidad en cualquier orden. Es eso que las abuelas llaman «el destino». Que *nos lo hacemos y lo deciden muchas cosas* que no tienen nada que ver con nosotros mismos. Un pájaro que nace y vive en un bosque de Bahía Blanca puede tener un destino, el mismo pájaro que nace y vive en el bosque de Palermo de Buenos Aires, tiene otro. El hombre es un pájaro más.

De los que se quedan en el camino, muchos, ¡pero muchos!, son tan buenos, tenían tantas condiciones como los que llegan.

¿Usted es «pícaro»? El fútbol ES PICARDÍA ANTES QUE NADA. Es arte de engaño; arte de hacer lo que el adversario no espere. Por eso, en el fútbol DE SIEMPRE... la mejor jugada de un momento puede que no sirva un momento después.

¿Usted es chiquito? El fútbol nunca fue arte de grandotes. Eso lo hacen creer los preparadores de atletas que quieren hacer el negocio de vender atletas como jugadores de fútbol.

¿Qué yo le diga cómo se debe colocar en la cancha?

No puedo. Tendría que estar «adentro» suyo, de su cerebro, en cada jugada. Y el fútbol por intercomunicadores aún no existe, aunque haya quienes digan haberlo inventado.

El fútbol es «fuga». Hay que pensar en andar por donde no haya gente. ¿No hay nadie contra la raya? ¡Vaya a la raya! ¿No hay nadie atrás? Búsquela atrás. Inicie desde atrás. Pero no se quede siempre en la raya ni siempre atrás. Según se coloque bien hará una jugada, esa misma colocación puede que no sirva para otra. ¿A usted lo marcan? Escape. Muévase mucho, haga mover a los demás. Y si usted sabe hacer más con la pelota, prevalecerá usted.

¿Qué ejercicios? ¿Qué entrenamiento? Si necesita aire, si tiene poca resistencia, si se cansa fácilmente... haga gimnasia respiratoria, aumente su capacidad de resistencia. Pero específicamente, no piense en levantar pesas, ni hacer acrobacia, ni fortalecer músculos con otra cosa que no sea fútbol. Para jugar al fútbol... ¡FÚTBOL! Mucho fútbol. Mucha pelota en los pies. Todas las veces que la quiera. No empacha. No satura. No aburre... si la amamos. Cuando más la tenemos, más cosas le descubrimos. Más amiga se nos hace.

¿La gambeta? ¡Ojalá el fútbol tuviera muchos gambeteadores! El fútbol fue goleador y brillante cuando más gambeteadores tuvo. LA GAMBETA ES BUENA, MUY BUENA PARA JUGAR AL FÚTBOL. No le haga caso a quienes le combatan la gambeta. La gambeta mala es la de los gambeteadores que dan vueltas en un mismo sitio, la de los simplemente habilidosos. La gambeta que limpia la cancha de adversarios y gana metros de profundidad para todos los compañeros, ES UN PRIVILEGIO DE POCOS. Los años enseñan después a hacer mucho teniendo poco la pelota. Pero eso no se puede aconsejar. Eso llega solo, se siente. Tal como primero los juguetes, después el fútbol, después el amor, después la paternidad y por últimos los nietos... Adiós y suerte.

15. EL FÚTBOL NECESITA PIBES «ATORRANTES»

Así, 18/05/65^[28]

Proliferan las «villas miserias».

Aumenta el analfabetismo en la Argentina.

Hay mayor pobreza.

Disminuye la riqueza.

Aumenta la deuda exterior.

Todos estos anuncios, frecuentes en las páginas de la prensa diaria del país en los últimos 15 años, pueden servir como argumento negativo de la teoría que hemos de sostener en esta nota acerca del fútbol.

Pero por las dudas, juzgue usted primero lo que vamos a decir acerca del fútbol en la Argentina y utilice después, para negar nuestra conclusión, aquellos cinco argumentos que le damos en contra de nuestra propia teoría.

Escuchaba, noches pasadas, la audición de radio Rivadavia, de José María Muñoz. Se exponían en ella, necesidades de contribución de más elemento humano para el fútbol, a través de una más intensa actividad futbolística en el interior del país, recordándose que «La Capital ya no tiene potreros para producir jugadores».

Y me quedé pensando:

—*¿El fútbol de potreros ha decaído porque no hay potreros o porque hay menos chicos que van al potrero?*

Fui recorriendo mentalmente el movimiento de ayer y de hoy en los potreros que me son más familiares en la ciudad de Buenos Aires y su respectivo «cinturón» boquense. Y «vi que ahora veo» menos, muchos menos, chicos jugando allí que antes. Los potreros están siempre. Los chicos están menos... a pesar de estar el potrero.

Después «me fui», mentalmente, al interior del país.

Los que hemos sido provincianos, y los que siendo ahora «porteños» seguimos viviendo mucho en la provincia argentina, sabemos que en el interior del país HUBO Y HAY POTREROS DE SOBRA.

Y en esos potreros HUBO chicos y hay menos chicos... a pesar de que los potreros están siempre.

Luego pensé otra cosa:

—*Se habla mucho del fruto del potrero trasladado al fútbol del estadio, pero... ¿qué jugador llegó hecho de algún potrero? ¡Ninguno! ¡Jamás ninguno!*

El potrero es y ha sido el recinto DONDE SE MAMA EL FÚTBOL.

Pero el potrero, usado para hacer jugadores después de la edad lactante del fútbol... es el recinto DONDE MÁS SE NUTRE DE DEFECTOS EL JUGADOR

DE FÚTBOL.

Volví a «irme» al interior, con el aval que creo me acuerda el conocer a la vida provinciana mucho más que muchísima gente que dirige el fútbol desde Buenos Aires, y me hice otra pregunta:

—*¿Los grandes jugadores provincianos que tuvo el fútbol de Buenos Aires no se hicieron todos en los clubes, mucho más que en los potreros, de sus provincias? ¿Los trajeron por haberlos visto «ignorados» en algún potrero provinciano o porque eran ya ídolos en menor escala dentro de sus pequeñas ciudades o pueblecitos?*

No; cuanto provinciano *crack* de fútbol llegó a Buenos Aires, lo hizo por haber acreditado primero EN LAS CANCHAS de su provincia que era capaz de ser *crack* en las canchas de Buenos Aires.

Luego «volví» a la Capital Federal para formularme otra pregunta:

—*¿Qué gran jugador «porteño» de primera división SE HIZO en los potreros y no en las divisiones Inferiores de los clubes que hacen jugar EN CANCHAS a sus muchachitos de corta edad?*

Y por último, «me fui» a las naciones de más densa población que la nuestra, que TAMBIÉN produjeron algunos buenos jugadores de fútbol:

—*¿Cómo hizo Europa para producir futbolistas, siendo que en Europa no hay potreros (NI TAMPOCO DIVISIONES INFERIORES) desde hace muchísimos años?*

Esta pregunta la dejé sin respuesta... porque en Europa solo ESTUVE pero no la conozco en la medida social, económica y cultural que a mi propio país. ¿Tendrán potreros escondidos a la manera de los rusos sus grandes secretos espaciales?

En definitiva, volví a la Argentina.

Y pensé en todo aquello sucintamente expuesto al comienzo: ...más Villas Miseria.

... más analfabetismo.

... más pobreza.

... menos riqueza.

... más deudas.

Y digo que pensé en todo eso porque, no obstante, conocer todos esos problemas como cualquier argentino que anda por la calle y lee diarios... CREO QUE HAY QUE DISTINGUIR ENTRE CÓMO VIVE LA ARGENTINA Y CÓMO SE VIVE EN LOS CENTROS DE POBLACIÓN DE DONDE SALEN LOS JUGADORES DE FÚTBOL.

Si vemos aumentar el número de chicos lustrabotas que andan por las calles, y el de chicos que golpean a nuestras casas pidiendo una limosna (fenómenos socioeconómicos que parecían haber empezado a desaparecer en Buenos Aires), es porque «algo pasa» en contra de un mejor vivir de los niños argentinos.

Pero al margen de lo indudablemente cierto de ese episodio calle-hogar, yo creo que no es menos cierto que la población, ENCARGADA DE PONER CHICOS EN LOS POTREROS PROFÚTBOL, VIVE HOY MUCHO MEJOR QUE HACE 15, 20,

30 años.

No sé si come mejor. No sé si se viste mejor. No sé si tiene más dinero. No sé, con certeza, lo que ocurre en esos índices de vida-familia.

Pero sí estoy seguro de una cosa: LOS PADRES DE 1965 TOLERAN EN MUCHA MENOR MEDIDA EL BANDIDAJE COTIDIANO DE SUS HIJOS, AUNQUE SEAN POBRES.

El analfabetismo crece EN EL PAÍS. Eso también es cierto.

Pero en los grandes centros poblados encargados de «producir jugadores de fútbol»... también es seguro que cada día hay menos padres indiferentes a que sus chicos vayan al colegio, o a que ambulen por las calles y potreros.

Aunque el rigor socioeconómico de muchos hogares aumenta, aunque muchos padres y madres se desvinculen de sus hijos durante ocho o diez horas diarias, han mejorado considerablemente en relación a hace unos años LOS MEDIOS Y LA CONCIENCIA QUE HACEN AL CUIDADO Y EDUCACIÓN DE LOS NIÑOS QUE OTRORA APRENDÍAN A MAMAR EL FÚTBOL EN EL POTRERO. La afirmación se circunscribe a la vida en los centros de mayor población. Y allí afirmo que al chico de 1965 le es mucho más difícil estar tres horas en el potrero, que cuanto a los chicos de 1930 nos resultaba factible estar seis, ocho y también diez horas en «el campito». En LA ESCUELA DE APRENDIZAJE DEL ARTE DE ENGAÑAR CON UNA PELOTA EN LOS PIES.

No creo vivir en un planeta extraterrestre si afirmo que hoy, al chico de la ciudad de Buenos Aires (con mayor razón al de Añatuya o Pozo del Molle) LE ES MUCHO MAS DIFÍCIL HACERSE «LA RABONA» QUE A SU ANTECESOR DE HACE 20 o 30 AÑOS.

Y de allí que pregunte:

—¿El potrero produce menos jugadores de fútbol porque no hay potreros o porque hay menos chicos que van al potrero aun donde están los potreros?

Me quedo con la segunda alternativa.

Esa alternativa es, insisto, un índice fragmentado de una realidad nacional que no discuto, en cuanto a que los argentinos somos día a día un país más pobre.

Pero a cambio de ese reconocimiento de mi parte, quisiera que se me ayude a la recepción de aquel razonamiento, reconociendo que riqueza es una cosa, en este caso, y maneras de vivir en familia en 1965 es otra cosa que, aunque dependiente de la riqueza o la miseria, en este caso tiene un agente de prioridad llamado COSTUMBRE.

La COSTUMBRE de una familia en estado de indigencia del año 30, era admitir que sus hijos podían escapar a la obligación de ir al colegio. Que podían educarse en la calle si la familia no podía educarlos en el orden.

La COSTUMBRE de esa misma familia en el año 1965, no admite que su hijo se eduque en la calle. Mal o bien, ese hijo ya tiene un control que antes no tenía.

Otra referencia: la generalidad de los padres «de antes» consideraban cumplida su

obligación educacional de los hijos en el 6.º grado primario. Solo un núcleo de privilegiados o «pudientes» consideraba esencial el ciclo secundario.

Hoy, aun la familia pobre, considera insuficiente el límite del sexto año primario.

Yo empecé a trabajar a los 13 años porque mi madre no podía pagarme estudios mayores. Estoy seguro que hoy, en aquella misma situación, mi madre me mandaría a seguir estudiando.

Aquellos pibes veíamos así abierto, mucho más fácilmente, el camino del potrero, si nuestra pasión era el fútbol.

Los pibes de hoy, que también se apasionan por el fútbol, verán mucho más controlado ese camino. Y de hecho mucho más restringido.

Hay una economía social siempre precaria... PERO HAY OTRA COSTUMBRE DE VIDA.

Y que me perdone el fútbol: UNA MEJOR COSTUMBRE DE VIDA.

Diría más: LOS PADRES DE HOY SON MEJORES PADRES QUE LOS DE ANTES. Dicen que afectivamente no lo son. Yo hablo FUNCIONALMENTE. SOCIALMENTE. En esos dos aspectos son mejores... EL FÚTBOL SE PERJUDICA CON ELLO.

«El Arte de Engañar»

Insistiré mil veces: EL FÚTBOL ES UN ARTE DEL IMPREVISTO.

¿Y qué exige el arte del imprevisto llevado a una actividad como el fútbol donde el éxito o la frustración del hombre dependen del acierto o el error en el intento de engañar al hombre?

¡Exige dominar el arte de engañar!

Que es esencialmente la ley básica del fútbol: GANA EL QUE MEJOR ENGAÑA. En un sentido grato, en una forma placentera, ingeniosa, pero que no por eso altera el sentido mismo de la actitud de ENGAÑAR.

¿Quiénes son y quiénes fueron los maestros del arte de engañar con una pelota en los pies?

¡Casi siempre —en su gran mayoría— hombres que fueron muchachos, y antes chicos, de bajas extracciones sociales, de vida no precisamente ordenada, de educación insuficiente, de cuidados paternos muy descuidados, chicos «bandidos», envalentonados, con desparpajos, con correrías mezcladas de travesura y hasta ciertas formas de delincuencia precoz (robar naranjas, saltar cercos prohibidos, burlar a la

policía, etc).!

Es sintomático: DE NINGÚN CHICO NO TRAVIESO SURGIÓ ALGUNA VEZ UN JUGADOR DE FÚTBOL GENIAL. Y, viceversa, muchos buenos jugadores nacidos para jugar bien al fútbol, no fueron totalmente *cracks* como futbolistas porque algún rasgo ético, educacional, o de pudor, les impidió ser «un poco sinvergüenzas» COMO TIENE QUE SERLO EL *CRACK* DE FÚTBOL. En todo *crack* es menester la suficiencia del «pillín».

Recuerdo tres nombres en este momento: Ernesto Lazzatti, Bruno Rodolfi, Oscar Basso.

Los tres fueron buenos jugadores que en alguna medida se malograron como grandes jugadores... «por no ser un poco atorrantes».

La nómina de los ejemplos opuestos es kilométrica.

Corbatta, «El Chueco» García, Pedernera, Moreno, Benítez Cáceres, Bernabé Ferreyra, Pelé, Néstor Rossi, Pontoni, y varios cientos de jugadores como ellos... FUERON *CRACKS* PORQUE NACIERON *CRACKS* Y PORQUE TUVIERON LA CUOTA DE DESPARPAJO QUE VA IMPLÍCITA EN EL ATRIBUTO DEL *CRACK*.

Tuvieron «el bandido adentro» cuando chicos.

Tuvieron «el ángel» capaz de inculcar talento e ingenio para «engañar», cuando grandes.

Tuvieron el germen de TRAVESURA que se necesita para jugar bien al fútbol, ya de chicos como de grandes, porque el fútbol bien jugado no es tal sin la cuota de travesura que significa hacer ir una pelota donde el adversario ni la espera, donde el adversario no quiere, o donde el adversario no la puede alcanzar. El fútbol ES TRAVESURA DESDE EL MOMENTO QUE ES ARTE DE IMPREVISTOS. Y sin un germen de chicos traviesos, es difícil germinar un fútbol de aquella estructura mental.

Del mismo modo, sin una vida infantil un tanto disipada para la travesura... el fútbol puede perder gérmenes de nutrición humana. Los está perdiendo. Los ha perdido. Pero no por falta de potreros. Sí, por menos chicos dispuestos o autorizados en el nivel familiar a la incursión hacia la travesura.

Bien se dice, con cierto son de alarma, que «**la juventud está agarrando para la música y otras cosas, y cada vez se aleja más de fútbol**».

Es verdad. Y eso es fruto de una vida familiar, de una orientación paternal, sin duda mejor orientada actualmente que cuando hace unos años, en el llamado y siempre impreciso «antes».

Lo que por mi parte podré lamentar, por lo que resiente al fútbol mismo. Pero que de ninguna manera puedo lamentar si, como parece, todo eso puede disminuir el atractivo del fútbol, pero mejorar en alguna medida al hombre y la sociedad. Como que es cierto que el futbolista-hombre de hoy es mucho mejor persona que el futbolista-hombre de ayer en todo sentido: higiénico, aseado, cultural, educacional, civilizado.

Los asados de Montañó y Vairo con el piso *parquet* de la habitación donde vivían, parecen cosa inaudita para la actual generación de futbolistas.

Y el pedirle el pañuelo que el linesman usaba como banderín, limpiarse con él la nariz y devolvérselo... es cosa que ya no haría «El Monito» Deambrosi si le tocara jugar en 1965. «El ambiente» ya no lo permite. En esa época lo admitía. Hoy puede ser un crimen el fusilamiento de un ladrón y hace 100 años era el más justo ejercicio del derecho.

De todo lo cual extraería esta conclusión: EL FÚTBOL NECESITA DE CHICOS «ATORRANTES». Cuando su cuota disminuye, el fútbol pierde y la sociedad gana.

Pero repito: el fútbol no muere como está muriendo por falta de potreros, sino por falta de chicos que puedan ir a ellos como iban antes.

Además, aun con menos chicos en la germinación del potrero, sería caer en una GRAN MENTIRA si dijéramos que el fútbol de ahora muere en esa primera instancia, puesto que los menos chicos que aún corren por los potreros siguen MAMANDO el fútbol con la misma libertad de creación e ingenio que antes, y las mismas astucias para entrar en el dominio de la pelota. El fútbol muere en la instancia siguiente a esa germinación: empieza a morir en el club, en la etapa siguiente al potrero, donde tradicionalmente al chico llegado del potrero se le limpiaban los defectos de que venía nutrido de los «picados»; pero en la que ahora se empieza a aturdir, confundir y anular la creación espontánea de ese chico... CON TÁCTICAS Y ESQUEMAS.

Creo que el fútbol, como el boxeo, alcanzaron su más alto esplendor en la más aguda vigencia de la vida económicamente miserable para los candidatos, niños y hombres, que eran llamados a nutrir sus filas.

NO HAY WINES ¿O FALTAN DELANTEROS?

Así, 31/05/63^[29]

El fútbol empezó como desordenada puja multitudinaria alrededor de **algo parecido** a una pelota. Dos bandos se la disputaban en un terreno sin limitaciones, sin líneas de cal (no habrían podido jugar muchos de los **marcadores de punta** de la actualidad) y con recursos tampoco limitados. Con pies y manos.

Con alguna **semejanza óptica** respecto del *rugby* que conocemos hoy. Tan semejante que lo que conocemos por *rugby* se llama fútbol. Es el *football-rugby*. Lo que conocemos por fútbol es el football-association.

Con esas nomenclaturas quedó concluida la divergencia producida entre los que quisieron ultradepurar la originaria puja por **algo parecido** a la pelota; y los que solamente la querían reglamentar conservando su sentido original.

Ya en aquellos tiempos había ingleses tradicionalistas e ingleses futuristas.

Esa vez los futuristas fueron más. Cosa rara entre los británicos.

Los futuristas acabaron produciendo el fútbol que proscibiría casi por completo el uso de las manos, reducía a once el número de hombres por bando, etc.

Los tradicionalistas concluyeron ordenando esa versión también muy corregida de la original, pero menos alejada de ella, en la puja por **algo parecido** a la pelota, que es el *rugby*.

Mantuvieron la «pelota caprichosa», como la vejiga original; la opción a usar manos y pies; el derecho a tacklearse unos a otros; la lucha corporal que expone el «scrum» de nuestros días, etcétera.

Los futuristas dieron con el más cautivante de los deportes que el hombre haya inventado.

Los tradicionalistas ordenaron un juego de conjunto, en apariencia brutal, con un contenido de lealtad y nobleza probablemente tan absolutas como la propia difusión mundial del fútbol.

La mayor popularidad del primero lo hizo dueño casi exclusivo del derecho de llamarse fútbol.

La considerablemente menor atracción del segundo lo resignó a aceptar ser simplemente *rugby*, palabra sin contenido etimológico de carrerapelota (como football) ya que su procedencia no tiene otro sentido que la del nombre del colegio británico de la ciudad así llamada, que asumió la representación del bando que abogó por el fútbol jugado con pies y manos, con takles y «scrums».

Como los opositores a esa manera de jugar al fútbol **constituyeron una asociación** de muchas ciudades y colegios, que inventó **la otra** hoy más conocida manera de jugar al fútbol... su versión del fútbol no encontró mejor manera de

bautizarse que como tal: «**football association**».

Sobre la base de un campo rectangular de 100 metros de largo por 60 de ancho y solamente 22 jugadores ocupándolo, **los asociados** (futuristas) se propusieron crear el que, efectivamente, resultaría el más hermoso y mejor concebido juego del mundo.

El football-association es el único deporte que ha gustado y cautivado multitudes por encima de cualquier división etnológica, sanguínea o racial. EL ÚNICO QUE GUSTA A TODOS.

Seis mil metros cuadrados resultantes de aquella base de 100x60 aseguraban lo fundamental de aquellas asociadas intenciones reformistas: que «ese» fútbol pudiera jugarse como expresión de soltura y destreza físicas.

Y con una continuidad de ritmo como no podía lograr el *rugby*, que con su mayor número de actuantes e interrupciones, y sus leyes más apegadas al instinto de la **lucha** en pos de una pelota que a la idea de **lo suelto** para hacer andar esa misma pelota. Para luchar quedó el *rugby*; para jugar nació el fútbol.

Pocos jugadores en mucho campo.

He aquí el fundamento de la intención que crea el fútbol de hoy.

El fútbol de hoy, que ahora se juega con **muchos jugadores en poco campo**, casi LUCHANDO como en *rugby*, no JUGANDO. Es decir: reencontrándose con el *rugby*.

Lea otra vez y cuélguesela en un oído, aquella frase: **pocos jugadores en mucho campo.**

Veintidós en 6000 metros cuadrados. En 100x60.

La del hombre es una historia en la que constantemente lucha por desplazarse con menores obstáculos. Sin «scrums» (amontonamientos).

Esta del fútbol —que también es de hombres— es un historia más de esa historia de la lucha humana por «**el espacio vital**».

Por eso nació el fútbol que hoy conocemos, aunque **ahora** no se juegue.

O se lo juegue muy poco.

Y que para verlo tengamos que esperar a ver un Santos o un Palmeiras.

O alguno de los periódicos partidos de los veteranos de River (como aquel homenaje a Labruna o el más reciente del aniversario de la inauguración del «monumental»).

El fútbol se hizo con esa intención. **Pocos en mucho espacio.**

Que podría ser algo así como hacer mejor la vida de Buenos Aires y Nueva York despoblando a Buenos Aires y a Nueva York.

La separación del fútbol del *rugby* tuvo ese fin.

Y con la creación del fútbol esta enseñanza: el automovilista que **sabe andar** por Buenos Aires y que tiene que ir de Liniers a Plaza de Mayo no lo hará por Rivadavia como cuando Buenos Aires tenía un millón de habitantes sin automóviles, sino por un camino paralelo en el que **haciendo más trayecto llegará más rápidamente** y con menores riesgos.

El fútbol nace así inspirado y los 22 jugadores autorizados por sus leyes empiezan aprovechando **todo** el espacio de aquellos 6000 m².

Esto es: el largo y el ancho de la cancha tienen ocupantes con opción a abrirse y cerrarse entre sí, según se presenten los obstáculos que ofrece el recorrido entre Liniers y Plaza de Mayo (PORQUE MARCACIONES HUBO SIEMPRE, COMO AHORA).

Aquellos jugadores se distribuyen en dos defensas, tres medios, cinco delanteros.

El centromedio jugaba al ataque; los dos medios de costado eran más defensores que atacantes, con lo que los equipos se componían de seis atacantes y cuatro defensores. Un reverso de lo actual, igualmente absurdo como la actual mayoría de defensores y minoría de atacantes.

La desproporción numérica entre el ataque y la defensa no era el resultado de una corriente mental inversa a la de nuestros días (hoy: defender primero y luego atacar; antes: atacar para defenderse), sino de una ley de juego que AHORA no existe: el offside solo permitía al delantero entrar en juego si tenía entre él y la línea del gol a tres jugadores.

No había entonces razón para marcar con tantos como atacaran, porque con solo adelantarse un zaguero, se lograba fácilmente colocar en posición «offside» a los atacantes.

Esa manera de jugar redujo considerablemente los goles a medida que más se aprendió a jugar con el reglamento. El cero-cero era frecuente y, claro está, el fútbol perdía brillo e interés.

El proceso tenía, en sentido opuesto, muchos puntos de contacto con el que nos lleva al problema actual del fútbol también privado de goles y, consiguientemente, de todos los ingredientes de lo brillante: en los dos casos, lo opaco resulta del desequilibrio entre quienes atacan y quienes defienden.

En el año 1925 se corrigió esa probablemente **única imperfección mayúscula** del sabio reglamento de la Football Association.

Crecieron las posibilidades de los atacantes y consecuentemente se apeló a uno de los tres medios para reforzar las defensas extremas.

Pero SIEMPRE OCUPANDO UNOS Y APROVECHANDO OTROS, TODO EL CAMPO. Los 6000 m².

La ocupación total de ese campo, que nada impide ocupar totalmente BAJO CUALQUIER SISTEMA DE JUEGO QUE SE PRACTIQUE, dio por resultado esta distribución de hombres en la gran mayoría de los casos: un arquero, dos defensas, tres medios, dos interiores, tres delanteros.

La diferencia con la distribución anterior a 1925 es: el centromedio retrasa su colocación cumpliendo una mayor función defensiva; los interiores hacen el nexo entre línea media y ataque.

Pero todos bajando o subiendo todos; jamás con la idea de que el medio retrasado a defender, allí se quedara cuando su equipo ataque; ni de que entregada la pelota a

los delanteros, los interiores-nexos quedarían a observar cómo seguían los demás.

La variante se concretó a cubrir las exigencias de la modificación de la ley del offside. Esto es: a equilibrar cantidad de defensores con cantidad de atacantes.

Pero los atacantes siguieron siendo los cinco básicos cuando de atacar se trataba. O también más en condiciones propicias.

El fútbol alcanza así su etapa de mayor esplendor y, como a la manera de muchísimos procesos en la evolución humana (política, cultura, arte), al mismo tiempo que alcanza la plenitud de su brillo y poder de captación... también inicia el camino hacia la decadencia que sigue a todo proceso de ascendencia. En ese período estamos. Está EL MUNDO, no solamente nosotros.

Período que creo sin términos medios: o nos lleva a la definitiva desaparición de la original concepción del fútbol (marchar libremente de Liniers a Plaza de Mayo) o nos coloca frente a nuevas reformas que produzcan otra era de gloria como la siguiente a 1925.

El caso es que (como rígidas contramarchas):

1.º: Retrasamos un medio a la defensa extrema para que esta se hiciera con tres y no con dos backs.

2.º: Retrasamos un interior para que cubriera en la línea media el lugar vacante del medio hecho back (quedan cuatro delanteros).

3.º: Retrasamos otro medio para que fueran cuatro los backs.

4.º: Le quitamos otro delantero al ataque para llenar el vacío del medio (quedan tres delanteros).

5.º: Hicimos jugar un poco más atrás al originalmente medio que nos resta de tres que eran.

6.º: Bajamos un puntero a trabar, pellizcar, o lo que sea, pero de todos modos a hacer línea media con quienes eran dos delanteros (quedan dos delanteros).

7.º: Convencidos del sistemático extremismo «defender primero, atacar después», terminamos robándole al ataque el puntero que le queda para que también fortalezca el medio campo o cubra al interior-medio que tiene por misión iniciar y atacar. Y nos queda, como atacante, un «punta de lanza» que **corre errores adversarios y a veces alguna pelota** proyectada para ver si es capaz de alcanzarla.

No hay duda de que, en ese proceso, ha jugado mucho más que la mentalidad del jugador EL EGOÍSMO PROFESIONAL Y MUY PARTICULAR DE MUCHOS DIRECTORES TÉCNICOS surgidos como consecuencia del fútbol profesionalizado.

Y que, para DURAR ELLOS PRIMERO y después hacer jugar al fútbol para ganar... impusieron en todo el mundo este fútbol de no perder que registra (no exactamente como en esos siete puntos, pero sí *grosso modo* como en ellos) ese proceso de «un poco más atrás», «otro poco más atrás», «otro poco **más más atrás**»... que nos coloca hoy frente al drama de que MUCHÍSIMOS equipos tengan un solo forward... de tanto atrasar gente.

Se ataca bien —al ritmo de la época y de los 25 años— cuando se ataca como lo

hicieron a su ritmo y al de sus 45 años los veteranos de River Plate que días pasados enseñaron que la ofensiva empieza con todos desde muy lejos para llegar todos hasta más lejos. ¡Qué fácil es hacerlo cuando se **sabe!** (aunque se sea viejo).

Admitamos que el fútbol «moderno» tenga, conserve aún, de tantos robos de las defensas a los ataques, UN forward. ¡Uno!... El punta de lanza.

¿Podemos esperar que así planeado tenga wingers (o «wines»)?

El winger o puntero del fútbol no es una consecuencia de ninguna fábrica (que no la hay de halves, ni de backs, ni de insiders...) sino de LA CANTIDAD DE DELANTEROS con que juegue un equipo.

¿Qué pasa (o pasaba...) cuando un equipo pierde un hombre y de hecho se priva de un delantero a la delantera?

Creo que lo siguiente: que los hombres que quedan ocupando el ancho de 60 metros teóricos del campo ofensivo, tienen dos alternativas:

- 1) Abrirse más para seguir cubriendo los mismos 60 metros. En cuyo caso les va a ser más difícil encontrarse para el pase, que cuando tiene que ser muy largo se hace tan difícil como cuando se lo quiere hacer muy corto, en poco espacio y entre muchos adversarios.
- 2) Mantenerse como estaban y renunciar al extremo que haya dejado sin ocupar el puntero que bajó, en cuyo caso pierden un sector de terreno que el adversario gana para apretarlos, pero mantienen la posibilidad de ser igualmente certeros en su maniobra de 4 si logran hacer prevalecer una capacidad individual que el adversario no alcance.

Casi siempre el camino más sensato será el N.º 2.

Ahora: si los delanteros que eran cuatro pasan a ser tres; y si los que antes eran tres se reducen a dos... ¿puede esperarse o pedirse que esa reducida cantidad de atacantes en relación a la mayoría de defensores que esperan, jueguen uno en cada punta? ¿De «wines»?

No: el fútbol tiene por meta un arco. El arco está en el punto intermedio de ese ancho de 60 metros. Cuanto más se alejen de esa meta los dos o tres forwards que quedan de tanto «ir más atrás», más difícil les será comunicarse a través de la pelota y más fácil será para los cuatro o cinco defensores que los esperan impedir que lleguen con ella.

Entonces: lo instintivo, lo lógico, lo sensato, es apretarse. Juntarse un poco más. En tal caso: dejar las puntas. O juntarnos todos en una punta. Pero nunca mantener posiciones donde la única posible comunicación será un teléfono. El fútbol aún se juega sin teléfonos.

Entonces, la tribuna grita: «¡No tenemos wines, hay que jugar por los wines

como se hacia antes!».

Antes los «wines» estaban. Hoy los han sacado (los DT modernos).

Considero obvio trazar el esquema imaginativo de lo que ocurre, o tiene que ocurrir, cuando aquellos **residuos de ataque** no son tres ni dos que atacan... sino uno solo, como hemos visto y vemos a tantos... (Valentim, Sanfilippo, Artime, Mario Rodríguez, Oleniack, etc).. Es sugestivo que SIEMPRE se diga, de ese tipo de **solitario que busca errores**, lo muy frecuente de prensa y público: «aprovecha bien el desplazamiento por las puntas»...

¡Pero claro que sí!; ¿qué otro remedio le queda?

¡Desde luego que ese sacrificado de «un poco más atrás» tendrá que conformarse con INTENTAR pasar por donde menos tapado esté el camino!

Y en el fútbol timorato de la época, donde no solo no **se estimula al jugador a que juegue**, sino que además, se **lo educa a la idea de que jugar utilitariamente es jugar a defender**, se da este caso:

1.º) La cancha de 100x60 es demasiado grande.

2.º) Los laterales se usan muy poco o no son necesarios para jugar 5 defensores, 4 medios y 1 atacante (lo demuestran los días de lluvia, que denuncian en qué lugar el campo se gasta y dónde no se usa).

Entonces ocurre con los laterales de las canchas lo mismo que con las calles paralelas a las avenidas por donde todos circulan y nadie puede circular: que como casi nadie circula por allí, es muy fácil andar por ese lugar.

Pero para usar ese terreno, para «**usar los wines**», como aclama la tribuna, es menester una condición: que haya «wines» y no números 7 y 11 destinados a jugar de medios, de pellizcadores, de «no se sabe qué» (como esos fabricados a la manera de González, Pérez, Capdevila, Cabrera)... pero no de wingers.

Es decir: que algunos de los automóviles que sobrecargan a la calle Rivadavia yendo de Liniers a Plaza de Mayo... transiten por los laterales que están vacías y esperando ser usadas. Porque también forman parte de aquel campo que se ideara para que pocos jueguen en mucho espacio y que ha resultado, ahora, en esta época, un campo que muchos maldicen sea tan grande.

Los que saben jugar siguen deseando todo lo contrario. O más: ruegan que la cancha sea más grande, porque ellos saben cómo ocuparla y aprovecharla toda. Como lo demostraron en 45 minutos Pando-Onega-Sívori acompañados de Juárez (en el amistoso River-Peñarol). ¿Vieron que allí sí hubo «wines»?

El «fútbol moderno» de los técnicos que **trabajan para ellos, para durar ellos**, también dice que «**hay que jugar por los wines**». Pero educa férreamente a jugar en una lonja de terreno ligeramente ovoide por la mitad, que une los dos arcos.

Los rincones no sirven. Los rincones no son ocupados. Pretenden, probablemente, ocuparlos con otros dos jugadores que se les autorice al margen de los once de

reglamento. Fútbol de trece.

Pero no: el fútbol se planeó entre once por bando y sobre 100x60 para que, en 6000 m², pocos se muevan en mucho terreno.

Para que la lucha (del *rugby*) ceda paso a la soltura (de un Sarlanga), que es la razón del fútbol.

Para eso se separó el fútbol del *rugby*.

No para que «las exigencias» de ninguna época lo hagan juego «sin wines», de mucha gente en poco terreno, de mucho terreno inútilmente perdido por tantos clubes que podrían aprovecharlos en ampliar sus tribunas.

Porque el fútbol de hoy está diciendo que los campos de juego llenarían igualmente su función reduciéndose a las medidas actuales pero en forma de pelota de *rugby*.

Que es una manera de volver al punto de partida que produjo su división del *rugby*.

Muchos que comercian con el fútbol —«técnicos» especialmente— serían muy felices con esa variante, aún más con 13 y no 11 jugadores por bando.

Acuérdese de ellos toda vez que vaya a gritar: «¡**No hay wines!**».

Ellos los echaron del fútbol. Porque, como nacer futbolistas capacitados para ser wingers, todos los días nacen.

17. POR CÓMO SON O POR CÓMO JUEGAN (LOS LOCOS)

Crónica, 25/07/71

El fútbol de todas las épocas, en todos los países, y mucho más en aquellos donde el artesano representativo de su fervorosa atracción se gesta en los niveles sociales más bajos («donde el *crack* nace de los chicos atorrantes»), tuvo, tiene, y seguirá teniendo, a los vulgarmente llamados «**jugadores locos**».

En el fútbol que conocemos más de cerca, el de aquí, el de Uruguay y de Brasil, hay centenares de casos.

De casos de «locos» que fueron *cracks*. De «**gente rara**» entre los *cracks*.

Mientras no aparecieron los psicólogos queriendo jugarse, también, en este negocio, el partidito de hacer de la psicología un deporte, eran nada más que «**locos**». Ahora son traumatizados, faltos de «rol», necesita dos de motivación, y otra serie de adjetivaciones pertinentes al negocio de usar al fútbol como vidriera de cultura aparentada

Sigamos con el lenguaje más ortodoxo.

Eran simplemente «**locos**». El fútbol tiene un historial lleno de llamados «**locos**». Generalmente se les decía así a los punteros de veloz desplazamiento por los laterales hacia la línea de fondo. «El loco» tal, «El loco» cual... Todos **locos**. Muchos de esos locos le dieron genialidad al fútbol.

Locos eran Corbatta, Perinetti, Gagliardo, Peucelle, Lazcano, aquel puntero de Ferro Carril Oeste que emigró a México en la época que lo hizo Moreno; loco, también, lo llaman hoy a Fischer, loco era Garrincha, loco también lo llamaban a Losteau... al menor de los hermanos de la Mata, a Blazina, etc., etc., etc... (los he mencionado sin hacer mucha memoria, al correr de los primeros recuerdos, descontando que podría llenarse la página con la nómina de los llamadas locos por algún signo de escapismo al común denominador individual).

Pero al margen de esa larga colección de muchas veces ilustres y honorables «locos», es también extensa la nómina de jugadores que pudieron ser señalados como «problematizados» si usáramos el psíquico lenguaje de moda.

A los «problematizados» se suman los otros, los que sin ningún problema de ese tipo eran resueltamente disparatados en su vida privada, o egoístas y nada queridos como compañeros, o aun borrachos algunas veces. El fútbol tuvo siempre, como que es parte de la vida del hombre común, «un montón de tipos raros».

¿Quién ha olvidado, por caso, el anecdotario del «loco Montañó», capaz de incendiar un diario dentro de un avión en pleno vuelo sobre el Atlántico, o de cocinar un asado en el interior de su dormitorio con el luciente *parquet* del piso?

¿O quién no recuerda las farras de José Manuel Moreno y las muchísimas

situaciones de grave disociación que ellas producían?

El «Chueco» García no era querido por sus compañeros, para dar otro caso.

Sívori tuvo el record de inconducta en los campos italianos.

Angelillo, en pleno apogeo, perturbaba la organización disciplinaria de su equipo con su apego a una amante públicamente notoria.

Roberto Matosas era en River Plate un difícil problema de introversión, que llegó al extremo de pedir que lo pusieran en cada partido en un puesto diferente.

A propósito de uruguayos... ¿alguien conoció persona más rara y difícil de interpretar que aquel chiquilín Walter Gómez en la más esplendorosa etapa de su brillo como genial jugador?

Que hablen los argentinos que fueron a Colombia, del insólito «loco Castro», aquel gran centre half que había sido de Quilmes e Independiente, uno de los más grandes que tuvo el fútbol argentino en su puesto, lo que es mucho decir y queda dicho con plena conciencia del desafío que implica la afirmación.

Infinidad de grandes *cracks* del fútbol no fueron personas precisamente ideales. Algunos eran también insoportables.

Pero... ¿ello les impidió jugar?

Se me podrá decir, y estaré de acuerdo, que si como personas hubieran sido «tratadas» o «desproblematizadas», mayor aún habría sido su eficacia como jugadores. De acuerdo.

Pero juguemos lealmente en sentido inverso: ¿el ser como eran, les impidió ser grandes jugadores y jugar como jugaron? No.

Hoy dicen que con Fischer tiene problemas el equipo que lo tenga en sus filas.

Pero a Fischer lo quisieran todos para su equipo, ¿no?

Está claro que mientras ande como anda. No cuando le toque andar mal. En ese caso, lo desnudarán con todos sus defectos quienes hoy dicen sufrirlo... pero lo aguantan porque anda bien para el arco. Recientemente tuvo un altercado público con una masiva representación de sus compañeros. Culminado en una carta abierta que le envió desde Colombia su excompañero Calics.

¿Y todo eso qué indica?

Indica que el jugador de fútbol vale, se cotiza, es respetado aunque odiado al mismo tiempo... **por cómo juega; no por cómo es como persona.**

Como que también está lleno el fútbol de grandes muchachos que con gran dolor de muchos, quedaron separados de sus equipos... por no ser como jugadores lo que eran como personas.

Que al dotado para jugar se lo pueda mejorar como persona. Que se deba intentar cambiarlo como persona. Que sea obligación de la sociedad y del fútbol adaptarlo a la mejor condición humana posible. Sí. Eso sí.

Pero que para jugar al fútbol vamos a extraer jugadores de personas desproblematizadas, normales, sin traumas, sin stress... eso no puede ser dicho ni siquiera en broma. Eso no.

Hacer del jugador un individuo útil, se puede.

Pero hacer del individuo útil un jugador útil, si este no coincidió con aquel... es mucho más difícil, quizá imposible, especialmente si se trata de un elemento de ataque, de creación.

La disciplina nunca hizo al jugador.

El jugador pudo hacerse a la disciplina, sí.

Es el mismo caso.

Pero hoy quieren llevar al fútbol, con el atractivo que el fútbol ofrece, para que mucha gente se disfrace de «culto» al hablar de un fútbol intelectualizado, a la situación equivalente al proceso disciplina-jugador que jamás podrá asimilarse al de jugador-disciplina.

Y yo pregunto: ¿vamos a rechazar, si nos surgiera indisciplinado para jugador, a un Garrincha o un Corbatta porque son «locos», «raros» o «problematizados»?

No, ¿eh? ¡Ah!... Si sabe jugar sirve, ¿no?... Aunque sea loco o raro, ¿no?...

Puesto que lo habremos de rodear, lo habremos de aislar, lo habremos de llevar a otra vida y otras costumbres, ¿no?... Para lo cual cuidaremos que tenga compañeros que en alguna forma también se encarguen de eso, para no perder al *crack*, ¿no?... Pero sin cambiarles para nada su manera de jugar, ¿no?...

¡Pero y entonces de qué cambio de sistemas nos hablan, si eso es lo que siempre se hizo con esos llamados locos!

Siempre fueron elegidos por **cómo jugaban**, nunca rechazados por **cómo eran**. Mejor dicho: rechazados cuando dejaron de jugar como jugaban... ¿no?...

El planteo jugador-disciplina me recuerda al del jugador elegido por «**cómo sale**», y no por «**cómo juega**», que se da con frecuencia en divisiones inferiores. Hay capitalistas de resultados políticos a través de campeonatos ganados por 8as., 7as., 5as. divisiones... que seleccionan en relación de la capacidad de los chicos para salir campeones. Pero ocurre que, a primera, como *cracks*, siempre llegan aquellos que nunca o casi nunca fueron campeones infantiles o adolescentes. Solamente **jugaron** en esas etapas. Después fueron campeones. Después pensaron en «**cómo salían**» (ganadores, perdedores); primero se ocuparon en «**cómo jugaban**» (bien, regular, mal...).

El mismo proceso por orden de prioridades, se plantea con el jugador, la persona, la disciplina y la problematización del que juega al fútbol. Y esto no pretende abogar por la indisciplina. Pretende abogar por que no haya mentira y terminemos con este camelo-estafa de prometer jugadores hechos en laboratorios. Al laboratorio de la persona hay que mandarlo... una vez que sabemos cómo juega. Eso lo hicimos siempre, y por mucho que se diga en contrario, lo seguimos haciendo ahora, aunque parezca más culto decir que ahora hacemos la persona primero y de ella sacamos al jugador. ¿Y al «Panadero» Díaz, por qué no lo dejaron colgado para siempre si tanto es cierto que «ahora la disciplina está primero»? Nunca estuvo primero. Siempre estuvo primero el jugador. Desgraciada o felizmente, primero el jugador, aunque

muchas veces la persona no lo merezca. Y mucho más ahora: que jugadores no hay y lo que hay no está para ser desechado porque la persona ande mal. En tal caso, los clubes se quedarían sin dirigentes. ¿O cuántos de ellos han rendido prueba de suficiencia como personas?

18. APRENDER A VER (LA EDUCACIÓN DEL PÚBLICO)

El Gráfico, 30/03/59

Argentina venció a Uruguay 4-1. Y con ese resultado agregó una quinta victoria consecutiva en un Campeonato Sudamericano después de 13 años que no se disputaba un torneo de esa magnitud en Buenos Aires. Y esa quinta victoria consecutiva se logra frente a Uruguay, tradicional rival de todos los tiempos, y coloca al conjunto argentino en muy buenas condiciones para la conquista final: un empate frente a Brasil será suficiente para adjudicarse el campeonato.

Y sin embargo el público argentino que doce días antes había concurrido en forma casi desbordante al estadio cuando el encuentro con Perú, apareció en esta oportunidad mucho más reticente a las tribunas, y dentro de ellas mucho más frío que en ocasiones anteriores.

Es verdad que el equipo no jugó bien. Pero tampoco cumplió una labor decepcionante, como lo había hecho frente a Bolivia, por ejemplo, teniendo ahora frente a sí a un rival mucho más capacitado, aunque sí disminuido por diversos factores anímicos que conspiraron en su contra. Esta vez los uruguayos no jugaron como uruguayos.

El partido se ganó por una diferencia sólida. Y la ventaja obtenida hizo que en algunos momentos del segundo tiempo el equipo jugara a retener, en esas maniobras que suelen gustar —a un público no siempre capacitado para aprender hasta dónde eso se hace bien o no. Queremos decir con esto que este partido y este marcador, un tiempo atrás, hubieran dado lugar al desborde más eufórico del sentimentalismo patriótico futbolero, que desbordaba en las calles con expresiones bullangueras, no siempre de buen gusto, pero tan ruidosas como fuera de lugar.

Sin embargo... nada de eso ocurrió. El público, en términos generales, recibió la victoria con alegría, sí. Pero sin engañarse demasiado. Sin aparatosa exuberancia, sin perder los límites de la cordura y de la buena educación. Es decir, como siempre debieran recibirse las victorias y aceptarse las derrotas.

En cuanto a ésta, su nueva manera de apreciación del juego, por los medidos aplausos ante buenas realizaciones, como por su desaprobación para las otras, también estuvo bien dosificado. ¿Será que está aprendiendo a ver la verdad, sin dejarse seducir por marcadores favorables? ¿Será que está aprendiendo a ver las cosas como son realmente? Si así fuera, habríamos dado un gran paso al frente.

19. HABLE FUTBOLÍSTICAMENTE, PERO HABLE «BIEN» (EL NUEVO VOCABULARIO PANZERIANO)

El Gráfico, enero de 1958

El lenguaje «íntimo» del fútbol está poblado de modismos muy propios que no siempre se aplican como la idea de lo que ellos quieren expresar.

Cuando el año pasado Adolfo Pedernera realizó su primera incursión en el comentario deportivo radial, y ciertamente lo hizo con un sentido del fútbol muy apropiado del que pusiera magistralmente en práctica a través de su actuación como jugador, «en el ambiente» empezaron a usarse más frecuentemente los vocabularios y modismos de la intimidad futbolística, del lenguaje que los jugadores hablan cuando juegan y cuando comentan el fútbol. La corriente «adolfista» se transmitió aún a la propia crónica futbolística escrita y radial. Y el fútbol ha ganado, con ello, en cuanto a transmitir un mayor sentido de sí mismo, una sensación mayor de «olor a gramilla», que es siempre grata a estas emociones.

¿Pero se usan siempre correctamente estos modismos de cancha y vestuario, de intimidad y baño turco? Muchas veces no. Suele confundirse, por ejemplo «túnel» por puente, «pared» por «acompañar la pelota». Y no está bien que no se hable «bien»... Entonces, he aquí una modesta contribución a hacer más claro tal «vocabulario interno» del fútbol, a definir el significado, ausente en los diccionarios, que tales modismos y barbarismos poseen.

A MORDER: Se dice que jugó a morder, o fue al muerde, del jugador o del equipo que jugó con la consigna de estar siempre encima del adversario, de no dejarlo armar, de obstruirlo constantemente.

EL QUINTERO: Es el jugador que calculadamente, por razones técnicas o egoísmo personal, concreta su labor en un reducido espacio de terreno, lo que se llama «la quintita». Por cierto que el origen de la palabra no tiene ninguna relación con la manera de jugar en la división así llamada de las inferiores del fútbol.

LA BOCHA: Tomando probablemente la idea del polo, se ha dado en llamar así a la pelota. «Baje la bocha», «Ponga la bocha», «Deme la bocha».

EL TÚNEL: Hacer pasar la pelota entre las dos piernas del adversario. Erróneamente se ha dado en llamar a esto «el puente», que es otra cosa.

TIENE RESORTES EN EL PECHO: Se dice del jugador habilidosos en hacer «el muelle», en «matar» la pelota contra el pecho y amortiguar su fuerza.

PUERTA: Puede ser sinónimo de puente.

MATADERO: «¿Y tengo que ser siempre yo el vaya al matadero?», protesta el forward de avanzada que advierte que algún compañero es remiso a entrar en el fuego del área penal. Eso es el matadero, el choque con las muchas astillas que suelen saltar

en los «embudos».

JUEGUE LA SUYA: Esto se le grita al compañero (lo puede gritar una «autoridad» como Rossi, por ejemplo), al que se advierte empeñado en hacer algo que no es su especialidad, y se le quiere significar que se concrete a lo que sabe, no a lo que aún tiene que aprender. También puede ser dicho en son de aliento para incitar a alguien a que tranquilamente realice lo que su inspiración le dicte.

FUERON AL CHOQUE: Esto quiere decir que tal equipo o determinados jugadores antepusieron el propósito de correr sin dejar jugar, al de jugar ellos mismos. Trataron de obstruir antes de no ser obstruidos. Trataron de impedir todo fútbol depurado.

SACAR EL HOMBRE: No se trata de darle un pechazo a nadie. Es de jugador que sabe estar en una cancha... saber desplazarse cuando una pelota por elevación va a caer en forma que igualmente la puede recibir él como un adversario que está a su espalda o a su flanco. Es un recurso lícito para anularle al adversario las posibilidades de disputarla, el correr dos o tres pasitos hacia donde está aquel y con ello despojarlo del terreno disponible que tenía para ir al encuentro de la pelota.

MUELLE: Una pelota de alto, máxime cuando viene con fuerza, es difícil de dominar y bajar sin dar tiempo al adversario que llegue a tiempo para tocarla y birlarla. El recurso de posesión más seguro es en ese caso el pecho, contra el cual la pelota invariablemente «se mata» y cae mansamente a los pies. Pues a eso, ponerle el pecho haciéndole un «nido» con los brazos abiertos hacia adelante, se le llama «muelle».

RIFAR: Rifa una pelota quien la «bartolea» o la manda al azar de un taponazo fuerte y sin dirección. Por eso no es muy elogioso para nadie que se le diga que es un rifador. Eso estará indicando que domina poco el manejo del balón.

AL PIE: Pasa la pelota «al pie» el que en lugar de entregarla un poco adelantada respecto a su destinatario la ubica sobre este mismo y lo obliga a tener que acomodarse antes de jugarla, porque según la sensación general de quien ha jugado alguna vez fútbol «queda muy encima de la pelota», o como también se dice «atornillado al piso». Entonces, el pase «al pie», exige destornillarse primero y recién después dominarla, lo que naturalmente favorece la intervención del adversario.

DAR VENTAJA: No tiene relación alguna con la ley de ventaja del reglamento de juego. «Da ventaja», en el decir del ambiente, el jugador que se aleja demasiado de su radio de juego con el peligro de no regresar a tiempo. «Ventajero», en cambio, como en el decir general, es el que procura sacar partido del esfuerzo ajeno y retacea el propio.

ESCONDERSE: Se dice que se esconde, generalmente, de aquel forward que, presa de desconfianza de sus propios recursos, procura quedar marcado siempre por algún adversario; que se interna a la espera del pase, pero queda inmóvil y sin buscar desmarcación mientras otros giran con la pelota esperando que lo haga.

PISADOR: Néstor Rossi es un pisador. Carlos Sosa, el exhalf de Atlanta y Boca,

fue un gran pisador. Se dice pisador al jugador que hace retención de pelota, manteniéndola bajo la suela de su zapato y observando el campo antes de jugarla. Por cierto que saber pisar la pelota es una virtud de difícil dominio, no una acción de simple opresión de ella bajo el botín.

«CHECHEO» (Y «USTEDEO»): Es difícil que entre los integrantes de un equipo no exista la amistad o la confianza suficiente para que entre ellos se tuteen, se «checheen». La excepción sólo se da en el caso de algún venerable veterano cuyo respeto impone el permanente «usted». Pero es curioso: los que se «chechean» en la intimidad suelen tratarse de «usted» dentro de la cancha. ¿Razones? Difíciles de explicar. Pero una de ellas puede ser ésta: una orden o un pedido acompañado del «usted» en lugar del «che» tiene mayor solemnidad y acaso mayores posibilidades de cumplirse seriamente. Néstor Rossi, dentro de la cancha, «ustedeaba» a todos sus compañeros: «Deme, vaya, siga, mire, venga, es suya, siga al hombre, no me haga macanas...».

JUGAR SIN LA PELOTA: Lo más difícil que tiene el fútbol. Juega sin la pelota el jugador que corre a hacer un «abanico», el que se coloca para una «pared», el que corre a tender un «puente», el arquero (Gualco, Carrizo) que desde la valla ordena su defensa, indica marcaciones, advierte ulterioridades de cada jugada del adversario, el puntero que «ventila» al forward que se desmarca. Juega sin la pelota, en fin, aquel jugador que mientras no pone en movimiento sus pies sobre la pelota, hace trabajar vertiginosamente a su cerebro.

INICIADOR: Es el interior o forward destinado a cumplir la función de medio, cuando su equipo está en la defensiva, y pasa a ser organizador desde el centro de cancha en colaboración con los medios «naturales» cuando su equipo pasa al ataque. Es el encargado, en suma, de correr por la llamada «zona muerta» que establece el repliegue de uno de los teóricos halfes a la función de back. Si éste es el 4, como resulta habitual en nosotros, el iniciador será el 8.

CORREDOR: Suele decirse de un jugador que es un «corredor». Va dicho en el sentido de que no sabe maniobrar con la pelota; sólo tiene facultades pedestres.

AIRE: Sinónimo de pierna. Tiene aire el que tiene resistencia física, pulmones.

PONER LA PELOTA: Quiere significar entrega delicada del balón, o remate preciso más que violento, cuando va al arco. Al decirse de alguien que «pone» la pelota se está significando precisamente lo que se le reprocha que no hacen los «rifadores».

DEFENDER LA PELOTA: Se dice que «la defiende» o «no la sabe defender», según se sepa o no se sepa acompañar el andar del balón con los giros del cuerpo y aperturas de brazos, o giros de cintura, para que el adversario que viene de atrás o de costado, y aun de frente, no pueda llegar con su pierna hasta la pelota. Es la aplicación de lo que José Manuel Moreno llama «trampitas», legales por cierto.

SABE: Se usa con frecuencia «sabe mucho», «no sabe nada». Va aplicado en relación con la ciencia futbolística que posee el hombre cuestionado, con la idea

depurada o sin pulir que tenga del fútbol y su razón. Nunca tiene que ver la expresión con lo que se demuestre saber o no saber hablando de fútbol o recordando sucesos. Para el jugador de fútbol se demuestra «saber» o «no saber nada» en la cancha misma, con los pies accionados por la cabeza. Las palabras no cuentan para él.

JUGADOR RACHERO: Le dicen a aquel que, no obstante su previa calificación de que «no sabe», resulta de pronto un valor positivamente eficaz en la cancha. «Estará jugando bien, pero por ahora, hasta que se le termine: ¿no ve que es un rachero?»

ESCRACHAR: Prolongar el tiro hasta posibilitarlo a quemarropa del arquero y lanzarlo en son de fusilamiento.

AMANSAR LA PELOTA: Dominarla antes de jugarla. Bajarla, aquietar su pique.

HACER LA PARED: La pared, propiamente dicha, del fútbol tiene su sentido en el fútbol que empezamos a jugar, como niños, generalmente en patios o veredas donde la presencia de alguna pared permite librarnos del rival, dejarlo pagando, mediante un desvío de la pelota hacia el muro y la continuidad de la carrera en línea recta para recibirla de rebote libre de obstáculos. De allí nace la idea de «la pared», que en la cancha se realiza suplantando a la pared real por un jugador que se limita a poner el pie tenso para que rebote y vuelva a poder del compañero que siguió su marcha y dejó en blanco al adversario que salió de frente y no tiene ya tiempo de girar. Paredes muy felices eran las del terceto sanlorencista Farro-Pontoni-Martino.

QUEDAR PAGANDO: La expresión es billarística. Se refiere a una posición de las tres bolas francamente favorable al adversario luego de haber mandado la propia. Y en el fútbol es lo mismo: queda pagando el arquero que sale y no consigue la bocha, por ejemplo.

«**LA MORDÍ**»: Se dice de la pelota pateada al tiempo que el pie daba parcialmente contra el suelo. «La mordí y me salió blanda», dicen algunos, para significar que no le pudieron pegar de lleno, con plena fuerza.

«**SE ME LEVANTÓ**»: Se dice de la pelota shoteada con intención de media altura, pero que al golpearla con demasiado empuje del botín toma elevación. Es propio que «levanten» los tiros aquellos forwards que al shotear echan el cuerpo hacia atrás o mantiene la vertical. La pelota tiende a elevarse menos si se la golpea echando el cuerpo hacia adelante, «hinchando el lomo», como hace Labruna, porque en tal caso el recorrido de la pierna hallará la pelota mucho antes que si la pelota está delante de la vertical imaginaria del jugador. Lo ideal es que al golpearla esté perpendicular a su cuerpo y pierna opuesta, para que el shot parta de atrás.

LA DESINFLA: El que abusa del *dribbling*, el que gambetea sin necesidad, «el morfón».

LA REVIENTA: Va dicho por el que «la rifa» (hay muchos).

TIENE OJOS EN LA NUCA: Ese elogio lo gana generalmente el jugador que sabe «ir a la pelota y espiar».

LLEVARLA «DE AFUERA» Y «DE ADENTRO»: El forward tiene que procurar que el adversario que lo corre quede siempre lo más lejos posible del alcance de la pelota. Entonces, si lo persiguen sobre su izquierda llevará la pelota con el empeine del pie derecho, es decir «de revés», «por afuera»; si no es ambidiestro y lo marcan sobre su derecha, la seguirá llevando con la derecha, pero «de adentro», o sea tocándola un poco con el talón. De más está decir que quien domina las dos piernas tendrá menos problemas para escaparle a la vigilancia y hallar el claro para pasarla.

EL CHANFLE: Se le llama chanfleada a toda pelota con efecto, o más puramente dicho con trayectoria de rotación sobre sí misma. Efecto, chanfle, comba, son en rigor una misma cosa.

¡VIENE CON EFECTO!: Es el grito que puede dar, por ejemplo, Néstor Rossi, que, como las sabe todas, sabe darse cuenta si un compañero va hacia la pelota sin haber reparado que «viene mala», como también se dice.

ABANICO: El desplazamiento del marcador de punta «en abanico» o «en cruce» hacia el centro de su valla para salirle a una pelota que viene desde el extremo opuesto. Yácono y Lombardo, Filgueiras y García Pérez son jugadores con mucho sentido de esa situación que a menudo se lucieron sacando a punto de gol «pelotas providenciales», en el decir de las crónicas, pero que no eran tales porque en ellos es muy natural el verlas venir y anticiparse. Al abanico también se lo llama cruce y de sus buenos realizadores se dice que «cruza bien».

LA DIAGONAL: Se le llama al teórico «corredor» que va, tanto de izquierda como de derecha, desde un punto abierto del campo hacia el centro del arco. Adalberto Rodríguez, Sanfilippo, son jugadores que juegan mucho en la diagonal y a veces sin lograr salir de ella, por su unilateralidad en el uso de las dos piernas.

«VENGA CONMIGO»: Es la solicitud del pase, pero también la indicación de que tras la pelota vaya el compañero en función de apoyo, de obstrucción —lícita— del terreno que el adversario habrá de invadir para procurar el quite. En suma, lo que también se llama «una pared», que en este caso no será para que rebote la pelota sino para obligar al adversario a recorrer mayor terreno para llegar a ella. «Ir con alguien» es, más exactamente que hacer pared, hacer cortina, acompañar, bloquear.

DA EL FRENTAZO: Va dicho por el defensor —generalmente back centro— que sale al encuentro de su rival sin reparar en no darle totalmente el frente con apoyo sobre los dos pies al mismo tiempo, porque de ser burlado en tal caso se le hace difícil girar para perseguirlo y queda «pagando», «atornillado» al piso. Pizarro en San Lorenzo, Dellacha en Racing suelen cometer ese error del «frentazo», muy propicio ante una pared que no deja tiempo siquiera de mirar a los costados. Por eso el que sale de frente debe hacerlo semiperfilado hacia el lado donde ha visto (en rápida mirada de reojo) que hay un adversario marcado o desmarcado. Le será más fácil darse vuelta hacia allí y acaso interceptar.

CAMBIAR LA PIERNA: Por cierto que esto no está al alcance de los que no

saben jugar igualmente bien con las dos piernas. Pero cambiar la pierna es, por ejemplo, si la pelota viene sobre nuestra pierna izquierda y tenemos al más próximo adversario de ese lado, simular que la vamos a tomar con ella pero dejarla pasar y recibirla con la opuesta. El rival tiene en ese caso que «dar toda la vuelta» para despojarnos sin necesidad de foul... porque se sobreentiende que si lo quiere hacer del lugar donde está nuestro cuerpo también va a jugar...

DARLA DOMADA: Da la pelota domada el buen pasador que no la tira, sino «la pone», la coloca mansita, con un poco de «rodaje» al llegar a destino para que su receptor no tenga más que jugarla. En suma: el pase perfecto.

AL LUGAR: Ese es el pase ideal. El pase que Ángel Labruna explota desde hace 15 años. O sea adelantado un par de metros, de forma que el receptor tome la pelota sin interrumpir su carrera, o su pique, y así la juegue «de primera», es decir sin tener que acomodarse para hacerlo.

ME HIZO LA COMBA: Dice el arquero que salió al encuentro de la pelota y fue esquivado por ella al disponerse a tomarla, porque el efecto que traía el shot le hizo describir esa figura geométrica. Peloso, de Huracán, es un maestro en pegarle de forma que la pelota salve la barrera haciendo «la comba».

PONER PIERNA: Se dice no del que juega fuerte y brusco sino del que no rehuye la colocación de su pierna en porfías de la pelota que echan fuego. Y que además de ponerla la mantiene firme contra la pelota.

MATAR LA PELOTA: Mata la pelota quien le hace un «muelle» bien hecho o quien la baja suavemente e inmoviliza contra un pies aquella pelota envenenada llegada de alto o a media altura.

ENVENENADA: La pelota con dirección desgobernada, la pelota violenta y con efecto de rotación en el aire.

CABALLITO: En un salto, optar por permanecer inmóvil y esperar a que el adversario que saltó regrese de su brinco para inclinar el cuerpo y hacerlo descender en el vacío.

EMBUDO: El amontonamiento de atacantes y defensores en una reducida órbita de terreno, preferentemente el área penal. «Meterse en el embudo» se dice del cuadro que se embotella, como de la delantera que se confunde en ese enredo defensivo.

VENTILADOR: El adjetivo llegó al fútbol con Félix Loustau. No fue creación de «Chaplin» la palabra y su significado futbolístico, pero sí la función que ella trasunta, si bien es cierto que antes que él, había realizado un trabajo muy parecido Carlos Peucelle. Tanto auxilio y tanto aire daba Chaplin a su insider izquierdo, a su centro delantero, a todo River... que allí en el Monumental empezó a hablarse de ventilador por Félix Loustau. Luego surgieron varios sucesores inspirados en la importancia enorme de ese trabajo que al comienzo se entendió como de «loquito» más que de sensato. Y no faltan quienes hoy consideran loco a Corbatta cuando hace de «ventilador».

PUENTE: Mucha gente cree que puente es hacer pasar la pelota por entre las

piernas del adversario. Eso es un túnel. Existe también confusión de lo que es un puente con una pared. Puente se dice del llamado «apoyo sin pelota»: hacia una pelota que intentará tomar, por ejemplo, el eje delantero, corren también a los costados, los dos interiores, no para porfiarle el balón al compañero ni chocar con él sino para cubrirle con el cuerpo la entrada coincidente que harán sobre ese embudo los defensores adversarios. También aquí se «saca al hombre» y se posibilita que el destinatario del pase juegue ulteriormente sin impedimentos.

EL CALLEJÓN: El espacio libre entre dos o más adversarios hacia el cual se manda la pelota para que la tome a la carrera un compañero que pica de atrás en profundidad.

JUEGA SUELTO: La expresión quiere significar soltura en un sentido no muscular sino de despreocupación de toda idea de destrucción de planes adversarios y de concreción preferente a los propios. También puede ser dicho que a determinado jugador se le indicó que juegue como su inspiración se lo dicte.

¡BAJE!: No sólo le dice a un compañero al que se considera demasiado adelantado o cuyo auxilio defensivo aquel está retaceando. Se usa más para recomendar que una pelota de aire no se juegue sin primero asegurarla contra el suelo y sobre el suelo, de bajo, seguir jugándola.

En el fútbol conversado, en el lenguaje en alta voz, tan necesario en una cancha y tan útil para jugar bien al fútbol cuando se sabe jugar, hay muchísimas «claves» al entendimiento que no tienen un nombre definido o que se convienen incluso en forma «cifrada».

Así, por ejemplo, está el forward que pide insistentemente una pelota para que el compañero sepa que... no debe dársela. El «sí, sí» es no, y el «no, no» puede ser sí. Hay también diversas formas de avisarle al que corre un adversario lo que éste va a hacer o puede hacer en opinión del que observa con más tranquilidad desde lejos. Está el «mía» a un adversario con el propósito de simular el pedido de un compañero, lo que advertido por el juez debe ser sancionado «como foul técnico». Está el muy oído «guarda el parate» que implica advertencia de que el adversario que lleva la pelota a toda carrera va a frenarse de golpe y le hará pasar un chasco a su perseguidor. Pero creemos que lo principal de cuanto se habla «correctamente» en una cancha está dicho a través de las definiciones en particular que dejamos traducidas.

20. FOLICULARIO ACEPTA DESAFÍO DE JUGLARESCO (PANZERI DT DE LA SELECCIÓN ARGENTINA)

Satiricón, junio de 1973

Juan Carlos Lorenzo me ha hecho un desafío público. Para ello terció José María Muñoz recordando que lo importante es que Lorenzo ha logrado una buena posición económica con el fútbol, y que poco importa cómo hablen de nosotros, sino que hablen. Lorenzo (renegado como argentino el 16/3/69, en que juró como Giovanni Carlo Lorenzo su fidelidad a Italia) me desafía a que acepte (yo) la dirección (¿?) técnica (¿?) de la selección nacional de AFA para ver el papelón que hace (hago). Anticipó: «Si fracasa, lo tiramos al río».

¡Pero claro que acepto! Aunque él no se haya tirado a ninguna parte cuando sus equipos no ganaron como ahora San Lorenzo. ¿Cómo no la voy a aceptar si Lorenzo la desempeñó en dos campeonatos mundiales que jugó Argentina, con el gran papelón de Chile 62 e Inglaterra 66? El mío nunca puede ser mayor al suyo. Apenas podrá ser un papelito, respecto de los papelones que Lorenzo tiene hechos con los papelitos.

¿Cómo no voy a aceptar el cargo, si lo desempeña Juan Carlos Lorenzo, que para eso mandó a hacer **pozos** por los costados de la cancha donde iba a correr el español Gento, para que este se cayera, o la pelota le malpicara; o entrenó a los jugadores del Lazio italiano haciéndoles correr **gallinas**; o hizo jugar a la selección argentina del 62 (en Rancagua, contra Hungría, testigos los jugadores) y a San Lorenzo del 73 (en Colombia, testigo *Clarín*, 9/4/73) mediante papelitos con instrucciones escritas, que los jugadores tenían que consultar para cumplir órdenes? ¿Cómo no voy a aceptarlo, si ha sido director técnico de una selección campeona del mundo el brasileño Feola, que era administrador de un club paulista y se dormía en pleno partido por sus tardías digestiones de obeso y lenta irrigación sanguínea?

¿Cómo no voy a aceptar el desafío, si todos los equipos brasileños campeones del mundo se formaron con la decisión de los jugadores en el andar de esos campeonatos, para arreglar lo mal hecho por los seleccionadores que no habían dejado «nada librado al azar» mientras «trabajaron para el futuro» (Pelé y Garrincha recién debutaron en el tercer partido del 58 en Suecia; hasta allí probaron y eligieron)?

¿Cómo no voy a aceptarlo, si han sido directores técnicos el masajista Giuliano en 1946 por Europa con San Lorenzo; el masajista Sobral con Boca del 40; el showmen Garassini con Boca del 43-44; el rugbier Cuesta Silva con Independiente del 38-39; el masajista Hirschl con un montón de equipos; D'Amico; Amándola; Banky; Faraone; Bela Guttmán; Helenio Herrera; Joao Saldanha; Pepe Peña; Miguel Ignomiriello, respecto de quienes mi sabiduría en fútbol no es mayor, pero tampoco es menor,

puesto que en el fútbol **el único que sabe algo** —no todo— es el jugador mientras está en la cancha?

¿Cómo no lo voy a aceptar, si en este país se han dirigido técnicamente selecciones nacionales enseñando idioma inglés, acordeón, fútbol con pelota de *rugby* y escalamiento de montículos, todo con gran aprobación de Lorenzo, que lo llamó «**gran trabajo**»?

¿Cómo no voy a aceptar, si el mejor y más honesto director técnico que haya tenido la selección argentina es Guillermo Stábile, durante 20 años (1939-58) seguidos, merced a la inteligencia de elegir lo mejor, y no hablar para otra cosa que recomendar «**jueguen como ustedes saben**» o «**hagan lo que tienen que hacer**»?

¿Cómo no voy a aceptar, mientras en el fútbol haya quienes eligen y corrigen adolescentes a la manera de José Scalisse, Tartaglia, Duchini, Gandulla, Peucelle, Felix Roldán, cosa que jamás hizo Giovanni Carlo Lorenzo, renegado argentino a cambio de liras italianas?

¿Cómo no voy a aceptar, si en la AFA, concede diplomas de doctorado en fútbol quien jamás pateó una pelota, como José D'Amico?

¿Cómo no voy a aceptar, si entre los DT hay quienes devuelven con las manos la pelota que se aleja de los jugadores, para no exponerse al ridículo de patearla, puesto que nunca le pegaron con el pie?

¿Cómo no lo aceptaré siendo que nada tengo que dirigir ni nada que tecnificar, puesto que ningún director técnico es ni director, ni es técnico; es solamente seleccionador; y como seleccionador yo también tengo mi opinioncita, mi gustito, y mi corazoncito, tan valederos como los de Lorenzo, para elegir jugadores que se prueban y se entrenan semanalmente en sus clubes? ¿O hay un DT de adultos que los haga?

Pero pongo condiciones: desempeño el cargo gratuitamente, cambio el equipo una vez por mes; designo un director técnico entre los mismos jugadores, puesto que no he visto que sin intervenir se pueda dirigir un juego de oposición e imprevistos. Y yo ya no estoy para jugar. Pero sí me animo a elegir. ¿Acaso no elige Lorenzo, que no es ni sabe más que yo, puesto que ya no juega?

21. CAMELOS Y RUIDOS (UNA RECOPILOACIÓN)

El Día, 22/03/66

Como el llamado modernismo no repara, antes de ser moderno, en no ser tonto, he aquí el resultado de una acumulación tipo gota de canilla mal cerrada, que he ido haciendo en el curso de estos últimos meses en un rinconcito de un cajón de aquellos en que metemos las cosas sin importancia. No son ellas «mi punto de vista», pero tampoco es el caso de subestimar, como vistos que son, a todos los puntos que pueden construir la línea bastante torcida de la idiotez llevada al deporte y mostrar el punto de vista de una fracción importante de nuestra generación.

1/9/64: El fútbol brasileño se prepara para el Mundial de 1966 y solicita a Inglaterra planos de las canchas indicando la posición de puesta del Sol y dirección de los vientos más comunes.

26/2/65: Jorge Almasque, uno de los directores técnicos de Sporting de Lisboa, se declara en huelga... ¡de hambre! Objetivo: conmover el sentimiento colectivo para que se reúna el dinero necesario para que Sporting juegue mejor, según Almasque.

22/10/63: River Plate decide que su decaída campaña es efecto de los comentarios y preocupaciones del ambiente en que viven sus jugadores... y los concentra en Montevideo para aislarlos del ambiente argentino. Los partidos se siguen jugando en Buenos Aires.

24/11/63: Boca Juniors anuncia la instalación de una Escuela Integral de la Vida... para futuros y posibles jugadores de fútbol.

2/9/65: El boxeador Bonavena anuncia que llegará a un combate del Luna Park viajando en berlina blanca tirada por dos caballos, vestido de levita, pantalón fantasía, galera y bastón.

14/3/66: Los jugadores de Ferro son espiritualmente alentados antes de los partidos con emisiones de acordeón del preparador físico Cutrera.

14/3/66: Un diario informa que en la vida del jugador de fútbol moderno se establece un solo día para sus actividades sexuales: el martes.

10/2/66: En vísperas del partido Boca-River, otro diario recaba y publica las «predicciones astrológicas» que, acerca del posible resultado del match, encuentran Horangel y el Príncipe Tengrih de Omaham a través de Piscis, Virgo, Capricornio y Acuario.

2/2/66: Se difunde en Europa el descubrimiento del jugador de fútbol ideal: debe medir 1,70 de estatura, que es el promedio de famosos jugadores como Matthews, Pelé, Garrincha, Puskas, etc. Resultado: Pelé es imperfecto por un centímetro: mide 1,71. Loustau y Mas son muy imperfectos.

26/2/66: La lucha política de San Lorenzo de Almagro se arregla... con una misa que oficia el «asesor espiritual» del club.

8/9/65: El árbitro brasileño Marques reza antes de cada partido a una imagen de la Virgen de los Milagros que lleva consigo por todas partes, y para iniciar cada partido dispone que sus dos ayudantes y él lo hagan dando el primer paso con el pie derecho.

13/6/62: Cerebros electrónicos son consultados sobre los resultados que arrojarán los partidos del Campeonato Mundial de Chile.

8/12/65: Morosov, entrenador de la selección rusa del fútbol, dice que la cibernética gobernará en el futuro al fútbol como ya lo hace en otras actividades que responden a una estricta matemática. Moraleja: el fútbol se podrá jugar con los cerebros electrónicos con los que hoy parece risueño intentar frenar a Pelé.

16/12/65: Jugadores de San Lorenzo implantan «la moda» de hacer atender sus cabelleras en peluquerías de señoras. Doval, Páez y Veira se hacen tratar el cabello con lavado, corte a navaja, secador, fricciones con loción, peinado, asentamiento con *spray* y fijación con redecilla. Se «usa». Es moderno.

8/11/65: Magdalena, zaguero de Boca, se ha dejado la barba del mentón como amuleto para volver a jugar en primera. Roldán, de Chacarita, hace otro tanto para lograr que le paguen lo que le deben en su club. Ambos son «notas de actualidad» en la prensa seria.

29/12/65: Rusia manda entrenadores de fútbol a diversos países de Europa y América, para estudiar en ellos los «nuevos» sistemas de juego.

23/5/65: Los jugadores de Independiente anuncian que jugarán las finales de la Copa Intercontinental bajo la advocación del «Santito de la Toldería», Ceferino Namuncurá.

25/5/64: En Brasil se solicita la prohibición de camisetas rojas en el fútbol, para no dar lugar a fermentaciones de ideologías comunistas estimuladas con frases como «avanzan los rojos», «triunfan los rojos», que se hacen rituales en la crónica deportiva.

13/6/64: En Madrid y Río de Janeiro, Argentina es señalada como un ejemplo de organización para el Mundial del 66: «ya tienen designado el equipo y llegarán a Londres con dos años de preparación», dicen. En Buenos Aires se elogia la preparación brasileña, que los brasileños dicen no existe, la llaman desorden.

13/1/65: En China, para mejorar el rendimiento deportivo de sus atletas, en torneos internacionales, se sugiere que sea obligatorio alternar el entrenamiento con la lectura de las obras de Mao Tsé Tung, que establecen que «los revolucionarios deben, desde el punto de vista estratégico, despreciar al enemigo, pero deben tenerlo seriamente en cuenta desde el punto de vista táctico». Autor de la proposición: la revista deportiva «Deporte Nuevo».

10/6/65: Como parte de entrenamiento de la selección argentina se dictan en La Candela clases de pérdida de temor a la aviación.

23/6/64: Declara Havelange, dirigente de Brasil, que la Copa de las Naciones ganada por Argentina «sirvió para que los jugadores brasileños comenzaran a habituarse al bullicio de los grandes estadios», según el plan de preparación para el

Mundial del 66.

14/5/64: Osvaldo Mura, de Independiente, expone como causa de su agresividad en el campo de juego, el estar muy nervioso por la espera del nacimiento de su primer hijo. Dice: «Una vez que sea papá, cambiaré».

19/2/65: En Costa Rica, los integrantes de la selección nacional de fútbol son amenazados de quedar incurso en «traición a la patria». Se negaron a aceptar las condiciones de pago propuestas por la asociación costarricense. No son fusilados.

2/6/65: Los técnicos brasileños se declaran estupefactos, y deseosos de imitarlo, de un sistema de entrenamiento «nuevo» de los futbolistas belgas: fútbol de sombra, como en el boxeo se hacen *rounds* de sombra (sin rivales). Han visto a los belgas jugar media hora sin pelota imaginando un esférico que picaba irregularmente y agilizaba sus reflejos musculares y mentales. Dicen que los aplicarán para el Mundial del 66.

5/11/63: Un técnico del fútbol brasileño radicado en Bahía asegura poder curar la rodilla enferma de Garrincha con el vudú, brujería de la población negra. «O Globo» de Río de Janeiro, diario serio (¿?), informa entusiastamente de la novedad.

Creo que nunca existió, en la medida que lo expone este desordenado compendio de camelos y ruidos, una dosis tan elevada de descaro como el que hoy existe para rellenar la atracción del espectáculo deportivo mediante la estupidez que los empresarios de ese *modus vivendi* «de avanzada» se han dado a la tarea de rebautizar como modernismo. De lo que no podemos relevarnos como activos culpables. Porque esto es obra NUESTRA, del periodismo. No de los payasos de este circo, ni de los cuenteros de este garito oficializado y legalizado como espectáculo del deporte.

22. UN HOMBRE TAN HOMBRE COMO ERAN AQUÉLLOS... (MENOTTI) (FRAGMENTO)

El Día, 10/07/73

(...) Precisamente por el gran auge que ha tomado aquel estilo de juego frente a la vida, y especialmente frente al que llaman «**el trabajo**» de la industria deportiva, me he quedado entre asombrado y feliz con unas declaraciones que me dieron a leer de aquel pachorrudo Flaco Menotti que le pegaba a la pelota con los pies como pocos pueden hacerlo con las dos manos juntas, y que ahora es más conocido como «el señor César Luis Menotti, director técnico de Huracán», según es costumbre que el señorío se otorga en el fútbol después de abandonar la actividad, nunca mientras se la ejerce.

Yo conozco a no poca gente honrada y valiente que anda por el fútbol (aunque mi rutinaria crítica no indique lo mismo). Pero entre todos ellos nunca había conocido a nadie que, con la contundencia del Flaco o señor Menotti, practicara la valentía y honradez que muestra Menotti al hacer «**otra cosa donde come**», con el indudable riesgo de perder las vituallas del negocio en que cumple sus tareas, por no respetarlo a Don Corleone. Que yo recuerde, a nadie vi, «**estando en el negocio**», hablar con la peligrosa sí que ejemplar realidad que la utilizada por Menotti al decir, entre otras cosas:

«¿Que si me perjudican al sacarle a Huracán tantos jugadores para el seleccionado? ¡No!... ¡Todo lo contrario! Me viene fenómeno. Así me salvo. Ya tengo la excusa para andar mal y no ser yo el culpable...»

«¿Que el seleccionado es prioridad uno? Mirá, me duele que haya gente que crea eso. En el país hay tantas cosas que son prioridad, que esto de darle tanta importancia al fútbol parece un chiste...»

«¿Los esquemas de Estudiantes y de San Lorenzo? Por empezar, yo sostengo que Estudiantes no triunfó por el fútbol que practicó, sino por un montón de otras cosas. Pero futbolísticamente, Estudiantes no dejó nada. Entonces volvemos a lo de siempre: al fútbol hay que jugar bien. Y qué es jugar bien, te lo dice la gente, los hinchas, no es necesario ningún técnico. Siempre la gente se acuerda de los que jugaban bien. De los atletas no se hacen talentosos. De la misma manera que San Lorenzo jugaba Banfield. ¿Y no se fue al descenso? ¿Entonces quiénes son los que marcan las diferencias? ¿Los técnicos con sus tácticas? Eso es una mentira. El que desnivela es el jugador. Lo principal del fútbol es tener habilidad, que no se adquiere. Lo otro se consigue. Lo esencial es dominar la pelota con la que jugás. Lo que hace falta ahora es muchos técnicos que le saquen al jugador de la cabeza todas esas macanas que le metieron durante años. El fútbol es así, por más que anden por allí algunos estúpidos tratando

de encontrarle explicaciones psicológicas. Los pibes quieren jugar como los que juegan bien. La gente se acuerda de los buenos cuadros y no de los que fueron campeones».

Y no sigo reproduciendo a Menotti por tres cosas: porque alguien me va a acusar de haber inventado sus declaraciones en beneficio mío; o de hacerme pagar mis honorarios con las opiniones de Menotti; o de tener contactos con tripulantes de ovni y no haberlo confesado a la SIDE.

Pero le juro, lector, que cuando leí todo eso (más lo mucho más que omito) me acordé que ni los sabios letristas de tangos están a salvo del macaneo. Porque la existencia, y la manera de demostrar que existe, de Menotti, es para negar que solamente **«eran otros hombres, más hombres, aquellos»**. Por suerte, para quienes podemos estimular nuestra ilusión reencontrando a la franqueza y la autenticidad, parece ser que entre estos que nos quedan aún sobrevive alguno tan hombre como aquellos. Que para su legítimo honor se puede llamar Menotti, excepcionalísimo traidor de la ley Corleone que impide **«hacer otra cosa donde se come»**. Menotti la hace. Practica medicina. Y no es doctor. Pero sabe que donde se come no hay comida digna si en ella andan moscas muertas o vivas. Por eso las espanta. Al menos lo intenta. ¡Es mucho decir en esta época! Más que a un valiente, se acerca a un héroe. En tanto, la AFA sostiene una escuela de diplomados en **«no hacer otra cosa donde comen»**.

23. EL CAMBIO DE MENOTTI (*UN POSIBLE REPORTAJE*)

Chaupinela, agosto de 1975

En la Argentina se ha dictado una ley para los reportajes periodísticos: dejarle decir al reportado todas las macanas y gansadas que desee, y no cuestionárselas. Esto tanto vale para jugadores de fútbol; paparulos del ambiente artístico que suponen ser lo vital de la Nación; políticos con cara de piedra y cuanto tipo sea noticia.

Así es como muchos periodistas tienen que jugar de sordos dactilógrafos con un grabador auestas. La ley es usar y dejarse usar.

La excepción a la vigencia de esa ley del oscurantismo, la pueden determinar algunos reporteros (¿me nombras cinco, si podés?) como la Gallotti o el Ulanovsky, para prestigio, honor, gloria, y todo lo que cuelga de **Chaupinela**. Pero por eso mismo ya son «malditos» para cuanto ganso y macaneador anda por el ambiente llamado **noticia**.

Chaupinela quería un reportaje sin esa ley de la pavada a César Luis Menotti. Pero hecho por mí, el antirreportador. Acepté. Algunos amigos se movieron para establecer la cita y posterior encuentro. No puedo acusar a Menotti de haberse negado. Pero entre no está, tiene que viajar, no tiene tiempo, esto, lo otro, ya no me gustó. Y resolví no jugar ese partido.

Por eso entrego esta substitución del reportaje a Menotti con una charla con Menotti, de unos dos años de extensión (la charla, no Menotti), sin hablar con Menotti, y dialogando con Menotti, a la manera que desde este momento **Chaupinela** patenta como propia en el **Registro Nacional de la Propiedad de Todos**.

A medida que más sabe, el hombre más calla. Menos habla. Porque a medida que más aprende, más alumno se siente.

El ingreso de César Menotti a ese mundo medio farandulesco y medio tecnocrático, que componemos los que formamos el demasiado grande contingente de vividores del fútbol, estuvo bastante tiempo regido por aquella filosofía. Menotti no hablaba. Huracán jugaba. Y además ganaba gustando, cosa que logran muy pocos ganadores. Y cuando Menotti hablaba, decía cosas como estas:

—**Hay demasiado culto al director técnico. La culpa es general. A veces los periodistas dicen que el técnico ganó el partido al atrasar al 5 y adelantar al 8. A lo sumo, lo habrán ganado el 5 y el 8. El jugador es culpable (del culto al técnico) porque cuando gana dice que el técnico es un fenómeno y cuando pierde empieza con... «y, el técnico»... todo así. (1/10/73).**

—Usted habla como jugaba. ¿Se acuerda cómo jugaba? Poco, demostrando tener una heladera en el pecho y una caldera en los pies. Con un dominio de pelota como

no se logra con las manos, gastándose físicamente poco, mostrándose muy sabio. A propósito ¿usted cree que el resultado se logra jugando al resultado, o jugando a jugar?

—**Lo que hay que lograr es que el fútbol sea un juego, no una guerra. Si yo armara un equipo para conseguir un resultado, estaría traicionándome y traicionando la índole del pueblo argentino...** (1973).

—... y la de todos los pueblos del mundo...

—**... que quiere ir a las canchas a ver buenos espectáculos. Esta convicción la seguiré manteniendo aunque los resultados no sean buenos** (1973).

—Lo felicito por su franqueza. Está diciendo que lo que dice la gran mayoría de sus colegas de la Asociación de Técnicos de Fútbol es pura mentira. Ellos dicen que el público va a la cancha para ver ganar, y no para ver jugar, y que ustedes están para sacar resultados, aunque a ese público no le agrada el modo con que saquen esos resultados.

—**No tolero declaraciones después de los partidos diciendo que se ganó o se perdió por mis instrucciones** (1973).

—O sea que el director técnico no hace jugar a nadie. Pone a los que juegan. ¿Es así?

—**Los sistemas son inexistentes. Hablar de 4-2-4, 4-3-3, o de lo que se le ocurra, es relativo. Hay 11 jugadores que juegan para defender, atacar, y hacer lo que pueden. Después, la cuestión es tener la pelota, mantenerla, utilizarla como se sabe. Al final, desequilibran los jugadores de talento** (1973). **Los planteos técnicos son un poco un cuento para poder hablar** (1974).

—¿Y a usted le parece que eso de la «prioridad número uno» que le llaman a la selección nacional, puede tener valor de cosa cierta y sensata, cuando selección es la de cada club en cada partido, y cuando los elementos fluctúan de rendimiento cada dos o tres meses?

—**Lo que me duele es que haya gente que crea que la selección es la prioridad número uno... Hay tantas cosas que son prioridad, que esto de darle tanta importancia al fútbol parece un chiste** (1973).

—Pero usted se la da, tanto como los que le dieron esa importancia, y si no, mire:

—**... es imprescindible necesario que la selección tenga confrontaciones frecuentes, pero esos partidos deben ser casi exclusivamente contra selecciones, y si son europeas, mejor** (1974).

—¡Ah, europeas!, ¿eh? ¿Para aprender de ellos?...

—**Estos tipos (equipos europeos) están locos. Mire cómo corren, tienen un gran funcionamiento defensivo, pero claro, cuando cazan la pelota no saben qué hacer. Marcan y marcan, pero es inútil. Si cuando la tienen, la pierden o la tiran fuerte para adelante. Y vuelta a correr. Así este negocio se muere y ustedes los periodistas, no digo todos pero sí muchos, la dejan pasar y hablan de fútbol europeo. Esto no va. Yo, espectador, ni loco vengo a ver jugar así. Y la gente no**

es tan tonta como se supone (1975).

—Todo eso que llaman laboratorio europeo, para usted es puro verso. Para mí también. Pero usted ya empieza a cambiar al jugador por la ficha, al talento por el laboratorio y el verso. Mire:

—De cada jugador hago una ficha que dice cuántas veces entra en contacto con la pelota; eso indica si es dinámico o estático. También indica el destino que le da a cada pelota, positivo o negativo. Si el pase fue largo, corto, a un adversario, o a un compañero. Si tira al arco, para saber si es positivo. Cuántos le atajan, cuántos desvía, cuántos concreta en gol. Y luego tengo otra referencia del valor de cada uno, pero eso es supersecreto y no lo puedo revelar. Con Pizzarotti también llevamos planilla de piques, cantidad de metros recorridos, tiempo empleado, para saber si traslada mucho o cede con rapidez la pelota (1975).

Menotti no aclaró, en esa explicación, qué secretos pueden quedar en el fútbol. Ni de qué manera clasifica en una ficha al defensor de última línea que bartolea una pelota a los pies de un compañero; al que la bartolea a la tribuna; y al que la bartolea a los pies de un adversario; y en todos los casos bartolea porque esa es la necesidad primera del defensor apurado. ¿Menotti hace la ficha con un intenciómetro que descubre qué quiso hacer ese defensor?

Aún no lo explicó. Lo único que explica tan grandes contrastes entre un Menotti 1973 y un Menotti 1975, es que ya está rodeado de la tecnocracia burocrática de los profesores de educación física que le imponen «fichas científicas». Ya él también es esclavo de esos que **hablan lindo**.

Y por serlo, es que, habiendo sido encargado de formar una selección nacional, haya aceptado y usado el encargo para formar cuatro: la mayor; la provinciana; la de la provincia de Santa Fé, y la juvenil. Es el mismo rebusque de los que, encargados de dirigir la selección, bifurcaron su cargo en tres, cuatro y cinco personas. Cap, Víctor Rodríguez y Varacka en 1974. Repartiendo el problema entre muchos, todos se salvan y nadie es culpable. Haciendo cuatro selecciones pasa lo mismo: con alguna nos salvamos. Si anda bien alguna, qué importa que anden mal las restantes.

—... hay tantas cosas que son prioridad, que esto de darle tanta importancia al fútbol parece un chiste (1973)... la gente no es tan tonta como se supone (1975)...

¿Remember, Menotti?

Para que pueda esclarecer tanta confusión, **Chaupinela** le promete una visita de Alicia Gallotti. ¡Es una mina muy piola con la que da gusto ser chanta! Bonavena da fe.

Por las dudas, memorice, Menotti, con qué fichas supersecretas se jugaba al fútbol cuando usted estuvo dentro de una cancha como jugador. ¿Su maestría para pegarle a la pelota podía ser registrada por la ficha de algún profesor de gimnasia?

«No hay peor enemigo del hombre que su propia palabra».

III

RECUERDOS DEL TIEMPO AQUEL

Los tiempos idos. Cuando todo era más artesanal, cuando había menos dinero en el medio, cuando el juego era juego y no trabajo. Eso añora Panzeri. Sus ídolos infantiles lucían más íntegros que los de su tiempo laboral. El fútbol de antes generaba sueños, provocaba ilusión. En su lentitud había belleza y nobleza. Necesariamente un fútbol en el que atacan cinco o seis jugadores, que arriesga más, que no tiene temores, no sólo es más divertido de observar sino que, también, está revestido de una mayor dignidad que uno en donde se espera que dos delanteros aislados (a veces ni siquiera) se arreglen con los ladrillazos que le llegan desde cuarenta metros de distancia.

Cuando habla de «fútbol de antes» se refiere al que se disfrutó hasta la década del cincuenta. El inicio del declive está dado por la huelga de futbolistas en el 48 y el posterior éxodo a Colombia de casi cincuenta grandes jugadores (entre ellos Pedernera, Di Stéfano, Báez, Cozzi). Justo antes del inicio de la hegemonía de Racing y su tricampeonato. Alguna vez confesó que de chico era hinchas de Racing (El Día, diciembre de 1967), gracias a su admiración al ídolo de su pueblo, el Chueco García. Una buena muestra de su rigor, de su carencia de sentimentalismos a la hora de emitir juicios, es que ningún campeonato de Racing le pareció digno de mayor elogio. Del Equipo de José y su campeonato del mundo se cansó de remarcar el ataque aluvional, a los ponchazos, el piedrazo al arquero del Celtic y la violencia típica de las Copas de los sesenta. El tricampeón 49-50-51 siempre fue acompañado por «de Cereijo», relativizando los logros y poniendo en la palestra la actuación del ministro peronista. A pesar de los grandes jugadores que tenían los campeones del 58 y del 61 (Sacchi, Corbatta, Sosa, Pizzuti, Belén, Rogelio Domínguez, etc). y de la gran diferencia de puntos que le sacaron al segundo (el de 1961 se consagró cuatro fechas antes del final), para Panzeri no jugaban bien, sólo lo hacían algo mejor que el resto. Sus entusiasmos infantiles no perturbaban su labor profesional.

Sin embargo, la antinomia fútbol de antes y fútbol moderno no lo convencía. Le parecía una falacia. Para él la única distinción posible era entre fútbol bien jugado y el que se juega mal. «¡Cuántas cosas desaparecidas tiene el fútbol! Su nostálgica remembranza —escribió Panzeri— no autoriza a decir que los correspondientes a todas esas desapariciones eran tiempos mejores. A lo sumo, se puede decir que éramos más jóvenes quienes tuvimos la dicha de vivirlas, como exponentes de tiempos que socialmente eran peores, si se trata de medir los niveles de vida a través del confort material. Lo que sí fue mejor es el fútbol, entre otras cosas mejores que deparaba una vida con mucho tiempo libre para el ocio».

Queda claro con esta afirmación que no todo tiempo pasado fue mejor, aunque el fútbol lo haya sido. Pero si el fútbol había alcanzado un nivel de excelencia eso no implicaba que todos esos jugadores fueran buenos o todos los partidos extraordinarios. Había también malos partidos. Pero la diferencia radicaba principalmente en que aquello que era norma antes sólo constituye una excepción en el fútbol moderno, atiborrado de trabajo e inoculado por la seriedad.

Algunos de estos artículos son simpáticas remembranzas de costumbres olvidadas o de grandes cracks —como Bernabé Ferreyra, el primer gran ídolo futbolístico del país— que cambiaron el fútbol argentino con su aparición. Otros funcionan como pequeños ensayos que brindan un nuevo enfoque a una época (como el referido a la década del 40). Pero su principal función no es ejercitar la nostalgia. Quizá lo que Panzeri pretendía lograr con ellos era que algunos conceptos, algunas personas, ciertos hechos no se perdieran en el olvido. Que siguieran estando allí, al alcance de la mano, para poder acudir a ellos, para que alguien volviera a intentar emularlos o traerlos del pasado. Porque, estaba convencido, la solución no radicaba en innovaciones o en métodos aún por descubrir. Decía: «No hay nada nuevo. Sólo hay cosas viejas que están olvidadas».

24. LOS 40: FÚTBOL DE ORO, GLORIA PERDIDA

La Opinión, suplemento Cultura, 12/05/74

Perón pateaba lingotes de oro que impedían su paso por los pasillos del Banco Central. Yo cenaba en el Tabaris, con *champagne* y *show*, **por cinco pesos**. Toda la zona portuario-aduanera, desde la Boca hasta Retiro, estaba abarrotada por kilómetros de cajones de mercadería y chatarra importada. La madera de aquellos cajones, en su casi totalidad podrida bajo la lluvia y el sol, es prohibitiva ahora para muebles finos. Por 20 guitas (un café) escuchábamos en **El Nacional** o en el **Marzotto** (separados por el ancho de la Avenida 9 de Julio) a las más grandes orquestas populares. Al mismo costo podíamos escuchar como curiosos a los más iluminados cerebros de la intelectualidad argentina que se reunían en los cafetines vecinos a **Crítica**, sobre la Avenida de Mayo. Lo mismo podíamos hacer en **El Ateneo** de Cangallo y Carlos Pellegrini, con lo más florido del cine y el teatro. Otro tanto con la elite futbolística en los mediodías de **La Cosechera** en Avenida de Mayo y Salta. Por las librerías de Corrientes (hoy sepultadas por pizzerías y lecherías) comprábamos por 5 pesos las Memorias Completas del Manco Paz, o alguna reliquia de la literatura universal en un lote de «tres por cincuenta» (centavos). El dólar (del que poco se hablaba) costaba 3.55 allá por el 45. Una noche de juerga de un clase media se cubría con 2 o 3 pesos. Con 5 ya se podía pensar en agregarle a la noche **una mina**. La entrada al fútbol valía un peso la popular en 1942 y recién en 1948 pasó a 3. Alguien que alcanzó mucho predicamento en el fútbol nacional, «hacía», allá por el 43 —y lo festejaba en la Confitería **Oriente** (Avenida de Mayo y Bernardo de Irigoyen)— su primer millón de pesos. Origen de la ganancia: su parte en el negocio de bonos falsificados como oficiales en el primer racionamiento de nafta que tuvimos los argentinos. Esa fortuna se multiplicó enseguida con otra industria de la crisis, la del contrabando de cubiertas para automóviles (los colectivos circulaban en llantas sobre rieles del tranvía) introducidas desde el Brasil vía Corrientes-Santa Fe.

Crítica del 19 de noviembre de 1914 ya registraba en la actual AFA un caso de inmoralidad a través de una coima de 500 pesos pagada a un conocido periodista deportivo de la época. Mucho antes, en 1902, el presidente de la Nación, general Julio A. Roca, había ordenado al capitán de la selección argentina (Jorge Brown) el primer acto de dolo futbolístico documentado por Soiza Reilly: que nuestra selección fuera a menos contra la brasileña, por razones de buena vecindad.

El fútbol de aquellos años 40, no ajeno al de los 10-20-30, no era precisamente más puro que el de los actuales 70. El fútbol fue siempre sucio. Mejor dicho: nunca fue totalmente limpio. Otra cosa es que se exija (antes) o que no se exija (ahora) que lo sea.

Pero que el mejor fútbol que se haya visto en el país se dio en aquellos años 40, es cosa que sí se puede afirmar. Y probar, de una manera muy simple: recorriendo las nóminas de jugadores graduados *cracks*, que aparecen en cada una de las décadas precedentes y posteriores, respecto de aquella. No los que fabrica el periodismo. Los que mencionan los jugadores. También en el hecho que siendo cualquiera no se llegaba a la selección. O en la cantidad de jugadores argentinos desparramados por el mundo, como prueba de que, aun no habiendo estado aquí jamás el mejor equipo del mundo (el que gana un Mundial), aquí estaba y sigue estando el mejor fútbol del mundo (asunto muy distinto) en punto al origen domiciliario de los jugadores. Ningún país colocó tantos como la Argentina. Aquellos jugadores no se produjeron porque Perón pateara lingotes de oro. Es infantil asociar lo uno a lo otro. Es archisabido que el fútbol es hijo natural de la ingeniosa miseria. Es fruto esencial del vagabundeo recreativo, salpicado de infantiles pillerías, que se trasladan a la pelota como arte del engaño que es el fútbol. Aquellos jugadores tampoco se produjeron porque la vida fuera más linda. Esto solamente se puede decir remitiendo el juicio a la nostalgia juvenil. No era más linda la vida de los años 40. Ni más decente. Quizá era menos indecente, eso puede ser. ¡Era más fácil! Inmensamente fácil. De allí la precedente enunciación de dispersos símbolos económicos de aquella década, que me parecen muy pertinentes al examen del fútbol de esos ahora auríferos años 40. En los que el oro relucía, sí, y se lo podía patear. Pero en los que no corría por las alcantarillas, ni tampoco era oro todo lo que relucía.

Malos jugadores y malos equipos había muchos, tantos como ahora, en aquellos años. Y malos partidos también. Las bibliotecas no están en vano. Lo documentan. La superproducción de futbolistas virtuosos que registra aquella década (muchos de ellos venidos «de arrastre» de los cinco años finales del 30, como nada menos que los tres máximos que existieron: Moreno, Sastre y Pedernera), no puede atribuirse, de modo absoluto, a un factor. Nunca es solo un factor el que produce un hecho. Los absolutismos resultan imposibles hasta en las dictaduras acusadas de ejercerlos. Siempre es mucho lo que hace algo. Aquella producción que llegó a pecar de exagerada al dejar sin sitio a grandes *cracks* como Báez, Mur, Coll, Mario Fernández, Fernando Sánchez, Villariño, o el mismísimo Alfredo Di Stéfano (la nómina es inmensa) quizá haya tenido como factor muy conducente (¡entre otros!) aquella vida d-e-s-p-r-e-o-c-u-p-a-d-a que posibilitaba el índice de vida fácil representada por un lingote de oro pateado por Perón.

Muchas familias modestas podían darse el lujo (proletario lujo dentro de sus privaciones) de que algunos de sus hijos varones no aportaran a la olla familiar. Ese puede ser uno de los exponentes de aquella situación social que permitió ese oleaje de grandes futbolistas, coincidente con otra realidad no menos influyente, como la del menor número de atracciones que se brindaban a la vida juvenil. Incluyendo la relación amorosa y la sexual, actualmente tan anticipadas respecto de aquellos años. No hace solamente a la decadencia del fútbol como artesanía atractiva para las masas,

la actual merma en la venta de entradas-promedio por partido. Hoy, con 24 millones de habitantes, se venden menos de 7000 boletos-promedio-match; en 1954, con 16 millones, se vendían 15 000 boletos-promedio. El fútbol ha perdido interés pero también ha sido suplido por otras atracciones.

En 1938 se había inaugurado el actual estadio de River Plate. En 1940 se inauguró el actual de Boca. En 1939 se incorporaron a los campeonatos de AFA los dos equipos rosarinos. Esos tres episodios tienen muchísima gravitación en la explosión de un fútbol brillantísimo para los ojos, y contundente para las redes, como el que caracterizó a los años 40. Y repárese en este detalle: ninguno de esos tres acontecimientos fructificaron desde una conducción oficial o estatal del deporte. Respondieron, todos, a inspiraciones, circunstanciales todas, de la acción natural del proceso deportivo-institucional, que entonces manejaban (con sucias, a veces, y honrosas páginas, otras veces) los responsables naturales de la conducción futbolística. El estadio de Boca, por caso, se financió en gran parte con una popular «colecta del 05 por gol». Consistía en el voluntario tributo de 5 centavos que cada adicto a Boca Juniors hacía en sus ya dispuestas alcancías, por cada gol de Varallo, Benítez, Cáceres, Cherro, etc.

Aquel estadio nuevo de River trajo aparejado un cierto «cambio social» para el fútbol. El estadio lujoso exigió, en cierto modo, que el juego que fuera a poblarlo fuera también lujoso. Nadie lo pensó. Nadie se lo propuso. Pero hay un trasfondo de subconsciencia en tal sentido, en el fútbol que River revoluciona, realmente hasta el asombro, cuando al mismo tiempo que el cambio social por su estadio, produce el «fútbol circular» por Adolfo Pedernera, lo que hoy se conoce como «el fútbol de la Máquina». También por «fútbol de River». Eso nació en 1941 en forma totalmente accidental (dos lesiones del titular Roberto D'Alessandro), al punto que Renato Cesarini se negaba a aceptar aquella transformación que traía Pedernera con una enorme influencia de su consejero preferido, Carlos Peucelle. Cesarini quería a D'Alessandro.

Hasta entonces, el fútbol argentino había tenido dos fundaciones conceptuales. La inicial de total estirpe inglesa, juego largo, mucha pelota voleada, ausencia del *dribbling*, jamás arraigada entre nosotros, que simbolizó el glorioso Alumni. La segunda, la fundación criolla, sin nada de aquella influencia inglesa, que da acceso al juego corto, preciso, bajo, artístico, académico, es del Racing no menos glorioso de los años 13 al 19 (siete años seguido campeón). Es la «revolución de Pedernera» la que produce en 1941 la tercera y hasta ahora última fundación del fútbol argentino: la del juego rotativo que realmente inventa River Plate a través de ese jugador genial (nunca lo pude repetir con otros jugadores en su reemplazo, ni con Walter Gómez, ni con Di Stéfano).

La revolución fincaba en la desaparición total del pregonado punta de lanza, en la total imposibilidad de predecir el destinatario del remate en el tramo final, al rotar todos de puesto y producir todos un movimiento circulatorio. Se buscaban para

definir las jugadas mediante el atacante que viniera desde más atrás, y no con el que más profundizara el terreno adversario. Dicho de otro modo: por primera vez en el mundo apareció en el fútbol lo que en basquetbol se llamaba «la trenza». River la hizo con los pies. Ese juego solamente se volvió a ver en Millonarios de Bogotá (también por Pedernera como eje) y algo en los húngaros del 54, conducidos por Hidegkuti. Aquel River lo practicó (no siempre para placer de sus hinchas, que no en vano los llamaron «caballeros de la angustia») durante seis años. Desde 1941 a 1946. No hay en la historia profesional ningún equipo que perdurara como ese River, seis años. Todos oscilan en dos y tres, a lo sumo. El San Lorenzo de Pontoni, uno solo. El Independiente de De la Mata-Erico-Sastre, dos. Por eso alguna vez llamé a River «el Alumni-moderno». Los frutos de esos seis años del «Fútbol-Máquina» de River fueron:

- Seis campeonatos jugados. Tres campeón; dos segundo; uno tercero.
- Cinco años con la valla menos vencida.
- Sobre un total de 157 partidos, ganó 99; empató 36; perdió 22. Con 367 goles a favor y 190 en contra.
- Sumando los puntos de esos seis campeonatos River obtuvo 265, seguido de Boca con 246, San Lorenzo 233, Independiente 200 y Huracán 197. En ese equipo Carrizo, Rossi y Di Stéfano eran suplentes en 1945. No tenían puesto.

Fue un fútbol frecuentemente falto de gol. Pero nunca una «escuela argentina», como aquella de River, produjo en el país ni en el exterior, el placer que dio ese juego y el prestigio que ese estilo de juego le significó al fútbol argentino. En ese aspecto, River (sería más justo decir Pedernera-Peucelle; uno como ejecutor, otro como inspirador) es lo más trascendental que haya producido el fútbol nacional en toda su historia. Nadie, ni Alumni, ni Racing, alcanzó la dimensión filosóficamente innovadora producida por aquel River del 41-46. «Todos suben, todos bajan, unos entran y otros salen» era su consigna (total imposibilidad de enfrentarlos con jugadas de offside como ahora se estilan, puesto que la definición estaba en los pies de todos y especialmente del menos próximo al arco). Todo lo demás, aun siendo brillante, quedó en lo standard o vulgar del juego rectilíneo.

Algo que hace doblemente admirable aquella trayectoria, es la vida privada de muchos de sus componentes, ciertamente degustadora «de todas» las cosas que hacen al vivir placentero. Jugaban como superdotados viviendo la plenitud de las travesuras juveniles. Moreno, la mayor perfección futbolística que individualmente se conoció en la Argentina (para discutirlo con Pelé) cumplió muchas de sus jornadas de gloria utilizando el primer tiempo para desintoxicarse de sus nocturnos vapores, y el segundo para llenar de sol hasta las más nubladas tardes. La relación del lujo que tenían jugando era estrecha con el lujo que rodeaba sus vidas privadas. Traían problemas, claro que sí. Pero los compesaban jugando sin un renuncio, cosa que hoy

no pueden quienes dicen «trabajar». Los de ahora se cuidan para pedir más plata, no jugando. Aquellos se divertían primero en la calle, después en la cancha y luego pedían más plata. No se interprete que el futbolista vivía solamente en farras. Se entrenaba, se cuidaba, producía un fútbol mucho más veloz que el actual. Pero conservaba humanidad de juventud alegre, fundamental para producir fútbol explosivo. El fútbol jamás podrá ser trabajo, puesto que es artesanía del atrevimiento, no del cálculo. Otra cosa es que legalmente el jugador sea considerado trabajador. Yo creo que Moreno fue como fue porque llegaba a la cancha con su vanidad estimulada por las caricias de la popularidad, que a esa edad alimenta más que un plato de sopa. Loustau o Lazzatti no necesitaban esas cosas. Moreno y Boyé se nutrían con ellas. A la juventud se la entiende recordando cómo éramos nosotros. Y el fútbol es primero quehacer de jóvenes, luego de maduros.

Mientras «La Máquina» (la formación más mentada de Muñoz, Moreno, Pedernera, Labruna y Loustau solamente actuó en 18 de aquellos 157 partidos en seis años) producía aquella última revolución de fondo en el fútbol, la llamada «emoción del pueblo» no estaba circunscripta a ella. Lo que es otro índice de abundancia sin precedentes en aquella década: ¡Boca Juniors lo superaba casi siempre a River en recaudaciones! River no pudo ganar el llamado «campeonato de los pesos» en ninguno de esos seis años. Fue 4.º, 2.º, 2.º, 3.º, 2.º y 3.º, al mismo tiempo que en la cancha era campeón, campeón, segundo, segundo, campeón y tercero. Eso prueba que «había mucho para ver».

El Boca de esos años 40 fue un gran equipo estúpidamente enrolado en la mística de la garra de equipo barrero. Aquellos Boca, especialmente los del 43 y 44, jugaron un fútbol altamente equilibrado entre juego y lucha, lo dicen algunos ingredientes muy representativos de los aspectos que hacen a su nomenclatura: Sarlanga, Carlos Sosa, Lazzatti, de una parte (juego); Marante, Pescia, Corcuera, Boyé, en la otra (lucha).

De aquel equipo su ídolo mayor (para las multitudes no siempre expertas es asociar ídolo con *crack*) era Severino Varela. Futbolísticamente, Varela fue un mito en su breve paso de ya «veterano y de vuelta» por Boca Juniors. Quizá mucho más un demagogo que un goleador. Hizo pocos goles. Todos los citados anteriormente fueron infinitamente más valiosos, en aquellas formaciones boquenses, que los goles le señalaron a Varela y su boina a River. Pero la historia la escribieron «periodistas especializados», como ahora los llaman. Especializados en pulsar popularidades, puede ser. Valores, dudosamente. Severino Varela era un gran simulador. Más que para jugar, jugaba a esconderse de sus compañeros para mostrarse más nítidamente ante el público. Vivía de los boinazos a River y algún outball ejecutado «con espíritu de sacrificio» cuando advertía que había pasado muchos minutos sin tocar la pelota. Era muy astuto para explotar la ingenuidad o la ignorancia de los más.

Aquel Boca jugaba muy bien al fútbol. Con un estilo más simple, sobrio y directo. De esos jugadores del Boca 40-44, hubo dos que deben figurar en la historia de los

más próximos a la perfección que se dieron en sus respectivos roles: Corcuera como fogonero del conjunto y Sarlanga como el más consumado jugador típicamente «fino» que yo haya visto, ya que con mucha menor acrobacia que Erico, superaba ampliamente a Erico en el manejo asociado y veloz de la pelota. Erico fue un superdotado para la definición imposible, sea a través del salto, del taquito, de las contorsiones propias de un saltimbanqui, casi un prestidigitador con los pies.

En fútbol, aquel River lo apabullaba a aquel Boca, y alguna goleada célebre lo atestigua. Pero el rendimiento general de Boca equilibraba lo que perdía en juego con lo que sabía ganar en acoplamiento para la lucha (a pesar de Varela), aspecto en el que los recuerdos agrandan aún más el valor de esa admirable persona que era Corcuera, que acaso haya sido el menos famoso en el reparto de famas. Quede bien en claro que fue insuficiente (porque merece más) la que se hizo de Boyé como «Atómico» (quizá sea el puntero derecho ideal: volar para fondear la cancha).

Debió soportar que lo llamaran Burro durante mucho tiempo. Lo mismo les pasó a muchos simplotes en el manejo de la pelota (Bernabé Ferreyra, Lángara, Masantonio). Boyé tuvo que esperar bastante el reconocimiento de su gran inteligencia de burro. Fue de los más inteligentes jugadores que hayan existido. El puntero ideal para un equipo. Dos Boyé juntos eran malos. Pero aquel Boyé, impagable. Además, en un bien entendido machismo, era un boleto a 2,10 a ganador. Lo mismo que Moreno. En cierto modo esa condición justificaba la de «fanfas» que era epidérmica en estos virtuosos. Y su inteligencia estaba en que sabía que si aquella corrida se extendía por más de 10 minutos, ya Boyé era un vulgar asaltante de bancos con pistola de juguete. El que mejor lo sabía era Boyé. Un jugador bárbaro. Para tenerlo siempre de compañero. Nunca de adversario. Boca con Boyé asomando por el túnel, ya hacía sentir que Boca estaba ganando 1-0.

Tampoco se le dio toda la incalculable valoración y fama que merecía a José Marante. La equivalencia de Boyé, en la seguridad del propio arquero. El Marante del 43-44 y su contemporáneo Ricardo Vaghi (River), también ya maduro, fueron las dos mayores seguridades vistas en ese puesto. A Lazzatti recién se le reconoció su gran inteligencia conductora (con y sin palabras), cuando Boca no lo pudo reponer. Cosa que no logra desde 1947. Ya que no se lo puede comparar con un jugador «ordinario» como Rattín. Quien se aproximó mucho a Lazzatti, sí, fue Mouriño siendo diferente, ya que era defensivamente más fuerte pero era menos creando.

Tras aquellos River y Boca, aparece el San Lorenzo que en cierto modo produce el «anticiclón» en la tradición del juego típicamente punzante de San Lorenzo: el de Farro-Pontoni-Martino. Un equipo en el que Farro tuvo muchísimo de Corcuera y en el que Pontoni y Martino produjeron, en el juego corto y por el medio, lo más parecido que se haya visto en precisión y paredes electrizantes, albordado, que conocimos de Pelé-Coutinho.

El llamado «Racing de Cereijo» produce la hazaña de ser el primer ganador de tres campeonatos consecutivos en la era profesional. Que pudieron ser cuatro. El del

48, irregularmente terminado con terceras divisiones (huelga a la que sigue el éxodo a Colombia), habría sido suyo. Conquista los del 49-50-51. Ese equipo pasa a la historia como el del terceto Méndez-Bravo-Simes. Puntero Salvini y Boyé (rescatado de Italia mediante una turbia maniobra que enriquece nuestro acervo de cosas futbolísticamente negras) y Sued. Ciertamente, un gran equipo. Pero un gran equipo con objeciones mayúsculas deportivamente hablando. Fundamentalmente tres:

- 1) Se lo integró casi «por decreto», como la apropiación bastante forzada que hizo de tres jugadores de Huracán: Salvini, Méndez y Simes. Huracán fue oficiosamente a venderlos.
- 2) Se lo apartó de los efectos de la huelga-éxodo mediante privilegios que agrietaron políticamente al propio peronismo como carisma popular, según era público y notorio el favoritismo oficial en repartir ciertas «cuotas» de importaciones preferenciales o producciones internas restringidas, entre sus jugadores, director técnico también, conocidos en la plaza comercial como principales proveedores de azúcar. Cristales, cemento, amén de las órdenes de automóviles, también restringidos en esa época. Más aún: por primera y única vez, el gobierno estableció como obligatoria la posesión de un certificado de libre réditos para todo viajero al exterior, y el objetivo de esa decisión surgida desde el Ministerio del doctor Cereijo no era otro que el de impedir que emigraran, como de los demás clubes, los principales jugadores de Racing, no ajenos a las tentaciones colombianas. Tentaciones que se compensaron precisamente con aquellas regalías.
- 3) Desbordando ya la década (fue en el 51) su tercer título de campeón quedó en la sombra de la duda de una irregular conquista. Banfield eliminaba drásticamente de su equipo a dos jugadores señalados como displicentes (Albella y Moreno).

Los primeros 8 años del 40 son ciertamente únicos, los mejores, en proliferación de grandes partidos, de grandes jugadores, de satisfacciones internacionales (obligadamente dejadas en duda por la anormal situación de guerra y posguerra de Europa), los dos últimos años de los cuarenta marcan el desagradable comienzo de la realidad actual. Esa realidad decadente no es efecto de quienes se marcharon por no haber en cada club un hincha con los poderes de un Cereijo. Sino de lo que entonces se empezó a hacer para cubrir el quebranto de material humano que dejaron aquellos 50 prófugos (es de aclarar que el primer país pirata en fútbol fue la Argentina, en 1931-35 cuando practicó la misma clandestinidad de Colombia en perjuicio, principalmente, de Uruguay, Paraguay y Brasil).

La cuesta abajo futbolística pareciera tener muchos puntos de coincidencia con la

cuesta abajo del país, y también esa coincidencia se produce en el inverso ciclo hacia la cuesta arriba, lo que seduce ciertamente a pensar en una gran vinculación del deporte con las oscilaciones de la economía nacional. Sin embargo, no me avengo a aceptar por entero esa relación, ya que la productividad del mayor artesanado deportivo (podríamos decir del triunfador si da lo mismo) reconoce periodos y circunstancias que niegan rotundamente esa interdependencia.

Durante el primer gobierno de Perón y su generoso apoyo al deporte, concurrimos a tres Juegos Olímpicos (1948, 1952 y 1956, incluyendo este último, por obvia procedencia peronista de los deportistas de entonces) y obtenemos tres títulos en los primeros (con Europa aún sangrando); ya uno solo en el segundo y ninguno en el tercero. En un ciclo anterior de otros tres Juegos Olímpicos (1924, 1928 y 1932) que abarca una crisis económica profunda y escaso auxilio económico para el deporte, lográbamos respectivamente, una, tres y tres, que con las dos de 1936 completan nuestras 13 medallas de oro.

De allí que niego el valor absoluto en todos los quehaceres humanos. Creo más en las circunstancias que producen los efectos, que en las causas que se digitan para producirlos.

Si de fútbol o deportes se trata, la década del 40 es bien representativa de aquella relatividad: tuvo lo más brillante que se haya visto en algunos aspectos, pero también tiene el nacimiento de lo más deplorable que vemos culminar en la década del 70 o en el 90 en otros aspectos. Entre los que se cuenta el incremento inimaginado de la corrupción deportiva. Que también puede que tenga algo que ver con lo económicamente abundante, según todo exceso es tan nocivo como la mayor escasez.

Porque también en las del 40 había sobornos; y había un referee de fútbol que estuvo a un centímetro de ser ahorcado en un árbol del rosarino Parque de la Independencia (Cossio); y había ya jugadores melenudos que anticipándose a los del 74 utilizaban redecilla (Moreno uno de ellos), como lo propone recientemente algún humorista a propósito de los actuales pelilargos que impiden ver qué número llevan en la espalda, y por eso ahora tienen que llevar otro número en el pantalón.

Y lo que me faltaba: ¡también en la década del 40 se impuso oficialmente el maldito número en la espalda de las mil perturbaciones! Fue en junio de 1949. Allí se empezó a trabajar como sustitución del acto de jugar. Si un día ocurre «de todo», ¿cómo puede ser una década distinta a un día?

25. BERNABÉ: PATRIARCA DEL FÚTBOL ESPECTÁCULO (UNA TARDE CON BERNABÉ FERREYRA, LA FIERA)

El Gráfico, 01/02/61

Revolucionó al fútbol argentino. Transformó el fútbol en espectáculo de multitudes. Hizo el más grande impacto popular que la historia del fútbol argentino registra alrededor de un nombre, de un shot. No hubo, y difícilmente habrá, jugador que individualmente concite más furor de multitudes. Los hubo mejores. Pero no hubo nadie más sensacional. Ninguno de los grandes astros modernos, ni aún el propio Di Stéfano en España, sacuden hoy al mundo del fútbol como lo hizo la figura, la tan particular personalidad y el fulminante shot de «Bernabé, La Fiera», «El Mortero de Rufino», «Balazo» para las multitudes. «El Ñato» para sus íntimos. Bernabé Ferreyra está desde entonces en el bronce al que lo llevara la mano del artista. En este su bronce de aquellos años imborrables, que así como entonces fueron agitados, hoy valen para él como un remanso de compensaciones en medio del dolor que lo mantiene inmovilizado desde hace dos meses. A los 52 años de edad, apergaminado su rostro por el andar de una vida que no conociera renunciamentos ni en el placer ni en el sacrificio, Bernabé Ferreyra ha sido quirúrgicamente intervenido en aquellas dos piernas que fueron de acero. Pasan horas de mucho dolor para el hombre más sensacional del fútbol argentino, horas que solamente el temple de «La Fiera» puede enfrentar con la sabia resignación de los que habiendo aprendido a ganar supieron aprender a perder. Bernabé, hombre de esa estirpe, enfrenta sus difíciles horas del presente formado a la idea de que son la compensación de las muchas muy hermosas que jalonaron su pasado. Por eso mira hacia lo indefinido y, aunque doliente, puede sonreír, sabe sonreír con gratitud a lo que la vida le dio. Compensación de lo que él le dio al fútbol y acaso a un pueblo, porque su shot hizo aquí una industria; el fútbol-espectáculo, que ciertamente naciera con él.

El jugador de más impacto popular que haya producido en toda su historia el fútbol argentino, acaso el que más dinero ganó en relación con el valor contemporáneo de la moneda argentina (un dólar valía dos pesos), enfrenta la adversidad del tiempo vivido y de lo mucho vivido... con la resignación y altivez de los hombres íntegros. Así fue como triunfador en el deporte; así es como perdedor en la enfermedad.

—Desde Santiago de Chile le van a hablar —dijo la femenina voz del teléfono.

Y desde Chile apareció la voz del presidente del Racing Club, señor Sisco, con quien no nos conocemos. Pero que informado de los pormenores que teníamos acerca de la no contratación en el país de Carlos Peucelle, informado de la amistad (no de la representación ni de cosa que se parezca en sus actividades profesionales), nos pedía

intercediéramos ante él para que se aviniera a nuevas tratativas con Racing.

El señor Sisco quería reabrir el diálogo con Carlos Peucelle, entendiendo que su aporte es vital para el encauzamiento de la escuela de fútbol que se propone crear el Racing Club.

Pocas veces el periodista sale con tanto gusto a la calle llevado por su profesión. ¿Profesión? Sí; está también dentro de la profesión, si en ella hay vocación, prestarse a que el fútbol del país recupere un valor didáctico como Carlos Peucelle, sin importar para qué camiseta, para qué club. ÚNICAMENTE nos importaba que Carlos Peucelle permaneciera enseñando en este país lo que él puede enseñar y corregir. Sobre todo corregir. Y por eso salimos a la calle, a medianoche, a ubicar a Carlos Peucelle en «algún lugar de la ciudad».

Lo hallamos al día siguiente.

—Ya es tarde. Terminó de cobrar 5000 dólares que me mandó el Cali. Tengo los pasajes para mí y mi señora, he hecho adelantar el casamiento de mi hija. Ya no puedo volver atrás.

—Pero mirá, Carlos, Racing...

—Imposible. Ya di mi palabra en Cali. Vamos a ver al Ñato, que está enfermo. Pasemos media hora con él. Se merece que lo alegremos un poco. Vamos...

Perú y Humberto I. Surcado su rostro por el arado del tiempo y de una vida muy intensamente jugada. Gastado sin duda por tanto baile que ya nadie le quita. Y, además, convaleciente en una silla. Convaleciente de una operación que solo un gran temple —un temple como el de este conmovedor de multitudes— puede soportar con su sonrisa, sus bromas y su resignación. Ha sido operado de una enfermedad complicada: huesos «pegados» por inactividad del gran simpático. Dos extensos cortes a lo largo de sus muslos, partiendo de las caderas. Muletas en un rincón. Casi ni las usa. Se vale de una silla para transitar entre los dos puntos en que ahora transcurre su vida: el dormitorio y el *living*. Lleva dos meses en esa situación. Allí, los amigos, la radio, la esposa, sus hijos... ¡y los recuerdos! lo colocan en la calle, en el mundo, en la vida, para la que tan plenamente naciera y tan plenamente viviera. ¡Es Bernabé, «la Fiera»!

Blanquecinos sus cabellos, apergaminada su cara, siempre paisanote su hablar y un tanto espuelado su vocabulario. Siempre con el cigarrillo negro (interpretación muy generalizada de la hombría), impresionados acaso nosotros por el contraste entre aquel demonio que corría, picaba y agujereaba y este hombre fatigado en la mirada..., recibimos el impacto emocional que produce el enfrentamiento vivo con lo antagónico. Al mismo tiempo quisimos ubicar allí a un prócer. Y si se nos hubiera preguntado en ese momento qué sentíamos, hubiéramos contestado:

—Estoy viendo salir del bronce a un hombre de carne y hueso.

¡Estamos con Bernabé, «la Fiera»!

—Así que usted...

Bernabé Ferreyra quería bromear e insistía en hacerlo.

Gerónimo Díaz, Carlos Peucelle, Miguel Salman, yo... no podíamos, así, de primer momento, seguirle el tren. El único que bromeaba era Bernabé. Los demás simulábamos.

Por su cara parecía recién pasada la mano del escultor que le pone tiempo, lucha, sufrimiento y gloria a los hombres que la sociedad inmortaliza. Lo confieso: jamás en mi vida me había emocionado un encuentro en la posdata de la gloria, con una gloria del deporte. Ante Bernabé Ferreyra y ese rostro de ángulos rectos; ante esa figura de mosquetero en la quietud; ante esa humanidad de espadachín en la tregua... ¡perdí el uso corriente de la palabra! Estaba emocionado. ¿Por qué? Son cosas del tiempo y el espacio, la desgracia o el privilegio de tener memoria.

Cuando varias horas después de «la media hora» de visita convenida abandonamos el domicilio del más sensacional de los futbolistas argentinos de toda la historia, todos tomamos asiento en el automóvil con palabras que nada tenían que ver con lo que todos pensábamos. Carlos Peucelle se «borraba la cara» como es de su costumbre. Pero como insistiera en «borrársela» más y más, giramos la mirada hacia él. Carlos Peucelle lloraba. De alegría y de tristeza. Nos habíamos reído mucho, nos habíamos apenado mucho. Pero nadie había reído con las bromas, ni sufrido con la forzosa quietud del Ñato tanto como Carlos Peucelle y el muy avisado Ñato. Ninguno se le confesó al otro. Los dos se transmitieron el mismo mensaje.

—¿Qué estás escribiendo allí? —me pregunta en un determinado momento Bernabé.

—Nada, cositas para acordarme...

—¡Qué cositas ni cositas! Este papel no sale de aquí.

Y lo arrebató.

Lo recuperamos sin que se diera cuenta que sus manos lo soltaban, preguntándole:

—Ñato, ¿en la vida se compensa lo amargo con lo bailado?... ¿Es posible ganar este partido pensando en aquel otro que se ganó?

Arrugó más el entrecejo de lo arrugado que lo tiene («de tanto divisar malones a la distancia allá en Rufino», diría el «mono» Deambrosi), endulzó sus ojos y sus labios y muy vacilante de voz, pero fuertemente convencido de alma, contestó así:

—Sí... claro que compensa...; compensa, sí, sí... ¡Ya lo creo!

Fue lo único que pudimos hablar en serio. Todo lo demás fue en broma. En broma, más que corrida, bombardeada. Carlos «le daba»; el Ñato le daba a Carlos.

Algo más se habló en serio. Pero lejos del Ñato. En la cocina, con Juanita, su esposa, y los dos pibes (no porque lo sean sino porque son sus hijos). Fue Carlos con el pretexto de ayudarles a secar los platos. Era para preguntar «cómo andan de plata». «**Bien**», fue la respuesta. «**No hay problemas. Con la jubilación de River, el trabajo de los muchachos, estamos bien. Nada falta. Lo único que necesita es un masajista que venga todas las tardes a casa. Se lo está mandando la Mutual de Boca Juniors, pero el Ñato se sentiría más feliz viendo que es River el que lo**

manda». (Por cierto que River no sabía nada, pero ya nos encargamos de que lo supiera). El Ñato no debe ser entonces girado a ningún cuadro de miseria, como sádicamente pareciera gustarse en estas circunstancias con los pasados ídolos. Lo operaron con la mejor de las atenciones, ha gustado de ver a River Plate y sus allegados preocupándose por su salud y sus finanzas y nadie está autorizado a pensar ni hablar de beneficios ni colectas. Bernabé Ferreyra no pide ni necesita de eso por el momento. Ojalá que nunca. La charla se interrumpió con el imperativo de un vozarrón que ordenaba, como antiguamente pidiendo la pelota:

—¡Che... sirvan algo pa' los muchachos, que ya se tomaron todo!... ¡Y algo pa' mí también!...

La energía era la misma. El temple, el mismo, El hombre, el mismo. El espíritu, el mismo. ¡Ni acorralada por la quietud se entrega «la Fiera»! Era para avergonzarnos de las veces que por un dolor cualquiera los hombres perdemos la sonrisa y nos hacemos graves. «El Mortero de Rufino» le sigue poniendo la cara a la adversidad como el paisano al viento que lo azota sobre su montado, como aquella Fiera a las bravatas lícitas y no lícitas del área penal a la que entraba al grito de:

—¡Dámela!...

Bernabé Ferreyra sigue pidiendo la pelota para con ella seguir abriendo brecha por entre los obstáculos de los brazos que se le cerraban por su cintura, de los guadañazos que cruzaban sus piernas... ¡o de los mordiscones que recibían sus zapatos! Ahora lo hace para dar la gran lección titulada: «Cómo perder sin llorar».

—¿Te acordás del negro brasileño Jahú?... ¿Sabés que era antropófago?... ¡Claro que sí!... ¡Antropófago!... En un partido en San Pablo fui a sacar la pierna después de tirar al arco, la sentí agarrada, ¡y me veo con la boca del negro clavada en la punta del botín! ¡Me estaba mordiendo!

—¡Suelta, antropófago, suelta, antropófago! —le gritaba el Ñato.

PEUCELLE: Vos sí que jugaste gracias a mí...

BERNABÉ: Andá... Yo te hice campeón. Si no vengo yo a River Plate todos ustedes eran unos desconocidos.

PEUCELLE: ¿Y por qué no saliste campeón en Tigre?... ¿Te acordás la bronca que se armó con eso de que vos habías sacado campeón a River? ¡Tuviste que pedir disculpas a todos!

BERNABÉ: Qué disculpas, qué disculpas... Yo les enseñé a jugar a todos ustedes. Acordate cuando me decías: «vení loco, vení».

PEUCELLE: ¡Si eras vos el que me la pedías cortita!

BERNABÉ: Anda, jugador de tres rodillas...

A comienzos del campeonato nato de 1933, Bernabé Ferreyra, «primer ciudadano del país» en 1932, dijo rotundamente: «Si no me dan 20 000 pesos no sigo jugando». Y parece que en medio de tal exigencia (fundada en una promesa que le había hecho River) dejó soltar alguna expresión que no gustó a sus compañeros: «Yo gané el campeonato». Se encaprichó River, se encaprichó Bernabé, se encapricharon todos

sus compañeros. El Ñato se fue a Junín. Liberti se fue a Montevideo y trajo al uruguayo Ismael Martínez. El uruguayo no andaba. River andaba de peor en peor. Entonces Carlos Peucelle tomó la iniciativa: **«Yo lo voy a buscar al loco»**. Peucelle emprendía viaje con Alberto Anglese, y cuando estaba por partir lo encuentra a «Chelo» Julio Potus, hincha furioso de Boca, vendedor de diarios en la parada de Martín García y Patricios. «Chelo» jamás lo había tratado a Bernabé. Le gustó el convite de ir a Junín como oportunidad de conocerlo..., aunque fuera de River. Allí llegaron. El Ñato los subió a todos en su automóvil y allí empezó Carlos su gestión. Pero esta no iba dirigida al dinero ni a una invitación a bajar pretensiones para que River transigiera por menos dinero:

«¡No!... A mí no me interesaba “la guita”», dice Carlos. **«A mí me interesaba que el Ñato viniera a pedir perdón a todos sus compañeros por eso de que él había ganado el campeonato. Había una justa indignación contra él. ¿Por qué no lo había ganado en Tigre?»**. Eso fue a buscar Peucelle a Junín: el arreglo de Bernabé con sus compañeros. Que después se arreglaran River y Bernabé.

Empezaron a hablar. El Ñato manejaba tranquilo hasta el momento en que Carlos decía: **«Tenés que ir y pedir perdón a todos»**. Allí el Ñato encontraba siempre una esquina para dar un violento viraje, que los desparramaba a todos dentro del auto. Menos a él: **«Yo no sentía nada, yo me agarraba del volante»**.

«¡Manejá más despacio!», gritaba Carlos. Dejaba de hablarle del perdón y renacía la calma. Insistía en que pidiera perdón y el Ñato se mandaba otro viraje de 90 grados. Desparramo. Protestas. Calma. Nueva gestión conciliatoria. Nuevo viraje. Terminó la gestión en un fracaso. **«Andá a jugar para All Boys»**, le dijo Peucelle con indignación.

Carlos y Anglese se fueron a tomar el tren de vuelta. Chelo, el desconocido del Ñato, se quedó con él. Y tuvo la increíble habilidad de lograr lo que Peucelle no pudo. Sentados los dos al borde de una cama, entró a domar a «la Fiera». De pronto el Ñato se entregó: «Bueno, hacé lo que vos quieras». Se lo trajo, y los cuatro llegaron juntos de regreso.

Fueron a River, a la concentración del estadio de avenida Alvear y Tagle. El encuentro con los jugadores era esperado por cientos de socios de River, aglomerados en la puerta. Napoleón venía a pedirles perdón a sus soldados. «La Fiera» venía a arrodillarse.

Carlos Peucelle apunta: «En realidad ya estaba perdonado con solo presentarse aunque no dijera una palabra».

Pero «la Fiera» mantenía su orgullo. Estaba herida pero no vencida. Dañil salió a hacerle frente. Y «la Fiera» lo enfrentó a Dañil.

—¿Qué pasa conmigo?

—Que vos sos el que ganó el campeonato... y nosotros somos...

—¿Y qué hay con eso?... ¿No lo pudiste haber dicho vos también?... ¿Alguien no lo pudo decir estando solo?... Bueno: ¡a mí se me escapó delante de ustedes! ¿Y

qué hay con eso?...

Eso bastó. Allí terminó la primera etapa del conflicto. «La Fiera» quedó perdonada y la amistad de todos a salvo. Ahora tenía que arreglar con los dirigentes. Ismael Martínez no era solución. «La Fiera» recibió el dinero que reclamaba...

Los compañeros del Ñato lo dicen a cada momento:

—«Loco», pero muy buen compañero. No se guardaba ninguna. Lo que ganaba él lo decía: «Andá y pedí tanto que yo arreglé por cuanto».

Los adversarios lo refirman:

—¡Buenazo! Nunca protestó, nunca se enojó. Siempre jugó lealmente. Aguantando todas. Y alguien llegó a decir, asombrado de la indiferencia de «la Fiera» a los hachazos:

—Le pego, no me dice nada y no se achica.

Una sola vez en su vida fue expulsado de la cancha. Fue en un clásico con Boca. «Gomalaca» Martínez se había propuesto sacarlo de las casillas. Finalmente lo consiguió con una estupidez. Los dos afuera. Y además a la comisaría. Y hasta en la comisaría surgió el hombre:

—Vea, comisario, la culpa fue mía, suéltelo a Martínez —dijo Bernabé. Y toda la culpa era de Martínez... (Este episodio tiene el valor de habérselo aportado Ernesto Lazatti, adversario de Bernabé en aquel partido...).

Una tarde lo invitó a Peucelle a ir a Rufino, sus pagos. Fueron en avión. Bernabé había conseguido que los aviones hacia Chile bajaran en Rufino, aunque Rufino no fuera escala regular de los vuelos. Pero el Ñato viajaba en avión... Del avión al bar «Condal», de Rufino, donde estaban todos los amigos.

—¿Te acordás que nadie te daba pelota y todos se arrimaron a mí? —le dice Carlos.

—Porque yo te quería hacer popular...

—Pero a vos te daba bronca que en tu pueblo me dieran bolilla a mí, no a vos.

—No... yo ya había pasado por esas cosas...

—¡Si yo soy mayor que vos! (Carlos es de 1908; Bernabé, de 1909).

—Pero vos aprendiste algo de fútbol al lado mío. ¿Quién eras vos antes de llegar yo a River?

—¿Y vos quién eras?

—¿Yo?... ¡Si yo nací completo!

Bernabé y Carlos se fueron de caza. Llevaban un perro muy bien enseñado.

—Mirá si sería completo mi pueblo que allí teníamos un perro para cada especialidad: uno para perdices, otro para martinetas, otro para liebres, otro para copetonas... ¡Y un millón de perdices!... No es como en otras partes, donde a las perdices las cazan con cortaplumas y cierran los negocios cuando agarran una... Hacen fiesta.

Perro al frente, entraron a andar por el campo. De pronto el perro se echa, rastrea, se detiene, inquiere al cazador (Bernabé), levanta la perdiz y... ¡pum!... La perdiz

siguió viviendo.

Repiten la operación. Ras treo, detención, levantada, tiro al aire, animal con vida.

—Parece que no andás bien —le dice Carlos.

—No sé qué me pasa hoy —contesta el Ñato.

Tercer intento. Otra vez en vano. El perro la levanta. Bernabé tira y yerra.

—¿Y vos sos el cazador? —le dijo Carlos.

Cuarto intento El perro se arrastra, se detiene, anuncia la presa, mira a su cazador... ¡y de un mordisco se hace de la perdiz! El Ñato se indigna, arroja la escopeta sobre el perro y le dice al can:

—¡Toma. Cazá vos y yo rastreo!

Aquello del perro queda empequeñecido cuando Carlos Peucelle le recuerda a Bernabé dos episodios del gordo «Fiorini», «el dueño» de San Telmo, gran amigo común:

—Una vez un gato le comió un canario. ¡Lo esperó al gato, lo mató y se lo comió en venganza!

—Y esa no es nada —agrega Carlos—: Otra vez a Fiorini lo mordió un perro. ¡Fiorini se le fue encima al perro y lo mordió él al perro!

«Crítica» lo bautizó «La Fiera». Pero es posible que pocos recuerden o sepan por qué. Fue a comienzos de 1932. Partido River-Ferro. Bernabé pateó de lejos al arco de Grimoldi y la clavó en el travesaño. Al momento repitió el shot y otra vez en el travesaño. Del rebote entró en juego Sciarra (puntero izquierdo de River)... ¡y se encontró sin poder jugar: la había desinflado! Hubo que cambiar balón, y nació «la Fiera».

Allá por el término de su campaña en River Plate, Bernabé acompañaba al equipo en sus giras por el interior, más como «vedette» para la boletería que como jugador. Entraba 10 minutos y salía. Renato Cesarini estaba de entrenador. Fueron a jugar a Córdoba. Bernabé salió cumplida su cuota y se sentó en el banco con Cesarini y los suplentes. Al momento empezó a prepararlo a Cesarini:

—¡No hay sangre!... ¡No son hombres!...

Cesarini empezó a aprobar las afirmaciones del Ñato. Cuando este lo vio «dispuesto» tiró el anzuelo que Cesarini debía morder:

—¿Y por qué no entrás vos?... Yo creo que tenés que entrar... Entrá... Vestite...

Resultado: Cesarini se sacó el buzo y «se puso» él mismo. Y desde allí en más no cesó Bernabé en sus gritos, dirigidos a los cordobeses:

—¡A ese!... ¡A ese!... ¡Leña a ese, que es el entrenador!

Cesarini salió de la cancha con las dos piernas deshechas de patadas.

—¡Vos sí que tenés sangre! —le decía Bernabé.

—¿No eras vos el que los iba a levantar en peso?...

—¿Y aquella vez en Río de Janeiro? —recuerda Carlos. Y la cuenta.

Habían salido en delegación a admirar las bellezas de la naturaleza carioca. Allá por el Corcovado o el Pan de Azúcar todos miraban extasiados y boquiabiertos esa

obra de Dios. Entre ellos, el impagable «Machín», que con Bernabé a su lado exclamaba:

—Mirá... mirá... ¡mirá lo que hace la naturaleza!

Y Bernabé, que en lugar de mirar el paisaje miraba la nariz de «Machín», le contestaba muy serio:

—¡Ya lo creo!... ¡Ya lo creo!... ¡Miren la tremenda y grosera nariz que ha hecho!

—¿Y aquellos tres goles a San Lorenzo jugando para Tigre? —le preguntamos al Ñato.

Un trago de vermut le refresca la palabra y los recuerdos, el Ñato avanza con la historia:

—Preguntáselo a los 174 000 espectadores que tuvo el partido... ¿Vos sabés que todavía siguen apareciendo tipos que me hablan de ese partido y mis tres goles?... ¡Y resulta que yo no me acuerdo que esa tarde hubiera en la cancha más de 500 personas!... Pero lo más gracioso es que a veces aparece alguno que me dice: «Yo me acuerdo de aquellos tres goles suyos en cancha de San Lorenzo»... Y calculá: allí es cuando me levanto para sacarlo a patadas, diciéndole: «¡No sea mentiroso, que fue en la cancha de Boca y se habían ido todos, hasta el referee!»...

Habíamos ido a la casa del Ñato alrededor de las 6 de la tarde. Habíamos ido por media hora. Salíamos y eran la una y media de la madrugada siguiente. «La Fiera» bostezaba. También las fieras duermen después de haber rugido. Don Bernabé Ferreyra, padre de dos hijos, jefe de un hogar, había rugido sus emociones bajo el disfraz de la broma a través de siete largas horas. Carlos Peucelle le había llevado la felicidad de poder decirle otra vez:

—Vení, loco. Dámela cortita, cortita...

Carlos Peucelle le había llevado la inmensa felicidad de oír que le dijera, como entonces:

—¡Tomá, tronco: pateá tronco!...

Y él contestarle:

—Hasta que yo no llegué al fútbol ustedes pateaban y le pegaban al quepi con pinche de los vigilantes.

Carlos le retruca:

—Y vos volteabas las banderitas de los corners.

—¡Pero ustedes fueron campeones por mí!

Solamente saliendo a la calle la charla toma seriedad. Es cuando Carlos dice:

—La gente cree que el Ñato no sabía otra cosa que patear. Te aseguro que sabía jugar. No la manejaba, pero especialmente cuando empezó a encontrarla difícil dentro del área vieras qué bien se echaba atrás, buscaba por los costados y la pedía corta para arrancar buscando el perfil sobre su rechazazo para darle con el mortero. Yo le sacaba obstáculos trabando gente. Lago cuando anduvo bien se las ponía todas y de todas maneras, pero el Ñato se ubicaba muy bien para patear. Era inteligente y no era una estatua esperando. Era un shoteador que la buscaba, no un shoteador estático en

un sector del campo. La buscaba en todas partes. Aquella vez que perdimos con Independiente 5-0 fue un ejemplo de tenacidad, de compañerismo, de lucha, de hombría.

Aquel hombre que conmovió multitudes con su shot, conmueve en este momento el corazón de cualquiera con el formidable mensaje que proyecta su resignación para sufrir, para enfrentar esta derrota del tiempo, de los años, de lo mucho y muy intensamente que vivió, porque todas, absolutamente todas, las vivió Bernabé. Con aquellas vividas construye su paliativo de las que a los 52 años ya no puede vivir:

—¿Y quién me quita lo bailado?

O aquella otra:

—Compensa... compensa... ya lo creo...

26. RECUERDOS DEL TIEMPO AQUEL... CUANDO DE ARQUEROS JUGABAN LOS GORDOS Y LOS BOBOS (*EL ARTE DEL ENGAÑO*)

La Opinión, 04/11/73

Murió hace poco en su barrio de la Boca. Se llamaba «Pepito» por imposición pública. En el último partido del Campeonato Sudamericano de Fútbol de 1924, en Montevideo, «Pepito» había matado a un uruguayo disparando su revólver. Amigo de la mayoría de los jugadores argentinos, «Pepito» buscó refugio en el hotel donde estos se hospedaban. Los jugadores, en su gran parte boquenses, lo ocultaron a «Pepito», hicieron desaparecer el arma homicida por el *water closet* (de eso se encargó el muy famoso masajista japonés Kanichi Hanai), y convinieron este plan: ellos saldrían a la calle a insulto vivo contra los hinchas uruguayos reunidos frente al hotel, allí se trompearían todo el tiempo necesario, y en tanto todos se pegaban, «Pepito» saldría a la carrera rumbo al barco que esa noche tomarían los jugadores. Todo resultó perfecto. Y lo perfeccionó mucho más un inocente policía argentino, con parada en la Boca, que ante el pedido de extradición de la Justicia uruguaya declaró que el día y hora del homicidio en Montevideo, él lo había visto a «Pepito» en la puerta de su casa. ¡Era el hermano mellizo de «Pepito» a quien había visto el vigilante!

Ese mismo año 1924, en Sportivo Barracas, se producía el histórico gol olímpico de Onzari, el primero directamente convertido de córner que tuvo validez en el mundo, llamado olímpico por haberse producido en el arco de los uruguayos que venían de proclamarse campeones olímpicos. La versión argentina de ese gol rehúye siempre el detalle, pero hay sobradas pruebas (entre ellas una foto no publicada en la Argentina) de que aquel gol fue el producto de una pelota «combeada» por Onzari, y uno de los habituales fouls de Seoane a los arqueros, en ese caso en perjuicio del golero Andrés Mazzali, a quien el astuto «negro» desplazó en pleno salto.

El fútbol es un arte del engaño. De la picardía. Por eso es que siempre iban al arco los de menos alcance con la mente y más alcance con los brazos. Ahora es un trabajo de obedientes autómatas. Pero fútbol y mañas anduvieron siempre muy consubstanciados. Los uruguayos inventaron el botellazo. Nosotros, el salivazo en la cara del adversario. El botellazo nace en la época de Alumni, en la barriada montevidiana de Paso del Molina. La revancha fue tan multiplicada en botellas, que ellos nos llamaron a nosotros... ¡**botelleros!** No creo que haya habido imaginación más frondosa que la de los rioplatenses, en la articulación de mañas y tretas para resolver partidos de fútbol con factores ajenos al juego. Por eso cito aquellos lejanos,

pero representativos episodios. Para que se tenga idea de lo viejas que ellas son. Desde luego: aún quedan inventores de novísimas trampas, quizá más sutiles, como la de los alfileres que clavaba Bilardo en las nalgas de los ingleses; o la del mismo Bilardo para dejarlo a ciegas a un Nobby Stiles munido de anteojos de contacto.

Un prontuario de recursos conocidos en esa especialidad, produciría enorme mayoría de casos inspirados en el enardecimiento premeditado del adversario a través de socarronas alusiones a las mujeres más ligadas a su vida, previa averiguación de estado civil. Quien peor lo pasó con ese expediente fue Sobrero, zaguero de Newell's Old Boys, noqueado por Masantonio, de Huracán, por una pulla de grueso calibre. Lo mismo le ocurrió a Conde en Chile, cuando le preguntó a un uruguayo: «**Che, ¿cómo va este partido?**». Mucho más ingeniosas, sin duda, eran las salidas de los dos mayores mañeros que produjo el fútbol: Manuel Seoane y el uruguayo Pedro Lago. Las **especialidades** de Seoane eran muchas, pero preferentemente tres: «enterrarle» la gorra en sus ojos al arquero cuando éste iba a saltar, tenerle pisado un pie antes de que lo hiciera o dejarlo enganchado de la camiseta en uno de los soportarredes de los postes, antes que picara hacia la pelota. Como no regían derechos de exclusividad intelectual en el uso de ellas, esas mañas también estaban en las armas de Lago; pero el uruguayo las perfeccionó extendiendo su mano en felicitación al arquero que acababa de detener un shot, y cuando aquel recibía el saludo, con la otra mano o un pie le hacía perder la pelota. También uruguayo, y a cargo del típicamente orillero Sasia, fue aquella creación del puñado de tierra certeramente arrojado a los ojos del arquero (Santoro).

Algo menos sabido es que Bernabé Ferreyra, en su año de goleador mortífero, se valía de una pelota mojada, primero; cuando los adversarios lo notaron y la rechazaban, entonces apeló a otra de doble cámara (eran con tiento) que le preparaba Carlos Peucelle para aumentar su peso, como quería Bernabé. Eso, desde luego, cuando River era local. Lo de regar la cancha para sorprender al adversario sin tapones apropiados, también fue invento de estas playas, aunque alguna vez nosotros se lo reprochamos a los españoles en el viejo estadio Chamartín (gol de Infante). Otra de Lago: tiro libre, finta de discusión para hacer tiempo, piedrita bajo la pelota, y shot con dirección disparatada. Lago miraba a lo Jaimito...

Allá por la década del 30, vino a Boca un puntero derecho chileno, Lucco, al que la hinchada no digería. Era malo. Pero los dirigentes no veían lo mismo e insistían con él. El recurso para que se fuera, fue simple: los propios hinchas de Boca, con el gordo Maggi como autor intelectual, se apostaban con largos alambres terminados en gancho, junto a la raya del chileno, y tomándolo por los tobillos, como a las gallinas, se encargaban de que jugara «**suficientemente mal**». En cambio Varallo, que andaba siempre lesionado de sus meniscos de la pierna izquierda, y sabía que ciertos adversarios le descargarían su rigor sobre ella... se colocaba la rodillera que denunciaba la lesión... ¡en la rodilla derecha! Y Arico Suárez, que siendo ya *crack* internacional en 1928, aún quería seguir jugando más allá del 40, les proponía a sus

más juveniles compañeros en los meses de renovación de contrato: «**Pibe, vos sos joven y recién empezás; yo estoy terminando; ¿vamo y vamo una y una?**». Una de Obdulio Varela, muy típica del «Negro Jefe». Un compañero suyo había sido «bajado» con violento foul, y Obdulio salió a la carrera con el puño presto para la cara del adversario; llegando a consumar el hecho, advierte que el referee lo observa. Frena y con tono policial le dice al juez: **¡Le vengo a ordenar que si un compañero mío hace esto, me lo eche enseguida de la cancha!**

¿Y las ventas de parejas de zagueros que estafaban a los sobornadores? Muy fácil: uno de los dos fullbacks se ofrecía, «**en yunta**», sin que el compañero nada supiera. Si el adversario de ellos ganaba, cobraba doble servicio... Por aquel entonces, los linesmen actuaban con un pañuelo como bandera. En cancha de Lanús, «**El Mono**» Deambrosi estaba harto de los fuera de juego que le marcaba el juez de línea. Optó por hablarle, y de pronto, con la mayor cordialidad, le pidió prestado el pañuelo-bandera. Sorprendido, el línea se lo dio. «El Mono» se sonó con él sus fosas nasales con fuerte resfriado, y se lo devolvió. En esas épocas nadie quería jugar de arquero...

27. LA NOSTALGIA, QUE NO ES MODA, ALCANZÓ AL FÚTBOL LOCAL (*FRAGMENTO*)

La Opinión, 05/04/12

La vincha. El **Caras y Caretas** como canillera. Las rodilleras para el arquero. La boina. La pelota con tiento. La camiseta con cordones. El pantalón de terciopelo. La tobillera. La valija del *crack*, como instrumento de entrada gratuita al estadio del pibe más atrevido a pedírsela. El «centro académico». El escupitajo del arquero en sus propias manos, como unguento para templarlas, ante un inminente shot de temible fuerza. La tricota del guardavalla, con cuello -puño. La gorra con alambre, para el arquero elegantón.

Las hurras de homenaje al adversario, como saludo al público, dirigidas por un capitán que los requería con tres «¡Hip, hip, hip!». El referee vestido totalmente de blanco, y con pantalones largos. Los linesmen puestos por cada bando, entre voluntarios ocasionales. La **Bicicleta** (Calomino). La **Marianela** (Juan Evaristo). La **Palomita** (Pablo Bartolucci). La **Chilena** (los chilenos, durante su primera actuación en Buenos Aires, allá por los años 20). Los equipos que vestían uniformados sacos de calle para entrar en la cancha, como detalle de gran elegancia (Estudiantes, en los años 30; el seleccionado argentino en el Mundial del 30; Independiente, por el 38). Los chicos mascotas (hasta perros hubo como tales; por caso, **Napoleón**, el de Atlanta). Los capitanes intercambiando ramos de flores, antes del sorteo de arcsos.

Y seguramente muchas más. ¡Cuántas cosas desaparecidas tiene el fútbol! Su nostálgica remembranza no autoriza a decir que los correspondientes a todas esas desapariciones eran tiempos mejores. A lo sumo, se puede decir que éramos más jóvenes quienes tuvimos la dicha de vivirlas, como exponentes de tiempos que socialmente eran peores, si se trata de medir los niveles de vida a través del confort material. Lo que sí fue mejor es el fútbol, entre otras cosas mejores que deparaba una vida con mucho tiempo libre para el ocio.

28. EL CENTROJÁS SE SUICIDÓ AL AMANECER (LA HISTORIA DE ABDÓN PORTE)

El Ratón de Occidente, septiembre de 1976

No fue un hecho sensiblero, y tampoco fue usado, jamás, para explotaciones comerciales como las hechas con la muerte de Gardel o intentadas con la muerte de Julio Sosa. El suicidio de Abdón Porte fue sobrio, respetuosamente tratado y archivado, en aquel momento. Nunca se hicieron guitarreadas en torno de su muerte, seguramente demencial pero no por eso carente de las grandes resonancias sentimentales y filosóficas que dejó su determinación asombrosa para todas las épocas.

De Abdón Porte no se ocuparon los comerciantes de la cursilería, sino el escritor Horacio Quiroga, que por entonces ya residía en su casa argentina de Misiones, consagrado a escribir sobre la selva y el río. La revista «Atlántida», de mayo de 1918, el mensual argentino de mayor jerarquía de la época, le pidió a Horacio Quiroga que se ocupara del suicidio de Porte, y Quiroga lo hizo diciendo «... **lo que llevaban a pulso por espacio de una legua, era el cadáver de una criatura fulminada por la gloria, para sufrir lo cual es menester haber sufrido mucho tras su conquista. Nada, menos que la gloria, es gratuito. Y si se la obtiene así, se paga fatalmente con el ridículo, o con un revólver sobre el corazón**».

Es el caso-récord mundial de amor a una divisa deportiva. Abdón Porte, centre half de Nacional de Montevideo, desde 1911 a 1917, también de las selecciones uruguayas, se suicidó con un balazo en el corazón en su puesto de la cancha del Parque Central, en el amanecer del día 5 de marzo de 1918... ¡porque lo iban a excluir del equipo y su vida ya no tenía sentido si no podía servir a Nacional! Allí la «garra celeste», periodísticamente proclamada recién en 1935, en Lima.

El heroico y mundialmente único fútbol uruguayo está poblado de leyendas hechas realidad. Tiene los cuatro títulos mundiales. Tiene el primer canto del poeta al héroe del estadio futbolístico («**Polirrítmico dinámico a Gradín**», del peruano Parra del Riego, por Berta Singerman). Tiene conseguido a patadas que el mundo incluyera al Uruguay en los mapas. ¿Qué cosa admirable o inverosímil no pasa por el fútbol uruguayo? También registra este caso realmente estremecedor.

El perro del canchero de Nacional lo localizó muerto a Abdón Porte. Fue a buscar a su amo, y lo llevó hacia el sitio del centrojás elegido por el suicida. La decisión estaba acompañada por una carta. Pedía que se lo sepultara junto a sus excompañeros de club, los hermanos Bolívar y Carlos Céspedes, otros dos próceres tricolores, muertos por una epidemia con muchas víctimas fatales en el Uruguay. La solicitud fue inmediatamente complacida. El fútbol uruguayo fue siempre buen custodio de este tipo de valores sentimentales. Todo lo emotivo es atesorado por ellos como

riqueza nacional espiritual.

Originariamente, Porte había jugado para Colón y Libertad. Se incorporó a Nacional en 1911, debutando contra Dublín en el puesto de zaguero derecho. Desde el siguiente año, sería el centre half titular, con asombrosa constancia, durante seis años ininterrumpidos. Aún se lo ve integrando el primer equipo tricolor en un amistoso del 3 de marzo de 1918, primer partido del año, que Nacional gana 5-1 a Charley. Dos días después, Porte se suicidaba.

Dos teorías discutieron su decisión: la de que estaba mentalmente enfermo; y la de que no resistía moralmente su inminente exclusión del equipo, en el que ya se pedía la titularidad de otro grande del fútbol uruguayo, Alfredo Zibechi.

Los discursos de su sepelio tuvieron pasajes propios del fútbol heroico que había representado este «Indio» también llamado «**El Canario**», jugador eminentemente fuerte, pujante, luchador, con poco juego y enorme laboriosidad. Uno de ellos concluía diciendo: **«Camarada: sobre tu tumba depositamos tus compañeros una rama de olivo que ciña eternamente tu frente de vencedor, y del jardín de nuestra vida escogeremos para ti las mejores margaritas a fin de que te lleven con su aroma el recuerdo inolvidable de tus compañeros. Descansa en paz».**

Luis Scapinachis, exfutbolista, amigo de Porte, dice en su libro «Gambeteando frente al gol» (Montevideo, 1964): **«“El Canario” quería a Nacional con pasión. Soñaba con el cuadro pujante de los Céspedes, dándole todos sus bríos, sus entusiasmos, y por último, su vida, suicidándose en el medio del field del Parque Central. ¿Por qué se mató? Porque anidaba en su corazón y en todo su ser, el deseo de vestir siempre la tricolor, y cuando empezaron a flaquearle las piernas cargadas de victorias, ante la cruel perspectiva de ser eliminado del conjunto, optó por eliminarse».**

Sea consentida una metáfora dentro de lo inédito del episodio: de gestos como este, el fútbol uruguayo está lleno, pese a que en su historia solamente hubo un único Abdón Porte suicida por verse fuera del puesto de su obsesión por el fútbol. Y digo que está lleno, porque el fútbol uruguayo se hizo grande con ese tipo de interpretación del fútbol como hecho condicionante de la vida. Uno de los comentarios periodísticos que acompañó a Porte en su partida decía: **«Si el ejemplo, si la enseñanza, si el sacrificio, no es algo que se va definitivamente con la materia, es entonces la hora de decir que Porte deja una escuela de principios...».** Realmente cierto. Aquel acto de locura, acaso de enfermo digno de lástima, era el efecto de unos principios por los que no parece sensato morir ni jamás se reclamó la ofrenda de ninguna vida, pero que encontraron en ese «Indio» fuerte, alto, quizá mentalmente muy limitado, un intérprete del más alto nivel emocional, que como tal dejaba efectivamente aquella lección. Y no tanto para el fútbol, cuanto para otros menesteres más importantes de la vida. La lección, desde luego, ni apuntaba a la apología del suicidio, que afortunadamente no tuvo hasta ahora imitadores dentro del nivel de Abdón Porte. Pero sí apuntaba a lo que los uruguayos

cubrieron históricamente con mil demostraciones diferentes, heroicas todas, demostrativas de que la lección de Porte les había llegado muy fuerte, tratándose de lo que se dio en llamar el amor a la camiseta. Que no es otra cosa que el amor a la dignidad. Y Abdón Porte la tuvo en el más alto nivel que podía ofrendar su desesperación en medio de su limitado alcance intelectual.

No hay país más grande que el Uruguay que haya hecho, en fútbol, lo que los uruguayos hicieron siendo los más chicos, y por eso mismo, los más grandes. Es que todo lo superlativo del fútbol uruguayo, tuvo grandeza por la inmensa cuota sentimental que hizo siempre mayores a sus grandezas, sus leyendas hechas realidades. La conciencia de ser chicos, de ser pocos, de ser pobres se transmitió tan fuertemente de unos a otros en ese pueblo, que obró como un factor más determinante del matiz heroico que siempre alcanzaron su hazañas en fútbol, que así se hizo un preceptor de la misma vida uruguaya. Se hicieron fuertes por ser chicos, pocos y pobres. Y al fútbol encararon como un dogma de la disciplina social para enfrentar a la adversidad. Y ciertamente que el fútbol sirvió a esa consigna. En él tomaron aliento los uruguayos para soportar la obligada humildad de su vida diaria.

Como argentino, confieso mi gran admiración por ellos. Siempre les envidié que nosotros, justamente por ser territorialmente grandes, materialmente ricos, y demográficamente muchos en relación con ellos, no hayamos sabido encarar los años fáciles con aquella filosofía de humildad que hace doblemente sabrosas a las conquistas de lo que impone lucha y sacrificios. Los uruguayos tienen desde 1918 el único caso en el mundo de un jugador de fútbol que se **¡suicida en su sitio habitual en el campo de juego...! ¡Porque lo van a sacar del equipo al iniciarse su decadencia!** Y de aquel gesto, los uruguayos tomaron un modelo de dignidad.

Esos gestos no se organizan. Ni servirían si se hicieran con cálculos de repercusión en los demás. Esos gestos valen cuando se producen con la espontaneidad, el anticálculo, y la plena sinceridad de las cosas emotivas que llenan nuestras vidas. Es recién allí que ese tipo de héroes pasa a ser monitor de conductas colectivas, de sentidos filosóficos y éticos de la vida, como los uruguayos acreditaron ante todo el mundo pateando una pelota de fútbol, con la que realmente ¡a patadas! entraron en la geografía universal. Como que en 1924, en París, debieron fingir que hacían acto de respeto ante su himno mientras los franceses hacían escuchar una **marchinha brasileña** que creyeron era la canción patria de Uruguay... cuya bandera izaron al revés porque tampoco la conocían (el sol estaba para abajo...).

Todo eso no los hizo sentir desafiados como machos. Los hizo sentir desafiados como pequeños, como pobres, como humildes. Y allí fue que aprendieron a desafiar esa realidad jugando al fútbol, pateando un cuero inflado al grito de una dignidad rebelde como aquella de:

—**¡Arriba, muchachos, que a estos crudos los tenemos cocinados!**

O aquel otro de...

—**¡Vamos a ganar porque tenemos que ganar!**

A esos gritos nunca los dicta la plata, sino la dignidad. Puede parecer tangolería. Puede que lo sea. Pero a ese pueblo todo eso le hizo bien. No lo hizo chabacano. Lo hizo luchador, sufrido, dignamente humilde. Y entonces sus alegrías tuvieron sobradas razones para multiplicar el alcance y el sabor de la felicidad. Porque los manjares que se disfrutaban espaciadamente siempre tienen mucho mejor sabor que aquel manjar que los ricos comen todos los días. Valoriza mucho más, las pocas cosas dulces de la vida, el pobre que el rico. «La miseria migliora al poppolo», dijo Benedetto Croce (y el fútbol profesional lo prostituye, digo yo).

Carlos Manini Ríos, hijo de un diplomático, narra su recuerdo infantil del primer título mundial de los uruguayos en 1924, y describe a su padre, ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay, en aquel día inolvidable, escuchando los parlantes callejeros que emitían telegramas de París, de esta manera:

«El Ministro también estaba en suspenso mientras redactaba un borrador con su escritura fuerte y abierta, en letras que se desdoblaban porque la presión de la mano abría la punta de la pluma. Escuchó a Corney (el relator Liberto Corney) gritando ¡goooooollll...! ¡goollllllll!, ¡goooooollll! en el mismo momento que don Fermín Carlos de Yéreguy entraba a su despacho con una carpeta en la manos.

—¡**Rasquetita!** —le gritó el Ministro al asombrado Introdutor de Embajadores, que no atinaba a comprender aquella entusiasta explosión.

—¡**Rasquetita!... ¡Gol de Rasquetita!...** —insistía el Ministro.

—¿Quién es Rasquetita, señor Ministro?

—¡Si no sabe quién es Rasquetita retírese del despacho!

En el estrecho corredor, el espantado Yéreguy tropezó con el entusiasta elenco de colaboradores del Ministro, que venía a congratularse, y exclamó:

—Están todos locos. Esto no tiene ni pies ni cabeza. Trastornar a Relaciones Exteriores por un asunto de patadas a una pelota...

Cuando minutos después se supo que aquel gol de **Rasquetita** (Héctor Scarone, hermano de Carlos, El Rasqueta) había sido de penal, el Ministro se sintió un poco defraudado, porque no le gustaban del todo los goles de penal, aunque fueran bien cobrados. Le gustaban los goles de cancha, y especialmente los de habilidad y colocación, más que los de feroz pelotazo...».

La nacionalidad uruguaya se plasmó, durante muchos años, sobre todo cuando no se hablaba de dinero, con un fútbol así interpretado, tanto por un desgraciado Abdón Porte como por un ilustrado Ministro de Relaciones Exteriores. Cada cual a su manera, los dos de una misma manera: con la dignidad por delante. La dignidad de chicos, de pobres. Nosotros no tuvimos el mismo aporte de nuestros ídolos de los estadios.

29. PASIÓN Y MUERTE DEL TERRORISMO EXPRESADO EN MOTES FOLKLÓRICOS (LOS GRANDES APODOS)

La Opinión, 15/07/76

Mote: máxima o frase breve que necesita explicación. La que llevaban como empresa los antiguos caballeros en los torneos. El diccionario de la lengua española pareciera haberse escrito con una vaga inspiración en el fútbol de los héroes con apodos impresionistas, casi terroríficos para la imaginación popular. Los héroes en cuestión generaron una **apodología** que hizo obligada por un consumo deportivo justamente muy ligado al heroísmo porque estaba menos asociado a la profesionalidad. Aquellos seductores lo eran por emotividad.

Por razones solamente comerciales, hay en los últimos años del boxeo una tendencia al autoapodo terrorífico con fines de seducción de multitudes que, por su parte, no participan de modo tan espontáneo como antes en tales bautismos. La multitud intervino para adjetivar a **El intocable, El Torito de Mataderos, El Toro Salvaje de las Pampas**, etc., pero no lo hace para denominar a los actuales boxeadores **Metralleta, Mantequilla, Cloroformo** y otros sinónimos de destrucción en sus puños.

Esto es: el apodo deportivo está hoy más condicionado a la programación comercial del deporte, que a las sensaciones que las multitudes retransmiten a través de aquellos apodos que surgen de sus informales ocurrencias.

El fútbol es particularmente representativo de una aguda crisis en ese campo de la creación dialéctica. Se están terminando —pese a la actual existencia de un **Rey** o una **Bruja**— los apodos futbolísticos de contenido heroico en unos casos; de gran vuelo humorístico en otros («**las hermanitas Legrand**» para Marante y De Zorzi); de exaltación de lo magistral en muchos más.

Un índice de esa extinción de seducciones semánticas a través del ingenio en la apodología, lo ofrece el hecho de que **Los matadores** de San Lorenzo de 1968 sean quizá los últimos receptores de aquellos bautismos impresionistas que no obstante fundarse en la metáfora o una sobrecarga de imaginación, le ponían, sin duda, al fútbol, un matiz de atracción que hoy no tiene.

Porque no es lo mismo ir hoy a ver a **El Beto, El Ronco, El Pepona, El Conejo**, que ayer a **El Mortero de Rufino, El Machetero, El Corsario Negro, La Saeta Rubia, Los Guerrilleros, Los Pistoleros, El Poeta de la Zurda**, o tantos otros que recibieron apodos mucho más seductores que los tomados del diminutivo familiar, de alguna característica fisonómica o física del jugador.

Parece obvio que pagar un peso por ver al **Diamante Negro** o al **Divino**, cuando no a **El Mago** o a **El Pibe de Oro**, es tener la sensación de que el dinero se invierte

mejor que si pagamos la misma suma por ver a **Coco, Pocho, Perico, El Rata o El Nene**.

Es indudable que aquella apodología (en la que mucho hizo el diario **Crítica** junto al pueblo) brindó un servicio muy estimable a la seducción del fútbol. Es cierto que había generosidad en los ampulosos calificativos adjetivos que se encontraban para rebautizar a los ídolos de los estadios. Ningún jugador fue de oro, ni fue un león, ni una fiera, ni un tigre, ni una cortina, pero es justo advertir que aquellos generosos dispendios de imaginación llevada a la jerga callejera no se daban así porque sí. Tenían su administración más o menos organizada, de modo que el receptor hiciera honor al riesgo que siempre supone bautizar a alguien como *crack* si luego ese *crack* resulta un jugadorcito. No se regalaban totalmente, aquellos regalos. Se conquistaban primero. Y por eso entraban en el ánimo abierto para la seducción de quienes consumían esos apodos con fruición de partidarios o con respeto y casi temor de adversarios de la divisa del impresionista apodo salvaje, heroico, o superintelectualizado (**Los Profesores, La Academia, Los Caballeros, El Poeta de la Zurda**).

Pienso que al margen del buen o mal fútbol que se jugó antes, y especialmente tratándose de espectadores jóvenes, con imaginación abierta a la ilusión homérica, el fútbol ya empezaba siendo «más lindo» con aquella oferta lexicográfica que tanto explotaba **Crítica** y todos los medios de difusión exaltaban con los méritos netamente deportivos del contenido de aquel continente.

Ahora, para darle al deporte ese matiz, ese ingrediente emocional, se necesitan programadores publicitarios o encargados de relaciones públicas que intercalen a los nombres y apellidos originales aquellos rebuscados sinónimos de fiereza de los boxeadores que ya no reciben ese servicio del público.

Al fútbol no ha llegado aún el sistema promocional de tales boxeadores militantes en el *show* mundial de una ficción agresiva. Pero más allá de si el fútbol usará o no ese recurso de promoción siempre efímera, es evidente que tal extinción de apodos heroicos, bravíos, **matadores**, tiene mucho que ver con la extinción de los merecedores de recibirlos. Tiene mucho que ver con la disminución numérica (delanteros) de los encargados de sacudir a los espectadores levantándolos de sus asientos, y el incremento también numérico (defensores) de quienes dentro de la naturaleza del fútbol tienen asignado el rol del antihéroe.

No es posible decir que haya declinado el ingenio popular para bautizar ídolos. Al ingenio le están faltando ídolos a lo que poder bautizar con aquel impresionismo de **Bernabé La Fiera, el Mortero de Rufino, El trampolín invisible, Flecha de oro, El Payador de la Redonda o El Maestro**.

Parece que todo el origen de esa decadencia de la apodología heroica, impresionista, conmovedora y muy seriamente tomada pese a ser muy risueña está centrado en una sola causa: si no hay jugador que rompa el común denominador, no hay apodo que pueda sobrepasar el apodo de su intimidad, de sus rasgos físicos, de

sus costumbres o sus actividades ajenas al fútbol. Bernabé Ferreyra llegó como **El Ñato**, tan vulgar como **Flaco, Beto, Toto, Pocho** o **Pancho**. Pero en cuanto empezó a jugar... impuso a patadas que se lo llamara **La Fiera**. Mientras lo lindo no mejore, aquello seguirá inmerso en el nostálgico pasado. Del cual aquí tenemos algunas muestras de tan generosa **apodología** ciudadana.

Los apodos que más perduraron

La Maravilla Elástica (Angel Bossio) • **Cortina Metálica** (José Botasso) • **El León de Wembley** (Miguel Rugilo) • **La Fiera** (Bernabé Ferreyra) • **Los Caballeros de la Angustia** (delanteros de River Plate 41-46) • **Los Profesores** (delantera de Estudiantes de La Plata 30-31-32) • **El terceto de oro** (Farro, Pontoni, Martino 1946) • **El pibe de oro** (Ernesto Lazzatti) • **Cabecita de oro** (Cándido García y Roberto Cherro) • **Las hermanas Legrand** (Marante y Dezorzi) • **El Atómico** (Mario Boyé) • **La Saeta Rubia** (Alfredo Di Stefano) • **El Mortero de Rufino** (Bernabé Ferreyra) • **Cañoncito** (Francisco Varallo) • **El piloto olímpico** (Manuel Ferreira) • **El Poeta de la Zurda** (El Chueco García) • **La voz de América** (Néstor Rossi) • **El Corsario Negro** (en Italia, Enrique Guaita, argentino, ex Estudiantes de La Plata) • **El gol de la agonía** (los goles de último minuto de Francisco Varallo en Boca Juniors) • **Doble Ancho** (Luis Monti en San Lorenzo, por su gran textura pectoral) • **Perico I** (José Marante) • **La Academia** (Racing, por su fútbol de 1912) • **Los carasucias** (Maschio, Angelillo y Sívori 1957) • **Boquerón** (Benítez Cáceres, como símbolo de la guerra del Paraguay y puntal en Boca, según la célebre batalla de Boquerón, apropiadísima a un gran Boca) • **Tres Pulmones** (Pedro Chalú, por su dinamismo) • **El Machetero** (también Benítez Cáceres, en relación con el arma dominante en la guerra paraguayoboliviana, y su shot equivalente a un *swing* con machete) • **El Ballet Azul** (Millonarios de Bogotá 49-50-51) • **Tarzán** (Fernando Bello) • **Don Pedro del Área** (Dellacha) • **El Tanque** (Alfredo Rojas) • **El Fortín de Villa Luro** (estadio de Vélez Sarsfield) • **La Ciudadela** (cancha de Atlético de Tucumán) • **La Caldera del diablo** (estadio del Manchester United) • **El Leoncito** (Natalio Pescia) • **El Fantasma** (Artime, Iuzzolino y Benito) • **El Comisario** (Juan Carlos Colman, en Boca) • **Capote** (Vicente de la Mata) • **El Gasómetro** (cancha de San Lorenzo) • **La Bombonera** (cancha de Boca) • **El Monumental** (cancha de River Plate) • **El Ciclón** (San Lorenzo) • **Los Pistoleros** (línea de ataque de Gimnasia y Esgrima de Santa Fe en 1931, Magán-Salas-Loyarte) • **El Macho** (Genaro Cantelli y El Chueco García) •

El Expreso de La Plata (Gimnasia y Esgrima 1933) • **El Lobo** (Gimnasia y Esgrima 1962) • **Los Matadores** (San Lorenzo 1968) • **El Marqués** (Fernando Paternoster y Rubén Sosa, ambos de Racing) • **El Payador de la Redonda** (Gabino Sosa) • **La Bordadora** (Vicente Zito) • **Mineral** (Nardini, puntero de Boca Juniors en 1933, según un caballo invencible por su velocidad) • **El Negro Jefe** (Obdulio Varela, uruguayo) • **El Maestro** (muchos, entre otros Nolo Ferreira, Gabino Sosa, Pedernera, el uruguayo Piendibene) • **El Gardel del Fútbol** (en Colombia, a Adolfo Pedernera) • **Flecha de Oro** (Miguel Ángel Lauri, de Estudiantes de La Plata) • **Los Millonarios** (River Plate) • **Hacha Brava** (Rubén Navarro, de Independiente) • **Los Diablos Rojos** (Independiente) • **El Patrullero** (Ernesto Vidal, en Peñarol de Montevideo).

30. FÚTBOL DE ANTES, FÚTBOL DE AHORA

Fletes, febrero-marzo de 1974

Solamente dicen que uno era mejor. Que el otro es malo. Es verdad. Pero no basta como explicación. Intentemos una más concreta. La encuentra en media hora de juego «**de ahora**» quien haya sido testigo «**de antes**».

«Antes» es 1925 a 1950. «Ahora» es 1950 a 1973. Los límites se definen por el año en que se pone en vigencia la actual Ley de Fuera de Juego y se produce una avalancha de creadores con talento. Y por el año en que por emigración de los 50 mejores jugadores argentinos se desata del fútbol de los que hacen jugar desde afuera de la cancha, y para poder hacerlo como primeros actores, empiezan a quitarles delanteros a las delanteras, para pasarlos a la defensiva, y ralean al jugador de talento para darle preferencia al jugador de autómatas obediencia que ellos prometen «hacer». Así nació la comedia actual.

Aquellas son las diferencias que podríamos llamar filosóficas del fútbol «**de antes**» y «**de ahora**».

Vayamos ahora a las del juego propiamente dicho, con una advertencia: **malos** jugadores y **malos** partidos también los había cuando el fútbol era **bueno**. Difícilmente, hoy, se da esa excepción al revés: **grandes** partidos y **grandes** jugadores en medio de un fútbol **malo**.

Hoy: la parte ofensiva del juego está librada a uno o dos pescadores de pelotas largas que juegan a suerte y verdad la chance de superar a cinco, seis, siete que esperan. Por eso no hay goles.

Ayer: la parte ofensiva del juego estaba coordinada por tres, cuatro, seis, y también siete jugadores, que en sucesivos toques en velocidad y con todos hacia adelante, culminaban, o llegando por el medio en sucesivos pases cortos que remataba **el atacante que quedaba más atrás de la jugada**. Por eso había goles y no había offsides.

Hoy: la obtención de un tiro libre es la más sólida posibilidad de gol. Como si fuera golf, no fútbol. O tiro al blanco.

Ayer: un triunfo logrado a través de un tiro libre tenía cierto dejo de deshonra, manchaba un poco una victoria. El mérito era llegar al gol limpiando previamente el camino hacia el arco. Cosa que resultaba igualmente factible como es hoy, para siete defensores, anular a un delantero solitario, puesto que los delanteros difícilmente quedaban en minoría numérica respecto de los defensores, que, hay que aclarar, no eran cinco, sino todos los que resultaran necesarios para producir el amontonamiento defensivo que «embotelle» a quien domina el juego.

Hoy: se confunde «**marcar**» con «**esperar**».

Ayer: se marcaba a la hora de defender, se dejaba la marca y se respaldaba al

atacante a la hora de atacar. Se subía y bajaba.

Hoy: el jugador está mucho más entrenado físicamente. Pero para el caso de tener que correr 100 metros. En la cancha, no tiene lugar ni ocasión para demostrarlo. Nadie juega en más de 30 metros de cancha.

Ayer: el entrenamiento físico era menor, sí, pero el despliegue físico del jugador mucho mayor (y además sin cambios de jugadores), puesto que desde zagueros con 30 metros de campo a cubrir, pasando por volantes con 50 metros, y llegando a interiores con 70 metros de subida y bajada, la movilidad era muy superior a la de hoy.

Hoy: el juego es mucho más lento, por momentos adormecedor, y según las procesiones de demoras de arqueros, pases laterales, retrasados, etc. De 90 minutos se juegan 30 minutos. El resto es chicanería.

Ayer: el juego era de una velocidad electrizante, de la que, como última versión, tuvimos lo que hacían Pelé y Coutinho.

Esas son las diferencias, edades aparte, sentimientos aparte.

IV
TRES POSTALES DE LOS SESENTA
(DOS PARTIDOS HISTÓRICOS Y UN CRACK)

Son tres ejemplos como podrían haber sido otros. Pero estos tres casos seleccionados representan contundentemente el estilo y las ideas de Panzeri aplicados al hecho específico, al comentario del partido reciente. De cómo se aleja de los lugares comunes y de cómo derrumba algunos mitos.

Analiza un partido histórico como el Boca 1-River 0, el partido del penal atajado por Roma a Delem que dio lugar al célebre aforismo del árbitro Nai Foino: «Aire, aire. Penal bien pateado es gol». Se jugaba la penúltima fecha del campeonato de 1962. River, con 39 puntos, compartía la punta con Boca. Pero llegaba con ventaja sobre Boca en un posible desempate. Le bastaba con no perder. Casi al final del partido, se dio el penal que le daba el empate al visitante y el virtual campeonato. Panzeri analiza el partido, lo disecciona. Y carga contra Delem, por su endeblez, no por la ejecución del penal. Y contra un árbitro localista. Cuando uno espera —luego del análisis del partido y de la repartija de culpas en el bando perdedor— la celebración del campeón, el equipo más popular del país, encuentra que Panzeri afirma que el partido tuvo un «justo derrotado y un vencedor del azar». Y que tanto el campeón de 1962 como los anteriores cuatro campeones del fútbol argentino, se limitan a decir «ganamos». Ninguno puede agregar «bien».

El segundo caso es la famosa final de la Copa Libertadores que River pierde en Chile contra Peñarol de Montevideo. Los Millonarios ganaban 2 a 0 pero terminaron derrotados. La imaginería popular atribuyó la derrota a un mal cambio del director técnico, Renato Cesarini y a una canchereada de Amadeo Carrizo cuando River se encontraba en ventaja. Un mediocampista de Peñarol sacó un largo pelotazo hacia sus delanteros (los legendarios Joya y Spencer). Amadeo Carrizo salió del área, anticipándose, como había hecho cientos de veces antes. La pelota picó alto, Amadeo la paró de pecho con elegancia y eficacia, y cuando llegó al piso con toque seco la depositó en la suela de su marcador lateral izquierdo. La leyenda atribuye a ese gran gesto técnico (infrecuente en la época) el comienzo del fin. Que fue una especie de subestimación del rival que enfureció a los bravos uruguayos y al público chileno, neutral hasta ese momento. Panzeri, que siempre destacó la capacidad técnica de Carrizo pero criticó duramente (a veces hasta con saña) sus problemas anímicos, disecciona en el artículo el trámite del partido. Se sorprende con la interpretación de los hechos que se dio en Buenos Aires. Lo que nos muestra ese artículo es que Panzeri siempre actúa del mismo modo. Cuando el mito se impone para consagrar a quien no lo merece (como Rattín y la selección nacional en el Mundial 66) o cuando se ensaña inmerecidamente con alguien aun cuando el personaje no fuera de su agrado (recordar su añeja enemistad con Renato Cesarini). No comparte exageraciones ni simplificaciones. Demuestra que su compromiso es con su verdad.

El tercer caso es la celebración de «Rojitas», Ángel Clemente Rojas. Su aparición lo esperanza. El fútbol en estado puro está en ese chico con la gambeta natural (con «Dios en la cintura», definió alguien). Se entusiasma Dante. «Rojas es un jugador capaz de levantar al fútbol argentino».

31. BOCA 1-RIVER 0: EL DÍA DEL PENAL DE DELEM

El Día, 11/12/62

Boca fue al partido con River con conciencia de no poder jugar.

No bastan para eso Menéndez y Marzolini. Máxime estando quienes están alrededor de ellos. Simeone, Pezzi, Valentim, Pueblas, Silvero... Boca tenía a su favor las mejores condiciones para disputar dos puntos. Entre esas condiciones, la cancha. Que en nuestro ambiente —y en muchos otros— es buena voluntad del juez.

Entre esas mismas condiciones a su favor tenía Boca el doble filo de la promesa de un automóvil y 50 000 nacionales para cada jugador que ganara el campeonato y el partido. Por un lado, estimulantes. Por el otro, perturbadores de la tranquilidad en muchachos no siempre filosóficamente educados para recibir dinero «de golpe». Antecedente: partido de la primera rueda, el mejor de Boca en el año (45 minutos), Boca 1, River 3. D'Amico llegó a decirme: «Me los enloquecen con los premios especiales».

River fue con conciencia de poder jugar un poquito mejor al fútbol. Delem, Pando, Sarnari, Cap, acaso Varacka... Sí; futbolísticamente son más que el reducido arsenal de talentos de Boca. Hacen menos grave el contrapeso Artime-Echegaray-Roberto... y pueden permitirse que ande mal Ditro, que no ande bien Sáinz, más cerca de aquel núcleo que de este.

Pero con menos condiciones anímicas a favor: menos fuerza espiritual que sus «motorizados» adversarios; cancha «en contra»; conciencia de la facilidad con que los árbitros absorben el uuuuuhhhhhh de la bombonera.

Además, con otra preocupación: Delem. Esto lo supe el viernes. Me dijeron voces «muy autorizadas»:

—Sí, es un gran jugador, pero...

—¿Amargo?

—No; es guapo, no es amargo; pero cuando le toca recibir «le duele»; «no quiere»; si le dan de entrada nos puede pasar lo peor: que quede en la cancha pero desaparezca del partido.

En Boca se sabría algo de esto. Orlando lo conoce bien a su compatriota. En River esperaban que a Delem no «le doliera»; en Boca esperaban poder que a Delem «le doliera». River sin Delem no anda. Boca sin «Delem» andaría mejor.

Los jugadores de ambas partes se conocían recíprocamente en todos estos pormenores. Para los dos bandos el lunes era el día más deseado. El domingo estaba destinado a sufrir. Se ganara o perdiera, sufrir.

No compartimos la frase hecha (o la obligación de construirla en estos casos) de... «en los clásicos Boca-River nunca se juega bien al fútbol».

Lo hecho en el curso de todo el año por estos dos aspirantes máximos al título, anticipaba mal partido. Difícilmente pueden jugar bien —y con menor razón en el clásico más nervioso del fútbol argentino— quienes no lo hacen bien sino a ratos en todo un año. Por caso: 45 minutos Boca contra River en la primera rueda; 30 minutos River contra Racing en la segunda. Algún otro «ratito» y basta... Esos son los aspirantes a campeón. Es decir: ese es el fútbol argentino del momento.

Este clásico no podía aportar buen fútbol porque no había jugadores para aportarlo, no porque fuera clásico.

Pocas veces coincidieron tan plenamente posibilidades y hechos, pronósticos y concretos. Se jugó tan mal y tan poco bien como lo anticipaban aquellos elementos de juicio. Pero mucho más. El automóvil y los 50 000 se manifestaron rápidamente: al iniciar el partido, Boca estaba mucho más nervioso y desubicado en el campo que River. Sin conseguirlo, River intentaba jugar ese poquito más de fútbol para el que parecía estar dotado. Y mentalmente estaba mucho más apoyado en la cancha que Boca. Más tranquilo. Boca constantemente más nervioso.

A los pocos minutos ya estaba consumado el «no cuenta» de Delem. Se encargó Orlando... Delem empezó a negar su pierna derecha contra el suelo. «Le dolió». Se quedó con el dolor. Lo peor que le podía pasar a River. Lo mejor —a esa altura del partido— que podía conseguir Boca. Fue una patada (el vocablo no es académicamente correcto; futbolísticamente, con el propósito que en estos casos son usadas las piernas, sí lo es). Aquella misma «patada decisiva» que en los clásicos pasados podían descargar Vaghi o Marante sobre Sarlanga o Labruna... mientras se jugaran los primeros 5 minutos del partido.

Nuestros jueces en general consideran «temprano» dar penal a esa altura del juego. Después puede ser... Vaghi y Marante lo sabían. Después lo aprendió Colman. El objetivo: amedrentar; no matar, ni quebrar, ni lastimar. Sencillamente: dar lo que llaman «la primera trompada». Recordar: «estamos en casa y ustedes en casa ajena».

Orlando dio aquella patada de Vaghi... a Delem. Fue muy importante para el partido. Psicológicamente River perdió a su acaso mejor jugador. Al jugador que en este momento mejor domina el cambio de frente en el fútbol argentino. Al jugador más capaz de colocar a alguien en posición de gol con un pase sorpresivamente sacado en medio giro o en perfecto golpe de pelota (con las dos piernas) hacia el flanco que nadie espera. Delem «no quiso» desde ese momento en más. Delem dijo «me duele».

Boca no se tranquilizó por esa baja del adversario. Siguió jugando muy nervioso. Y mal. Pero sí menos angustiado. Su mayor problema ya no contaba en el partido con la gravitación de antes del partido. Delem no es amargo... en el medio campo. Puede que sea la explicación de que Delem «no termina» nunca de ser un gran jugador como lo indica su manejo de pelota y sentido del pase... porque todo lo genial de su medio juego suele diluirse en el tramo final. Evidente: se diluye su ánimo; «le duele». No en vano del futbolista brasileño se ha hecho la fama de «amargo». Orlando lo

sabía.

Desde allí Delem no buscó a otros ni buscó que lo buscaran. Siguió destinando bien lo que recibiera. Pero probablemente más deseoso de no recibirla que de recibirla. Cuando le llegaría la ocasión de redimirse, ella solo le sirvió para hundirse más. Sus llantos son muy comprensibles.

A pesar de esa baja importante en su reducido núcleo de capacitados para llegar al gol preparando el claro, River tuvo el mérito de mantener tranquilidad. De ánimo y de juego. Tocó y buscó dentro del sector Cap-Varacka-Pando. No podía llegar a más profundidad estando Sarnari esclavizado en la destrucción del destructor (sobre González más cerca de Sáinz que de Pando y Delem); estando Delem con un cartel que decía «no quiero». Pero respetó una línea de fútbol asociado, y aunque no la cristalizó... se mantuvo fiel a ella. El partido se le presentaba mejor a River aun con aquel cartel en la espalda de Delem. Entre dos que no jugaban, River intentó hacerlo.

En el partido de los nervios, River se atrevió a hacer un partido de fútbol. Insisto: no lo logró. Su red de operaciones, muy bien dirigida por Varacka, terminaba en un Pando bloqueado por adversarios y sin compañeros que se le acercaran. A Delem «le dolía», Sarnari estaba en otra cosa. Boca, el automóvil, los 50 000, por un lado...

Silvero, Orlando (bastante parecido a Silvero, no solo su estampa, también en fútbol), Simeone, Rattín (me gustó una definición acerca suyo: «jugador de cancha sucia»), Pueblas, Valentim, Pezzi, por el otro...

La filantropía de «Inocencio» Echegaray logró dos cosas: un resultado que todo River dudó de poder cambiar y del que todo Boca estaba muy convencido que no cambiaría aunque se jugara a finish de luz, aire y pelotas. Un tercero también se sentía muy cómodo en que así quedara: Nai Foino. Y aclaro: era el juez más indicado para este partido. Por su firmeza para imponer fallos. Pero sin dejar de ser un juez con todos los convencionalismos de nuestros malos jueces. Lo acreditó después.

La otra cosa lograda por «Inocencio» Echegaray fue que Boca siguiera jugando tan mal como hasta entonces (y como todo el resto del partido) pero más tranquilo, mejor pisado para esperar los 75 minutos que faltaban. Su tranquilidad se llamaba 1-0. La tranquilidad de River se llamaba «podemos jugar un poquito».

River siguió dominando el poco juego que allí se gestó. El juego que se iniciaba en Varacka, seguía en Cap y terminaba en Pando. Sobre el primer cuarto de hora del segundo tiempo optó Sarnari por venir a participar de ese núcleo. Tuvo importancia en dos jugadas. Poca importancia en relación a sus posibilidades. Además, no ganó una sola pelota trabando. Su pie fue siempre el más débil de los dos que se afirmaran contra el balón.

A pesar de todo esto, River lo tuvo a Boca permanentemente bajo su arco durante todo el segundo tiempo (no se consideran los minutos que siguieron al penal atajado por Roma; el partido terminó allí). Pudo ser empate. Pudo ser el vencedor del lance. Pudo ser el campeón. Pudo... pudo... pudo... No supo. Entonces: no mereció el empate, no mereció el triunfo, no mereció el campeonato. Si no supo no puede

merecer nada. Lo habría merecido Varacka, lo habría merecido Cap, lo podría merecer Pando... ¿Ellos son River?...

Dos grandes errores le dieron a Boca dos grandes puntos: el de la inocencia de Echeagaray y el de la ejecución del penal de River por el jugador anímicamente más disminuido de River.

Boca ganó gracias a River. Boca se defendió con diez que corrieron, uno que atajó un penal, uno que trabó muy bien entre aquellos diez: González. River perdió por factores que hacen a debilidades de River Plate y de los jueces argentinos.

Esto es: un justo derrotado y un vencedor del azar. Del azar de un bolillero que quiso que este partido se jugara en cancha de Boca, entiéndase bien. (Porque en la de River, Nai Foino no habría juzgado como juzgó en la de Boca).

Y un epílogo de campeonato a tono pleno con el campeonato todo: lo gana el que más lo mereció entre lo que se hizo en un comienzo; lo gana uno de los tantos que no lo merecerían por lo hecho al final.

El fútbol de esta época está hecho así. Obliga a reconocer como mejor a lo menos malo. Y ya llevamos cinco años en esta senda de mucho vestuario y poco contenido. Recordemos: 1958, Racing; 1959, San Lorenzo; 1960, Independiente; 1961, Racing; 1962, Boca. Cinco casos en que la satisfacción se limita a decir «ganamos». Cinco casos en que ninguno puede agregar «bien».

32. LA INDUSTRIA DE LA BRONCA: RIVER 2-PEÑAROL 4

El Día, 27/05/66

Los triunfos argentinos en el exterior, llegan hasta aquí magnificados, engrandecidos de virtudes que frecuentemente no tienen, a través del derecho que acuerda el «yo estuve». Mucho más, cuando la televisión no alcanza a interferir en esos testimonios calculadamente deformados desde micrófonos y cablegramas.

Desde que muchos de esos partidos tienen televisado posterior, aquellos perjuros no son tan descarados. No tantas pelotas «rozan travesaños» como se las hace rozar sin versión televisada. Los relatores radiales «se cuidan un poco».

—Cuidado que lo van a televisar —es consigna entre ellos. Y se procura algún mayor homenaje de la veracidad.

Si la inspección previa asegura que no habrá infidencias de imágenes... el macaneo es libre. «Se trabaja cómodo». Todas las pelotas rozan el travesaño.

Eso sucede con los triunfos.

Con las derrotas argentinas en el exterior, se practica una análoga, aunque reversible, «política patriótica». Se sabe que «allá en Buenos Aires hay una bronca bárbara». Y se instala en un minuto la INDUSTRIA DE LA BRONCA.

La industria de la bronca es gemela de la industria del éxito. Siempre con la idea puesta en que «la gente no sabe nada». Se la explota con el mismo medio del «yo estuve», que la enorme mayoría que no estuvo tiene que aceptar... porque no estuvo, no vio. Y los que vieron... industrializan lo que vieron y lo que no vieron. La industria de la bronca tiene como materia prima la histeria, la psicosis del enojo que quiere «culpables». Y que es tan demente como capaz, en tal demencia, de decir que «Panzeri tenía razón»... después de haberme jurado la muerte en algún estadio de fútbol, durante 364 días. Si en medio de tal psicosis hasta es posible que lleguen a decir que yo «tenía razón», es obvio que resulta mucho más fácil «embalar» a la opinión pública, como en estos momentos en que ella se ha lanzado hacia la localización de los culpables del Waterloo de River Plate, en Chile.

Que Cesarini.

Que Carrizo.

Que el cambio de Sáinz.

Que el público chileno en contra.

Volví de Chile unas pocas horas después del partido River-Peñarol. Eran las 2.30 horas de una madrugada sin gente en Ezeiza. Tan sin gente... que el pasaje debió esperar 20 inútiles minutos en el avión ya en tierra, para que un médico que se había ido a dormir regresara a certificar las constancias de vacunación. El médico no vino y entraron libremente al país todos los que eventualmente pudieran traer una ignorada

epidemia. Buenos Aires dormía, Ezeiza también... por que River había perdido. ¡No había médicos!

¡Y ya allí, pude oír los primeros efectos de las culpabilidades fabricadas por la audacia del sinvergüenzismo hecho «periodismo patriótico»! Oí hablar del «partido que perdió Carrizo».

Procuré no hablar con nadie para no verme en la obligación de ser bien educado en medio de muchos deseos de no ver a nadie que no fuera mi familia. Pero asimismo tuve que «informarme», por alguien que no había estado en Chile... que «el partido lo perdió Cesarini».

Al día siguiente... ¡la ciudad hecha velorio descargaba todas las culpas en Carrizo y Cesarini!

¿De dónde?

—¿No vio lo que dijo la radio, no ve lo que dice el diario?

Por televisión oí y vi el más desfachatado razonamiento «técnico» de la derrota. Tres industriales de «las corrientes populares» dijeron: «Carrizo hizo una compadrada, paró la pelota con el pecho, eso irritó al público chileno, y a partir de ese momento River jugó bajo un coro de silbidos adversos que agrandó a Peñarol y predispuso el ánimo del juez para seguir las simpatías del público, que se hizo uruguayo y ayudó a Peñarol a ganar».

Fue entonces que le pregunté a mi mujer:

—¿Yo estuve fuera de casa o estuve en casa, estos dos días?

—¡Así que eran mentiras que habías ido a Chile! —me gritó ella.

Retado por mi mujer por supuesto mentiroso; inseguro de haber visto en Chile lo que me ASEGURABAN por televisión que había ocurrido en Chile... ¡resolví llamar a un compañero de viaje!

—Che, ¿vos te acordás que estuvimos ayer en el partido de Chile, no?... Bueno, ¿me podrías decir si cuando Carrizo hizo aquella payasada el público chileno se puso en hinchas uruguayo y convirtió en local a Peñarol?

Mi amigo me colgó el teléfono malhumorado:

—¡Dejame de bromas que quiero dormir! ¿Acaso no sabés bien lo que pasó?

Entonces me fui yo a dormir. Y soñé. Soñé que Carrizo hacía una payasada poniéndole el pecho a un tiro de Rocha. Que el público chileno silbó. Medio minuto, o diez segundos. «Lo que corres pondría». Volvió al mismo silencio que mantuviera durante todo el partido. Aplaudió al rato el primer gol de Peñarol como antes los dos de River. Al momento aplaudió de nuevo a Peñarol, cuando se puso 2-2. Enseguida lo silbó a Peñarol por sospechar que los uruguayos querían perder tiempo para especular con el empate que les daba el campeonato por diferencia de gol. Volvió a aplaudir a los uruguayos en el tercer gol. Los silbó de nuevo en otra retención de pelota y tiempo. Los aplaudió otra vez en el cuarto gol. Todo eso lo soñé. Supongo que lo soñé, puesto que no es lo que dicen las versiones de los que «estuvieron» en Chile. Y yo... ya dudo de haber estado. Por eso: debe ser sueño.

Lo cierto es que Carrizo vuelve a ser, como hace ocho años en Suecia, el gran culpable creado por la industria de la bronca. Y yo —a través de mi sueño de espectador en Chile— me hago mi gran conflicto por la duda entre lo que vi y lo que cuentan quienes «estuvieron». Y me lo hago recordando que Carrizo fue una vez más el bobo asustado, después agrandado, después otra vez asustado... pero en ningún momento el culpable del quedo de todo River a cuidar el 2-0. Culpable de algún gol, sí. Pero no de la derrota. También me conflictuó recordando que Cesarini fue otra vez el artífice oficial de esa actitud de River... pero no por ello los jugadores que se pararon en la cancha a mirar cómo Peñarol usaba despacito y sin esperanzas la pelota... quedan eximidos de la culpa de haberse parado a mirar. De haber ellos jugado esa pelota, aun sin atacar nunca más, el partido no se perdía.

Pero como todo eso, aisladamente usado por cada «testigo presencial», se ha convertido en «la culpa» de que River perdiera, es allí que pienso que yo estuve soñando: no estuve en Chile. A Chile fue la INDUSTRIA DE LA BRONCA, que a veces es también la industria de los tiros que rozan el travesaño en los partidos que el fútbol argentino gana en el exterior. En cuyo caso se industrializa el patriotismo... que abrirá el mercado para la posterior vuelta a la industria de la bronca, según sobrevengan las duras realidades de la realidad que en definitiva el público tiene que conocer por sí mismo, nunca por los industriales de la bronca y los travesaños rozados. En Chile fue todo River el que perdió. Incluyendo los errores de Cesarini o Carrizo. Pero no Carrizo, no Cesarini a solas.

33. ROJITAS

El Día, 16/07/63

El hombre común se forma en dos universidades. La universidad que produce doctores. Y la universidad de la calle, que produce hombres.

En la formación del jugador de fútbol el proceso es parecido.

El jugador se forma en la universidad del fútbol que podría constituir un director técnico honesto. De los que hay pocos. De los que no enseñan 4-2-4, ni «triangulaciones», ni las cosas del género. De los que enseñan la más simple, mucho más difícil de realizar y mucho más fácil de comprender: jugar en terreno grande, hacer que el campo sea siempre grande, nunca chiquito como lo prefiere el adversario.

El jugador se forma en el propio trajinar por y con la pelota (el sinónimo de la calle ciudadana). La universidad de la cancha.

Pero hay una tercera etapa en la formación del jugador que es LA PRIMERA, siempre la básica, anterior a la Universidad del Director Técnico y la Universidad de la Cancha.

Es la Universidad del Instinto.

Yo creo que al fútbol argentino le ha llegado un jugador capaz de levantarlo. Es Ángel Clemente Rojas, el jugador en este momento más económico, más jugador y más importante de Boca Juniors.

Para mí, también, el más económico, el más jugador y el más importante del fútbol argentino. Ya mismo. Índice de que estamos mal.

En estas afirmaciones siempre el periodista tiene que estar preparado para oír que le digan: «No lo quemé».

Y no pensemos lo que tendrá que oír si por aquellas decisiones ingobernables al pronóstico, a la lógica y a todo lo que gobiernan las ideas... el jugador en cuestión se queda en el camino.

«Lo quemé».

Hace muchos años que vivo ajeno a tales estupideces. De modo que seguiré en el tema.

Yo no participo de la comodidad del periodismo sin opinión que por allí suelen creer lo ideal del periodismo. O procuran hacerlo creer para permanecer en la permanente comodidad del no hacer nada por los demás, sino esperar que los demás hagan. Ese es el periodismo de defraudación de lectores que pagan por un diario para orientar una opinión y se encuentran con que el diario está esperando la del lector para opinar como el lector.

¡Y aquí son muchos los que se han dado a jugar este partido a la manera de Simeone en un rincón de Boca Juniors!

Esto es: «Yo... no opino. Opino que no hay que opinar. Lo que ya es una opinión».

Por culpa de esta manera de opinar no opinando... el país ha necesitado perder ocho años para enterarse, por ejemplo, que puede gobernarse lícitamente, por legalidad o por legitimidad, sin la que se hizo creer inevitable presencia del peronismo en el manejo de la cosa pública. En eso creyeron todos, yo también, a consecuencia de una prensa que temió la franca averiguación de lo exacto o inexacto de esa presunción. Y que engañó a los propios peronistas, no solo a los que no lo somos.

No; no me alejé del tema-Rojas ni del que más que de Rojas quiere ser tema de ojos abiertos.

El fútbol tiene mucho que ver con el problema del obscurantismo político del país. Por extensión: obscurantismo en la vida de la Nación.

Pregúntenlo si no a muchos dirigentes de fútbol que buscan sitios en política y a muchos políticos que buscan sitios en «el corazón» del fútbol.

Por esa misma ósmosis colectiva de predisposición a seguir el compás del bombo... en el fútbol se había (porque sospecho que empieza a cambiar por culpa de Rojas) encarnecido nacionalmente la idea de que el fútbol «moderno» solo era positivo mediante llamados «hombres de profundidad».

O puntas de lanza. O pescadores de errores ajenos. O luchadores de pelotas caídas en las áreas penales.

Es decir: El 10 adelantado. O el 9 entrando por una punta.

Bayo en Gimnasia. Sanfilippo en San Lorenzo. Valentim en Boca. Artime en River. Mario Rodríguez, etc., etc.

Es claro que resulta difícil convencer de lo contrario a quienes muestran una verdad axiomática: «Son los que hacen los goles».

Hasta que por casualidad (o por desesperación) el gobierno convoca a una elección (es decir, Boca incluye a Ángel Rojas) y los electores (es decir, Rojas) demuestran que los peronistas (es decir, los jugadores de profundidad) no tienen la importancia que se les asignaba y el país (es decir, un equipo de fútbol) puede gobernarse en el libre juego de las ideas, no de las ideas mecanizadas (es decir, buscando la pelota en cualquier sitio y alcanzando la profundidad desde cualquier lugar).

Ángel Clemente Rojas ha restaurado en Boca Juniors, y yo creo que puede ser factor de restauración en muchos equipos, el siempre vigente credo de que la profundidad es el claro, no es la posición cercana al arco.

El domingo contra Independiente cumplió la etapa que aún le faltaba para convencer como tal: sentirse autorizado a buscar también él el remate (para Rojas basta un toque a la manera de Sarlanga) en la zona de definiciones. El gol.

Ese chico ha copado el equipo. Lo ha copado jugando. Se ha hecho pivote DE TODO BOCA por colectiva conciencia de los demás de que es el que más sabe. Ha

copado a Menéndez, ha copado a Sanfilippo, a todos los precios. Ha copado a la manera que una vez, en el fútbol argentino, copó José Manuel Moreno en River Plate. O que en el fútbol brasileño copó Pelé. Aclaración: no comparo a Rojas con esos genios. Comparo EL PROCESO de llegada a esa acaso aún no advertida comandancia del «inocente atrevido».

Rojas tiene mucho que aprender todavía. ¡Vaya no! Einstein se encontró al morir con que debía aprender tanto como había enseñado.

Pero... ¿alguien LE ENSEÑÓ jugar al fútbol a Rojas?

No. Alguien podrá enseñarle a Rojas lo que a Rojas le falta aprender.

Se lo enseñarán DD. TT. de aquellos honestos que no enseñan esquemas sino refinan mentalmente a jugadores aptos para estar, en el pensamiento de las jugadas, más cerca de la dosis de «lo que sale» de cada jugada.

Pedernera le puede enseñar mucho. Se lo enseñará el propio trajinar que hará que CADA VEZ SE LE HAGA MÁS DIFÍCIL JUGAR. E incluso hará que llegue a jugar mal.

Pero vuelvo a preguntar: ¿... quién le enseñó a jugar?

¿Quién le enseñó a manejar el cuerpo para cubrir la pelota? ¿Quién le enseñó a estar en el remate próximo al arco sin estar nunca fijo en la zona del arco? ¿Quién le enseñó a estar siempre solo y recibir la pelota solo? ¿Quién le enseñó a dominar las ventajas de levantar la cabeza a una edad en que NORMALMENTE (y no está mal) la agachan quienes juegan bien?

La Universidad del Instinto.

Esa se lo enseñó.

Y con los atributos de esa enseñanza sin maestros, ese chico «inocente atrevido» cambia un equipo que viene jugando mal y en el que él juega bien hasta hacer que a ratos el equipo también lo haga.

Puede ser el fundamento de que ese equipo vuelva pronto a los primeros puestos. Puede ser el fundamento de que muchos estadios en peligro de vaciarse vuelvan a llenarse.

Ahora pregunto: ¿servirá este caso para que todos recordemos que los estadios se llenan con jugadores y no con precios, no con puntas de lanza?

Y otra cosa: ¿no podría servir para que la parte de manufactura del jugador de fútbol (posterior a la del nacer) se depure de tanta mentira y perturbación como la que ha fabricado jugadores que vacían estadios? Desde luego que en ese caso la profesión de D. T. perderá valor lucrativo... valdrá lo que realmente vale. No lo que se dice que vale.

V
ESTUDIANTES, ZUBELDÍA
Y EL RESULTADISMO

Esta sección ilustra, tal vez como ninguna otra, la postura de Panzeri en tres de sus temas fundamentales: disposición táctica, decencia y el ejercicio del periodismo libre y valiente. Todos estos artículos fueron escritos para el diario El Día de La Plata, ciudad que futbolísticamente está polarizada entre Estudiantes y Gimnasia y Esgrima. Sus lectores, en gran número, eran hinchas de Estudiantes. Si bien el diario es un medio de circulación masiva, en lo que respecta a deportes y en especial a los dos equipos locales, funciona casi como un medio partidario. Contiene información muy específica que no se puede encontrar en otros diarios nacionales. A este público, Panzeri le gritaba cotidianamente sus verdades a la cara. El estilo de Zubeldía, la entronización del cálculo y el trabajo por sobre el juego, representaban el punto opuesto a los postulados futbolísticos de Dante. Y sostiene, en cada línea, que la victoria no da derechos, que triunfar no habilita determinadas conductas, ni valida trampas.

El fenómeno Estudiantes marcó un hito en el fútbol argentino. Fue el primer equipo de los denominados «chicos» en salir campeón. Luego obtuvo varias Copas Libertadores y un título Intercontinental. Si antes se hablaba del Santos de Pelé, del Ballet Azul de Pedernera o el Hungría de Puskas, a partir de ese momento junto al nombre del equipo aparecería el del director técnico. Sin lugar a dudas es el Estudiantes de Zubeldía. Con sus defectos y sus logros. Panzeri supo ver esto y reconoció esta aparición como una excepción a su teoría del fútbol (ver el artículo «Acoplamiento de homogéneos»). Como siempre se adelanta a los hechos. Critica con acidez la conducta de Estudiantes en la derrota ante Milan en Italia, casi previendo cómo iba a terminar la serie, con una especie de cacería feroz sobre los jugadores milaneses y con tres jugadores argentinos detenidos en la cárcel de Devoto durante treinta días. Se puede asegurar que si Estudiantes hubiera ganado la copa esa noche, desplegando exactamente la misma conducta que en la derrota, nadie hubiera ido preso. Se puede afirmar que, como en las victorias anteriores, hubieran tenido —casi con seguridad— recepción oficial en la Casa Rosada.

Panzeri celebra la victoria ante Platense, una remontada épica que da origen al equipo multicampeón. Porque sin importar quien la consigue, valora el modo, el fútbol ofensivo sin cálculos mezquinos (fruto de estar desahuciados, al faltar treinta minutos y perder por dos goles de diferencia). Pero cuando acumula títulos y reconocimientos de todos lados, Panzeri le reprocha que solo ostente una G: la de ganar. Y que no logre (ni siquiera aspire) la segunda G, la de gustar. Las trampas, las inconductas para él son insoslayables. Las pergeñe el último del torneo o el campeón del mundo. Siempre, desde cualquier tribuna, aun desde la principal de la ciudad sede del equipo, va a hacer escuchar su voz de condena.

34. ¿QUÉ DIGO YO?... ¡NO! ¿!!!QUÉ DICEN ELLOS!!!? (ESTUDIANTES 4- PLATENSE 3)

El Día, 09/08/67

Estuve en la Boca viviendo la noche blanca de Estudiantes^[30].

Estuve en la Boca sintiéndome sacudido, como cualquier espectador de fútbol ofensivo, lleno de goles que nos sacude a todos, hinchas o no, parciales o indiferentes de una divisa.

Estuve en la Boca, y me quedé también unos minutos más de los marcados por el reloj del árbitro, viviendo esa euforia que solamente el fútbol ofensivo es capaz de aportarle al fútbol, y que a la mañana siguiente se registraba como noticia de primera plana y a nueve columnas de la primera página de EL DÍA, seguida de adjetivos internos tales como los de «proeza para la historia», «extraordinaria actuación», «garra y empuje excepcionales».

Estuve en la Boca viendo y viviendo esa que pareció una obra de magia del Estudiantes que en nueve minutos transformó una derrota por 1-3 en una victoria inolvidable por 4-3, merced a la desesperación que empujó a los jugadores de Estudiantes a dejar de luchar defensivamente como hoy se juega, y a pasar a luchar como hoy no se lucha en el fútbol: ¡yendo arriba!

Yendo arriba, simplemente yendo arriba. Simplemente haciendo lo insólito del fútbol de esta época: ¡atacar!

No agreguemos más adjetivos a la luz del resultado y los tres goles que en nueve minutos cambiaron mágicamente un score, porque no es del caso encandilarnos con la emotividad, sino gozar simplemente de ella, como hecho auspicioso para un fútbol lleno de cobardía, especulación con la incapacidad para producir resultados, y comodidad de esperar que ellos se produzcan por determinaciones ajenas: ¡es el caso de alegrarse por lo que esa noche ocurrió en la Boca, por la esperanza de que lo ocurrido esa noche ¡«sirva»! Tal cual: ¡«que sirva»! Sí; que sirva para que Estudiantes y todos los industriales del fútbol-miseria comprendan que el fútbol, su éxito, su negocio, su alegría, sus pasiones más fuertes y más sanas, se construyen así, como Estudiantes construyó esa noche su página casi heroica, casi histórica, casi gloriosa, que excepcionalmente tomó la prioridad de la primera plana de EL DÍA para conquistar el derecho de ser llamado «Magnífico galardón de la ciudad»: ¡atacando! ... ¡yendo arriba!

Haciendo lo que normalmente se ha proscrito la generalidad casi absoluta del fútbol (excepto Racing buscando el aluvión de pelotazos y hombres y Lanús buscando esconderle la pelota al adversario): ¡atacando!... ¡yendo arriba!

Haciendo lo que Estudiantes no hacía desde un par de años, como que de la

última vez que Estudiantes registraba 4 goles convertidos en un partido habían pasado ya dos años (a partidos oficiales me refiero) jugando contra Huracán.

Haciendo lo que a una mediocre conjunción de individualidades jugadoras de fútbol, como es la de Racing, le ha valido a Racing llegar a la avasallante condición de ganador aunque juegue mal.

¡Atacando!... ¡Yendo arriba!

Simplemente yendo arriba, sí; como que de jugar al fútbol con precisión, claridad, profundidad extraída del toque colectivo y veloz de la pelota, no se puede, no se debe, ni tampoco quiero hablar, como por aceptado que también doy que hoy no se puede pretender que se juegue al fútbol; y como por incluidos que tengo a todos los equipos en esa absolución impuesta por una crisis que no podemos sino aceptar como tal; pero que no obliga a aceptar que «no se puede» atacar, que «no se puede» ir arriba, como frecuentemente lo han proclamado muchos, y entre ellos algunos de los hoy felices USUARIOS DE LA DESESPERACIÓN que llevó a Estudiantes a escribir su noche blanca en la Boca; y a EL DÍA a registrarla en su dimensión de «Galardón para la ciudad».

¿Quién, de dónde, cómo y por qué se produjo para Estudiantes y los panegiristas del fútbol-miseria esta alegría sin par en muchos años de la historia del fútbol platense? ¿Acaso el fútbol que Estudiantes estuvo jugando todo el año Y HASTA LOS 45 MINUTOS DEL PRIMER TIEMPO de su noche blanca en la Boca? ¡No! Ladrones he de llamarlos, sin vacilar, si les viera apropiándose de esta victoria para la incursión química de transformarla en un efecto del fútbol con el que Estudiantes produjo 24 goles en 22 partidos, uno de los más bajos índices de la zona que lo hizo finalista, y el tercero de su historia en el profesionalismo en cuanto a eficacia ofensiva en 22 partidos.

Esta alegría de Estudiantes y de La Plata («Galardón para la ciudad») no le pertenece absolutamente A NINGÚN PLAN, a nada ni nadie de lo comprendido en aquella instrumentación que puede, sí, reeditar una clasificación como la que logró de aquella manera Estudiantes; pero que... ¡JAMÁS PUEDE DAR SATISFACCIONES COMO LA DE AQUELLA NOCHE BLANCA EN LA BOCA!

Porque este tipo de alegrones para el fútbol todo y para quienes sienten la euforia de sentirse artífices de hazañas de este tipo... ¡solamente surgen como surgieron esa noche: de la libre iniciativa del temperamento del jugador! Y para que los jugadores de Estudiantes tomaran esa iniciativa de libre emprendimiento de sus iniciativas creadoras, fue menester que Estudiantes llegara, a través de «su plan», a lo que había llegado: a las puertas del desastre que lo desesperó y lanzó a una reacción heroica en la que ESTOY SEGURÍSIMO no corrió más, no fue más varón, no fue más fuerte, no fue más duro, ni fue tampoco más equipo de fútbol, que todas las veces en que «cumplió su plan». Solamente... ¡atacó y se fue arriba! Y salió produciendo la hazaña que sacudió a una ciudad y nos sacudió a todos quienes vamos al fútbol a ver «por lo menos eso» (visto que jugar ya no se puede...): ¡ataque! Por cierto que muy a favor

de circunstancias que difícilmente se le vuelvan a presentar a otro equipo; y que aún más difícilmente algún adversario posibilitará como Platense las posibilidades, arquero y defensores mediante; pero eso es aparte.

Lo que yo pregunto, es si alguna vez el actual fanático o pacífico hincha estudiantil vivió una alegría como esta con el fútbol que le han hecho creer «es práctico»; si alguna vez pudo gozar de un resultado más «práctico» que éste jugando al revés de lo que manda el llamado «fútbol práctico». Y en tal caso, cuál es el tan mentado «fútbol práctico», si este, el de los jugadores y las circunstancias que mandaron hacer mal, pero a hacerlo, lo que ofensivamente no se sabe; o si aquel otro «de Zubeldía» que manda hacer bien el plan tan publicitado de la practicabilidad... que pone 1-3 al equipo que empieza ganando 1-0 a los 5 minutos.

Por eso, nada más que por eso, me sorprende que de allí, de EL DÍA, me hayan llamado para pedirme esta nota de respuesta a muchos que, me dicen, preguntaban el viernes pasado «qué dirá ahora Panzeri». Creo que no soy yo quien tiene que decir. Me parece más propio que sean ellos los que digan. ¿O este fútbol con que Estudiantes borró en 20 minutos los 60 minutos en que se defendió «con el plan», es acaso el fútbol de ellos y no es el mío? ¡Que digan ellos, que yo ya hablé antes de la noche blanca de la Boca! Como les dijo Errea a los dirigentes de Peñarol: «no reconozco Generales de las victorias»; reconozco jugadores que saben y pueden, o no saben, ni pueden, atacar y ganar. Y el fútbol está tan fácil, que hasta atacando mal, a los ponchazos y en la desesperación, se puede hacer goleada e historia. ¡Pero atacando, no quedándose «en el plan» que manda lo moderno! El propietario de esta alegría no es «el fútbol de Estudiantes». Fueron los jugadores de Estudiantes liberados del fútbol de Estudiantes.

35. ACOPLAMIENTO DE HOMOGÉNEOS (LA PREPONDERANCIA DE ZUBELDÍA EN ESTUDIANTES)

El Día, 08/02/69

Recordemos, por las dudas: el tema anterior^[31] pretendía demostrar que el fútbol jugado como tal, es un acoplamiento de heterogeneidades, no debe ser una coalición de homogeneidades.

Y sin embargo terminaba admitiendo que había en Estudiantes un hecho de excepción.

Me ratifico: Estudiantes es un acoplamiento de homogeneidades. Ya sé: Madero es un jugador de otra pasta. Reconozca usted: no hace a la estructura esencial del conjunto, es un respiradero del equipo, de otros diez que corren (porque en esa hasta está Poletti). ¿Conformes los dos? Sigamos.

Aquí viene el problema que nos va a llevar a un tema mucho más amplio que el que hace particularmente a Estudiantes: el de considerar a lo que hace Estudiante como un juego. No puedo llamarlo así. Y aquí vuelve a unirse la figura de Osvaldo Zubeldía, como lo tengo dicho muchas veces, como la del principal elemento de Estudiantes, antes que los once que están en la cancha.

Es que el caso Estudiantes es una excepción tan excepción, que obliga a invertir los términos de dos axiomas del fútbol.

El primero: aquel de la homogeneidad sujeta a la heterogeneidad acoplada.

El segundo: aquel de que el mejor entrenador será siempre (o casi...) el jugador N.º 13 de un equipo (antes, los 11 jugadores y el peso de la tribuna, especialmente en Argentina).

Estudiantes, ya queda reconocido, es la versión antiortodoxa del acoplamiento por heterogeneidad, para convertirse en el reverso a 180.º del acoplamiento por homogeneidad.

Y Zubeldía, ya fue varias veces proclamado, es indudablemente el integrante N.º 1 del equipo; Poletti, el 2; Verón, el 12; la hinchada, el 13.

Estos dos reconocimientos, así lealmente expuestos, no son valederos para desplazar la afirmación del anterior punto de vista (acoplamiento de heterogéneos). Son valederos para cuando el fútbol deja de **ser juego** (en el que admito la doble presencia de la creación y la destrucción) y, sin sentido ni ánimo peyorativo, pasa a ser lo que es esencialmente en Estudiantes: **combate físico**.

Cuando esa concepción del fútbol —o sea el traspaso del juego al combate— se transforma en la vocación que los triunfos y otros estímulos plasmaron en un equipo como Estudiantes, es que se produce el hecho capaz de obligar —como en mi caso— al reconocimiento de un dogma futbolístico tan opuesto al de mis convicciones, como

es el de darle patente de realidad a la existencia del acoplamiento de homogéneos.

La diferencia, obviamente, reside en que unos se acoplan para el juego (y allí manda la coalición de los diferentes); y otros se acoplan para el combate (y allí manda la coalición de los semejantes).

Circunscribiendo el tema a un equipo de fútbol dedicado a combatir fútbol, y al margen de que eso no me agrade, debo considerar atinadísimo el tipo de preparación que Estudiantes usa en todo su largo proceso de auténtico trabajo sin comillas, desde los días que empiezan corriendo por los médanos de Necochea, siguiendo por los que destinan a fortalecer el llamado tren delantero del jugador. ¿Que los médanos endurecen? Sí, pero a Estudiantes eso lo beneficia. Es lo que busca y necesita. Es su medio para un fin: combatir el fútbol.

Perjudicaría a un equipo de jugadores. Favorece a una organización futbolística que pone su énfasis en la lucha. Y que tipifica una propensión universal de lo que **fue** juego: transformarse en combate que efectivamente desgasta físicamente por su absoluta intolerancia al respiro o la claudicación, que en cambio permite «el juego».

Es muy cierto que Estudiantes juega cada día peor.

Pero creo que será igualmente cierto que dentro de la modalidad de fútbol-combate que ha elegido, Estudiantes se va a sentir cada día más convencido en lo suyo, aun cuando cada vez convenza menos a los demás. En ese aspecto no creo que se desinfla. Son muy vivos.

Es un núcleo de gente bien acoplada para cultivar un ingrediente que hasta ahora el fútbol tuvo reparos en incorporar a su menú: el atleta-gladiador. El accidente del arquero que se hizo papillas contra Conigliaro es un exponente. Ni intencional ni accidental. Lisa y llanamente: «pata-pata». Creo que en el fútbol practicado como juego, las consecuencias hubieran sido considerablemente menores en un choque similar. Alguien habría retirado el pie o la cabeza. Aquí arquero y atacante fueron «con tutti», como en cualquier actividad humana instrumentada sin contemplaciones de tipo sentimental: cada uno a su trabajo... puesto que trabajando están. Allí no rige el amigo, lo humano, lo que se usa... Allí rige la consigna del «pata-pata».

Yo creo que por ese camino el fútbol muere, no voy a retirar ahora mis anteriores convicciones al respecto. Y más acelera el fútbol su mortal destino por tal camino, a medida que más se propague esa orientación hacia el combate con mucho desgaste físico de gente que, sin duda, corre mucho más de lo normal y aprieta mucho las piernas y los cuerpos en una gran zona central del terreno (mucho menos en el fondo y en la profundidad). Pero esa es harina de otro costal.

Solamente quería documentar mi reconocimiento a la existencia cierta, innegable, de una antítesis de la concepción del fútbol expuesta en el punto de vista precedente (acoplamiento de heterogéneos). Y creo que eso está cumplido. Y tiene su equipo-tipo en Estudiantes (en este momento, mañana puede tener imitadores). Y tiene un iniciador llamado Zubeldía en quien justo es depositar los méritos (si es que existen méritos), de esa ley que no podemos ignorar aun quienes la aborrecemos. Es la de la

fuerza. Y para la fuerza... ¡primero lo fuertemente homogéneo! ¡Y después los médanos! ¡Y después las pesas! ¡Y después el trabajo-trabajo! Que efectivamente hay que reconocerles que lo hacen aquellos jugadores involucrados en ese sistema de combate. Para ellos es fundamental. Para el jugador que juega al fútbol o el equipo que hace del fútbol un juego de heterogeneidades acopladas, podría ser negativo.

¿Que cuál de las dos verdades puede prolongarse más en el tiempo? Creo que siempre vive más el que menos se desgasta. Y creo que en este desgaste no hay duda de quién se desgasta más: el que juega a desgastarse. Por ende, no creo en la perdurabilidad del fútbol-combate a nivel comparable a la del fútbol-juego. Además el combate tiene que aburrir en poco tiempo. El juego cautiva más cuando más perdurable es. Como que no se dude: viendo jugar bien al fútbol... ¡hasta Zubeldía aplaudiría como loco de alegría hasta romperse las manos! (como nos ocurrió a 30 000 personas en Liverpool viendo Hungría-Brasil). Pero esa también es harina de otro costal. Zubeldía eligió el único tipo de fútbol que se avenía al elemento humano de que dispuso. Y dio con el fútbol-combate regido por la homogeneidad de la fuerza, no por la heterogeneidad de recursos que necesita el fútbol-juego para producir lo homogéneo. Inventó la tercera dimensión del fútbol: 1.^a, juego; 2.^a, construcción-destrucción; 3.^a, combate.

36. ESTUDIANTES: FÚTBOL DE UNA SOLA «G»: GANAR

El Día, 25/05/69

Hay un problema insoluble para hablar de Estudiantes de La Plata como equipo campeón. Como que de equipo de fútbol nunca se pudo ni se intentó hablar tratándose de este Estudiantes. Sería ocioso hacerlo. Además ellos mismos (sus bastoneros principales) lo aclaran: «*Jugamos mal porque es de la única manera que sabemos; pero ganamos y eso es lo importante*» (Bilardo antes del segundo partido en Nacional).

El problema es el de no decir lo que ya se haya dicho mil veces. A menos en mi caso, así lo siento. Y conste que no escribo bajo ninguna consigna ni sugerencia de complacer a la mayoría presuntivamente lectora de esta página y presuntivamente platense en su casi totalidad. Y ya veo que me voy a tener que repetir. Me hubiera hecho mucho más feliz cantarle a Estudiantes un himno a la limpieza como aquella vez que salió de San Lorenzo campeón metropolitano.

No se trata de que quienes no hayamos gustado de *cómo ganó*, o *cómo educó*, o *cómo jugó* hasta ahora Estudiantes, no aceptemos una transacción hacia el conformismo con su manera de ganar o de jugar, por mera negativa caprichosa a no valorar un título, un resultado, un fin logrado. Y que probablemente seguirá logrando o manteniéndose próximo a lograrlo, mientras persista la negativa de Santos a sumarse a su disputa.

Lo que sucede es que la fisonomía futbolística, profesional, deportiva, o comercial, de Estudiantes, no tiene el menor vestigio de asomo, ningún matiz que mejore en su valoración *humana* lo que Estudiantes ya había hecho; lo que Estudiantes ya había mostrado que es; lo que ya no gustaba de Estudiantes al margen de su condición de ganador; de perdedor; de lo que le tocara ser al margen de «los resultados» en que sus componentes concentran absolutamente las razones por las que se presentan en un field con convocatoria de público y con promesa de espectáculo público.

El espectáculo se sigue sin ver.

Seguimos viendo ganar a Estudiantes. Y nada más.

Y como en la historia aquella donde «*el boxeador se convierte en el gran hombre de la nación*», después de logrado el resultado, de conquistados los millones de pesos que hacen las fortunas velozmente amasadas por sus adalides, y de tener, en suma, al «*boxeador grande hombre de la nación*», volvemos a enfrentarnos con preguntas cuyas respuestas no encontramos: «*¿para qué?... ¿hacia dónde?... ¿después qué?*»...

Solo sabemos que Estudiantes ha ganado, sigue ganando, y acaso continuará

ganando, como es probable. (En ausencia de técnicas sustentadas en el talento, es previsible que el fútbol seguirá dando sus mayores honores a quienes más perfeccionen la técnica de la lucha y la simulación).

Encontramos así respuesta a uno de aquellos tres interrogantes: *¿para qué?... ¡para ganar!*

De acuerdo.

Es lo normal de la condición humana. Mucho más si por delante de la condición humana se pone en juego la condición económica de las cuestiones humanas.

¿Pero, y los otros dos?

Quedan sin respuesta.

Pienso que a Estudiantes, a esta altura de su marcha hacia «los resultados», se le impone una reflexión de conciencia que podría sintetizarse así: *¿estar mejor sin ser mejor, o estar mejor y ser mejor a la vez?*

He oído argumentar que el futbolista actual (también era profesional como el de ahora el de hace 40 años) «no juega para la gloria como los de antes», puesto que se sostiene (por caso, Poletti) que *«juega para ganar dinero y nadie le puede prohibir que se enriquezca rápido jugando despacito»*.

¿Es que las instituciones han dejado de jugar y solamente juegan sus once empleados encargados de vestir su divisa en un rectángulo de césped rodeado de público?

No.

Las instituciones seguirán jugando eternamente, y es más: las instituciones jugarán esencialmente por *aquellas glorias* que, según tales argumentaciones en pro del «resultado sin fútbol», desdeña el jugador que se moviliza exclusivamente en pos del dinero. Ningún jugador se puede enriquecer yendo a jugar a Deportivo Riestra.

El de la gloria es un valor abstracto.

Pero ocurre que en ese valor abstracto es donde se nutre el patrimonioclub, el fervor-color, la pasión-hincha, el imán-fútbol. Que son la materia prima de la riqueza-pesos.

Y no solamente «resultados» son el cimiento de esa gloria, de todos aquellos sucedáneos tangibles de aquella fuente abstracta.

El resultado es tan vital para el deporte como lo es la satisfacción de los medios con que se lo alcance.

Sería tonto negarlo.

Pero es tonto renegar de aquellos medios con la sensación de que *el mundo se terminará cuando nosotros estemos muertos* o, más rápidamente aún, *«cuando nosotros dejemos de jugar al fútbol»*. Puesto que si renegamos de los medios estamos progresivamente descapitalizando aquel contingente de motivaciones que la gloria trae para que haya pesos.

Ganar sin *gustar* puede ser un transitorio negocio que no discuto.

Pero es también, con absoluta seguridad, una lenta manera de marchar hacia la

derrota. Esto tampoco me lo pueden discutir.

El fútbol y todo el acto deportivo, cualquiera sea la incidencia que en ellos tenga o deje de tener el factor económico, es forzosamente un matrimonio formado por la aleación de «las g» de *ganar* y *gustar*. No se lo cristaliza jamás con una «g» sola. El Estudiantes glorioso *gustaba* y *no ganaba*. Este Estudiantes *ganador*, *gana* y *no gusta*. El Racing de Cereijo, ganador por decretos, *ganó* y *no gustó*. Se llenó de odios, aun jugando buen fútbol, porque no gustaba su conducta.

Pero es evidente, al alcance de la más cerrada ceguera, que este Estudiantes ganador aglutina en torno de su capital emocional generador de las ganancias económicas que se quieren hacer esenciales, un contingente de simpatía que se cosechó con aquel *Estudiantes que gustaba y no ganaba*. ¿Podemos decir que una vez que pase este *Estudiantes que no gusta pero gana*, el Estudiantes que lo suceda ha de capitalizar las mismas adhesiones? Es dudoso. Muy difícil. Porque al margen de fanatismos pasionales de momento, es mucho el desagrado que deja este Estudiantes despectivo de la segunda «g» del ideal deportivo entre las inmensas masas de seguidores del fútbol, que aun gustando de sus éxitos, no gustan de sus métodos; y, es más, los abominan aun a riesgo de enrolarse en alguna «*antiargentinidad*» de turno. Lo decente anda muy enfermo pero aún no está muerto. Y lo decente que aún está con vida exige que se lo respete, al menos, en igual medida que se apaña el discutible derecho de once empleados de un club para buscar el «*enriquecimiento rápido jugando despacito*», o para alcanzar su prosperidad económica no jugando al fútbol con el pretexto de que por ese camino «*producen resultados*».

El usuario de ese singular derecho a renegar el negocio de la gloria en aras del negocio de los pesos que se acrecientan con la gloria, pero se esfuman sin el auxilio de la gloria, puede argumentar, y con razones de su parte, que «*mientras este fútbol dé resultados no tenemos por qué cambiar*», constante latiguillo filosófico de Zubeldía y sus reclutas.

Pero esos usuarios tienen tutores cuyas responsabilidades sociales, deportivas, humanas, culturales y, en suma, sus obligaciones de civilizar, les imponen anteponer a aquel razonamiento alguno más contundente, como el olvido en estas horas de un júbilo que generalmente no analiza: estar mejor es también ser mejor.

Ganar, pero gustar.

Estar mejor, pero ser mejor.

Quizá hoy más que nunca necesite Estudiantes de aquellas palabras muy sabias de Hirscht: «*Estudiantes es un club bien nacido*».

O de otras que en parecidas circunstancias pronunciara Conejo Scopelli al recordar que un resultado se logra vistiéndose con *overall*; pero una conducta se defiende con *smoking*, peyorativamente hablando.

Un club no es de once jugadores, ni de un entrenador, ni de ningún mago en producir resultados. Reciban ellos el dinero que sepan ganarse en relación con lo

contratado. Pero a ellos vaya la obligación de cuidar las formas que dan la gloria que ningún jugador enriquecido puede producir, si solamente *gana y no gusta*. El fútbol tiene dos «g» y este Estudiantes se ha olvidado de una de ellas. Conseguida ampliamente la de *ganar*, empieza para Estudiantes la obligación que ante sí mismo tiene de *gustar*. Si para sus jugadores esa parte del negocio no es negocio, el club debe tener la autoridad suficiente de recordarles que esa es la parte vital de los negocios de los clubes. El fútbol es matrimonio de dos «g», nunca negocio aparte de once capitalistas, ni de once románticos antimaterialistas. Es conjunción de unos y otros. Y esa conjunción no se ve en el Estudiantes lleno de triunfos... y ahora carente de las mayores simpatías que esos triunfos debieron acercarle; así como otrora lleno de simpatías y falto de triunfos. Se impone el equilibrio entre «ges». El énfasis circunscripto a una sola de ellas es semejante a tener dientes, pero no tener comida; o tener comida, y no tener dientes.

Las conductas en la vida y en el deporte no tienen almanaques. *No hay fútbol 1970 ni fútbol 1935. Hay fútbol. O no lo hay.*

Lo incorrecto es incorrecto ayer, ahora, y siempre. Lo correcto, lo mismo. Siempre uno es uno; y cada cosa es cada cosa. No es dos ni es otra cosa. Cuando eso se quiere hacer creer... es porque estamos «*en otra cosa*». Y va dicho que «*otra cosa*»... es también otra cosa. Con la que nadie se honra, aunque transitoriamente se enriquezca, porque nunca es mejor quien *esté* mejor, sino quien *sea* mejor. Y si estamos en *ser* mejores, no podemos estimular la técnica para *estar mejor siendo peores personas* de lo que ya nuestra naturaleza nos suele dar de malos.

37. ¿QUIÉN SALVA A LOS SALVADORES? (MILÁN 3-ESTUDIANTES 0)

El Día, 14/10/69

Creo que en nombre de la salud pública argentina corresponde agradecerle a Estudiantes su derrota en Milán^[32] y desear que no sea ganador en cancha de Boca por tres goles de diferencia.

Profilácticamente al fútbol argentino le viene muy bien este nuevo soplamocos recibido por el fútbol-delincuencia.

Y yo creo, como lo pensara y publicara mientras le tocó ser ganador, que EL FÚTBOL que juega Estudiantes es la representación de la violencia para el lucro aplicada al fútbol.

Insisto en llamarlo asociación ilícita para producir resultados lícitos.

Osvaldo Zubeldía y sus alumnos suponen haber marcado una época gloriosa para el fútbol argentino.

Muestran para aquilatarlo «los resultados que supieron conseguir».

Yo estoy convencido de todo lo contrario: que Osvaldo Zubeldía y sus alumnos de fútbol sucio y barullero marcan una época, sí, en el fútbol argentino; pero una época que nos avergüenza. Aun con los resultados que ellos pueden exhibir y que ellos, mejor que nadie, saben qué origen tienen, de qué fuente proceden: de todas las que tengan relación con el arte de hacer del fútbol un juego en el que no se juegue. De ese juego del que Bilardo (!!!!) se declaró hastiado antes de salir para Italia, anunciando que se retiraría del fútbol (!!!!) si no cambiaba. Claro que para hacer aún más desconcertante su descaro, el médico-jugador también dijo que al retirarse del fútbol le gustaría hacerse ayudante de Zubeldía, por ende intérprete y agente del fútbol del que ahora dice sentir repugnancia, quien es uno de sus principales adalides, quizá su máximo abanderado.

Aun con todos esos «resultados que cuentan», como resulta fundamental para esta escuela zubeldiana, a los argentinos bien nacidos los avergonzó muchas veces la «época gloriosa» que suponen haber marcado Zubeldía y sus alumnos en el fútbol argentino, quizá porque así lo creyeron ante la adhesión de un coro de periodistas obsecuentes de ellos y accionistas de sus mismos negocios, como antes lo fueron de los ASALTOS de Racing y de la selección del Mundial del 66.

Son estos que ahora, tras el partido de San Siro, descubren que «Tato Medina no tuvo personalidad para un partido de esta trascendencia». El año pasado era una personalidad imparangonable para anular a George Best. ¡Lo que va de Best a Sorman!

Aquellos argentinos se avergüenzan, por ejemplo, de todas las patadas que Estudiantes dio en San Siro, merced a las cuales ahora el mundo entero nos tiene

fichados como lo que somos futbolísticamente: SUCIOS.

Esos argentinos se avergüenzan de las PORQUERÍAS que desde el primer minuto empezó a utilizar Poletti en colaboración de Aguirre Suárez, y merced a las cuales hasta hay razones para poner en duda que haya sido verídica la posterior consumación de un impacto agresor en la cabeza del segundo, según se los conoce, simuladores hasta el máximo grado de desfachatez. El mentiroso no puede pretender crédito para sus verdades.

También aquellos argentinos se avergüenzan de una vasta organización periodística trasformada en equipo de vándalos, con la misión de «apoyar logísticamente» a una organización antifutbolística, que como se ha hecho habitual en estos casos, pareció consagrarse exclusivamente a la consigna de hacer de este Estudiantes «la salvación» del fútbol argentino (quizá más exactamente de sus negocios frustrados), como si pudiera salvarnos una eventual victoria en un partido jugado con el mismo fútbol que gradualmente nos fue llevando a la sepultura futbolística a través de los años en que precisamente lograra aquellos «resultados» que supiera conseguir la organización del fútbol cínico de la patada artera y la lesión simulada. Organización de la que se hizo líder este equipo de Estudiantes de La Plata, y merced a la cual se pretende ungir como cerebro de estrategia futbolística a quien «consiguió resultados» merced a la estrategia usada al servicio de lo sucio.

La caída de ese imperio de la ilegalidad futbolística, que esperemos se concrete el 22 de octubre en cancha de Boca (ya que no le veo a Estudiantes jugadores capaces de reivindicar al fútbol de la legalidad y la belleza) es absolutamente necesaria como complemento de la reciente lección recibida (aún no aprendida) también en cancha de Boca el 31 de agosto de 1969. Ojalá que en el mismo escenario ella sea fortalecida el 22 de octubre. Creo que es de buena argentinidad —y no de antiargentinidad como lo supone Zubeldía— desear que así ocurra. Su afirmación de que «**hay argentinos que se alegrarán si perdemos**» es exacta. Y yo digo: ¿Y por qué no? ¿O desde cuándo la buena argentinidad se puede o se debe expresar con la solidaridad para con el asaltante argentino de un Banco tahilandés? Zubeldía y su equipo son argentinos... ¿pero eso qué les importa a los argentinos que sienten vergüenza de que el mundo asocie argentinidad y sinvergüencismo. ¡Por suerte eran muchos los que participaban de aquella alegría! ¿Y qué? ¿Por qué no? ¿O es que los argentinos hemos llegado a tal idiotez común que no podemos ajustarnos a ninguna otra ley de la vida que no sea la de que para un argentino no puede haber nada mejor que otro argentino, aunque sea **chorro**, como ahora todo el mundo señala al fútbol de Estudiantes, con plenas razones para hacerlo?

El partido de Milán ha probado, afortunadamente, que la subyacencia mental argentina está por encima de aquel primitivismo irracional. Hasta hubo algún diario, en este caso, para honra de La Plata, pues se edita en la ciudad de Estudiantes, que llegó a poner sobre la mesa previa al partido la realidad y las razones de que existieran «muchos que se alegrarán si perdemos», como dijera Zubeldía (ver

suplemento dominical de EL DÍA, 7/10/69). Las instituciones bien nacidas (Hirschl) no son refugios de chicaneros. Aunque estos traigan «resultados». Zubeldía proclamó en Estudiantes **«la última carta del fútbol argentino»; «la salvación argentina»;** también el exponente de **«un estilo al cual hay que adaptarse, o sucumbir»**, palabras todas de su artífice de mañas y suciedades, que llegaron a mencionarse como erróneamente no transferidas de plano a la selección nacional para haber «asegurado» nuestra concurrencia a México. Y es que hay gente que supuso que el fútbol de Estudiantes era la panacea real del fútbol: ganar siempre sin jugar nunca.

Ahora, perdido un partido por 0-3, quien pregona la doctrina de pegar y no llorar, se pone a llorar después de haber pegado cuantas patadas pudieron sus dirigidos para contener a quienes demostraron, como Prati, que el que debe sucumbir es el estilo que el señor Zubeldía se pavonea de haber inventado aprovechando la desaparición del fútbol como juego. Y aquí es donde cabe preguntarse si las conclusiones de lo visto en San Siro, respecto de la conveniencia de jugar al fútbol, y de la conveniencia de que muera el antijuego de Zubeldía, podían ser distintas dándose el mismo partido y un resultado solamente adverso en un gol para Estudiantes, como ahora pretende hacerlo creer quien dijera que no había que llorar y ahora le manifiesta deseoso de que el avión de regreso a Buenos Aires sea desviado a La Habana, o dice no tener ánimo para darle la cara a nadie... ¡porque perdieron un partido por lo que ellos llaman «goleada»!

Pues esta es la hora en que los que Zubeldía llama despectiva e insolentemente **«puristas del fútbol»**, al verlo a Zubeldía y su estrategia despedazados por un 0-3, quieren preguntarle por qué ha cambiado tan rápidamente de opinión acerca de la inconveniencia de jugar al fútbol, según surge de sus reconocimientos de que el Milan tenía para Estudiantes el inconveniente de jugar tan bien al fútbol que solamente Santos podría pararlo y remontar un resultado como el que ahora Zubeldía considera inamovible para el juego que a Estudiantes «le da resultados» y que según Zubeldía no cambiaría mientras siguiera dándoselos. Pero que ya vemos cuán rápidamente reniega apenas se le dio un resultado en contra.

¡Y esos eran los salvadores del fútbol argentino!

Ahora corresponde preguntar: ¿y a los salvadores, quién los salva? ¿Un avión desviado a La Habana como pidió Zubeldía, el que decía que no hay que llorar?

VI

LOS MUNDIALES DE FÚTBOL

Sin ser el negocio en el que se han convertido en la actualidad, los mundiales de fútbol siempre tuvieron una gran importancia. Desde el primero, Uruguay del 30, en el que la Argentina perdió la final con los locales, en adelante. Cuestiones políticas internas y la Segunda Guerra Mundial hicieron que la Argentina tuviera escasa participación internacional hasta 1958. En esos años se generó el mito de nuestra imbatibilidad. La reentré fue en el Mundial 58. La experiencia fue nefasta. El Desastre de Suecia. La Nuestra quedaba derogada. Para los mundiales siguientes, se dejó de lado a Guillermo Stábile, técnico legendario de la selección nacional, una vieja gloria amable y que dejaba jugar libremente, y se recurrió a Juan Carlos Lorenzo, exitoso director técnico en Europa, el paradigma de la táctica y la ventaja. El resultado fue el mismo. Para el Mundial 66 en Inglaterra se optó por Osvaldo Zubeldía quien inició la preparación con una larga concentración en el Colegio Ward, en la que aplicó métodos poco habituales para la época: fuertes cargas físicas, pelotas de rugby y clases de inglés. Zubeldía no llegó al Mundial y se volvió a recurrir de apuro a Lorenzo. Al Mundial 70 ni siquiera se clasificó. En Alemania 74 se logró pasar de ronda pero Holanda nos volvió a la realidad con una paliza irreprochable. Ese fue el último mundial que Panzeri llegó a ver y analizar.

En estas piezas referidas a los mundiales se privilegiaron los comentarios de partidos hechos casi al costado del campo. El análisis frío y alejado de cualquier posible chauvinismo. La muestra más clara de esto es el análisis que hace del partido en Wembley en el que Inglaterra derrotó a la Argentina por los cuartos de final del Mundial 66. La famosa expulsión de Rattín. Su visión de los hechos es única. Otra vez queda solo. No carga las tintas sobre el árbitro sino sobre la conducta de los jugadores argentinos y sobre su falta de ambición.

Pero no todas son quejas. Allí están el respeto a Holanda 74 y la admiración y la alegría que le provocan Garrincha, Amarildo y las demás figuras del Brasil 62.

38. MUNDIAL 62: ARGENTINA 1-INGLATERRA 3

El Gráfico, 01/06/62^[33]

El fútbol moderno-práctico de la selección de Juan Carlos Lorenzo sufrió una derrota digna del fútbol más ingenuo y antiguo que puede planearse en esta época. En cualquier lugar del campo, cuatro ingleses indicaban la presencia de dos argentinos. A una subida argentina, cuatro idas y vueltas británicas. Esa fue la proporción de movilidad del partido y en ella está su justo resultado.^[34]

La representación argentina partió hacia la operación Mundial bajo dos corrientes de predicciones. Una: la del optimismo sustentado en la esperanza (¡si Dios nos ayuda!... llegó a decir Raúl Colombo^[35]. Lo último: librados nada más que a Dios, no a nosotros, no a nuestra capacidad). La otra: la del pesimismo «antipatriótico» basado en la conciencia de no ver equipo. De ver buenos jugadores mal orientados. Mal dirigidos. Confundidos y malogrados en la orientación pretendidamente «moderna» y «práctica» de un técnico aprovechado de la ignorancia general para difundir y vender su mentira futbolística.

Cuando aquellas dos predicciones se enfrentaron en el diálogo nunca la primera pudo responder afirmativamente a esta pregunta de la segunda:

—¿Hay equipo?

—No.

Se podía entonces contar con que podría ganársele a Bulgaria, a favor de lo cero que Bulgaria es jugando al fútbol. Pero no se podía esperar que se le ganara a Inglaterra, aun andando mal el fútbol británico, porque una mínima fuerza ya bastaba para el pesimismo respecto de lo muy poco más que cero que hoy es Argentina jugando fútbol. Que hoy es Argentina como de estos técnicos que le adosaron su fútbol «práctico» bajo la mentira de estar importando el último grito de la técnica y la estrategia modernas.

Los hechos confirman lo previsible por parte del bando que miraba el Mundial con la razón, no con el corazón, aunque ello significara «condenarse a ser un antipatria necesitado de la derrota argentina», como llegó a afirmarlo con tanta cursilería como demagogia alguno de los colegas que entendieron «patriótico» hacer creer a la afición que llegábamos a Chile con un equipo «seriamente» preparado. «Muy disciplinado». Aunque nunca se aclaró qué era serio; si meter mucha gente bajo el propio arco, a la manera de los incapaces para jugar al fútbol, o agregar a la embajada futbolística un cocinero, un pedicuro, un traumatólogo, un psiquiatra, un dietólogo, un otorrinolaringólogo, un clínico, un sacerdote, un visitador social, asesores técnicos del director técnico, pelotas de tenis, bolsas de tizas, conjuntos artísticos para estimular el ánimo de los jugadores, discos, algunos periodistas espías.

Y tampoco nunca se aclara qué clase de disciplina era la lograda, si la del bien jugar al fútbol con una constante movilidad de todos; si la de llegar puntualmente a horario en los entrenamientos; si ponerse la corbata para comer; si quedarse firme «en la garita» asignada al punta de lanza, al back-centro, al marcador de punta, al segundo back-centro, al armador...

La seriedad y disciplina que tanto se ponderó como logradas por Juan Carlos Lorenzo en el equipo argentino para este Mundial nunca logró demostrar, en sus muchos entrenamientos bajo el pretexto de partidos, que el equipo tuviera fútbol. Tendría todo aquello (no sabemos hasta dónde, dado que horas antes del partido con Inglaterra los jugadores constituían un conjunto de indignados con su director técnico tras las últimas teatraladas de éste en trance de cumplir el cargo haciendo cambios). Pero lo que estamos seguros que no tenía era el fútbol serio sin comillas, que Lorenzo dijo haber impuesto, que la afición casi entera «dirigió» como logrado.

Se produjo posteriormente el borrón de todo lo hecho. Los tres meses que estuvo practicando el plantel de 40 fueron echados por la borda al elegir los 22. A Chile vinieron los que menos habían practicado, los que en muchos casos nunca habían jugado juntos. Aquí empezaría un nuevo capítulo (¿acaso el necesario para poder decir que se trabajó sin tiempo suficiente?). De todos modos, jugadores distintos (sin duda que mejores también) de los hasta entonces preferidos en todas aquellas prácticas destinadas a «armar» la selección. Menos fuerza, menos «hombría», menos dureza para el fútbol duro. Menos Suárez y Cía. Más jugadores para el fútbol de verdad. Eso prometía un cambio de conducta. De orientación técnica, también, porque aunque les pueda pesar a los «ladrones de azul» (como alguien bautizó a la secta de DT «modernos» mientras almorzábamos en Rancagua), todo equipo de fútbol hace en la cancha, primero, lo que es afín a la condición individual de la mayoría de los jugadores; DESPUÉS, «el plan» que puede haber ordenado uno de los «ladrones de azul». Sean buenos o malos jugadores. En algún momento el hombre será más fuerte que el plan.

Pero «el gran cambio» tampoco se produjo. Con Lorenzo, ni el propio Lorenzo puede saber cuál es su conducta. Le sucede lo que a Helenio Herrera. El afán de hacer del fútbol una actividad dialéctica lo lleva a todo, a cualquier cosa. Hoy «fuerza». Mañana «los futbolistas de mayor habilidad en el mundo». Después Navarro. Luego Coco Rossi. Más tarde Rattín, como 8 o Cap debutando como 4 nada menos que ante Charlton...

El prometido cambio de jugadores fuertes por jugadores que defendieran la pelota tampoco se hizo, a pesar de la mayoría de jugadores del segundo grupo presentes en el plantel. Lorenzo consideró inamovibles a los representantes de la fuerza. En eso se mantuvo firme. Firme con Páez, Navarro, Sanfilippo. Aunque los propios panegiristas de Sanfilippo, Navarro y Páez asistieran indignados a la inutilidad colectiva de sus preferidos. Esas son piezas inamovibles para Lorenzo y el fútbol «práctico» que Lorenzo trae de tierras que no saben jugar al fútbol y pretenden hacer

creer al mundo que «práctico» es el fútbol que juegan los que no pueden jugarlo. Desde luego que para sus modestos recursos es más práctico empatar muchas veces en cero u honorable perder como visitantes 0-1 en lugar de soportar las goleadas que recibirían en la lucha franca del fútbol.

¡Vaya si es práctico todo eso para ellos! Para nosotros, no. Por ese fútbol «práctico» Argentina ha llegado en fútbol a la triste situación de que hasta en Chile la subestimen dentro del lote del relleno de un Campeonato del Mundo. ¡Hasta en Chile! De esto tendrán que rendir cuenta algún día los «ladrones de azul» que nos importaron este mito y mataron el talento que los europeos importan de Argentina para poner fútbol en su «practicismo».

Tras la triste victoria argentina sobre Bulgaria, donde el sin duda mejor ganó jugando como el peor, supo Lorenzo de la kilométrica distancia entre el valor de su equipo y el inglés, a través de la versión Hungría-Inglaterra. La unánime recomendación de que argentinos y búlgaros podían emprender el viaje de regreso antes de jugar con ellos tiene que haberle llegado. Le llegó. Pero de esta manera: menos delanteros, más defensores. ¿Con Rossi jugaban tres delanteros? Con Rattín fueron dos y no delanteros sino adelantados, que no es lo mismo (Sanfilippo y Oleniak). Pando, Abeledo y el mismo Rossi, aunque lesionado, obligaban a preguntar: ¿y para qué se trajeron tres interiores derechos luego de tres meses de pruebas? ¡Para poner a Rattín como segundo centromedio, pegadito a Sacchi! Eso simula «planes». Cerebración. Y pegadito a ellos Sosa, mandado a una absurda función de armador o iniciador, absurda para la lentitud de Sosa en esa tarea. Para la inútil proximidad en esa zona del campo que se establecería —a ojos cerrados, antes del partido, estaba vista— entre Sacchi, Rattín y Sosa. ¿Cómo se podían conectar ellos tres, o quién de ellos surgiría con la pelota dominada, con Oleniak en una punta, Sanfilippo por el medio, Belén por la otra punta y a «media agua», nunca en profundidad?

Veníamos a Chile en busca de «una honorable actuación». Entendemos que honorable actuación supone ganar o perder jugando buen fútbol. ¿Se puede aspirar a alguna de esas alternativas con esta fórmula propia de Italia, Suiza o Bulgaria? Lorenzo pretendió que sí.

Y el partido con Inglaterra respondió a su pretensión. Su resultado y su fisonomía fueron entonces muy normales. Respondieron a lo que Argentina buscó que ocurriera. Seguimos sin explicarnos cómo se puede pretender lo prometido por Lorenzo para este Mundial... con un equipo que no ataca. Que adelanta dos hombres y mantiene otros ocho en defensiva permanente. De los cuales dos pretenden pasar al ataque, o al contraataque, con una lentitud como la de Sosa, Rattín o Sacchi (o Rossi en el partido con Bulgaria), y la anticipada imposibilidad de conectarse con alguno de los adelantados (no delanteros) a varias decenas de metros más allá y entre algunos adversarios que por anticipado descartan su franca entrada en juego. ¡Claro que también está la «jugada secreta» que ya todos conocen: Marzolini entran do como

puntero!...

De esa manera pretendió Lorenzo escribir frente Inglaterra nuestra «honorable actuación» en un Mundial. De manera tal que los argentinos que jugaron y juegan fútbol en Chile exclamaran: «**Esto da pena, se nos termina todo, no venderemos ni siquiera jugadores a los que todavía creían en el fútbol argentino**». De esa manera italiana, suiza o búlgara... intentó Argentina salvar sus prestigios en el Mundial de Chile. Sin lograr armar una sola jugada de conjunto, sin lograr en **ninguna jugada** mayoría numérica para atacar o defender, jugando todas las pelotas en desventaja de hombres respecto de los que le oponía el adversario; haciendo del dominio del medio campo un absolutismo tan exagerado como negativo, porque ciertamente hubo momentos en que Sosa, Rattín y Sacchi se molestaban entre sí en esa zona y si salían con la pelota se encontraban interceptados por el cordón de ingleses que ellos mismos se procuraban. Si esporádicamente salvaban la «montonera», les surgía el tercer problema de ese «fulbito» inocente: ¿a quién darle la pelota, si aquí no hay nadie? «Allá» andan Sanfilippo, Oleniak. Intentemos. Allá va. Allá queda Sanfilippo debajo de dos ingleses, allá queda Oleniak debajo de otros dos. Siempre ellos son más. Siempre los nuestros son menos. ¿Ataca Argentina? Once ingleses defienden. ¿Contraataque inglés que esperan cuatro argentinos en defensa. Aparecen cinco ingleses en ataque. Propiedad del fútbol jugado sin puntas de lanza, sin obligados pensionistas de áreas penales. ¡Siempre los nuestros son menos! ¡Siempre los ingleses son más! Siempre el fútbol «antiguo» que están jugando los ingleses supera en anticipo al moderno-europeo que hace jugar Lorenzo. Menos mal: ¡Argentina llegaba a este Mundial con su fútbol modernizado! ¡Con el fútbol repentizado!

Aquel fútbol de River Plate (que para Lorenzo y su séquito de «azules» es antiguo) lo jugó aquí Inglaterra con menos manejo de pelota; con torpeza a ratos; con muchas pelotas rifadas por su defensa; ¡pero con doble velocidad que aquel River Plate! Y nosotros, los nuestros, miramos pasar. O miramos cómo se nos aparecían por delante los hombres que habían quedado atrás en el transporte de la pelota por Sacchi al estilo José Varacka; en los amagos de Sosa; en las lentas arrancadas de Rattín; en las cantadas incursiones de Marzolini por la línea de toque; en las ardorosas pero incontroladas carreras de Oleniak.

Inglaterra ganó 3-1 con posibilidades de hacerlo por más, como lo denuncia el hecho de que Lorenzo no actuara como linesman hasta el momento de convertir Sanfilippo su golcito de honor. Hasta allí nuestro estratega moderno permaneció en su banco. Inglaterra no necesitó de un partido brillante para ser superior en esa medida de goles y en la mayor medida que trasuntó su facilidad para quebrantar los ataques argentinos y sobre la marcha llegar a la profundidad defensiva argentina. Cruzando y triangulando el juego «eléctricamente». Le bastó jugar bien. Sencillamente bien, con errores a veces graves en su defensa, con inocencias manifiestas de sus defensores ante acciones individuales (como por caso la inexplicable paralización de tres

defensores para con la jugada donde Sanfilippo convirtió el gol argentino). ¡Pero con una velocidad fulminante para bajar y subir todos, defender todos la pelota, cubrirse absolutamente todos, que no es fruto de una preparación física distinta, no es fruto de hombres altos o pesados, sino de una concepción mental diferente del fútbol! Pero no desconocida por nosotros, puesto que con esa idea jugamos fútbol durante 20 años. Después llegaron los «ladrones de azul» que nos llevaron a esto. A esto a que nos llevó el fútbol de Lorenzo... Nosotros también hicimos fútbol de fuerte tramo final como este de los ingleses. Ojalá esta lección no tenga el destino de la de Suecia. Ojalá se termine aquí el mito de los milagrosos-tácticos y nazca el período de los técnicos que realmente conocen fútbol. Puede ser beneficioso que hayamos recibido esta nueva bofetada sobre nuestro falso orgullo futbolístico. Hubo quienes con menos reservas que las nuestras sacaron muy buen partido de esta clase de realidades. ¿Seremos inteligentes una vez?

39. BRASIL CAMPEÓN DEL MUNDO 1962 EXCLAMÓ AL MUNDO: ¡ESTO FUE FÚTBOL! ¡ESTO ES FÚTBOL! ¡ESTO SERÁ FÚTBOL!

El Gráfico, 20/06/62

Cumpliendo su más brillante actuación, y protagonizando con Checoslovaquia^[36] el más hermoso y positivo partido del campeonato, Brasil retuvo con entera justicia la Copa Jules Rimet. En la mayoría de los partidos de este Campeonato del Mundo, como en la mayoría de los partidos que habitualmente presenciamos en Buenos Aires, las canchas parecieron chicas.

Los hombres amontonados, jugando el mal fútbol de los puntas de lanza aprisionados entre defensores cerrojistas, dan esa frecuente sensación en el generalizado mal fútbol de esta época. Generalizado en la Argentina y en el mundo.

Las medidas de los campos de juego no han variado hoy respecto de antes.

Pero el mal fútbol de esta época suele transmitir la sensación de que se han reducido los sitios por donde pueden circular hombres y pelota.

Entonces aparecen las explicaciones tomadas de la comodidad del artificio como falsa explicación de lo real. Por ejemplo: «las tácticas». Por ejemplo: «el mejor estado físico de los jugadores actuales respecto de los de antes, que hace que hoy sea más difícil que antes sacarse al defensor de encima». Por ejemplo: «la prevalencia del juego defensivo sobre el ofensivo». ¡Y no hablemos de la argumentación de que faltan baldíos!

Como aquellas, una infinidad de mentiras semejantes.

Mentiras porque se dicen a conciencia de que el campo de juego es siempre el mismo, la cantidad de jugadores permitidos por bando siempre la misma, el tamaño de la pelota siempre el mismo y en consecuencia no hay razón para que todo el campo se tape si se tapa por el medio, o todo el medio quede tapado si se tapan los laterales. Siempre quedará, por ley de compensación, el sitio donde pasar que equilibre la imposibilidad de hacerlo por donde la gente se amontona.

Mentiras, sí, porque tales afirmaciones se hacen con plena conciencia de que si el mejor estado físico de la época permite defender mejor, ese mismo mejor estado físico no se monopoliza en los jugadores de defensa sino que es usufructuado por todos, defensores o atacantes. Todos están mejor entrenados. En consecuencia: unos pueden correr más, pero los otros también.

Checoslovaquia intentó crearle «la montonera» a Brasil en el extremo campo checo. Brasil no fue más generoso que Checoslovaquia en la destinación de efectivos para el ataque.

¡Pero vimos un gran partido, un gran fútbol, en el que la cancha pareció permanentemente grande, en el que siempre hubo más de un callejón para meter una pelota en profundidad o correr algún hombre desmarcado hacia la recepción!

La cancha era la misma donde italianos, alemanes, suizos, chilenos, yugoslavos, brasileños, se habían reboteado entre sí una pelota o ambulado inútilmente con ella por «zonas muertas», sin encontrar claridad para meterla en profundidad, optando por enviarla al azar del afortunado salto o la exitosa porfía de los «puntas de lanza» y sus vigilantes en una garita.

Esta cancha reunía las mismas posibilidades que aquellas de Viña del Mar, Rancagua, Arica (¡o Buenos Aires!, donde vemos normalmente lo mismo: pescadores contra vigías o fulbito de «préstamos de pelota» entre solitarios andariegos de media cancha que no encuentran por donde pasar o con quién seguir pasando.

¡Qué grande parecía esa misma cancha del Estadio Nacional con estos 22 brasileños- checoslovacos jugando «el otro» fútbol!

El fútbol de la destapada. Destapar fue la consigna común.

La cancha se hizo grande porque, contra lo acostumbrado del fútbol «moderno», estos dos «antiguos» equipos (los dos mejores del fútbol moderno) jugaron con la consigna fija de la movilidad, no con la consigna de la fijación del hombre en la inmovilidad. ¿Checoslovaquia amuraba cuatro defensores extremos? Brasil le contestó retirando hacia el medio campo sus dos puntas de lanza obligados de los anteriores partidos (Vavá y Amarildo). ¿Brasil cubría más campo con defensores que con atacantes? Checoslovaquia pobló de más gente el medio campo. Nadie quedó prisionero de nadie. Primer impacto a la marcación. Primera destrucción de lo destructivo.

¡Hubo que jugar! ¡Y se jugó! Se jugó gran fútbol con esta particularidad: desaparecieron los beneficiarios del fútbol de parcelas. Del fútbol de «quintitas». Es decir, desapareció la importancia de Didí y su sillón, la gran importancia del simple tocar la pelota de Didí. Desapareció Didí. Apareció agigantado, como nunca en igual esplendor durante este campeonato, el fútbol de bajar y subir, tocar y salir. Reapareció EL ÚNICO fútbol admisible con tácticos o sin ellos, con modernismo o sin él: el fútbol del jugador leal a su talento, no obligado a correr; el fútbol de jugador con cambio, no el fútbol de los jugadores «con una sola»; el fútbol de la pelota defendida primero, jugada después; el fútbol con una gambeta, dos gambetas también, si lo requería la prebalón, y en seguida el pase repentizado que arranca la expresión «¡muy buena!» a un coro de voces admiradas de la facilidad con que un hombre es puesto en situación de remate franco, sin piernas y cuerpos por delante, sin tapones; listo para aprovechar el tramo final del campo. «Allí va; hágala». Y no la frecuente de este Campeonato, o la acostumbrada de nuestras canchas argentinas para Sanfilippo o Pagani, Artime o Mario Rodríguez: «Allí va, arréglese como pueda». Y una posdata que dice: «Usted es punta de lanza, nosotros somos organizadores». ¡Qué hermoso fútbol vimos en esos primeros 45 minutos!

Brasil dispuso de «más» jugadores. Checoslovaquia equilibró sus «menos» jugadores con mayor concurrencia numérica a cada jugada. Brasil salía mucho más fácilmente con la pelota dominada que Checoslovaquia. Se bastaba Brasil con dos hombres (generalmente Mauro y Zito) para poner a Vavá y Amarildo en situación de seguir el trenzado con todo un campo abierto, grande, a su favor. Checoslovaquia necesitaba más gente para hacer lo mismo. Porque el checoslovaco maneja más forzosamente el balón. En los pies brasileños hay una mayor dosis de «manos». Pero Checoslovaquia equilibraba su desventaja de jugadores hábiles con más jugadores puestos en la tarea que Brasil realizaba con dos. Checoslovaquia oponía cuatro, si eran necesarios. Cinco también. Pero los cuatro, los cinco, los que hicieran falta, cuidando todos la pelota, jugando todos de bajo, atrasándola si fuera necesario (...y nadie consideraba «perder tiempo», como, según la histeria de los neófitos, sucede en el pase atrás); usando todos esos checos (aun los no habilidosos) la gambeta como recurso de defensa. Amontonándose y abriéndose. Abriéndose y volviendo al montoncito.

¿Que Garrincha es peligrosísimo y superhábil? «No le salgamos a Garrincha donde Garrincha quiere. Esperemos a Garrincha con tres en lugar de uno allá donde Garrincha juega para él». Y Garrincha desapareció del partido. Dejó al descubierto su fútbol negativo para un equipo, brillante acaso para el público, que acude a ver torneos de habilidad. El personalismo de Garrincha y la poltrona de Didí no sirvieron para este gran partido. No sirven para este fútbol de pelotas al claro que tanto exigen correr como pararse. Didí solo se para. Garrincha solo corre. ¡Afuera quedaron Didí y Garrincha! Este no era partido para ellos. Ellos habían lucido, y lucirán mucho, en «el otro» fútbol jugado en este Mundial. Adentro del partido quedaron los aptos para el fútbol completo de un juego así de precioso al tiempo que efectivo; así de bonito al tiempo que práctico; así de ingenioso al tiempo que goleador. Fue un partido reservado para jugadores física y mentalmente veloces. Para jugadores que tocaran y salieran. Que fueran y vinieran. Y muy especialmente sus históricos primeros 45 minutos. Tan buenos en fútbol artístico como positivo, tan equilibrado en belleza y practicidad que el segundo tiempo, jugándose bien al fútbol, llegó a parecer oscuro. Tantas fueron las luces de esos 45 minutos iniciales. Allí se iluminó la cancha de ideas. De jugadores con ideas cambiantes en cada jugada. Con arranques para el claro, con llegadas al claro, con anticipos donde había quedado un «pagaré», con un montón de jugadas «fáciles» unas detrás de las otras, en defensa y en ataque. Fútbol de jugadores para todas, no para una sola. Fútbol no para Didí y Garrincha.

Y en medio de esa fisonomía, otra fisonomía: nada de «fútbol veloz». Mucho fútbol rápido. La velocidad de los hombres fue siempre mediana. Rapidez en el pique, quietud en la traslación de la pelota, EN LA DEFENSA DE LA PELOTA. La pelota circuló con rapidez. Es decir, seguridad primero, tentativa después. En relación a los chilenos, alemanes, italianos, suizos, españoles, mexicanos y aun argentinos..., estos dos equipos (de haber tenido taxímetro) habrán corrido la mitad que aquellos en

un partido. Corrieron menos, jugaron mejor, rindieron mucho más. Y dejaron llenos de admiración y gozo a 70 000 personas que podrán decir: «Hubo en el Mundial un gran partido de fútbol; yo lo vi».

Sin puntas de lanza ni organizadores. Sin defensores separados de los atacantes por una línea transversal. Los puntas de lanza destruyeron a sus policíacos marcadores juntándose con los armadores; los armadores vieron fácilmente resuelto el problema de salir con la pelota merced a aquella proximidad de los hombres de profundidad; los defensores vieron también fácil la entrega de la pelota después de la contención, y en el movimiento inverso del proceso de atacar y contraatacar, lo mismo: siempre gente acercándose; siempre gente dando salida o haciendo más clara la entrada.

En esa competencia de DEFENDER LA PELOTA Y SACAR EL CUERPO llevó Brasil la ventaja de tener mejores jugadores; de bastarse con menos jugadores para lo que Checoslovaquia necesitaba de más piezas.

El resultado final del memorable choque de ideas premió justicieramente a quienes más ideas tuvo porque más habilidosos jugadores disponía.

Ese caudal favorable a Brasil —harto visible hasta entonces— se agigantó con la en este caso desconocida actuación de Vavá y Amarildo. Fueron ellos los hombres claves, junto con Zito, de la aplastante fuerza ofensiva de Brasil. Fuerza ofensiva aplastante sin aplastar cuerpos, como ridículamente (para el fútbol que ahora «descubrieron» saber jugar) lo habían intentado, con resultados casi siempre negativos y hasta con riesgo de eliminación, Amarildo y Vavá durante todo el proceso previo a esta victoria final.

El caso de estos dos malos jugadores durante el campeonato, excepcionales jugadores en la final, invita a un mensaje cuyos destinatarios pueden ser también los Artime, Sanfilippo, Pagani, Suárez, Valentim. D'Ascenzo: «¿Han visto cuanto más fácil es ser profundos jugando lejos de la profundidad?».

Por cierto que también promueve otra reflexión: ¿Por qué no se atrevió Brasil a jugar SIEMPRE así? ¿Por qué se con fundió Brasil con el esquema de los ineptos durante todo el proceso previo?

Si al Mundial de 1962 hubiera que juzgarlo por el partido final cabría decir: brillante campeonato con gran fútbol. Porque la final fue una fiesta de fútbol, de espíritu deportivo, de buen gusto por parte de la organización y el público chilenos. También de saludable emotividad a través de su estupenda ceremonia de clausura. Si al campeón hubiera que juzgarlo por su partido final correspondería decir lo mismo: ¡Qué gran campeón es Brasil! ¡Qué hermoso fútbol y qué positivo fútbol jugó Brasil!

Los reparos al campeonato y al campeón se encuentran en lo que precedió a la culminación de uno y otro: en el mal fútbol que predominó, en la pobreza de la gran mayoría de jugadores que se manejaron como autómatas sin ideas, por una parte; en la mezquina contribución del campeón al gran fútbol que finalmente se mostró capaz de jugar, en la frecuente sensación de que este Brasil, aun con Pelé, no era más sino

bastante menos equipo que un Santos con Pelé.

El saldo, por fortuna, es positivo: ¡triunfó el fútbol! Triunfó un plan, sí. Pero así caratulado: «Improviseemos siempre». ¡Triunfó el jugador! ¡Miente quien diga que triunfó un sistema, un plan, un director técnico! Triunfó la técnica de los jugadores, no la técnica de los tratados.

Con el fútbol, con el jugador, triunfó también, pero en plano complementario, no fundamental, la estabilidad de convicciones que llevó a Brasil a no desesperar ante las varias malas actuaciones que comprometieron su chance. Esa estabilidad es disciplina. Es parte de una disciplina del orden. La aplaudimos. No podemos extender ese aplauso a la aparente «disciplina» de haber mantenido «el scratch» de 1958. Cuando se quiera hacer de tal «disciplina» una muestra de «organización» será porque se ignora, o no se quiere decir, que tal lealtad a los campeones de 1958 fue más especulación con lo popular que solidaridad con una convicción técnica. Más miedo que fe. El equipo que Brasil trajo a este Mundial no era el mejor que en conciencia podía formar Brasil, según la propia conciencia técnica brasileña. Se temió a innovar. Se temió al fracaso y a la impopularidad con la innovación. La timorata opción resultó afortunada. Pero eso no puede sentar escuela. Apenas un hecho. Ciertamente que muy a favor de un fútbol en el que no predominaron jugadores sino técnicos que ahora extraerán, de la victoria brasileña, elementos de sustentación del fútbol con el que están destruyendo al fútbol. Nosotros le negamos el derecho de treparse a ese carro. Ese contingente de técnicos llegó a Chile montado en el carro del más opuesto fútbol al que le dio a Brasil esta victoria. No tienen derecho a valerse ahora del fútbol de Brasil para exponerlo como el ejemplo vivo de sus prédicas. Ese núcleo no predicó este fútbol. Usted, aficionado, no se deje encandilar por los muchos relatos de esa corte que ahora veremos difundir. No les crea. Brasil ganó esencialmente porque sus jugadores mostraron en un partido decisivo toda la suma de tácticas de que son capaces el talento y la habilidad del buen jugador, no LA táctica ni LA estrategia de que tales «subidos al carro» le atribuirán a Aymoré Moreira o a su propia secta.

¡Para suerte del fútbol, en Chile han triunfado el fútbol y los jugadores! No negamos los buenos consejos de Aymoré Moreira. Pero negamos que Aymoré Moreira haya ganado el Mundial.

Este es el triunfo del «defienda la pelota y saque el cuerpo»; «suba y baje»; «toque y vaya»; «venga y escape»; «vaya al claro, fabrique el claro». Para defensores y atacantes. Para toda la cancha. Para la única cancha y el único fútbol conocido: 105x68 metros con 22 jugadores y un árbitro adentro. Los técnicos nada pueden sin *cracks*. Los *cracks* mucho pueden sin técnicos. Obligación del técnico es hacer *cracks* antes que tácticas. Brasil tuvo *cracks*. Donde no los haya los técnicos los tienen que hacer. Los *cracks* harán después la táctica: «defienda y saque el cuerpo, suba y baje, toque y vaya, venga y escape, vaya al claro y fabrique el claro». Son siempre 105x68 con 22 adentro... Esa es la única, la vieja, lección de este Mundial.

40. UN EPÍLOGO LAMENTABLE PARA EL NO FÚTBOL (*MUNDIAL 66: INGLATERRA 1-ARGENTINA 0*)^[37]

El Día, 24/07/66

Ayer culminó en Wembley, catedral de muchas páginas ilustres del deporte, un operativo vergonzoso de la actual concepción deportiva a través del fútbol. Ese operativo lo protagonizaron ingleses, con torpezas en sus piernas y nubes en sus ideas, y argentinos, destreza en sus pies y astucia en sus mentes, jugando a lo que un reglamento de ética y pudor prohíben.

Sabíamos con mucha anticipación que la consigna del equipo argentino considerábase lograda entre toda la delegación, calculando el clima de fervor existente en Buenos Aires, asegurando el recibimiento heroico en Ezeiza, al punto de haber acuerdos muy íntimos para asegurar aquella estabilidad de la euforia argentina, porque perder con los ingleses en su casa, eximiría de cualquier disconformismo. Pero en manifiesto propósito de reforzar el clamor del regreso con justificaciones de supuesta condición de damnificados por la injusticia inglesa o la confabulación de los árbitros contra los sudamericanos, que solamente pueden argumentar mentes perversas y comercializadas, Argentina salió a jugar primero a enfriar el partido mediante el nada hacer más que tener la pelota sin rodar, y después a procurar la expulsión que pusiera la nota tanguera dramática que se encargarían de reforzar, desde supuestos de publicitarios del engaño, algunos auténticos sinvergüenzas ejerciendo la función periodística a larga distancia, a favor de la vehemencia de deseos, aunque a riesgo del testimonio contrario de filmaciones posteriores.

A esa altura del partido, Argentina había logrado importantísima desviación de la lucha hacia una cosa fría que ya había detenido los iniciales ímpetus ingleses. El partido se presentaba para seguir ese ritmo con posibilidad de gol en cualquiera de los muchos yerros de los ingleses, con su general torpeza en el manejo de la pelota, ya que el ataque inglés se reducía a un pelotazo que otro lanzado para el lucimiento de Roma.

Lamentablemente no lo comprendieron así nuestros jugadores que, por el contrario, arreciaron en las brusquedades ya muchas veces amonestadas por el árbitro. Cuando Rattín incurrió en una tercera incorrección fue expulsado y, entonces, vimos cómo nuevamente la condición de argentinos se humilla con el comportamiento de hombres que, con vestimenta de fútbol, supónense autorizados para maleducadas reacciones y ridículas chicanerías. Rattín se negó a salir y el resto de los jugadores inició consultas y amagos para retirarse de la cancha, a manera de víctimas con política de lanzamiento hacia Argentina de argumentaciones salvadoras y heroicas, diciendo lo que muchos voceros de la opinión nacional: «Los ingleses nos

han robado este partido como nos robaron las Malvinas». Once minutos permaneció Rattín en el campo, después de seis de resistencia para retirarse.

La poca cosa que podía esperarse de fútbol terminó allí mismo y el resto fue una soporífera prolongación de una pelota andando muy lentamente entre argentinos y muy torpemente entre los ingleses, ya no veloces ni briosos, que más perdían el balón cuando más intentaban correr.

El gol inglés fue fruto de la única pelota recibida por un inglés de las que Inglaterra tiraba profundas para que alguien corriera y lanzara fuera del alcance de Roma. Otra cosa no puede decirse de fútbol, porque no hubo.

El epílogo sirvió para rematar nuestra triste exposición de mala educación con personas que, decididamente, no pueden, no deben, para bien de la nación Argentina, recibir nunca más responsabilidades directas ni indirectas en el exterior. Lorenzo y Ferreiro insultaban, como vulgares matones, al juez, mientras el suplente Pastoriza intentaba agredirlo, con intervención de muchos policías, sacándolo como energúmeno. Si en Argentina se ha instalado un gobierno con propósito de poner al país en orden, los argentinos que aquí hemos vivido esta estafa organizada a larga distancia pensamos sinceramente que ese gobierno debe intervenir contra sus autores, y esto no significa intervención de la AFA, sino castigos por vía civil.

Inglaterra ha encontrado motivos para reactualizar el único caso en la historia del fútbol británico, el de un árbitro agredido de hecho por un jugador que fue argentino y se llamó Sanfillippo. Doblemente lamentable es todo esto cuando, con plena conciencia, puede asegurarse que Argentina estaba, de seguir jugando como jugaba, con más probabilidades para ganar que Inglaterra.

El final del partido no concluyó con lo visto en la cancha, sino con algo igualmente vergonzoso, el descaro de la mentira organizada en protección de un negocio. Esto ocurrió cuando los televisores registraron, para consumo de mil periodistas estupefactos, declaraciones tales como que el juez perjudicó. Que Rattín solo pidió al juez un intérprete. Que la delegación regresaba a Buenos Aires como una de las más ejemplares que hubieran salido del país. Entonces nos tomaron decididamente para la chanza, aunque de esto no llegarán probablemente indicios a la Argentina. El drama de los argentinos que estuvieron aquí sin estar abocados a ningún negocio de seducción patrioterica es, a volver al país, explicar quienes vieron desde allí, a su manera, lo que ellos vieron aquí con sus ojos. Una idea de lo ocurrido puede sintetizarse afirmando que ningún equipo argentino se habría atrevido a hacer en Buenos Aires lo que hizo este en Londres. Porque en Buenos Aires la hinchada del bando oponente lo haría imposible. Y ningún juez permitiría a Rattín permanecer cinco minutos en el campo presenciando el juego, en abierta rebeldía.

41. LA BANDA ESTÁ BORRACHA (RESUMEN DE LA ACTUACIÓN ARGENTINA EN EL MUNDIAL 66)

El Día, 30/08/66

Yo he visto en Inglaterra:

Que 48 horas antes del partido con Inglaterra, informantes de la intimidad del cuartel argentino de Birmingham decían saber de alguna maquinación que no dejaba lugar a sorpresa si algún jugador argentino terminaba expulsado del campo.

Que Rattín declaró en un diario argentino, después del partido con Inglaterra, haber llevado instrucciones de Lorenzo y Valentín Suárez de «estarle encima al árbitro». (¿Hay algún reglamento del juego que faculte a un capitán a «estarle encima» al juez? ¿Hay algún reglamento del fútbol que autorice a un capitán a alguna otra cosa que no sea asistir al sorteo de vallas o a ordenar la expulsión del campo de algún compañero suyo?).

Que Ermindo Onega escupía en la cara de un oficial de la FIFA.

Que Alfredo Rojas, después del partido «cumbre» con Suiza, decía que «esto era una vergüenza» (se refería a la forma de jugar de Argentina, a los recursos que había utilizado para simular «el éxito» de una clasificación en la zona).

Que los mismos jugadores argentinos que antes y durante el campeonato decían, en Birmingham, a cualquiera que hablara con ellos, que Lorenzo no solo era técnicamente ignorante sino mala persona... aparecieron en la estación ferroviaria de Sheffield después del partido con Suiza cantando todos, a coro, con Lorenzo al frente, palabras tan «sinceras» como estas:

«Y ya lo ve, y ya lo ve
de Lorenzo es el *ballet*».

(Esa noche también cantaron, allí en la estación de Sheffield, otras cosas que no me corresponde denunciar).

Que el triunfo de Alemania sobre España, que decidió que Argentina enfrentara a Inglaterra y no a Uruguay, fue recibido por «el cuartel» argentino como un alivio de tranquilidad para asegurarse el recibimiento «triumfal» en Ezeiza. Contra Inglaterra se aseguraban el prefabricado papel de mártires.

Que el día del partido Alemania-Suiza (Sheffield), Lorenzo no vaciló en expresar, ante la velocidad del N.º 10 alemán que ese día actuara como puntero izquierdo (Held), «a este tenemos que darle de entrada» (patadas).

Que la BESTIAL embestida de Albrecht a Weber fue anunciada con bocina de ambulancia o de bomberos.

Que durante y después del partido con Inglaterra, Juan Carlos Lorenzo descargó todo su diccionario de insultos contra los jueces del partido.

Que al terminar el partido con Inglaterra, Pastoriza (con buzo semejante al de los auxiliares del equipo), aplicó un trompis al árbitro que según el colega Rodríguez Duval de «El Mundo» llegó a la cara del destinatario. Yo solamente vi lanzar el trompis.

Que Lorenzo marchaba junto al árbitro aplicándole puntapiés disimulados pero visibles.

Que el autor del calificativo «bagayo» aplicado al equipo argentino (presidente de la delegación, Santiago) ingresó al campo de juego al terminar el partido Argentina-Alemania y en saltos en alto acompañados de enérgicos puñetazos al aire, dirigía todo tipo de denuestos contra la silbatina del público dirigida al vergonzoso partido de los dos bandos y a la más vergonzosa conducta deportiva de los argentinos.

Que en las salas de periodistas de los estadios y de las oficinas del comité organizador del campeonato, se fabricaban pocos minutos después de cada partido las posteriormente supuestas «declaraciones» de los protagonistas. De eso se encargan los periodistas de todos los países.

Que la misión de informar y comentar el Campeonato del Mundo fue cubierta en múltiples casos de publicaciones de todo el mundo, sin distinción de continentes y con inclusión de la prensa argentina, por improvisados corresponsales de fútbol que confesaban su improvisación como tales en medio de sus habituales tareas en actividades políticas, económicas y comerciales. Un diario de los que apuntalan al periodismo «serio» de la Argentina entregó la responsabilidad de decir qué pasaba en Inglaterra... a un exredactor de temas no deportivos, que en su condición de jubilado ofreció sus servicios como corresponsal de fútbol pagándose él los principales gastos. Ese mismo corresponsal me confesó en el Garden Hotel de Londres que no veía fútbol desde hacía 25 años.

Que un mismo periodista o una misma agencia despacha de un mismo partido dos cables de diferente contenido «calculado», uno para Europa, otro para Sudamérica, uno para Argentina, otro para España.

Que varios periodistas argentinos recibieron de sus publicaciones de Buenos Aires órdenes de dar «más calor», o recriminaciones de ser «muy fríos» (sus despachos).

Que todo esto que yo he visto, he sabido, he oído, es solamente la recopilación de 25 días de Campeonato Mundial sin hablar con jugadores, sin dialogar con dirigentes, sin reportear entrenadores, solamente viviendo el Mundial en las canchas, en la calle. Porque yo no voy ni iré detrás de ningún jugador a rogarle que me mienta.

Que mucho más, y mucho más grave, es cuanto podría recopilar de lo que vio, de lo que supo, de lo que oyó decir... cualquier periodista de los que se acercan a jugadores, a dirigentes, a entrenadores, a reportearlos, a oír, ver y saber lo que después «no se puede publicar» porque la autocensura de la prensa lo impide, la asociación «al negocio» lo hace imprudente.

Que en Birmingham hubo intentos por constituir un «pool ideológico» entre todo

el periodismo allí representado, para «uniformar la información y el comentario», idea que no prosperó según se advirtió que no hacía falta: la uniformidad se produjo en forma automática...

De regreso en Buenos Aires, me llegó una invitación del Círculo de Periodistas Deportivos para participar de una reunión en la que cada corresponsal concurrente al Mundial diría sus conclusiones, en un monólogo de 5-10 minutos por asistente.

En Londres, se planeó asimismo una especie de congreso del periodismo deportivo latinoamericano para coordinar «un plan de acción» prolatinoamericano en circunstancias como las de un Campeonato del Mundo.

Y algo concreto en tal sentido informaron los diarios del 23 de agosto al anunciar una asamblea en dicho nivel en la ciudad de Montevideo.

Lo que yo veo... es inconveniente a esos planes.

Lo que otros ven... queda sepultado por ser también «inconveniente». Lo reservan para «congresos especializados». Al público... obscuridad. Noche. Silencio.

Luego, los periodistas se reúnen para conocer la verdad que ellos mismos se encargan que públicamente se ignore, o para coordinar acciones «coherentes» destinadas a que Rattín sea un mártir de la prepotencia europea, los sudamericanos unos robados por los ladrones europeos, o los europeos unos ladrones en perjuicio de los sudamericanos. O a que «un congreso» de periodistas ejerza tareas de competencia de una asamblea de la FIFA.

Yo veo... que en «la banda» ya estamos todos. Y como borracha está la banda... borrachos estamos todos. Borrachos de engaño.

Yo veo todo eso y creo ser leal no solamente con mi conciencia, sino también con la misión del periodismo, al dejarlo dicho para que, quienes se quieran seguir emborrachando... sepan que se están emborrachando. La banda está borracha y la banda quiere emborrachar a todos quienes bailan a su compás. Que los bailarines lo sepan. Que lo sepan para cuando regresemos a aquellos días que siguieron al «sensacional triunfo» en la Copa de las Naciones. Que se repetirán en no mucho tiempo más, después del «sensacional campeonato moral» ganado en Inglaterra al alcanzar una clasificación semejante a Corea del Norte. Haciendo menos que Corea del Norte. Porque Corea del Norte jugó. Mal. Pero jugó. Atacó. Nosotros fuimos, allá, menos que cuando aquí nos autosilbamos. Como que de cuatro partidos jugamos 15 minutos en uno solo (contra España) y los restantes 345 minutos los jugó José María Muñoz con un micrófono que tuvo más convicción que once jugadores... dedicados a jugar al no jugar. Al perro del hortelano.

Dudaría de la franqueza y veracidad de estas afirmaciones si ellas me acarrearán algún beneficio dentro de la descontada antipatía que, por el contrario, me acumulan. Pero no dudo en hacerlas, alentado por la tranquilidad de saber que ellas, precisamente por el Mundial que yo vi y otros no quisieron ver, me han acarreado fuertes perjuicios materiales. Que no son más fuertes, sin embargo, que la tranquilidad de conciencia que me brinda el dejar avisados, a quienes quieran tomar

nota, que la banda viene borracha, muy borracha...

42. NO HUBO PARTIDO: HOLANDA SE ADUEÑÓ DE LA PELOTA E IMPIDIÓ QUE EL RIVAL LA TOCASE (MUNDIAL 74: ARGENTINA 0-HOLANDA 4)^[38]

La Opinión, 27/06/74

Los holandeses son 13 millones. Tienen una gran parte de su territorio debajo del nivel del mar. Sus 34 000 kilómetros cuadrados de territorio (casi 3 millones son los nuestros) son constantemente bañados por ríos e inundaciones marítimas. Los potreros deben existir allí en la proporción que aquí habitan holandeses. Una maceta es en Holanda una granja.

En esas condiciones, y hasta hace poco tiempo, Holanda integraba el elenco de los países futbolísticamente «**troncos**». No aprendieron, ni estudiaron. Son más inteligentes que los volatineros que pregonan eso para jugar al fútbol. La natación era el deporte más popular entre ellos. Sin aprender ni estudiar de nadie, tienen ahora 856 515 jugadores de fútbol, con la más alta proporción numérica de los dieciséis países que disputan este Mundial. Tienen un futbolista por cada 15 habitantes. Alemania Occidental les sigue con 21.

No los extrajeron de ninguna formación de atletas infantiles. No los produjeron con un profesionalismo dramatizado, como el que histriónicamente hacemos nosotros con tecnócratas y periodistas al frente del pelotón de nuestra enorme idiotización futbolística del país en masa.

Pero además de todo aquello, de sus molinos, de sus tulipanes, de su ginebra, de su leche o de Van Gogh, que identifican a lo holandés, resulta que ahora aparecen siendo, también, los más astutos por no comediantes, por simplistas con inteligencia. Y aparecen así dentro de una gran comedia mundial en la que, en cambio, los argentinos creímos que era modernista y progresista (no hay peor enemigo del fútbol argentino que su periodismo amigo), enrolamos como los terceros grandes mentirosos del mundo (según Norberto Yácono por televisión), junto a italianos y españoles (¡voto a la corriente sanguínea!).

Esa es la primera astucia holandesa: la de haber pasado de nadadores a futbolistas, renunciando al proceso teatral del industrialismo futbolístico. La segunda: la de haber hecho ese proceso y poseer hoy un equipo excluyente para esta época, renunciado no solamente al circo sino «**a la quinta**». Acaso por aquel valor de estancias que tienen las macetas con flores en Holanda.

Pero este fútbol holandés en el que todos suben, todos bajan, nadie es defensor de fondo, ni mediocampista, ni delantero de punta, sino todos jugadores de ayuda recíproca, muestra en tal sentido la astucia de renunciar al esquema de atrofiados

futbolísticos que ha adoptado el resto del mundo e, imperdonablemente nosotros, lo inventores de aquel desmarque que ahora encandila, hecho por holandeses. Contra los que nosotros seguimos atrofiando «quinteros» reclusos; entre estacas.

Del partido de ayer en Gelsenkirchen tiene plena validez de hecho consumado, lo dicho el miércoles en **La Opinión**, respecto de lo que podía hacer Holanda y lo que no podemos hacer nosotros ni en defensiva, ni en medio juego, ni en ataque. Literalmente **no hubo partido**. Hubo un equipo que se hizo de la pelota (Holanda) y que ni aun cuando en todo el segundo tiempo pasó a jugar a media rienda, se la dejó tocar a su adversario argentino.

Si de situaciones trascendentes se trata, no es exagerado decir que esta vez **«ni la pudimos tocar»**. El mejor comentarista del partido fue el arquero holandés. Intervino una sola vez en 90 minutos para contener una pelota enviada por un argentino a los diez minutos del segundo tiempo. Los goles holandeses pudieron ser seis, siete. No fue una superioridad. Ni tampoco lo que se dice «pasar por encima». Fue peor: **jugaron cuando ellos quisieron y no nos dejaron jugar ni cuando ellos ya no querían jugar**.

Creo que es una de las más provechosas (debiera serlo) lecciones que pudo haber recibido nuestro bastante idiotizado (por la prensa) orgullo futbolístico de chauvinistas chabacanos. No nos ha ganado un equipo «nunca visto» (River 1941-46; Hungría 1954; Santos 1960-64 son superiores a esta Holanda). Ni siquiera hemos dado lástima por incomprensibles inclusiones que pueden señalar a Yazalde, Perfumo, Telch, Sá (en la punta), Squeo y otros, como muestras del gran disloque en que vivimos.

Hemos dado lástima por como venimos jugando desde la maldita tarde de la modernización futbolística argentina (la de Suecia y su 1-6). **No hay ni siquiera lugar para decir que Cap se equivocó**. Todo el país se equivocó. Todo. Solamente hay lugar para decir: volvamos a jugar al fútbol **sin parcelistas, sin circo y sin periodistas**, en Buenos Aires, en Santa Fe, en Córdoba y en todas partes... y nada más.

Porque hasta pelagra la que tenemos como muy masticada chance de ser campeones mundiales en 1978, ganando «de cualquier manera» por ser locales. Esto se acabó. Lo malo es que hace mucho lo sabemos. Pero la comedia, el circo y los periodistas viven del negocio de que «esto» no se acabe. ¿Cómo acabar con ello, si ahora estamos en que Holanda no es parámetro porque es «sobrenatural»?

Es el fútbol de Discépolo o de Vicente Rubino^[39]: **«Dinguefrunden Diyeguen»**. La sacó bastante barata frente a los exnadadores sin potrero pero con viveza excrionla (0-4 fue barato). Espero no saber de argentinos tristes. Me gustaría saber de argentinos inteligentes. No nos hagamos los italianos.

Y recordemos: los polacos juegan por un reloj. Los holandeses conviven con sus mujeres; el entrenador holandés estaba anteayer en España. No compremos más buzones...

VII MUNDIAL 78

Había plena oscuridad. Todo era noche. Jugando con la adjetivación del poeta podría afirmarse: unánime, como las voces que se escuchaban. Voces de un coro, monocorde. Sólo uno quebró la unanimidad. Se opuso abiertamente y no logró ser callado. No eran tiempos para disentir. A Panzeri poco le importó. Hizo lo que había hecho toda la vida. Expresar su verdad en soledad. Sin importarle quien estuviera gobernando. La única figura pública relacionada con el deporte y el periodismo que se opuso a la realización del Mundial 78.

En el exterior, los exiliados argentinos desarrollaban sus campañas para conseguir apoyos contra el campeonato de fútbol y contra el gobierno militar, el boicot al Mundial 78 como fue llamado (o «campaña antiargentina» como la nombraban los medios locales adictos —todos—). Dentro del país, sólo se escuchaban apoyos, loas y esperanzados deseos de que los poco más de veinte días del torneo nos convirtieran en un paraíso, en la envidia mundial. Que revirtieran las noticias de muerte y anomia.

Hay que rebuscar demasiado para encontrar otra figura pública que no se dejara llevar por la euforia mundialista. Son casos diferentes, con otros intereses y visiones. Una de ellas, Juan Alemann, era Secretario de Hacienda del Proceso y se oponía a una serie de gastos que él no autorizaba (o a un robo perpetrado en sus narices). Nada más que una interna oficialista dirimida a modo de amenaza con una bomba en el hall de su hogar justo en el momento en que Luque convertía el cuarto gol argentino contra Perú, que significaba la clasificación para la final.

El otro personaje que no se plegó al fervor mundialista fue Jorge Luis Borges. Algo comprensible e inocuo. «Si nunca entendió nada de fútbol», se escuchaba. Nadie esperaba que él apoyara. El escritor había amenazado con irse del país durante el tiempo que durara el Mundial para escaparle al «batifondo infernal». Y se mostraba incrédulo de que a un país lo pudieran representar once jugadores de fútbol. «Es como si lo representaran once dentistas», repetía.

Pero fue Panzeri quien se opuso firmemente desde un inicio. Fue, una vez más, consecuente con una conducta. Ante cada elección de sede para una ciudad olímpica o para un Mundial de fútbol, Argentina presentaba su candidatura. Melbourne 56 y México 68, Chile 62 y México 70. Panzeri solía seguir las vicisitudes de la candidatura, anunciando las posibilidades de éxito o de fracaso de la propuesta argentina. Mientras el resto de la prensa publicaba triunfalistas (y poco certeros) artículos, Panzeri avisaba que el Mundial del 62 quedaría para Chile y los Juegos Olímpicos 68 y el Mundial 70 en México. Los hechos (y las votaciones) le dieron la razón. Después de varios fracasos consecutivos, Argentina obtuvo por fin la sede para realizar un mundial. Fue en medio del gobierno radical de Arturo Illia. A partir de ese momento, Panzeri sentó su posición contraria a que nuestro país albergara una competencia de esas características. Los motivos que esgrime son bastante claros: Argentina tiene otras necesidades más urgentes que cubrir, el país no será mejor tras la realización del campeonato, los gastos en que se debía incurrir eran

ingentes y ese dinero era, sin el menor lugar a dudas, imposible de recuperar. Además, el político o militar de turno que detentara el poder intentaría aprovechar burda y demagógicamente en su beneficio el torneo. Un argumento más, casi profético: tanto la posible victoria como la posible derrota sacarían lo peor de nosotros; y —decía— que la busca desesperada del triunfo llevaría a que se actuara inconvenientemente. Esta diatriba se extendió panzeriamente a lo largo de casi quince años: pertinaz, reiterativa (como un mantra depresivo), solitaria. Pasaron gobiernos radicales, peronistas y militares (varios de ellos). Como la situación del país no varió —para bien— los argumentos de Panzeri se mantenían incólumnes y él, por supuesto que también. Ante cada administración repitió sus fundamentos. A todos les vio los hilos, el deseo de aprovechar políticamente el campeonato, sin fijarse en costos. Percibió, sin dejarse engañar por falsos y altisonantes discursos, el afán de lucro personal de cada una de las autoridades, las veladas actividades delictivas.

Por ejemplo, en su segundo libro, *Burguesía y gangsterismo en el deporte*, escrito en épocas del Gran Acuerdo Nacional de Lanusse (del que criticó sus afiches futboleros y su slogan: «Este partido lo jugamos todos»), corregido y enviado a imprenta bajo gobierno de Cámpora y publicado en el tercer mandato de Perón (hubo épocas posteriores de nuestra historia en que los presidentes pasaron más rápido aún), escribió: «El pueblo sabe que ese Mundial 78 le costará sangre que le está faltando para regar sus venas».

Su propuesta era clara y no admitía confusiones. Proponía, sin más, renunciar a la organización del Mundial 78. Decía que no éramos Suiza. Que existían otras prioridades en el país. Salud, vivienda, educación. Creía que la imagen del país se beneficiaría con esa renuncia. Nos haría más serios. Exactamente, lo opuesto a lo sostenido por todo el resto de la prensa autóctona que antes del Mundial propugnaba que la imagen del país estaba en juego.

En 1975 dio su opinión sobre el modo en que podría desarrollarse el torneo, sobre cómo sería la participación argentina: «Todos los orígenes doméstico-infantiles de nuestros acostumbramientos a vivir afanándonos a nosotros mismos, determinan que queramos hacer el Mundial 78 aun a sabiendas de que nos va a ir muy mal, especialmente si lo ganamos. Porque lo vamos a ganar al estilo del Martín Fierro y el viejo Vizcacha. O de Bairoletto y el Pibe Cabeza, delincuentes comunes con los que ya tenemos fabricado el mito de la delincuencia bondadosa, que también apoya el acostumbramiento nacional a afanarnos a nosotros mismos». Podría haber sido escrito horas después del Argentina 6-Perú 0. O en julio del 78, cuando la rendición de cuentas, una vez finalizado el Mundial, no aparecía. Panzeri lo escribió tres largos años antes de los hechos.

Murió mes y medio antes del campeonato, pero su imagen se mantiene incorruptible cuando se busca alguna voz que se haya opuesto al despropósito. Es más, sólo se lo encuentra a él.

Ya en tiempos de la última dictadura militar, Panzeri siguió con sus críticas desde el diario La Opinión, desde El Día de La Plata y en su breve paso por La Prensa. No tenía la resonancia de años anteriores. Había perdido eco y lo habían desplazado del lugar central que había ocupado dentro del periodismo durante casi dos décadas. José María Muñoz y El Gráfico eran los dueños de la escena. También «Clarín Deportivo», abiertamente menottista. Una circular gubernamental llegó a todas las radios y redacciones del país: estaba terminantemente prohibido criticar el juego de la selección nacional de fútbol. El equipo se preparaba para el Mundial disputando una larga serie de amistosos en Buenos Aires contra importantes selecciones europeas. Los resultados —y el rendimiento— eran pobres. Sin embargo, el periodismo deportivo nacional celebraba cada actuación y cada polémica decisión de su director técnico. Dentro de este panorama (al que obviamente hay que sumarle el Terror imperante: las muertes, desapariciones, ausencia de las libertades más básicas) Panzeri continuaba como si nada con sus críticas y objeciones.

El vicealmirante Lacoste, hombre fuerte del EAM 78, percibió con rapidez que por el lado de Dante Panzeri seguían drenando lenta pero recurrentemente las verdades. Era un problema para él. Y acostumbrado como estaba a llevarse el mundo por delante, decidió resolverlo por su cuenta. Citó al periodista a su despacho. Panzeri adujo que jamás había pisado un despacho oficial y que esa no sería la primera vez. Lacoste, entonces, propuso que se encontraran en su hogar. De ese encuentro han circulado durante décadas varias versiones.

La primera, recogida en el libro Dante Panzeri. Entretelones, de Ampelio Liberali, la brinda el periodista José María Suárez (Walter Clos para los lectores de la revista Humor) contando lo que le refirió en su momento Lacoste sobre el encuentro en su casa del barrio de Belgrano: «Panzeri llegó a casa a las nueve y media con dos enormes carpetas y nos pusimos a charlar sobre el Mundial— dijo Lacoste—. Él expuso sus puntos de vista opuestos a los míos y yo traté de hacerle ver que estaba equivocado. Se retiró casi pasadas las dos de la mañana. Resultado: no lo pude convencer acerca de la conveniencia de organizar el Mundial, pero Panzeri casi convenció a mi esposa de la conveniencia de NO organizarlo». La otra versión la recoge el excepcional Ezequiel Fernández Moores. Se lo contó Carmen, madrina de Sandro Panzeri: «Dante nos dijo que fue imposible hablar porque a Lacoste le sonaba el teléfono cada dos minutos. Y que entonces se cansó de la situación y le dijo: “Mire, señor, mejor me voy a mi casa y lo llamo por teléfono que me va a atender mejor”. Y se fue».

Hasta aquí las versiones, la leyenda. Buceando en el archivo personal de Panzeri apareció su propio relato de los hechos. En hojas de la redacción del diario La Opinión, en papel pautado, mecanografió un acabado resumen de la reunión con Lacoste, de su personal encuentro con el diablo. Tiene correcciones manuscritas y su opinión sobre la conversación. Allí mismo comenta que le leyó al marino una nota escrita por él. Esta permaneció inédita hasta el día de hoy. No porque contuviera

nueva información o algún ataque de mayor escala. Es lo que durante más de una década Panzeri fue escribiendo sobre el Mundial 78. La diferencia está en que reúne allí todos sus argumentos; todo junto, en una sola nota. Y nadie tuvo el coraje de publicarla.

43. 429 AVIONES Y 150 000 TURISTAS (LOS CÁLCULOS GENEROSOS)

Análisis, 25/08/70

Además (¿o antes?) de negocio, el fútbol es política. Con tanta fuerza como la CGT y con más fuerza que los partidos específicos. El actual gobierno ya está en eso mismo. Oneto Gaona, interventor de turno en la AFA, es un obstáculo en ese juego. Prescindiendo de su ignorancia en fútbol, de su lamentable asesoramiento en la materia, de muchos errores (algunos graves), Oneto Gaona es, por sobre todas las cosas, un no político del fútbol y un hombre que, además de parecer honesto, sabe respetar y hacerse respetar. Afronta una guerra muy difícil de resistir. La que le llevan «los depuestos» que codician la vidriera de la política y el negocio del fútbol llamado Mundial 78.

La *mina* (en sus dos sentidos) tienta al gobierno: tienta lógicamente, al actual interventor (que está gastando 5000 dólares mensuales en Scopelli and Co.); tienta a «los depuestos» que dicen ser los únicos *hombres de fútbol que conocen el fútbol* en este país (no dicen cómo y por qué están como están los clubes que ellos dirigen como conoedores): tienta a mucha gente que está patentando marcas, símbolos, ideas, *slogans* y productos comerciables en un mundial de fútbol (para lo cual la amistad con los depuestos podría generar buenos negocios recíprocos en concesiones, por ejemplo); tienta a muchos periodistas que aspiran cargos en la organización oficial del servicio de prensa (rentados) y la consiguiente explotación radial, televisada, etc., del campeonato.

La pugna marca, incluso, bandos separados entre Presidencia de la Nación, Difusión y Turismo, y Bienestar Social. «Los depuestos» (en combinación con ciertos periodistas) se han lanzado a crear un clima de intimidación, de cercamiento, del propio gobierno, en cuanto a la «gravedad» nacional del compromiso que ellos buscaron para usarlo ellos y para que lo pagara el país. Lo magnifican tanto, o mucho más, que a las muchas «prioridades uno» que se acumulan en los planes nacionales.

Otra muestra de la guerra y del mismo operativo de intimidación al gobierno, en nombre de *la preocupación por la imagen del país* (que al entrar en sus clubes olvidan en la puerta de calle), la ofrecen exinterventores (de Onganía) alineados en el sector de «los depuestos». Ferrari dice que vendrán a Buenos Aires 150 000 turistas. Equivalen a 49 aviones Jumbo Jet (350 pasajeros cada uno) aterrizando en Ezeiza durante 7/10 días. ¿Mucho, no? Exigen 100 hoteles para 1500 personas cada uno enteramente vacío. ¿Mucho, no? Exigen que ningún argentino ocupe el estadio central del campeonato, cuyo cupo quedaría reservado solo para turistas (que se supone que vienen a eso). ¿Mucho, no? A México 1970 fueron 15 000 turistas; a Inglaterra 1966, 20 000; a Chile 1 962 3000 (menos de 1000 argentinos: en Rancagua

se vio a Argentina jugando en clima de primera B de aquí). Aquí vendrán, a lo sumo, 15 000.

Los satélites terminaron con ese cuento. Las empresas brasileñas de turismo se quedaron este año con la mayoría de las operaciones vía México sin hacerse. Valentín Suárez dice que hay que invertir 50 000 000 000 de pesos viejos. Casi es mejor renunciar al Mundial. Se está haciendo cada vez más difícil frenar este oleaje de gritones que levantan la voz patriotera como manera más rápida de escalar pirámides. Ellos consideran que así tapan la humillación del fiasco argentino, en México 70, para lo que primero usaron a un pobrecito referí del que hicieron un heroico y nacional protagonista del certamen.

Compararon a Brasil con Coerezza. Ahora comparan al Mundial 78 con El Chocón. Y lo triste es que el gobierno «pica». Y es que si no «pica», aquella «banda» *copa la parada*. Y el periodismo le da oxígeno diciendo que el país pierde imagen. ¿No será patriótico renunciar a este Mundial? Suiza rechazó los Juegos Olímpicos. Y es un país en serio. El nuestro quiere serlo. No es.

44. LO QUE NO SE DICE SOBRE EL MUNDIAL 78

Chaupinela, noviembre de 1975^[40]

El Mundial 78 no se debiera realizar en Argentina por las mismas razones que un tipo que no tiene guita para ponerle nafta a un Ford T no debe comprarse un Torino. Si lo hace, **es porque a alguien está robando**.

Los argentinos nos hemos acostumbrado a vivir **afanándonos** unos a los otros. De mil maneras. Con precios subvencionados y con empleos públicos para todos (hay 250 ingresos diarios a la administración nacional, sin contar las provinciales y municipales, según se supo recientemente). El **Mundial de fútbol** es una variante de aquel acostumbramiento. Es un acto de robo a nosotros mismos. Consentido por la institucionalización del **afano** entre nosotros mismos. La magnitud de ese robo será considerablemente menor, desde que destituidos López Rega-Villones quedó atrás la «obligatoria» implementación de la **Tv color**, que no era obligatoria. Pero con cuya implementación alguien se habría enriquecido. Igualmente el costo de aquella orgía sigue siendo representativo de que los argentinos vivimos **afanándonos** los unos a los otros. El deporte es un medio para hacerlo. Basta reflexionar sobre las transferencias al exterior de futbolistas por los que se cobran millares de dólares, que muy rara vez ingresan al caudal nacional de divisas. De allí que sean necesarios tantos intermediarios y empresarios para vender un jugador. Porque vivimos esquivando leyes. **Afanándonos** entre nosotros mismos.

Borges dice que el nuestro es un país venal. Se lo nota de mil maneras. Algunas muy simples, infantiles. Se lo nota en la predisposición que tenemos para hacer «**cadena de la felicidad**» como la del cheque a la del dólar. Se lo nota en la apología del delito que hacemos a través de la prensa. Se lo nota «en el no demasiado» enojo que nos produce Alonso exigiendo 250 millones extras por jugar un campeonato que está incluido en su contrato o 300 dólares por partido perdido. Las dos cosas proceden del acostumbramiento, hacemos del Mundial de fútbol una hipoteca pública.

Todos esos orígenes domésticos-infantiles de nuestros acostumbramientos a vivir **afanándonos a nosotros mismos**, determinan que queramos hacer el Mundial 78 aun a sabiendas de que nos va a ir muy mal, **especialmente si lo ganamos**. Porque lo vamos a ganar al estilo de Martín Fierro y el Viejo Vizcacha. O de Bairoletto o el Pibe Cabeza, delincuentes comunes con los que ya tenemos fabricado el mito de la delincuencia bondadosa, que también apoya el acostumbramiento nacional de **afanarnos** entre nosotros mismos. A ese rito también lo apoya otra tradición nacionalizada: **no hablar, jamás, mal de un muerto, que es como los vivos que roban mientras viven, se aseguran su indemne e impune paso a la posteridad**

como Bairoletto y el Pibe Cabeza, por ejemplo, hoy convertidos, o a punto de convertirse, en santos de la milagrería componente de nuestro 51% de población entre analfabeta y semianalfabeta (datos oficiales). De allí el gran auge de la quiniela, la lotería, las carreras, el Prode y todo de lo que sea representativo de lo milagroso y **el afano**. De allí, también el Mundial 78, que el peronismo heredó de Lanusse, pero que no se atrevió a rechazar por temor a la impopularidad política, cosa que está muy lejos de haberse probado alguna vez como efectivamente un riesgo. Todo forma parte de una misma filosofía de vida. Como la cadena del cheque y su vasto mercado de imbecilidad con un reducido mercado de inteligencia. Y todo eso es disfrazado como «lo popular». Enorme mentira. Puesto que jamás lo deciden los pueblos.

Recuérdame con cariño

Allá por 1952 se realizó una aventura parecida a ésta del Mundial 78. Una empresa comercial del negocio deportivo, integrada por Renato Cesarini y Walter Navarra, embarcó al país, al gobierno, a todos los argentinos, en una «**Vuelta Ciclista a la Nueva Argentina**» con una enorme *troupe* de profesionales europeos. A mí me echaron de Radio Nacional y me llamaron **antiargentino** por adelantarme a los hechos y anunciar que iba a ser una gran estafa y un gran daño moral para el país. Lo fue tal cual. Irónicamente, a mí me tocó, años después, gestionar el perdón del tendal de acreedores nacionales y extranjeros que dejó **aquella aventura supuestamente «patriótica»** de estos dos italianos. Esta persistente consigna de hacer el Mundial 78 como **desafío y promoción** del país, me recuerda muchísimo a aquella otra. Su costo es sideralmente mayor. Pero la esencia es la misma. Estamos ante otra de las diarias muestras de nuestra venalidad ya casi étnica entre nosotros.

Con mucha frecuencia, ahora desde la oposición, Francisco Manrique postula moral argentina. Pide reconstrucción moral del país. Señala contrasentidos económicos y sociales que agudizan aquellas crisis. Pero, de pronto, se suma a los factores que las producen diciendo, como hace pocas semanas, en un comunicado de prensa: «**Argentina debe mostrar al mundo que es capaz de organizar una competencia de la magnitud del desafío. El prestigio nacional está en juego**». ¿Desafío? ¿Prestigio nacional en juego?

No sé de dónde. El desafío nunca existió. Es tan inexistente como el deseo del pueblo de que se haga el Mundial con su dinero. El pueblo nunca fue consultado ni votó. Nadie nos desafió. Nos desafiamos solos. Nadie se juega su prestigio en el

fútbol, si todos lo están perdiendo como país. Ya se lo jugó al prestigio.

En aquellas frases que Manrique saca de cualquiera de las muchas guitarreadas que las vienen propalando, también dice el interventor del Prode como impuesto a los bobos (según su propio bautismo) que si el Mundial 78 no se hace, padeceremos **«vergüenza internacional»**. Esto es hacer nacionalista a la estupidez. **¿Pasó vergüenza internacional Estados Unidos por renunciar, por razones económicas, a los Juegos Olímpicos de 1976 (programados en Denver), que ahora hizo suyos Montreal, en Canadá, con una prevista pérdida de 221 millones de dólares? ¿Pasó vergüenza internacional Chile por renunciar a los Panamericanos de 1975? ¿Pasó vergüenza internacional Brasil por renunciar a su papel de reemplazante de Chile, asumido ahora por México? ¿Pasaron vergüenza internacional Suiza, Israel, Egipto por renunciar a Juegos Olímpicos? ¿Se cerraron sus créditos en el exterior? ¿Perdieron contacto con el resto del mundo?** Manrique y los guitarreros autores de aquellos inventos como el desafío en cuestión, parecen olvidar que la mayor vergüenza internacional de este caso **la afrontamos si hacemos el Mundial 78**. No si renunciamos a él. Lo del desafío existe, sí; pero en contra de nosotros mismos. De nuestra propia inmoralidad para andar comprándonos un Torino cuando no podemos abastecer una cafetera. ¿O Manrique supone que haciendo el Mundial 78 el mundo va a resolver nuestros problemas como premio o va a cambiar la opinión que tiene de nosotros? **¿Al mundo le importa un cuerno si somos capaces o no de organizar un campeonato de fútbol!** Es una demostración que no acredita ninguna aptitud ajena a las obligaciones rutinarias del hombre. ¿O es que ahora organizar un campeonato del mundo supone certificar una aptitud sobrenatural? **Si no podemos ni siquiera financiar un club, ni un campeonato interno**, ¿qué conveniencia tiene para nosotros financiar un Mundial cuyos beneficios debemos entregarle en un 75% (en dólares) a los países visitantes.

El fútbol ha tomado un rol de estafador confeso para de ese modo ser estafador impune en la sociedad argentina. Diciendo que estafa, puede seguir estafando. Armando dijo una vez (ante la justicia): **«Yo tengo derecho a cometer delitos...»**.

Por allí se ha dicho que la financiación se producirá con el aporte de divisas que vendrá a depositar en la Argentina el turismo extranjero que, según aquellos cálculos, llegaría a Ezeiza en centenares de aviones cargados de visitantes ávidos de conocer Buenos Aires y el resto del país. En julio de 1970, ya en pleno «operativo extorsionista y exorcista», de ese trauma nacional que es el Mundial 78, un exinterventor de la AFA encaramado en la familia científicista-empresarial del fútbol (Ferrari) decía que el Mundial traerá 15 000 turistas a la Argentina. Y hacía cálculos de la inundación de dólares resultantes de esas visitas. Un cálculo no empresario, ni científico, de semejante posibilidad indicaba que se necesitaban **429 aviones de 350 pasajeros cada uno aterrizando en Ezeiza durante siete a diez días; 100 hoteles para 1500 personas totalmente vacíos y que todos los argentinos renunciarán a ir al estadio de River para que su cupo de 100 000 personas fuera totalmente**

absorbido por aquellos turistas de los cuales un tercio tendría que conformarse con haber viajado a la Argentina para ver el Mundial en su hotel por televisión. Acertadamente Justo Piernes decía en *Clarín* del 23 de febrero de 1971, que el Mundial 78 **es un nuevo surmenage argentino**. El surmenage parece corroborado por los hechos. Limitado el Mundial a los 16 participantes tradicionales que con cuatro estadios se bastarían perfectamente, nosotros decidimos preparar cinco estadios. Tres nuevos que nos costarán 203 000 millones (por ahora) de pesos viejos. Y dos viejos, a ser reacondicionados a costos que dudosamente tendrán justificación durante 25 días de 1978. Para la actividad local, todos esos estadios serán de un mantenimiento mayor a sus beneficios. El costo de mantenimiento de uno de esos estadios es al presente (1975) de no menos de **3 millones de pesos diarios**.

\$87 500 la entrada, ¿cuántas quiere?

Lo que no se comprende es que luego de decidirse la construcción de tres nuevos estadios para 60 000 personas en Córdoba, 50 000 en Mendoza y Mar del Plata, se anuncia oficialmente que los cálculos de aprovechamiento de los mismos durante los 38 partidos previstos son de 80 000 personas promedio en nueve partidos a jugarse en River, y 30 000 personas promedio en los otros 29 encuentros. ¿No bastaban para esos cálculos los estadios ya existentes? Aquellos cálculos están hechos sobre la base de que el Mundial es un campeonato de la FIFA y no de la Argentina. **FIFA establece los precios necesarios para llegar a una recaudación, también prevista en términos prefijos, pues el 75% de los beneficios deben repartirse en dólares entre FIFA y los 15 países visitantes.** El precio-promedio de las entradas será de 7 dólares por partido. En estos momentos, eso significa que el pueblo argentino deberá pagar esa entrada a 87 500 pesos viejos con la cotización de hoy, que al ritmo de devaluación de nuestra moneda serán seguramente muchos más en 1978. No creo que la solvencia económica del pueblo argentino permita esos cálculos. Lo más probable es que la mayoría de los partidos se hagan con estadios semivacíos, como es habitual en todos los campeonatos mundiales de fútbol. Pero a la hora de repartir recaudaciones, Argentina tendrá que aportar en dólares de cotización verdadera (no financiera, ni comercial, ni turista) el 75% de lo que hayan pagado los argentinos y los pocos extranjeros que comparativamente a los anunciados estarán aquí presentes. La obligación de las transmisiones por televisión color no es un mero capricho sino la fuente mayor de ingresos del campeonato. Se hace verdaderamente difícil imaginar

cuantos argentinos de Rosario, Córdoba, Mar del Plata y Mendoza estarán dispuestos a pagar 87 500 pesos por ver a Zaire, Israel, Bulgaria, Marruecos, Haití, Paraguay y los muchos *partenaires* que vendrán entre los 15 visitantes. Argentina no saldrá de River.

Parecen suficientes razones de por qué no debería hacerse el Mundial 78, surmenage nacional^[41].

45. LA ARGENTINA QUIERE «SETENTIOCHIZAR» (*EL MUNDIAL DE FÚTBOL COMO FACTOR DE ENRIQUECIMIENTO SEMÁNTICO*)

La Opinión, 07/02/76

La avalancha dialéctica nacional para cubrir con una semántica cientificista, emocional o gatopardista todo el múltiple desastre nacional de una Argentina que no es potencia, no se libera, no se reconstruye, pero sí se empobrece constantemente en bienes, en producción, y en conducta, admite la incorporación de un nuevo vocablo en el poblado consumo de palabrejas con que los argentinos hemos hecho una suerte de reemplazo del vermut con fernet con que ritualmente nos esperanzábamos en la vieja Argentina al término de cada jornada. **Setentiochicismo.**

Ante el costo alcanzado por aquel rito nacional y el mucho más elevado que han tomado otros consuelos de nuestro infantilismo crédulo en la milagrería del «**país rico que nunca se funde**» (pero que ahora llegó a ser muy pobre), hemos optado por enriquecer la semántica neologista, como más económica que el vermut con fernet o el aviso pidiendo la protección de divinos poderes. En ese aspecto, hasta los golpes de Estado han perdido credibilidad entre nosotros, según ya todos estamos igualmente descreídos de los gobiernos fuertes, cuanto de los gobiernos con fuerza de ley, porque con todos nos ha ido lo mismo que con el vermut con fernet.

Es así que nos hemos ido al refugio de la palabra-creación muy económica que solamente quebranta al academicismo idiomático, lo que por cierto no nos preocupa demasiado, puesto que si todo indica que hablar bien no cuesta nada, parece muy consecuente que hablar mal cueste mucho menos.

La producción de refugios dialécticos para que afrontar los múltiples colapsos que simultáneamente soportamos, ha sido particularmente generosa en lo deportivo; y especialmente en lo futbolístico. Creo que es futbolístico, por ejemplo, el origen de esa común pazguatería que lleva a proclamar que «la fe» es más fuerte que el dólar a 26 000 pesos por unidad.

Esa producción resiste un equilibrado cotejo con la que también ha superpoblado el espectro dialéctico del gatopardismo político y económico (que ya es mucho decir), porque contra el equipo formado por **el comportamiento de los precios; el microclima; el entorno; las actas de compromiso; los precios concertados; las antinomias; los desfasajes; las coyunturas y los contextos...** el fútbol tiene, solamente con el Campeonato Mundial de 1978, una inmensa colección de sinónimos más desopilantes o ingeniosos, en particular por su menor cuota de vergüenza para con la realidad del país en que viven esos sinónimos; y en el que se hará (¿se hará?) ese Mundial 78.

Basta recordar **la imagen; el mundo juzgándonos a través de la televisión** (por

la que solamente se verá una superficie verde con 25 personas corriendo sobre ella); **el desafío recibido por el país** (nadie nos desafió a nada, ni al hacerlo nosotros por autodeterminación establecimos confrontación alguna con nadie); **150 000 turistas llegando a la Argentina** (el estadio principal, River, solamente podrá albergar a 80 000 como máximo); **las enormes ganancias en divisas que ellas aportarán** (el 75% de los beneficios del Mundial emigran del país organizador y no se pueden utilizar para cubrir costos de implementaciones subsistentes). Por todo eso, Argentina se **setentiochizó**.

Pero contemporáneamente, también superpoblamos el espacio: los entintes moldeados; el bar de la esquina ya sin vermut con fernet; con otras consignas también sujetas a **patriótica setentiochización**: civilización en las canchas; cumplimiento de la ley de juego; respeto a los jueces; canchas despejadas de intrusos chiquilines y adultos; abolición de la semántica obscena coreada, particularmente incrementada desde que los micrófonos de la televisión la amplifican a los hogares sin pago de aranceles de **jingles**; campos con césped aptos para greens de golf; jugadores con camisetas y medias decorosamente llevadas... ¡todo para la **setentiochización nacional**! El **setentiochicismo**. Todo esto empezó a pregonarse, cuando menos, en el 70. Ya cuando el Mundial de México estábamos en el setentiochicismo argentino. Ya el Mundial 78 era entonces «de interés nacional» (Argentina **setentiochizada** antes que Argentina Potencia).

Pero estamos en 1976 y aquel **setentiochicismo** sigue en neologismo. Nada de aquello se hace. Queda, a lo sumo, en promesa de que durará 21 días del mes de junio de 1978. No antes. Tampoco después. Y aquello es incluso muy dudoso que ocurra, cuando el entrenamiento para respetar durante 21 días a ese **setentiochicismo**, tiene pautas como las que siguen:

- Por la televisión estatal (ya no llamada cultural, porque parece estar desalentada la esperanza de hacer del fútbol un medio de cultura) se fustiga duramente al juez Dellacasa que expulsa dos jugadores en un partido amistoso y no aplica un reglamento distinto al de partidos oficiales. Además, los expulsa sin explicarles a los periodistas **setentiochizados** por qué los expulsa. Y sanciona penales, que son penales a su entender, pero no son penales si no eran penales en el entendimiento de aquella misma fiscalía **setentiochizada**.
- Dos policías son internados en el hospital Emilio Civit de Mendoza por lesiones recibidas del futbolista de Boca Juniors, Vicente Pernía, en un partido amistoso. Uno soporta 30 días de convalecencia y el otro 10. Pernía es puesto bajo proceso judicial, aunque liberado tras ofrecerse para reemplazarlo como «**rehén**» su compañero de origen mendocino Da río Felman. La AFA no castiga a Pernía. «No le corresponde».
- Jugadores de San Lorenzo y All Boys, en un partido de mutuo entrenamiento, a puertas cerradas, se trenzan en pugilato mayúsculo. La AFA no castiga a los

autores del colectivo desmán. «No le corresponde».

¿Puede llegar la Argentina ansiosa de **setentiochización** a mostrarle al mundo una imagen distinta a la de su cotidiano estilo de vida futbolístico con este tipo de preparación para aquellos 21 días de examen internacional del país a través del fútbol?

Pareciera más probable decir que, a lo sumo, estaremos preparados para disfrazarnos durante 21 días como lo que no somos con inquietantes perspectivas de mostrar lo que somos futbolísticamente apenas un juez no aplique el segundo reglamento que a pesar de nuestra **setentiochización** seguimos admitiendo en 1976.

46. CHANCES E INEPTITUDES PARA EL MUNDIAL 1978 (POSIBILIDADES REALES DE GANAR EL MUNDIAL) (FRAGMENTO)

El Día, 13/12/77

Cuando alguna palabra argentina dice que, habiendo visto todo cuanto posee el fútbol europeo, más convencido está (Menotti) de poder ganar el Mundial del 78, creo que estamos en presencia de la especulación más cierta de las muchísimas habitualmente falsas que se hacen con el mismo tema.

Esto no lo advierte el descreído con el fútbol que ve jugar todos los días entre nosotros; o el que quedó sin esperanzas de ver algo mejor luego de la última serie internacional. No lo advierte porque solamente mira hacia adentro, cosa que hace muy bien en preferir a un tonto consuelo como el de mirar a los demás. Pero justamente: los demás, con su pobreza, de ninguna manera menor a la nuestra, son los que determinan que Menotti diga la verdad, aun cuando parezca estar en una desagradable inmodestia, cuando dice aquello tantas veces desmentido de llegar al logro el mejor. Especialmente si aprendemos a comprender (como lo exige el fútbol de hoy en todo el mundo), que lo mejor no quiere decir lo bueno, sino el menos mediocre.

Por eso es que en ese aspecto, veo al Mundial del año que viene como de factible obtención por el equipo local, pese a todo el pesimismo que ciertamente lo rodea en amplia mayoría respecto del para mí justo cálculo que ha hecho Menotti acerca de las ventajas de ser todos igualmente pobres.

Por cierto que los argumentos para pensar en una victoria final de los locales (sobre todo por ser locales, claro que sí) también sirven para hacer casi igualmente razonada la suposición de una colocación final secundaria, según no se necesita demostrar que no serán muchas las diferencias entre el que gane ese campeonato y los que ocupen los siete lugares siguientes. A todos será mucho lo que les falte. A nadie le sobrará nada. Por supuesto: el pronóstico incluye la mucho más absoluta seguridad de que al fútbol se verá jugar muy poco, acaso casi siempre muy mal, como por otra parte es lo corriente en todas partes y en todos los escalafones futbolísticos actuales.

47. EL MIEDO AL MUNDIAL 78: LA LEY DE PARKINSON EXTORSIONANDO A LA ARGENTINA

Artículo inédito^[42]

Quienes se interesan por temas económicos seguramente saben qué es la llamada «**Ley de Parkinson**». Es un mal. Pero no el conocido síndrome del temblor y la rigidez muscular. La Ley de Parkinson es un mal social, generalmente estatal, en perjuicio de la sociedad privada.

Y responde al profesor de historia británico, C. Northcote Parkinson, que en 1957 definió a la burocracia como un multiplicador de subordinados para que no existan rivales, sino cómplices, o socios, de una aparatología laboral. Según Parkinson, la burocracia aumenta su tamaño, aunque las funciones puedan ser disminuidas, cuando el objetivo del funcionario público, que produce la Ley de Parkinson, es crear trabajo para más funcionarios.

La realización del Campeonato Mundial de Fútbol de 1978 en la Argentina es una resultante —por cierto que lamentable por la magnitud de la hipoteca que plantea a la Nación— de la vigencia de la Ley de Parkinson en el deporte.

Nos fue impuesta a los argentinos por una ultraminoría de nuestra comunidad, que opera desde el sector privado, precisamente a la manera que Parkinson define a la burocracia organizada para multiplicar subordinados y no tener rivales; o para crear funcionarios para que los funcionarios se multipliquen.

La sinonimia se determina en el caso del Mundial 78 con la existencia de un núcleo social-deportivo que **en todo el mundo** ejerce la extorsión o el chantaje como velada actividad del gran aparato burocrático del deporte que opera con la consigna de incrementarlo todo al estilo de la Ley de Parkinson. Incrementar deportes; divisiones dentro de él (como hombres, mujeres, juveniles, infantiles, veteranos, etc.); instituciones nacionales e internacionales; certámenes bajo múltiples pretextos dialécticos (sudamericanos, latinoamericanos, panamericanos, hispanoamericanos, etc.); cargos de auxiliares diversos (entrenador, psicoanalista, dietólogo, relaciones públicas, etc.); cargos directivos... en suma: ¡La Ley de Parkinson! Multiplicarnos para poder estar todos. Crear la necesidad por reiteración de su pedido. Es a partir de allí que un día, a la República Argentina le tocó **la desgracia** de que una de aquellas maniobras de chantaje a espaldas de ella misma (jamás se consultó a nadie) determinara que ella (la Argentina) **debía, tenía**, que hacer el Mundial 78. Lo habían pedido, y logrado, componentes argentinos de aquel gran clan socialmente minoritario y deportivamente muy oneroso, que operando en un colegiado internacional como la FIFA cristalizaron un varias veces postergado anhelo de aquellas agrupaciones deportivas argentinas resultantes de la Ley de Parkinson. Dos

veces había perdido Argentina la sede del Mundial: en 1962 y 1970.

Hubo países —Estados Unidos fue uno de ellos con los Juegos Olímpicos de Detroit 1976— que ante semejante maniobra típicamente chantajista, supieron reaccionar. Y renunciaron a los Juegos Olímpicos u otras sedes que les habían endilgado muy gratuita y arteramente aquellas organizaciones parkinsonianas en las que no se produce temblor alguno —por caso— en embarcar a una comunidad como la canadiense en un quebranto de 905 millones de dólares para darse ellos (los parkinsonianos) al gusto de cumplir con sus compromisos internacionales de sectas colegiadas, tecnocráticas, periodísticas, obviamente politizadas, todas de una manera muy propia: como sectas de acomodación en todas las políticas.

Los países que renunciaron a tales compromisos jamás se vieron perjudicados por ese rechazo en ningún sentido. Nadie recuerda que Estados Unidos, Suiza, Israel, Chile, Brasil (hay más) hayan recibido castigos o interdicciones por haber rechazado Juegos Olímpicos y Panamericanos.

En el caso de Argentina con el Mundial de Fútbol 78, las organizaciones de la Ley de Parkinson operaron con indiscutible habilidad toda vez que vieron peligrar su sustentación a través de aquella supuesta conquista nacional. Allí estrecharon sus filas y muy especialmente desde la filial periodística de aquella secta de minorías, con penetración en mayorías, arreciaron y multiplicaron sus campañas para la solidaridad del Estado con tal conquista, tan singularmente negativa, para un país que la tiene que pagar a su actual precio.

Eso es quizá lo más lamentable.

Que el Estado haya brindado crédito a toda esa mistificación de la Ley de Parkinson y muy particularmente al complejo chantaje de **la imagen, la promoción, el turismo, el prestigio nacional, el desafío (¿?), la mención diaria del nombre de Argentina en el mundo (¿;??)** que arteramente se ejerció desde la profesión que yo ejerzo a través de partes interesadas en el asunto.

Por política.

Por populismo.

Por inocencia.

Por ignorancia.

Por venalidad, también.

Por inadvertencia.

Por desconocimiento.

Por muchas razones, el Estado **no se atrevió** (esa es la palabra exacta al caso) a rechazar aquella hipoteca en el momento —en los muchos momentos— que tuvo a su alcance y justificación para hacerlo. La realidad más cruda del caso es que el Estado **le tuvo miedo** a los militantes en la Ley de Parkinson.

Y creo que algo de eso también le ocurrió al actual gobierno surgido el 24 de marzo, cuando se encontró con tal legado. Recuérdese la transmisión vía satélite de Polonia-Argentina como excepción del encadenamiento de los medios de difusión en

las primeras 72 horas del cambio de gobierno. A menos de dos años del compromiso que algunos pretenden convertir en desafío al país (que nadie le hizo), quizá lo más inquietante en el tratamiento del tema sea saber si todavía podríamos estar a tiempo para renunciar patrióticamente e inteligentemente al mismo y qué pasaría en tal caso.

Quizá la respuesta a todo eso la tengamos en algo que no sale de nosotros sino que nos llega de afuera. Del exterior. Allí se ha dicho: «**Estamos esperando que Argentina renuncie; no la podemos ofender diciéndole que renuncie al Mundial 78**».

Pero estas confidencias no tienen difusión entre nosotros. Me atrevo a decir más: quizá no haya, para el actual Gobierno del Estado, un acto políticamente más propicio a su imagen y credibilidad popular en su tarea, que el de la toma de toda la red nacional de radio y televisión para decirle al país primero, al mundo después, con total claridad y toda su abundancia de razones, que Argentina renuncia a esa obligación económica, social y éticamente incompatibles con una realidad que modesta pero lealmente debe aceptar.

Creo que eso nos prestigiaría muchísimo. Así obró el gobierno chileno, y en seguida el brasileño, hace muy poco tiempo, ante un compromiso de menor magnitud como el de los Juegos Panamericanos.

Finalicemos precisando lo que el pasado y el presente hacen irreversible:

- El Mundial no deja ganancias en ningún caso a un país organizador. El 75% de sus beneficios emigra al exterior en moneda fuerte, distribuido entre 15 países y FIFA.
- Los costos de inversiones en bienes que quedan arraigados al país organizador, no son amortizables con las recaudaciones.
- Las corrientes turísticas al Cono Sur americano son forzosamente mínimas por múltiples razones de costo y escasa oferta.
- Los estadios a construirse especialmente funcionarán semivacíos en la mayoría de los 21 días que tendrán uso y serán de onerosísimo mantenimiento *a posteriori*.
- El pueblo argentino propiamente dicho no podrá ver el Mundial 78 desde otra parte que no sea la televisión. *A posteriori*, no parece proclive a llenar esos estadios, según la asistencia al fútbol local está en constante declinación.
- Ningún país de los que hasta ahora organizaron campeonatos mundiales de fútbol vio incrementado el consumo de este deporte *a posteriori* de los mismos. En todos bajó.
- Por lo menos la mitad de los 16 concurrentes a un campeonato mundial de fútbol (se puede pensar en Australia, Chile, Zaire, Bulgaria, Haití, Escocia, Yugoslavia, Suecia, por obligación reglamentaria en el Mundial 74) no interesan como taquilleros. Los acompaña siempre el vacío.

- Uno de los dos estadios que se van a preparar en la Capital Federal (River Plate y Vélez Sarsfield) a costos siderales aún imprevisibles en cifras ciertas, funcionará solamente para tres partidos y en tal caso estará cerrado el restante (serán 12 partidos en Buenos Aires, 9 en River Plate).
- En el último campeonato mundial de Alemania se vendió solamente el 71% de las entradas previstas.
- El costo promedio de las entradas para el Mundial de la Argentina oscila en los 7.50 dólares. Y habrá que distribuirlo en dólares a sus beneficiarios.
- La televisación del Mundial jamás muestra al país donde se lo disputa. Se concreta al estadio que enfoca y **nada más**.
- Las funciones periodísticas no tienen **ninguna obligación** de ser financiadas por los organizadores del Mundial, sino por las respectivas empresas a las que representan la gran mayoría de periodistas que integran el turismo exterior en estos casos (en los Juegos Olímpicos de Montreal hubo más periodistas que competidores).
- Ningún país que haya sido sede de certámenes de esta magnitud deportiva vio incrementar sus exportaciones de bienes de consumo como efecto de imágenes promocionales emanadas de aquellos. Cuando Brasil más publicitó su fútbol a través de Pelé, su exportación de café no aumentó sino disminuyó por coincidente expansión de ese producto colombiano.
- Tampoco se sabe que en esos países-sedes olímpicas o de mundiales se haya registrado subsiguientemente un mayor auge turístico exterior como resultante del hecho deportivo.
- Se puede recordar que los aspectos no futbolísticos que más se difundieron periodísticamente de las sedes mundiales de Chile 1962 y de México 1970 fueron las consideradas notas típicas de sus contrastes sociales (obviamente mostrando miserias) que en el caso de Chile determinaron la expulsión de periodistas italianos por haberlas difundido y la creación, con ese motivo, del único conflicto de alcance internacional de real preocupación.
- Entre los países que fueron o serán sede del Mundial de fútbol, Argentina es, seguramente, el del más alto nivel de intolerancia y agresividad como rutina entre sus espectadores. Es el único país del mundo en el que la invasión de cancha por esos espectadores no es un hecho atípico. Difícilmente la mejor organización puede cambiar esos hábitos masivos, intolerables en todo el mundo, aquí aceptados como «**cosas del fútbol**».

48. RESUMEN DE LO ESCUCHADO HOY (19/09/76) AL CAPITÁN LACOSTE

Apunte inédito^[43]

(Manuscrito en el borde superior de la página: Si la política se basa en cuentas, lo científico y lo económico, ahora quieren basarse en la pavada. Así es que también lo moral quiere ser lo acostumbrado).

- 1) De esto yo no sabía nada. Soy marino y pienso seguir siéndolo.
- 2) Me interesa la opinión de la gente seria para terminar de formar la propia. Pero ya ha tomado las principales e irreversibles decisiones que veremos en seguida.
- 3) A su informe respondió la decisión del gobierno de seguir adelante con el Mundial cuya realización estaba en discusión.
- 4) El Mundial se hace por necesidad POLÍTICA. Y parte de dos consignas-objetivos a extirpar: la guerrilla y el sindicalismo. Contra los dos enemigos al mismo tiempo no se puede luchar y sería torpe intentarlo. Por eso, siendo por ahora la guerrilla el primer objetivo, se trata de hibernación o congelar el segundo objetivo (el sindicalismo) mediante hechos que no despierten frustraciones sociales. Da por cierto que quitarle el mundial al ciudadano argentino es fomentar una frustración.
- 5) No siendo por esas circunstancias, ni él ni el gobierno que representa habrían hecho el Mundial; y de haber estado a tiempo de modificar lo que ya era inmodificable, lo habrían hecho reduciéndolo a Buenos Aires, Rosario y La Plata, con los estadios ya existentes y sin ninguno nuevo.
- 6) Los costos de los estadios que estaban contratados se redujeron en alrededor del 30% de su inversión original, al suprimirse los parques y dependencias polideportivas que incluyen así, como muchas dependencias de «lujo asiático». Todos serán estrictamente funcionales para el momento y muchas de sus implementaciones móviles se piensan vender para el siguiente Mundial a España o Colombia^[44] (caso tableros electrónicos). La idea de cancelar las obras se desechó porque las demandas de las empresas por lucro cesante iban a culminar en costos casi semejantes (calculó el 66%) a lo que cuesta hacerlas.
- 7) El uso POLÍTICO del campeonato finca en la necesidad de este gobierno de producir un hecho DE ORGANIZACIÓN que pruebe la capacidad argentina para ello y al mismo tiempo la posibilidad de llamar a la Argentina un país en normal funcionamiento. A su juicio, esa demostración contrarrestará los temores por la guerrilla (que cree extirpada para 1978) aunque reconoce que la irregularidad económica del país se trasladará a bastante más lejos que

1978.

- 8) Reconoce que en el Ente^[45] se han hecho designaciones que no lo prestigian para nada, y dice conocer la venal condición de algunos de sus integrantes llamados «de fútbol», que en ciertos casos son periodistas. Dice que en muchos casos (concretamente Muñoz y Fontanarrosa) se ha hecho «para neutralizarlos desde adentro y para que así no jodan», pues desde afuera resultarían negativos. En otro caso (señaló al Dr. De Lorenzo) porque ya los había designado el General Actis con su torpeza e ignorancia duramente recordadas por Lacoste, que dijo que de no haber sido muerto, Actis se habría tenido que ir. Señaló que el primer acto de De Lorenzo para usar a su manera este cargo fue pedir un viaje de 15 días por Europa que incluyó hasta una visita al Papa y que él le ordenó que lo redujera a tres días para ir y volver de Suiza. Anticipó que la parte de prensa se la irá sacando progresivamente y será puesta a cargo de expertos en la materia, acaso agencias de publicidad. También señaló a Pedro Valdez como «un pobre tipo que nada sabe de todo esto». Ninguno de ellos, terminó diciendo, podrá trasladar a la organización ni los efectos de sus filosofías que él no desconoce insanas, ni tampoco decisión alguna en esas materias.
- 9) Aseguró que las entradas se venderán en forma selecta y citó el rechazo de una oferta de Brasil para instalar en un sitio que dijo ser Mar del Plata una suerte de campamento para 15 000 personas.
- 10) Aquella venta seleccionada de entradas se hará eligiendo a los espectadores (por nacionalidad o residencia, tanto los del exterior como los del país), asegurando que los cordobeses no verán restringido su ingreso a estadios de Buenos Aires ni los porteños a los de Mendoza y viceversa en las demás sedes. Las agencias de turismo cumplirán ese plan.
- 11) Dijo que la baja venta de entradas en Alemania (recordar que empezó admitiendo que nada sabe del asunto, que llamó «negocio») se produjo porque en Europa ya hay saturación respecto de los equipos europeos y porque la empresa alemana de aviación que tomó a su cargo la colocación de entradas, trabajó sin dominar la especialidad.
- 12) Calculó que el país podrá recibir entre 60/70 000^[46] turistas del exterior, tomando como base que durante el auge del saqueo comercial a la Argentina entraban 90 000 por semana, según cifras que dijo haber recabado de Aduana, migraciones, bases aéreas y portuarias.
- 13) Dijo haber sido ejecutor de la extinción del Altar de la Patria, y preguntado si habiendo emprendido esa misión, por qué no hizo lo propio con los estadios para el Mundial, respondió que el Altar de la Patria era una obra ya paralizada, en tanto que los estadios estaban en plena ejecución y que en el caso de las empresas contratistas del Altar hubo inmediata aceptación para anular los contratos, cosa que no era posible con las de los estadios.

- 14) Aseguró, a través de un torrente de palabras que parecían de economista o de experto logístico, que los hoteles y las instalaciones para televisión no le costarán nada al país. No pude entender los elementos que a su juicio así lo demostraban, y preferí no pedirle una aclaración más simple al respecto. Insistió en que las comunicaciones son una exigencia social y económica mayores en importancia a todas las demás insuficiencias argentinas (mencionó salud, por ejemplo).
- 15) Dijo calcular que Argentina será sexta, a efectos de estimación del porcentaje que le corresponderá por recaudaciones. Y que el gobierno no forzará para nada la tipificación en el nacionalismo ganador a ultranza del equipo que represente al país, que por eso se deja librado a la AFA para que arregle como pueda, pues lo que al gobierno le interesa es que el Mundial lo GANE CUALQUIERA, porque así el sentido POLÍTICO del negocio tendrá mejor efecto.
- 16) Admitió como muy cierto y peligroso nuestro probado acostumbramiento al vandalismo en cuestiones futbolísticas, respecto del cual aceptó como muy determinantes a las publicaciones periodísticas actuantes con la filosofía de algunos de los asesores en esa materia que integran el Ente 78.
- 17) Además de las razones ya enunciadas, dice que no podemos renunciar al Mundial 78 sabiendo que otro lo haría en nuestro reemplazo. Que la renuncia solamente sería admisible si el campeonato quedara sin hacerse. Como le pregunté qué gravedad tendría que otro lo hiciera, solamente me respondió que la comprobación de que no somos capaces de hacerlo y el consiguiente daño POLÍTICO que ello le significaría al país. Me menciona inversiones extranjeras que no se hicieron en el país por triviales episodios urbanos que disgustaron a quienes pensaban invertir aquí.
- 18) Le pido quince minutos finales de una charla que lleva dos horas y quince minutos, para leerle una nota que disiente con todo lo que él dice. Al término de la lectura de la misma me dice que coincide en un montón de los puntos de aquel disenso. Seguidamente le preguntó si no le parece que toda su explicación demuestra claramente que el Mundial se hace porque el gobierno le tiene miedo al populismo. Me dice que no. Le respondo que a mí me parece que todo lo que él dice demuestra que sí. Y por último le hago saber que a mí entender lo más triste de todo este proceso es que el mismo se hace porque ellos dieron por cierta a UNA MENTIRA QUE INVENTAMOS EN MI PROFESIÓN, como aquella de la imagen y la dependencia del nombre del país a un certamen deportivo. Me responde que ellos nunca recibieron ese tipo de presiones, ni actuaron recordándola. Yo le digo que los hechos indican que las tuvieron muy en cuenta aunque sólo fuera en forma subconsciente por cuanto todas las razones que él me expone para hacer el Mundial son justamente las que desde hace 15 años viene esgrimiendo la mafia del deporte

que con él quiere lucrar.

Hemos charlado 150 minutos, quizá con una sola utilidad: la de poder saber que cuanto pensamos desde el llano acerca de la incapacidad de quienes nos gobiernan responde exactamente a la realidad. Que no somos escépticos por sistema ni por deporte, sino por justa evaluación de un nivel mental-ético muy bajo. Que en la Argentina de hoy es válido para mandar, según son músicos los que tocan de oído.

VIII
**LOS MALES DEL FÚTBOL (*TRAMPAS,*
DIRIGENTES Y UN PLAN HUMEANTE)**

Entre las muchas acusaciones que recibió a lo largo de su vida pública, una de las más persistentes fue la de ser un irremediable pesimista. Todo lo veía mal, decían. Panzeri se defendía. Y diferenciaba no sólo entre pesimistas y optimistas, sino también entre mitómanos y realistas. Preguntaba, no sin algo de cinismo, si ser optimista era no ver lo que estaba sucediendo. Al hombre de la vista de rayos X poco se le escapaba. Aún aquello que todavía, en esos tiempos, no había tomado las dimensiones que posee en la actualidad. Sus alertas sobre determinados temas no solo le ganaron el mote de pesimista sino también el de exagerado. Pero, una mirada desde el presente nos permite sostener que muy poco se equivocó en sus denuncias y en sus temores. El mérito de Panzeri es mayor porque detectó los inconvenientes y cada una de las desviaciones de lo que debe ser deporte apenas comenzaron a manifestarse. Los ataca en estado embrionario. La violencia en el fútbol, el fenómeno de las barras, el doping, los pasaportes adulterados, las apuestas deportivas, los balances dibujados de los clubes, los dirigentes amorales, las violaciones permanentes a las reglas, la anomia imperante en la AFA. Todo eso denunció Panzeri en su momento. Apenas comenzaron a manifestarse estas anomalías e ilegalidades. Porque no era necesario esperar a que las barras bravas cargaran sobre sus espaldas cientos de muertos y negocios millonarios; que la violencia se organizara y que además fuera prohijada y aprovechada por los dirigentes de los clubes y por la política; en el momento en que todo esto se fue gestando, Panzeri comprendió que la organización de los violentos debía condenarse, que no era folklore y pasión, que se trataba de asociaciones ilícitas que perpetraban crímenes varios y que en un futuro podrían llegar a tener las dimensiones que ostentan a la fecha.

El deporte debía ser protegido. Alejar de él a los que lo pervierten, los que le hacen daño. No a todos aquellos que hacen negocios, porque —sostiene— que deporte y negocios no son antónimos. Pero es imprescindible que hasta los ultraprofesionales conserven el espíritu amateur, el verdadero espíritu deportivo. La competencia sana y limpia. No condena las picardías y las pequeñas ventajas, pero ataca las trampas y las ventajas ilegales. La diferencia está principalmente en quién subvierte los principios del juego y quién no. La premeditación de la trampa (ya sea soborno, doping o alfileres) golpea en las bases de la competencia noble. Panzeri suele elogiar deportes como el golf, el rugby y en algunos casos hasta el tenis. Lo que le atrae de esos deportes no es su costado aristocrático sino la limpieza que impera en su práctica, el fair play permanente. El único estado que concibe como posible para el deporte. La derrota de De Vincenzo por su error en la firma de la tarjeta en el Masters de Augusta o la costumbre del rugby de no protestar fallos arbitrales son gestos que enaltecen esas prácticas deportivas. Más allá de su conocida tendencia a no resaltar aquello que se hacía bien dado que es lo «que debería ser lo común, lo correcto», en ocasiones debe subrayar la conducta de los nobles y los dignos, excepciones en un ambiente como el del fútbol. Por eso no se cansa de señalar el ejemplo de Amalfitani, «el viejo que estorba» con su proceder

correcto. «Es inmensa la admiración que siento por los hombres —sostiene— que estando en un negocio son capaces de jugarse su permanencia en el negocio a cambio de su sanidad».

Sus acusaciones e imputaciones son concretas y contundentes. No ve otra manera de preservar su objeto amado, el deporte. Encuentra grandes responsables en los dirigentes y en los funcionarios públicos. Ellos son los que tienen el peso del deber de hacer cumplir las normas, de legislar en caso de lagunas, de mantener alejados a los delincuentes. Los presidentes de la AFA, los interventores (los gobiernos nacionales de facto intervenían la AFA), los presidentes de Boca, de River, ministros, secretarios y subsecretarios caen bajo su pluma. Los persigue, los sojuzga, los califica con la mayor dureza, les recuerda que incumplen con sus deberes. Los pone en evidencia ante la sociedad. Esta pulsión de Panzeri por la verdad y por la confrontación merece una salvedad: jamás ataca a una persona por sí misma, ni siquiera cuando lo llama por su nombre; nunca lo hace en plan de venganza personal o persecución arbitraria. Panzeri ataca posiciones, poderes, delitos enraizados en las bases del deporte. Los nombres son circunstanciales.

La bronca que le produce la corrupción que lo rodea, la convierte en algo positivo. Presenta constantemente propuestas para mejorar. Si el juego se pone aburrido y algunos gestos pasan de ser recursos a sistematizarse (el pase al arquero, la ley del offside), él propone cambios que beneficien al juego. Si lo que cuestiona es el sistema todo, no se queda en la queja, en el señalamiento de lo podrido. Propone. Genera alternativas. Las fundamenta, las difunde, las publica, pelea por ellas. Aquí, por ejemplo, se rescata un plan de diecisiete puntos que elaboró y puso en manos de diferentes funcionarios con la intención de sanear el fútbol. El plan, que a veces peca de ingenuo, porta la pretensión de solucionar los distintos males que aquejan la actividad. Sus virtudes evidentes son la capacidad para identificar los problemas y el coraje para plantear variantes para mejorar. Coraje que escaseó en los funcionarios públicos y dirigentes deportivos que no se animaron a ponerlo en práctica. A los funcionarios no les temía, les enrostraba su impericia o su venalidad según el caso. Lo hacía en tiempos de gobiernos militares y ante funcionarios que —como Borges describió a Carlos Argentino Daneri— eran autoritarios pero ineficaces.

Por señalar lo que funciona mal lo fueron raleando. Y los juicios llovieron sobre él. Sólo perdió uno, con Alberto J. Armando por un artículo que aquí se reproduce.

49. OPTIMISMO Y PESIMISMO (*FRAGMENTO*)

La Opinión, 10/12/74

¿Optimismo es no querer ver, y pesimismo es decir lo que se ve?

Pesimista es aquel tipo que gozando de buena salud, dice de pronto que tiene el presentimiento que va a morir una hora después. Aparte de si muere o sigue con vida, ese es un pesimista. Porque no tiene razones tangibles para avalar la presunción de su muerte. Optimista es aquel tipo que bien o mal parecido, no importa, gusta de una hermosa mujer que por su parte no lo conoce a él, pero decide conquistarla y piensa que la hará suya porque se siente poseído de seducciones y convicciones para la tentativa. Aparte de si la enamora o no la enamora a su elegida, ese es un optimista. Porque tiene razones tangibles para avalar su consigna amorosa.

Optimista no puede ser, jamás, el que viendo que se le caerá el techo de su casa sobre su cabeza, supone que lo va a impedir poniéndose a rezar, o no mirando al techo. Ese es un **mitómano**. No es un **pesimista** aquel que viendo que el techo se le va a caer anticipa que así ocurrirá y empieza por levantar las manos para sujetar la primera mampostería que lo agreda. Ese es un **realista**.

Claro está: el optimista es naturalmente más simpático que el realista, al que llaman pesimista como una forma que la humanidad ha encontrado para repudiar al que le diga cosas que la preocupen, repudio que hasta ahora no se ha podido ejercer demostrando que el pesimista está equivocado, y por eso se prefiere exteriorizar llamándolo pesimista como sinónimo de **enfermo**. Lo que esa humanidad jamás explicó es por qué los hombres más lúcidos que le enseñaron a pensar fueron, en su casi totalidad, **pesimistas** y muy frecuentemente incapacitados para sentir lo que el hombre-masa llama «la felicidad». Yo creo que el hombre que piensa, y muy especialmente en esta época espeluznante, no puede ser feliz. Su única felicidad es pensar, difundir lo que piensa y esperar que otros hagan suyas las advertencias de que el techo se nos cae sobre la cabeza.

Me dicen que el deporte no debe ser recinto de tristezas. Por ende, tampoco debe ser escenario de lamentaciones, ni de eso que llaman «pesimismo». Puesto que, me dicen, es patrimonio de la juventud, y a la juventud no hay que darle escepticismo en su edad formativa, según bastante escéptica es la vida que les espera luego del deporte.

Creo que es una buena tesis. Imaginando al deporte en un mundo independiente del que lo rodea pero al que cada vez más se parece. La única dificultad para compartirla, seguirla, propiciarla «con optimismo», estriba en lo que el deporte mismo deja de tener de tal, cuando de su creciente corrupción masiva se hace un derecho al acostumbramiento por lo prostituido. Y allí, en ese caso... ¿qué? ¿Qué hacer? ¿Pregonar que el techo que se cae no se está cayendo, sino apenas cambiando

de posición?

Eso es lo que nunca logré ver explicado por los panegiristas del «estado de optimismo», colgados también ellos por los pies a ese techo, con la cabeza hacia abajo, pero poseedores de fuerzas de hipocresía suficientes para pregonar que, en esa incómoda posición, igualmente debemos reír y ser optimistas. Porque ganó Vilas; o porque se murió Gatica. **Todo sirve** igualmente para ese artero y venal proceso de adoctrinamiento de la anestesia mental colectiva, como plataforma de una vida deportiva mejor, no importa si cada vez más sucia. Y tampoco logro adecuarme a aquella proposición de la no-tristeza deportiva, toda vez que advierto que el deporte es, hoy, en la sociedad, un insumo económico cuyos montos superan ampliamente los de la educación y la sanidad, pero eso no significa que en tal desbarajuste de derechos sociales el deporte se haya dejado de programar para educar, y se lo programe para enloquecer y prostituir. ¿Será capaz el optimismo de despertarnos de esta anestesia? No lo creo. Pero todavía no pienso morirme.

50. LAS ESCOBAS, EL ASERRÍN, EL CEMENTO, EL AZÚCAR, LOS LIBROS, EL FÚTBOL Y EL CHARLATÁN (*EL BALANCE DE LOS CLUBES*)

El Gráfico, 06/06/61

El fútbol profesional tiene en Argentina 31 años de edad. La fundada sospecha de que en el fútbol profesional existe una generalizada inmoralidad administrativa tiene la misma edad. No en vano datan de unos 25 años los intentos oficialmente realizados ante la AFA para terminar con esa inmoralidad.

Esto es: los muchos proyectos que nunca prosperaron para establecer sistemas de contralor en las finanzas de las instituciones. Para imponer equilibrio entre ingresos y egresos de todas ellas. Para impedir que se gastara más de cuanto se ganara. Para proscribir a los dirigentes cuyas gestiones dejaran quebrantos económicos. Para sanear la administración de los clubes como piedra fundamental de la represión de otros delitos, incluyendo el del soborno.

La técnica de contabilizar escobas y aserrín, en reemplazo de partidas evadidas en otros fines, tiene muy pocos años menos. El recurso de compensar primas, sueldos y premios con cuotas de cemento o azúcar; con pagos «personales» al margen de los contratos, tiene casi la misma edad. Todo eso es agua de frecuente consumo en el fútbol argentino. De regular consumo. De consumo tan normal como la evasión de réditos por parte de una población en la que se ha encarnecido la idea de que no pagar réditos es una ilicitud lícitada por la costumbre.

Todos aquellos forman parte de los llamados «males necesarios» del fútbol argentino. No consentimos tal «necesidad». Reconocemos objetivamente su existencia. Su dolorosa existencia. Su triste existencia. Aquella es agua cuya circulación es de público dominio. Pero de materialmente imposible probanza. «La prueba» no está en poder de nadie. Su certeza, en la de todos. Porque, confidencialmente, sus consumidores confiesan haberla bebido.

Eso: **haberla**.

Lo confiesan en las rememoraciones del retiro de la actividad. Ocasionalmente lo dicen en medias palabras en el momento de los hechos. Unos se avienen a su difusión pública. Cuando «rompen con el patrón». La mayoría, no. La mayoría la confiesa íntimamente, pero la niega en público. Tienen conciencia de la «deslealtad» que significa divulgar lo que están obligados a silenciar. Quienes resuelven sus problemas administrativos con recursos que los libros no registran, tampoco los balances, tampoco los actos ni las actas oficiales de las comisiones directivas... cuentan, naturalmente, con el aliado de ese forzado silencio.

Y pueden desplegar la bandera de su limpieza moral, de su «intachable trayectoria», de «la honradez que me caracteriza». Y ofrecen «como prueba» a la vista pública —«a quien quiera y cuando quiera»—... ¡los libros! Sin duda: «los libros» registrarán escobas, aserrín... Pero no legalizarán «pagos personales», especias, ni el oculto destino de lo imputado a aserrín y escobas. Ni tampoco «el regalo para el casamiento». Ni tampoco «el sueldo» como empleado sin horario de la importante fábrica del importante industrial e importante miembro de la comisión directiva.

Los libros ofrecerán siempre los más irrefutables y correctos testimonios contables ajustados a la más depurada técnica contable. Las instituciones deportivas tienen una contabilidad muy *sui generis*. Presentarán recibos y documentos impecables en su forma y destino. En efecto: son irrefutables. Es irrefutable un cargo de equis pesos por escobas y equis pesos por aserrín. Los clubes consumen escobas. También consumen aserrín. También invierten dinero en «mantenimiento de campo». «La prueba» destruye en tal caso la sospecha de que el aserrín no existe, las escobas tampoco existieron.

Escobas y aserrín se consumieron. Lo afirman todos. ¿Quién prueba lo contrario? Nadie. Quien se atreva a insinuar que las escobas no se compraron, que el aserrín tampoco se compró, que el jugador Fulano suscribe contrato y recibo por equis pesos, pero recibe, además, hache pesos verbalmente comprometidos... podrá ser llamado «charlatán». Ser culpado de calumniador de «la límpida trayectoria» de la que más hablan los que menos límpida tienen su trayectoria. De injuriante de «la honradez que caracteriza» al dirigente y al club. Es claro: ¡no tiene pruebas!

Las pruebas han quedado todas en la espiral inconclusa del medio activo y/o comprometido en esta «patriótica» técnica de conducción administrativa de las instituciones futbolísticas. Instituciones futbolísticas que «producen» pelotaris, atletas, ciclistas, pesistas... Y los «producen» de manera que nadie ignora: pagando.

Pagando lo que no está permitido pagar. Dando empleo, asignando viáticos siempre superiores al viático más costoso de hombre-jornada. Pagando lo que ninguno de aquellos libros registrará. Lo que ningún recibo consignará.

Lo que nadie podrá decir que se pagó porque, aunque se haya pagado no habrá prueba que lo demuestre. No habrá libro que lo registre. Habrá un dirigente que ostensivamente ofrezca «libros» para refutar «la calumnia y la injuria» de semejantes «charlatanerías». Que teatralmente se presente por televisión para ofrecer «al pueblo» la vista de «los libros».

¿Para qué sirven los libros?

¡Para demostrar que usted, usted que ha creído en las escobas, el aserrín, el cemento, el azúcar, los sueldos «personales», los viáticos, el «empleo»... ¡usted es un charlatán! Usted no tiene pruebas. La mentira, sí. La mentira prueba que es verdad. Es decir: la verdad es mentira. La verdad de «los libros» es la verdad de la «intachable trayectoria» y de «la honradez que me caracteriza».

La verdad del fútbol es la de quienes saben lo que pasa y no pueden probar lo que pasa porque en el ámbito del delito generalizado siempre sucede lo mismo: la espiral diluye las pruebas, los testimonios se diluyen en la espiral, la espiral se diluye en la espiral... Con el soborno pasa exactamente lo mismo.

Por eso el fútbol tiene dos verdades: una, la de «los libros», la otra, la de «los charlatanes» con información. ¿Quiénes pisan sobre las nubes, quiénes sobre la tierra?

51. COCHINA SOCIEDAD ANÓNIMA

(ARQUEOLOGÍA DE LO SUCIO)

Satiricón, mayo de 1974

Usted habrá oído decir, especialmente en almuerzos de Mirtha Legrand, o en mesas redondas, ovaladas, o cuadradas, para analizar el «conflicto de la pareja»:

—¡Como ser humano es maravilloso!

Cuando alguien dice eso de otro alguien, es porque el alguien del que se habla, es una porquería en algún quehacer de su vida. Lo que obliga a descubrir que, si bien es una porquería, «como ser humano» es maravilloso. Como si no fuera ser humano en lo que es porquería. O como si entre los seres humanos hubiese seres no humanos.

Esto solamente pueden explicarlo aquellos que en los almuerzos y en las mesas esclarecedoras de relaciones de parejas, nos abruman con: ¿viste?, ¿tás cuenta?, é' cir, ¡q'sé yo!, importante, maravilloso.

La relación de todo esto con la Cochina Sociedad Anónima productora de las múltiples cochinadas que caracterizan al fútbol desde que el hombre es como es el hombre (o sea desde antes que se inventara el fútbol) está dada en que aquella incongruencia tiene una posibilidad de hacerse muy congruente si va dirigida a los cochinos del fútbol, de los cuales, con toda certeza, podemos decir sin riesgo al ridículo:

—¡Como seres humanos cochinos son maravillosos!

Con la salvedad pertinente: seres humanos maravillosos no puede haber, ni hubo, ni habrá, mientras el ser humano sea solamente la persona que conocemos hasta ahora como ser humano, incluyendo en ese ser al genio y al mameluco, al insoportable y al agradable. Imperfectos somos todos. Mucho más, cuando a medida que más sabemos más lejos estamos de saber qué es lo maravilloso. O qué es la misma vida que elegimos o nos dan.

Pero que en cochinadas para jugar al fútbol se han hecho maravillas, compruebe ahora mismo que es verdad lo dicho:

¡Como seres humanos cochinos son maravillosos! ¿A quién se le ocurre que un partido se puede ganar haciéndolo meter preso a Pelé? A los que juegan al fútbol. ¿Y que puede ser negocio secuestrar a un tipo que no tiene plata, no es funcionario de ningún monopolio extranjero, ni tampoco actúa en política? A los que juegan al fútbol. ¿E ir a una cancha con un espejo? A los que juegan al fútbol. Cochinemente, ¡es maravilloso! ¡Y lo hacen seres humanos que pueden ser llamados porquerías! ¿No es maravilloso?...

Como que el Sol parece ser bastante más viejo que la Tierra, aquello de que nada hay de nuevo bajo el «astro rey» (como lo llamaban cuando el Sol era respetado), también tiene vigencia para el fútbol cochino.

Del primer acto de soborno de que tengo constancia, fue protagonista el Presidente de la Nación Argentina en la época de los immaculados Brown, los pioneros del fútbol con aquel famoso Alumni del no menos impoluto Watson Hutton.

Para preservar la confraternidad argentino-brasileña, el General Roca, entonces Presidente de la República, le pidió a Jorge Brown (capitán argentino) que mandara a su equipo a un amistoso empate. La orden fue cumplida: Argentina, que ganaba 3-0 hasta ese momento, empató 3-3. Aquel fue un soborno patriótico. Pero eso era política nacional, y ya fue meneado. Del primer **botellazo** que hay documentos, surge lo mismo: corresponde a aquellos días de los Brown y Alumni. Fue creación uruguaya. En la revancha los argentinos arrojaron tantas botellas, que los uruguayos nos bautizaron «botelleros».

También fue un partido del glorioso Alumni (primeros años novecientos) que registró el primer naranjazo en la cabeza de un jugador. Lo recibió Mack, que jugaba con anteojos como Van Daele, Stiles, los modernos clientes de las cochinas de Bilardo y Malbernat para dejar ciegos a sus adversarios. De aquel primer **naranjazo** fue autora una mano uruguaya. En cambio, el primer **salivazo** a la cara de un adversario, partió de una gárgara argentina. Por lo menos lo aseguran los brasileños, que parece que fueron quienes se tuvieron que secar la cara. Sospecho que el autor de la descarga fue El Chueco García. Era muy capaz de eso especialmente jugando en Buenos Aires. Como local era terrible. Como visitante, un cordero.

Mire usted, acaso crédulo de la pureza de los hombres del pasado, lo que decía hace 50 años «El Gráfico» (1/3/1924), a propósito de «Tretas que se ponen en juego en nuestro fútbol».

«Nada, dentro del complicado engranaje futbolístico, ha logrado escapar a sus consecuencias (las de las tretas quiere decir). Y conste que nos expresamos así, rotunda y categóricamente, por cuanto hasta los propios gobiernos del popular deporte, son, si se quiere, directa o indirectamente, frutos exclusivos de lo que bien pudiéramos llamar tretas electorales futbolísticas».

(Este párrafo tiene particular gracia e ironía para mí. 40 años después, cuando yo denunciaba la misma corrupción en la misma revista... me llamaban «agresivo», «ácido» y «resentido»).

Seguía diciendo aquel muestrario de triquiñuelas de 1924 y su «inocente» mundillo futbolístico de entonces: «la compra del referee y del jugador más o menos destacado del equipo adversario, son tretas gastadas hasta el exceso en el ambiente deportivo, perteneciendo también a esa categoría trampística la poco favorable acción de valerse de influencia y de amistades, para hacer detener (por la policía), con un pretexto o con otro, a habilísimos jugadores, que resultaron siempre inocentes de las falsas imputaciones que se les formularon, siendo al final puestos en libertad cuando sus servicios eran ya innecesarios para el club de sus afectos...».

Otro párrafo de aquella misma nota:

«... amparados en que el club local debe presentar su field en condiciones, más de

una vez clubes hubieron que adjudicáronse los puntos respectivos haciéndole desaparecer al contrario las banderas de las líneas de toque; sus arcos, que al efecto remacháranse la noche anterior al match; o el balde de la cal...».

Es tan viejo todo lo nuevo, que el 3 de agosto de 1935 (también en «El Gráfico») Félix Frascara recordaba que en 1912 el muy habilidoso delantero uruguayo Dacal tenía por costumbre revolcarse por el suelo cuando le quitaban la pelota, como manera de «encapillar» al adversario ante el juez. Y aclaraba que por esa época tal costumbre «era común en otros delanteros». Parece que Dacal se curó cuando en un partido Nacional-Peñarol el árbitro no creyó en su desmayo, se acercó a él, lo tomó por una oreja y llevándose la oreja lo hizo levantar tras ella a Dacal. El mismo documento recuerda un partido entre argentinos y uruguayos en el que Dacal le gritó a Juan Brown, cuando este iba a rechazar:

—¡Déjela, Juan! (En esa época los jugadores no se tuteaban. Ahora los chicos de grados primarios tutean «coloquial y comunicativamente» a sus maestros, porque estamos en «profundas etapas de cambios»...).

El argentino obedeció, y Dacal hizo el gol. Luego Brown lo corrió y trompeó a Dacal, pero ya eso no pertenece a lo cochino, sino a lo que pasa por ser cochino.

Como en gran medida el fútbol es un arte del bandidaje orillero (actuales villas de emergencia...), y los uruguayos tienen una enorme extracción de genios de esa procedencia, hay constantemente un uruguayo presente donde se trate de recordar cochinadas futbolísticas. Algo parecido a lo de Dacal a Brown, le hacía 20 años después Pedro Lago (uruguayo), jugando por River, a Cosentino, arquero de Quilmes. Cosentino paró una pelota que se le fue de las manos, y Lago pegó el grito:

—¡Déje eso ahí!...

Cosentino la dejó. La tuvo que sacar de la red.

En aquel documento de 1924 se hablaba de jugadores metidos presos a través de alguna influencia política, para así debilitar al adversario de turno. A esas actividades parapoliciales que entonces no tenían ese nombre actualmente en boga, no les faltó algún caso complementario de la actualidad delictiva, como el del ahora frecuente secuestro de personas.

El que apeló al secuestro para robarse un jugador, fue nada menos que Boca Juniors. Corría 1932. Boca fue a jugar un partido amistoso en Rosario con Nacional (ahora Argentino) que además de golear al equipo porteño dejó entusiasmados a sus dirigentes con un «centrojás» cordobés, Santiago Narvaja. Boca, como todos los principales clubes porteños, estaba entonces en el fútbol clandestino, ajeno a la FIFA, que permitía robar cuanto jugador aceptara directamente el dinero que se ofreciera por su «pase» que no requería transferencia oficial. Eran piratas.

Nacional no vendía a Narvaja, pero a Boca poco le importó. Entre Boca y Narvaja convinieron el «secuestro» del jugador, con una cinematográfica aventura de policías rosarinos, que con supuesta orden judicial lo «rescataron» a Narvaja en un hotel de Bella Vista, de donde lo llevaron a Retiro, donde organizados hinchas de Boca lo

«**resecuestraron**» impidiendo su viaje y permitiendo que Narvaja fugara, sin que las autoridades de Boca supieran «nada de su paradero» («El Gráfico», 9-4-32), En definitiva, Narvaja fue de Boca. Narvaja tenía un contrato de dos años con Nacional, del que apenas había cumplido seis meses. La cochinado fue grande. Pero el escándalo minúsculo. Quedó en «**cosa del fútbol nostra**».

Policías que roban pelotas en pleno partido («La Nación», 19/5/73, cancha de Vélez, Argentina- Uruguay),

Gatos dopados para carreras en Hurlingham («La Opinión», 7/9/71).

Combates de boxeo burdamente arreglados por el hampa de la especialidad (centenares de casos).

Ropas robadas a los jugadores visitantes en castigo por haber ganado algún partido imposible (obligados precursores del **streaking**, o nudismo de protesta).

Ofrecimientos de mujeres de gran seducción sexual a jugadores griegos y turcos, como premios por ganar ciertos partidos importantes (¡los muy melones perdieron! ...).

Hay de todo en los prontuarios de delincuencia deportiva. Hasta llegar al homicidio de árbitros por parte de jugadores (ocurrió en La Carlota, Córdoba, hace dos años).

Pero esta recopilación de hoy aspira a ser pacíficamente cochina. Por eso es que el siguiente es un *ranking* de cochinadas que siendo muy sucias pueden merecer simpatías por ingeniosas. Lo que significa que pueden entrar en este *ranking* las cochinadas acumuladas por un equipo de fútbol, las de aquel Estudiantes de La Plata de los frescos Poletti, Bilardo y Cía.

- 1: Mandar a diferentes lugares de las tribunas que reciben sol permanentemente, a varios tipos con espejos. Alguno de esos espejos desviando el sol a los ojos del arquero contrario... Llegó a ganar algún partido importante.
- 2: Silenciosamente, pasarle las manos por sus nalgas al adversario, hasta producir la reacción que infaliblemente es expulsión, especialmente cuando más machito es el tipo.
- 3: En el momento que llega la pelota y el arquero va a ella, arrojarle en los ojos el puñado de tierra previamente recogido mientras se simuló una lesión. Para estos casos suelen preferirse las canchas con arena... Pero también es eficaz un manojo de pasto.
- 4: Inundar de agua la cancha de un partido inmediato (generalmente la noche anterior). Recurso igualmente utilizado por los visitantes, para obligar a suspenderlo, cuanto por los locales para especular con la posible disminución del adversario en el barro.
- 5: Hacerle perder el silbato al juez y conseguir la suspensión del partido por no conseguirse repuesto.

- 6: Medir un pelotazo hacia un compañero y desviarlo muy calculadamente hacia la cara o el bajo vientre del juez que ha cobrado algo que nos parecía injusto. En esos casos, lo caballeresco es socorrerlo de inmediato. Lo cortés no quita lo sucio.
- 7: Agujerear la red del arco contrario.
- 8: Soltar perros al interior del campo de juego, y pedir la reglamentaria suspensión del mismo (las gallinas que le sueltan a River son para otra cosa).
- 9: Cortar el agua de las duchas de los vestuarios de visitantes. Máxime si ganaron suciamente. Que se vayan sucios.
- 10: Falsificar cédulas de identidad en campeonatos infantiles, para ganarlos con jugadores de pelo en pecho.
- 11: Clavar alfileres en las nalgas de los adversarios.
- 12: Inquirir al adversario por los quehaceres de su mujer mientras se está jugando el partido.
- 13: Hacer desaparecer todas las pelotas disponibles o repartir plata entre los chicos que las alcanzan, para que las apuren o demoren.
- 14: Acariciar la cabeza del adversario como manera de tirarle de los cabellos para que reaccione y lo expulsen.
- 15: Venderse a un sobornador junto con un compañero que nada sabe de la venta. Si el partido se pierde, ir a cobrar al sobornador los «honorarios» de los dos vendidos. Si se gana, explicarle al sobornador que **«el otro no quiso agarrar»**.

El que peor lo pasó por utilizar la cochinada número 12 fue Sobrero, zaguero de Newells Old Boys, jugando contra Huracán, allá por el 40 y tantos. Nadie había visto ni oído nada con antelación. Solamente se vio a Sobrero caer knock out, redondito en el área, porque a su mandíbula había llegado un certero *cross* de derecha del exboxeador y entonces gran centrodelantero Herminio Masantonio. Exactamente el mismo merecido recibió en un Campeonato Sudamericano que se jugaba en Chile, el argentino Norberto Conde. Entró de refresco de un titular que estaba cansado, y antes de que empezara a jugar tuvo la ocurrencia de preguntarle a un uruguayo (ganaba Argentina en ese momento): **¿Che, cómo va este partido?** Conde siguió el camino de Sobrero. Fue el jugador que menos tiempo estuvo en una cancha, menos que el uruguayo Urruzmendi jugando para Independiente contra Estudiantes, cuando entró exclusivamente a hacer un foul, pero tan descarado, que el juez le indicó que siguiera jugando en los vestuarios sin haber tocado aún la pelota en la cancha.

Los dos cochinos más famosos del fútbol argentino fueron el negro Manuel Seoane (Independiente) y el uruguayo Pedro «Mulero» Lago (River Plate 1932-1935). Seoane (aunque nadie lo menciona) es el jugador que más participación tuvo en un famosísimo primer gol directo de corner que se registró en el mundo,

llamado «olímpico» por convertirse en el arco de los olímpicos campeones uruguayos, 1924, Buenos Aires. El autor oficial fue Onzari. El autor intelectual fue Seoane, que lo sacó con un «caballito» al arquero Mazzalli de su lanzamiento hacia la pelota.

Seoane se especializó además de jugar al fútbol como uno de los más grandes genios que tuvo la Argentina en:

- a) «enterrarle» hasta la boca del arquero la infaltable gorra que éste usaba entonces.
- b) amarrarle al arquero su camiseta en uno de los ganchos que sostienen la red, mientras todos estaban atentos a la llegada de un corner.
- c) acercarse al arquero en el mismo caso anterior y pisarle un pie cuando se dispusiera a saltar.

Ninguna de aquellas de Seoane eran desconocidas por Lago, pero las especialidades de éste eran:

- a) extenderle la mano al arquero que terminaba de detener un shot, en ademán de felicitarlo, y con la otra mano o un pie hacerle perder la pelota. Con el mismo pretexto de la felicitación caballeresca aplicar un trompis con la otra mano.
- b) ante un tiro libre, provocar una discusión que diera tiempo a que Lago pusiera, bajo la pelota, una piedrita o cualquier cosa que al shotear la desviara disparatadamente.

Algo muy poco sabido: en el furor de Bernabé Ferreyra se estilaba que el club fuera el encargado de aportar la pelota del encuentro. Cuando River jugaba como local, había para Bernabé Ferreyra una pelota especial que preparaba el sapiente Carlitos Peucelle: llevaba una doble cámara (las pelotas eran con tiento, no herméticas como hoy) y además había sido mojada interiormente la noche anterior, cosa que fuera más pesada, como gustaba a Bernabé. Aclaremos, por las dudas, que los goles que hizo Bernabé ese año, se repartieron entre cancha de River y todas las demás. Con pelota pesada y liviana.

Diego Carreras, uruguayo, jugador de Nacional y Central en su país, de Talleres de Remedios de Escalada en la Argentina, fue, sin quizá, el más grande humorista que haya habido jugando (al mismo tiempo) al fútbol. Actuando en Francia, un delantero francés estaba desesperado por pasarlo sin conseguirlo. Carreras le robó la pelota, se la mostró, se la escondió, la pisó de nuevo, le dibujó varias gambetas cortas haciéndolo desmarcar para todas partes, por último, con certera punta, le shoteó hacia la cara al francés, gritándole:

—**¿Estás rabioso?... Mordeme.**

Su inclinación a la bebida la explicaba así:

—**En curda... juego mucho más.**

Hace unos 50 años, en San Borja (patria chica de Getulio Vargas) pueblo brasileño fronterizo con Corrientes, había un equipo conocido como «**O Terror da Fronteira**», aun cuando su nombre era 14 de Julio, un correntino, Menéndez, y un uruguayo, Scapinachis. Para festejar «**O grito de Ipiranga**», vino a jugar con 14 de Julio el temible Internacional de Porto Alegre. El correntino le dijo al uruguayo:

—Si el partido está empatado o perdemos nosotros uno a cero, cuando falte poquito para terminar yo me acerco a vos, tomás la pelota, me la levantás con el zapato, yo me abro la camiseta, y la colocás allí adentro. Yo corro al arco contrario y me meto con la pelota en el arco sin tocarla con la mano, ¿me entendés?

Tal cual: faltaban dos minutos y estaban 1-1. La maniobra entre el correntino y el uruguayo se hizo a la perfección. Estallaron los cohetes que ya entonces eran costumbre en Brasil. El juez titubeó, pero la presión era grande y dio el gol. Un jugador de Internacional se le acercó al árbitro para decirle solamente cuatro palabras:

—**Você e un gatuno** (ladrón). Y tras ellas, un trompis como el de Masantonio a Sobrero, que puso fin con el juez y el partido. Abrazados, el correntino y el uruguayo salían de la cancha oyendo las protestas de sus víctimas con otras cuatro palabras:

—**Istos castelhanos som sinvergoñas.**

Es que, quizá, el fútbol cochino no haya nacido con el fútbol. Sino antes, cuando nació el primer pibe que en el Río de la Plata aprendió a gambetearle a la vida en algún potrero con latas, piedras, pozos, desniveles, tierra... ¡y hambre! Por eso fútbol no admite sonsos. Casi exige **semisinvergüenzas**.

Pero el récord de sinvergüencismo lo produjo una huelga de jugadores de fútbol en Montevideo. Allá por el año 1930, cuando los jugadores aún eran *amateurs* pero ya tenían planteos económicos que hacer (¿acaso ahora no es lo mismo?).

Se amagó con formar un sindicato de jugadores, del que officiosamente se hizo presidente al actual «**Diego Lucero**», hoy periodista, entonces jugador de fútbol de Bella Vista con su legítima identidad de Luis Sciutto. Un personaje semejante a Diego Carreras, era el llamado «**Ñato**» **Pedreira**, que pide la palabra logrando que Sciutto se la conceda. Pedreira dijo:

—**Estoy de acuerdo con todo lo expresado por los camaradas y pido se agregue al petitorio, el descanso dominical obligatorio para todos los futbolistas...**

J-u-e-g-a-n al fútbol los que son un poco cochinos. **R-o-b-a-n** en el fútbol los que dicen trabajar y por eso no juegan. Moraleja: el fútbol no puede ser totalmente decente.

52. EL EJEMPLO DE VICENZO

Radio Colonia, 02/05/68

Buenos días. Jugar con las leyes de juego, jamás con ninguna otra. Supongo que usted está enterado de lo que le pasó al golfista profesional argentino Roberto De Vincenzo, ¡que vaya si es profesional, que vaya si le tiene amor al dinero!... Pues Roberto De Vincenzo se perdió nada menos que 1 750 000 pesos por ponerle su firma, de absoluta buena fe, a una tarjeta de control de golpes que estaba equivocadamente confeccionada. Y por culpa de tan inocente yerro debió conformarse con cobrar 15 000 dólares de un segundo puesto, en lugar de ir a un desempate del primer puesto por 20 000 dólares. Dos millones de personas que habían visto la realidad de los acontecimientos a través de la televisión, pudieron eventualmente haber sido aval de una revocatoria judicial de esa injusticia, si Roberto De Vincenzo hubiese intentado probar que hay leyes deportivas que están en pugna con los derechos humanos de las soberanas leyes de una comunidad social. Pero no fue así. De Vincenzo consideró que su condición de perdedor solamente podría ser honorable manteniendo su condición de juramentado a una norma de juego limpio: la de ganar, o perder, con lo que diga el reglamento, justo o injusto, bien o mal hecho, pero aceptado por él y todos sus pares de competición como único instrumento de justicia. Por cierto que este ejemplo de conducta e hidalguía en el deporte que se hace por dinero, por mucho dinero como son 20 000 dólares, no concuerda con la conducta frecuentemente opuesta de los futbolistas profesionales que se juegan fortunas semejantes en 90 minutos de reloj (ya no son de juego), pero que argumentando sentirse angustiados por tal magnitud del dinero que está en juego llegan a la osadía de ufanarse de decir a boca abierta que ellos no juegan para el público, juegan para un negocio, y que en la concreción de tal negocio el público debe comprender que cualquier medio se justifica para alcanzar el fin. O sea que el público debe comprender que tiene la obligación de dejarse estafar para que se enriquezcan quienes lo están estafando. Es así como el fútbol ha llegado a esa sucia tragicomedia que en estos momentos pone muy en la incertidumbre «dónde irá a parar», como siga el proceso Racing-Celtic, Estudiantes-Independiente, Racing-Estudiantes, Peñarol-Palmeiras, etc., es decir, el proceso que parece signar una ley especial de juego que se ha institucionalizado en la Copa Corruptores de América también conocida por el irreverente denominador de Copa Libertadores de América. Lo conozco a De Vincenzo. Su formación social-educacional no difiere de la que identifica a la generalidad del jugador de fútbol colocado en su muy opuesta filosofía del llamado saqueo legal que se quiere suplantar a la ley de juego específica del fútbol. Ahora bien: ¿de dónde se originan esas dos conductas tan disímiles entre deportistas profesionales de una misma extracción social modesta que tienen en juego montos igualmente millonarios de angustiosos dineros? Yo creo que está muy claro

que esas disímiles maneras de comportarse frente a la seducción del dinero tienen su origen en dos diferentes, muy diferentes, medios sociales que rodean a uno y otro exponente del deporte por dinero. Uno, el que se rige por el juego limpio desde arriba hacia abajo, produce a De Vincenzo. El otro, donde lo limpio no juega en ninguna escala, produce a los saqueadores que impunemente reclaman el derecho de enriquecerse hasta con malas artes si ellas les fueran necesarias. El hombre es siempre mucho de lo que es el mundo que lo rodea. De Vincenzo, como profesional de fútbol, sería lo que el doctor Bilardo, y viceversa, el doctor Bilardo como golfista profesional lo que es De Vincenzo. Hasta mañana.

53. LOS DIRIGENTES DEL FÚTBOL (CON PERDÓN DE LA PALABRA)

Satiricón, julio de 1974^[47]

No lo digo yo: lo decía el diario *La Nación* del 20 de mayo: 5000 dólares costó, aproximadamente la campaña proselitista del exwaterpolista sucio y pependenciero João Havelange, para postularse como presidente de la Federación Internacional de Fútbol Asociado (FIFA), un cargo al que aspira todo bicho que cala en el *status* del fútbol, cuando ese caminar por el fútbol movilizado por la condición de vanidoso pavo real que suele motivacionar, como dice un pavo real de la psicología, los pasos de tales bichos, generalmente perversos, por sonsos o por ambiciosos. El de dirigente de fútbol es, sin duda, actualmente, un oficio. Hace muchísimos años era eso que también dicen hacer los periodistas que practicaban periodismo: «**un sacerdocio**». Hoy da risa oír decir que el del periodista es un sacerdocio, o que el del dirigente de fútbol es un acto de altruismo igualmente sacerdotal. Da risa, porque da risa que nos hablen de los chicos procedentes de París en un pico de cigüeña, o del docente sacrificio por un ideal comunitario de la infinidad de chantas que hacen del periodismo un sucio publicismo, o de los muchos dirigentes deportivos que hacen de ese rol un vulgar escalamiento de posiciones a las que no podrían llegar por otros medios lícitos. ¡Si hasta los curas se han sumado a la distorsión de esos sacerdocios! Quiero decir los curas que también aspiran a ser dirigentes. Es frecuente ver y leer que reverendos padres eclesiásticos están también en el «staff» de aquella «clase nueva» que en la fauna humana se conoce como «dirigente deportivo». Se fabricaron el cargo (nunca instituido por ninguna reglamentación, ni asamblea, ni cosa que se parezca, de asesores espirituales). El de asesorar es uno de los grandes curros incorporados al curro de los disfraces. Nadie sabe qué asesoramiento espiritual aportan estos competidores de los psicoanalistas a los futbolistas que en una cancha agravian a Dios, a María Santísima, al adversario, al referee y al público; o a los dirigentes que en frecuentes casos se embolsan bienes ajenos. Pero allí están: los hay en Estudiantes de La Plata, Boca, San Lorenzo, Racing, y creo tener memoria de que en un momento en que se hizo una reunión de los dirigentes de los cinco clubes grandes del fútbol (Roca, River, Racing, Independiente, San Lorenzo), ellos hicieron, simultáneamente, una misa exclusiva para curas asesores espirituales de esos mismos clubes. El de Chacarita (si hubiera tenido su propio cura) o el de Atlanta (que lo tiene pese a ser muy moishé su connotación con el barrio que ocupa), no podían rezar en aquella misa. Era exclusiva para los asesores espirituales de los cinco grandes. De donde se deduce que también Dios es separatista. O más exactamente: que al buen Dios no hay que vacilar en pasarle por encima si de trepar por la escalera del *status* del fútbol se trata. Y por esa escalera se puede trepar hasta siendo sacerdote. Con

mayor razón siendo fabricante de heladeras o comerciante en automóviles, o eso que ahora le llaman «empresario» (como si no lo fuera el pobre tipo que todos los días sale con tres lucas a la calle y las tiene que hacer durar para almorzar, cenar, viajar y fumarse algún cigarrillo). También está el caso del almacenero de barrio que fue descubierto como la solución política del club de la zona, del que nunca fue socio, ni hincha, ni nada pero del que se supo que era solución cuando descubrió que tenía mucha guita, tanta vanidad como guita; y podía ser candidato a títere de una presidencia llena de honores, que le daría prestigio, ocasión de salir en los diarios y, si se portaba bien, hasta la oportunidad de entrar en un vestuario y dar órdenes a los jugadores o al otro títere llamado director técnico. La excepción a la regla se llamó y sigue llamando José Amalfitani. Este fue un caso aparte en todo. Un detalle lo pintaba: nunca quiso ir a la AFA, siempre mandó mucamos suyos. (Ojo, que el viejo Amalfitani era muy dictador absolutista, **no era un santo**, pero era absolutista en beneficio del club, no suyo). Le disparaba a la comedia teatral y publicitaria del fútbol y casualmente el club que él dirigió de esa manera es el único de la primera división profesional que se puede decir no contaminado por la corrupción, la inmoralidad de todo tipo que en grande o pequeña escala se metió en todos los demás, y de la que Vélez no estuvo ni está exento. Ojo, que en todo eso no se salva nadie. Pero que la administración de Amalfitani fue la única que vivió ajena a aquellos apetitos de vidriera, no queden dudas. Mientras Boca se deterioraba y River se agrietaba con presidentes que decían ser empresarios, Vélez se hizo mucho más grande que ellos con un presidente que era un simple albañil. Y al que lo vi alguna vez con cuchara y mezcla levantando paredes. ¡Si tomaba vino tinto común de mesa y fumaba cigarrillos negros! ¿Viste? ¿Te das cuenta? Si no te das cuenta, jorobate. Era de esos tipos que sabían ver a un camelero y lo raleaban del club, lo mismo que el hombre de campo criado entre las vacas sabe distinguir a 100 metros un animal con sarna para separarlo de los que están sanos. Por olfato y por eso que algunos llaman «calle». Hay dos rubros de mi archivo con los que podría llenar aproximadamente media docena de libros de 400 páginas cada uno: «Delincuencia Deportiva» se llama uno, «Personajes Siniestros» el otro. Casualmente los llenan presidentes y dirigentes de fútbol. O no casualmente, obligadamente. Si el Balero o el Martín Pescador fueran los deportes de mayor difusión, seguramente que el Martín Pescador y el Balero tomarían la prioridad en aquellos rubros. En realidad, no es el fútbol el culpable de los dirigentes que en él muestran lo que es el hombre vanidoso, mediocre, ambicioso, ególatra y doloso. En esas cinco facetas quizá se agrupan las razones por las que son dirigentes de fútbol o referees de fútbol (otra especie muy gemela, hermana menor de la otra) un elevado porcentaje de los «sacrificados hombres» que el fútbol supo conseguir. La culpa es de la popularidad del fútbol. Nadie quiere ser dirigente de Excursionistas. Muchísimos de esos individuos tienen una oculta meta: la de llegar a la alta política nacional pasando por el fútbol. Muy rara vez lo consiguen. No les da el cuero, como dijo Lanusse y se comió el sapo. Es más frecuente que siendo vagones

de cola en la política nacional opten por pasarse a la política del fútbol como manera de «*salir más seguido en los diarios*». Sin ninguna duda, es mucho mayor el centimetroaje tipográfico que ocupa en la resonancia periodística el presidente de la AFA, o el presidente de un club de mitad de tabla para arriba, que el caudillo de una parroquia política. Por caso: el capo de la AFA tiene más difusión que Balbín. Que ya es bastante decir. Y en los tiempos en que aún había idiotas que daban por cierto que el 25 de Mayo de 1975, a las 11 de la mañana, sería inaugurado el nuevo estadio de Boca, Armando tenía mayor publicidad que el Premio Nobel Dr. Leloir. Ahora Armando tiene menos publicidad que Ezequiel Martínez. Ese trasvasamiento de vínculos político-futbolísticos empezó en la Argentina en 1930 cuando Uriburu dio el primero de nuestros golpes de Estado en cadena. Los peludistas (así los llamaban a los radicales) salieron del poder no precisamente como peludos de regalo, sino **regalados**, que no es lo mismo. Recalaron en los clubes de fútbol como «sacrificados dirigentes». La prohibición de mantener abiertos los comités donde «la negrada» se nutriera de pan, vino y alpargatas, no impedía que funcionaran los clubes de fútbol donde aquella gente se nutriera con su ya entonces «pasión de multitudes» aderezada con goles, *cracks*, dirigentes sacrificados para hacer feliz al sufrido hincha y, por su puesto, las primeras «barras pesadas» para ganar elecciones internas, desatar las silbatinas al jugador caído en desgracia que el dirigente había decidido eliminar, o darle la merecida salsa y pimienta al referee que impidiera ganar un partido. Un miembro del honroso Ejército Argentino, autor también de una revolución propia que cubrió su trayectoria de servicios al país, el Teniente Coronel Tomás A. Ducó, producía en aquellos años 30 uno de los trompazos más históricos que se recuerdan sobre la cara de un referee (Macías fue receptor) y hoy, ya fallecido, la comunidad le rinde tributo de gratitud a aquella sacrificada misión de dirigente de fútbol, poniéndole su nombre al estadio de Huracán.

Como a su vez el de Vélez lleva el de Amalfitani, la conclusión parece clara: **«da lo mismo que si es cura, colchonero, rey de bastos, caradura o polizón»**. Valentín Suárez, uno de los dirigentes que disputó con Armando el mayor centimetroaje publicitario de los últimos años, y que lo disputó con la original condición de hombre múltiple, no solamente de dirigente (fue director técnico, psicólogo, interventor en la CGT), confirmaba con su innegable idoneidad en el tema, aquella relación Ducó-Amalfitani: el 20 de febrero de 1968, anunciando a los periodistas que invitaría a Stanley Rous, un hombre (Presidente de FIFA) para adobarlo en favor de la sede argentina para el Mundial de 1975, decía «para no publicar»... **«Stanley Rous, un hombre incorrecto que organizó el Mundial del 66 para que lo ganara Inglaterra, pero yo haría lo mismo si se jugara en la Argentina»**... Cuando se dice que Havelange invirtió 50 000 dólares en candidatearse por autodeterminación presidente de la FIFA, no es cuestión de escandalizarse por ese costo de más de 50 millones de nuestros pesos, sino de pensar que Havelange es muy barato. Esa suma solamente cubre lo que Havelange tuvo que gastar en viajes y alojamientos desde que

hace cuatro años inició su campaña. Comprobación que a la postre puede ser valedera para proponer que este brasileño-corcho (flotó con todos los gobiernos que pasaron por Brasil desde Kubischek hasta ahora) le ponga su nombre al estadio Maracaná. Hace algún tiempo unos diputados nacionales, de esos que periódicamente descubren que en el deporte hay cosas sucias y un legislador se puede lucir diciendo que las quiere limpiar (que las limpie es otra cosa), propusieron una investigación sobre la existencia de empresarios-intermediarios en el fútbol. ¡Qué inocentes! Lo que esos diputados querían encontrar buceando bajo la tierra que está debajo del agua, está muy en la superficie. Está en aquellos clubes donde recalán los políticos que Urriburu sacó carpiendo de la política en el 30 y que llevaron todos sus vicios al fútbol a razón de, por ejemplo: San Lorenzo e Independiente, radicales; Racing y Estudiantes de La Plata, conservadores. En las dos corrientes, tanto la que entonces era denominada «pituca» como en su antagonista la «grasienta», se institucionalizó la norma del dolo que hoy tiene por testafarro al empresario-intermediario, pero cuya cabeza es siempre el propio dirigente. Allí tienen que poner su dedo aquellos legisladores moralistas que seguramente no van a cambiar nada de la inmoralidad que rige ese campo de operaciones al servicio de la comunidad y la obra social de los clubes, dos frases, estas últimas, de las que más veces llenan la boca de los amos del fútbol. El intermediario-empresario es un invento del dirigente, tal como el director técnico. Al director técnico lo inventó el dirigente, y lo obliga a «salir a la cancha», para que las silbatinas y las agresiones en masa de la tribuna enardecida con una derrota tuvieran un culpable bien visible con el que los dirigentes quedaran a salvo. Antes de existir los D. T., la paliza iba a los dirigentes. A los empresarios-intermediarios los creó, por caso, la necesidad de demostrar que el dirigente de fútbol es honesto y no lucra con su club. Para lo cual el empresario-intermediario es el que realiza toda la gestión lucrativa. Si luego, en algún lugar de la ciudad, el dirigente y el empresario toman un café a solas... ¡eso es otra cosa! Por caso: ¿como se hace para comprar un jugador en 200 millones y que el club comprador pague 250 millones? Con un empresario. Los 50 de diferencia entre lo que figura en el balance del que compra y lo que menciona el balance del que vende, es asunto privado. Muy privado... Muchos saben, por ejemplo, que cuando River pagó 2 millones por el «Tanque» Rojas, ese dinero figuró saliendo de River, pero no pudo aparecer entrando en ningún club de España... porque Rojas era jugador libre, en desuso. O que cuando el paraguayo Bordón apareció en River costando 4 millones, en el club paraguayo que lo vendió, solamente ingresaron 2 millones. Pero esas cosas son privadas. Muy privadas. No agraviemos a quienes mañana pueden brindar sus apellidos para que los tengan por nombre los estadios.

Cuando recientemente a López Rega se le dio por hablar de «**higienización del fútbol**» y pareció (quedó en eso...) que venía una limpieza cuyo primer destinatario era Boca, con su feudo impenetrable, hubo una masiva reacción de puritanismo en todos los clubes supuestamente señalados por el Ministro como sucios. Todos, unos

menos, otros más, arrojaron la piedra de la limpieza. «**Yo estoy limpio**», dijo uno. «**Mi trayectoria inmaculada**», dijo otro. Todos se olvidaron que todos, unos más, otros menos, tienen o tuvieron hombres que pasaron por sus filas directivas como dirigentes de profesión. Y eso ya basta para asegurar que todos, pero todos- todos, están sucios pese a todo lo limpios que puedan ser o hayan sido algunos excepcionales hombres decentes que por ellos pasaron. Al chanta no hace falta buscarlo. En todo lo que dependa de la humanidad implícitamente está presente «el chanta». ¡Máxime con la guita que se mueve en el fútbol!

El fútbol-espectáculo; el fútbol empresario; el club con sentido de empresa; el fútbol como catarsis nacional; el fútbol como alimento del patriotismo nacional; el fútbol como obra social; el fútbol como fuente de divisas para el país; el fútbol como factor de mejoramiento del peso contra el dólar; el fútbol como gesta probatoria de la fe argentina en el futuro y el trabajo; el fútbol como forjador del gran acuerdo nacional; el fútbol... el fútbol... el fútbol... es culpable de muchas cosas. Pero todo nace de una palabra: *dirigente*. Perdón por la palabra. Hay una sola palabra que no se usa en el fútbol: *decencia*. Al que la pronuncia, lo mandan a rezar cinco padrenuestros, seis avemarías y a escribir cien veces sonso.

54. UN VIEJO QUE ESTORBA

(JOSÉ AMALFITANI)

El Día, 09/01/68

A propósito de la condición de «lo viejo» como sinónimo de cosa descalificada, me sorprende la verdaderamente poca o ninguna trascendencia que se le ha dado a algo que anda flotando en el ambiente futbolístico a propósito de la vida del primer club de fútbol en el cuadro institucional argentino: el Club Atlético Vélez Sarsfield.

Comprendo que Vélez no tiene un presidente que, ligado al mercado automotor, inmobiliario, financiero, banquero, industrial, etc., obligue a hacer noticia importante de cada botella de sidra que se descorche por cada palada de tierra que aquel anuncie arrojar sobre una prometida ciudad deportiva. (Vamos a ver cómo se resuelve la manera de que tal ciudad sea ciudad, y no concentración de olores insoportables, si el Estado no emprende las obras de descarga de las aguas fétidas que allí se concentran sin solución de salida en las actuales condiciones; vamos a ver hasta dónde será grato pescar, bailar, ver teatro, cenar, rodeados de una brisa semejante a la de Barracas o Mataderos en los días que sopla el Norte).

Aunque comprendo todo eso que hoy es básico para que una tontería sea noticia, y una noticia no lo sea, creo que la noticia de que «el dueño de Vélez» está siendo arrinconado por la apetencia del bochinche, es no solo noticia sino grave alerta de cómo el fútbol, encarado como está encarado entre nosotros, no puede tolerar que en alguno de sus rincones impere la prudencia, la humildad, la administración en suma. ¡Quien no se sume al ruido corre el riesgo de ser eliminado!

Y en eso está en este momento, en que Vélez Sarsfield sobrepasa los 70 000 socios, y se convierte en el primer club de fútbol del país, quien ha sido sin duda su absorbente dictador (para bien del club) y el casi absoluto realizador de todo ese milagro que se alza en una esquina del barrio de Liniers, donde hasta hace unos diez años los animales andaban sueltos y la tierra tapaba los ojos de quienes pasaran por allí. En eso está «el viejo» Amalfitani.

Un día anunciaron su renuncia.

Otro día la desmintieron.

Otro día se dio un comunicado exaltando la estrecha armonía y solidaridad de todos los directivos de la institución con el insigne «viejo» de la administración tipo almacén, que no le diera allí lugar a ninguno de estos trepadores de la era de «la pinta» que pugnan por someter a las instituciones al dictamen de sus designios de «ejecutivos», «marketings» y «relaciones públicas». Amalfitani se aferró a su libretita de almacén, y a medida que vio la punta de un ladrillo nuevo, puso un ladrillo más. Eso se le reconoce. Pero lo que a Amalfitani no se le perdona, y esto ya tiene aristas de creciente intolerancia, es que Amalfitani no haga nada para que Vélez sea

campeón; para que Vélez tenga jugadores caros en precio que produzcan ruido e hipotequen a la institución; para que Vélez Sarsfield, en suma, sea un club donde el vocal tercero sea un hombre conocido en el barrio donde vive; el secretario, un tipo aún más conocido en todo el mundo del ruido; y el tesorero, un posible candidato a ocupar algún día la cartera de Economía. ¡Eso no se le perdona a Amalfitani! Y se nota fácilmente que no se le perdona cuando hablando acerca de cualquier cosa que hace a Vélez Sarsfield, nadie sabe ni cómo se llama el dirigente que le sigue «en orden jerárquico» al absorbente «viejo». De Vélez solamente trasciende el nombre del «viejo». Y en segundo término el de Victorio Spinetto. Y desde allí... ¡Paremos de contar! Nadie conoce a nadie. Los demás son conocidos en sus casas y en la intimidad del club. Y eso, en la época en que la militancia en la dirección del fútbol es antes que nada un trampolín de vanidades con inclinaciones espaciales, es grave, muy grave... Al no estar el club en el ruido, no están sus hombres danzando en el ruido. Es más: «este viejo dictador» hasta acabó un día con un petit garito que el club tenía instalado en una pretextada «sede social» del barrio de Floresta, sobre la calle Rivadavia. Allí funcionaban las oficinas, pero también funcionaba el refugio ideal para grandes «escolazos» que «Don Pepe» no veía decorosos ni útiles a la institución. Con su habilidad de hombre que no hace ruido pero hace... ¡vendió la casa y les cerró la timba! De modo que hasta ese espasmo les cortó a los ambiciosos de ver al club en la corriente del «Viva la Pepa». Amalfitani impuso la opuesta obligación de aceptar que en Vélez «Vive Pepe». Y como lo suyo apabullaba a cualquier corriente adversa, y la apabullaba con obras, más socios, más obras, más socios, más plata, más plata... aquella oposición no tuvo más remedio que resignar la lucha.

Pero ha pasado el tiempo... el club ya prácticamente está hecho... «el viejo» ya pasa los 70... ya se habla de la necesidad de que deje su lugar «a otros»... ¡y allí se reinicia la guerra sorda contra el hombre que efectivamente hizo todo lo que honra hoy a Vélez! No falta quien le calcula los años de vida que le quedan. Y entonces piensa que se puede esperar un poco más, y sin necesidad de ningún golpe de Estado interno, lograr lo mismo que anhelan los golpistas que van a los diarios a dar la noticia de la renuncia de Amalfitani, que es una manera de «ablandar el terreno».

Por cuál de esos dos caminos Vélez Sarsfield habrá de librarse de «Don Pepe» y su muralla de detención del ruido, el despilfarro y el exitismo, no se sabe.

Pero está bien clarito: «Don Pepe» ya estorba. Y apenas «Don Pepe» se vaya, o lo vayan, puede anticiparse que ese ejemplo, ese oasis que es Vélez Sarsfield en el fétido fútbol que se respira en la mayoría de las instituciones, muy probablemente ha de ser un miembro más de la enorme colectividad del ramo que se autoproclama «adaptada a la época». Con Amalfitani, Vélez Sarsfield es «un inadaptado». Para suerte de Vélez. Pero para oscuridad de los muchos que anhelan estar en el ruido y ser visibles en lo alto de la pirámide del fútbol hecho bochinche, ciudad deportiva, piedra fundamental, escuela integral de la vida, comidas de homenajes, pases sensacionales, grupo humano, empresa-espectáculo... ¡vanidad pagada con dinero

ajeno!

55. FIDEL CASTRO LLORANDO A KENNEDY (OBITUARIO DE JOSÉ AMALFITANI)

El Día, 05/05/69

Con José Amalfitani se marchó de esta vida el último estadista que le quedaba al fútbol desde la función directriz, que mucho más que de mando es de docencia. Y que mucho más que de mandar en el fútbol, es de edificar en la sociedad, con el pretexto del fútbol, la conciencia del inmenso valor del orden en todos los órdenes.

Con José Amalfitani se ha marchado el realmente último exponente de una raza extinguida: la de los hombres de orden al servicio del fútbol, que al hacer del fútbol un orden hicieron del fútbol un servicio a la sociedad. Todo lo contrario de lo que hoy es más habitual entre nosotros: el fútbol al servicio de los hombres que lo dirigen, y la sociedad al servicio del fútbol que la distorsiona.

Con José Amalfitani se ha marchado un dirigente sin *status*. Que no hablaba: fumaba negros; bebía vino tinto; y no se vestía bien. Ha quedado una ejemplar institución con *status*, que prácticamente nació como un potrero con la llegada de Amalfitani al fútbol, y queda como un monumento nacional del orden para perpetuar la partida del homérico arquitecto que la construyó hasta dejarla como la había soñado, la primera del país entre las de su género. La más dueña de lo que tiene y la más segura de poder conseguir lo que le falte. Por ordenada. Por bien administrada. Por administrada como pintaba a José Amalfitani aquella conocida anécdota de un viaje a un pueblo de la provincia de Buenos Aires para contratar a un futbolista de aquellos por los que Amalfitani tenía inclinación: «que cuesten poco y valga mucho». Que los que cuestan mucho suelen valer poco.

Es el caso que aquel jugador costaba 5000 pesos. Y Amalfitani salió con ellos dobladitos en un bolsillo para pagarlos y venirse con el posible *crack*. Viajaban en automóvil, él y otro dirigente de Vélez Sarsfield. El viaje era largo. Llegando el mediodía surgió la proposición:

—Don Pepe, ¿paramos a almorzar aquí?

—No, m'hijo, no podemos meternos en más gastos. Ya demasiado nos cuesta el jugador.

Y abriendo un portafolios agregó:

—Aquí tiene: yo he traído dos sándwiches de milanesa que me preparó mi mujer, uno para usted y otro para mí.

Y el almuerzo se hizo sobre el automóvil en marcha.

Esa fue la política para comprar un jugador, levantar una tribuna, construir una piscina, hacer de un potrero anegado un monumento admirado, comprar una silla, o construir un baño. Para todo. Para todos los casos, el reverso de los ampulosos declamadores que hoy han hecho del fútbol un culto a la personalidad. Amalfitani

hizo del fútbol un culto a la sociedad, una escuela de civismo. No una escuela de caudillismo y vanidades de potentados.

En medio del alud de vanidosos hombres mediocres autoproclamados importantes, Don Pepe Amalfitani ya resultaba, como auténtico bicho raro dentro de esa fauna, «un viejo que estorbaba». Y «el viejo» lo sabía. Y se murió sabiéndolo. Se marchó con la esperanza puesta en que la aplastante mole de su obra sin parangón, apoye a quienes tengan el atrevimiento de heredar su conducta, tomar su bandera, prolongar su austeridad en medio de la prevalencia del bochinche y la ostentación declamatoria. Me consta porque él mismo me lo dijo, sentados una noche de 1967 a una mesa regada por un modesto «jugo de quebracho» a tono con su campechana concepción de la vida. Y creo que también sabía que él era el último exponente de aquella raza que con él se puede dar por extinguida.

Tuvo grandeza de patriota.

Generosidad de sembrador.

Laboriosidad de obrero.

Prudencia de gran administrador.

Amor de madre.

Austeridad de padre de familia.

Ilusión de estadista.

Coraje de héroe.

Astucia de visionario.

No quise ir a su velatorio. No quise ir a su sepelio. No quise oír discursos junto a su ataúd. ¿Para qué? Esos honores a los muertos tienen siempre la misma hipocresía: están destinados a que los vean quienes están vivos.

Pero no me salvé de sufrir, desde algunos diarios, ciertos agravios inferidos a su memoria a favor de la difunta condición del luchador que había dejado su obra. Esa fue la sensación que me transmitió, viendo la lista de oradores que saludaron su partida, abanderados del fútbol hecho despilfarro, demagogia, violencia y bochinche... ;hablando en nombre de clubes de primera división y exaltando aquella conducta que estaba lamentablemente muerta de verdad, mucho más que muerto su último exponente! Tal como ver a Fidel Castro arrodillado ante el ataúd de Kennedy.

Fue entonces que lamenté no haber ido al cementerio. En ese momento, diario en mano; cuando supe que a Amalfitani le rendían homenaje quienes más profanaron su religión, quienes más desataron el vértigo del descontrol y la demagogia en el fútbol, quienes llevaron al fútbol a un oscuro recinto de miserias personales. Quienes alguna vez fueran llamados por Amalfitani —que los despreciaba— «rufianes del fútbol». Eso me pareció un agravio que estoy seguro me habría tomado allí mismo, en el propio cementerio, la fácil tarea de lavarlos a gritos para que Amalfitani se marchara limpio de su carga. Creo que fue la primera vez que me tocó arrepentirme de mi alergia a los homenajes a los muertos cuando ya los muertos están muertos de verdad y los honores para ellos se transforman en escalamientos del mal gusto de

valernos del dolor como escalera del zoísmo.

«El viejo» había pasado a servirles a quienes hasta horas antes estorbara con la aplastante realidad de sus obras, de su conducta rotundamente ganadora por sobre todos los ruidos de los triunfadores de la declamación.

Había pasado a servirles a sus antípodas, a quienes entre bocanadas de cigarrillos negros, Don Pepe Amalfitani llamaba en vida «rufianes del fútbol» y ahora estaban allí, en el cementerio, descargando sus lágrimas de cocodrilo, vistiéndose de devotos de un muerto al que habían despreciado como «antiguo almacenero» impropio de agruparse en sus modernos empresariados; pero al que ahora, muerto ya, tomaban como estandarte de sus despilfarros... ¡sin que el muerto lo supiera! Cambiándole su nombre. Cambiándose los suyos.

Como dijera Cicerón: **¡O tempora!, ¡O mores!** (¡Oh tiempos, oh costumbres!).

Todo eso, después de todo, estaba a tono con muchas gazmoñerías de la época; se parece a la apología del juego fuerte llamado ahora normal, por parte de quienes después lo condenan practicando en el fuero doméstico, y enseguida lo aplauden si sirve para ganar en la órbita internacional.

Hoy el camino menos indicado para entender algo... es analizarlo.

56. ARMANDO Y CASSIUS CLAY

El Día, 22/12/65^[48]

En una carretera de Estados Unidos (allí la ley es Ley, no es lo que la ley en la Argentina), la policía detiene a un automóvil por infracción. Por una ventanilla saca su cabeza un joven de 22 años y dice:

—Ustedes no pueden detener este automóvil. Aquí viaja Cassius Clay.

Cassius Clay agregó:

—Ustedes no pueden detenerme. Yo represento a otro gobierno.

—¿A qué gobierno? —preguntó el policía.

—Al gobierno negro. Yo soy un hombre que gana 50 millones de dólares al año y usted es solo un policía. (LA NACIÓN, 16/12/65).

Fueron presos, pagaron la multa y salieron en libertad...

Pero hasta ahora no hay referencias a que en Estados Unidos el estilo de vida de este *clown* del boxeo «que se hace un poco y es otro poco» (loco), tenga émulos capaces de alterar las normas de convivencia del país a través del snobismo o la conveniencia que significa seguir la conducta de un deportista de moda.

Creo que la versión más parecida que tenemos en la Argentina de Cassius Clay, es Alberto J. Armando, cuyas ganancias supongo mayores a las de Clay. Los dos son títeres de sus respectivas lenguas. Los dos, más que pensar en voz alta, parecieran pensar con la lengua fuera de la boca.

Y aquel desplante de Clay en una carretera (por cierto que no el último entre los centenares que lleva, en un articulado plan publicitario, y en un desarticulado ordenamiento mental), tiene entre nosotros su parangón más absoluto, también por mérito de la repercusión de lo deportivo en la sociedad, en el presidente de Boca que se rige por la misma norma de derecho que Cassius Clay: «Yo soy campeón y tengo plata». Y si no es campeón... pues a secas; «yo tengo plata».

Los jugadores de River Plate —lástima que sin la valentía de decir claramente de quién se trata— lo calificaron de «perfecto mal educado» en respuesta al cargo de idiotas que Armando les hizo a ellos y Cesarini. Cosa que es verdad (lo de la idiotez de los jugadores de River y Cesarini), pensando que solamente por un momento de idiotez, ni Cesarini ni sus jugadores (especialmente Ramos Delgado que aparenta ser «serio capitán») supieron ACABAR EN UN MINUTO CON LA PREPOTENCIA DEL DINERO DE CLAY (perdón, quise decir Armando) negándose a jugar con el público dentro del campo aquel partido ya pestilente por tanto trasfondo de inmundicias recíprocas, de *post-partido*, especialmente.

Que Clay o Armando sean en el mundo deportivo dos maleducados, no sería problema mayor. La sociedad humana tiene millones y uno más no agravaría el caso.

La gravedad de un Armando en una sociedad argentina, que no alcanza un Clay

en un país organizado en el orden (no digo de la justicia, digo en el orden), está en otra cosa.

Es que en Estados Unidos hay muchos poseedores de fortunas como las de Clay. Y muchos ídolos por encima o escasamente por debajo del poder cautivante de Clay. Mientras que, en la Argentina, hay pocos poseedores de fortunas como Armando y, a lo sumo, dos clubes de fútbol con la fuerza exitista de la del que Armando se apropió como de un feudo.

Como consecuencia de eso, una bravuconada de Armando, aunque haga reír o enojar, tiene entre nosotros una inmediata como nutridísima comparsa de imitadores «armandisos», unos con dinero, otros sin dinero. En Estados Unidos, una bravuconada de Clay hace reír o enojar... pero POR AHORA nada más. El país no busca vivir a lo Clay. Aquí el país busca vivir a lo Armando. Aun quienes muy reservadamente, «para no publicar», dicen que es un sujeto tan desemparentado con la ley como el delito con la legalidad.

Repárese que el mismo Cesarini acusa «a alguien» de contrabandista y millonario al margen de la ley... pero no lo nombra. Hay miedo. A la capacidad pugilística de Armando, no tanto; al dinero de Armando, muchísimo.

Hace poco el periodista Raúl Goro le inició juicio por uno de los desplantes de su poder-dinero: haberle llamado «ladrón» en presencia de testigos que acudieron a respaldar a Goro ante la Justicia. Pero Armando «no pudo» ser condenado. Lo amparó el llamado «beneficio de duda» (¿?). A los jugadores de River que no lo nombran pese a llamarlo maleducado, a Cesarini que tampoco nombra a quien llama contrabandista y delincuente... no les interesa el riesgo de pleitear contra ese poder.

Y el país... sigue tratando de vivir «a lo Armando».

He allí donde reside la gravedad de «un Armando», de una conducta como la suya, dentro de la vida de un pueblo. En que la imitación no se constriñe al ámbito del hincha no preparado para la cordura ni la conducta; sino que le invade todo. Invade la conciencia del vicepresidente Perette, como lo dijera en EL DÍA, 11/12/65 (Policiales). También la de Illia, según los favores que está logrando.

Invade en el mismo sentido el concepto gubernativo del gobernador santafesino Tessio, «espontáneamente» presente en los vestuarios con olor a árnica y transpiración, la tarde en que «su» Colón gana el ascenso «para el radicalismo de Santa Fe». Es una forma de vivir «a lo Armando».

Invade el sector sindical, donde en los comicios bancarios aparece el boxeador Laudonio candidateado como congresal. Es una forma de vivir «a lo Armando».

Invade la misión legislativa del diputado Elena, que vuelve de Europa espantado de cómo nos ignoran, y en cambio cuánto nos conocen como salvajes en fútbol... y propone una ley que destine 300 millones de pesos (¡bárbaro!) para instalar una «Casa Argentina» en todas las capitales del mundo... «para que nos conozcan mejor». ¡Como si no nos conocieran bien! Como si la mejor forma de que nos conozcan no sería la mucho más económica de desterrar a los Armandos (y el

salvajismo) e instalar el orden y la obligación de trabajar. Es una forma de vivir «a lo Armando».

Invade al basquetbol del país, que después del bochorno de San Juan (eso que hace que nos conozcan muy bien en Europa...) juega en Santiago del Estero su campeonato argentino de clubes campeones, sin porteños, ¡y lo mismo tiene que avergonzarse de una reedición de aquella vergüenza sanjuanina! Temina en un escándalo. Es decir... no termina. Porque los chaqueños tuvieron la mala ocurrencia de ir ganándole a los santiagueños. ¿Acaso en Buenos Aires no impera esa ley-Armando? ¿Por qué no habrían de imitarla ellos?, los provincianos, que viven pensando en la emulación de los ejemplos metropolitanos. Es una forma de vivir «a lo Armando».

Invade a Atlanta en su segunda operación-inmoralidad de venta de jugadores «a plazo diferido». La primera la hizo con River (Gatti y Bonczuk) recibiendo 2 millones «en préstamo». La segunda la hace con Boca, en una extrañísima intervención del presidente «con licencia» (socio a la vez de Armando en operaciones de venta de automóviles), no impedido sin embargo para negociar la manera de hacerse de 30 millones de pesos que implícitamente salvan a Atlanta de algún embargo y también lo colocan en no disimulada dependencia de conciencia con Armando (Boca ya no cuenta). Es una forma de vivir «a lo Armando». En este caso de Kolbowsky.

Invade el vestuario de Dellacasa cuando en él penetra la enardecida legión de platenses indignados con su arbitraje en Gimnasia-Ferro, y descuelga toda la descarga contra el juez. Descarga que la ley prohíbe... pero no tanto desde cuando Armando la viola impunemente en los casos en que a Boca le toca soportar, como visitante, las consecuencias del miedo de algún juez que le teme ese día más al local que a Boca. Es una forma de vivir «a lo Armando».

Y no puedo llenar una edición de EL DÍA (no me alcanzaría) para registrar todos los muchos ejemplos acordes con aquel ejemplo de corrupción legalizada que el país (el fútbol no sería tan grave, si fuera solamente el fútbol) adopta ante la evidencia de resultar «buen negocio» vivir «a lo Armando».

Y luego Cesarini se enoja cuando Armando lo llama idiota. Y Armando se enoja si Cesarini dice que este es un país de imbéciles (Cesarini es italiano y él «se salva...»). ¿Cómo no va a ser un país de imbéciles aquel donde hablando cuanta barbaridad les viene a la boca es posible trepar hasta los sitios que Armando y Cesarini ocupan en el fútbol bajo un coro de tolerancias silenciosas y aplausos ruidosos?

No me digan que no hay imbecilidad si viviendo «a lo Armando» se llega a esa meta de la desesperación que ahora llaman «éxito en la vida»; y viviendo en el decoro; solamente quedan en hombres que trabajan, luchan, gozan y sufren... como la vida señala al hombre. Como debe ser cuando no se imita a Clay.

57. EL SUBSECRETARIO, LOS JUEGOS OLÍMPICOS Y LAS MENTIRAS

(Canal 11 — lunes 2 de octubre de 1972 — 12.40 hs)

Buenas tardes. Por decir, yo, desde esta misma tribuna, que con motivo de los Juegos Olímpicos se estaba despilfarrando fortunas del país; por decir, yo, desde esta misma tribuna, que con motivo de los Juegos Olímpicos se estaban adulterando marcas destinadas a justificar el envío de atletas sin capacidad digna de unos Juegos Olímpicos; por decir, yo, muchas de las cosas que ahora se han comprobado como ciertas a propósito de la concurrencia argentina a los Juegos Olímpicos; por decir, yo, todo eso, en el diario *La Opinión* del día 29 de julio, el señor subsecretario de deportes de la Nación, señor Ernesto Cilley Hernández, dijo refiriéndose a mí: «El señor Dante Panzeri era mi amigo; pero ya no lo es; antes decía la verdad, ahora miente y dice falsedades, e irá al tribunal». Se refería a los tribunales de Justicia, por calumniador e injurioso. Hasta el presente no tengo noticias de que deba yo concurrir a tales tribunales. Pero no tiene importancia. El propio señor subsecretario de Deportes de la Nación, que me trató de mentiroso por decir todo eso, dice ahora en el diario *La Nación* de días pasados: «En Munich se comprobó, por ejemplo, que hubo atletas que viajaron mintiendo sus dirigentes los tiempos realizados en las pruebas previas... esto es deporte y se hará como corresponde» —sentenció el señor subsecretario de Deportes de la Nación.

Bien; mi problema es el siguiente —y no en lo personal, sino respecto de este problema de adulteración de la realidad deportiva, de estafa al país con el pretexto del deporte—. Digo que es el siguiente: ¿puede el señor subsecretario de Deportes de la Nación colocarse ahora en situación de juez, y al parecer con aspiraciones de aplicar castigos, de quienes ejercieron toda aquella defraudación, toda aquella estafa a la Nación? Me lo pregunto por lo siguiente: el subsecretario de Deportes del Ministerio de Bienestar Social de la Nación tiene la posibilidad de intervenir, si instituciones deportivas que, como instituciones civiles, actúan dentro de la órbita del deporte nacional; por caso la AFA está intervenida bajo su jurisdicción. Pero yo no veo que los demás deportes estén en la misma situación. Y por lo mismo, no sé hasta dónde el señor subsecretario de Deportes de la Nación tiene facultades para aplicar las sanciones que dice estar dispuesto a aplicar, sanciones que llegan incluso, ahora a insinuar alguna parecida respecto del ajedrez, porque el ajedrez ha concurrido a este campeonato, olimpiada del ajedrez que se está disputando en Yugoslavia, con un equipo que no representa el máximo potencial argentino en esa especialidad. Me lo pregunto porque, además, pienso que todo lo que ha ocurrido, ya sea con la delegación que fue a Munich como con este equipo de ajedrez, fue conocido con antelación, al momento de producir las lógicas reacciones que actualmente está

produciendo. Y todo eso, como conocido que ya era, también era o debía ser de conocimiento del subsecretario de Deportes de la Nación. Y el subsecretario de Deportes de la Nación lo toleró, es decir, lo consintió, y al consentirlo pienso que recae automáticamente sobre él la misma responsabilidad que él le adjudica ahora a dirigentes de federaciones con las que él no tiene absolutamente ninguna relación que establecer, puesto que la Subsecretaría de Deportes de la Nación se puede entender, a lo sumo, con el Comité Olímpico Argentino, receptor de los dineros que destinó la Subsecretaría de Deportes de la Nación para todas estas actividades, pero al que esta Subsecretaría de Deportes de la Nación no le pide ninguna cuenta, ni lo amenaza tampoco con sanción alguna. Y entonces todo me resulta bastante, bastante más contradictorio que haberme visto llamar mentiroso, ver ahora que lo que se adjudicaba como mentira resulta ser verdad y ya no es mentira; y, a la vez son llamados mentirosos aquellos que, por su parte no tienen la posibilidad de ser castigados por quien ahora los llama mentirosos después de haber dicho yo que estaban mintiendo, o que estaban adulterando realidades. Tampoco logro una explicación de todo esto, cuando el propio subsecretario de Deportes de la Nación, noches pasadas, al terminar el partido Argentina-Chile, de fútbol profesional, se suma a los festejos que se hacen en el vestuario argentino al cabo de un partido en el que un jugador argentino, Alonso, había dado la vergonzosa nota que diera este chiquilín de River Plate a propósito de la expulsión de la que se hizo pasible. Pero al señor subsecretario de Deportes de la Nación no le preocupó en lo más mínimo, al parecer, esa circunstancia que rodeó a una triste victoria de fútbol para nuestra selección, sino que por el contrario, la soslayó y se sumó a los festejos, para mi indebidos, que allí se realizaban sin que, por supuesto, viera motivos para exigir la misma corrección de conductas que actualmente parece estar dispuesto a exigir sobre deportes en los cuales no tiene posible jurisdicción, según mi entendimiento.

En fin, ¿quién es en todo esto el mentiroso? Dejo planteada la pregunta. Muy buenas tardes.

58. 17 PUNTOS PARA UN PROGRAMA (PROPUESTAS CONCRETAS PARA MEJORAR)

El Día, 25/11/69

1.º: Ley de reconocimiento de la AFA por el Poder Ejecutivo como organismo de Policía del Estado en la materia, y con facultades legales hasta hoy inexistentes, para fiscalizar el movimiento contable de las instituciones; aplicar sanciones inapelables en otros fueros; determinar límites geográficos y de edad en la prestación de servicios de los jugadores; fijar salarios; y tomar otras decisiones contenidas en los restantes puntos de este programa. El arma para usar las soluciones.

2.º: Cierre total de las transferencias de jugadores en el orden nacional, con excepción de las de jugadores menores de 18 años de edad. Esto significa la implícita obligación de producir cada club los elementos exigidos por sus ambiciones, con la única posibilidad de contratar (dentro de límites que en seguida se establecen) elementos libres por finalización de contrato.

3.º: Descalificación total para desempeñar funciones directivas en la AFA o en comisiones directivas de clubes afiliados a toda persona que las hubiera ejercido en el curso de los 20 años previos. La aplicación de este mandato, es obvio, debe hacerse con tolerancia del tiempo necesario para las respectivas renovaciones internas. Lo existente debe respetarse.

4.º: Fiscalización contable y permanente de todos los clubes afiliados, por una Auditoria específica de la AFA, con un límite de inversión en la rama fútbol, para cada club, de no más del 50 por ciento de sus ingresos anuales netos. Se considerará, a efectos de la interpretación de «**rama fútbol**», remuneraciones y adquisiciones de jugadores (según punto 2.º), mantenimiento de fields, adquisición de elementos de vestuario, útiles de juego, fomento de divisiones inferiores, viajes, etcétera.

5.º: Prohibición de transferir al exterior a jugadores menores de 28 años cumplidos. Este sistema de control de transferencias impera en los países socialistas. Cumplida esa edad, pueden emigrar.

6.º: La AFA se hace cargo, por cuenta de los clubes, del pago de todas las obligaciones con jugadores y personal técnico afectados a la práctica del fútbol profesional, así como de los viáticos destinados a *amateurs*. Y se limita un **máximo** de 560 000 pesos moneda nacional (en la actual cotización de la moneda) el pago **por todo concepto** a cada uno de aquellos profesionales. Se fijan fuertes castigos para las recompensas que se intenten pagar al margen de esos límites, para lo cual se faculta a la AFA y la Dirección General Impositiva a una interconsulta documental de las declaraciones de bienes de las personas cuyos patrimonios interese investigar. Lo comprometido a pagar por cada club a sus contratados no puede exceder del 25 por ciento del neto recaudado en la temporada anterior.

7.º: Todos los contratos vigentes, en cifras superiores a las señaladas por el punto precedente, son respetados hasta su finalización, pero al término de los mismos el jugador QUEDA LIBRE de contratarse con el club que desee, en las condiciones que fijan los puntos 5.º y 6.º y siempre que no desborde los límites de contratos que señala el punto 10.º. En la misma situación queda todo nuevo contrato que se firme en lo sucesivo, con libertad automática del jugador para renovarlo o cambiar de institución SIN TRANSFERENCIA PAGADA, pero dentro de lo limitado por el punto 5.º.

8.º: Limitación a 18 años de la edad máxima permitida para militar en divisiones inferiores a la primera división profesional o su reserva. Quienes llegan a ese límite de edad quedarán bajo prioridad del club en cuyas filas venían actuando, y si éste no los contratara, en libertad de celebrar sus primer contrato con quien deseen, dentro del país.

9.º: Prohibición total de contratación de jugadores procedentes de federaciones o ligas extranjeras, exceptuando aquellos de nacionalidad argentina que lo hagan en condición de libres de contratación. La vigencia de esta veda debe ser transitoria como muchas de este programa.

10.º: Limitación a 18 de los contratos profesionales a celebrar por cada club, como máximo, con libertad de alternar en los equipos rentados a jugadores *amateurs* de 18 o menos años de edad, a quienes en esos casos no les corresponderán sueldos.

11.º: Eliminación del interior de los campos de juego de toda persona auxiliar a cada equipo que no tenga tareas de asistencia médica o física del jugador (limitándose a dos por equipo). Prohibición bajo severos castigos progresivos, a cualquier tipo de **declaraciones públicas acerca de fútbol** por parte de toda persona con relación de dependencia a la AFA como dirigente, jugador, auxiliar de estos, jueces. Solo se permitirán comunicados oficiales de las instituciones cuando ellas estimen necesario difundir alguna información de utilidad pública y del mismo modo deberá actuar el organismo rector llamado AFA, con total desaparición de interviús personales por medios impresos, radiales, televisivos. **De fútbol solamente habla y opina el periodismo y la opinión pública.** Todos los demás se silencian. Las violaciones de estas disposiciones serán purgadas simultáneamente por la institución y por la persona ligada a aquella.

12.º: Por un lapso a fijarse (¿5, 10 años?), Argentina **no participa** en competencias internacionales llamadas de copas u otras similares, a través de equipos de clubes. Estos solamente pueden sostener partidos internacionales amistosos sin continuidad característica de campeonatos. En ellos podrá hacerlo la selección representativa del país o de AFA. Se apunta de esa manera a restablecer, juntamente con abandonadas normas éticas del juicio, la corriente fervorosa por el fútbol de órbita local, que fue siempre el que llenó los estadios en proporción mucho mayor a cuando los llenan los títulos externos, según surge de las recaudaciones internas logradas por equipos argentinos que conquistaron copas internacionales. También

queda absolutamente vedado el **televisado directo** de todos los partidos que se realicen bajo control de la AFA, o con intervención de clubes de su dependencia.

13.º: Con carácter transitorio (¿2, 3, 5 años?) se establece el siguiente IMPERFECTO sistema de puntuación para partidos oficiales, con plena conciencia de sus muy factibles situaciones de injusticia, pero con igual conciencia de su posible gravitación en la transformación de una mentalidad masiva eminentemente materializada del juego y del espectáculo: **ganador por dos o más goles de diferencia, 5 puntos; ganador por solo un gol diferencia, 3 puntos; empates con goles convertidos, 1 punto; empates sin goles convertidos, 0 punto; y derrotas por cualquier diferencia de goles, 1 punto descontado o en contra.**

14.º: Regreso al campeonato anual de partidos y desquites con una meta de 14 equipos en primera división. El mismo se puede disputar en 4 ruedas, las dos primeras de todos contra todos, las dos siguientes entre los ocupantes de las dos mitades de las posiciones hasta aquellas dos primeras, para definir unos el título de campeón y otros el descenso.

15.º: Inactividad total, en todas las jurisdicciones (nacionales o internacionales) **de todo jugador suspendido**, con quitas sobre sus haberes proporcionales a los servicios no prestados por esa causa.

16.º: Distribución de los jugadores *amateurs* en las siguientes escalas topes de edad:

7.^a y 8.^a: 14 años (incremento de cantidad y tiempo en la selección masiva inicial).

6.^a: 15 años.

5.^a: 16 años.

4.^a: 17 años.

3.^a: 18 años (promoción a primera tres años antes que en la actualidad).

17.º: Autorización para contratar (pagado por la AFA por cuenta del club) un solo entrenador por club para divisiones profesionales, por temporada o año. Exigencia a todo profesional de presentar su documentación anual de réditos satisfechos, sin la cual no puede actuar.

18.º: Regreso a su ámbito geográfico natural de todas las instituciones provincianas actualmente militantes en la AFA; y proclamación del campeón nacional de cada año a través de un certamen a disputarse entre el máximo campeón de cada provincia argentina, con una rueda final de seis clasificados a cotejarse en una sede rotativa.

Ese sería el resumen (no la totalidad) de mi programa para «arreglar el lío del fútbol». Creo ser consciente de sus defectos o flaquezas. No solo en cuanto al sistema de puntuación que propongo con sentido de emergencia transitoria, como el de la prohibición de extranjeros. También sé de lo difícil que será lograr del periodismo su respeto al espíritu de sobriedad y seriedad que propugna para el fútbol el punto N.º 11. Ese asegura la «impopularidad» de este programa. Lo sé. No ignoro la resistencia, descontada, a la no intervención en la disputa de «las copas» que han

concluido por hacer del fútbol una sucia batalla. Creo no estar ajeno a nada de lo mucho que un programa de este tipo sería resistido. Pero me han preguntado «cómo arreglar el lío del fútbol, ¿no?...».

Por supuesto que para tal arreglo es indispensable, por ejemplo, que el periodismo acabe con su función de fuente de enardecimientos que hoy constituye; que hasta los propios gobernantes se abstengan de aparecer en las canchas de fútbol, o de andar haciendo declaraciones sobre fútbol. Otro camino para poner orden donde hay lío, para sanear finanzas antiguamente maltrechas, no conozco. Solamente conozco el del orden. Que tanto puede ser llamado de «sentido empresario» como el del desorden que actualmente impera, o como el usado por una simple casa de familia bien administrada. ¡Amalfitani!

IX

LOS JUECES Y LA RAZÓN

Un hombre mayor, agachado sin demasiada elegancia, vestido íntegramente de negro. Las dos excepciones resaltan. El cuello de la casaca y unos enormes y ridículos cordones en los botines. Blancos. El hombre, su figura, está montada sobre un estadio de fútbol repleto: un montaje fotográfico precario, evidente, con las (pocas) posibilidades técnicas que permitía el final de la década del cincuenta. Su mano derecha señala un punto en el piso ubicado fuera del campo de la fotografía: tal vez, un penal. El silbato, también negro, en la boca. Mientras posaba, el hombre debe haber pensado que iban a reconocerlo más por la calle. Quizá en ese instante dudó. O, directamente, se arrepintió de haber aceptado la propuesta. Se debe haber planteado, también, que quizá fuera el hombre más viejo o el único no deportista en ser portada de una revista deportiva. Un referee, por primera y única vez, en la tapa de El Gráfico.

Esta imagen constituye una de las primeras tapas durante la gestión de Dante Panzeri como director. La leyenda no acepta doble interpretación: **El juez siempre tiene la razón.**

Panzeri, en su afán de educar, dejó de lado a los protagonistas y decidió que la tapa de El Gráfico debía emitir un mensaje unívoco. Fue el número que estuvo en los quioscos de revistas el ocho de junio de 1959. Ese es Panzeri en estado puro. Explicita el mensaje, lo hace obvio. Contundente, algo ridículo. Didáctico y fuera de los cánones del mercado.

A pesar de que, en ocasiones, usa las palabras referee y árbitro, Panzeri siempre prefirió llamarlos jueces. Aunque sabe que eso es un ideal, casi nunca llevado a la práctica. Una utopía de equilibrio e imparcialidad. En algún artículo reconoce que usar «juez» para nombrar a un árbitro de fútbol «es una irreverencia a la Justicia». Y es allí donde Dante Panzeri encuentra uno de los principales factores de por qué el deporte perdió su eje. No hay justicia —elemento vital del deporte—, se extraña la equidad. Los jueces no comprenden el espíritu de la ley. No aplican el arma principal que le otorga el reglamento del fútbol: los poderes discrecionales. Su teoría es bastante sencilla (y razonable): el juego desleal es antirreglamentario. Y como atenta contra el reglamento, el juez debe castigarlo aun cuando no infrinja directamente ninguna de las normas escritas. Porque el legislador le otorgó a la autoridad los poderes discrecionales para corregir las desviaciones, para que quien se aleje del espíritu del reglamento sea castigado o al menos no obtenga beneficio de su actividad antideportiva. Es por eso que, durante muchos años (principalmente en el transcurso del auge del Estudiantes de Zubeldía), insistiera en que jugar a provocar el offside era antirreglamentario. Y si un delantero caía en offside exclusivamente porque el rival lo provocó, sin intención de jugar, el juez no debía sancionarlo. Sería premiar a aquel sin voluntad por jugar. Y quien no quiere, quien escapa al espíritu deportivo —sostenía Panzeri—, quien se olvida del juego no debe obtener beneficios de su accionar ilícito. La postura extrema y polémica, una norma en Panzeri, suscitó agrias discusiones en la época. Su prédica machacante tuvo eco. El llamado offside

pasivo dejó de cobrarse. Sólo se empezó a marcar (tal como lo conocemos hoy) aquella posición adelantada en la que el jugador tuviera influencia en la jugada.

Los jueces de fútbol tienen en sus manos un instrumento excepcional. Panzeri veía el reglamento del fútbol y sus diecisiete simples reglas como una institución sagrada, de gran equilibrio y sabiduría. El problema era que, muchas veces, los encargados de aplicarlo eran pusilánimes, no tenían el coraje suficiente para hacerlo valer.

Se presupone que quien aplique sus poderes discrecionalmente sea alguien racional, sereno, sin arbitrariedades en su accionar. Panzeri sabía que ese era el punto flojo de su teoría. Los árbitros (en particular los argentinos) carecían de estas condiciones. Su opinión de ellos como gremio era, cuando menos, magra: «Un monopolio de mediocres mentales, agravado por una vertiginosa desesperación por ser importantes» («que es rasgo muy común en el hombre mediocre», aclara por si hiciera falta).

El referee tiene derecho a cometer errores. Pero debe ser sobrio, serio, austero. Tiene que tener vocación por la justicia. No por la fama. Los beneficios de la notoriedad pública enceguecen a los jueces. Cree que la mayoría de los árbitros son capaces y que eso se demuestra cuando salen al exterior donde sus tareas son excelentes. Sus fallas en el fútbol local son otro asunto y tendrían otro origen.

En los viejos clubes de rugby, en la entrada de la cancha principal en la que actuaba el plantel superior, gobernaba un cartel con la conocida leyenda que él llevó a la tapa de El Gráfico: «El juez siempre tiene razón». Ese principio, cree él, que es el que debe regir toda actividad deportiva. El juez como institución, más allá de condiciones personales y de errores ocasionales, que son inevitables.

59. LA NEGRA HISTORIA DE LOS HOMBRES DE NEGRO

Chaupinela, junio de 1975

No se puede esperar que el fútbol sea blanco cuando los encargados de conseguirlo con un silbato en la boca son elegidos entre la kakistocracia, o entre los hombres proclives a la egolatría, el exitismo y el histrionismo. El referee es una víctima-culpable del «mediocrismo», que —no me cansaré de repetirlo— es nivelador de valores hacia abajo, no hacia arriba.

Eran más señores cuando se vestían de blanco. Perdieron categoría desde que empezaron a vestirse de negro. Ejercían alguna docencia social con pantalones largos. Son vulgares actores de una parodia de deporte, desde que usan pantalones cortos. Les está expresamente prohibido vivir del fútbol, y deben probar el ejercicio de otros medios de vida para poder ejercer el referato. Pero refereando de corto y de negro son trabajadores con sindicato constituido, con discusión de convenios de trabajo, con periódicos pedidos de aumentos de salarios. O sea que no pueden vivir del referato, pero viven del referato, y hasta hacen del referato un folklorismo de escalamientos socioeconómicos. No pueden hacer declaraciones públicas porque la austeridad y la circunspección de un juez deben vivir protegidas por el silencio dentro del alarido carnavalesco del fútbol. Pero hacen declaraciones públicas y además hace mucho que postulan el derecho al chamuyo «vestuarista» de los demás componentes del circo futbolístico. Tienen plenas facultades, por el sabio reglamento que aplican, para ejercer dentro de la cancha de fútbol «**poderes discrecionales**», como hace falta para que haya fútbol, porque al fútbol no se podría jugar si los jueces debieran aplicar estrictamente la letra de la ley sin pasarla primero por su conciencia. Pero tienen miedo, mucho miedo, a usar tales «**poderes discrecionales**» como dice la ley, y prefieren hacerle el juego a esos reglamentos domésticos que les impone el medio ambiente en que a ellos les interesa **durar**, porque en definitiva esa es la obsesión de los referees de fútbol, **durar**; mucho más **durar** que hacer justicia y dar a cada uno lo suyo. Sí, claro que hay excepciones. Todas las condiciones humanas las tienen. Nada es absoluto. Si hasta hay buenos referees de fútbol también.

Aquel acostumbamiento a durar aplicando reglamentos domésticos se ejerce en la Argentina haciendo lícita una trampa como la mal llamada «**jugada de offside**» (que no puede ser «jugada», si es treta para que no haya el juego que manda la ley); descubriendo que se tiene que ir de la cancha el que comete dos manos, mientras puede permanecer en ella el que comete 40 fouls con el mismo efecto interruptor del juego que el que hizo dos hands; haciendo de un tiro libre una ceremonia para contar pasos que el reglamento autoriza a indicar a ojo por «**poderes discrecionales**»; prohibiendo que el arquero demore el juego con una procesión de piques de la pelota

con sus manos, pero permitiendo esa misma procesión mucho más extensa con los pies, combatiendo medias caídas, pero desoyendo la palabra subida.

Esas son, últimamente, las características prominentes del hombre negro del fútbol: representar, con la ley en la mano, a lo que puede hacerse pese a no poder hacerse.

Como en el apotegma del porcino y su culpa, la comida que alimenta este festín de la **kakistocracia** no es imputable a los referees. Es imputable a los encargados de vigilar que sean referees los realmente mejores individuos, no «**los cualquiera**», moral, ética y estéticamente hablando.

Como ocurre en todo aquello donde se juntan dos o más hombres, malos referees hubo siempre y es inevitable que los siga habiendo. Es como si analizáramos a las revistas de humor, a los periodistas, a los gobernantes, a los economistas, a los abogados o a los programas de radio y televisión.

Pero la del referee es una clase de hombres que puede y debe cuidarse como ajena a las otras clases, dado que no son muchos los que deben integrarla, y la selección es en muchos sentidos bastante más factible de refinar que las actividades masivas. Y esto no pretende negar que ya es difícil seleccionar al ser humano apenas se trata de elegir a más de un hombre íntegro.

Esa condición del referee se menospreció progresivamente, tal como sucediera con muchas otras magistraturas del reparto protagónico de la vida. Y se le dio entrada al mediocre. Detrás del mediocre entró el egonarcisista. Detrás del vanidoso llegó el corrupto. En poco tiempo se producía la **kakistocracia** del referato. Referee era cualquiera. La función había perdido la categoría de receptoría jurídica y social que pudo conservar aunque el fútbol ya se estaba pudriendo.

Así apareció un día el primer gran showman del referato argentino, Macías, pionero del **referee-Bonavena** que hoy prolifera entre sucesores y malos imitadores de aquel, que tanto están para preocuparse por cubrirse una calvicie con **peluquines** (acusadores de cómo la mente es cada vez menos cultivada por dentro aunque muy atendida por fuera) como para usar al referato futbolístico de trampolín para un arlequinismo penoso en hombres que ya dejaron de ser pibes y proclamar, como lo hiciera Nimo, que «**el público va a las canchas a verme a mí**», una mala copia del absurdo inventado a propósito de la atracción que sería para el público el ver cómo el arquero-actor Hugo Gatti juega en perjuicio del equipo, en cuyo arco actúa como comediante.

Todas esas son aristas hoy normales en la personalidad de los referees (me gustaría mucho poder llamarlos a todos jueces, como me parece un Dellacasa que deja la sensación de hacer justicia como un señor que no actúa con sentido teatral sino con sentido jurídico). No faltó, entre ellos, y a los argentinos me refiero, quien fue a un Campeonato Mundial y desde allá y desde aquí se llenó personalmente de egolatría proclamando que había «**representado a la Argentina**», kakistocracismo quizá explicable en que ni a la propia justicia ordinaria le faltó algún magistrado que

se valió de ella para abrirse puertas en el mundo semifarandulesco que es hoy la llamada «vida de hombre público». Esa vida precisamente vedada a los jueces que, con o sin silbato, se respeten a sí mismos y respeten a la función judicial en una cancha o en un estrado.

Aquel proceso, que sitúo en las excentricidades (y otras cosas peores) de Macías como pionero de la **especie-Nimo**, culminó un día con la sepultura de todos ellos, los referees argentinos, para arbitrar en la Argentina. Y fueron totalmente suplantados por referees británicos especialmente contratados. Ya se había hecho un ensayo con el primero de los referees de ese origen, con lo que los argentinos probamos que cuando no somos colonialistas por dependencia también practicamos el colonialismo interno por snobismo. El tal precursor fue, allá por fines de 1937, el yoni Isaac Caswell. Horrorizado, se marchó al poco tiempo. Pero en 1948 se realizó la gran limpieza. La invasión inglesa se hizo cargo de la decencia de los referatos en la Argentina. Y no pasó nada diferente. Empezaron siendo decentes y terminaron siendo «**como todos**». Es más: uno de ellos, Hartless, llegó a mejorar la versión Macías en cuanto a histrionismo con un pito en la boca. Fue así que se volvió a la producción casera. Y a los problemas de los que los árbitros son tanto protagonistas como víctimas. El fútbol se ha podrido, el deporte ya proclama **no ser deporte sino «espectáculo masivo»**, y ellos, elegidos primero como kakistocracia, y adaptados, después, a aquel «espectáculo masivo», no pueden ser distintos efectos de aquella causa. Pero una cosa está muy clara: el referee de fútbol fue perdiendo constantemente **categoría social**, aunque haya conquistado una situación gremial con la que se siente más fuerte; pero no se siente que su autoridad sea mayor. Todo lo contrario: siendo que tiene que sentarse a discutir «**condiciones de trabajo**»; allí es donde se ha acentuado la pérdida de su autoridad para hacer justicia.

Y el episodio derivado de una ley provincial que permite a la policía de algún Estado argentino poner en vigencia la vieja imagen de «**partidos jugados con el caballo del comisario**», es una prueba de lo anterior. Lo que le pasó a Jorge Álvarez en Rosario (por una ley de 1949 que ya se había aplicado en perjuicio de otros referees, Spinetto entre ellos) es todo un sumario de cómo y hasta dónde ha perdido categoría social la función del referee sujeto, ahora, a superárbitros policiales y judiciales.

Los hombres de negro fueron en este caso las víctimas de un absurdo jurídico-social. Pero préstese atención al tiempo que llevaba de vigencia aquella ley que le aplican en Rosario a Álvarez, y adviértase en esa fecha la culpabilidad de las presuntas víctimas que toleraron o negociaron con ese boomerang. Allí está a la vista «la negociación» que reniega de la independencia civil e intelectual del referee que aceptó ese renunciamento «negociando». Que también acepta que dentro de la misma AFA lo enjuicien «veedores» que —sin haber probado idoneidad de referees haciendo el curso que a estos se les exige— pueden, sin embargo, sumariar a los referees y hacerlos castigar como incompetentes para una función en la que los

veedores no acreditan idoneidad previa.

Y también aceptan los referees, en ese corrupto circuito de «negociaciones como trabajadores», que su cuerpo sancionatorio específico (Colegio de Árbitros) se integre, de la misma manera, con jueces de jueces que, además de ser dirigentes, nunca rindieron examen de jueces de fútbol. Pero pueden designar o expulsar a los jueces. Es como si hiciera de juez de la Nación alguien que no tuviera idoneidad jurídica, que no fuera primero abogado. El referato perdió respetabilidad al bailar con cualquiera.

He allí resumida la corrupción natural o ambiental del hombre de negro encargado de que el fútbol sea blanco. Imposible. Mucho menos posible con el giro de dinero que hay en todo esto. Por eso es casi milagroso que sobreviva un juez como Dellacasa.

60. CÓMO SE AGRAVIA UN SACERDOCIO (GUILLERMO NIMO) (FRAGMENTO)

El Día, 27/02/68

De su vida privada puede hacer Guillermo Nimo, y quienquiera que sea, lo que él quiera y se le cante en ganas. La vida privada DE NADIE ha sido jamás cuestionada en estas que pretenden ser incursiones en el deber de la fiscalía pública del deporte. Pero sí cuestiono la vida privada **de cualquiera** que, teniendo una misión pública, no sepa, o no quiera, preservar de aquella todo cuanto puede, por relación inevitable, deteriorar la personalidad de su función pública, no ya de su personalidad civil en el orden público, que es asunto con el que cada cual es dueño de arrojarse al pozo que quiera.

Aclarado esto, formalizo desde aquí la rotunda acusación de que en el magisterio de la justicia del deporte hay un individuo llamado Guillermo Nimo que lo ridiculiza, lo mancilla, lo descende a la más baja escala de la chabacanería, lo reniega como símbolo de lo austero al exaltarlo como vehículo de comedia pública y, en suma, infiere un agravio al sacerdocio que ante la sociedad afronta todo individuo encargado de administrar justicia, como que crea la torpe imagen que para tal sacerdocio acarrea quien lo adultere en estrafalario culto de la exhibición pública, al constituirse en maniquí vivante de la extravagancia, como el tal Guillermo Nimo viene de hacerlo en presencia de multitudes en las playas marplatenses y en infinitas presentaciones ante las cámaras fotográficas de toda la prensa nacional y extranjera que lo utilizó como personaje de animación de exteriorizaciones histriónicas. Encontró en él «la nota» de sorprender a un juez como émulo de Bonavena.

No le niego al señor Guillermo Nimo el derecho de hacer de su individualidad ciudadana el fante que más le venga en gana.

Pero le exijo, sí, al señor Guillermo Nimo, en nombre de quienes pretendemos que el fútbol sea una fuente de formación de hombres formales y no de sujetos híbridos, que si aquellos son sus deseos cumpla previamente con el acto de devolución a quien corresponde de la imagen pública de que se ha apropiado a través de su condición de árbitro oficial del fútbol argentino. Esto es, que deje de ser árbitro, y luego haga uso de su individualidad ciudadana, puesto que esta es incompatible con aquella cuando quienes la ejercitan no demuestran poseer el menor sentido de respeto por sí mismos y la jerarquía pública de que han sido provistos. Y ese es el caso del árbitro de fútbol Guillermo Nimo, de cuyas ridículas andanzas entre la farándula artística, deportiva, y otras especies afines, han dado cuenta los diarios y revistas de estas últimas semanas al cronicar los hechos diarios más risibles de la vida veraniega e incluir en ellos la deteriorada imagen de un juez que se falta el respeto a sí mismo.

61. ¿QUIÉN ES UN DELINCUENTE?

(FRAGMENTO)

Así, 04/02/64

Mucha gente limita el patrimonio de la delincuencia a aquellos que toman sol a rayas. O a aquellos que se tirotean con la policía y aparecen en la nota principal de alguna edición de ASÍ. Entre quienes así interpretan la condición del delincuente, o los requisitos a llenar para ser un delincuente, está el referee Manuel Velarde.

El referee Manuel Velarde considera un agravio a su persona el que yo lo llamara delincuente. Pese a que el referee Manuel Velarde desempeña en el fútbol una actividad jurídica, el referee Manuel Velarde cree, lo mismo que mucha gente, que él no es un delincuente si no toma sol a rayas ni se tirotea con la policía.

La justicia y yo interpretamos que DELINCUENTE es todo aquel que DELINQUE. Delinque el que comete un delito. Para la justicia ordinaria o la del fútbol. Para las dos. SIEMPRE UNA. Delinque quien «quebranta alguna ley o tolera que se la quebrante». Quien delinque es delincuente, según la única manera correcta de hablar.

Pero, curiosamente, es también un delincuente, según la vulgar manera de hablar, quien como el referee Velarde haga o tolere lo que el referee Velarde hizo y toleró hacer en el «famoso» partido Independiente-San Lorenzo. En efecto: la opinión pública que usa el calificativo delincuente con la interpretación vulgar que el referee Velarde exige que se lo use... TAMBIÉN LO LLAMÓ DELINCUENTE (como calificativo más elegante entre los muchos más gruesos que le dispensó).

Y por último: SEGÚN EL TRIBUNAL DE PENAS DE LA AFA MANUEL VELARDE ES UN DELINCUENTE cuando el 2 de enero pasado lo suspendió por seis meses bajo EL GRAVÍSIMO CARGO de haber «alterado deliberadamente» hechos de aquel partido. Si al referee Velarde lo agravia el calificativo periodístico de «delincuente», es preciso que el señor Velarde se entienda con el Tribunal de Penas para que se borre aquella gravísima acusación a su moral, y su consiguiente castigo; y recién DESPUÉS procure demostrar que no es un delincuente.

Porque mientras tanto me atengo a la suprema decisión punitiva que dice que el referee Velarde es un delincuente, puesto que dice que «ALTERÓ DELIBERADAMENTE» su deber. Y eso es delincuencia puesto que es delinquir.

Cuando el Tribunal de Penas se rectifique de eso, yo diré que el referee Velarde NO ES DELINCUENTE y que el referee Velarde es un juez cabal. Mientras tanto, no. Sigo creyendo que estuve en lo cierto según lo calificué ANTES de darme razón de ello el Tribunal de Penas.

La condición de delincuente no es exclusiva de la permanencia en las cárceles, ni de la aparición en las páginas enrojadas de ASÍ. Hay muchos delincuentes sueltos.

Que la sociedad no advierta que son delincuentes, no es culpa mía, ni del idioma correcto que dice quién es delincuente. Ni del idioma vulgar que en este caso coincide con el idioma académico. Si el referee Velarde logra una rectificación del Tribunal de Penas yo también me rectificaré.

62. EL SEÑOR JUEZ

Así, julio de 1964

Los peruanos no lo querían.

Después lo aceptaron. Los peruanos tendrán sus razones para creer que el árbitro paraguayo Dimas Larrosa es un mal juez. Yo tengo las mías, y ojalá nunca las tenga que cambiar, para creer que **ES EL MEJOR JUEZ QUE HE VISTO ENTRE LOS DE TODAS LAS NACIONALIDADES.**

El árbitro paraguayo Dimas Larrosa ya nos había dado aquí tres demostraciones de cómo **DEBE SER UN ÁRBITRO**: dos en la cancha de Boca dirigiendo a los boquenses por la Copa de Campeones 1963; la restante, en cancha de River, dirigiendo Argentina-Paraguay.

Esto es: el juez honesto puede y debe sancionar todo cuanto cree posible; el juez honesto es impermeable al lugar donde se juega el partido; el juez honesto respeta su personalidad, empezando por ser sobrio y no payasesco, teatral, dramático y mimetista (como la gran mayoría de los jueces argentinos).

El juez honesto solamente necesita hacer sonar el silbato. Y **NADA MÁS.** No tiene nada que «explicar» en cada fallo, lanzando codazos o torpes puntapiés al vacío, para que jugadores y espectadores «sepan» que cobró.

Todo eso es un señor juez.

Todo eso demuestra ser el **SEÑOR JUEZ JOSÉ DIMAS LARROSA.**

Por ser «anormal» consideramos que merece que se lo resalte.

63. LA JUGADA DEL OFFSIDE ESTÁ EN OFFSIDE

El Día, 26/09/67

Es muy distinto estar en offside a ser puesto en offside. Es muy distinto el castigo de una trampa al beneficio de una treta. Hace bien Estudiantes en usar la llamada «jugada de offside», si es que los árbitros la castigan como procura Estudiantes que de ella resulte castigado el adversario de Estudiantes. Hacen bien en usar la «jugada de offside» quienes cuenten con la solidaridad de la justicia, que en tal caso es lo lícito, para usarla como la usa Estudiantes y muchos otros equipos que se han dado al uso del recurso de renunciar a la pelota, adelantarse defensivamente en el campo, levantar la mano, mirar hacia el juez de línea, y desatar en la tribuna el grito que hace levantar la mano del linesman, sobre todo si ese linesman corre junto a la línea de cal más próxima a la tribuna ocupada por la hinchada adicta a quien se adelanta y decide abandonar el juego a quien se propone jugar.

Digo que hacen bien, porque una de las premisas en que se funda toda competición deportiva está señalada por la obligación de todo protagonista de defender su chance, que es una manera de contribuir a la naturaleza y al sentido de lealtad del juego. Cuando esa chance se defiende con los recursos que concede usar el juez, está cumplida aquella premisa. Los poderes del juez de fútbol son absolutamente discrecionales y no está en mi ánimo alterar esa muy sabia esencia de la misma ley, que admite a tal punto aquella realidad, que hasta consiente al juez la posibilidad de sancionar en contra de la letra misma de la ley cuando considera que su espíritu es burlado. Dentro de esa norma, nada tengo que recriminar al bando que use la ahora llamada «jugada de offside», o la premeditada dilación del juego con cálculo de ganancia de tiempo, o cualquier cosa que pareciéndonos ilícita cuente con la solidaridad del juez. Es al juez a quien debemos recriminar la aplicación de la ley en contra de su espíritu, puesto que admite fallos que parecen contrarios a su letra fría.

Ahora estamos en el castigo o tiro indirecto del arquero que haga botar la pelota más de cuatro veces sin lanzarla al juego, y esto no es absolutamente nada nuevo del reglamento, sino una simple recordación del espíritu de la ley, que hasta ahora se había olvidado con premeditación, por parte de los árbitros, según acostumbran los árbitros a crear periódicamente ciertas formas de «jurisprudencia propia», en sus constantes especulaciones de las necesidades personales para una más cómoda sobrevivencia en sus relaciones con el público, la crítica y los muchos intereses de un partido de fútbol.

Lo que hoy se castiga (o se promete castigar) en la deliberada demora del arquero (que no ocurra como con los dos hands o las dos tomas de camiseta...), es lisa y

llanamente un mandato que existió siempre en la ley del juego y que se resume en el decir que el juego debe ser leal. Y por lealtad hay que incluir la lealtad para con el reglamento mismo, o sea que hay deslealtad deportiva cuando se pretende usar la letra del reglamento para burlar al reglamento.

Eso es exactamente lo que está ocurriendo con la llamada «jugada de offside» (a Zubeldía siempre le gustó mucho... salvo cuando jugaba como delantero...); se está faltando a la lealtad del juego a favor de uno de aquellos acuerdos de sus árbitros para instalar una «jurisprudencia propia» en el fútbol, signada siempre por la consigna de DURAR SIN PROBLEMAS EN EL OFICIO, que es preocupación básica de nueve de cada diez de todos ellos en todo el mundo. Máxime desde que el juez de fútbol empezó a ser un personaje las más de las veces carente de un nivel educacional, social, cultural, superior al medio que integra y rodea al fútbol. De esa misma «jurisprudencia doméstica» de los árbitros, ha surgido el recurso hoy universalizado entre ellos de pitar jugada peligrosa en cuanta situación del juego consideran factible el estallido de enojo de alguna parcialidad, por una eventual fricción propia del juego lealmente practicado. Es así como hoy se castiga con jugada peligrosa al muy normal intento de jugar la pelota a la altura del pecho, que ningún espíritu ni texto del reglamento ha prohibido jamás. Contradictoriamente, se permite el descarado uso de la llamada jugada de offside, con la que se llega hasta el colmo de instruir públicamente a los jugadores, y a veces (en el caso de las selecciones que juegan «para orgullo nacional») encargándose de eso los mismos árbitros oficiales de la AFA.

Lógicamente, no puedo ofrecer la prueba de ningún articulado reglamentario que diga que no hay offside en la posición adelantada del jugador atacante producida por deliberado adelantamiento de posiciones de uno o más defensores. Tampoco el reglamento dice, específicamente, en ninguna parte, que no hay offside en la treta usada al revés, a la manera que «El Nene» Nery lo intentó en aquel memorable partido Estudiantes-Boca de los años de la línea «que todos sabemos».

Pero EL ESPÍRITU de la ley está muy claramente fajado en la deslealtad, y por ende en la ilegalidad, de tales recursos. Escartín, en su libro «Reglamento de fútbol comentado» (edición 1965) dice en la pág. 176 refiriéndose al jugador que sale del terreno: «“un fuera de juego” provocado con mala intención para lograrlo no debe ser sancionado». El mismo libro reproduce esta norma particular de la Liga Inglesa referida a los delanteros en posición offside: «Si no tuvieran intención de jugar no podrán ser castigados». A la que se agrega esta de la misma fuente: «Si estuvieran en posición de “fuera de juego” no podrían colocarse de por sí en posición legal».

Yo que creo que en sentido inverso la treta tiene la misma interpretación. No puede tener una sola interpretación particularmente favorable a los defensores. Esto es: así como no hay offside si no hay intención de jugar, tampoco puede haber offside existiendo la intención deliberada (a criterio del árbitro) de NO jugar; y si al delantero que está offside no se le consiente que anule la infracción echándose atrás,

creo que del mismo modo no se le puede consentir al defensor que sancione un offside echándose hacia adelante. Eso es tan elemental como que, aunque el arquero pueda botar la pelota (por letra) todas las veces que quiera, está faltando a la ley de lealtad de juego cuando se vale de aquel derecho para quitarle al adversario su derecho de jugar. La jugada de offside debe tener el mismo intérprete. Lo que está ocurriendo con ella no es otra cosa que una burla consentida por esa «jurisprudencia doméstica» con que los árbitros procuran «durar y pasarla bien», en este caso, sumándose a los muchos embusteros que pretenden hacer del fútbol un juego de piezas de pizarrones. La ley rechaza todo lo que siendo legal vaya en contra de ella.

X

EL BOXEO

En sus días finales en la profesión, cuando ejercía la jefatura de deportes en La Prensa se dio el gusto. No publicaba noticias de boxeo. O, si no tenía otra opción que la información llana (un título del mundo), lo llamaba homicidio legalizado. Siempre tuvo una postura clara respecto a esta actividad que él no consideraba deporte. Creía que si se publicaba alguna información, esta debía ir en las páginas policiales de los medios escritos.

Durante su paso como director de El Gráfico no permitió que ninguna tapa de la revista fuera ocupada por un boxeador. Esto pasa a ser un dato relevante cuando se conoce que a lo largo de la historia de la revista, el boxeo fue el deporte que más veces había ocupado la portada después del fútbol (recordar que era el segundo deporte en popularidad y que Luis Ángel Firpo era la persona que, hasta ese momento, más veces había aparecido en la tapa de la revista). Sin embargo, El Gráfico de Panzeri cubría la actividad del Luna Park y de las principales peleas. Esas páginas, Panzeri las vivía como una claudicación. Y cada vez que podía lo dejaba claro. Los Vigil, dueños de la Editorial Atlántida, se ocupaban de que el boxeo apareciera en El Gráfico. De hecho, uno de los que cubría la actividad pugilística era un descendiente de la familia Vigil, aunque firmara con seudónimo.

En Usted tiene la palabra, lector —el correo de lectores de la revista— contestó por esos días:

El Gráfico pretende atender los gustos deportivos de todos sus lectores (...) El boxeo está entre las preferencias de esa masa lectora. El Gráfico la satisface brindándole algo de lo que ella quiere, sin desmayar en cuanto a la esperanza de que ese mismo medio que nos permite llegar a esa masa será el que nos permita hacerle comprender a esa masa los riesgos que periódicamente señalamos del boxeo. Todas las trayectorias tiene sus etapas y, en esta de la comprensión del boxeo como deporte o crimen, aquella es una de ellas.

Cada muerte de un boxeador era la excusa para que Panzeri desde sus columnas abogara por la prohibición del boxeo. El caso de Benny Kid Paret ocupó las primeras páginas de la revista en varias ediciones sucesivas postergando a páginas más remotas a River, Boca o la Selección de fútbol. Pero lo de la muerte era una mera excusa. Reconocía que aprovechaba la ocasión, que la gente se mostrara sorprendida y conmovida, para intentar hacer escuchar su prédica. No concebía como deporte a una actividad cuyo objetivo primordial era la destrucción. Y las muertes no eran el principal inconveniente: el boxeo imbecibiliza. Destruye impiadosamente a quienes lo practican. No eran las muertes su mayor preocupación, sino esas vidas segadas de los que siguen vivos.

64. ¿HACIA LA LEY PARET? (PROHIBICIÓN DEL BOXEO)

El Gráfico, 06/04/62

El cuerpo vivo de Benny Kid Paret^[49] que sustentaba el cerebro muerto de Benny Kid Paret también ha muerto. Sobre su mortaja sigue la deliberación en busca de «el culpable». Todos tienen razones para excusarse, ciertas unas, no ciertas otras. Tiene las suyas el manager Manuel Alfaro. Tiene las suyas el juez del combate, Ruby Goldstein, quien declara ante la Comisión Atlética del Estado de Nueva York. Otros lloran. Como la madre de Paret, Máxima Crespo, y su hermano Antonio. Otros dicen a secas: el culpable es el boxeo mismo. Entre ellos, pero sin más palabras que las que pronuncia su silencio en estado de inconsciencia luego de la tunda recibida de Archie Moore, se oye el alegato del argentino Alejandro Lavorante. O el de centenares de pugilistas muertos en el *ring*. O el de millares de pugilistas idiotizados por el boxeo. Y se inicia un nuevo match, que esperamos no se reduzca al lapso comprendido por el furor-Paret: el de quienes intentan declarar al boxeo una actividad ilícita y el de quienes, necesitando de su negocio, se esfuerzan por presentar a Paret como una víctima de lo accidental que en todos los deportes puede producir una muerte; como una víctima de la deshumanización de una práctica; como el damnificado por la desatención de un juez o la gula de un empresario. ¿Venceremos los que pensamos que el boxeo mata e idiotiza por su naturaleza misma, por la regular obligación y necesidad de golpear el cerebro humano, que en otros deportes configura, efectivamente, lo accidental, pero en el boxeo es su esencia misma? ¿Triunfarán los cuantiosos materialismos necesitados de la continuidad del negocio; los prometedores de un futuro boxeo «saludable» al cerebro del hombre a favor de la colaboración del encefalograma (¿entre cada *round* y después de cada golpe?); los necesitados de que en la civilización no se excluya el derecho de matar hombres como fuente de consumo del sadismo de la humanidad? No; no creemos que la humanidad «ya» haya avanzado tanto como para atreverse a semejante proscripción. «Lesionaría muchos intereses». Además no hay para eso, entre tantos políticos encargados de producir leyes, los suficientes estadistas para arribar a una ley tan atrevida (como la del atrevimiento de impedir que se mate...). En nuestro país ni siquiera uno de los políticos, tan amantes de «ayudar» al deporte, tan frecuentemente presentes en los quehaceres de lo que no deben hacer, se ha levantado en función de que este caso le es de directa competencia a la salud pública que está obligado a preservar. Pero asomos hay de que el combate no-boxeo versus sí-boxeo puede propagarse más allá de los aislados proyectos de prohibición surgidos hasta ahora, «después de Paret», en los Estados Unidos o Costa Rica. El match está iniciado. Si al cabo de ese match la sensatez vence a los intereses, será del caso llamar «Ley Paret» a toda aquella

proscripción que termine de una vez con el derecho de matar a favor del placer de las multitudes por ver morir. Si al fin Paret lo consigue desde su mortaja, acaso la historia recoja su nombre como el de un benefactor —trágico benefactor— de la humanidad, no como una víctima más de la «necesidad» de arrojarle hombres al consumo de las fieras. ¿O cuatro, cinco, diez indemnes del boxeo que con mucho esfuerzo logran ubicarse pueden ser argumento de que el boxeo no mata a millares?

¿Escuchar a Paret o seguir arrojando carne humana al consumo de los leones?

¡Que lo piense el circo y se pronuncie el circo!

65. NINGÚN DEPORTE IDIOTIZA AUNQUE MATE: EL BOXEO SÍ

Así, 10/10/64

Desde el rincón donde pelea contra las cuerdas, el boxeo sigue estrechando su campo de autodefensa y ahora la apunta al hecho de que otros deportes dejan más muertos que el pugilismo. Aceptando como cierta esa realidad, y sin cuestionar en cómo muere un atleta, si por accidente o por intrínseca exigencia de la actividad; y cómo muere un boxeador, si por normalidad o por accidente... queda la pregunta: ¿Hay algún deporte que no sea el boxeo que deje mentalmente anormales a quienes lo practican?

Estando yo en Europa, en Buenos Aires murió el boxeador Adrián Servin de resultas de golpes recibidos en un combate.

Me informaron de los esfuerzos que sin disimulada desesperación realizaron muchos interesados en darle vida al boxeo, para sostener que la muerte de Servin «no era imputable al boxeo». Me contaron que por televisión, vehículo por el que muchos vieron morir a Servin, llegó a casi negarse la misma imagen que se estaba emitiendo, con esta original afirmación: «Como ustedes lo han visto, el boxeo no tiene nada que ver con esto; el boxeador se desplomó estando en su rincón».

Me informaron también que entre aquella misma desesperación de los defensores del boxeo, había en los corrillos del Luna Park (NO DE LA EMPRESA Luna Park) una fuerte descarga de epítetos dirigidos a mi persona... POR LO QUE PODRÍA DECIR YO CUANDO VOLVIERA. Reclamo el derecho a dejar sin vigencia esos epítetos, porque no me ocupé, ni pienso ocuparme, del fallecimiento de Servin como un elemento de prueba sobre la mortalidad por efectos del boxeo.

Insisto en mi posición tomada hace varios años: el índice criminal del boxeo importa esencialmente por el caudal de muertos con respiración que deja, no por lo muertos con tumba que arroja.

Alrededor de ese punto seguirá girando mi posición. Posición que, ruego de quienes la califican como respondiendo a «intereses creados», me interesaría saber a qué tipo de interés que no sea humano puede responder. Por estar en ella, no soy mejor pagado por nadie, ni recojo simpatías. No estando en ella, mi actividad profesional tendría la misma remuneración y acaso sería menos antipático de lo que soy.

Contradictoriamente, quienes defienden el boxeo acusan a quienes lo atacan de estar «defendiendo intereses creados». ¿Qué otro interés puede haber en este juego que el del negocio mismo de la explotación del boxeo? El boxeo vuelve a alzar la guardia de su combatividad con el argumento de que otros deportes tienen muertos como él.

Elude arteramente la pregunta mil veces formulada y nunca respondida: ¿Hay algún deporte, entre los que tienen muertos, donde la muerte tenga implicancia con su objetivo y esencia, como en el boxeo? Un muerto en automovilismo es el fruto de un accidente. Teóricamente el automovilismo está hecho para no matar. Un muerto en el boxeo es el fruto de su intrínseca necesidad como deporte: ablandar la estructura física-mental del adversario.

También se muere por vivir, como que morimos por años acumulados. También se muere por trabajar, como que morimos en un accidente de trabajo. También se muere por practicar o ver un deporte, como que muere un espectador al que se le precipita un automóvil, o una maestra de Santiago del Estero que, en la pista de Unión de Santa Fe, realiza un curso de educación física y recibe en la cabeza el martillo lanzado por el atleta Luis Grazieli (Santa Fe, 1.º de octubre de 1964).

¿Pero qué deporte, fuera del boxeo, ofrece EL NATURAL Y NORMALÍSIMO RIESGO DE QUEDAR IDIOTA? Se argumenta que los traumatizados mentales del boxeo, los pacientes de «borrachera de boxeador», «no son tantos como la gente dice». Admitamos que así sea. Que no sean tantos. ¡PERO SON! ¿Y si ese tipo de enfermo por acción deportiva ÚNICAMENTE es producido por el boxeo, cómo podemos desestimar a la acción boxística como peligrosa, bajo «reglamentaciones humanizadas» que no eliminan aunque atemperan la acción IMPLÍCITAMENTE AGRESIVA del boxeo?

¿O es que ahora ha de regir la calificación de los riesgos, la argumentación de que los muertos en el boxeo no son 500, como dice el diputado que quiere prohibirlo, y sí 409 como indicarían las informaciones que poseen los defensores del boxeo? ¿Supone esto último que hacen falta 91 muertos más para que el boxeo constituya un problema humano?

Para un médico de nota, el boxeo también es campo de especulación ajena a su sacerdocio. El doctor Raúl Matera sostiene que el boxeo es lícito porque se lo practica desde los tiempos de la antigua Grecia. Eso impone su «humanización», aunque bajo ningún concepto las propuestas reglamentaciones humanizantes hayan demostrado hasta ahora que EL BOXEO DEJE DE SER VEHÍCULO DE GOLPES EN LA CABEZA DEL HOMBRE.

La asociación de un nombre de la gravitación de Matera al de los adictos al boxeo ha dado pie a otro argumento muy rebuscado: «Hay muchos médicos que gustan del boxeo... y los médicos no lo apoyarían si hiciera mal».

Esto me presenta refrescado un reciente caso: Mauro Mina, boxeador peruano. Es conocida, por referencias llegadas de Perú, la lesión de Mauro Mina en uno de sus ojos. Aquí Mauro Mina pudo pelear con Peralta, debidamente «autorizado». ¡Autorizado por médicos! ¡Pero no autorizado por médicos que, en un terreno de especialización concreta con su lesión, dijeron que MAURO MINA NO DEBE COMBATIR! Esos médicos fueron los mundialmente acreditados oftalmólogos argentinos doctores Salleras y Malbrán. A Mina lo autoriza uno de esos médicos que

sin especialización en oftalmología y neurología... ¡es convertido en árbitro de la capacidad humana para el boxeo! Y los oftalmólogos y neurólogos lo rechazan como apto para boxear. Aclaro: los doctores Salleras y Malbrán no registraron en parte alguna su oposición a que Mauro Mira combatiera con Peralta. Pero desafío a que me muestren LA APROBACIÓN ESCRITA de esos mismos oftalmólogos (no traumatólogos y ortopedistas, como algunos médicos «especialistas» en autorizar combates). Salleras y Malbrán no rechazaron a Mina por escrito, pero tampoco lo autorizaron mediante ningún documento de su responsabilidad. Yo sé que lo rechazaron verbalmente.

La argumentación en pro del boxeo, que se apoya en el hecho de la aprobación que le brindan algunos médicos, me resulta así tan infantil como la objeción a que condenen al boxeo quienes «nunca fueron vistos en un *ring* y no pueden hablar de boxeo».

Y si quienes condenan al boxeo y piden que se prohíba son quienes ESTUVIERON SOBRE LOS *RINGS*, como los expugilistas Eliseo Antonio Escalada («ASÍ» 28/08/64) o Ricardo González, «Gonzalito» («ASÍ» 09/10/64)... eso será objetado con el argumento de que «los que ganaron plata en el boxeo no pueden estar contra el boxeo». (¡Cuidado con que una prostituta se arrepienta de sus desviaciones o un delincuente decida vivir en la decencia!). Este hecho lo documenta «CRÓNICA» del 08/10/64.

Y no sé cómo llamar, si infantil o estúpido, al alegato de que el boxeo es un problema que no debe tocarse habiendo otros muchos más importantes que no se resuelven.

En cambio no es infantil, ni es estúpido, pero sí es macabro, que ante un muerto por el boxeo se haga demagogia humanitaria con comunicados de pseudohumanidad: «pagaremos todos los gastos de entierro y ayudaremos a la viuda».

Es un sadismo muy boxístico: las víctimas del boxeo son héroes de una causa: ¡la del boxeo!

Y a manera de rehabilitación de la causa se insiste en que los muertos son muy ocasionales pero —como dijera Eduardo Lausse, ahora periodista— la calle está llena de tarados que no fueron boxeadores.

Eso es verdad. Muchos débiles mentales no fueron pugilistas. Pero muchos débiles quedaron tarados junto con aquellos después de haber sido pugilistas. ¿Calicchio, Pascual Pérez etc., no son víctimas del boxeo? ¿Están «bien»?

Un diario muy defensor, o menos prescindente, del problema del boxeo, como «EL MUNDO», publicó el 09/10/64, bajo el título «Eso de hablar sin ser sentido», el siguiente diálogo registrado en una entrevista de televisión:

GALÁN (reportero): ¿Cuántas peleas tiene en su haber?

CIRILO GIL (es boxeador «salvado»): Trescientas.

GALÁN: ¡Trescientas peleas tiene Cirilo Gil y observen ustedes cómo el hombre coordina!

Tras una acotación de Aldrovandi (manager) de que «no todos los boxeadores terminan locos», el reportero agregó: «Yo conozco muchos locos que son boxeadores».

Son muchos los pormenores de este combate que no podrían tomarse en serio, y menos en consideración, si no fuera porque quienes apelan al ridículo, especulan con la proclividad de una gran masa ciudadana predispuesta a tomar en serio y en consideración a las ridiculeces. Y, con ello, surja la necesidad de que las recojamos quienes no creemos que lo ridículo pueda ser serio. Pero al mismo tiempo sentimos la necesidad de llenar la misión contraria a los intentos de lo ridículo por ser serio.

Con una argumentación parecida a la de que el boxeo no daña porque Cirilo Gil ¡todavía coordina mentalmente!... se hace la defensa de la inocuidad pugilística preguntando cuántos cientos de miles de hombres practicaron boxeo durante los 64 años de este siglo, que arrojan 409 muertos según una versión y unos 522/526 según las constancias que tengo yo, emanadas de la revista «THE RING». Si sobre mil millones de habitantes en las cárceles solamente hay 100 mil señalando el índice de la delincuencia... ¡podría deducirse que la delincuencia no es un problema de la humanidad!

Otra cosa retorcida unas veces y ocultada en otros casos con desleal especulación: las medidas prohibitivas de los deportes peligrosos.

¡Datan desde la más primitiva civilización humana! No empiezan con este intento abolicionista del boxeo. Desde Las Cruzadas, pasando por el Lacrosse, terminando por las riñas de gallo o las corridas de toros, la civilización viene prohibiendo deportes peligrosos desde los días de su barbarie. El boxeo YA FUE PROHIBIDO MUCHAS VECES dentro de las distintas formas que ha tenido el boxeo antes de llegar a su actual forma de «Homicidio humanizado». Con guantes, con protectores, con limitaciones de tiempo de los combates, con encefalogramas o con Ley Padilla.

Desde los días en que el boxeo se practicaba con una especie de CLAVIJAS en los puños, sujetas a unas correas, para hacer «más efectivos» los impactos, pasando por los tiempos en que los combates eran a «finish».

Desde esos tiempos el boxeo viene siendo arrinconado contra las cuerdas por la civilización que no quiere morir ni despedazar a nadie bajo acuerdos de licitud previa del acto de matar o idiotizar. Que es el caso del boxeo, no la única actividad que produce muertes, pero sí la única donde la destrucción del hombre por el hombre está convenida en curiosa oposición a las leyes que prohíben matar o torturar delincuentes.

Ese asedio de la civilización contra el boxeo ha ido reduciendo cada vez más el rincón donde el boxeo apela a sus últimos manotazos para justificarse. Pero la historia está señalando que ya se lo ha prohibido muchas veces y que este es el último rincón que le reserva su autojustificación. Los guantes no se pueden ya humanizar en mayor medida, los golpes no se pueden hacer menos ofensivos, y he allí la desesperación del arrinconado. Sabe que si hasta ahora pudo sobrevivir con retoques

que lo llevaron desde los puños con clavos hasta los mullidos guantes de ocho onzas, de ahora en más la transacción ya es imposible: o subsiste como está, o desaparece. Porque las llamadas «reglamentaciones humanizantes»... ¿qué pueden alterar respecto de lo que hoy sucede con el hombre traumatizado por los golpes al cerebro? A menos que se establezca, así como hay una línea baja prohibida, otra línea alta prohibida: del tórax para arriba no podrá pegarse. Habrá que limitarse a boxeo de esgrima de golpes limitados al área del tórax. ¡Y eso no le gusta al boxeo porque en tal caso no sería boxeo! La proposición ya ha sido hecha y nunca aceptada. Parece que el acto de «**templar el espíritu y el carácter de la juventud**», o el de ayudar a los analfabetos a aprender mediante los golpes de puños... necesita imprescindiblemente de los puñetazos a la cabeza. Estimulan a aprender a los analfabetos, como dijera el traumatólogo y ortopedista doctor Defilippi Novoa, paladín de la ciencia médica defensora del boxeo en la Argentina. «Autoridad científica en la materia». Los neurólogos no son autoridad. Un traumatólogo, sí lo es...

Mucha mayor autoridad para opinar sobre el tema tiene Raúl Matera. Es neurocirujano. Pero Matera ha dicho, EN DEFENSA DEL BOXEO: «**O se lo legisla o se lo suprime**». Lo que convierte a la defensa del boxeo en el reconocimiento del ataque al boxeo, puesto que está reconociendo sus implicancias nocivas.

Difícilmente el boxeo sea suprimido en la Argentina, al menos mientras no lo prohíban «países más importantes que Bélgica e Islandia». Estos dos lo tienen prohibido según consta en la revista «MD» (edición española) del mes de marzo de 1964.

Es muy clara la especulación política con la no prohibición. Prohibir el pugilismo sería peligroso para inflar urnas.

La especulación alcanza a los propios prosélitos del partido del diputado nacional que auspicia la prohibición.

Que no vacilan en sumarse al núcleo de estúpidos que señalan como «buscando publicidad personal» a quien osara hablar de abolir el boxeo. Porque según NUESTRA manera de ser... todo quien intente romper nuestra manera de ser... «se quiere hacer propaganda». Razón por la que la mentira fortalece a diario su propaganda en todos los terrenos. La mentira es impersonal. Las conductas tienen que ser personales. He allí abierto el camino para la impugnación de «publicitaria» a toda actitud personal honesta que combate la deshonestidad. Después lloramos la muerte de Servin o las frecuentes evidencias de que vivimos engañados. ¡Pero cuidado con romper nada: será «buscar propaganda»!

66. EL GRÁFICO Y EL BOXEO

El Gráfico, 30/03/62

Con la claridad con que lo decimos hoy nos hemos expedido otras veces. El Gráfico considera que el boxeo debe ser sencillamente colocado fuera de la ley. Universalmente prohibido. No admite que en la sociedad se pueda seguir tolerando esta destrucción legalizada del hombre, de muchos pobres hombres en muchos casos. No aceptamos que pueda **concederse el derecho del derecho a hacerse matar**, si es que el problema fuera de autodeterminación y no de explotación de unos a otros.

Pero el lector pregunta:

—¿Y por qué El Gráfico registra en sus páginas las actividades boxísticas?

El Gráfico registra esas actividades porque El Gráfico puede estar en contra de una manera de vivir, de una actividad legal por cuya proscripción postula, pero el hecho de estar en contra de ella no significa que pueda negar la existencia de esa actividad como parte de un movimiento sin duda masivamente importante al que podemos decirle que disentimos de sus inclinaciones, pero que no podemos sustraerle el derecho de ver en nuestras páginas los pormenores de la actividad por la que se interesa, en la medida y frecuencia que a nuestro juicio corresponda a su importancia. Es, en suma, el propio público, con su paulatino convencimiento de la masacre humana del boxeo, quien determinará que de estas páginas se extirpe una actividad que El Gráfico considera que debe ser extirpada. Pero que El Gráfico no puede negar que existe como uno de los males que dentro de nuestras posibilidades procuramos desterrar. El Gráfico no se hace exclusivamente con lo que nos gusta. Básicamente se hace con lo que sucede. Nuestra misión es la de espejos de cuanto sucede y en segunda instancia la de orientadores de cómo eso debe suceder. En eso estamos.

XI

DE OTROS DEPORTES

Panzeri está enamorado perdidamente del deporte. Es su lugar sagrado. Su amor es incondicional pero no indulgente. Está dispuesto a sacar a cadenas a todo aquel que intente profanarlo.

Si su firma se fue haciendo conocida gracias a sus coberturas de las grandes vueltas ciclísticas y de los campeonatos nacionales de natación, también mostró su profundo conocimiento de las demás disciplinas deportivas desde su primer programa radial, Peña deportiva, en el que explica reglas, técnicas y mejores exponentes de disciplinas deportivas que en esa época no gozaban de gran popularidad.

Si la mayor parte de su carrera se dedicó a hablar principalmente de fútbol, también se fue ocupando de los grandes hechos deportivos de su tiempo. Su cobertura de los Juegos Olímpicos de Roma 60 o de los Juegos Panamericanos de 1955 son proezas de conocimiento y esfuerzo —era el único enviado y cubría la totalidad de los eventos.

Si la hipérbole es tan característica del deporte y está tan instalada en nuestro hablar cotidiano, Panzeri sólo la utiliza para destacar lo negativo, los aspectos y personajes nocivos del deporte. El énfasis prefiere situarlo en lo equivocado y en lo ilícito. Esquiva la posibilidad del elogio hiperbólico porque desea destacar lo que merece realce, nada más. Porque si ante cada hecho o logro menor se celebra exageradamente, en el momento en que ocurren los eventos importantes se confunden con (o quedan bajo el ruido de) los eventos banales.

Supo apreciar la nobleza del rugby y el fair play permanente e intrínseco del golf. El éxito internacional de algunos deportistas individuales argentinos no lo cegó. Siguió viendo su talento, sus méritos y esfuerzo pero no pudo dejar de destacar cuando sus conductas no eran las correctas. A Juan Manuel Fangio le remarcó siempre sus aceitadas relaciones (y por ende con los consabidos beneficios) con cada gobierno de turno sin importar el origen, la legalidad o el signo político de los gobernantes.

El ciclismo fue otra de sus pasiones. Se puede leer la admiración que sentía ante un campeón como Fausto Coppi. Y su único cargo público lo ocupó como interventor de la Federación ciclística tras las investigaciones que en 1956 encaró el gobierno de la autodenominada Revolución Libertadora. Los militares que habían logrado deponer a Perón iniciaron una gran cantidad de investigaciones sobre lo actuado durante la década anterior. La correspondiente al deporte fue la Comisión Investigadora número 49. Se prohibió la actuación de numerosísimos deportistas alegando que eran profesionales y que habían violado el principio del amateurismo que regía en la mayoría de los deportes. A los campeones olímpicos, los campeones mundiales de básquet o casos puntuales como la tenista Mary Terán de Weiss (a quien se la señalaba como uno de los amoríos de Perón) se les prohibió ejercer toda actividad deportiva y se los inhibió para las diferentes competencias internacionales, en virtud de haber recibido —por sus triunfos— casas, autos o permisos para

importar bienes por parte del gobierno nacional.

La Comisión Investigadora frustró unas cuantas carreras deportivas pero su actuación no tuvo mayores consecuencias desde el punto de vista legal o patrimonial. Los bienes interdictos fueron liberados. Algunos muy rápidamente, como los de Fangio cuyos problemas y las sospechas de «peronismo» que recaían sobre él se evaporaron apenas consiguió un nuevo triunfo en Europa. Otros tardaron dos años en conseguir tranquilidad. Para ellos, en muchos casos, lo mejor de su carrera deportiva había quedado atrás.

Además de la Comisión Investigadora 49, el nuevo gobierno de facto dispuso la intervención de varias federaciones deportivas. La tarea de Panzeri como interventor del ciclismo duró un año. Logró poner en funcionamiento nuevamente el velódromo, investigó casos de corrupción y saneó las cuentas. Dejó un informe de más de sesenta páginas que es de una minuciosidad absoluta y detalla cada investigación realizada, cada erogación, cada sanción, cada medida adoptada. Desempeñó el cargo ad honorem.

67. L'INTRAMONTANZA DI COPPI (INMORTALIDAD DE FAUSTO COPPI)

El Gráfico, 13/01/60

Agrada porque se advierte que no está esforzándose para agradar. Las piensa y las dice. Las dice con suavidad, pero con fuerte convicción.

Puó restare antipático par lare cosí, aclaró antes de entrar de lleno en su lenguaje de exquisita franqueza, en su lenguaje tan desprovisto de prejuicios como provisto de tranquilidad en cuanto a la buena intención que ponía al decir lo que podía parecer «duro».

Un «campionissimo», pero algo más que un simple hombre físicamente superdotado. Su cabeza contiene algo más que la inteligencia de un ciclista.

Me soltaba de manos, miraba para atrás y tenía la convicción de que yo hacía lo que quería con todos mis adversarios (imagen que él mismo hiciera de aquel su gran año 1952, mejor dicho uno de los grandes años de Fausto, porque 1949... bueno, bueno).

Un campeón que dejó en nosotros huella de agradable ciudadano.

Le preguntamos en medio de la charla, así, a quemarropa, sin rodeos, de qué campeón o de qué manager había aprovechado él consejos o ejemplos para llegar a lo que llegó. Nos miró sin vacilar. Nos miró como estudiándonos «la facha» para saber si podríamos comprenderlo. Y soltó la respuesta, firme, propia de quien tiene una convicción puesta a remache y atornillada encima:

—Nada de nadie. Más bien hice siempre lo contrario de lo que me dijeron, como cuando fui el mismo año al Giro y al Tour, como cuando corrí 6 Días... Y entre los que me aconsejaron había mucha gente de gran saber, de mayor saber que yo. Pero yo pienso que los consejos no tienen otra transmisión posible que la de la palabra. De allí a que se los pueda trasladar a los actos de otra persona hay mucha distancia. De nada les valdrían a los que hoy se inician los consejos que yo pueda darles. Es muy relativa la posibilidad de que un campeón pueda ser buen entrenador. Hace falta que también el alumno sea campeón.

—¿Si tuviera que empezar de nuevo haría exactamente igual que cuanto hizo?

—La vida de nadie es perfecta, ni aun la de los hombres más perfectos.

Todos tienen algo de qué arrepentirse, algo de lo cual decir que no lo harían otra vez. Yo no me arrepiento de ninguno de mis errores.

Fausto solo lamentaba no haberse puesto bajo constante vigilancia médica desde su primer momento de corredor. «Recién me acordé de hacerlo a los 33 años». «Al fin de cuentas, lo que se llama experiencia no es otra cosa que el cúmulo de errores de una vida».

—¿Puede el campeón que nace hacerse campeón comiendo y viviendo como

cualquier ciudadano?

—No. El campeón, el atleta superlativo, no podrá serlo nunca viviendo y comiendo como el grueso de la masa. Llegar a campeón es tener que saber, primero, sufrir, sufrir muchísimo; entrenarse como quien trabaja muy intensamente, o más; alimentarse mucho mejor que la generalidad; vivir desintoxicándose permanentemente; refugiarse bajo la ciencia médica.

—¿Y el entrenamiento?

—Yo no lo conozco. Yo solo conozco el lenguaje de andar siempre, de no pararse nunca, sea corriendo, sea fuera de competencia.

—¿Aquello de que la función hace al órgano, entonces?

—Exacto: pedalear, pedalear y pedalear. Yo me reía cuando oía a críticos y técnicos hablar de que estaba o no estaba entrenado. Yo estuve siempre entrenado.

—¿Hasta cuándo piensa seguir corriendo?

—Soy un trabajador de la bicicleta y trabajaré hasta que pueda hacerlo honorablemente.

Todo esto que termina usted de leer está extractado de una nota particularmente querida por mí. (*El Gráfico* N.º 1999, 03-01-1958). Querida por el personaje que la gestó, el «campionissimo» al que de una u otra manera llegamos a idolatrar todos quienes hayamos estado en el deporte de las dos ruedas; querida por haber estado con él, habernos mutuamente franqueado y (esto es casi íntimo pero permítaseme decirlo en aras de un homenaje póstumo que quiero brindarle) por habernos entendido tan bien, pero tan bien... en infinidad de conceptos físico-técnicos del deporte, que aquella tarde me sentí feliz. Mi felicidad era muy simple, muy personal, porque me decía a solas: «Estuve en lo cierto de lo que pasaba en Coppi todas las veces que analicé sus problemas sin conocer a Coppi» (Fausto me había dado pormenores notablemente coincidentes de mis argumentaciones ante una de sus muchas «decadencias», que recordaba y recuerdo haber titulado: «Contra la rabia, su propio virus». Y nos habíamos hecho casi amigos, tanto que Fausto quiso que habláramos otras veces de lo que a él lo apasionaba tanto como a mí: alimentación, preparación, conducta general de vida). Querida también aquella nota porque alejado yo de las páginas de ciclismo, Félix Frascara me pidió que lo mismo la hiciera y ella le gustara mucho a Félix. Y querida porque Fausto la estimó muchísimo, según referencias confidenciales que luego me llegaron. Permítase a un periodista ser receptor de estas sensaciones como le está permitido a cualquier ser humano sentir las...

Pero al margen de aquella breve disquisición personal, a la que también tenemos que tener derecho **alguna vez** los humanos que hacemos periodismo... ¡cuántas cosas importantes, estrepitosamente ciertas, como su vida y sus victorias, dijo aquella tarde Fausto Coppi en el Hotel Claridge de la calle Tucumán!

Allí están algunas, no podríamos asegurar que las principales, porque hemos pasado por alto la extensa referencia (por eso recomendamos releer aquel reportaje) que Fausto tuvo LA VALENTÍA, LA FRANQUEZA, LA HOMBRÍA de hacer

respecto del nunca bien interpretado problema de los estimulantes en la ARTIFICIAL vida del ciclista.

El recuerdo de Fausto Coppi queda para nosotros más firme que en ninguna otra parte (y es lógico, compréndase que es lógico nuestro caso) a través de ese hombre todo corrección pero todo sinceridad, sentado en un mullido sillón del hotel y soltando generosamente de sus labios todo lo importante que en esos labios ponía el ciclista sin igual que estaba debajo de su elegante traje «burgués».

Nos parece más importante ese hombre que el ciclista que aplastó con sus pedales a todos los picos montañosos de Europa y a todos los promedios del mundo... porque esa tarde estábamos ante el hombre intelectual y deportista, que nos pareció mucho más valioso que el sin duda invaluable hombre ciclista o deportista (que no en todos los casos es intelectual...).

Ese hombre nos decía esa tarde que él, el hombre, HABÍA SIDO, ya no era el mejor ciclista del mundo. «Fui». «Me queda lo que fui». «Eso soy: lo que fui». Su predestinación a lo estrepitoso, que también debe entenderse por fugaz, ese su designio a vivir de desgracia en desgracia en proporción equivalente a los éxitos retumbantes que siguieron a aquellas... se lo ha llevado de esta vida justamente dos años después de pronunciar aquellas palabras en un hotel de la calle Tucumán, entre Florida y San Martín. Y ahora Coppi es enteramente dueño de esa verdad: fue, fue, fue... Ya no es. ¿Pero quién no es? Ha dejado de ser el hombre intelectual que admiramos y estimamos. Ha dejado de ser porque hasta para ser totalmente Coppi su existencia parecía reclamar un broche así, como el de su hermano Serse (muerto en una rodada en el final de una prueba ruterá), como el que tantas veces Fausto le negó al Destino reincorporándose de caídas por las que pasó toda clase de fracturas, desde el cráneo hasta las caderas, pasando por los brazos y espina dorsal. Ese hombre, efectivamente, fue, ya no es.

Pero es ahora su nombre el que más que nunca ES, sigue siendo (y suponemos que por mucho tiempo) el del mejor ciclista, el del ciclista más completo que haya producido el mundo en todas las épocas. ES eso ahora, más que en vida, porque aun activo en pistas y circuitos (con menos intensidad en rutas) restaba por conocerse el punto terminal de su inigualable trayectoria —pero por eso mismo aún expuesta al desteñido de una decadencia— para solo entonces poder decir la crítica: «Esto es lo hecho por Fausto Coppi y esto es lo que Fausto Coppi dejó de hacer o hizo mal». Como si su paso por la vida no hubiera tenido otro objeto que el de reunir un «palmarés» normal de 25 años de actividad (entre asomo al ciclismo y despedida del ciclismo). Fausto Coppi se ha ido de este mundo a los 40 años como para hacer cómo do y anticipado aquel balance. Como diciendo: «Con lo hecho me basta». Y lo hecho le sobra para que ahora, aunque no del hombre, sí podamos decir del nombre que ES el del más grande ciclista de todos los tiempos. Terminada ya a ciencia cierta su campaña —«como si su vida no hubiera tenido otro objeto que una campaña ciclista»...— nada hay en pie (Coppi no dejó muñeco sin derribar) que pueda

postular su trono. Y así, vació ese trono, Fausto Coppi ES el nombre del más grande ciclista de todos los tiempos.

Y FUE el más interesante hombre ciclista que hayamos conocido, porque cuanto nos habló constituyó un lenguaje intelectualmente único entre los hombres de su profesión, cuanto hizo sirvió y servirá por muchos años para oxigenar el fuego de una pasión que mueve industrias, alimenta pueblos, mantiene periódicos, guía los sueños de muchos jovencitos como este, que naciera (para regresar 40 años más tarde) un 15 de septiembre de 1919 en Castellania (Piamonte), o sencillamente hace feliz a un pueblo que por ser latino es soñador, es romántico y ama el celeste... El celeste eterno de la bicicleta «Bianchi» de Fausto Coppi. ¡Todo eso ha hecho —y por eso ES, como los inmortales— Fausto Coppi en su vida..., además de ganar tres campeonatos del mundo (uno de ruta y dos de persecución), 9 campeonatos de Italia, 5 Giros d'Italia, 2 Tours de France, 5 Vueltas de Lombardía, 2 Milán -San Remo, un récord del mundo de la hora (que resistió 15 años), más de 300 carreras de ruta y pista y una inmensa vitrina de distinciones de todos los pelajes!...

Y por si fuera poco: haber roto el mito (y ser EL PRIMERO Y ÚNICO) de la imposibilidad física del doble esfuerzo de las Vueltas de Francia e Italia en un mismo año... ganando las dos... en el doble intento de ese doble intento... La crueldad deportiva de Fausto Coppi para quien ambicione superarlo... no pudo ser mayor. SOS, Fausto... ERES, Fausto, ERES...

68. EL FUTBOLISTA DE VICENZO

Análisis, 24/11/70

Cinco veces en mi vida tomé un palo de golf. A la pelota nunca le pude pegar. ¡Y la maldita estaba allí, quietita! No como en el fútbol, que es diez veces mayor y nunca se pone mansita como la del golf. El golf es absorbente y seductor como una hermosa mujer. Con una ventaja (para el golf): lo sigue siendo después de los 60. Tiene todo lo exigido al deporte. Lo que no tienen el ajedrez y el boxeo. Aire libre. Ducha postera. *Fair play* ineludible. Cultivo físico y mental. Recreación y tensión competitivas. Alegría y enfado (este último nunca con el adversario). Filosofía y leyes ultrademocráticas. Por si todo eso no bastara: tanto puede ser la más acabada expresión del *amateurismo* más puro, como del profesionalismo más industrializado. Pero invariablemente, en los dos casos, *juego limpio*. No admite otro. Creo que es el único deporte cerrado a las malas personas. Casi todos los deportes sufren una decadencia. Moral casi siempre. Aun el *rugby*. El golf progresa. Al margen de su rótulo *amateur* o profesional. Progresa porque produce, o exige, buena gente. Buenas personas. Progresa porque genera gente que llega a *ser mejor*. Los otros deportes están demasiado absorbidos por la ambición de *estar mejor*, hasta el más materialista (De Vincenzo es uno de ellos) *es señor*. Antes que estar, *es* (mejor). Valga el memorable episodio (tarjeta) del Torneo de Maestros de Augusta, en abril de 1968. Allí De Vincenzo, al perder como señorazo, ganó lo que pocos ganaron ganando. Valgan los reversibles ejemplos de Alberto Abel (*¿o Caín?*) Magnín, en enero de 1962, en Mar del Plata; o de Oscar E. Cella en octubre de 1965 en Buenos Aires. Estos dos últimos adulteraron sus tarjetas. Perdieron ganando. Nada, ni nadie, ha podido desvirtuar en el golf la doctrina eterna del deporte: *juego de amigos*. A todo esto, estoy advirtiéndole una cosa: que no debo ser yo el *descontento con todo* ni el *resentido social* que en mí se señala porque futbolísticamente siempre protesto. Aquí descubro que, además de Pelé y Vélez-Amalfitani, también *me viene bien y sé hablar bien...* del golf y de De Vincenzo. Se repite lo que me pasa con Pelé y Vélez - Amalfitani. Con las causas nobles nunca me peleo, por eso con el golf soy *hombre bueno*.

Este frangollo fútbol-golf-fútbol, no es automatismo de la futbolizada máquina que utilizo. Tenía ganas de meter baza con este tema, con la misma humildad que un sordo en un concierto de Tchaikovsky. Para esto: ¿dicen que el fútbol, el deporte en general, se ensaña y se aprende? ¿De dónde aprendió De Vincenzo? ¿De dónde salen los mejores golfistas? ¿De las horas de clases pagadas a insignes profesores o campeones? De Vincenzo era *caddie*. Fernández era *caddie*. Infinidad de campeones de golf son fruto de la tarea de fámulos con una bolsa al hombro. Nadie les enseña. Les enseña el juego. Claro está: previa decisión biológica de sus madres. Los que

alquilan maestros no llegan a campeones. Y esto ocurre en un deporte que además de ser individual y sin oposición directa, se hace con concentración y silencio casi impropios del rumor deportivo natural de la lid deportiva. Y con la pelota quietecita, mansa. Asustada por un *garrote*. Como que es arte y no es ciencia, no hay quién enseñe a *jugar* al golf. Apenas quienes enseñan su técnica. Jamás su *juego*. Lo mismo que en el fútbol. ¿Y me quieren convencer de que eso es posible con el fútbol, donde juegan 22, además de un 23.º participante llamado pelota, en permanente rebeldía con todos ellos? Que aprendan a jugar al fútbol, como De Vincenzo: *jugando*. O que recuerden cuántos jugaron con y contra Pelé... Y cuántos aprendieron de Pelé y de De Vincenzo lo que únicamente las madres de ellos sabían. Pontoni, Boyé, Basso, reciben lecciones de golf. Son «troncos». Maestros puede haber de ciencias, tareas estáticas. Jamás de artes dinámicas como los *j-u-e-g-o-s*. El maestro está en la escuela con la tiza. En la panadería con la pala. En el *juego*, al *juego* lo enseña el *juego*... es porque no puede enseñar. Por eso elige... a los nacidos. Zubeldía lo puede elegir a De Vincenzo. Pero no enseñarme a mí. Y De Vincenzo no puede manufacturar campeones entre sus alumnos. Para el arte hay genios; no maestros como en las ciencias.

¡Y la maldita estaba allí quietita!

69. FANGIO Y LA POLÍTICA

La Opinión, 31/03/74

La noche que se aprobó la Ley del Deporte en Diputados, se produjo (ya era la madrugada del jueves 20) algo que la prensa poco destacó no sé si porque era hora de dormir o porque aún es hora de callar. Pero yo, que allí estaba y lo oí con mis orejas y las de mis testigos, puedo testimoniarlo. Como último orador del tratamiento de la ley citada, habló el presidente del Bloque Frejulista, señor Pedrini, que de pronto despertó a la semidormida auditoría afirmando:

—**¡Fangio es un traidor!**

Fundamentó su aseveración diciendo que Fangio había renegado de la ayuda de Perón, había rehuido a Perón cuando estando Perón en Caracas le tocó a Fangio competir allí, recordó que Fangio había declarado que nada le debía a Perón, etc., etc. Y todo eso lo dijo —según aclaró— para distinguir al deporte sano del enfermo. «**Esa es la cara (Fangio) del deporte enfermo**», dijo Pedrini, «**y esta ley va dirigida a aquellos deportistas que hoy piden limosna por la calle**». (¿¿??).

Fangio fue campeón del mundo con **los autos** (varios) que las fábricas que lo contrataron decidieron que utilizara, no con el que le compró Perón, como dijo Pedrini. Tito Vázquez, Gamboa, Guzzi, Sojit lo pueden atestiguar. El segundo error de Pedrini fue llamar a Fangio traidor. Y quiero aclararlo bien: yo no soy ni quiero ser defensor de Fangio, ni esta nota pretende defenderlo. Fangio no es traidor, porque la norma de vida de Fangio es de una cerrada lealtad para consigo mismo. En esa cerrada lealtad, a Fangio le resultan buenos sus tratos con todos los gobiernos que pueda tener un país. Y los tuvo. Aceptó medallas a la lealtad de Perón en los 17 de octubre y aceptó honores y favores de todos los demás gobiernos que se los quisieron brindar. En el mejor de los casos debiéramos decir que Fangio es... Fangio.

Si como movimiento político el peronismo considera que esa condición de Fangio no merece su apañamiento, creo que tal determinación (o mejor dicho, la de Pedrini) es la más honesta, la más sincera, la menos hipócrita, entre todas las hipócritas que precisamente utilizaron todos los gobiernos anteriores a este de Perón en el constante idilio con Fangio. Desde Lonardi a Lanusse, todos creyeron que Fangio era «usable» porque lo había usado Perón. Y ese es realmente el calificativo preeminente (y prominente) que hay que aplicar en las relaciones Fangio-Gobiernos, por encima de los beneficios personales que admisiblemente hubiera logrado Fangio de todos ellos: u-s-a-d-o. Por encima del u-s-o que Fangio hizo de quienes quisieron usarlo. Ignoro, y admito que pudiera haberlo hecho, si Fangio le dijo alguna vez al peronismo que él era peronista (lo dudo, porque Fangio, como paisano astuto que es, nunca comprometió para nada la lealtad que tiene reservada para Fangio).

Pero aquello poco importa. Si el peronismo (o Pedrini) consideraron a Fangio

ligado a las obligaciones de peronista, es coherente (y Pedrini estaría acertado en ese sentido) que ahora lo llamen traidor, visto todo desde el peronismo. Visto desde Fangio, el coherente es Fangio, según fue siempre Fangio: fangista. Y lo que queda en el medio de uno y otro punto de vista, es algo que jamás se podrá esclarecer, aunque de algo podemos estar seguros: Fangio, como peronista, jamás fue ni quiso ser lo que en el mismo ámbito de la relación deporte-política fue y es Delfo Cabrera durante Perón, después de Perón, y vuelto Perón. Por eso creo que el señor diputado Pedrini no es justo al llamar traidor a Fangio. Traidor sería Cabrera si mañana se manifestara lanussista. Porque Cabrera es peronista. Fangio es fangista.

Hay, además, una evidencia quizá más trascendente en todo este episodio, y debiera servir de lección a los usuarios de deportistas en el sentido de instrumento que se le diera a Fangio: la creación de imágenes deportivas de consumo masivo, necesita una sustentación mucho más sólida que la de la simple condición de campeón deportivo. Porque cuando esas imágenes solo son parodias, forzosamente engendran una hipocresía que puede culminar en algo tan desagradable como es oír llamar (con o sin razones) «traidor» a Fangio o acomodaticio a Pelé, que en el Brasil ha jugado, como aquí Fangio, con las camisetas de todos los gobiernos. Cuando estos son «malpagados», casi lo merecen.

70. EL MISTERIOSO 15-30-40-GAME DE LA CONTABILIDAD DEL TENIS

La Opinión, 23/11/75

En su versión actual, el tenis es un deporte de origen británico, derivado del francés **courte paume** y de la errada pronunciación que hace muchos siglos hacían los ingleses de la palabra **tenez** que se pronunciaba durante aquel juego, cuyo período de oro transcurrió en el siglo XVI.

Pero de modo preciso, lo único fehaciente del comienzo histórico del tenis (aún llamado **lawn tennis**, aunque no se lo juegue en canchas de césped), es que en su moderna versión es inventado en 1873 por el Mayor **Walter C. Wingfield**, que lo ideó estando de servicio militar en la India y le dio el nombre de **sphairistike**. La evolución posterior del juego es ya suficientemente divulgada.

Y a pesar de ello, un misterio total envuelve a lo que todos desean saber y hasta ahora nadie ha podido explicar: **¿por qué cada punto de juego de tenis no se gana sumando cuatro, sino 15-30-40-game (juego)?** Aún más desconcertante se hace ese sistema para el profano en la materia, cuando tratándose de sumar juegos (**games**) que conducen al punto (**set**), la sucesión de la cuenta se hace aritméticamente de 1 a 6, o 7 de ser necesario

Lo cierto es que para **sumar** un punto, el tenis cuenta parciales que parecen sexagesimales y no son sexagesimales; y para **contar** el punto, apela a los decimales que se utilizan sin confusión posible en juegos de parecidas concepciones, como por caso volleyball y pelota a paleta.

Las propuestas para reemplazar al **15-30-40-game** por 1-2-3-4 nunca prosperaron. Las tradiciones mandan, por ahora, más que los llamados a esclarecerlas. Cosa que no solamente ocurre con la singular cuenta de 15-30-40-game para sumar un punto, sino con la misma terminología del tenis. Además del sobreviviente **lawn** (césped) para identificar un juego que se realiza sobre muchos tipos de suelo desprovistos de hierba, tenemos la vigencia cada vez más sostenida de otros modismos como **passing-shot, match-point, set-point**, el mismo **set**, el **Grand Prix** o el **walk over** que aun los más apasionados nacionalistas no se atreven a traducir o suplantar.

Las desconcertadas búsquedas del origen del 15-30-40-game conocen hasta ahora varias hipótesis igualmente frágiles.

Se dijo que responde a la división horaria del tiempo en 60 minutos por hora, cosa que no parece tener asidero no existiendo equivalencia entre las fracciones que representarían aquel símbolo horario.

Otra tesis es la de simbolizar a una antigua unidad monetaria dividida en 60 valores, una propuesta explicativa que parece más razonable pero no puede tener bases convincentes. Hubo unidades monetarias como la **lira** toscana de 12 crazias o

60 cuartos; como el **gulden** alemán y austríaco de 60 **kreuzers**. En el Medioevo la base sexagesimal era frecuente en los sistemas monetarios, con la subdivisión de medios y cuartos, y así es que se recuerda la corona de 60 sueldos, la media corona de 30 y el cuarto de 15. ¿Pero de dónde la de 40 del tercer cuarto del sistema contable del tenis? Es que al parecer no existían monedas de 45 sueldos, y como el tenis era esencialmente un juego por dinero, en el que las apuestas eran numerosas —dice al respecto el estudioso británico de este tema, **A. E. Crawley**— «se usaba un coeficiente dado al puntaje del sistema monetario en uso». La explicación de Crawley parece ser únicamente válida para incrementar el misterio de la deseada explicación. Pero, por ahora, es la más atendible entre las muchas que se intentaron para resolver esta incógnita de por qué se suma $15+30+40$ para llegar a una unidad **aritmética** o a una voz llamada **game** que se resiste a ser **juego** por estar en marcha hacia un **set** que se niega a ser **un chico** o **un parcial**.

De todos modos, el tenis es propietario único de la singularidad de sumar uno sumando cuatro o dos por arriba a partir de cuatro. La costumbre hace ley. Pese a que la ley no es lo acostumbrado.

71. RADIOGRAFÍA DE UN ENFERMO (*EL DEPORTE ARGENTINO ANTE MELBOURNE 56. DEPORTE DESPUÉS DEL PERONISMO*)

El Gráfico, 09/11/56

El deporte argentino, con muletas y vendajes de sus graves heridas, marcha a los Juegos Olímpicos tras un largo proceso de hasta ahora inútil terapéutica. Debió primero sanearse y recién después exponernos a la opinión del mundo.

Frente a los hechos consumados: Si ningún nuevo imprevisto dispuso lo contrario, en el día de este viernes de noviembre debe ponerse en marcha hacia Melbourne la representación argentina a los Juegos Olímpicos. La delegación inicialmente designada de 49 participantes se ha reducido a 30 competidores para solamente 8 deportes. A la original exclusión del básquetbol y remo se sumó a último momento, por decisión tomada el lunes 29 de octubre, la de otros dos deportes: ciclismo y natación, y la de algunos deportistas en particular primitivamente designados para otras especialidades, así por ejemplo Osvaldo Suárez y Walter Lemos en atletismo; Floro Díaz Arnesto y José M. Casanova en esgrima; León Genouth en lucha; Pedro Armella y Ramón Hageen en tiro, a los cuales se suma por propia determinación Pablo Cagnasso.

Estos son, en fin, los componentes de la delegación que marcha a Melbourne: Jefe, Pedro Alberto Petrolini; director técnico, mayor Augusto J. Lonardt; responsable administrativo y contable, mayor Aurelio P. Jofré; médico, Dr. Alberto Defilippi, y kinesiólogo, Carlos Lapellegrina. Atletismo: Isabel Avellán y Gunther Kruse. Box: Rodolfo L. Díaz, José S. Giorgetti, Francisco Gelabert, Tristán O. Falfan, Abel R. Laudonio, Francisco Núñez, Antonio S. Marcilla, Carmelo A. Tomaselli, Alberto M. Sáenz, Víctor Zalazar^[50], Enrique Lastra (entrenador), Dr. Alberto Defilippi (médico y preparador físico) y Oscar Garzón Funes (presidente de la delegación). Esgrima: Santiago Massini. Lucha: Adolfo Díaz, Juan Rolón y Odón Zombori (entrenador). Pentathlon: Luis F. Riera. Pesas: Humberto Selvetti^[51] y Carlos Seigelshifer. Tiro: León Bozzi, Oscar Cervo, Juan Gindre, Alberto Martijena y Rafael Demaría (director técnico). Yachting: Jorge Salas Chávez, Arnoldo Pekelharing, Boris Belada, Ovidio Lagos, Jorge D. Brown, Esteban Berisso y Héctor Callegari.

Con relación al largo proceso de irregularidades en el deporte nacional que motiva esta concurrencia tan retaceada de deportistas argentinos a los tradicionales juegos mundiales nos ocupamos en esta que quiere ser la nota en la que El Gráfico fije su posición dentro de todo ese desagradable proceso y aún más desagradables consecuencias, como las que estamos todos padeciendo. Y decimos todos porque en este primer capítulo de epílogo que aún está lejos de haberse alcanzado hay

resentidos acaso más atendibles que los muchachos que quedaron sin viajar con sus maletas hechas: no alcanza ciertamente a resolver sus problemas de salud y moral con esta sola determinación de no enviar a los Juegos Olímpicos a los deportistas presumiblemente impugnables.

La Revolución que hace más de un año puso término a una larga noche de la vida argentina no podía ni debía prescindir del deporte entre las actividades que imponían un revisionismo (cuando menos eso, un revisionismo, aunque en los más de los casos una total reorganización) de sus trayectorias públicas y privadas en medio de aquella obscuridad de varios años. Y efectivamente la Revolución fue al deporte (no queremos con esto significar que haya llegado a su raíz). Fue por vías de un Decreto del Gobierno Provisional de la Nación interviniendo el **organismo estatal** que según disposiciones aún en vigor tiene a su cargo la fiscalización general del deporte argentino bajo tutela presidencial del Poder Ejecutivo, de quien es representante el titular de ese cargo (**el procedimiento no es particular de la organización deportiva impuesta por el gobierno anterior sino de muchos países a cuyos Comités Olímpicos o semejantes reconoce el Comité Olímpico Internacional**). Aquel que calificamos **organismo estatal** no es otro, desde luego, que la Confederación Argentina de Deportes Comité Olímpico Argentino (CADCOA), que no obstante su aparente doble denominación es terminantemente una sola institución por soberana decisión de fusionarse de los dos grupos que antes de la dictadura se disputaban la regencia internacional del deporte de nuestro país. La fusión fue también anterior a la noche aquella. No es imposición de circunstancias anormales.

El proceso intervencionista (que la gente confunde o refunde con el de las comisiones investigadoras, que nada tuvieron que ver con las intervenciones) se hizo dentro del deporte bajo un sinnúmero de improvisaciones y precipitaciones; dentro de esa tónica que únicamente veía en aquel primer momento la necesidad de «hacer algo» se deslizaron al mismo tiempo incomprensibles tolerancias no intervencionistas para con entidades que estaban necesitando de limpieza como las que más.

Limpiar al deporte de lo sucio que estaba (pero que aún está) fue consigna seguramente muy noble, muy bienintencionada y muy justificada dentro de tal proceso intervencionista. Había que limpiar. En eso estaban de acuerdo todos quienes entienden que el deporte es un apéndice de mucha importancia en la educación moral de los pueblos con miras a su constitución en sociedad organizada y respetuosa de los derechos y obligaciones comunes.

Pero tan rigurosamente cierta como aquella necesidad es la realidad de que el enfrentamiento con la tarea de limpieza se hizo sin mayores planes orgánicos y medulares de labor a cumplir y, lo que fue aún más peligroso, encargando precipitadamente de esa tarea a muchas personas que por complicidad o simple tolerancia con las pasadas anormalidades no eran precisamente las facultadas ni las indicadas (cuando menos estaban privadas de autoridad moral para hacerlo) para encarar tal misión de «limpieza» con la independencia de criterio y austeridad de

procedimientos que exige la justicia sin «injusticias». Ese fue el primer colapso de la intervención revolucionaria en el deporte: su fuerza crediticia ante la opinión pública nació debilitada. Los que «habían estado» no podían ser jueces de quienes habían estado con ellos. (Claro está que del pueblo argentino eran muchos más que los menos los que no «habían estado»... en una u otra forma, pero «estado»).

En segunda instancia de impedimentos para obrar como la opinión pública lo esperó de ellas, las intervenciones deportivas chocaron con las dificultades fácilmente imaginables que supone el reordenamiento de un desorden tan profundo como el que se había consumado en nuestro deporte, reordenamiento que con personal rentado habría insumido muchos meses de labor para lográrselo cabalmente y que con menor razón podía alcanzarse con personas que en su inmensa mayoría actuaba «ad honorem», a ratos libres de sus ocupaciones habituales. Meter un dedo en algún asunto de los pocos documentados que se encontraban equivalía a enterrar la mano y los brazos en diez desórdenes todos inconexos, aun cuando emanados todos de un mismo mal, el «mal de arriba» que lo resquebrajó todo. Lo documentado del desquicio era poco en relación con el desquicio que se había consumado sin dejar rastros. Y si frente a lo documentado, que era mínimo, la tarea se hacía enorme, es de suponer las proporciones que asumía esa misma tarea en trance de substanciar sumarias informaciones de los hechos «sin rastros» y expurgarlo todo en el lapso en cierto modo brevísimo que la generalidad de la opinión pública entendía suficiente para cumplir la finalidad de todo ese proceso de intervencionismo en el deporte. Imposible. Ocho diez o doce años de irregularidades no se podían exhumar y resumir en meses.

Un recurso pudo facilitar la labor y acelerarla considerablemente: el aprovechamiento como elemento de prueba de la notoriedad pública que habían alcanzado la mayoría de los hechos pasibles de invalidez o represión, notoriedad que en muchos casos avalaban las propias publicaciones periodísticas adictas al régimen gobernante de aquel obscurecimiento.

Mas también es cierto que de las más importantes irregularidades producidas en el curso de aquella noche argentina no surgían pruebas valederas para condenar moralmente a nadie, excepto unos pocos, y simultáneamente, siendo que «acusados» y «cómplices» constituían número muy crecido de afectados, surgió el muy natural y humano movimiento —movimiento sentimentalmente bien inspirado— de justificaciones en algunos casos sentimentaloides de los hechos que se esgrimían como punibles. No faltaron las defensas humanamente muy bien encaradas que intentaron demostrar el «pecado por irreflexión», o también el «pecado por arrastre de una correntada». No faltó tampoco la defensa más audaz del que se atrevió a argumentar «obligación» de recibir prebendas, obligación esta que, admitiendo puedan haber enfrentado algunos (¡poquísimos!...), no existió ni remotamente en los más, que dando muestras de resistencia y perseverancia a toda prueba persiguieron por cien caminos diferentes la obtención de beneficios o ventajas reñidas con la ética

deportiva, aunque no prohibidas específicamente por la condición ciudadana de nadie. Y esos fueron los más. Aunque es cierto que en TODA UNA SOCIEDAD que se había hecho a la idea de admitir que LO PROHIBIDO ESTABA PERMITIDO, aquellos «deportistas materializados» eran los menos dentro de una generalidad en la que se había encarnado la idea de la licitud de lo ilícito. Ellos, los deportistas, no eran una consecuencia de sí mismos ni del deporte; eran el efecto de un mal que enredaba a toda una población, de un mal que es preciso juzgar y condenar (si esto cabe) colocándonos siempre en el clima de la época dentro de la cual se consumaron los hechos, mas no dentro del sentido de esta nueva época de la vida argentina, en la que no es elegante pero sí muy cómodo hacer alarde de incontaminación como presunto derecho para juzgar a los contaminados. El que tuvo la suerte a veces, la valentía otras veces, de no contaminarse debe saber juzgar al contaminado pensando que él también pudo serlo ante la oportunidad que aquel tuvo o en la situación a veces muy particular en que aquel revestía. Solamente podemos pensar distinto en los casos de quienes **buscaron** esa oportunidad o **pidieron** lisa y llanamente el beneficio material. (Dicho todo esto, la verdad es que recién después de haber escrito estas cuatro primeras carillas, ¡sí, recién ahora!, podemos encarar el análisis de la radiografía de este enfermizo deporte argentino cuyos males, lejos de encontrar remedio, han recrudecido al cabo de un año largo de tratamiento. Ahora sí podemos entrar en tema).

Las Comisiones Interventoras se enfrentaron con todos aquellos obstáculos y todos esos dilemas que conformaban (y conforman todavía) la paradójica heterogeneidad de una homogénea descomposición de la salud moral del deporte argentino. Y ante tales obstáculos se detuvieron en la duda de obrar o perdonar, de condenar a libro cerrado o caso por caso, de escarbar a fondo o por encima, de condenar por conciencia o por constancias. Vacilaron. Eso es innegable. Vacilaron por propios desacuerdos como por propia orfandad de principios. Y siguieron vacilando con un dejo de esperanza de encontrar «la vuelta» para salir honorablemente del paso. No faltaron los que ante esa vacilación creyeron alcanzar a ver una intención dilatoria encaminada a «tapar» lo ocurrido considerándolo pasado y pisado.

Y entre ellos no faltó el más decidido que corrió a reclamar, de los responsables del gobierno revolucionario, la promoción de recursos «contraintervencionistas» para destapar lo que presumiblemente las intervenciones querían mantener tapado. Ese alguien encontró resonancia en sus demandas; las encontró como siempre ocurre en esta clase de conmociones sociales donde las vías jerárquicas se subalternizan durante algún tiempo por el feliz encuentro con «la influencia», con «el amigo» o con la credulidad oficial en sus buenas intenciones (que acaso las tuvo muy noblemente inspiradas); como fuera que haya sido, las encontró.

Se dio entonces el lamentable paso de establecer dos poderes para una misma función creando un choque fácilmente previsible entre ellos y dando lugar a una

interferencia de funciones y propósitos (la anarquía, en suma, dentro de la Revolución en el deporte) que nos coloca en este mes de noviembre de 1956 ante la triste comprobación de que el enfermo (léase deporte argentino) está hoy tan grave como antes, acaso más grave también. Esa fue la razón principalísima por la que se dilapidaron 14 meses en burocráticas tramitaciones e inútiles conciliábulos al término de los cuales no se ha ido al fondo del asunto.

Aquel mal paso tuvo forma concreta en la designación de una Comisión Investigadora del Deporte (la N.º 49 dependiente de la Vicepresidencia de la Nación) que esgrimiendo facultades jurídicamente vedadas a la Intervención, y diciendo ser también encargada de «limpieza» en el deporte, estableció abierta puja jurisdiccional con aquella (culminada alguna vez en el planteamiento de cuestiones en el campo del honor entre miembros de una y otra parte). De visu fuimos testigos presenciales de la escasa idoneidad deportiva que para peor de males caracterizaba a la mayoría de los miembros de aquella Comisión N.º 49 y esa circunstancia agravó aún más la disidencia en la coincidente función natural de los dos organismos encargados del revisionismo de nuestro deporte. Revisionismo que pudo haberse practicado y concluido a las maravillas sincronizándose sus funciones en el único propósito que había llevado a crearlos. Pero no: el único saldo visible de ese choque de poderes fue un conflicto de sectores sujetos a una misma dependencia (la del Gobierno Provisional) que llevó a unos a actuar a espaldas de los otros, a los dos a negarse mutuamente colaboración y hasta a buscar el descrédito del «antagonista», a uno a obstruir al otro, al otro a destruir la labor del otro... ¡Qué triste desnaturalización de un ideal!

De pronto surge un Decreto del Poder Ejecutivo disolviendo las Comisiones Investigadoras (que mucha gente entendió alcanzaba a las Comisiones Interventoras). Aquellas se disuelven, en efecto, pero lejos de entregar a los responsables de la órbita deportiva (no precisamente interventores todos) las conclusiones de sus investigaciones y declaraciones indagatorias tomadas a los «deportistas materializados», la Comisión N.º 49 se hizo de ellas como cosa propia y así debieron transcurrir meses de inoperante espera para el conocimiento y consideración de las mismas. Pero aún no podemos ir hacia ellas. Ínterin se produce otro episodio que sacude aún más al enfermo.

Con ligereza ciertamente inconsulta de la necesidad de curarse primero y recién después pensar en caminar nuevamente por el exterior de su casa, el enfermo (el deporte argentino) decide concurrir a los Juegos Olímpicos de Melbourne... ¡como si todo estuviera solucionado en su cuadro clínico! Nuevo error. Nuevo gran error del que tiene culpa el organismo que así lo decidió (CADCOA en este caso), pero mucha culpa también tiene TODO un ambiente (incluso nosotros los periodistas) para el que concurrir a los Juegos Olímpicos parecía cuestión previa a la propia certeza de haber rehabilitado nuestra salud moral con el derecho de presentarnos ante el juicio del mundo.

La voz callejera que clamaba concurrir sin reparar primero en rehabilitar al «enfermo» fue seguramente muy influyente en esa decisión, que obró en el ánimo de sus responsables como necesaria «hasta por razones políticas y sociales». Era «impopular» decir «no vamos»...

Con el más absoluto respeto de la unanimidad o casi unanimidad que este juicio puede hallar en contrario (**y para contrariarlo están las propias palabras llamadas señeras (??) de los Juegos Olímpicos que dicen que «lo importante es competir(??)»**) pienso que el deporte argentino no debió SIQUIERA PENSAR EN IR A LOS JUEGOS OLÍMPICOS DE 1956 MIENTRAS SUS RESPONSABLES NO TUVIERAN LA SEGURIDAD DE HABERLO LIBERADO DE TODAS LAS MANCHAS QUE LO HUMILLARON. Comprendo que esta postura es difícil de compartir porque es muy fuerte el convencimiento de que en la concurrencia a una Olimpiada se antepone incluso el prestigio de una nación. Personalmente no creo que el prestigio de ninguna nación dependa de su concurrencia o ausencia a unos Juegos Olímpicos. Pienso más bien que se necesita mucha desvergüenza para ir a los Juegos Olímpicos autoengañados de puros, o cuando menos con muchos mantos cubriendo las manchas que mundialmente nos está señalando el mundo (**sí, a los rusos y demás también, pero la vergüenza nuestra es la que nos preocupa, no la que otros perdieron**) o que el mundo puede señalar en Fulano, Zutano y Mengano diciendo «aquel recibió una casa, este un auto, aquel otro una motoneta»... No, señores. Eso no. A la calle es correcto salir previa higienización hogareña. Y si el deporte TODAVÍA NO ESTÁ HIGIENIZADO (higienizados atletas, dirigentes, entrenadores, de la suciedad que acumulara), mal pudo pensar en ir a los Juegos Olímpicos sin primero lavar sus manchas para recién después —ya limpio y tranquilo de conciencia— ir a librar con el mundo la batalla en la arena deportiva y la batalla en la arena congresal, donde con todo derecho, una vez limpios nosotros, podemos exigir que también «se limpien» rusos, húngaros, checoslovacos, yugoslavos y hasta norteamericanos, que como «deportistas de Estado» vienen faltando a los deberes de la ética deportiva *amateur* en la misma medida que han faltado muchos de nuestros campeones.

Íbamos a los Juegos Olímpicos —íbamos a ir, mejor dicho— sin previa descarga de todas las cargas que el peronismo le dejara al deporte argentino. Pero esto es peor: a tratar de que allá en Melbourne pudieran actuar impunemente como el más puro *amateur* los mismos atletas que en el interior de casa estaban puestos en el «index» «de asalariados» y en la picota de profesionales. Al mundo se los haríamos «pasar» como *amateurs*... porque nada se les había podido comprobar o porque más que ellos recibieron o reciben los «*amateurs* de Estado» de Rusia y sus satélites.

¿Podía admitirse que quienes llegaron para depurar los vicios pasados resultaran a la postre solidarios con esos vicios? Hay momentos de la vida argentina en que se tiene la sensación de que AQUÍ NO HA PASADO NADA, de que la noche aquella quedó muy atrás, tan atrás como para escapar a la memoria de la gente. ¡Resulta que

ahora, en este problema de los deportistas asalariados, solo hay víctimas de un régimen, víctimas de su propia irreflexión por inmadurez, gente que fue «obligada» (???) a beneficiarse! ¡Qué poco arraigadas que están nuestras convicciones! Cambiar de idea parece tan simple como cambiarnos de traje.

Ese es el cuadro que surge de la olímpica tranquilidad con que nos disponíamos a concurrir a los Juegos Olímpicos. Y a esa altura de los acontecimientos es cuando el Comité Olímpico Internacional (otra manzana descompuesta) aparece cuestionando en la condición de «intervenido del Estado» de su afiliado argentino (¿por qué el señor Brundage no les hace la misma cuestión a los Comités Olímpicos de los países de Europa Central o no se la hizo a la Argentina en 1951, cuando estuvo en Buenos Aires y comprobó que eso estaba ocurriendo?).

Se resuelve aquel problema con una de las parodias que el Comité Olímpico Internacional considera suficientes para «ponerse en regla con el amateurismo»... ¡y surge un nuevo problema! Aparece otra mancha en la radiografía: el «colapso remo». El remo, como tantos deportes argentinos, **pero no como el que más**, tuvo licenciados que recibieron órdenes de automóviles. Las recibieron sus campeones olímpicos y panamericanos. Estos últimos se distribuyeron tres automóviles entre 14 personas. La Asociación Argentina de Remo —coloquémonos en la época— tolera y hace la vista gorda a todo eso. ¿Qué otra cosa podía hacer? Hasta allí todo es «natural» (natural de las cosas nocturnas...).

Termina el reinado de R. D. (régimen depuesto, que le dicen...) y los caballeros de la Asociación de Remo, a quienes no se les puede reprochar otra cosa que tolerancia pero no complacencia para con el R. D. (puesto que sus posiciones personales son en mayoría bien conocidas), se sienten obligados a ponerle mano a aquellas irregularidades de las que no tenían conocimiento oficial. Y se sienten en esa obligación por un plausible principio de decoro en el que lamentablemente marran la puntería. Sí, la marran porque en lugar de irse tranquilamente de sus cargos con una declaración que pusiera bien a salvo sus no discutidas posiciones personales durante el R. D... (que es cuanto debiera hacer todo dirigente que lo fue entonces para dar lugar a la más libre revisión del pasado)... su decoro apunta a otra parte: a juzgar los delitos consumados con su propia tolerancia. Que es como querer ser culpable y juez al mismo tiempo. Delitos ante los cuales (y desde un punto de vista material tienen razón) deciden declarar que aunque algunos remeros recibieron obsequios prohibidos por las leyes aficionadas, a su juicio siguen siendo aficionados. No faltó el resentido que enviara copia de esa declaración al respectivo organismo internacional (no al Comité Olímpico **que no es nadie** para juzgar lo que es privativo de cada federación internacional), y aquel no hizo sino lo que la propia Asociación Argentina de Remo estaba dando lugar con su «poco prudente» (o muy cándida) confesión: sancionar a la Asociación que confiesa conocer esos actos punibles y no los castiga, y con ella a todos los remeros argentinos, que es como si dijéramos que al castigarse a la madre también van los hijos a la cárcel porque aquella no tiene dónde dejarlos... Hubo sin

duda mucha injusticia de parte del organismo internacional de remo en calificar de profesionales A TODOS los remeros argentinos. Pero eso no atenúa lo otro.

Allí, ante una situación que se le planteaba al remo en particular, pero que no difería en lo más mínimo respecto de la que todos SABEMOS se le puede crear a todos los deportes argentinos, fue cuando con mayor razón debió plantearse —tan siquiera por solidaridad con el remo, pero más aún por propia vergüenza y para no aparecer queriendo sacar partido de una situación no confesada— la necesidad de que sencillamente NINGÚN deporte argentino fuera a los Juegos Olímpicos hasta tanto el enfermo no recuperara plenamente su salud. Pero el propio remo —esperanzado acaso en resolver ínterin su situación particular— cuestionó en la necesidad de no renunciar a la participación olímpica. (Otro más de los que creían que no yendo a Melbourne podían fracasar los Juegos o mancharse la tradición nacional). Sobreviene un nuevo capítulo final de esta observación radiográfica.

El titular de la CADCOA (para nosotros sigue siendo una sola entidad) va a los Estados Unidos a informarse directamente por *Mr. Brundage* de «la situación» del deporte argentino ante el Comité Olímpico Internacional. Brundage parece haberle dicho a Huergo que tenía información muy completa de lo ocurrido en la Argentina (¿y por qué no la sacó a relucir antes!?). Brundage le anticipa a Huergo que los deportistas argentinos «asalariados» serían impugnados para actuar en los Juegos Olímpicos y en consecuencia su viaje a Australia es inútil. Regresa el general Huergo a Buenos Aires con la noticia y entonces —¡recién entonces, a pocos días de la partida!— la Comisión Investigadora N.º 49 entrega a CADCOA las constancias sumariales en su labor en las que Fulano, Mengano, Perengano y todos sus parientes confiesan de puño y letra haber recibido tales o cuales dádivas.

Viene entonces la purga conocida: fuera de la delegación todos los deportistas ya designados pero «esperados» en Australia con un rotundo «no, usted no actúa». Y con ellos algunos que no estando en esa condición ven perdida la razón de su designación al quedar incompletos los equipos respectivos, así por ejemplo, la posta de natación y el equipo de persecución en ciclismo. Y afuera también quedan quienes, como Osvaldo Suárez y Walter Lemos, firman un juramento declarando no haber recibido tal clase de beneficios, pero que como denunciados de que los recibieron caerían en falso testimonio.

Coincidentemente con la salomónica decisión —decisión que agrega más resentidos, como si los doloridos fueran pocos— surge entonces la proposición que debió tomarse en el mismo momento que nuestra pureza deportiva *amateur* fue puesta en tela de juicio: «que no vaya ningún deporte». Eso hubiera sido lo más centrado. Malo solamente es que esa proposición haya partido precisamente del mismo remo, que, mientras tuvo esperanzas de solucionar su particular conflicto, sostuvo la necesidad de mantener la concurrencia a Melbourne. Y malo es también que ante esa proposición —interesada pero razonable— no haya surgido de ninguna de sus afiliadas semejantes el menor índice de solidaridad, como si del viaje que cada

una pudiera lograr para sus licenciados dependiera el futuro bienestar de cada deporte en el país, cosa que sinceramente no creemos. El futuro del deporte argentino está pendiente de otros factores de suyo más orgánicos que la asistencia o ausencia en alguna competencia. El problema más urgente es **sanear**, no jugar, ni correr, ni viajar.

No se dice por ahora que nadie sea profesional, ni que esté descalificado. Está bien. Pero esta es una situación que a la vuelta de los Juegos Olímpicos —y si fuera antes mejor— será necesario llevar de una vez por todas al terreno del análisis final y resolver según lo indique el mejor entendimiento de un tribunal que fundamentalmente deba reunir dos condiciones: idoneidad deportiva y desvinculación **total** con la función directiva sobre los atletas que «pecaron» en el momento de cometer estos sus «pecados». Sea el perdón, sea la descalificación «ad vitam» como aficionados, sea cualquier castigo más benigno, es necesario que de una buena vez esta situación se defina. Recién entonces podremos estar en condiciones de decir que la Revolución llegó al deporte, que nuestro deporte está en condiciones de reiniciar su marcha, que nuestro deporte puede presentarse sin rubores ante cualquier escenario del mundo. Sea con nuevos atletas o con los mismos a quienes se mantienen en la incómoda situación del detenido sin proceso, y que como tales ni son impuros ni pueden decirse puros. Pero en esa tarea será preciso ir a fondo en el raspaje del foco séptico que padece nuestro enfermo. O sencillamente no penetrar en él. Hacerlo en términos medios desde ya supone el doble riesgo de curar solamente a medias y, lo que es más grave, acompañar al ajusticiamiento con la «sinjusticia»; lo que puede dar lugar a que las heridas recrudescan. Recién entonces este enfermo habrá recuperado la posibilidad de volver a caminar. En tanto, hasta aquí, aunque se mande a Australia una delegación limpia de «pecados», el deporte argentino sigue herido y enlodado. No es mandando a Melbourne una delegación «pura» como aquel habrá de curarse y desmancharse. Es diciendo de una buena vez quién puede caminar tranquilo por la viña y quién, por decoro, si no lo fuera por castigo, debe permanecer a la sombra para dar lugar a la más integral reorganización de todo esto, en toda esfera y concepto: reglamentario, moral, directivo, competitivo. Eternamente «rengos» no podemos seguir caminando. No podemos negar un pasado que a todos debe abochornarnos, pero tampoco podemos rehacernos ante nosotros mismos llevando siempre a costas las cargas de ese pasado. La cuenta nueva debe iniciarse. Lo que queda por determinar —y de eso tiene que encargarse un tribunal especial probadamente austero— es si con la nueva cuenta se da también un borrón a las cuentas viejas o si estas deben pagarse. En cualquier caso hay que hacerse a la idea de que todo debe empezar de nuevo. Y muy especialmente de nuevo hay que empezar con el sentido de lo moral en el deportista. De ninguna forma lo ocurrido puede quedar en la historia como lícito, porque eso sería darle anticipada validez a nuevos descarríos que ojalá nunca más tengamos que padecer. Más que condenar a personas es preciso condenar procedimientos y desviaciones a la corrección deportiva.

72. LOS I JUEGOS PANAMERICANOS DE BUENOS AIRES

Audición: Peña Deportiva. Libreto n.º 65. Viernes 16 de marzo de 1951

Intervienen: Susana Sales Couto, Dora Prince, Ricardo

Salinas y Dante Panzeri (Fragmento)^[52]

Este ciclo fue el primero en el que participó Dante Panzeri. Tuvo una muy buena recepción^[53]. Él guionaba cada envío que tenía fines pedagógicos. El ciclo tuvo tan solo dos audiciones posteriores a la que aquí se transcribe. Panzeri fue despedido por su escasa adscripción al gobierno de Juan Perón y por relativizar el triunfo de la delegación argentina en los 1.º Juegos Panamericanos que se habían desarrollado en Buenos Aires con gran parafernalia. En su archivo informa esta situación, transcribe que la radio informó que se alejaba «por sus múltiples ocupaciones». Debajo de esa sentencia, a mano, agrega: «Sentado en la puerta de mi casa espero ver pasar el cadáver de mi enemigo. Tiempo al tiempo».

Control: Característica...

Locutor: ¡Aquí...!

Control: Característica musical.

Locutor: ¡Peña deportiva!...

Control: Característica musical.

Susana: Bueno; vayamos ahora a un balance general de los Juegos Panamericanos. ¿Usted qué dice, Panzeri? ¿Satisfecho con lo realizado por nuestros atletas?

Panzeri: Pues vea... Usted lo ha dicho, Susana: satisfecho. Discúlpeme que pueda aparecer como demasiado exigente en medio de un generalizado desborde de júbilo, pero yo no llevo mi alegría a nada más que eso: satisfecho.

Dora: ¡Pero, Panzeri!... ¡Usted siempre buscándole la quinta rueda al carro!

Panzeri: No veo por qué...

Dora: Si le parece poco... Hemos ganado por amplio margen puntable la clasificación general de países y usted dice que se siente nada más que satisfecho... ¿A usted qué le parece, Roberto?

Salinas: Pues me parece que Panzeri tiene razón.

Panzeri: Gracias, gracias... Si no fuera por usted, ¿qué sería de mí!

Salinas: No, no. No es por tener hacia usted un cumplido, Panzeri. Yo pienso lo mismo. Hemos ganado. Y podemos estar satisfechos. Pero de allí a creernos ya una primera fuerza del mundo en deportes... todavía queda algo por hacer. El predominio internacional de los deportes no se conquista así no más, de la noche a la mañana. Hemos ganado los Juegos Panamericanos, hemos tenido halagos capaces de hacer la felicidad eterna de muchas naciones de larga tradición deportiva, pero de allí a cantar

victoria para todas las próximas competencias internacionales, todavía queda un trecho a recorrer. Calma, chicas... Calma... Vayamos despacio que así vamos más seguros...

Susana: Piano, piano...

Panzeri: Eso mismo... «Si va lontano», ¿verdad?

Susana: Así dice un proverbio italiano...

Salinas: Y hay una gran verdad en eso.

Dora: Bueno, pero Roberto: yo no digo que ya seamos seguros vencedores de las próximas competencias internacionales. Lo que digo es que nuestra actuación en estos Juegos Panamericanos ha sido estupenda, brillantísima, ¿no le parece a usted lo mismo?

Salinas: Yo achicaría un poco los adjetivos, Alicia. Por eso estoy de acuerdo con Panzeri cuando dice que hemos hecho lo suficiente como para tener derecho a sentirnos satisfechos. Pero de allí a las expresiones que usted usa, de estupendo, brillante, y qué sé yo, todavía es preciso que mejoremos nuestra calidad en alto grado. No se olvide que estos Juegos Panamericanos presentaban para nosotros unos pocos deportes con verdadera dificultad de triunfo. No se olvide de eso... Sea mesurada en sus entusiasmos, piense en lo favorable que puede habernos resultado en muchos casos nuestra condición de locales, en fin: modere, modere sus entusiasmos que de esa forma los futuros éxitos de nuestro deporte le gustarán tanto o más que este y aun los mismos fracasos a que todos estamos expuestos, no le van a significar desilusiones. Esa me parece la posición más correcta. Contengamos un poco esa sangre latina que corre por nosotros.

Dora: Usted me habla como si fuera mi padre.

Salinas: En materia deportiva creo tener derecho a hablarle así.

Dora: ¿Y por qué? ¿O yo no tengo derecho a mirar estas cosas como a mí más me plazca?

Susana: Panzeri... Si usted no interviene me parece que vamos a tener un disgusto.

Panzeri: Bueno, bueno... A no pelearse, pues. Usted, Alicia, le ha pedido a Roberto una opinión y a fin de cuentas él no ha hecho otra cosa que brindársela con toda la franqueza de su manera de ver el deporte. Y como de opiniones está lleno el mundo... pues la suya también puede escucharse.

Dora: Bueno, pero... ¿y usted? ¿Qué dice a todo esto?

Panzeri: Algo ya le he dicho. Usted sabe que por principio me gusta mucho la cautela en estas apreciaciones porque tengo la experiencia de que los valores no cuentan por un resultado en sí, así se llame ese resultado el de una Olimpiada Mundial, sino que por la consecuencia de las partes en mostrar su estabilidad dentro de las calidades que exponen esos resultados. Yo comprendo que a ustedes les entusiasme mucho eso de ver a nuestro deporte por encima del de tantos países, incluso de los Estados Unidos si nos remitimos al resultado global de estos Juegos; a

mí también me agrada eso, para qué se lo voy a negar; por mis venas también corre ese fueguito sagrado de la nacionalidad que nos hace emocionar al ver a un atleta compatriota en el pedestal del triunfo, con la bandera y el himno nuestro en lo alto del cielo. De acuerdo. Pero no nos dejemos arrastrar por ese sentimiento general porque nosotros tenemos si se quiere la obligación de ser medidos y profundamente observadores en nuestra crítica.

Salinas: ¡Es lo que yo decía!

Panzeri: Desde luego que sí. Pero déjeme terminar. Mire, Dora: usted hágase esta composición de lugar. A ver, contésteme. ¿Cómo sitúa a nuestro deporte comparado con el de los Estados Unidos?

Dora: Creo que hay un mayor potencial en el de los Estados Unidos.

Panzeri: De acuerdo. ¿Considera lógico entonces que nosotros hayamos aventajado por 300 puntos a ese país?

Dora: No. Lógico no. Circunstancial de esos Juegos, más bien.

Panzeri: Estamos de acuerdo. Pues allí tiene entonces lo que Roberto quería decirle. Que nuestra gran evolución deportiva de estos últimos tiempos no alcanza a ser la necesaria para establecer, por simple apreciación de los Juegos Panamericanos, un pie de igualdad entre el potencial de nuestro deporte y el de los Estados Unidos. Forzosamente hay que seguir respetándolos como mejores que son. No nos llamemos a engaños que las desilusiones, como en el caso de Gatica^[54], resultan luego muy violentas. Usted sabe que los Estados Unidos no pudo mandar en todos los deportes la mejor expresión de su poderío. Nos honró, si se quiere, con el envío de muchas grandes figuras mundiales, como los pesistas, el nadador Stack, los atletas Witfield, Fuchs, Attlesey, en fin: muchos buenos. Pero dejaron en casa, y aun en el frente coreano, a muchos otros campeones. Por otra parte solo en contadas competencias cubrieron el número de actuantes a que tenían derecho por su reglamento... Y todo eso hay que tenerlo en cuenta. Pesarlo, balancearlo, dos veces, y después ubicarnos en el verdadero lugar que nos corresponde.

Susana: Muy bien. Pero vamos a otra cosa. Al rendimiento nuestro, particular de nuestros atletas, al margen de toda comparación. ¿Qué nos pueden decir sobre eso?

Salinas: Que nos hemos superado. Eso no se discute.

Panzeri: Un momento: sí que se lo discuto.

Salinas: ¿Pero cómo? ¿No se superaron nuestros atletas?

Panzeri: Para el gran público, sí. Para los que vivimos algo así como en la intimidad de estas cosas, sencillamente cumplieron en la mayoría de los casos con las posibilidades que desapasionadamente podían asignárseles. Hubo superaciones estupendas, sí, como la del pesista Ferreira, que llegó a pasar los 400 kilos en los tres ejercicios, *performance* maravillosa por todo concepto. Pero generalizando el enfoque de nuestras actuaciones, yo diría que cumplimos. Y le digo así porque a mí me parece que más que medir el número de triunfos debemos medir el grado de rendimiento de cada atleta. Por ejemplo, la señora de Preiss ganó dos títulos, Ana

María Schultz lo mismo. Pero vea qué curioso: ninguna de ellas quedó totalmente contenta con sus marcas, porque se saben capacitadas para rendir algo superior. En cambio hubo en atletismo, y en la misma natación, actuaciones secundarias que para el entendimiento de quienes seguimos de cerca este problema tienen mucho mayor valor técnico.

Salinas: ¿Usted está hablando de la marca de Ferreira Lima en los 1500, del 14.2 de Kokoureck en los 110 metros con vallas, del 31 y pico de Bralo en los 10 000...? ¿A eso se refiere?

Panzeri: Exacto. A eso y muchas otras *performances* más. La del pesista Osvaldo Forte, la de nuestra novel pechista Beatriz Rohde, que fue segunda en los 200 metros a poca distancia de Dorotea Turnbull... En fin... son muchas las citas que pueden hacerse en ese aspecto. La misma de Ricardo Heber con sus 68 metros en jabalina, récord sudamericano...

Susana: ¡Ay, ay! ¡Estos críticos! ¡Salen valorizando más a los segundos y terceros puestos que incluso a algunas victorias! ¿Quién los comprende a ustedes?

Panzeri: Usted, Susana, diga lo que quiera. Pero yo tengo presente que en todo momento el valor del esfuerzo atlético lo establece el valor del adversario. Que tanto puede ser un atleta, como un reloj, una balanza, una cinta métrica, que también son adversarios del atleta.

Susana: ¡Y qué adversarios! A veces peores que el oponente directo, ¿no es así?

Panzeri: ¡Ya lo creo que sí!

(...)

Susana: No sé... Pero me parece que por ejemplo nuestro equipo de básquet no jugó lo suficientemente bien como para ser incluido entre lo mejor del certamen.

Panzeri: Puede que tenga razón, Susana. Pero me parece acertado el concepto de Roberto por cuanto ha sido ahora, en los Juegos Panamericanos, perdiendo ajustadamente contra un gran equipo, que nuestro básquet ha ganado definitivamente ese certificado de bondad mundial que conquistó en el anterior campeonato aquí realizado. Aquella vez ganamos jugando brillantemente pero quedó la duda de que los Estados Unidos no había enviado lo mejor que tiene. Esta vez, frente a un equipo indiscutiblemente superior a aquel de Denver, hemos demostrado estar en el nivel del mejor básquet del mundo. Que se haya ganado o perdido eso ya es cuestión aparte. Lo que interesa es que en ese último partido de estos Juegos Panamericanos, con el contrapeso de una desventaja inicial de 20 puntos que debemos considerar anormal, fruto de circunstancias muy ocasionales, perdimos allí cerquita, como también pudimos haber ganado. Y eso, como lo declaraba el propio Oscar Furlong, es honrosísimo.

Susana: Sí; yo le oí decir eso a Furlong. «Podemos considerarnos muy honrados de ser segundos de un gran equipo como este de los Estados Unidos», dijo al finalizar el partido.

Salinas: ¿Y entonces? ¿Por qué me discutía?

Susana: Por nada. Tanto como para discutir, nada más...

Control: Cortina musical

Locutor: Amables oyentes, «Peña Deportiva» levanta así su tertulia de esta tarde. Fue, como siempre, un libreto escrito por Dante Panzeri que él mismo animó con la colaboración de Susana Sales Couto, Dora Prince y Ricardo Salinas, integrantes del Conjunto Vocacional Radio del Estado de Teatro Experimental. Técnico de sonidos, Carlos Alberto Frediani.

Control: Cortina musical

Locutor: Amigos deportistas, al agradecerles la atención dispensada extendemos nuestra cordial invitación de siempre para que nos escuchen nuevamente el próximo martes, a la hora 18, al habitual anuncio de...

Control: Característica musical.

Locutor: ¡Aquí...!

Control: Característica musical.

Locutor: ¡Peña Deportiva!

73. IGUALITO AL FÚTBOL (IMPRESIONES DE UN CRONISTA QUE UNA VEZ POR AÑO VA AL RUGBY)

El Gráfico, julio de 1959^[55]

Sábado a la tarde. Al fin una linda tarde. Una prematura primavera viste a la ciudad de mujeres gráciles y curvas donosas. Es el coqueto Barrio Parque Aguirre, donde las manzanas son redondas como las manzanas y el hombre se reconcilia con su naturaleza, hay promesa de verdor, flores, sol y deporte. Juegan en C. A. S. I., el pleito decisivo del *rugby* Buenos Aires y Cuba. La final como quien dice...

Allá nos vamos a vivir deporte, no a ver deporte. El *rugby* no nos interesa. Nos atraen el lugar y la gente que predomina en el *rugby*. Vamos en busca del marco, no del partido.

Por una pequeña puertita, pero en el más perfecto orden, sin empujones, en medio de sonrisas y saludos de todos con todos, entran unas 5000 personas. No hay comodidades para todos, pero todos se ubican pacíficamente. Y se constituye un enjambre de hombres mayores y jovencitos, madres y novias, niños y niñas, en una pequeña tribuna y en el contorno de un alambre más indefenso como cerco que los alambrados que precedieron al hoy llamado *olímpico* (qué insulto para el olimpismo). Tampoco se ve policía. Ni dentro ni fuera del estadio. Nunca el *rugby* pidió auxilio policial. En el mundo de la decencia no hacen falta policías. Ingresan los equipos y con ellos nadie más. Ni masajistas ni chiquilines. Nos olvidábamos del juez. El juez también ingresa en el campo. Y lo hace equipado con los colores de un club conocido. ¿No es el uniforme del Belgrano Athletic? Sí, la camiseta del Belgrano. ¡Entonces este juez es hincha de Belgrano! Es algo más: es entrenador y, además, jugador en actividad de Belgrano! Y también juez. Uno de los mejores jueces. Todo eso no significa que deje de ser honrado. Tiene parcialidad por su club, no la oculta, pero tiene frialdad y objetividad para juzgar.

Todos conversan entre sí en los intervalos de sus nombres preferidos. Hay bromas de buen gusto entre los dos bandos de esa división sentimental.

Un pantalón que se le rompe a un jugador es cambiado en la misma cancha, rodeado aquel de un pundonoroso cerco de compañeros y adversarios y sin el menor comentario de nadie. Un caído es atendido por un adversario o un masajista, que tanto prodiga atenciones a los de ese bando como a los del otro. Los linesmen son los respectivos capitanes generales de los dos bandos en pugna.

El comentario del intervalo se generaliza en el análisis de lo sucedido y lo que puede suceder. Y en algo más: en el unánime elogio a la actuación del juez. De ese juez parcial, jugador y entrenador de un club que estuvo disputando el título de campeón con esos mismo equipos que están en el campo.

Termina el cotejo y los perdedores —señalados por los propios adictos del vencedor como «inmerecidos» perdedores— hacen *calle* al adversario junto a la puerta de salida y lo aplauden como a una pareja de recién casados que sale del altar. El juez sale conversando con los jugadores de los dos equipos como un compañero o un amigo más.

Pasamos por el vestuario rumbo a la calle, y entre los jugadores del vencedor, el flamante campeón del año, un solo comentario: «Ganamos porque se nos dieron todas; ellos debieron ganar». Entre los vencidos, sonrisas y preparativos ansiosos para el «tercer tiempo». Hay golpeados, pero no hay doloridos.

Llegamos a la calle y nos enteramos de que el «tercer tiempo» del partido tendrá esta vez doble sede: allí mismo en C. A. S. I., para entonarse para «la grande». La grande se la ha reservado C. U. B. A. antes del partido y cualquiera fuera el resultado. El perdedor será quien reciba en su casa de la calle Viamonte a sus vencedores. Y juntos disputarán un nuevo partido: el de la fraternal amistad entre los hombres. Será un partido sin reloj. «Puede terminar el lunes a la madrugada», nos anticipan. Nosotros pensamos: «Entonces es cierto que hay triunfadores sin orgullo y perdedores sin amargura».

Todo esto... ¿es el mundo de mañana o aquel mundo que creemos sepultado en las ruinas de una civilización antigua? Debe ser el mundo contemporáneo a juzgar por la presencia en el lugar del vendedor de *chuenga*. Pero es otro mundo, porque hasta el comerciante pregonaba allí su mercadería con un lenguaje muy distinto del que utiliza en otras partes. Tan distinto que antes de ofrecer sus masticables tuvo la delicadeza de saludar a los presentes con un respetuoso «buenas tardes».

El hombre es según el medio en que convive. Pero ¿qué es necesario para que el medio sea «así»?... «Pitucos», me contestan. ¿Nada más? ¿Tan barato es el costo de la civilización? ¡Entonces hagamos del fútbol un mundo de pitucos!

74. LA HIGIENE DEPORTIVA (*EL NACIMIENTO DE LOS PUMAS*)

El Día, 09/07/65

Entre las cosas que no se borran en mi vida tengo muy nítida mi llegada a Zurich procedente de Moscú. Mi subconsciente gritó: ¡Agua, jabón, y olor a limpio!

Me anticipo a rogar al lector, en lo que sigue, toda exclusión de prejuicios políticos. Mi desesperación era la de no haberme podido bañar a gusto, con buen jabón, con espuma, con confort, durante los 11 días precedentes, no obstante residir en las mejores hoteles de Praga, Brno y Moscú.

En el tecnológicamente maravilloso mundo soviético, la higiene es un lujosuperlujó. La conquista del espacio ha dejado atrás la atención del confort del individuo en la tierra. Que para los occidentales es cosa muy valiosa en la vida. Para los soviéticos es desconocida y por lo tanto no constituye apetencia.

Por eso, al llegar a Zurich y ver a mi alcance baños turcos, peluquerías con aire impregnado de jabones perfumados, manicuras, pedicuros, ropa con olor a limpio, no vacilé: dejé el equivalente a 2500 pesos argentinos en «volver a la higiene».

Esa misma sensación —el retorno a lo limpio, al placer del bienestar físico— recogí días pasados cuando tuve la sensación de retornar al placer del bienestar espiritual merced a esos muchachos a quienes llaman «pitucos», pero de todos modos muchachos simples.

¿Quiénes?

Los Pumas del *rugby* argentino que volvieron de Sudáfrica.

Mi subconsciente gritó, como aquella vez en Zurich: ¡Agua, jabón y olor a limpio! Y todo a través de los diarios que leo, puesto que, como juego, en sí mismo, el *rugby* no me gusta. Me gusta su gente. Que es la misma que tuvieron todos los deportes que hoy nos transmiten frecuentemente la sensación de que estamos sucios, barbudos, sin bañarnos; la misma que incluso tuvo el fútbol en aquellos años de nuestros infantiles aprendizajes de un fútbol con conducta desterrada por punguistas de la ética y la dignidad.

A través de los diarios vemos a Los Pumas en el «sorprendente» acto de rechazo muy elegante y diplomático de medallas con las que quieren usarlos los políticos famélicos de demagógicas trepadas a los carros de las conmociones populares.

«El *rugby* no lo permite», han respondido a la calculada ofrenda de los ediles metropolitanos que interrumpieron la atención de importantes problemas públicos para dedicarse a explotar «el ruido» de una actuación deportiva como aquella. Les aceptaron un copetín para cubrir de ese modo la cortesía sin perjuicio de la valentía. Pero concretamente, hicieron la de Jesús con los mercaderes del templo: ¡afuera!

Que es manera PATRIÓTICA de educar al país desde el deporte. Que es

PATRIÓTICA manera de poner en evidencia el ridículo y la venalidad de los gobernantes que mandan telegramas a los deportistas; que van a los vestuarios de los deportistas fatigosos y sudorosos por el trajín de una victoria, a que fotógrafos de pagadas campañas los registren en imágenes «para la gilada»; que se declaran hinchas del vencedor de turno; que interrumpen sus tareas para escuchar el partido internacional por radio, a manera de patente de convivencia con la ciudadanía. Etc., etc...

¡Los Pumas les dieron el gran bofetón a todos ellos y la gran lección al país que esos sensibleros orfanaron en conducta y ejemplos!

Además... ¡todo lo hicieron sin pedir plata a nadie, ahorrando, administrando, «viviendo a la antigua», como cuando el deporte, profesional o *amateur*, se entendía como una administración cualquiera de bienes y conductas! Igual que «antes».

Como cuando sin pedir plata, el deporte le dio al país la fortuna que le quemaron y ese resto que de ella subsiste como capital deportivo de la Nación.

Allí tampoco le dieron entrada a ningún demagogo con el dinero público que convierta en generosidad propia el regalo indiscriminado del dinero ajeno.

Y no termina allí el baño «a la suiza» que mi higiene deportiva tanto agradeció en estos días a esos muchachos que llegaron a Ezeiza sin hacer romper nada, sin hacer ningún carnaval, sin decir ninguna estupidez para los lápices periodísticos que inquietan estupideces.

Me seguí bañando, reconfortándome con el espíritu del ÚNICO deporte (no el de ayer, no el de hoy, el deporte a secas, no importa si profesional o *amateur*)... cuando entraron a hablar de técnicas, tácticas, estilo de juego.

¿Observaron cuál fue su éxito y cuál el asombro de los maestros sudafricanos? Recuerden: ¡sacar el cuerpo!

Fueron al *rugby* limpio, sin fricción, sin choques, al *rugby* de manos que permiten sacar el cuerpo. Resultado, al *rugby* del claro, del vacío, del espacio libre.

Al *rugby* como debiera ser el fútbol, en concepción se entiende, no en realización, obvio es decirlo o aclararlo. Fueron, en otras palabras, al camino opuesto del *rugby* universalizado de la fuerza y la suciedad de recursos. Eligieron el *rugby* tan apto al ingenio y astucia de todo argentino puesto a jugar a algo que incluya una pelota: el de la destreza. Y el mundo los señala como enseñando a quienes se suponía que habrían de enseñarles a ellos. Formidable lección de perennidad de la destreza en su superioridad sobre la torpeza.

Lección que dan los rugbiers donde la destreza es difícil por la misma reglamentación del juego concebido en la fuerza. Y que a pesar de ello imponen la destreza sobre la fuerza.

Lección que olvidaron los futbolistas, que en un deporte ampliamente concebido para la destreza, optan por orientarlo hacia la fuerza que ha hecho que el fútbol se juegue como el *rugby* y el *rugby* aparezca, con estos Pumas, más aproximado a lo que una vez fue el fútbol... cuando el fútbol se nutría en la misma calidad humana de

estos Pumas con los que me he higienizado deportivamente con ansiedad comparable a la de aquel baño en Zurich.

XII

PERIODISMO

Ya se ha dicho que la gran pasión de Panzeri ha sido el periodismo. Reflexionó sobre su actividad en cientos de notas. Amaba su trabajo. Tenía la convicción de que su ejercicio implicaba responsabilidades sociales. Debía mostrar un camino, ser pedagógico y veraz. El antónimo de periodismo, para él, era la mentira. El periodista jamás debía mentir. Solo en ocasiones muy particulares (y por motivos superiores) puede callar, no decir todo lo que sabe o piensa.

Es exigente con su profesión y con sus colegas. Ataca a quienes la bastardean. Algunas de sus invectivas parecen escritas por Karl Kraus. Esos ataques son sus modos de defender el oficio. Panzeri podría haber firmado varias de las frases de Kraus como aquella en la que afirmaba: «no tener una idea y poder expresarla: eso hace al periodista».

Combate la banalización e intrascendencia a la que el oficio de periodista lleva cuando no se ejerce con rigor. El lector o el espectador merece respeto y es exigente, hay que ganarse su confianza y para eso se necesita una conducta, una coherencia de la que muchos carecen. Y, a su vez, pide ser formado e informado. Esa era su esperanza mayor: la de crear un lector a su imagen y semejanza. O más aún: alguien que fuera mejor que él. Porque estaba convencido de que ese era un trabajo a realizar dado que parecía coincidir, una vez más, con Kraus en que «yo tomo al lector mucho más en serio que él a mí».

En estas páginas brinda cincuenta definiciones sobre el oficio. Nos habla del riesgo de decir la verdad, las contraindicaciones que trae aparejado. O de cuándo callar. De sus funciones como director de la sección deportiva del diario La Prensa. En suma, del oficio y de cómo ejercerlo en un medio hostil y repleto de impostores.

75. 50 DEFINICIONES SOBRE EL PERIODISMO

*De un curso brindado en el Club Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires.
Mediados de los 60*

1) Periodista es el hombre auténtico que orienta con su OPINIÓN la de los timoratos, falsificadores, hipócritas, imbéciles o talentosos carentes de tiempo y acceso a la información.

2) La palabra no ha sido inventada para NO decir lo que pensamos. Para callar y ocultar se inventó, antes, el silencio.

3) Formar el gusto del público, no seguirlo. Que el público siga al periodista.

4) No HACE periodismo quien sea periodista. Es periodista el que hace periodismo en los tres puntos precedentes.

5) El periodista lo es cuándo: 1.º) se educó; y 2.º) ejerció la función. El proceso al revés no avala periodismo sano.

6) Todo periodista debe estar preparado para PERDER AMIGOS. La actividad no tiene por objetivo ganarlos.

7) Periodismo ES comercio. Puede y debe ser lícito comercio. Lo comercial no es menester que sea insano ni indecoroso.

8) El periodista es y debe ser un descontento. La felicidad es un estado de ánimo. El deber es un estado de conciencia. La conciencia satisfecha también crea un ánimo de felicidad. El estar descontento con el mal funcionamiento de la sociedad, no implica ser un resentido ni un amargado. No es destructivo el que destruye a quienes destruyen. Es constructivo o, cuando menos, defensor de lo sanamente construido.

9) El público ha dejado de creer en el periodista. Del mismo modo en el político. Debemos recuperar esa confianza.

10) Ni la popularidad ni el «gustar» son los objetivos de la misión periodística. La impopularidad puede ser el índice de que ella se cumple, según el medio en que ella se desarrolla.

11) No hay UNA forma periodística de escribir. Lo moderno no es lo absurdo; lo bien escrito no es lo académicamente puro. Toda forma de expresión es buena si se entiende, si dice lo que siente quien escribe.

12) Somos FISCALES, no jueces. La imparcialidad es una adicción. Un vestuario de elegancia indecente. DEBEMOS SER PARCIALES, especialmente a favor del bien y en contra del mal. Imparcialidad admite desapasionamiento. Y el periodismo debe tener apasionamiento. Como lo comercial, lo apasionado puede ser sano y límpido.

13) DEBEMOS «HACER POLÍTICA». Puesto que debemos pensar. El error es creer que pensar de una manera es jurar incondicionalidad a esa manera de pensar.

14) El periodista DEBE ser dirigente, activo o pasivo. Debe vivir la institución

deportiva en algún momento de su vida, especialmente cuando joven.

15) El periodista deportivo debe tener una educación integral lo más variada posible, sea derecho, medicina, economía, matemática, sociología, política... **ADEMÁS DE DEPORTES**. En lo que siente conscientemente **NEÓFITO**, callar y averiguar. Escribir «bien» no basta, porque lo abstracto, sin «porqués», no puede señalar, definir ni decir nada.

16) «Nosotros exponemos los hechos, juzgue el lector»... ¡no! Juzgue el periodista y después el lector, puesto que el lector está imposibilitado para juzgar en la mayoría de los casos. Y, además, es por eso y para eso que «nos compra».

17) Periodismo es una faceta del arte gubernativo de masas. No es *show* para hacer placentera a la ignorancia consigo mismo. Lo mejor que tenemos no es el pueblo, ni el pueblo siempre tiene razón, ni el pueblo nunca se equivoca. El pueblo casi siempre se equivoca.

18) Propender a los ejemplos por emular, no a los éxitos por imitar. Los éxitos pueden no entrañar un ejemplo. Y el hombre, por su misma naturaleza ya se encarga de perseguir el éxito, no así el ejemplo. El vedetismo es fruto del periodismo, no de las *vedettes*.

19) Hay que hacer pensar al público aunque los canales de televisión digan que no es esa nuestra misión.

20) La independencia individual de opinión exige no «comprometerse» (dádivas, favores, asados, etc). para estar periodísticamente e ideológicamente **COMPROMETIDO CON LIMPIEZA**. Estamos comprometidos desde el momento que votamos, elegimos, influimos en la marcha de la sociedad y tenemos domicilio constituido.

21) Las frases hechas no acreditan oficio. Escribir sin decir nada es no hacer nada, es solamente ejercitar el lenguaje.

22) «Cómo, cuándo, dónde, por qué»... **Y PARA QUÉ**. No se les olvide el quinto punto. Los cuatro primeros, separados del quinto, no llenan el deber.

23) Hay una línea donde lo humano y lo humanamente insano se separan. El periodista la debe localizar en cada caso. La cursilería no es humanidad. Lo chabacano es escepticismo.

24) Los ídolos no se fabrican. Nacen. Surgen.

25) El reportaje: conflicto obligado entre el silencio y la mentira. La llamada «objetividad» también es escapismo. Y además: estafa.

26) No ofender, sí, pero cuidado «con Menotti» (desganado y cobarde, según «La Razón»). «Ignorante» no lesiona; califica.

27) Una línea en lo conceptual, en lo principista, todas líneas que espontáneamente puedan surgir, en lo particular. Coherencia de principios, heterogeneidad de formas.

28) Con verdad se vende menos (por ahora...) pero se gana más. Todo público consume lo que se le fabrica. El público no fabrica su consumición.

29) La nuestra no es una ciencia, puesto que no se puede enseñar. Pero es una misión donde frecuentemente el uso de lo espontáneo puede hacer que dejemos de respetar los conocimientos que emanan de lo que se aprende, máxime si nosotros los ignoramos. Reflexionar... y saber.

30) El periodismo PUEDE Y DEBE ser enjuiciado como cualquier otra actividad o persona. El periodismo PUEDE Y DEBE dar lugar a su propio enjuiciamiento. El periodismo no es intocable. Nadie es intocable.

31) El soborno al periodismo no solo se mide por la materia. También por la conciencia. Caso Córdoba-libertad de prensa. La honradez del núcleo afecta a la honradez individual. «Somos», no «soy».

32) La alta puntería hace más difícil el acierto. Pero mucha más satisfactoria la cosecha. Mil perdices (se cazan en tierra) valen menos que un cóndor derribado al vuelo.

33) Los consumidores de calidad son menos que los compradores de cursilería, porque la calidad no es puesta en venta y los lectores han perdido la esperanza de encontrarla.

34) La libertad de expresión no es libertad de acceso, ni puede violar ninguna norma jurídica sobre propiedad privada.

35) El periodismo SE RECTIFICA. El periodismo HONESTO, además de rectificarse por conciencia del error, DEBE TENER MÁS DE UNA MANERA DE PENSAR cuando conscientemente repara que la precedente estaba equivocada. Lo deshonesto es cambiar modos de pensar para especular con la coincidencia, que es lo habitual en el cambio de opinión del periodismo.

36) Los deportistas se ríen del periodismo.

37) Siempre periodistas. Si hay tiempo... tipógrafos. «Tener taller» no es ser periodistas. Si el periodista «tiene taller», mejor. Pero no es fundamental, ni necesario. Puede ignorar tipografía si conoce leyes, pero no puede ser periodista si ignora leyes y conoce tipografía.

38) El título tiene que buscar el impacto. Pero el impacto no justifica la idiotez, ni lo vacío, ni mucho menos la mentira.

39) Los cables deben ser enriquecidos o corregidos.

40) El uso de pseudónimos es una aberración de principios. Puede ser una justificación ocasional.

41) Archivo o documentación. No se puede hacer periodismo solamente con la memoria.

42) El periodista debe escribir lo menos posible cuando reporta. Si es frágil de memoria que use reconstituyentes cerebrales.

43) La honradez: tenerla, aparentarla y demostrarla (con actitudes o con la práctica de actitudes).

44) Hay casos, como excepción de las normas antedichas, en que el periodista *debe* callar (Matosas, Frascara, etc)..

45) Los caracteres tipográficos deben ser indicados y por eso aprendidos (lo que no requiere «tener taller», basta un catálogo).

46) Los epígrafes de fotografías, llamados también «pies», deben obligar a leer.

47) El periodista debe hacer sentir al lector la evidencia de que el lector es un ignorante, cuando así ocurre en lo que la generalidad del público ignora.

48) La carta del lector y con el lector es un rasgo de buena educación, de buen negocio y de función mejor cumplida que el encierro aquel de «La Prensa no se rectifica».

49) El periodista deportivo debe conocer idiomas y POR LO MENOS el inglés.

50) Hay una sola cosa absoluta, inflexible en periodismo: NUNCA MENTIR. En ese punto no hay casos particulares que marquen la excepción a la norma. Por mentira interpretaremos siempre lo que nuestra conciencia no dé por cierto, puesto que es sabido que no hay ninguna verdad definitiva.

76. INTIMIDADES DE UN JEFE DE DEPORTES (*PANZERI JEFE EN «LA PRENSA»*)

El Día, 11/03/77

He asumido la responsabilidad de la página deportiva de «La Prensa» y en algún momento estuve pensando en renunciar a estas columnas del «El Día», por ciertas incompatibilidades, pero mucho más por estrechez material de tiempo y temática. Posteriormente, resolví que algunas razones muy privadas que hacen a la memoria de David Kraiselburd, son mucho más valederas que aquellas otras, y entonces aquí estoy, con una nueva puntada de esta sección iniciada hace ya 15 años.

Pero voy a hacer una innovación: no me ocuparé de la actualidad deportiva. Sino que volcaré aquí relatos que me están resultando muy divertidos a propósito de intimidades que estoy viviendo en mi nuevo cargo, y que por obvias razones de buen gusto no debo hacer públicas desde las mismas páginas de «La Prensa». Pues ellas son partícipes del tema. Las de «El Día», siendo neutrales, tan abiertas para mí como para otros, pueden ser el recinto ideal donde el público se entere de tales intimidades de un Jefe de Deportes. Intimidades que no hacen a la vida del mismo, sino a la vida del medio social que rodea al deporte y que desde luego «llega», o al menos pretende llegar, a un Jefe de Deportes, según parece ser costumbre que al jefe de una sección deportiva haya que «avisarle» de ciertas cosas o tratar de «asociarlo» a otras cosas. Cosas todas relacionadas con la poco escrupulosa vida que hoy transcurre en la intimidad deportiva.

Y como de empezar se trata, pues empiezo.

Una de las primeras novedades en el desempeño de aquel cargo fue, para mí, la de saber cómo «el ambiente» sabía de cuanto yo iba a hacer, más mucho más, que yo mismo.

Por caso: yo sabía que íbamos a declararle la guerra al boxeo y a colocar al automovilismo donde corresponde. Al primero, para postular su prohibición (que no creo que logremos, pero sí creo que hay que postular); al segundo, para presentarlo como lo que es marginalmente del deporte: espectáculo industrial.

Pues he aquí la sorpresa: quienes no habían hablado para nada conmigo, quienes no me conocen ya habían puesto en circulación dos nombramientos que según ellos serían inmediatos a mi entrada en funciones: Ulises Barrera para comentar boxeo y Miguel Ángel Merlo para hacer lo mismo con el automovilismo. Lo gracioso del asunto fincaba en que a Barrera no lo podría jamás ofender con una invitación a que se convierta en el verdugo del boxeo; y a Merlo... lo he dejado de tratar hace muchos años por «incompatibilidad de caracteres», como suelen argumentar los divorciados. Pero «la calle» ya me los había impuesto.

Luego, ya en circulación el «nuevo producto» empezaron a llegar los primeros

«consejos» de ciertos medios deportivos muy conmovedoramente preocupados por mi bienestar y el del diario que se ha convertido en mi tribuna:

—**Ablande la mano, que puede costarle la pérdida de tan lindo puesto...**

—**No exponga a «La Prensa» a perder venta de ejemplares, piense que hay cosas que no pueden tocarse, como el boxeo, porque llevan años de aceptación, aunque sea cierto que están mal...**

Esto me daba bastante risa advirtiéndome con cuánta ternura piensan en mi bienestar, y se preocupan para que no me vaya mal, muchísimos que cuando me fue mal se alegraron mucho, o por lo menos no tuvieron ninguna preocupación por ello. De la misma forma, qué conmovedora preocupación por la venta de «La Prensa» se manifiesta así, de improviso, tras años de indiferencia por la evidente disminución de ventas que tuvo «La Prensa» a partir de su casi aniquilamiento por Perón.

¡Ahora hay preocupación para que me vaya bien y para que «La Prensa» no pierda lectores! ¡Qué cambio tan conmovedor!

Otro día llega José María Suárez y me pregunta:

—**¿Es cierto que usted habló con Videla?**

—**¿Cómo? ¿Con el Presidente?**

—**Sí...**

—**No lo conozco. Jamás lo vi en persona.**

O sea... que a mí me había puesto el Señor Presidente de la Nación...
¿Imposiciones del Gobierno a los Gainza Paz?

Para la común tontería, no hay límites, tal como sucede con la venalidad igualmente generalizada.

Pero más divertido fue un día en que vinieron a verme dos dirigentes de un club de fútbol de los llamados grandes. He aquí su presentación:

—Venimos a que nos conozca, para que cuando nos equivoquemos y usted tenga que hacernos sus ácidas críticas, sea algo más benévolo al saber quiénes somos.

Yo me quedé helado. Pero como la sangre me calentó enseguida la cabeza con semejante propuesta, no demoré en preguntarles:

—**¿Hay críticas dulces, además de las ácidas que usted me atribuye?**

—**No, no, yo quiero decir... ¿me entiende?**

—**¿Y a usted no le parece que su propuesta es un intento de coacción sobre mi independencia de juicio? ¿Por qué voy a tener que ser benévolo con ustedes y no con los que no hayan venido a presentarse como ustedes? ¿No les parece que sería muy injusto condicionar las críticas según conocidos personales o desconocidos de solemnidad?**

La reunión terminó en pocos minutos, con grandes esfuerzos de mis visitantes para entender mi propuesta: **«No nos conocamos jamás; hagamos cada uno de nosotros lo que debe hacer en su lugar, que así será más sano lo que cada uno haga sin influencia alguna del hecho de conocernos».**

Se fueron. Pero enseguida sonó el teléfono:

—**Le hablamos del club tal... para desearle éxito en su nuevo cargo e invitarlo a cenar.**

Era otro velado intento de soborno. Pero se usa... Ahora el fútbol tiene «relaciones públicas» y «relaciones humanas».

77. INTIMIDADES DE UN JEFE DE DEPORTES (II) (*PANZERI JEFE EN «LA PRENSA»*)

El Día, 18/03/77

Sigo con otro capítulo de mis vivencias en «La Prensa» a propósito del medio que rodea al deporte.

Una mañana me entero:

—¿Sabés que en River hacen apuestas con vos?

—¿A qué apuestan? ¿A que me pongo peluca?

—No; a que durás o no durás dos meses. También a cuánto tiempo pasará hasta que «La Prensa» se funda del todo por tu culpa.

Al rato un telefonazo:

—¿Dígame, usted quién es para prohibir el boxeo?

—Yo no prohibí nada.

—Bueno, usted me entiende.

—¿Qué debo entender?

—Que si sigue ... endo con eso, lo vamos a reventar.

Silencio.

Llegan cartas. Seis. Todas coinciden en aplaudir la actitud asumida con el boxeo.

Suena el teléfono:

—¡Le hablamos del club... de Remedios de Escalada para invitarlo a una cena en honor del periodismo!

—No acepto ese tipo de invitaciones porque quiero tener libertad de opinión y no compromisos que me la quiten.

—Pero todo el periodismo viene, usted es el único que no...

Silencio.

Me llega un periodista de esos que llaman especializados:

—El domingo se hace en tal parte el campeonato argentino de tal cosa. Siempre fuimos con todos los gastos pagos por los organizadores, viaje y estada. ¿Puedo ir?

—¿Usted es empleado de esa Federación?

—No; ella invita.

—O sea que ella compra un espacio de «La Prensa» sin que «La Prensa» se entere, sobornando a un cronista de «La Prensa» al que compromete a usar el espacio que necesita esa Federación y que acaso «La Prensa» no tenga... ¿no es así?

—Bueno, claro... algo de eso hay... ¡Pero siempre se hizo así! —me explica.

—Desde ahora en adelante no se hace así —le explico.

Silencio.

—**Vengo a traerle esto para que me lo publique** —me dice un señor que no sé por dónde ha entrado para llegar hasta un segundo piso con acceso controlado.

—**¿Es una orden suya o de quién?** —le pregunto.

—**No, es un pedido... Pero hace años que vengo todas las semanas y siempre lo publican... Supongo que ahora no va a ser distinto.**

—**Ahora va a ser distinto. Ya mismo. No lo publica.**

—**¡Pero no puede ser!**

—**Es. No lo publico porque no le interesa a nadie más que a usted y nuestro espacio no está para beneficencia. Está para ser ocupado con otras cosas. Unas pagadas como avisos, otras elegidas por mí si tienen interés general. Pero no con este negocio que no es deporte ni es decencia.**

—**¡Usted no quiere a nadie!**

Como me pareció haberlo oído decir alguna vez, se hizo nuevo silencio.

Teléfono.

—**¿Cuándo juegan Boca y Defensor?**

—**Esta noche a las 9 y media.**

—**¿Esta noche?**

—**Sí, esta noche.**

—**Yo creí que era mañana a la noche...**

—**¿Algo más?**

—**¿Está seguro de que es esta noche?**

—**Ya le dije.**

—**Yo creí que era mañana a la noche.**

Hay mucha gente en constante entrenamiento para el atontamiento con su propio esfuerzo. Otros lo recibieron por herencia. Hay quienes piden que se fabriquen pastillas para intensificarlo (al atontamiento).

Teléfono.

—**¿Por qué no publican la formación de los equipos para los partidos de hoy?**

—**Porque solamente podemos imaginarlas. Los que pueden darlas nos dicen que la darán 15 minutos antes del partido.**

—**Bueno, pero algo hay que dar...**

—**¿Aunque no sea cierto y a usted lo engañemos?**

—**¡Y qué sé yo, pero algo hay que dar!**

Confirmado: el atontamiento tiene tres canales: la herencia, el esfuerzo personal y las pastillas que ya parecen haberse inventado.

Realmente me divertí bastante en mi primera semana en este cargo que nunca había desempeñado en un diario. Espero haber dejado, a algunos lectores, mejor informados de lo que ya estaban, acerca de la intimidad de ese mundo, generalmente oculto. Prometo más para cuando haya hecho nuevos acopios del delito de «no

querer a nadie».

78. OBSEQUIAR A LOS DEMÁS (*PERDER AMIGOS*)

El Día, 19/02/65

Hablándoles a los jóvenes periodistas o aspirantes a ser periodistas deportivos, les decía que el periodista es un descontento en potencia, aunque no quiera estar disconforme con nada. Claro está: les hablaba del periodista cuya existencia crea la necesidad de mejorar lo hecho o de hacer lo que está sin hacerse. No de los periodistas disfrazados.

Y para ponerlos a salvo de cualquier prejuicio de conciencia en cuanto a que pudieran verse señalados como «amargados», «resentidos sociales», «desamorados» y otros calificativos que se le dispensan a todo quien «no se adapta», les recordaba algo más:

La felicidad es un estado de ánimo.

El deber cumplido es un estado de conciencia.

La conciencia satisfecha también crea un ánimo de felicidad.

La felicidad del periodista finca esencialmente en estar seguro consigo mismo de haber OBSEQUIADO a la sociedad alguna actitud que mejore a la sociedad. Aunque esa sociedad no la dé por aceptada y, más aún, aunque esa sociedad se moleste con el obsequio.

También les dije a esos periodistas de mañana que el periodista debe estar siempre preparado para PERDER AMIGOS. Al menos el objetivo de la misión no es ganarlos, aunque la misión bien cumplida pueda acercarlos entre los pocos seres humanos que no confunden «enemigo y desacuerdo».

Un amigo mío aceptó desempeñar funciones de «testaferro» en un club de fútbol de primera división, a cambio de una interesante suma de dinero para cubrir «algo así» como responsabilidades de director técnico. Eso que le dicen «salir a la cancha con los jugadores».

El amigo en cuestión sabía mejor que nadie que él no mandarían, no ordenarían, ni nada que se aproximara a mandar y ordenar. Solamente cobraría un sueldo muy jugoso, y «saldría a la cancha con los jugadores».

Desde mis tribunas periodísticas puse en evidencia esa prestación al engaño de mi amigo. No le gustó. Se disgustó.

En tanto, otros dos amigos míos que también eran amigos suyos, se ofendieron conmigo, considerando que yo no debí hacer pública aquella farsa a la que se prestaba el amigo común.

Argumento principal: «¿Qué te importa que gane unos mangos que nunca podría ganar de otra manera y que si no agarra él van a agarrar otros para hacer la misma comedia?».

Yo perdí, así, TRES AMIGOS.

Pasó el tiempo.

Un día, mi examigo convertido en testafarro a sueldo es hablado, en presencia de su esposa, por quien lo había ubicado como testafarro a sueldo: *«Mirá, tenés que renunciar porque el ambiente está pesado, y si vos te retirás la hinchada se calmará. Después de todo, ya te ganastes unos lindos mangos que no habrías ganado nunca en otra cosa y en tan poco tiempo»*.

Se convino que así se haría. El testafarro renunciaría.

Su esposa, en ese momento, no dijo nada. Pero salió en búsqueda de aquellos otros dos amigos de su esposo y examigos míos. *«Pasa esto, esto, y esto. Avísenle a Panzeri para que esté enterado y él seguramente lo publicará. Si Panzeri lo publica, mi marido no podrá ser echado como quieren echarlo»*.

«No podemos —le contestaron aquellos— porque con Panzeri nos peleamos por haber dicho él lo que dijo de su marido. Pero tome el teléfono de Panzeri y háblele usted como cosa suya».

La mujer reestructuró su plan: de allí se fue a verlo al verdugo de su testafarro esposo a punto de ser liquidado. Y le dijo:

«Usted tiene que mantener a mi marido en el club porque a mi marido no lo quieren por aquella situación que él tuvo con fulano CUMPLIENDO ÓRDENES SUYAS. ¿Se acuerda? Ahora a usted se le hace cómodo decirle a mi marido que se vaya, para arreglar el desarreglo que hizo mi marido al hacer ir a aquel otro porque usted se lo ordenó y mi marido le obedeció a usted. Yo le digo a usted que si mi marido se va del club y usted se queda... yo le cuento todo esto a Panzeri y usted sabe que Panzeri es capaz de publicarlo».

Resultado: el testafarro no tuvo que renunciar. El verdugo decidió no cortarle la cabeza. El testafarro sigue en su puesto y el verdugo también. Y la esposa del testafarro lo mismo: de verdugo del verdugo. En cualquier momento *«me habla para que hable»*.

Yo... ajeno y en Babia. Hasta que lo supe. Y lo supe por gente que *«no me lo podía contar»* pero que *«no aguantaba más las ganas de contártelo»*, Y me lo contó.

Mi examigo, hoy testafarro, no sabe que yo lo sé.

Los dos amigos del testafarro, que dejaron de ser mis amigos, tampoco saben que yo lo sé.

Pero he aquí lo curioso: el testafarro sigue cobrando mensualmente lo que MUY POCOS ARGENTINOS GANAN... merced a este ridículo caso de enemistad mía convertida en aliada suya.

Cuando supe lo sucedido no me envanecí pensando que *«mi palabra es temida»*.

Me envanecí pensando que mi conciencia estaba en condiciones de poder decir que había OBSEQUIADO a alguien de la sociedad.

Y me entristecí pensando cómo, también, puede suceder que el deber cumplido valga como instrumento para seguir falseando los deberes.

Los futuros periodistas que suponen acelerar su proceso de experiencias

escuchándome hablar tres horas por día fueron así sueños de una experiencia de la que yo también era profano. Y que de nada nos servirá más allá de nuestras conciencias, puesto que no veo manera de cómo impedir que el ejercicio del bien y la verdad, o el obsequio de la claridad, no pueda ser usado, como en este caso, en apoyo de la mentira y la obscuridad.

Lo que no impide que uno pueda reírse de lo cómico que es el fútbol y su trastienda humana.

XIII

PERIODISMO DEPORTIVO

Publicó muchos artículos en los que se refiere a su profesión y a sus colegas. La mayoría de ellos críticos. Veía en el ejercicio del periodismo deportivo una serie de vicios y malformaciones que afectaban la dignidad de su oficio. No hacía defensa corporativa. Aunque escribieran o blandieran un micrófono, no eran colegas si no tenían capacidades básicas o la integridad moral necesaria. Al Círculo de Periodistas Deportivos renunció prontamente. Su tarea fue solitaria. En un artículo describe una viñeta del dibujante y humorista Medrano, uno de los famosos **Grafodramas**: «Presenta, en un solo cuadro, sin palabras, una esquina cualquiera de las muchas esquinas transitadas por multitudes de nuestro humano hormiguero. En esa esquina se detiene un hombre solo, tan solo, que repentinamente mira en todo su alrededor, ve pasar a la multitud que por allí circula y se siente perdido: ¡todos, menos él, van vestidos como Napoleón, sombrero revirado y brazo en cruz contra el pecho! ¡Está rodeado de locos!». No es casual la mención, el rescate de esa viñeta. Ese que está solo viendo cómo alrededor los demás van a contramano.

Decidió (en realidad, no se trató de una decisión: no podía actuar de otra manera) luchar contra aquello que no era correcto. El silencio no era una opción para él. Entonces sale a tratar temas complejos y polémicos. Y, con razón o sin ella pero siempre con argumentos, reclama que saquen a los periodistas de los vestuarios, que los relatores no destruyan el lenguaje o que se dejara trabajar como críticos de fútbol a exjugadores. Exige preparación a los periodistas deportivos. Preparación y talento que encuentra en unos pocos a los que no duda en elogiar. En Alberto Laya (Olímpico), en Ulises Barrera (a pesar de defenestrar al boxeo), en Félix Frascara, en Fioravanti o en su maestro Chantecler.

Lucha contra un periodismo deportivo que esgrime a cada rato la hipérbole y los superlativos, el grito y la emoción impostada. A esos los llama «Los Muñoces». Pese a los ataques que recibe y a las falsas imputaciones, no hay desapasionamiento en Panzeri. Se sigue conmoviendo, pero solo con aquello que vale la pena. El otro periodismo deportivo, el que exalta cualquier cosa, el que simula estar excitado todo el tiempo, es el verdaderamente frígido.

79. EL LLAMADO PERIODISTA DEPORTIVO DEBERÍA RENDIR UN EXAMEN DE LA ESPECIALIDAD DIALÉCTICA Y DOCENTE *ES LA ÚNICA PROFESIÓN EN LA QUE BASTA CON SER AUDAZ*

La Opinión, 30/03/75

Los periodistas deportivos, con mi inclusión en primer término, somos, en inmensa mayoría, fruto de la audacia de escribir o hablar de lo que sabemos poco. La generalidad ingresamos en la profesión porque alguien que subestimó la importancia del deporte consideró que «no le hace mal a nadie»; o, simplemente, porque tuvimos amigos, circunstancias o audacia para ejercerla.

La hilaridad que produce, como verdadero número humorístico, el vocabulario que frecuentemente se utiliza por radio o televisión para transmitir y comentar el hoy llamado «evento deportivo», no puede quedar en mera sátira de algo que, en estos momentos, es una de las pocas cosas que nos divierten. Responsablemente, al mismo tiempo que reírnos por lo divertido que es escuchar aquel concierto de alaridos y asesinatos dialécticos, es ineludible empezar, alguna vez, a resolver este auténtico problema del subdesarrollo mental argentino.

En Brasil, una emisora radial del Estado de Paraná, es sometida, en estos momentos, a un sumario informativo, por presunta incitación a la violencia entre los espectadores de un partido de fútbol que transmitía radio Colmeia, de la localidad de Uniao Vitoria. Lo edificante de la acusación es que ella no partió de nadie supuestamente enemigo de los periodistas deportivos, sino de la Asociación de Cronistas Deportivos de Paraná (France Presse, 18-03-75). Incitados desde la radio por el periodista **especializado** en llevar emoción a oídos abiertos y ojos cerrados, los espectadores produjeron desmanes que culminaron con un muerto y seis heridos.

No tengo particular animosidad contra los profesionales de aquella gimnasia semanal de los relatos emocionantes. A su gran mayoría ni siquiera la conozco. La única inspiración de esta sugerencia para regular la profesión de periodista deportivo, como lo están todas las profesiones con responsabilidad docente de masas, es que la sociedad no siga siendo impunemente dañada desde el dislate verbal, que suele extenderse al dislate del pensamiento colectivo.

No es accidental que hasta los más altos núcleos del intelecto público hayan heredado de transmisiones futbolísticas hábitos ridículos como el «digamos» (para preceder el acto de «decir algo»), «decepcionemos», «evidentemente», «sensacional», «mentalidad ganadora», «promoción del país», «como ser humano» (referido siempre a alguna persona, no a otro ser de la especie animal). Todos esos

hábitos, y cientos que podrían mencionarse, tienen origen futbolístico; o, más específicamente dicho: llegan del supuesto arte de hacer «brillante y emotivo», con palabras, un partido de fútbol que frecuentemente no resulta ni brillante ni soportable, milagro del que es capaz un micrófono (mucho más lo era cuando no existía la televisión).

En resumidas y tristes cuentas: los que no saben hablar, le enseñan a hablar mal al país. O, cuando menos a una inmensa mayoría. Tampoco son accidentales los pegadizos «viste», «e'ir», «bueno, la verdad», «tás cuenta», «importante», «maravilloso» que pululan en el estupidario lingüístico de los argentinos de la presente generación. Siempre los malos ejemplos se propagan con una velocidad que jamás acompaña a las buenas ideas.

Es absolutamente profiláctico que el país empiece a aprender a hablar mejor que aquellos profesionales de la publicitación emocional del deporte. Los exámenes de idoneidad previa para el ejercicio de múltiples profesiones llegan, en el caso de los lectores de avisos comerciales por radio y televisión (locutores), a exigir dominio de idiomas y de otros conocimientos, que se suponen básicos. En el periodismo deportivo, el ejercicio de la profesión, que algunos llaman especializada, no tiene ni especialización deportiva, ni cultural, ni dialéctica. Se puede decir, por radio, que un conde y un príncipe son, al fin de cuentas, una misma cosa, porque ambos «son títulos inmobiliarios» (de un ronco relator, algunos años atrás, a propósito del piloto siamés Bira).

Paradójicamente, la calle-oyente y el gremio coinciden en admirar a quien llaman maestro de aquel oficio, en el que efectivamente lo fue por su buen gusto para el lenguaje, su corrección, su moderación: Joaquín Carballo Serantes (**Fioravanti**). Pero tal magisterio no tiene discípulos ni imitadores. Parece que la escuela de **Fioravanti** es también un mito, como lo fue la del *crack* de fútbol al que lo sigue el vacío de *cracks* (como ahora en Brasil, con el alejamiento de Pelé), o la pregonada experiencia internacional, que nunca deja experiencia alguna porque los protagonistas de la experiencia son casi siempre reemplazados por otros, que aún no hicieron la experiencia.

Los periodistas deportivos suelen emerger, ahora, de llamadas «escuelas de periodismo» que de ninguna manera cubren exigencias de idoneidad en el futuro docente social, a través de la descripción de un «Gol-gol-golgooooooolllllll-gol-gol-golgooooooollllllllllll» (se tiene la sensación de que el personaje cae extenuado dentro de una cabina provista de oxígeno para asistirlo). Este es un acto comediante únicamente admitido, tratándose de fútbol, en América latina. El resto del mundo suele oír entre asombrado y estupefacto esas parábolas de la voz.

Es imposible educar a alguien para que sea idóneo en deportes de modo tal, puesto que el deporte empieza por ser un constante imprevisto, un mero juego de azares. Pero es exigible que los periodistas de deportes (especialmente los que ocupan micrófonos sujetos a control de organismos encargados de preservar la educación y la

libertad) rindan, con antelación al ejercicio de esa profesión, alguna prueba de mayor aptitud, como maestros que deben ser del acto de pensar y de hablar. Y, obviamente, del sentido de lo ético y lo mesurado, que también brilla por su ausencia en estas incursiones periodísticas. No ocurre, con ellas, lo que con el periodismo escrito factible de control previo (no se interprete esto como una admisión de una censura; el control lo puede realizar su propio autor). Aquellas son todas improvisaciones, puestas al alcance de los menos aptos para improvisar, dentro de emisoras en las que, muy curiosamente, se exigen libretos previamente aprobados para muchas difusiones. Pero no para estas por las que hace años se enseñó a decir **haiga** y **dea**, y por las que ahora se enseña a distinguir 18,30 metros de 18,40 metros, a una cuadra de distancia, tras lo cual se pregunta a un ayudante quién es el jugador que va a shotear, pese a que ese jugador tiene nada menos que 1,90 metros de estatura.

Si la radio educa, también tiene que educar cuando transmite deportes. El periodista deportivo es uno de los eximidos de probar idoneidad en el tema que trata, y en el magisterio que ejerce. Lo confundió con una comedia, y el país se acostumbró. Hay que desacostumbrarlo. El Estado tiene la posibilidad y la obligación de hacerlo. La radio no debe ser solamente audible en días de recogimiento.

80. EL LÉXICO DE LOS RELADORES RADIALES Y TELEVISIVOS PUEDE DARLE AL FÚTBOL LA ALEGRÍA QUE LE QUITARON SUS JUGADORES (UN FÁRRAGO DE OBVIIDADES Y NEOLOGISMOS SE DESCARGA SOBRE LOS OYENTES)

La Opinión, 19/03/75

Tener un hijo al que empieza a preocuparle el fútbol, supone, de pronto, estar obligado a soportar un domingo de fútbol a través de la radiofonía. Máxime si el equipo de los amores de aquel chiquilín anda por el fondo de la tabla, y ese domingo el chico está pendiente de saber si al día siguiente podrá o no salir a las calles de su barrio, según lo estén esperando sus amigos para mofarse del equipo de sus padecimientos.

Así fue que el domingo, decidido a no concurrir a ninguna cancha por estar ya actualizado respecto de lo que son River, Independiente y los que pueden ocupar mi atención, hube de programar una tarde en familia que, sin embargo, no pudo eludir el encendido del transistor con el que mi hijo jugaría su pasaporte o su enclaustramiento del lunes. Solamente pude imponer una condición: «Ponemos la radio pero siempre que no lo pongas a Muñoz».

Así fue que nuestra audiencia recorrió todos los demás relatores de fútbol, aunque sin saber en ningún momento de quién se trataba, según las transmisiones tienen un uniforme grito, una uniforme extensión de **oes** ante la conversión del gol, un idéntico vocabulario semitrágico que los extranjeros debutantes con nuestros relatores futbolísticos interpretan como si en el país se estuviera produciendo alguna catástrofe.

Y otra característica dominante de esas transmisiones es, desde luego, la audacia con que sus voces, esforzadas por ser **brillantes** y tener **swing**, nos reconstruyen el idioma que los españoles han confinado en una terminología que —por lo escuchado— no tiene capacidad interpretativa para las emociones futbolísticas.

Una sensación muy frecuente en este fútbol que hoy padecemos los argentinos, es que en las canchas y en las tribunas ha desaparecido el buen humor. Ese rasgo es notorio en la observación fotográfica o televisada de los jugadores: están todos en serios menesteres laborales. En su enorme mayoría, se les ve serios, adustos, preocupados, dramatizados, angustiados, como que están trabajando (6 000 000 de pesos viejos cobró cada jugador de Independiente por el partido con Atlético de Madrid). A todos los absorbe el tremendismo de «el país», «el grupo humano», «la promoción», «el operativo», y en esas condiciones es casi lógico que el fútbol no

tenga ya buen humor, ni en la cancha ni en las tribunas.

Alguna sonrisa es comercializada, y forma parte del mismo negocio dramático. Si ganan, están preocupados por invertir el dinero que da la victoria. Si pierden, por el dinero que dejaron de ganar. Si aún no jugaron, por el sacrificio que les espera. Si vienen de hacer el sacrificio, por lo que tendrán que vender dialécticamente ante quienes les piden declaraciones. En las tribunas se vive el mismo drama que interpretan los vocingleros relatores y comentaristas con aquel lenguaje y aquel tono de **brillante tragedia nacional**. Es así como todo el fútbol perdió risa, perdió chispa humorística, y se llenó de disciplina, seriedad, trabajo y sacrificio.

Pero es hora de señalar un excepcional servicio de recuperación de esos atributos del fútbol; ese servicio debemos agradecerlo a esas transmisiones radiales. Son el último y el único refugio de buen humor que tiene el fútbol argentino. Con un solo riesgo que esperemos no se materialice jamás, para que los argentinos tampoco perdamos la posibilidad de vivir domingos realmente felices, alegres, reideros, como resultó el de esta experiencia. Ese riesgo es que las autoridades del COMFER llegaran a exigir, de quienes utilizan a la radiofonía y la televisión con el pretexto del periodismo deportivo, la satisfacción de ciertas exigencias culturales, idiomáticas, de vocalización, como las impuestas a los locutores que reciben el carnet habilitante. De periodista de fútbol aún no hay, hasta ahora, exigencias de ese tipo que cubrir. Parece así garantizada la estabilidad para aquella fuente de buen humor.

El festín empieza con el anuncio de los equipos y sus mínimos pormenores formativos. Se tiene la sensación de que algunos ululantes cronistas cobran por palabra dicha. Porque, por caso, para informar sobre quienes estarán «en el banco de juego» (sic) hubimos de saber que tienen tres o cuatro nombres, todos prolijamente enunciados, dos apellidos, el número que llevan «en la espalda» (salvedad por si alguien sospechaba que lo podrían llevar en la cara), y una aclaración final ciertamente tranquilizadora para el oyente: «Listos en el banco para ingresar en cualquier momento que lo disponga el responsable técnico».

Pero lo más desopilante viene después. Un jugador fue expulsado: «¡Y en estos momentos una tarjeta roja ilumina la cancha!». Parece haberse producido una buena jugada: «¡Y aquí estalla una ovación de aplausos!». Alguien se lleva la pelota, en acción individual: «Mengano traslaciona el esférico y Fulano se suma al ataque para recepcionarlo».

De pronto, hay un cambio de jugadores que determina la salida del encargado de usar el brazalete de capitán: «Tenemos ahora abierta la expectativa de quién será el encargado de ejercer la jerarquía capitaneadora».

Al terminar el partido, viene el gran postre con más de dos horas de un idioma realmente muerto por la risa que suele producir lo alegre, confinado en el recinto de lo trágico y lo serio: hablan los jugadores. Entonces, alguien como Pernía demuestra cómo ha bajado nuestro nivel mental. Si habla de dirigentes: «A nivel de dirigentes». Si alude a los jugadores: «A nivel de jugadores». Si se refiere al público: «A nivel de

hinchada». Todo ha tomado un nivel. Parece ser el nivel de la obligación común de imitar a los grandes docentes del mal hablar nacional.

Y como remate de todo, el coro de periodistas que les desea triunfos a todos, a los que pueden ganar y a los que no pueden siquiera jugar. Es una toma de partidismos consentida por la consigna de la más austera imparcialidad de nuestros monitores del subdesarrollo mental, a través de un partido de fútbol transmitido por radio.

Me dicen que con Muñoz la cosa es aún más divertida, porque dice «la reina de la República de Holanda», «la harina de otro costado», «la idiosincrasia argentina», «el enjuague del déficit», «el estasis» (por éxtasis); «policromía de colores». La próxima vez lo escucho a Muñoz.

81. LA OFENSA

Radio Municipal, 05/05/65

Producido mi alejamiento de la revista El Gráfico por las razones de respeto a mi propia orientación que ya señalara en estas charlas, veo que sus nuevos orientadores han lanzado una publicidad orientada a su mayor venta en la que con mucho énfasis se promete, además de una revista «distinta», una revista «SIN OFENSAS».

No puedo ser tan indiferente ni tan cándido como para no reparar que el nuevo periodismo que El Gráfico promete a sus lectores está diciendo que el periodismo practicado hasta ayer bajo mi dirección era un periodismo de ofensa. O que ofendía.

Aquí termina mi referencia a El Grafico, y su nueva orientación, ya que de ninguna manera pretendo enjuiciarla siendo que interpreto que el verdadero ejercicio de la libertad empieza en la manifestación por cada uno de lo que realmente piensa, cosa que en este caso están haciendo mis sucesores en El Gráfico.

Pero lo que sí me interesa desarrollar es el tema de la llamada «ofensa» en el ejercicio del periodismo.

¿Qué es la ofensa en la crítica o el análisis periodístico del deporte y en especial del deporte profesional que se entrega al público como espectáculo rentado? ¿Qué es la ofensa de la crítica de aquello que se expone a ser criticado (criticar puede ser elogiar o censurar) y llama a que lo critiquen en el mismo momento que pone una boletería por delante del derecho de verlo, hace publicidad acerca de sus bondades y de hecho está reconociendo que quienes lo compren digan que les gusta o no les gusta? ¿Qué es la ofensa en ese caso?

Eso es lo que nunca se aclara cuando se habla de periodismo sin ofensas o de periodismo que ofende.

Y es curioso algo más dentro de esa retorcida, y bastardeada y pusilánime interpretación nunca definida de «la ofensa»: es curioso que nadie se sienta ofendido cuando en la prensa deportiva se le llama «loquito», es decir pequeño demente, a un jugador; o se dice de otro que no puso mayor empeño, es decir que se sugiere que estafó sus específicas obligaciones de rentado; o se acusa a otros de no haber puesto «garra», que supone haber jugado con displicencia y en tal caso facilitado al adversario sus propósitos. El periodismo que se autotitula «humano» y hace profesión de bondad (supuesta bondad) cree que eso no ofende y lo cree así, sin duda, porque el público no ve ofensa en tan graves insinuaciones.

Debemos entender entonces que en lo deportivo, y en especial en lo futbolístico, el periodismo de ofensa es aquel que sería el ideal de la llamada democracia occidental (los orientales también dicen ejercer la democracia), puesto que según el Presidente de los Estados Unidos en palabras dirigidas a los directores de prensa de su país, gobernantes y periodistas —dijo Kennedy— «tienen con el pueblo la

obligación de exponer los hechos verdaderos, expresarlos con claridad y en perspectiva». Yo pienso que eso hace —y no ofenda sino a un prejuicio de la infalibilidad, en cuyo caso no ofende— el periodista que honradamente dice que tal futbolista no está dotado para tal cosa del fútbol, puesto que ese mismo periodista tendrá que avenirse al derecho que otros tendrán de decir que él, el periodista, no está dotado para opinar de fútbol, en cuyo caso tampoco será ofendido.

Por eso pienso que la llamada «ofensa» a través del periodismo, mientras no lleguemos al terreno del agravio o la injuria, es un estado de temor a la verdad (que es una forma de propiciar la esclavitud) y de comodidad para la navegación en la prescindencia dentro de un contingente de «comprometidos», mucho más que una efectiva herida en la persona o personalidad del enjuiciado.

En todo caso: el recurso para «pasarla bien» de los muchos no capacitados para enfrentar la inevitable mala pasada de la vida en algún momento de ella.

82. FIORAVANTI: UN MAESTRO AL QUE NADIE IMITA

Satiricón, diciembre de 1975

Todo lo que genere educación masiva (y eso hacen televisión y radio en mil formas distintas) tiene que encomendarse a quienes sean incommunes. Como sería el caso de Fioravanti transmitiendo partidos de fútbol. Fue lo mejor que se escuchó porque no era un intelectualoide ni un gritón. Y Fioravanti triunfó con esa línea, pese a que por aquellos años ya había «muñoces» haciendo conciertos de gritos, desparramos de inyecciones para subdesarrollar mentalmente a la población. Ganó Fioravanti. Y lo aleccionador es que ganó entre la gilada y entre la aristo. Ahora lo llaman maestro. Pero nadie lo imita. Pese a que somos un país esencialmente imitador, muy poco creador. Razón por la que en radio todos gritan o de pronto todos susurran. ¡Qué risa dan ciertos gritones de las horas de sol, que a la hora del *smoking* se ponen el disfraz de la voz culta de Edmundo Sanders o Ignacio de Soroa! Son más vulgares que revista deportiva con un jugador de Boca o River en la tapa. O más estúpidos que tipos con pelucas de pelo largo, saco a cuerdas, polera blanca y zapatos con plataforma... (a los 50 pirulos).

83. ¡CHAU, FRASCARITA!

El Gráfico, 07/03/62

«Félix Daniel Frascara, comentarista olímpico, 75 horas de vuelo efectivo, Buenos Aires, París, Londres».

Así rezaba una tarjeta con la que una mañana, de aquellas que inauguraba con un sonoro y risueño grito de... «¡café, urgente!», Félix Daniel Frascara presentó a sus compañeros de redacción (entonces Ricardo Lorenzo, Sergio Pinto y Dante Panzeri), sus matutinos y respetuosos saludos de todo nuevo día.

—¿El señor Lorenzo?

—Sí, ¿qué decís?

—Mucho gusto, Frascara.

Y extendió aquella tarjeta.

Había regresado de su viaje a los Juegos Olímpicos de 1948.

Miramos aquello tan extraño, lo leímos con despreocupación primero, con asombro después.

—¿Y esto?...

—Como los vendedores de medias... Buenos Aires-París-Londres...

Qué bohemio, qué literato, qué poeta. ¡Cuántas condiciones propias de su refinada sensibilidad y cultura mostró Félix Frascara a través de sus 35 años en el periodismo, desde sus lejanos comienzos allá en «La República»! La gente olvida con frecuencia la mejor de las facetas de Frascarita: la del humorista. La del humorista con galera y bastón. La del humorista con elegancia. La del humorista espontáneo. Con la espontaneidad de una vida consagrada al buen humor para con todo, aun con lo más dramático. Lo que frecuentemente lo llevaba a girar su cabeza hacia mí, para decirme:

—¡Este tipo vive en serio! ¡Y todo lo que dijo lo dijo en serio! ¡Pero pobre tipo; qué poco va a vivir!

Así se expresaba comúnmente cuando alguien dramatizaba algo de lo mucho que para Frascarita no admitía drama.

Félix Frascara admitía un solo drama en la vida del hombre: quedarse sin amigos en algún momento del tránsito que aquella nos reserva «sobre una esfera grandota llamada Tierra».

Para Frascarita la copa era un símbolo. La copa tenía para él el sentido de una comunicación con el amigo que estuviera del otro lado de la copa. Las copas de Frascara eran «una copa y por lo menos un amigo del otro lado».

Por eso hace pocos días, «retirado» como él decía «del estaño», dijo estar feliz, muy feliz, con una nueva vida que estaba conociendo merced a unos amigos nuevos que había incorporado a ella.

—¿Y quiénes son? —le preguntaron.

—Esos muchachos, coca cola, naranjada, agua mineral... Son macanudos...

Para Frascara existía el ritual de la copa, no de su contenido. Junto con ella estaba lo sagrado de su vida, aquello por lo que tantas veces se le oyó decir: «Brindo por nosotros y la amistad». Eso estaba en cada copa de Félix: ¡La amistad! Por eso no bebía a solas. Siempre que hubiera una copa debía estar UN AMIGO.

Ningún matiz dramático en su vida. El único drama, decía, era no tener amigos. La única herencia que deja un hombre en la tierra son los amigos. Pobre muere quien no los cosecha.

Por eso no tuvo dramas. Porque tenía legiones de amigos. Porque entendía la amistad como una religión. Nunca tuvo palabras «en serio». Todo en él era buen humor. Su espontáneo buen humor que jugaba incluso en los momentos de la discusión más apasionada.

Por eso era en potencia un enemigo del boxeo. Inexplicable contradicción —explicable para quienes lo conocíamos bien— del probablemente mejor crítico de boxeo que dio el periodismo argentino y de la figura probablemente más querida que entre los allegados a sus *rings* haya tenido el boxeo nacional. La observación es simple: Frascarita odiaba la violencia, no admitía el litigio por vías de lo rudo, le repugnaba pensar que dos hombres se golpearan. Frascarita odiaba «ese» boxeo. Y por eso sus mejores páginas, sus poesías en forma de comentario periodístico, las hizo con los que él llamaba «los señores». Siempre lo cautivó el señorío humano, mucho más que el talento, del que era devoto admirador. Y «los señores» fueron para Frascarita los Landini, los Raúl Rodríguez, los Cirilo Gil, los Fernandito. ¡Ese era el boxeo que a Frascara lo ponía en vena de Frascarita para comentar boxeo! En la misma forma se condujo en el fútbol. Los taponazos de Bernabé, los «golazos» de Bernabé, fueron objeto de su elogio. ¡Pero la delantera de Estudiantes fue motivo de su eufórico elogio... y de regocijo para su sensibilidad!

Vivía con la consigna de lo bello.

—Pero mire, Frascara, que eso será muy lindo pero prácticamente...

—Y bueno, está bien. Pero a mí, por favor, déjeme con lo mío.

Es probable que el retrato más acabado de Frascara-periodista, de Frascarita-humano, se haya condensado en aquella nota de «El Gráfico» del 18 de noviembre de 1938.

Se realizó en Buenos Aires el Campeonato Panamericano de Boxeo. Y representando a Brasil actuó un negrito negación del boxeo. Negación porque se daba la extraña paradoja de un boxeador que no quería pegar ni que le pegaran. Un hombre que llegaba al *ring* ignorando las razones por las que había subido al *ring*. Era un cobarde. Era el negrito Ireneo Nascimento, que al grito de «nao, nao» se refugiaba contra las cuerdas e imploraba al adversario que no le pegara, que no peleara.

Frascarita hizo una página con «esa nota». E hizo la apología del negro «cobarde». No la apología boxística. Sí la apología del hombre que no entendía que

la vida pudiera incluir la agresión, ni aun la agresión convenida en términos deportivos.

Frascarita era lo que él vio de bueno en aquel negro «cobarde»: antiagresión. Frascarita vio en el negro a un mal boxeador. Vio también la humanidad. Se vio a sí mismo en el «pelearse es de necios». Y lo rehabilitó.

Frascarita consideraba que en la vida del hombre faltaba algo de la vida de los pájaros. O más exactamente: que al hombre le faltaba algo de gorrión. El vuelo a través del espacio «no le hace mal a nadie». Frascarita quería una humanidad que volara. Y si la humanidad prefería pisar continuamente sobre la tierra, él reclamaba y usaba del derecho de volar... De volar con un amigo puesto «en la parte de atrás de la copa». Que nunca sería «la última». Religiosamente afirmaba que solo había «penúltimas».

De pronto:

—¿Y cuál es la parte de atrás de una copa? —se preguntaba.

—¡Qué problemas que tiene la vida! ¡Cuántas cosas difíciles de contestar que hay! —se respondía.

Frascara era gorrión de alma, de espíritu, de sentimientos. Transigió con la utilidad de la máquina de escribir como elemento de trabajo. Incluso llegó a dominarla como un periodista de nuestra época. Pero todo lo que no fuera «el original» que va al taller era escrito por él «a mano», con lápiz. Ni siquiera estilográfica. Lo que más amaba, la poesía, la prosa, sus «manises»... lo escribía con lápiz. El lápiz podía ser menos cómodo y menos moderno. ¡Pero lo veía tan propio de la época con la que se identificaba su ser! Porque Félix Daniel Frascara no «pertenecía» a la época donde el hombre escribe a máquina como una máquina.

Aquella misma personalidad que volcó en la rueda eterna de sus amigos la derramó en cada una de sus notas en «El Gráfico». La regaló generosamente para que mejor vieran la vida todos quienes con él dialogaran. Fue fuente generosa de fraternidad auténtica dentro de toda la Editorial Atlántida. Frente a los más grandes problemas, en «El Gráfico», en la casa..., Frascarita tenía la virtud de ser bálsamo. Bálsamo para todo. Para los Vigil. Para los menos importantes. Verlo a Frascarita era reaccionar dulcemente, ver más claro lo que parecía inevitablemente negro, tener la esperanza de la solución según su filosofía de...

—¡No hay problemas! ¡Qué va a haber problemas!

¡Cuántas veces tuvo razón! ¡Cuántos problemas, tal como él sentenciara, quedaban diluidos! Acaso porque el buen humor que de él recibíamos nos «obligaba» a ver la vida «a lo Frascarita». ¡No hay problemas! ¡Qué va a haber problemas!

«El saludo está bien en todas partes», solía reflexionar. Quizá por eso Félix siempre se anunciaba con su «Buenas...» «Buenas...», nada más. Al margen del reloj. Al margen de los horarios. Nunca el solemne «buenos días... buenas tardes... buenas noches...». Solamente «buenas...». Es que Frascarita no veía malas. Allí está la explicación. Volando, como él volaba, no se ven las malas.

Su partida es nada más que la continuación de su vuelo permanente. Frascara pudo siempre volar porque para mantenerse en las alturas no se necesitan las energías de los que «pisan en la tierra». En ese reinado no tienen cabida los que se nutren de valores ni los que usan su fuerza para llegar primero. Allí siguen soñando los que han soñado siempre. Los que han soñado con ese mundo de sueños, aun en la tierra. Los que quizá ya lo frecuentaban. Solo se necesitan para llegar fuertes alas de cóndores. Majestad espiritual. Salud interior. Sueños. Tal como era Frascarita: un millonario de sueños. Allá arriba seguirá, sin duda, vaciando sus bolsillos llenos de cordialidad, llenos de afecto. Seguirá pensando que ni con todas las jerigonzas del mundo se logrará expresar, siquiera con mediana emoción, la belleza que vive a nuestro alrededor o la trágica crueldad de todo lo que es amargo en nuestra vida. Decía ante lo hermoso:

—¡No hay palabras, no las puede haber, no las inventaron!

Frecuentes solidarios de esa expresión de Frascara, hoy mejor que nunca queremos exhumarlas.

«No hay palabras, no las puede haber, no las inventaron» para recordar a Frascara. Para eso hay que utilizar las suyas. Sus propias palabras. Recordar la fina ironía de su humor. La chispa de su ingenio. La cordialidad de sus «Buenas...». El mensaje confortante de su bonhomía. El tono menor de su voz. El mismo «silencio de su vida». Suave. Sin violencias. Sin gestos agrios. Sin vanidad. Sin solemnidad... Fino, sentimental, poeta, periodista chispeante y talentoso. Todo eso es Frascara. Quizá se sienta ahora más gorrión que nunca. Quizá se sienta ahora más que nunca «aquel vendedor de medias» de la tarjeta de viajes, cuando voló a Londres. Y seguramente más feliz de saber que este viaje no tiene fin. Que no estará signado por el inexorable despotismo del reloj, que muy poco usó Frascarita.

Frascarita siempre, con 20, 55 o 5000 años... ¡Chau, Frascarita!

XIV
PANZERI Y EL GRÁFICO (*UNA RELACIÓN MUY PARTICULAR*)

Fueron poco más de tres años. Bastaron para marcar una época. El Gráfico de Panzeri. Ni de Editorial Atlántida ni de los Vigil. Apenas tomó el mando de la revista, se la apropió. La revista adquirió, de inmediato, hondura, análisis, capacidad crítica, espíritu pedagógico, polémica y limpieza. Perdió reportajes, notas de color, alegría y ventas. La nueva era marca el alejamiento de dos figuras míticas como Frascara y Ricardo Lorenzo Borocotó. Los nuevos críticos son Osvaldo Ardizzone y Ernesto Lazzati. El Gráfico ya gozaba de un enorme prestigio. Era la revista deportiva de mayor relevancia de habla hispana. Cientos de miles de ejemplares semanales y cuarenta años de historia. Fueron tres años en que se mimetizaron: Panzeri era la revista y El Gráfico era Panzeri.

El lector fiel empezó a notar los cambios. La revista que lo había divertido y confortado se había convertido en otra cosa. Por momentos era árida; en otros, incomodaba. Quien iba a sus páginas a revivir el triunfo de su equipo se encontraba con que los críticos no hacían hincapié en la épica de la victoria, sino en lo mal que se había jugado. Ese jugador que había hecho que las manos quedaran rojas de tanto aplaudir era denostado en la revista por su falta de técnica o inteligencia. Ante cada evento deportivo importante, El Gráfico realizaba un pronóstico previo. Daba su opinión a priori. Y esa opinión nunca alimentaba las esperanzas; por lo general era fatalista. No se alimentaba ni la euforia ni el exitismo. Pocas veces se equivocaba.

Avisa Panzeri: «Es obvio que no estamos con nadie ni contra nadie. Estamos con principios y contra lo perturbado. La revista no informa. Comenta y critica». Las cartas de lectores comenzaron a llegar. Apoyos irrestrictos y rechazos feroces. Sin términos medios. Lo que le gustaba a Panzeri. La polémica se había instalado en la calle. Y llegó rápidamente a las páginas de la revista. Largas notas explicando sus posturas, su manera de entender el fútbol y la profesión. Avisando también que ese era el rumbo, que no lo iban a torcer.

A la distancia se puede suponer que esos artículos se utilizaban para ocupar páginas ociosas al final de la revista en épocas donde no había demasiada actividad para publicar. Nada de eso. Ocupaban siempre las primeras páginas de la revista y relegaban a los comentarios de partidos como Boca- Independiente o River- Racing. Es difícil encontrar en la historia del periodismo argentino otro ejemplo tan drástico de autoreferencialidad. Panzeri, convencido de que estaba produciendo un gran cambio, lo anunciaba y explicaba cuanto fuera necesario. Además, no relega la autoestima. Es tanto el impacto de estas nuevas ideas y de estos modos inéditos que comienza la disputa por atribuirse la paternidad de esta novedosa escuela crítica. Pepe Peña y Neustadt atacaban por televisión, Panzeri se atrincheraba en su revista y disparaba a mansalva.

El episodio del suelto de Alsogaray marcó el fin de una etapa para Panzeri, para El Gráfico y para el periodismo deportivo. Da la impresión de que si no hubiera ocurrido ese episodio, de todos modos la salida de Panzeri se habría consumado en

corto tiempo. Demasiada radicalidad para una revista masiva. Demasiada intensidad. Su salida provocó un gran impacto (y muchas sonrisas). Notas en diversas revistas, reportajes, cartas de lectores indignados, comentarios ácidos en los programas radiales. Panzeri no tuvo inconvenientes en brindar su versión de los hechos que jamás fue desmentida por las autoridades de la Editorial Atlántida.

84. DISCUTA EN PRO DEL FÚTBOL, PERO NO DISCUTA «POR» *EL GRÁFICO*

El Gráfico, 04/05/60

Hemos buscado la polémica. Pero la otra polémica, no la que en este momento se desarrolla en torno de *El Gráfico*, de lo que decimos y también de lo que NO dijimos (esto es muy frecuente, sea porque no todos saben leer bien, sea porque no todos los que dicen haber leído realmente leyeron: «me dijeron»... es la excusa usual en estos casos).

Hemos buscado la polémica del esclarecimiento. Aquella destinada a determinar qué es lo justo, lo mejor. No la muy mezquina de establecer quién está en lo justo o quién tiene en sus manos lo mejor.

Hemos buscado la polémica pensando muchas veces en el que parodiando cierta frase muy en boga podría configurar el caso de «el milagro brasileño».

Aquella tarde en Maracaná tan tristemente recordada por los brasileños y tan eufóricamente exaltada por los uruguayos (final del Campeonato del Mundo de 1950) resultó en aquel medio (el de los perdedores) mucho más dramática que para los argentinos la tarde «de Suecia». O las tardes, en plural, porque no es el caso de falsear tan pronto una historia reciente y decir que solamente hubo drama el día del 1-6. También lo hubo cuando se perdió inicialmente con Alemania 1-3. Esta derrota —como siempre sucede cuando el exitismo suplanta al razonamiento en la emisión de las emociones— se borró con la engañosa victoria siguiente ante Irlanda 3-1. Pero eso es otra cosa. Los dramas fueron dos. El gran drama uno solo. Regresemos a Maracaná.

Aquella derrota fue una lección (y para los uruguayos no dejó de ser un engaño: creyeron que la celeste podía seguir siendo la celeste nada más que con «el espíritu» de Scarone, Lorenzo Fernández o Nazzasi en la versión moderna de un Obdulio Varela). Pero una lección aprovechada. Brasil supo empezar de nuevo. Tuvo el coraje de empezar de nuevo. ¡Vaya si era necesario tener coraje! Se trataba de ralear un sistema de indisciplinas técnicas y ambientales raleando las propias glorias de una técnica **no precisamente culpable de aquellas ni de la derrota en sí**. Se atrevieron. Soportaron el desaire aparente de la nueva derrota de 1954. Pero llegaron a la gran victoria (y toda su saludable secuela, especialmente económica) de 1958. Última versión: Palmeiras y su fútbol lleno de luces y goles.

Ese ha sido y ES en cierto modo nuestro plan. Con el derecho de haberlo dicho ANTES de Suecia, iniciamos después de Suecia una corriente (que aunque resistida gana adeptos, no se nos negará) que quiso y quiere llegar a lo mismo. Podría ser ella así llamada: **importación de las disciplinas y conductas europeas, fortalecimiento de la condición natural del futbolista argentino** (su talento, su habilidad, su

fertilidad de ideas en algún caso llamada improvisación). Paralelamente hemos interpretado que también a nuestro mundo le llegó la hora de la jerarquización de ese espectáculo en función directa de tal: de espectáculo. Y por eso nos pusimos en el bando de la entrada cara, de la no televisión por razones sentimentales, de la expulsión del bandolerismo de las canchas, de la higienización de los estadios, del buen trato del espectador, de la mejor retribución del futbolista a condición de una mayor dedicación integral del futbolista al fútbol. En suma: de todo lo que hace al honrado espectáculo de gran categoría. Así, entre otras cosas, la seriedad del dirigente ocupando su lugar y no el del técnico; la seriedad del jugador limitándose a jugar en la cancha; la seriedad de los asistentes guardando la compostura y lugar de sus congéneres confundidos en la platea entre el resto de los espectadores (jamás ridiculizando su función con espectaculares ingresos ni poses en fotografías); la seriedad de los técnicos estudiando mucho, muchísimo.

Hemos buscado la polémica alrededor de todos esos temas como una manera de lograr el fin que pareciera estar en el deseo de todos. Lo repetimos por dos veces cierto: DE TODOS. ¿O es que alguien no quiere llegar a todo eso? ¿Alguien no quiere que el fútbol argentino sea el brillante y lleno de goles que puede lograr nuestra técnica; el disciplinado y respetuoso que impuso una mentalidad social de tipo europeo; el higiénico espectáculo que resulta en casi todo el mundo?

Todos quieren eso. ¿Y entonces?, ¿a qué viene tanta dificultad para llegar a ese fin de la ambición común? No podríamos culpar solamente al dirigente de ese retraso en el recorrido de un camino que tarde o temprano hemos de recorrer. El dirigente del fútbol argentino es, sin duda, el principal agente de perturbación de aquellos fines comunes al gusto y deseo de todos. No se atreve a encarar «el milagro brasileño». No se aviene a ceder las posiciones que mal ocupa. Promete cederlas, pero en seguida se arrepiente. Pero convengamos que la dificultad para llegar a ese milagro también está en la calle, en el medio todo, con exclusión del dirigente. Lo demuestra «nuestro» caso. El de El Gráfico.

El Gráfico buscó la polémica, la gran polémica, recordando aquello de que de la discusión nace la luz. Pero la discusión que buscó estaba girada al fútbol, seguro de que al cabo de ella surgiría el saldo siempre favorable de la reorganización de todo esto que se nos está hundiendo a nuestros pies, no se nos negará, puesto que creemos que TAMBIÉN ES UNÁNIME la certeza de que el fútbol anda muy mal. Coinciden con ello quienes protestan cuando lo decimos nosotros. Pero coinciden.

Y bien; aquí nos encontramos con el raro fenómeno de que aquella discusión, aquella polémica enderezada al fútbol, se desvía (acaso muy provechosamente para la circulación en alza de nuestra revista, pero para mayor retraso del fútbol argentino) hacia una polémica alrededor de El Gráfico, de sus hombres visibles, de quienes lo escribimos, en suma.

No deja de advertirse en el apasionamiento con que se nos discute (semejante para defendernos como para atacarnos) una preocupación girada indirectamente a la

marcha o mala marcha del fútbol. Pero no cabe duda de que el debate ha desviado su temario. No es de El Gráfico que El Gráfico procuró que se discutiera; no es a favor ni en contra de El Gráfico que El Gráfico se propuso revisar los métodos que habían conformado los moldes de la crítica periodística en lo deportivo; no es en pro ni en contra de la «importancia civil» de sus redactores que El Gráfico entendió llegado el momento de hablar distinto, con distintas inquietudes en todos los ámbitos de la organización y vida del fútbol espectáculo.

Pero eso está ocurriendo que el gran público ha confundido los términos de esa «nueva ola» y en lugar de girar la nueva ola al fútbol, del que El Gráfico es un apéndice más de promoción... la ha girado a El Gráfico. A sus redactores, a la persona física de quienes lo escriben. No podemos caer en la hipocresía de decir que eso nos disgusta, puesto que en realidad constituye un favor que se nos está haciendo. Hemos pasado a ser «más inquietantes», vendemos más revistas, crece diariamente el valor de «añejamiento» de nuestras ediciones... se nos dice «importantes», tenemos a mucha gente «preocupada»... Pero hagamos honor a la línea de conducta que acaso sea el fundamento de ese mismo favor del público (a todo esto para nosotros sorprendentemente mayoritario de adherentes a una línea que creíamos más propicia a los «enemigos» que no a los muchos amigos que tenemos en relación de los que creíamos tener). Se nos está haciendo innecesariamente importantes y se está diluyendo detrás de la discusión de si tenemos o no razón, lo mucho más importante que en este caso significa averiguar —discutiendo— cuáles son o podrían ser las buenas razones del fútbol. Las buenas razones de todo este negocio (en doble sentido), que nos afecta a todos, que nos interesa a todos, pero en el que no puede girarse la razón alrededor de la curiosidad por quien la tiene: si un presidente de la AFA, que nunca puede ser la AFA, si una revista como El Gráfico, que nunca debe ser la que desvíe una atención de fondo a una simple atención de forma. Y aquí pareciera haberse deformado el temario público de lo que hay que hacer por el fútbol hacia la estéril discusión de quién está en lo cierto: si El Gráfico o si una opinión externa de El Gráfico que piensa como El Gráfico y quiere lo que El Gráfico, pero no comparte lo que nosotros decimos o lo que sostienen «los grafiquistas» o «panzeristas», porque no hemos de ignorar la realidad de que gran parte del problema se está girando a lo personal de quien escribe estas líneas. El gran error finca para nosotros, no ya en que se esté des arrollando UN JUEGO EN EL QUE SE ESTÁ HACIENDO INNECESARIAMENTE IM PORTANTE A EL GRÁFICO, sino en el que se está DISCUTIENDO TONTAMENTE QUIÉN ESTÁ EN LO CIERTO, EN LUGAR DE DARSE «LOS ENEMIGOS» A LA BÚS QUEDA DE QUÉ ES LO CIERTO, QUE ES DONDE TODOS SERÍAN AMIGOS.

La verdad es que la educación nacional no está aún consolidada en cuanto a los elementos que exige una discusión pública del tono y las miras que deseábamos al dar nacimiento a esta polémica ahora desvirtuada hacia una revista. Pero también es cierto que no se justifica, por caso, el absurdo de que las pasiones se enardeczan «no

porque no sea cierto» sino «porque se lo dice».

Boca Juniors es en este momento la «vedette» del fútbol. Tomemos su caso. Boca Juniors adquirió todo un equipo nuevo. El Gráfico —y no ciertamente deseando «el mal» sino el bien de Boca Juniors y por extensión de todo el fútbol— emitió y emitirá su opinión desfavorable a muchas de esas compras (cuando tenga motivos). Los hechos van señalando la razón de tales observaciones. El público y aun la misma prensa, que en un primer momento disintió totalmente de El Gráfico, empiezan a coincidir TAMBIÉN EN ESE PUNTO. Los dirigentes de Boca Juniors lo mismo, según van reemplazando a algunas adquisiciones o procurando otras en substitución de las primeras. Pero en tanto se nos niega tener «derecho» a decir que tal jugador no sirve o se nos desconocen atribuciones «para meternos a considerar si un club gasta bien o mal su dinero». Quedamos desconcertados. No sabemos qué nos impide decir que Edson es un mal zaguero o Benítez un mal medio volante. Y tampoco sabemos, en tal caso, qué le permite al resto del periodismo decir lo mismo, sin «delito», una vez que lo dijimos nosotros o ya lo dice la calle. Suponemos, en tal caso, que mucho más que la verdad, molesta que alguien se anticipe en difundirla. Ese pareciera ser «nuestro delito». No puede ser otro siendo que nuestra crítica, a guisa de consejo u orientación, no es más que un favor para el bando o la persona de nuestro criticado, cuyo beneficio en tal caso estamos procurando. Y cuyos deseos por otra parte coinciden con lo que nosotros propugnamos para él. Pero según resulta de ciertas reacciones..., «está mal que se lo diga», «no se debe decir». ¿Cuál es entonces nuestra misión? ¿Mantener secretos? Creíamos que era la de difundir nuestras ideas sin que el demostrar su exactitud autorice al periodista al envalentonamiento, sin que la demostración de su error lo exima de la espontánea retractación.

Otra preocupación del fútbol desviada a la inútil polémica de si El Gráfico tiene o no razón en lugar de localizar la discusión en si debe hacerse o no lo que El Gráfico propugna: la presentación de los equipos, sus poses ante las cámaras, su decoro ante el público.

Venimos sosteniendo desde hace mucho tiempo que solamente entre nosotros (y algún medio de menor cuantía que desconocemos) se da el caso de la ridícula presencia en los campos de juego de tantos directores técnicos y físicos, aguateros, masajistas, asistentes y otras especialidades de auxilio como las que son características en nuestros teams. Venimos demostrando que de donde peor puede ver un director técnico a su equipo es desde el sitio a nivel del campo que le impone la vestimenta con que asiste a los partidos. Propugnamos que ese hombre pueda ver bien lo que tiene que corregir. Que lo vea desde la platea, que tenga panorama, perspectiva. No puede ser el que más tiene que mirar sea el que peor vea. Que no ingrese con el equipo al field, donde apenas hace falta un encargado de asistencia de lesiones. Y que por una razón estética, y de seriedad a la vez, incluso el masajista, se abstenga de esas poses en masa con los jugadores que ridiculizan la formalidad de las alineaciones ante el público y la posteridad. En la cancha jugadores y nada más.

Creemos que se trata de una prédica bien avalada por la manera de presentarse de todos los equipos europeos, cuya seriedad, atuendo y respeto al público admiramos a través de imágenes. Sustentamos esa conducta no desde ayer sino desde más de 25 años. Aseguraríamos que 101 de cada 100 espectadores están totalmente de acuerdo con nosotros. Vaya el contrasentido: personas responsables en la dirección de instituciones nos vienen a decir que esas alusiones a la ridiculez de los asistentes de los equipos... ¡ofenden a los jugadores! (en la intimidad los jugadores nos dicen: «hacen bien, a ver si esos payasos dejan de hacer payasadas en las fotografías»). ¿Dónde está nuestro «delito»? En decir que se tienen que ir... antes que les digan que se vayan o decidan irse por propia determinación detrás de la línea de cal. Creíamos tener la obligación de orientar en esa como en otras exteriorizaciones de la conducta en el deporte. Pareciera que nuestra obligación es esperar a que las conductas se formalicen solas...

No hace todavía un año, fue el 24 de junio de 1959, y ante la evidencia de que mucha gente no lograba una percepción genérica de LO QUE NOS GUSTA Y LO QUE NO NOS GUSTA técnicamente en fútbol, presentamos una extensa nota en tal sentido. Fuimos más allá: a decir, puesto por puesto, cómo debe jugar «nuestro jugador ideal». Allí estaba conformado todo lo que podría entenderse como el diagrama con que asistimos a ver y comentar fútbol. El del fútbol que pretendemos llevar al dominio de la masa aficionada QUE NO TIENE TIEMPO de estudiarlo en la medida que lo permite nuestra dedicación profesional al comentario.

No ha bastado. La calle se agita ahora en el debate de que «nunca hemos dicho qué queremos»; que «solo decimos qué no nos gusta y qué no queremos», razón (equivoca) de la que dice deducirse que no nos gusta nada ni nada nos viene bien. Es otra manera de seguir haciendo demasiado importante a El Gráfico... y también de demostrar muy mala memoria... porque hemos y estamos diciendo a cada rato qué nos gusta e incluso quiénes, **como que somos los únicos** que arriesgamos un seleccionado «propio» ante cada compromiso internacional.

Otra de las inquietudes frecuentes de «nuestra manera» de comentar el fútbol es la posible «ofensa» del jugador objeto de crítica (siempre en función de jugador, no de individuo). Nos confunde frecuentemente esta reacción con la despiadada descarga de epítetos que esos mismos sectores le descargan a esos mismos jugadores ante su menor falta o derrota. Y no entendemos en tal caso ninguna de las dos reacciones. ¿Qué quiere el público del jugador? ¡Que juegue mejor!, contestan también 101 de cada 100 espectadores. No otra cosa propugnamos toda vez que «despiadadamente» lo criticamos. Hay, debe haber, jugadores molestos con nuestras críticas. También ellos son humanos y en tal caso muchos de ellos (no pueden estar hechos de una pasta diferente a la sociedad) no sienten ningún placer en verse señalados en una imperfección aunque íntimamente la conozcan y aun la sufran.

Pero sepa el lector lo siguiente: NUNCA COMO AHORA EL GRÁFICO HA CONTADO CON TANTOS LECTORES ENTRE LOS PROPIOS JUGADORES.

Normalmente el jugador no leía publicaciones más allá de la noticia. Hoy muchos leen El Gráfico. «Lo único que puede leerse», «los únicos que más o menos la saben», «te la dan pero con razón»... o cierto jugador internacional en actividad, muy fustigado por nosotros como mal jugador, peleándose en defensa nuestra a las 20 horas del domingo 24 de abril, con frases y episodios —VERÍDICOS TODOS— que señalan que no debemos ser tan malos, despiadados, injustos ni negativos con el jugador de fútbol. Tenemos familiaridad de trato con «la especie jugador» desde hace algunos años, más de los que la gente supone, como para permitirnos esta aseveración: el futbolista es humanamente tan imperfecto como cualquier hombre; pero cuando el futbolista comprueba que la buena fe acompaña a las críticas que se le hacen es mucho menos enemigo de su crítico que sus hinchas para con el crítico de «su» jugador.

Por razones obvias no queremos hacer nombres de jugadores protagonistas de aquellos episodios que implican «una defensa» de El Gráfico y nuestros puntos de vista, pero sí aclaramos que ellos son unos pocos entre muchos que incluyen, por caso, el de jugadores que recriminaron agriamente a sus propios compañeros apoyándose en las argumentaciones de nuestra revista. Y en cuanto a la posibilidad del error y la rectificación del caso, téngaselo por seguro: admitimos el error y la rectificación, como pudiera ejemplarizarlo el caso José Varacka en su debut en River Plate. No nos hace felices, puesto que no es nuestra misión, enfrascarnos en una idea de irreductibilidad. Cuando ella parece trasuntar de nuestras palabras es porque estamos firmemente convencidos de que en «nuestra verdad» no asoman elementos de juicio (nunca afectivos para nosotros, aunque puede que sí para usted, lector) que la alteren. En suma:

¿Usted quiere mejor fútbol? El Gráfico también.

¿Usted quiere que su equipo juegue mejor? El Gráfico lo mismo.

¿Usted quiere mejores jugadores? El Gráfico igual.

¿Usted quiere mejor espectáculo integral? El Gráfico, ídem.

¿Usted quiere más goles? El Gráfico otro tanto.

¿Usted quiere defender a su cuadro? El Gráfico también (aunque no lo parezca).

¿Usted quiere que se cuide el dinero del club del que es socio? El Gráfico coincide.

Y si estamos de acuerdo en todo, ¿a qué viene tanto desacuerdo? Reflexione y dese cuenta: a que usted siente lesionado un sentimiento afectivo por una verdad que usted hará suya poco tiempo después, cuando analice sin tanta afectividad.

Entonces: discutamos usted y nosotros; dialoguemos todas las semanas; pero no haga usted de El Gráfico algo más importante que el fútbol. Lo que está en discusión es el fútbol, no El Gráfico, del que usted incluso puede prescindir si no le gusta. Del fútbol, en cambio, no puede hacer lo mismo... Pero lo que usted nos está haciendo... es importante en detrimento del fútbol, cuyas soluciones se postergan mientras usted discute sentimentalmente lo que decimos, en lugar de analizarlo en su traslación al

problema que a los dos nos preocupa. No pensemos, pues, en quién está en lo cierto. Averigüemos, usted con nuestra ayuda y nosotros con la suya... qué es lo cierto. Ganaremos todos: el fútbol, usted, nosotros.

Estamos en un momento decisivo de un nuevo resbalón o una gran recuperación para 1962 en Chile. No olvide esto, que recordarlo mañana puede ser tarde: lo justo surge de las razones, nunca de los afectos.

85. MUCHO FÚTBOL... NADA DE FÚTBOL, TODO AUTO... NADA DE AUTO, NADA DE BOX... TODO BOXEO. ¿A QUIÉN HACERLE CASO?

El Gráfico, 06/04/60

Usted puede estar en contra o a favor de nuestra ubicación en las mil facetas que hacen la temática diaria del deporte.

Pero entre usted y nosotros creemos plasmado algo más importante que la adhesión o la oposición a una manera de ver o de pensar.

Creemos que se ha plasmado entre nosotros dos, usted y El Gráfico, lo que por encima de las coincidencias o desacuerdos de forma importa como base del entendimiento recíproco, sea para disentir, sea para coincidir: la amistad. Y con esa amistad una mejor ubicación de usted «dentro» de nosotros, de nosotros «dentro» de usted.

El contacto más directo entablado con usted a través de la cuantiosa correspondencia que últimamente colma y hasta desordena nuestras mesas de trabajo; esos millares de cupones que usted ha mandado diciéndonos lo que a usted le gustaría que publiquemos, nos ha permitido sentirnos más amigo de usted, comprenderlo mejor, saber más exactamente qué quiere usted, qué prefiere.

Y a usted —correspondido semanalmente desde nuestras páginas (y a veces complacido o reprobado **por los demás** lectores...)— ese mismo diálogo le ha permitido sentirse, a la vez que más de acuerdo o más en desacuerdo con nosotros, sí «más adentro» de «su» revista, más «dueño» de sus páginas, más amigo o menos enemigo nuestro... ¿Verdad que sí?

A esto queríamos llegar: «los demás lectores»...

Sí; una proposición del singular suyo (lector) es atendida o rechazada — permítasenos el malabarismo de palabras— por la pluralidad suya (lectores). Nuestro trabajo es el fruto de lo que usted dispone. Nuestra misión es finalmente la de arbitraje entre usted y ustedes, frecuentemente tan en desacuerdo o de acuerdo como usted y nosotros, como ustedes y nosotros.

Esto último es fundamental que siempre lo recuerde usted al leernos: la revista la sugiere usted y la hacemos **nosotros** interpretando a **ustedes**. Lo único nuestro, legítimamente nuestro, es la opinión que hace a lo que vemos en un escenario deportivo, **representándolo a usted**. Es lo **único totalmente nuestro** que tiene la revista: sus opiniones.

En trance de opinar y opinar así, con nuestra opinión y no la suya, también creemos ser leales a usted que piensa y ve distinto de nosotros. Sí; le estamos

brindando en tal caso la lealtad de nuestra franqueza, en la que creemos apuntalada **la confianza** que en la coincidencia o la disidencia nos tiene usted. Si opináramos sistemáticamente como usted seríamos simples mercaderes de la profesión y no, como decíamos, sus agentes de orientación en cada espectáculo. Y como según usted sabe nosotros no estamos en la línea de adular a nadie, menos al lector, pretendemos que aquella confianza se solidifique justamente con la sensación que usted va logrando de que El Gráfico le dice **su** verdad, no la que lo halague (pero acaso también lo engañe) a usted.

Retomando el hilo inicial, y hecha esa importante salvedad que también hace a un mejor entendimiento recíproco con usted, es el lector quien orienta todo el resto de la ejecutoria de El Gráfico: densidad de cada deporte en sus páginas, láminas, notas o reportajes a determinados asuntos o personajes, envío de misiones especiales más allá de «las fronteras» domiciliarias de la revista, etc. Téngalo por seguro: el lector decide todo eso. Nosotros lo ejecutamos. Así por caso: lo que en la jerga periodística se llama «la tapa», es fruto casi permanente de sus sugerencias; téngalo por cierto. Lo mismo sucede con las láminas centrales, que periódicamente atienden iguales solicitudes aun a sabiendas de que económicamente no configuran —estimando costos y otros pormenores— lo que puede llamarse «negocio» para nosotros.

En estos últimos meses usted ha sido pródigo en llevar al correo millares y millares de cupones con «Sugerencias» sobre los deportes a tratar. En algún caso los aprovechó para decir algo más. También de todo eso hemos tomado nota. Téngalo por cierto. En muchos casos usted ha dicho: «publiquen ajedrez». Es preciso que sepa que otros de sus votos dicen: «publiquen solamente fútbol, auto, boxeo y básquetbol».

A propósito del ajedrez: a su demanda para que lo publiquemos advertimos definiciones muy terminantes en cuanto a que no es un deporte sino un juego ciencia, según los propios ajedrecistas. Eso se nos recordó cuando no hace mucho tiempo publicamos la nota del joven Bielicki, girada a las facetas deportivas (no técnicas), que podía hacer en su empresa. Nos llovieron aquellos reproches. Como del mismo modo los tuvimos cuando hace muchos años dedicamos algunas páginas al turf, actividad también factible de documentar como no deportiva.

En fin, lector: lo que llega a sus manos difícilmente puede ser una expresión totalmente ajustada a su gusto, porque está hecho entre muchos. Más que con muchas personas, con muchos gustos.

Según el gusto de muchos lectores en singular, como usted. Nada de lo que hacemos entre **muchos** puede ser totalmente del agrado de **uno**. Por eso el mundo no resulta imperfecto a **todos**. El Gráfico también. Y entre ellos, ¿sabe a quiénes?; a **nosotros**. Nunca crea que a nosotros nos gusta **totalmente** la revista que hacemos. De allí la preocupación por hacerla mejor. Por eso, frecuentemente, perdemos el sueño con ella. Lo perdemos por usted.

Una de las recriminaciones más frecuentes que usted nos hace es la omisión

(aparente) de una carrera de automóviles que se realiza en algún escenario distante de Buenos Aires. Generalmente ocurre que de esa carrera «nos enteramos» dos semanas después. Acaso usted piensa: «dio resultados la protesta».

No hay tal cosa. El afán de llegar a usted «más cerca del acontecimiento» (solicitud que llegó a ser su clamor, el suyo, de usted, lector) nos hizo superar todas las dificultades que se oponían a la salida de El Gráfico los miércoles. Hoy lo hemos logrado. Piense que trabajamos dos días más rápido. El público de la Capital y alrededores, incluso, puede leerlo los martes por la noche. Eso ha impuesto también un anticipo en las tareas de cierre, ahora trasladadas a la noche del domingo y madrugada del lunes. Si ellas se postergan la revista le llega a usted atrasada. Piense cuál debe ser nuestra angustia ante una competencia que se realiza en Mendoza y que finaliza el domingo al atardecer; u otra que realizándose en punto más cercano no se acomoda a los horarios de los transportes que el caso exige, especialmente aéreos, cuya partida hacia Buenos Aires se produce en la gran mayoría de las ciudades del interior del país mucho antes de la conclusión del espectáculo en cuestión. Algunas veces el teléfono y un grabador suplen parcialmente el problema, pero no resuelven la recepción de las fotografías. Entonces... ¿qué otro remedio nos queda que postergar una semana la nota con la idea de «darla bien»? Piense también que en esto hay una gravitación directa de la propia precariedad de las comunicaciones del país. Muchos esfuerzos periodísticos de realización frecuente en otras publicaciones extranjeras nos están todavía vedados a los argentinos. Pero piense también que son muchos los que hacemos a pesar de las condiciones ambientales. Así por caso, la mayoría de ustedes (lector en plural), probablemente no haya advertido el valor periodístico (amén de su elevado costo en dinero) de aquella telefoto directa desde Londres, publicada en nuestra página 3 de la edición del 08/07/1959, con las dos raquetas sudamericanas triunfantes en Wimbledon: María Ester Bueno y Alejandro Olmedo. No faltó, por el contrario, quienes nos reprocharon la mala calidad de la fotografía...

Puede darse una variante dentro del caso anteriormente imaginado (carrera en Mendoza) que nuevos acontecimientos inmediatos desplazan la importancia de la prueba antedicha. Imagine usted que de una semana para otra se programe un gran carrera de automóviles en Tucumán y otra semejante en Entre Ríos. Otras actividades reclaman, a todo esto, «su» espacio. En cuando no queda otro remedio —desagradable para nosotros mismos, pero único factible— de «ignorar» aparentemente una de las dos, o en una misma nota dar las dos, o reducirlas. La conciencia (nunca el partidismo) es la que resuelve.

A propósito de «ignorar». Usted suele escribir para recordarnos que se ha hecho tal cosa o se está por hacer tal otra, y preguntando implícitamente por qué no nos hacemos eco de ella. Sobre este punto también queremos hablar con usted.

El Gráfico no es informativo. El Gráfico piensa que la rama diaria del periodismo, en su función eminentemente informativa, cumple la misión de informar. Pensamos que la radio y los diarios llegan a todas partes y ningún acontecimiento permanecerá

en el anónimo si El Gráfico no lo incluye en sus páginas. Descontando eso, El Gráfico **comenta** y **no informa** y **pretende** ser crítico de todo lo que **entre aquellos acontecimientos** le resulta factible (según espacios y preferencias de lectores) analizar en función de comentario o crítica.

Como es obvio insistir que no estamos «con» nadie ni «contra» nadie (estamos «con» principios y «contra» lo perturbado), obvio es también que digamos cómo se digitan en nuestra redacción los temas a tratar y los que «quedan afuera». No ignoramos que estos últimos son los más. Ni nos preocupamos por eso. Sencillamente no nos parece función nuestra tratarlos a todos en todos los casos. Cada cual a su turno y medida, según su importancia, trascendencia positiva y muchos imponderables propios de cualquier trabajo.

También es preciso poner en claro otra interpretación a veces no muy clara del lector: El Gráfico es una publicación que también **pretende** ser cultural; que también **pretende** hacer beneficencia bien entendida para el deporte. Pero la **inmensa mayoría** de los lectores ha rechazado, por intrascendentes, ciertas notas que algún lector o algunas instituciones suelen pedir, apelando justamente a la beneficencia o bajo la advocación de «la difusión». Así, por ejemplo: el espacio es muy reducido (lo sería también con el doble o el triple de la actual disponibilidad) como para permitir la publicación que se nos pide con frecuencia de «raidistas», competencias de alcances muy lugareños, campeones menores (en el doble sentido de la expresión) o muchas notas de interés concretado a círculos tan estrechos que en algunos casos no superan siquiera el singular de una persona: la interesada. Recordamos otra vez que en nuestra redacción impera un mandato del fundador de esta casa que dice así: «**La revista no se hace para los amigos**». Y muchos de nuestros más íntimos amigos pueden dar fe de ello... Del mismo modo muchos de nuestros supuestos «enemigos» (por la opuestamente favorable respuesta que encontraron en sus anhelos).

Nuestro deseo de estimular a todos los deportes es enorme y muy sincero. Podíamos agregar, en un lenguaje materialista, «comercialmente provechoso». Es de imaginar cuántos más «Gráficos» se venderían si todos los deportes reducidos a núcleos se poblaran de cultores y se difundieran como ellos y nosotros deseamos. Ese estímulo está siempre en nuestro ánimo brindarlo. Pero compréndase que El Gráfico no puede afrontar solo, como muchas veces se pretende, la tarea de estimular lo que no estimulan los más directamente encargados de hacerlo. Tomar a nuestro exclusivo cargo esa tarea, con deportes que no tienen adeptos porque no gustan o están mal dirigidos, implicaría (lo hemos comprobado) desheredar a una inmensa mayoría de lectores. La balanza, fatalmente, se desequilibra si trasladamos la carga de un platillo al otro. Ofrecemos entonces, como «estímulo», la parte que nos corresponde. Pero no la de ser cimientos de lo que no tiene punto de apoyo.

El Gráfico no quiere ser una revista «para salir» (girando la imagen al deseo personal de alguien): quiere ser una revista «para entrar» (llevando la imagen al esclarecimiento de las cosas más trascendentales). Nuestra tirada en constante alza,

pese al actual momento económico, dice que esto no es absurdo. Muchas veces usted ha pensado que todos estos argumentos son rebatibles con una edición a la vista y su dedo índice señalando y acusando: «¿Y por qué hubo espacio para esto que no tiene tanta importancia y no hubo más espacio para esto que tiene más lectores?».

Se lo explicaremos, porque usted tiene el derecho de saberlo.

El Gráfico no es una revista sino dos, que usted recibe agrupadas en una sola. Otras muchas revistas se editan también en nuestras máquinas y dentro de los rigurosos turnos que impone toda esa tarea (que hace posible el sustento de 850 obreros y empleados). El Gráfico debe cerrar «la primera» de sus dos revistas (la mitad) los jueves. En la restante deben repartirse todas las actividades del fin de semana. Y esa es la explicación por la que usted se encuentra con que «esto que no le interesa a nadie» (según usted) lleve dos páginas y de «aquello que interesa mucho» no haya nada o se postergue la nota para la semana siguiente (en este caso para «la primera» de nuestras «dos» revistas).

Otra inquietud reiteradamente manifestada por usted es la de ubicar en El Gráfico al fútbol de Italia y España. Es también nuestra esa inquietud, pero ella va más allá de la mera enunciación semanal de resultados o comentarios de partidos que llegarían considerablemente tarde en relación a las informaciones telegráficas de cada día. Además no es nuestra función decir que Barcelona es campeón o va primero. Deseamos algo más importante, y esa gestión estamos a punto de encararla personalmente en Europa, pero no ante el primer periodista que nos recomienden sino asegurando un análisis mensual de técnicos propiamente dichos. ¿No les gustaría, por ejemplo, que el fútbol de España lo comentara Escartín y el de Italia Meazza? ¿Que ellos digan, de vez en cuando, cómo se juega y no quiénes ganaron? Tiempo al tiempo...

Y, en fin..., como charla muy confidencial entre usted y nosotros basta por hoy. Completa ahora este panorama de intimidades que usted acaso ignora recorriendo algunos de los cupones «suyos» que aquí le presentamos. Advertirá entonces cuánto más difícil de lo que nosotros le decimos es hacer una revista que conforme totalmente a todos «los usted». Le podemos asegurar que si eso es difícil mucho más difícil resulta no extraviarse entre cupones que sugieren que demos 100% de fútbol y nada de los demás deportes; 100% de automovilismo y nada de los otros; todo ciclismo; mucho ajedrez; nada de boxeo; todo boxeo; tapas de jugadores de segunda y tercera; ninguna tapa de fútbol; ninguna tapa que no sea de fútbol. ¿A quién hacerle caso? Tratamos que sea a todos... según nuestra conciencia de árbitros de esta, «su» revista.

¿Se da cuenta?... ¿Nos entiende mejor?... ¿Verdad que sí?...

86. ¿POR QUÉ SE FUE DE *EL GRÁFICO*?

Dante Panzeri Confidencial. N.º1, mayo de 1964

Adivino en muchos de ustedes la pregunta inmediata:

—¿Por qué se fue (o lo fueron) de *El Gráfico*?

El llamado misterio de la cuestión existe solamente en la incredulidad casi obligada de esta era en que realmente abundan motivos para que «nadie crea en nadie».

Me fui únicamente por las razones que hice públicas (*El Gráfico* se cuidó de no hacerlas públicas). Una noche se presentó un miembro de la familia propietaria de la empresa (el doctor Alfredo Vercelli, correligionario de Álvaro Alsogaray) imponiéndome la publicación de «un suelto» cuya intención oculta (aunque confesada «para mí») era la de publicitar en el terreno deportivo a aquel político entonces ministro de Economía (con muchos de cuyos lineamientos de socialización de la economía yo coincidía^[56]).

Consideré violado un tratado de autonomía VERBALMENTE celebrado con la empresa editora de *El Gráfico* en cuanto a que el contenido y orientación de la revista solamente respondían a mis decisiones. Y me fui. Mejor dicho, me fui de la dirección de la revista, a la que yo fuera por pedido de la empresa, pero bajo un acuerdo de total autonomía. Y me declaré nuevamente en disponibilidad como simple redactor que fuera en el orden legal de mi relación de dependencia laboral. Exigía que se me indicara a quién debía obedecer desde ese momento, y como obviamente a la empresa se le hacía difícil ponerme bajo tutela de nuevos rectores, se me propuso una indemnización material para retirarme. Pedí mucho más que lo ofrecido, porque incluía en el precio del arreglo «el daño profesional» que me significaba abandonar esa tribuna. Me lo dieron y me fui.

Yo ganaba en *El Gráfico*, en el momento de irme, 35 000 pesos. Era donde trabajaba más y por menos dinero.

¿Que si aquella publicación de Alsogaray formó parte de un plan para «provocarme» sabiendo de mi temperamento y principios? Es un asunto que también yo me lo pregunté en ese momento, pero que JAMÁS podré conocer con certeza. En la escuela superior de escepticismo (dice el ingenioso homo sapiens) se enseña que todos los hombres son nuestros enemigos mientras no demuestran lo contrario, y nuestros amigos aunque lo demuestren.

¿Qué opino del actual *El Gráfico*? No puedo opinar sobre su contenido porque desde mi alejamiento me hice la consigna principista y sentimental de no verlo ni leerlo jamás. Puedo opinar sobre su orientación, de la que estoy muy informado por quienes me lo comentan, y en ese sentido puedo decir que una publicación más de las que conforman la flora periodística se ha sumado a las que bajan la puntería para

pegar más alto. Y eso no es sorprendente dentro del periodismo que aún se hace con la idea de que «la verdad es hermosa pero es peligrosa». O con aquella otra de que para vender mucho no conviene refinar mucho. Esa orientación es tan conocida, usada y actualmente hasta agotada QUE HASTA YO (su opositor permanente) la propuse cuando Carlos Vigil me pidió que asumiera la orientación de El Gráfico. Yo se la recordé como «más vendedora de ejemplares» que la que resultaría de LA ÚNICA orientación (opuesta), bajo la cual yo aceptaba y ellos me dieron esa responsabilidad. Siempre se venderá mucho más Radiolandia que Claudia. De modo que contesto: El Gráfico ha salido a vender más. Es justo. Es normal. Tan normal como que haya hombres que consideren vestir mejor con un traje de tono fuerte, una corbata con muchos dibujos, un par de zapatos bicolors, una camisa rayada o cuadriculada, una cadena cayendo debajo del saco, una traba de corbata, un alfiler sobre ella, un traba-cuellos, y sendas pulseras de reloj y de identificación. Es un gusto al que tienen derecho los que usan del derecho a elegir. Ese no es mi gusto, desde luego, porque mi concepción del negocio periodístico, PRECISAMENTE COMO NEGOCIO, es vender menos, a más calidad, con igual ganancia. Yo no creo en las llamadas «soluciones populares». Yo creo que la felicidad de lo popular exige sacrificios para llegar a las soluciones. Y esos sacrificios nunca pueden ser «populares». Entre esos sacrificios incluyo el del periodismo para llenar su misión en la sociedad. Y por misión periodística INCLUYO EL NEGOCIO de ganar más dinero vendiendo una publicación.

¿Qué tirada tenía «mi» El Gráfico? En las constancias oficiales de la empresa figuran estas cifras: lo tomé en 1959 por separación de Félix Frascara dispuesta por Carlos Vigil, en 89 000 ejemplares (en años de abundancia monetaria y deportiva llegó a vender «por Fangio» 235 000). Lo dejé a fines de 1962 con 108 700 que creo fue la tirada de la última edición en que yo intervine. Llegamos a un máximo de 125 000.

Aclaración importante: no podría evacuar consultas acerca de las versiones que me señalan como habiéndolo dejado en 50 000 ejemplares porque nunca más hablé con quienes se encargaron de hacer circular esa información. En este tema solamente me queda una cosa por decirle: SOY PERMANENTE AGRADECIDO DE EL GRÁFICO. Tanto por lo que me permitió hacer, como por el camino todavía más abierto que me ha dejado para seguir haciéndolo. En este último aspecto es muy posible que muy en breve amplíe mi actividad, en cuyo caso tendré que renunciar a la consigna de no ver jamás El Gráfico, porque necesitaré volver a revisarlo para cuidarme de no publicar cuanto publique El Gráfico, dado que, aparte de lo indecoroso que sería, no me interesa producir ninguna nueva revista destinada a ganar lectores «sacándole» lectores a El Gráfico o cualquiera de las revistas que se publican dentro de su línea.

Los mejores frutos nunca emergen de los recursos fáciles.

XV
USTED TIENE LA PALABRA, LECTOR

Escribe a *El Gráfico* un señor de Munro, Alberto Rizutti. Opina sobre una polémica que se había instalado sobre arqueros de la época. Panzeri apoyaba a los que él llamaba *Arqueros-zagueros* (Amadeo Carrizo, Errea, tiempo después Gatti). Al final de su carta el lector tiene la mala idea de esgrimir un viejo argumento comercial, «el cliente siempre tiene razón». Y —sostiene— siendo él lector de *El Gráfico* aunque esté equivocado tiene razón. Termina su silogismo con la peligrosa consigna: «*En mérito de lo dicho, gano yo. No intenten siquiera empatarme*». El lector debe haber imaginado lo que se le venía. Al menos, con su provocación se aseguraba la mención en la revista. La respuesta de Panzeri fue contundente: «*No, señor, NO ES EL GRÁFICO UNA TIENDA O UNA FIAMBRE. La directiva de dar siempre razón al cliente podrá regir para los vendedores de esos comercios. El del periodismo es un comercio dirigido al espíritu y las ideas. Pero TODAVÍA bastante sano como para no declinar principios aunque usted sea nuestro cliente. Entre el cliente y la verdad seguimos optando por la verdad. Que entendemos es la mejor manera de defender al cliente*».

Este era el tenor de las respuestas del correo de lectores que Panzeri instauró en *El Gráfico*. El lugar, posiblemente, donde más se ha destrutado al lector en la historia del periodismo argentino. Nunca una respuesta de ocasión, nada que no implicara compromiso absoluto.

La sección duró lo que duró Panzeri en la dirección de *El Gráfico*. Nació, o pareció nacer, como un correo de lectores más. En mayo de 1959, una columna con el título *Usted tiene la palabra, lector* instaba a que se enviaran cartas a la redacción de la revista con consultas, opiniones, críticas. Apelaba al lector joven, sin importar la edad que tuviera. Joven de espíritu, decía esa declaración de principios, como lo eran la revista y sus integrantes. Avisaba, desde el inicio, que la sección variaría su tamaño de acuerdo con el interés de las cartas recibidas. A veces, alguna semana, podría no estar: los lectores debían esforzarse. Panzeri no subestimaba a su público. Confiaba en los lectores, confiaba en poder educarlos y en su sentido de la decencia.

La sección comenzó ocupando sólo una columna de una página en la que reinaba, llevándose tres cuartas partes de la carilla, una publicidad de repuestos de motos. Un recuadro (que permaneció invariable en cada una de las entregas de *Usted tiene la palabra, lector*) funcionaba como declaración de principios y de autoridad (por el firmante): «*Escribir por escribir es la profesión de los vanidosos y los indiferentes sin principios y sin verdadero patriotismo; escribir para insultar es de los vanidosos y de los estúpidos; escribir para regenerar es el deber de los que estudian las necesidades de la época en que viven*». Firmado: Domingo F. Sarmiento. En un comienzo, habrá parecido una frase célebre más, un hallazgo ingenioso. Pero si se lee con atención, a la luz de la evolución de la sección en los casi tres años en que estuvo activa, se descubre que Panzeri siempre tuvo claro cuál era la función de tener un correo de lectores en su revista.

En alguna respuesta, se aclara que todos los redactores de *El Gráfico* participaban

en la sección, que todos respondían preguntas. Eso es cierto a medias. Cada redactor contestaba inquietudes reglamentarias o estadísticas de su respectivo deporte, pero todas las cuestiones de política deportiva, táctica o sobre la revista eran respondidas por Panzeri. A pesar de que nunca lo hace con su nombre y siempre bajo la advocación a *El Gráfico*, se ve su pluma y, sobre todo, sus ideas y su carácter en cada una de las respuestas. Panzeri sienta las bases de su ideario. Pero no habla en primera persona del singular. Lo hace en primera del plural: «Nosotros, *El Gráfico*». Y se debe decir, con atolondramiento, casi sin pensarlo, que es el tono más personal y el que más cómodo le queda de toda su carrera. Él es *El Gráfico* y *El Gráfico* es él. Cuesta creer, o recordar si uno recurre a un archivo, que un periodistadirector-jefe de redacción alguna vez haya determinado tanto la personalidad de una revista de importancia (tal vez sólo Harold Ross y William Shawn en el *New Yorker*). *El Gráfico* es, en esos pocos años, Panzeri. Se convierte en apasionado, virulento, un enfermo de lo lúdico, enemigo de lo frívolo, obstinado perseguidor de lo corrupto. Decente. Duró poco.

Esta sección es única en la historia del periodismo argentino. Y mucho más, si consideramos en la época en que se instituyó. El inusitado desparpajo y la pertinaz crueldad de las respuestas sorprenden hoy; mucho más lo hicieron en su tiempo, unos pocos meses antes de abandonar la remilgada década del cincuenta.

Se divierte Panzeri en estas páginas, pero la suya no es (sólo) vocación por la provocación y el escándalo. Esas pocas líneas son el lugar de la soltura, de poder expresar toda la fuerza de sus convicciones sin preocuparse demasiado por los modos.

El correo de lectores era el lugar en el que todo eso se explicitaba. A diferencia de otros, y alejándose de su declaración de principios en la columna inicial, el espacio no tenía como fin primordial escuchar a nadie, sino refutar mentiras, lugares comunes y mitos. Que en pocas palabras llegara el mensaje de Panzeri sin dudas, ni matices. Sólido, violento, impactante. Sin ninguna concesión y con bastante de humor.

La sección respondía, también, preguntas reglamentarias y estadísticas de varios deportes. Se adivina que acudían en ayuda de Panzeri los responsables de automovilismo y boxeo para responder las de esos deportes. Pero todas las demás cuestiones son casi un asunto personal. Tanto es así que *Usted tiene la palabra, lector* volvió sólo a tener una columna de extensión en los meses en que Panzeri estuvo en Europa para cubrir los Juegos Olímpicos de Roma. Ni una respuesta polémica hubo en esos días. Sólo viejos resultados, cuestiones anecdóticas y formaciones de equipos de varias décadas atrás. El que bajaba línea, al que le gustaba torear, pelear cara a cara era a Dante. Los lectores se quejan si la sección tiene poco espacio. Pasa de una columna a casi cuatro páginas.

Hay ciertas reglas. No se publican cartas que elogien a la revista. Las misivas deben estar firmadas para ser contestadas, salvo escasas excepciones no se responden anónimos. No se toleran insultos. No se publican cartas enteras. Solo extractos

breves, resúmenes hechos por el redactor, una somera enumeración de los argumentos o tópicos del lector, extractados de lo que parecen extensas misivas que confrontan con él, con su revista y con su modo de entender el deporte y la vida. Para poder refutarlos más contundentemente, para demolerlos con comodidad. Esto es: no sólo le niega la razón al lector, también le cercena el estilo (si lo tuviera). No hay contemplaciones y sí algo de crueldad.

Existe como una secreta, algo perversa, arquitectura de la página. Como si manejara el suspenso. Las primeras participaciones son inocentes consultas estadísticas (aquel resultado, ese plantel campeón). Luego llegan las bombas, los desplantes, las malas contestaciones. En definitiva: declaraciones de principios expresadas con crudeza. Con toda la crudeza posible. Con una insospechada crudeza para los tiempos que corrían en el país en el que Panzeri escribía.

Todo esto, Panzeri, no lo dice en una radio barrial, sino a los lectores y en las páginas de la revista deportiva más vendida y prestigiosa de habla hispana.

Lectores

El inicio de la década del sesenta era un tiempo noble (al menos, de mayor nobleza que los años que siguieron), más ingenuo. Así y todo, llama la atención el tenor de varias de las cartas que le eran enviadas a Panzeri. Las de las primeras semanas podrían ser fruto del desconocimiento, aun de la confianza ciega en las fuerzas propias. Pero pasados unos meses, todos debían haber sabido qué era lo que les esperaba. El escarnio, la batalla —seamos precisos: la guerra— perdida sin remedio. No había argumentos que lo convencieran. Él argumentaba y dejaba en ridículo a su (ex) lector, a su rival. Algunos sólo escribían para salir en las páginas de la revista, para hacerlo rabiar al gruñón. Entraba fácil Dante. Casi parecía un paso de comedia: alguien lo desafiaba con un obvio «seguro que no publican mi opinión», y Panzeri publicaba y contestaba esa carta. Habría alguno con componentes masoquistas, que disfrutaba del maltrato seguro al que lo sometería Panzeri. Otros creían en sus argumentos. Y muchos lo hacían enceguecidos por la furia que provocaba el escuchar verdades no retaceadas ni tamizadas por la sonrisa o la falsa simpatía. Era más fuerte que ellos. Pero, claro está, su oponente jamás claudicaba y siempre iba por más.

Lo más importante era la verdad, las convicciones. Por eso no interesaba (y hasta era entretenido) tratar con desdén y en tono burlón a algún lector impertinente o en

extremo confundido. En este correo de lectores, parecía afirmar Panzeri en cada intervención, no había lugar para la condescendencia^[57].

LO PERDIMOS A CAFARELLA: Antonio Cafarella, socio vitalicio de Boca Juniors N.º 1561, con domicilio en Directorio 3057, Cap. Fed., deja de ser lector de El Gráfico. Nos lo comunica reiterando —dice— cartas certificadas con aviso de retorno del 14/10/60 y 15/11/60. Deja de leer El Gráfico por entender que le estamos haciendo mal al fútbol con la orientación de nuestras notas; por considerar que Ernesto Lazzatti ha dejado de ser intachable deportista al no decir, como periodista, lo que guarde relación con su condición de ídolo de la legión boquense; pero sin concretar, lamentablemente, qué es «hacer mal», ser «irresponsables», ser «ignorantes» o «desviar la ruta». No logran explicarlo las referencias que hace a nuestra disidencia «con la mayoría» respecto del jugador Benítez; ni a una más reciente afirmación de El Gráfico (Osvaldo Ardizzone) sobre la incapacidad futbolística de Vélez Sarsfield. Antonio Cafarella deja El Gráfico, parece ser, porque El Gráfico no opina como él. Aunque sin aportar probanzas de que sus opiniones monopolizan la verdad.

Aproximadamente 1800 lectores cuyas cartas le ofrecemos como prueba han sido ganados a la lectura de El Gráfico en los últimos 12 meses... por las mismas razones que El Gráfico lo pierde a usted, señor Cafarella. ¿Tan equivocados estamos?

VOLVIÓ CAFARELLA^[58]: Antonio Cafarella, que resolviera renunciar como lector de El Gráfico previa remisión de duros calificativos para contra nuestro delito de pensar distinto de él, no ha sabido mantener su palabra: lo ha seguido leyendo como lo prueba una nueva carta diciendo haber leído El Gráfico del 18/10, para solicitarnos ahora la publicación «textual e íntegra» de su carta-renuncia, porque la versión dada le parece insuficiente para que los demás lectores saquen sus propias conclusiones.

No, señor Cafarella, usted se fue. Ha perdido el derecho que invoca. Las renunciaciones son irrevocables, según nosotros y el presidente de Boca Juniors, que por tal carácter dice haber tenido que aceptar la de Feola^[59]. Nosotros ya aceptamos la suya. Para reincorporarlo debe iniciar el trámite de «reingreso». En tanto sigue «fuera» de El Gráfico y ha perdido el derecho de usar estas páginas. Usted lo quiso así.

SE FUE SANTERRE: El Gráfico ha perdido otro lector. Es el Dr. Rubén Santerre, que dice vivir en Hurlingham. Deja de leerlo porque para nosotros hay pocos cracks, especialmente para Panzeri y Ardizzone. Si en El Gráfico escribieran Fioravanti, Bernardino Veiga, Cherrito, Salomón, Damián Cané y

El Bachiller, seguiría siendo lector.

¿Si prometemos fabricarle cracks nos seguiría leyendo?

Cuatro cartas dice habernos escrito Alberto José Rey, de Capital, sin haber tenido respuesta.

Es muy posible. Son muchas las que debemos desechar en una obligada selección cuando, como en el caso de esta última suya, su contenido no tiene la trascendencia que pretendemos y exige la paciencia de los demás lectores que se interesan por esta sección. ¿Que Fulano está equivocado porque no ve las cosas como usted? No basta como argumento para llevar una carta a estas páginas.

Alberto Ferrari, de Florida, entiende que el partido Argentina-Rusia ha significado una fuerte bofetada del jugador Pizzutti para nuestros críticos de fútbol, como «uno de los artífices que fue de la derrota». Lo mismo piensa de Vidal, «otro de los jugadores ponderados por ustedes». Dice que nosotros hemos criticado a todos los jugadores extranjeros, pero que esos jugadores, «con un juego simple, ya que para ustedes son velocistas y con pelotas bartoleadas, nos metieron flor de tapa».

Le podremos contestar, como usted lo desea, el día que usted LEA El Gráfico, no mientras solamente MIRE El Gráfico.

Eleuterio Juárez, de Córdoba, dice habernos escrito otras veces señalando las causales de nuestro desquiciamiento deportivo (que él encuentra arraigados en la vida social del país); los enumera ahora en completa coincidencia con El Gráfico; dice que RECIÉN AHORA El Gráfico empieza a «orillarlos tímidamente»; luego se sorprende de que la revista de Vigil se haga cómplice de todo aquello al «callar a sabiendas la verdadera trama de este sonado asunto», y por último se compadece de nuestra lucha moralizadora porque «su gesto, gesto al fin, es como quitarle una gota de agua al océano».

Franqueza para su franqueza: no entendemos nada.

Luchas

Fueron varias las peleas que inició Panzeri. Perdió muchísimas. Algunas de sus cruzadas fueron ganadas. Por knock out. Otras estaban perdidas de antemano. Pero no se vanagloriaba de sus triunfos ni cejaba en la lucha a pesar de las constantes derrotas. Aunque varias fueran batallas algo ridículas, las encaró con toda seriedad y encarnizamiento. La victoria más fulminante fue la que consiguió sobre los DT y demás auxiliares, logrando ralearlos de las fotos de los equipos previas a los partidos. Era usual ver a alguien entrado en canas (y en kilos) con un buzo de lona masacrado por el tiempo y un maltrecho maletín en su mano derecha —el masajista— y a otro con la mirada perdida, aires de importancia y una T hecha con tela adhesiva en el bolsillo superior de un *blazer* antiguo —el director técnico— junto a los once jugadores que empezarían el partido, posando para los fotógrafos. Insistió, dio directivas a sus fotógrafos, publicó artículos, recortó fotos antes de publicarlas y contestó cientos de cartas. En pocos meses nada más que los once titulares estaban en las fotos (también se opuso a vinchas, pelos largos, medias caídas y demás cuestiones estéticas). Pero si bien los retiró de las fotos, los DT fuera de la cancha cada vez tomaban mayor protagonismo. Muy a pesar de Dante.

Julio Cangro, de Morón, destaca que El Gráfico se ha empeñado «en una guerra sin cuartel contra la presentación de los equipos de fútbol en el instante preliminar en que posan». Interpreta que la actitud del personal auxiliar de posar junto con los jugadores no reporta ningún beneficio ni tampoco ningún perjuicio, y afirma que estamos en «connivencia con los fotógrafos para recortar las fotografías de forma tal» que en algunos casos aparece un jugador con medio cuerpo cercenado.

Señor Cangro: nuestra prédica —o si usted prefiere «guerra sin cuartel»— por desterrar la perniciosa costumbre de que ante las cámaras fotográficas posen junto con los equipos de fútbol figuras decorativas tiene una finalidad estética, de la que no es ajena la seriedad que todos debemos exigir de un espectáculo que se jacta de ser serio. La misma razón que abona su posición justificaría que en esos equipos se incluyan a los boleteros, acomodadores, y toda esa legión anónima de colaboradores que representan una parte también importante del gigantesco engranaje que monta el espectáculo. No es un capricho nuestro; le admitimos que puede ser «un gusto», pero debe usted reconocer que no es del todo malo cuando empieza a ser «gustado» por los propios equipos criticados, que impuestos de la importancia que hemos asignado a su representación ante las cámaras están dando muestras del ejemplo que debe cundir en todos. Con respecto a su acusación de connivencia, le preguntamos: ¿Qué derecho tiene usted de hacernos esa imputación, ignorando, como tiene que ignorar, que en la reproducción de fotografías intervienen factores de carácter técnico en la impresión de los grabados, que frustran muchas

veces la idea inicial, del mismo modo que el clásico «error de imprenta» tergiversa inocentemente un juicio? Señor: no tiene usted la obligación de conocer esos problemas, pero tampoco puede gozar del derecho de hacer imputaciones al amparo de lo que no conoce.

Rubén González, de Bahía Blanca, aboga por que en las notas de automovilismo también se prescindiera de las fotografías donde intenten mostrarse terceras personas ajenas al mismo espectáculo.

No, señor. Usted no ha interpretado la «persecución» de los auxiliares del fútbol. Tiene por objeto terminar con la «importancia» que se le da a aquellos personajes, en detrimento de la seriedad de sus funciones, y fortalecer la importancia que ella verdaderamente tiene donde el dirigente les niega importancia. No es ese el caso de las terceras personas en el automovilismo y demás deportes donde no rige el cruel y payasesco manoseo de esos hombres —gestado por ellos mismos con su débil personalidad— que El Gráfico pretende que deje de existir en el fútbol.

Guillermo Carricart, de Coronel Vidal, dice estar de acuerdo con la orientación de seriedad que El Gráfico propicia entre los asistentes de los equipos de fútbol. Pero entiende que «no tiene ningún derecho a denigrar a nadie usando palabras ofensivas como lo hace con el señor Taddei». Considera que ese masajista y todos en general tienen el derecho de ubicarse donde ellos quieran y que si El Gráfico necesita fotografiar a los 11 jugadores y nadie más sólo es cuestión de hacerlo saber y seguramente no se opondrían. «Si fuéramos a votación —dice—, juego un ojo a que gano, pues estoy seguro de que el 99% estaría de mi parte».

Sí; para un masajista y cualquier asistente de un equipo de fútbol no hay ningún impedimento legal o reglamentario de ubicarse donde lo deseen mientras el juez del partido no inicia el juego. El Gráfico lo sabe. Y El Gráfico no pretende alterar ese derecho. Lo que El Gráfico pretende —puesto que tiene ese derecho y además la obligación de hacerlo valer— es que el fútbol se encauce por normas éticas hasta ahora pisoteadas. El Gráfico cree ver en esa costumbre de masajistas y asistentes una fuente de promoción de muchas cosas que no son éticas. Y por eso combate tal costumbre, no porque le moleste la presencia de alguien en una fotografía. Remítase a nuestra colección y lo hallará muchas veces explicado: no tenemos un problema de personas sino de mala costumbre. Y El Gráfico cree estar —por exigencia del propio público al que se dirige— en la obligación de propender a la ética y la estética dentro del deporte ¿o no? La que usted considera ofensa y denigración del señor Taddei se buscó con una carta que jamás debió remitir sabiendo de los antecedentes

que obraban en nuestro poder. Y menos desafiando a que le fuera publicada. Y en cuanto a que si El Gráfico desea fotografías de jugadores solamente los asistentes no se opondrían, vaya sabiendo lo que acaso ignora: el «clan» de asistentes del equipo de River llegó al extremismo de «no autorizar» fotografías del equipo de jugadores si ellos no aparecían. Lo mismo ocurrió en San Lorenzo. Y lo mismo en... muchos clubes. De modo que cuidado, que puede perder el ojo. Desde Coronel Vidal no pueden verse todas las cosas que aquí ocurren.

José Humberto Testa, de General Paz (Ranchos), no comparte la opinión de El Gráfico en cuanto a que sea falta de ética o disciplina el jugar con medias caídas o camisetas fuera del pantalón. Incluso admite que resulte más cómodo para muchos como Corbatta, Sívori, Grillo, Oscar Rossi, etc.

A ver si nos entendemos mejor, señor Testa: estamos exigiendo ética y compostura de vestuario mirando mucho más allá de lo personal de cada jugador. Pensando que si en la cancha hay desmelenados y desaliñados muy probablemente ellos abundarán en las tribunas, en la calle, en el tranvía. La emulación es más fértil con los malos que no con los buenos ejemplos. ¿Nos entendió esta vez?

Militantes en el sindicato de metalúrgicos cuyas firmas resultan ilegibles nos preguntan por qué El Gráfico no se hace eco de la hazaña del nadador raidista Antonio Abertondo al concretar por primera vez en la historia el doble cruce del Canal de la Mancha. «¿Porque es peronista?», concluyen preguntando.

No. Muchos peronistas deportistas merecen para nosotros la misma estimación de sus hazañas deportivas que otros deportistas no peronistas. No sabemos si Antonio Abertondo lo es, puesto que sus últimas aventuras se financiaron con la concurrencia de gobiernos ucristas. Pero nada de eso hace a la razón de nuestra indiferencia por su hazaña. Ella es muy distinta: 1) Consideramos terminada la era en la que la aventura constituía un deporte (aun para El Gráfico, claro que sí). Lo de Abertondo es aventura. 2) Ya no creemos en empresas deportivas cumplidas al margen de fiscalizaciones responsables. La de Abertondo es una de ellas. O cortar por lo sano o seguir alimentando «la gran mentira del raid». Ese ha sido nuestra alternativa. Hemos optado por lo primero con la esperanza de terminar con lo segundo. Lamentamos que Albertondo se vea privado con ello del aplauso que años atrás le habríamos dispensado como héroe. Eran días en que también nosotros estábamos engañados en cuanto a la suerte y verdad de estas empresas. Se nos cayó la venda, lo anunciamos al público (hace ya varios años) y

desde entonces pensamos como ahora. De lo que no nos avergonzamos. Peor sería que hubiéramos seguido pensando toda la vida igual «por lealtad» a la manera como empezamos a pensar sobre estas cosas.

El Gráfico

Todos opinan. Sobre si hay que dedicar más páginas a un tema o si una omisión ha sido grave; un título que no gustó o una postura que consideran lesiva al gusto de los lectores. El funcionamiento de El Gráfico, sus páginas, su tapa y hasta sus publicidades se convirtieron en un tema importante (y uno de los preferidos) para sus lectores. Su director estaba dispuesto a discutir públicamente cada decisión y defender cada página publicada (debiera decirse: cada línea, cada palabra) con los más variados argumentos.

Pablo Oberti, de Punta Alta, protesta por lo que considera exceso de anuncios publicitarios en nuestras ediciones. Lo considera una anomalía de estos últimos tiempos, pues es lector de muchos años.

Señor Oberti: El Gráfico, como es natural y usted mismo lo dice, necesita y acoge con su mejor bienvenida toda inversión que los señores auspiciantes quieran hacer en nuestras páginas en función de recomendaciones comerciales. Y usted también debiera hacer lo mismo contando, como sabe que lo cuenta, con la seguridad que El Gráfico podrá retacearle algunas de todas las notas que cada lector desea encontrar en sus páginas, pero jamás privarle de las que consideramos saber que son las preferidas por nuestros lectores en su mayoría. Decimos que usted —que hace de la nuestra, «su» revista— también debiera recibir con satisfacción ese desplazamiento de publicidad a nuestras páginas, porque justamente ella está asegurando que la revista tiene cada vez mayor predicamento, venta y solidez económica. Ello, aunque parezca un contrasentido, fortalece la independencia de juicios que usted y todos anhelan y gustan de El Gráfico. Si esta «propaganda» que a usted le molesta estuviera en disminución, allí tendría usted el peligro de que las ideas tambalearan ante las finanzas. Por suerte no es así. Nuestra venta aumenta: nuestros anunciantes también. Por eso, periódicamente,

compensamos el espacio que ellos nos llevan con más páginas de redacción.

CONFORMISTA: *Andrés García, de Coronel Suárez, protesta contra la orientación de las notas de fútbol de El Gráfico que considera faltas de lógica; injustificadamente pretensiosas de que en el fútbol la gente tenga inteligencia para analizar; todo lo cual es a su juicio «sensacionalismo»; hay que dejar las cosas como están porque no tenemos más material y no podemos hacer milagros.*

Señor García, ¿usa usted siempre la misma filosofía toda vez que se siente enfermo? Permítanos entonces decirle que su vida corre el riesgo de ser breve. Nuestro deseo es que sea muy extensa y más feliz. Por eso le aconsejamos: médico.

N. N. que no se atreve a firmar, y que da sus señas a través de «un lector que desea seguir siéndolo», está muy enojado con El Gráfico a través de nuestro comentario del partido Boca-San Lorenzo. Señala que la «gente salió llena de fútbol, los comentarios que se escuchaban a todos los vientos eran que Grillo fue un coloso, Yudica asombroso, Valentín una amenaza constante, la delantera de San Lorenzo con su peligrosidad y espectacularidad de siempre; hubo emociones a granel, calidad, amor propio, hubo fútbol».

Algún día haremos un comentario crítico de fútbol que rece más o menos así: «Fue un partido emocionante. Ambos equipos se disputaron el dominio del campo, en el que prevalecieron los ataques sobre las defensas. La línea medio local se empeñó en jugar atrasada, lo que facilitó los planes del adversario. Al promediar los treinta y cinco minutos se modificó el esquema con el adelantamiento de los tres medios. Hubo, sí, falta de cohesión y de tiros al arco. Muchos remates, altos y desviados, no tuvieron como destino cierto la red. La garra de los locales constituyó la nota agradable de la jornada. Sin embargo, el estado físico dista de ser el ideal. Los mejores hombres fueron X. X., magnífico en los despejes; Z. Z., que dejó su puesto muchas veces contagiando de aliento a sus compañeros; Y. Y. todo un coloso...». Y así por el estilo. ¿Estaría usted conforme? Tal vez. Pero nosotros lo habríamos engañado. Fíjese: el periodismo inglés, que durante años mantuvo en silencio el decaimiento del fútbol en ese país, dice ahora, ante la evidencia de la catástrofe, que el que se juega en Gran Bretaña parece de beneficencia. Queremos, tanto como usted, que el buen fútbol evolucione. Para ello es preciso desterrar toda esa clase de adjetivaciones, muy sonoras, que pretenden decir sin decir nada.

La tapa

La tapa de *El Gráfico* siempre fue un bien preciado por protagonistas e hinchas. Llegar a la tapa de *El Gráfico* era la consagración. Y eso era también, para Panzeri, una responsabilidad. No podía otorgársela a cualquiera. El problema surgía cuando él consideraba que debía quedar vacante. Una publicación comercial no podía salir con su tapa en blanco. Pero para eso también tenía elucubrada una respuesta.

Néstor Camiño, de Lanús, quiere saber respecto de los hermanos Gálvez «si estos señores abonan alguna suma de dinero por aparecer en la tapa de la revista».

No, señor. No abonan nada. Las tapas de El Gráfico son gratuitas.

Ricardo Levy, de Capital, se sorprende por la inserción del futbolista Navarro en nuestra portada. «¿Puede El Gráfico cambiar tan pronto de idea?», nos pregunta. Hugo Llamosa, de Gálvez (Santa Fe), también expresa su desconcierto por la misma razón.

La tapa de El Gráfico pretendió y pretende ser el blasón consagratorio de los deportistas. Muchas veces se ha discutido en «nuestras clínicas internas» si debiéramos reservarla únicamente a quienes reúnan el ideal de la consagración del deporte: conducta y aptitud. La necesidad de dar 52 portadas anuales nos enfrentó muchas veces con la imposibilidad de seguir estrictamente ese ideal. Desgraciadamente, hay más tapas de El Gráfico que deportistas que realmente merezcan su inserción en la portada con estricto arreglo a esas dos condiciones. En tiempos no muy remotos, los términos eran probablemente inversos: mayores postulantes que ediciones anuales. Sin duda que hoy no es lo mismo. Nuestra opción no ha podido ser otra, entonces, que la transacción por una variante: la tapa puede incluir a los ideales de aquella perfección como asimismo a los exponentes de las respetables preferencias que puede indicar el público lector que las colecciona o las pide para ponerle vidrio y marco. Como nos enorgullecemos de ser leídos por una mayoría de público que sabe leer, contamos con que ese público sabrá discernir en cada caso cuáles son las portadas «de» El Gráfico y las «de» aquella demanda que El Gráfico no puede dejar de atender sin perjuicio de mantenerse en sus postulaciones por el ideal del deportista, del futbolista, de lo técnico, de lo ético, de lo noble o lo sano. Por cierto que tal transacción no supone que El Gráfico dará curso «a cualquiera» para sus portadas, porque donde no concilian méritos o popularidad, preferimos repetirnos. Y esto es frecuente. Ustedes ya lo saben. Pues ahora saben por qué. Nútrase nuestro deporte

de salud física y moral y ya se verá cómo esta injusta equiparación de tapas «obligadas» y «rebuscadas» deja paso a otra injusticia, la que no todos los que la merecen ocupen nuestra pretendidamente consagratoria tapa.

La sección (y sus reglas)

Dado el cariz que tomó el correo de lectores, la sección también se convirtió en uno de los temas de las cartas. Y en uno de los temas más importantes o al menos más frecuentados. Un meta correo.

Pablo del Mónaco, de La Plata, nos reprocha hacer de esta sección de los lectores una página más donde hablamos nosotros pero no los lectores. A su juicio, aquí «no tiene la palabra el lector».

El Gráfico publica la síntesis —comprenda que no podemos publicar un promedio de mil palabras por lector que escribe— de TODAS las cartas que promueven temas de interés general, convengan o no convengan a la prédica de El Gráfico. Además no entendemos eso de «conviene o no conviene», porque pensamos que aun para reforzar nuestra prédica, corrigiéndola si se nos la demostrara equivocada, necesitamos de la difusión de lo que usted cree que no nos «conviene». Nuestro altruismo llega probablemente más lejos de donde usted supone llega nuestra mezquindad.

[Recuadro] Los lectores escriben, escriben cada vez más. Y nosotros sabemos cada vez menos cómo atender y complacer a todos. Por eso, a título de conformar a tantos disconformes que esperan, permítase a El Gráfico extender el espacio reservado a sus respetables «dueños» (ellos, los lectores).

[Recuadro] Últimamente esta sección ha cobrado un interés tan especial para el lector que ya es muy frecuente decir que «es lo primero que leo de El Gráfico». Nos alegra que a eso haya llegado la que fuera precisamente una intención de poner al lector en situación de sentir «suya» la revista.

Pedro Boado, de Capital, pide publicación de una extensa carta muy

laudatoria para El Gráfico, escrita por él mismo, claro está.

Lo sentimos. No estamos en una decadencia que necesite del autoelogio. Nos basta su solidaridad para seguir en la línea que estamos. Esta sección prefiere temas de interés general, aclaraciones a cosas oscuras, respuestas a las curiosidades del lector y... reproducción de los cargos que se nos quieran hacer. Gracias.

Un confundido: Eugenio F. Aguerre, de Comercio 1587, Montevideo. Nos disponíamos a reproducir sus fuertes reproches para con quienes hemos hecho de El Gráfico una revista apartada —según usted— del «potrero y del fútbol reo». No veíamos inconveniente en hacerlo a pesar de todo lo desfavorables que aquellos nos son. Pero lamentamos defraudar la seguridad que usted tenía de ver publicada su palabra solamente por una grosería que no le aceptamos entre tantas otras. Y es aquella final que dice que publicaríamos su carta «para seguir haciendo nuestro periodismo perseguido». No nos interesa dialogar con quien no corresponde el respeto que le profesamos. Usted ha confundido nuestra liberalidad con su mala educación.

GANSADAS: José Feliciano de Comodoro Rivadavia y Zacarías Islas de Tandil piden que las páginas destinadas a esta sección «lectores» se supriman en beneficio de otras secciones que las reclaman, pues consideran que quienes aquí escriben dicen en su mayor parte «un montón de gansadas». Dice el segundo de ellos: «Somos un 95% que no entendemos el deporte y por más buena voluntad de las revistas en decir la verdad sólo se conformará el 5% restante, pues mientras el fanatismo domine al “hincha” nunca habrá acuerdo».

Pensamos igual que ustedes. Pero con esta diferencia: la ignorancia debe ser combatida con la difusión, el diálogo, la persuasión y acaso la resistencia a tales gansadas. «Educar es poblar».

SERMÓN A UN JOVENCITO: Estudiante de farmacia, veinte años, que firma «J. E. B., hincha de fútbol», que solamente da las tres últimas cifras de su libreta de enrolamiento... envía una extensa, fundamentada y atinada opinión sobre la formación del seleccionado nacional, con pedido de «por lo menos» un comentario en El Gráfico. Dice querer el anonimato porque dar su nombre sería «engorroso».

Señor: si ni siquiera tenemos franqueza para emitir una opinión acerca de cómo formar un equipo de fútbol, ¿en qué podrá aplicarse la franqueza en este país? Si también el miedo nos contiene para dar una opinión de fútbol, que por muy «grave» que sea no tendrá otra importancia que la muy reducida de las cosas del fútbol... ¿para qué

menester usaremos los argentinos la valentía de ser francos, sin necesidad de ser por eso enemigos de los que no piensan como nosotros, ni ser tampoco ellos enemigos nuestros? No, ¡no le publicamos nada! Si a tan temprana edad, si en la edad de lo heroico, el miedo ya lo hace viejo, ¿qué esperar de usted y de sus opiniones cuando deje de ser joven? Apréndalo: la sistematización del «quedar bien» hace mucho mal. De solemnidad e hipocresía ya estamos demasiado enfermos. Y usted, que es esperanza de salud futura, no puede ser un enfermo más. No debe serlo. Sustente opiniones y no tenga vergüenza de difundirlas. El país necesita educarse en el diálogo que une a quienes piensan distinto.

Carlos Antonio García Arango solicita que no publiquemos cartas como «algunas tristemente famosas que ensucian el nombre del firmante (supuesto) y que sustentan ideas que el firmante supuesto y verdadero no ha visto cruzar jamás por su cerebro». Por eso nos ruega que seleccionemos con mayor esmero el material que aquí se publica. Termina diciendo: «Si no publican las cartas del adulón, ¿por qué sí las del débil mental?»

El Gráfico se halla empeñado en elevar el nivel cultural del pueblo, pues creemos que logrando eso conseguiremos que las cartas que nos envíen alcancen una superación acorde. No nos consideramos ubicados en un pedestal de jerarquía intelectual que nos imposibilite bajar al nivel necesario para responder a las «mentes débiles». Por otra parte, los conceptos que aparecen en las cartas forman parte de una realidad que no debemos eludir sino enfrentar.

Fútbol y opiniones

Panzeri, está dicho, cree que el periodista no debe ser imparcial. Exige tener una opinión formada. Eso acarrea la parcialidad, la defensa de una postura. Esa opinión debe ser fruto de la convicción. No hay medias tintas. Dante Panzeri hace crítica de fútbol, no comenta partidos. Esa diferencia (primordial) lo eleva por sobre sus colegas y brinda a sus intervenciones un nivel de hito en el periodismo deportivo (la frase podría haber finalizado una palabra antes y no hubiera perdido ni un ápice de verdad).

Nosotros pensamos que creer no es elemento de juicio para la crítica. Creer es tener fe. La crítica no debe invadir la jurisdicción del más allá. (...) Vamos a la cancha de fútbol a estudiar, a analizar y a aprender. Todo es importante en fútbol. Importante es lo teórico. Importante es el pizarrón. Importantes las directivas. Pero no podemos sustraernos de la importancia del hombre como elemento de creación. No podemos hacer a un lado el talento del hombre. Por eso admiramos al gran jugador.

Respuesta a varios lectores de Avellaneda, señores Baraldi, Harsch, Gabana, Diéguez, Barrionuevo y Golpe.

Nosotros no pretendemos imponer criterios sino que, basados en una profunda convicción de lo que es el ideal futbolístico, luchamos por su concreción. Eso nos obliga a exponer en la revista los principios de los cuales partimos para concebir nuestro ideal. Y de ahí también parte el concepto de la parcialidad que el crítico debe utilizar en función de tal. La imparcialidad es informativa; la parcialidad es formativa. En todo caso lo que ustedes nos deben exigir es honestidad.

Ángel Gentili, de Bahía Blanca, considera que «hemos dado poca importancia al segundo puesto de San Lorenzo en el último campeonato».

Efectivamente. Muy poca importancia tiene para nosotros. No por haberlo logrado San Lorenzo, sino por el nivel y las circunstancias que hacen a la calidad de los valores que estuvieron en pugna.

LA IDONEIDAD DE LOS TÉCNICOS: *Ricardo J. Acín, de Alsina 2714, Cap. Fed., quiere que El Gráfico haga un «quién es quién» en el orden técnico entre todos los directores que actuaron en los equipos de primera división durante el año pasado.*

Lo que usted solicita ya está publicado. Cada una y todas las notas que comentaron partidos de 1961 trasuntaron bien por las claras cómo orientaron su fútbol cada uno de nuestros directores técnicos. Al menos en nuestra manera de ver las cosas, se entiende... (Si alguno de ellos tiene ocultas convicciones que no exterioriza, no podemos validarlas como tales).

Para Rubén N. Rousiot, de Carmen de Patagones: En el mundo de las opiniones todas son admisibles. El Gráfico no pretende que esté equivocado quien llegue a decir que el mejor jugador de fútbol del mundo en la actualidad sea Yashin, por ser arquero. El Gráfico cree que es Pelé, eso es todo.

La Mesa Directiva del Club Defensores de Tiro Federal de Concepción, Tucumán, nos pregunta si El Gráfico «cobra por publicar alguna noticia

deportiva; esta pregunta la sugerimos porque en el día de ayer un club de barrio (potreros, como los llaman ustedes) cumplió un año de vida y queremos remitir una pequeña historia para que conozca toda la República, para que se sepa que en un pueblo chacarero, como es esta ciudad, existen clubes potrero que llevan la ambición de llegar a ser un día una gran institución, con personería jurídica, etc. Esta institución no posee nada de eso por el poco apoyo que recibimos (recién tenemos 15 socios) y no podemos aspirar a tener personería. Este club, como le dicen, aquí en Tucumán, es un club de mojarros, pero la verdad es distinta: son clubes de barrio donde surgen las estrellas del mañana».

Sres. presidente y secretario del Club Defensores de Tiro Federal, de Concepción, Tucumán: El Gráfico no es una agencia de publicidad de ningún club ni de ningún deportista. No cobra ningún dinero por lo que es su obligación decir ni dice nada por lo que le piden que diga. Segundo: hay tantos clubes «potreros» en el país como núcleos de quince personas con mucha buena voluntad, que mucho tememos que la República permanezca indiferente a ese tipo de esfuerzo todavía incipiente. «La República» sólo se interesará cuando el esfuerzo de esos quince sea el esfuerzo de quince mil, por ejemplo, puesto que entonces no será el de una familia sino el de muchas (no en balde —ustedes lo dicen— la personería jurídica se concede a «algo» más que a un grupo de una docena de personas con buena voluntad. Todos, quien más quien menos, tenemos buena voluntad, pero es preciso algo más positivo y concreto: trabajo). (...) Por último: clubes potreros, clubes mojarros o como quiera llamárselos, siempre serán dignos de nuestro elogio en cuanto sus obras supongan el esfuerzo desinteresado —y positivo— por intentar lograr por vías del deporte lo que no puede obtener la sociedad por otros medios. Se debe someter la «buena voluntad», que nadie pone en duda, a las exigencias de un programa de labor serio, responsable, constructivo. ¡Ah! ¿La ayuda?: ¡Trabajo, TRA-BA-JO!

Los otros periodistas

César Delgado, de Spiro 409, Adrogué, 17 años, protesta porque no hemos dado curso a sus deseos de crítica a un colega. Nos recuerda que en

otros casos hemos procedido de distinta manera. Le sorprende la desigualdad del trato. «Pero no importa —agrega— seguiré luchando por una Argentina mejor».

Señor Delgado: El Gráfico se ocupa de los periodistas cuando los periodistas se ocupan de El Gráfico. El Gráfico también se ocupa de la función del periodismo en general, sus deberes, sus derechos, sus funciones. Pero El Gráfico no tiene la norma de muchos periodistas de hacer de sus páginas una réplica de toda opinión que no encuentre coincidente con la suya. Esa es la diferente situación entre el caso que usted planteara y el del lector a quien respondiéramos en otra edición. Existe un periodismo que vive pendiente de El Gráfico. El Gráfico no vive pendiente de lo que digan sus colegas. El Gráfico tiene puesta su mira en el deporte y en el periodismo como vehículo de mejor deporte. Si así no lo quieren creer, bien; si así no nos quieren creer, lo mismo da... Mucho más importante que lo que se diga que somos es lo que somos.

Diversos lectores preguntan, en unos casos, y recriminan, en otros, las causas por las que los comentaristas de fútbol de El Gráfico no asisten a un polémico programa de televisión^[60] en el que frecuentemente son aludidos.

La concurrencia a tal polémica pública puede que sea una obligación de quienes están ligados a algún compromiso con quienes la programan y la usufructúan comercialmente; también puede ser un medio de difusión de sus ideas, al que tienen todo el derecho de apelar quienes carecen de otros medios para difundir aquellas. En el caso de los comentaristas de fútbol de El Gráfico la situación es muy distinta: ellos tienen sus medios habituales a la profesión, incluida la TV, para difundir sus ideas; las difunden semanalmente por tales medios y consideran que allí empieza y termina su misión ante los demás, ya que ninguno de los comentaristas de fútbol de El Gráfico pretende hacer de la suya una verdad que deba circular por todo los medios de expresión. Hay muchos diarios y revistas que no recogen tal verdad, y son muchos los periodistas de diarios y revistas que no difunden la suya a través de El Gráfico. La concurrencia a tal programa de televisión es, entonces, una cuestión sujeta a la cortesía para con quienes formulan invitaciones en tal sentido. Nuestros comentaristas han rehusado hasta ahora esa cortesía porque, en el caso de algunos de ellos, se lo impedían contratos; en otros casos porque la cortesía puede caber donde el desinterés es recíproco, pero no donde, como en este caso, se trate de alguien que saque partido publicitario y comercial con la gratuita contribución de nuestros comentaristas a un programa que intenta vender, y por ende es justo que pague los instrumentos que utiliza para vender (en este caso la presencia de

nuestros comentaristas). A la polémica la aceptan. Pero teniendo medios de expresión para afrontar cualquier polémica no ven razones para buscar medios que parecen más apropiados al «diletante» de la crítica que al profesional de la crítica. Además de todo lo dicho, dados los reiterados lamentos de los propios conductores del programa por la frecuente estupidez y vacuidad con la que se dialoga en tal polémica televisada, sumada al desorden y simultaneidad con que se habla, nos tiene muy convencidos de que tal asistencia sería estéril para nuestros comentaristas y también para quien tuviera que pagarla, dado que como abiertamente se lo confiesa se desea vender una mercancía a través de tal vehículo. Que el público se preste a que se comercie con él no significa que estemos obligados a permitir que se haga lo mismo con nosotros, que somos profesionales. Que somos *amateurs* cuando vamos a la Facultad de Derecho o alguna institución deportiva o cultural. Pero esta polémica televisada no es cultural. Es comercial.

Juan A. Jiménez, de Mar del Plata, quiere que le digamos qué falló a nuestro juicio, en la marcha del elenco de Huracán dirigido por nuestro excrítico González Peña: si el señor González Peña, los jugadores o el concepto de juego que ellos siguieron.

Difícil respuesta, acaso porque los tres fallaron. González Peña al enfrentar (a sabiendas) una responsabilidad para la que carecía de los elementos ejecutores. Los jugadores por no estar dotados en unos casos. El concepto de juego por ajustarse a una orientación ajena a las posibilidades de algunos de sus insuficientes ejecutores.

XVI
PANZERI POR PANZERI

«Soy muy, pero MUY PARCIAL». Afirma, avisa en su presentación en una radio rosarina. La tibieza, los términos medios no son su territorio. Lo suyo es, siempre, tomar partido. Es un hombre de convicciones inmutables. Parece darle la razón (una vez más) a Karl Kraus cuando afirmaba: «No hay arte de la palabra si no es la capacidad de poner en claro una opinión, se escribe “sobre” algo».

La figura de Panzeri emerge como algo único. Su particularidad, la firmeza y originalidad de su voz se imponen con velocidad. Ese tono —su estilo— es fácilmente reconocible. Así, «el pelado que se enoja siempre» o «el que ve todo mal» se convirtió en un personaje público con bastante relevancia. Su opinión era escuchada y era influyente. Lo imitaban en el teatro de revistas, su figura era incorporada en tiras de humor gráfico, el resto de los periodistas deportivos se definían a partir de él, respecto a la lejanía o cercanía con su figura.

Con tanta relevancia, Panzeri se convirtió en foco de interés para el lector. Quienes sufrían sus ataques comenzaron a atacarlo a él. Como desmentir los contenidos de lo que escribía era muy complicado (casi imposible), la defensa que encontraron los señalados por Dante fue atacarlo a él personalmente. Amargado, resentido, que no disfruta de nada. Eran algunos de los cargos. Esa opinión se fue extendiendo entre la gente. La idea era horadar su imagen, relativizar la contundencia de sus dichos. Panzeri, entonces, salía al cruce. Asumía los moteos que le endilgaban y explicaba si era o no culpable de lo que lo acusaban.

Al empezar cada trabajo se presentaba a los lectores. Sabía que la gente lo conocía pero él consideraba necesario establecer sus condiciones desde el principio, que no pudiera haber confusión desde donde hablaba, que los lectores no se sintieran estafados.

Le disgustaba profundamente que las figuras públicas fueran conocidas por su vida privada y no por su actuación profesional. Sin embargo, él hablaba de sí mismo. Pero jamás lo hacía de su vida íntima. No tenía el menor prurito en dar las explicaciones que fueran necesarias respecto a sus posturas y conductas profesionales. En ocasiones, se nota su hastío ante los ataques recibidos, pero vuelve a tomar impulso y sigue en el camino elegido.

Uno de los artículos elegidos en esta sección sirve de perfecto ejemplo para comprender la manera de hacer periodismo de Panzeri. En 1976, Boca había contratado a Juan Carlos Lorenzo (añejo enemigo de Dante al igual que el presidente del club que seguía siendo Alberto J. Armando) como técnico. Los hinchas comenzaron a inquietarse con las contrataciones. Varios jugadores veteranos que parecían estar de vuelta. Panzeri hizo lo que debiera hacerse siempre y no se hace nunca. Dio su opinión antes de que esos jugadores (en este caso, Hugo Gatti y Heber Mastrángelo) empezaran a jugar, una vez concretadas las operaciones. Y tuvo dos rotundos triunfos. Opinó antes que nadie e hizo un análisis técnico tan preciso y claro que todo lo que preanunció se dio en el transcurso de la temporada. Este artículo podría haber sido incorporado en cualquier otra sección de esta

compilación. No obstante se incorpora aquí porque es uno de los que mejor refleja a Panzeri.

Si en la redacción de Satiricón le dicen que pareciera que no disfruta de nada, escribe una nota destacando placeres deportivos. Si un militar trasnochado lo reta a duelo, narra todo el episodio con gracia y sarcasmo. Si un editor le pide un libro guía, nos relata como él escribe otra cosa totalmente distinta. Esas referencias a su persona y a su accionar son frecuentes en la carrera de Panzeri. Se explica, cuenta lo que le sucede porque no tiene nada que ocultar. Le gustan, ya se sabe, las cosas claras.

87. DANTE PANZERI SE PRESENTA

Satiricón, noviembre de 1972^[61]

Mire, yo soy un tipo sin currículum. Porque desdeño todas las palabrejas de esa laya, que han puesto de moda los realizados, y porque me parece que es de bobos mostrar currículum en esta vida donde el currículum de todos se reduce al día en que nacemos y al día en que morimos. Lo que hacemos o dejamos de hacer entre esas dos fechas, es absolutamente intrascendente. Es vivir y nada más, según cada cual nació. Solamente es trascendente para los hombres vanidosos que suponen que el hombre es trascendente.

El hombre vale o no vale. Vale, si hace lo que tiene que hacer en la vida y no dice nada de sí mismo, como sentencia don Atahualpa Yupanqui. Y no vale nada, cuando a pesar de ser un genio en alguna cosa es el primero en proclamarlo, como un pavo real se proclama el más hermoso y colorido entre los pavos. Y yo le tengo miedo a los pavos. Mucho más que a los sinvergüenzas.

Le tengo mucho miedo a los hombres que denuncian en la ropa, en el pelo o en la piel, que ocupan mucho tiempo de cada día frente al espejo. Desconfío de los que tienen que «sudar mucho» para hacer algo bien.

Todo es importante, nada es importante.

Entre un decente y un millón de importantes, deme un decente que nunca hable de sí mismo y que no tenga currículum.

Vivir no es mostrarnos. Vivir es estar muy solos y sentirnos muy vivientes, porque sentimos por muchos. Para mostrarnos basta la muerte, que es cuando nos vienen a ver los que quieren ser vistos.

Hacen más daño diez pavos que un terrorista con una bomba y una ametralladora. Piense cómo cambian las modas, y calcule cuántos hay.

88. PROPÓSITOS-PRESENTACIÓN

Radio LT8 Rosario, 01/05/68

Buenos días: Puede que usted me tenga por conocido suyo. O no. De todos modos, y como desde hoy, todos los días, de lunes a sábado, LT8 mediante, yo voy a penetrar en su oído —claro está, mientras usted no cierre ese receptor— es del caso que me presente y le diga a qué vengo a golpear sus tímpanos. Pues yo soy esa persona de la que usted acaso haya oído decir que «no hay nada que le venga bien», o que «lo ve todo mal», o que «es un inadaptado social». Sí; efectivamente, esto último es muy cierto. Nunca logro adaptarme a la tragicomedia que el deporte ha tomado como estilo de vida. Sigo creyendo que el objetivo de prioridad del deporte es formar mejores personas, no personas más enriquecidas. Pues ese soy yo. Por cierto que al ocupar este espacio no traigo otro objetivo que el de siempre en mi conducta periodística: y él es el de combatir esa tragicomedia frecuentemente asociada a la antiética, pero de ninguna manera adaptarme al *modus vivendi* que se esté institucionalizando en la sociedad deportiva del nuestro y de muchos países que no son el nuestro, dentro de esa progresiva y enfermiza confusión de lo legítimo con lo acostumbrado, o de los derechos con las necesidades. Confusión que hace difícil establecer, actualmente, si el deporte, profesional o amateurísticamente realizado, tiene por objeto educar o bestializar al ser humano que lo practica o que lo mira. Seguramente que usted me oirá muchas más veces fustigando que ponderando, especialmente actitudes, antes que personas. Si a su juicio esto es un menester exigible por la subversión que asfixia al deporte, nada debo agregar a lo enunciado de mis intenciones. Pero si usted duda que eso se justifique, consulte a su conciencia cuáles y cuántas cosas andan bien en el deporte y en el hombre deportivo de esta era de la industrialización deportiva. Pregúntese y respóndase usted mismo cuánto hay que le conforma y cuánto hay que le disgusta en todo eso. El deporte está pasando por muy graves subversiones que lo ponen en situación de inminente traspaso (si es que no ha pasado ya) al mundo de las cosas humanas tecnológicamente deshumanizadas, mejor dicho inhumanamente industrializadas, y mi presencia en este brevísimo monólogo no tendrá ninguna pretensión solemne, solamente el simple objeto de protestar contra esa avalancha de los apetitos contra la reflexión. Le anticipo que no seré imparcial, puesto que tengo tomado en este juego un bando, el del orden con higiene, del cual seré MUY, PERO MUY parcial. Si usted fuera hinchado de esa misma camiseta me sentiré acompañado. Si no lo fuera o lo fuera de la otra, dedíqueme lo mismo, por favor, algún rato de su atención, que siempre es bueno oír todas las campanas, entre las cuales la mía no aspira a otra cosa que ser una más, acaso para saber mejor por qué y para qué doblan las campanas del deporte. Hasta mañana.

89. CHEQUEOS, QUE LES DICEN...

(MI ENFERMEDAD)

El Día, 11/01/69

Termina un año más y nada anuncia que entremos en un año nuevo.

Este es en gran parte un permanente trauma de la obligación de escribir las siete u ocho notas semanales que hacen mis deberes con este oficio. El trauma radica en que ya sé qué podré decir durante los próximos 12 cortes del calendario. Y no es que me produzca un trauma el saber por anticipado qué he de tener que hacer y qué podré decir, que en algún orden de cosas podría constituir precisamente un motivo de privilegiada comodidad. El trauma me lo produce la conciencia de que, según entremos en un año tan viejo como los últimos pasados, lo que hará al año nuevo-viejo es casi seguro que implicará para mí algo así como la obligación de seguir «hablando mal de todo y no viendo nada bueno», puesto que muy difícilmente surgirán hechos y conductas diferentes —por mejores— para poder «hablar bien de casi todo y viendo poco malo». Ese es mi trauma, debo confesarlo una vez más, ya que según los últimos registros médicos a que sometiera mi hígado, mi corazón y las demás piezas de mi motor... todo funciona bien, no hay cálculos, no hay úlceras, no hay nada que funcione mal, no hay para ningún médico ninguna medicina que recetarme, solamente advierten todos ellos que **«su único problema (el mío) es de inadaptación a un medio socialmente enfermo»**. Con lo cual salí de mi anual consulta médica (ahora se le llama también chequeo) lamentando tener una enfermedad: no estar enfermo. Fue por eso que opté por decirle al último de los cinco médicos que me habían revisado todo el sistema de carburación:

—Por favor, doctor, ¿no me puede dar algo para poder hablar bien de lo que anda mal? La gente dice que yo «lo veo todo mal».

—Hay dos remedios —me dijo el galeno— que usted no podrá comprarlos. Uno: entrar en el negocio del fútbol, al que muy difícilmente le van a dar entrada porque no van a creer en su conversión, lo verán siempre por lo que es, no como lo que diga querer ser, o sea uno de los que para estar en el negocio dicen ver que todo está bien y nada está mal; aunque usted se haga un trasplante de cerebro y se injerte el cerebro de Armando o el de Valentín Suárez, a usted no le creerán jamás que usted quiere ser uno de ellos.

—¿Y el otro?

—Mudarse a una isla. Pero el problema es que ya no quedan más islas sin fútbol profesional, sin deporte convertido en materia prima de chabacanería y venalidad políticas, solamente le queda el mundo espacial; hable con los astronautas y vea si lo pueden ubicar por allí... Mi deber hipocrático me impide recetarle ni siquiera una aspirina.

—¡Es que la veo y la siento, doctor!

—Consulte a un oculista para que le dé al menos la fórmula para no verla. Acaso al no verla no la sienta. Pero le advierto algo más: lo que usted siente también lo sienten los ciegos que como usted tampoco están en el negocio, no leen, no ven... pero oyen y sienten...

—¿Así que me espera otro año de obligado «hablar mal de todo y bien de nada»?

—Otro año y todos los siguientes que le toque vivir. Usted no se cura más, mi estimado paciente. Son diez lucas la visita... Gracias... ¡y búsquese un médico de sanos! Su enfermedad es incurable.

Así terminó mi anual «chequeo médico».

Desconcertado, anonadado, regresé a mi casa, entré en el escritorio, vi esperándome una pila de cotidianos papeles impresos con su segura provisión de materia prima para mi industria, iba a hacer con todos ellos un lindo paquete para arrojar a la basura y sentarme a pasar la Navidad y el Año Nuevo «como Dios manda», y allí aparece mi mujer que me dice:

—Te llamaron de tal parte reclamando las notas; también llamó fulano pidiendo que le adelantes la entrega de esta semana porque las fiestas lo obligan a adelantar el trabajo del taller; también llamó mengano diciendo lo mismo...

Entonces desistí de arrojarle al diablo aquellos papeles con tinta moldeada, puesto que no me quedaba otro remedio que reincidir en la desesperanza de encontrar «algo de que hablar bien» y en la certeza de que encontraría mucho de que «hablar mal...» y poco o nada de que «hablar bien».

Abrí el primer diario de la pila y leí: «En 1969 tendremos Campeonato Internacional en Mar del Plata, Torneo Cuadrangular en River Plate, partidos de la selección nacional-prioridad N.º 1, Copa Argentina, Campeonato Metropolitano desde febrero, Copa Libertadores de América, Copa Interamericana (Toluca - Estudiantes), Supercopa pendiente de 1968, Copa Sudamericana de Ganadores de Copa, Campeonato Nacional, Campeonato de Reclasificación, Copa Intercontinental y nuevamente Supercopa».

Ipsa facto hube de reflexionar lo obligado de la ecuación: 12 meses, iguales a 52 semanas, iguales a 365 días, iguales a más urgencias económicas, iguales... ¡a mayor prostitución ética, económica, política, y deportiva del fútbol! Todo eso igual a... como estaba antes del «chequeo» médico. Pensé en volver a visitar a los hipocráticos, pero recordé que hacía apenas una hora que había terminado «el chequeo» y no podría haberse manifestado en tan poco tiempo una nueva enfermedad ajena a la que ya tenía, o sea la de no estar enfermo.

Entonces opté por revisar 1968 para ver cuántas veces había hallado motivos «para hablar bien», que me pareció una manera de estimular la ilusión de poder hacer lo mismo en 1969. Y me encontré con que pude hablar «bien» de las normas impuestas por Nolo Ferreira a una idea no muy sana como la de los Campeonatos Infantiles de Fútbol, en los que el expiloto olímpico demuestra que los hombres sanos

pueden hacer positivo has ta lo que nace como negativo (curiosamente, de esto que yo viera «bien» no leía ningún elogio de quienes «todo lo ven bien»). Y nada más...

Volví a meter la cabeza entre las dos manos haciendo de casco para que no se rompa; volví a recorrer el extenso programa comercial del fútbol de 1969 (aquel de fútbol por la mañana, por la tarde y por la noche); miré el conjunto de apuntes recogidos con motivo del «planteo» de los jugadores de Vélez Sársfield para cumplir la firmada obligación de cumplir un contrato; pasé de allí a los garabatos que forman el sumario del delito sempiterno perpetrado en cancha de Racing el 15 de diciembre: me detuve un segundo en la documentación del allanamiento policial a un local «partidario» de San Lorenzo de Almagro en el que se había instalado un cómodo garito del noble deporte del escolaso; reparé en palabras del interventor de la AFA que dan la pauta cabal de que el fútbol se ha convertido no solamente en un servicio público PARA el Estado sino en una obligación de la comunidad deportiva a practicar la prostitución y la anarquía, so pena de ser asfixiada; y como en ese momento mis hijos preguntaron cuándo empezaría el año nuevo, no pude hacer menos que contestarles:

—Nunca, hijo... nunca.

Después reparé en que había hablado «mal» de 1969... sin conocerlo. Solamente por imaginarlo.

Y pensé que la única solución para no ver ni sentir todo esto que es norma del fútbol en nuestro país... ¡es la anestesia total! Porque ni la sordera ni la ceguera bastarían para quitarles perceptibilidad (según los ciegos y los sordos lo demuestran) a los demás sentidos que nos dan la pauta de dónde estamos.

¿O usted supone que con semejante programita por delante, y con las angustias económicas que ellos traerán, algo de todo esto puede ser menos sucio e inmoral que hasta ahora?

¡Para el próximo «chequeo médico» me voy a pedir prestada una úlcera y tendrán que curarme aunque el juramento hipocrático lo impida! Ya no se aguanta más esta enfermedad de no estar enfermo.

Desde luego: pensar de esa manera es reunir todos los méritos para que nos digan:

—Usted no parece argentino... Este es un gran país.

Justamente: por creer lo mismo, que podría ser un gran país, es que no puedo digerir la realidad de que no lo sea. Que sea lo que todos estamos de acuerdo que somos (nosotros, territorio aparte).

90. SOY UN RESENTIDO SOCIAL

El Ciclón, 1970^[62]

Me interesó mucho una carta recibida en la redacción de EL CICLÓN, llegada por expreso N.º 401 403 de la Secretaría de Comunicaciones, presumiblemente firmada por quien dice ser socio N.º 2756 de San Lorenzo, llamarse José Akileiro y domiciliarse en Agrelo 4320 de la Capital Federal.

Digo que me interesó mucho porque ella finaliza diciendo: «EN LA FORMA QUE USTED ESCRIBE DA LA SENSACIÓN DE SER UN RESENTIDO SOCIAL».

La fui leyendo a medida que se ponían en rojo los semáforos que van desde la redacción de EL CICLÓN hasta Plaza de Mayo.

La seguí leyendo a medida que veía cruzar colectivos con luz roja, camiones municipales lanzando una cortina de gases tóxicos, automóviles con patente oficial sonando bocinazos, automóviles oficiales y privados quebrantando todas las normas conocidas del tránsito, peatones cruzando las calles a mitad de cuadra, montañas de basuras dejadas de levantar por los camiones municipales respectivos, baches de larga data sobre el pavimento.

La fui leyendo mientras por radio alguien daba detalles de uno de los atropellos habituales al derecho ajeno, a la tranquilidad social, y sobre todo a la buena educación, que había lanzado la noche anterior, desde los vestuarios de la cancha de Boca Juniors, el presidente de ese club.

La fui leyendo mientras alguien sentado junto a mí me contaba que un conocido estafador del alto mundo financiero nacional, que recientemente había robado millones de pesos a una empresa aseguradora, había recuperado su libertad.

La fui leyendo mientras alguien sentado a nuestras espaldas recordaba que por televisión se había mostrado el caso de un asesinato precedido de secuestro y extorsión por 10 millones de pesos (ocurrido en Buenos Aires), que según el testimonio ofrecido por «Cosa juzgada» había culminado en una condena de solo 20 años de prisión para los dos asesinos, obviamente sujetos a reducción o excarcelación por buena conducta, antes de ese término.

La terminé de leer, ya ajeno al tránsito callejero, en la antesala de una pequeña oficina pública a la que acudía a solventar una obligación ciudadana de las muchas que el Estado condena a los habitantes de nuestro país a pagar con dinero y con largas horas de torturantes plantones, el presunto derecho del Estado de despilfarrar los bienes comunes.

La terminé de leer, mientras hacía tal amansadora de rutina, recordando que en AFA se malgastan 5000 dólares mensuales en una farsa de seriedad llamada «selección para 1974», un millón de pesos en un fixture de posible confección (pero

correcta) por alumnos de escuela primaria, o que con el estandarte de la Ley del Deporte se destinan fondos negados a jubilados para solventar necesidades de clubes profesionales de fútbol que han despilfarrado sus ingresos en jugadores y entrenadores remunerados con cifras demenciales.

Y volví a leer el epílogo de la carta del tal señor Akileiro, que como ya dije expresara: «EN LA FORMA QUE USTED ESCRIBE DA LA SENSACIÓN DE SER UN RESENTIDO SOCIAL».

Y pensé: *¡Claro que sí! ¿Y por qué no?*

Me acordé de quienes suelen presentarme como «*el discutido*». Y de las veces que les he preguntado a ellos, que supuestamente no son discutidos, si ellos son «*los aprobados*» o «*los indiscutidos*».

Digo que me acordé de ellos porque a propósito del cargo de «*resentido social*» que allí se me hacía pensé cuál sería la conducta a seguir en la vida para alcanzar la menos incómoda posición de «*alegre social*», o «*contento social*», que vendría a constituir el reverso de «resentido» o sinónimo de «*aprobado*» o «*indiscutido*» con que presumiblemente se puede alguien zafar de que lo condenen como «*resentido*».

Antes de ir al diccionario del idioma para encontrar la exacta respuesta a aquellas dudas, encontré en la propia carta del señor Akileiro una definición menos académica pero quizá «*más humana*» sobre cómo no ser un «resentido» ni un «discutido» y llegar a ser un «*aprobado indiscutido*» o más concretamente un «*contenido social*». Estaba en el párrafo donde ella dice: «... *¿a Ud. no le importa y se mete con el señor Armando y el señor Seijo, dos personas honorables y de empresas que le dan al país lo que Ud. no ha sido capaz de hacer, pues le dan de comer a muchas familias con el trabajo que producen sus empresas, eso ya es bastante como para tenerlos en cuenta*».

Después consulté el diccionario:

RESENTIMIENTO: Acción de resentirse. Disgusto o sentimiento que se experimenta por algo.

RESENTIRSE: Empezar a sentirse una cosa. Empezar a sentir LAS MALAS CONSECUENCIAS de una cosa.

RESENTIDO: Que muestra o tiene algún resentimiento.

Recordando que el señor Akileiro me llama, en algún otro párrafo, «*periodista barato... de armas sucias...*» hube de pensar que el señor Akileiro no sabe que él también es un resentido. Y por cierto que social. Puesto que en definitiva su «disgusto o sentimiento» hacia algunas opiniones que yo había vertido en EL CICLÓN tenían una supuesta base de interés social por quienes dan de comer a muchas familias con sus empresas.

Pero no quise seguir en esas deducciones apoyadas en «la pelusa del idioma», sino que seguí interesándome en averiguar si efectivamente en mi caso soy un *resentido social*, como me lo ha dicho el señor Akileiro y me lo habían dicho otros antes que él. Porque el cargo no me resulta nuevo.

Lo he recibido casi siempre que haya señalado mi preocupación, mi consternación más exactamente, por la matanza de las instituciones, del fútbol, de los valores morales que debiera estimular el fútbol aunque se trate de una actividad profesional; lo he recibido siempre que expuse mi desacuerdo con algo que «todos», que obviamente no son jamás todos, han aceptado a través del silencio o del aplauso.

Diccionario aparte, ¿qué es un *resentido social*? ¿Quiénes son resentidos sociales?

La Justicia es una resentida social. La Policía debiera serlo también. Los gobernantes, lo mismo. En suma: todos quienes tienen en la vida la misión de que «cada uno reciba lo suyo», y ven que muchos se apoderan de lo suyo y de lo ajeno, y que muchísimos no reciben ni lo suyo siquiera. Todos ellos son *resentidos sociales*.

Puesto que acusan disconformidad. O inadaptación a lo que ese «todos» que no siempre son todos considera lícito por haber convertido en costumbre a muchos vicios o malos hábitos.

Inadaptación o disconformidad con el estilo de vida de la mayoría llamada «todos», que no son todos, es forzosamente resentimiento.

Y en mi caso, cuando SIENTO LAS MALAS CONSECUENCIAS DE MUCHAS COSAS que se han hecho costumbres en el fútbol, y las digo, ¡pues siento (diccionario aparte) que ME RESIENTO, que por tanto... ¡soy UN RESENTIDO!

Social, claro está, puesto que aquel resentimiento abarca a quienes conforman la sociedad en que vivimos.

Por lo tanto... ¡*resentido social*! ¡Claro que sí, y por qué no!

No siento ninguna vergüenza ni rubor en confesarlo.

De lo que sentiría vergüenza, de eso sí, sería sentirme «*contento social*» a través del rol de bobo que admite a lo acostumbrado como un derecho aunque ese acostumbrado quebrante todas las normas que hacen a lo ético, a lo lícito y a lo honesto.

Así planteada la actitud del hombre ante la vida, no tengo ningún empacho en aceptar que otros me digan y yo refirme con mi autoconfesión: ¡SOY UN RESENTIDO SOCIAL! Y no me siento deshonrado en serlo.

Me deshonraría pasar por esta vida sin dejar para mis hijos o quienes pueden creer en mí, la constancia de que he aprobado con mi silencio este vertiginoso galope hacia la destrucción de todo lo sano que pudo y podría tener el fútbol como actitud humana dirigida hacia el mejoramiento social. O que he aceptado que un delincuente que hace de sus fechorías una fuente de trabajo para otros, es una persona de bien cuyas fechorías son de positivas consecuencias.

Por las mismas razones tampoco me molesta el calificativo de «*destructivo*» si se quiere emparentar su uso con el de «*resentido*», puesto que con aquellos mismos argumentos pienso que LOS HOMBRES DE BIEN TIENEN QUE SER DESTRUCTIVOS (DEL MAL).

En ese caso me atrevo a desafiar A CUALQUIERA a que se me diga si alguna

vez he combatido desde mis medios de expresión habituales a alguna causa noble y constructiva para el deporte. Aunque mucho tiempo nos lleve localizar cuáles son efectivamente las nobles causas del deporte.

Me remito a un caso: nunca pude «hablar mal» de Vélez Sársfield bajo la conducción de José Amalfitani. Siempre «hablé bien». En esos casos suelo renunciar a mi camiseta de «*resentido social*» y ponerme la de «*contento social*».

Y no creo que sea porque aspire a enrolarme en el cuantioso bando de los «aprobados» que conforman el enorme mundo de los hombres que suponen que ser «constructivo» es dejar avanzar a la destrucción, o «no ser destructivos» es sumarse al multitudinario borregaje que supone que «todos» son todos o que lo acostumbrado es un derecho.

Con que entonces: RESENTIDO Y DESTRUCTIVO. Aceptado, confesado, como usted quiera. Pero al pie de la letra. No de la costumbre que define a lo resentido y lo destructivo. ¿Está claro?

En sus análisis filosóficos del llamado «sentido común», decía un señor nacido hace más años que el fútbol (1694-1778) y popularmente conocido por Voltaire: «Hay costumbre de decir que el sentido común es muy raro; ¿qué significa esta frase?; ¿que al empezar a despuntar la razón en algunos hombres detienen sus adelantos algunas preocupaciones?; ¿que el hombre tiene buen juicio en un asunto y no lo tiene en el otro? El árabe, que es un buen calculista, un químico sabio o un astrónomo exacto cree, sin embargo, que Mahoma puso la mitad de la Luna en su manga. ¿Por qué va más allá del sentido común en las tres ciencias que acabo de citar, y está por debajo del sentido común cuando se trata de la mitad de la Luna? Porque en los tres primeros casos ve con sus propios ojos y perfeccionó su inteligencia; y en el último caso ve por los ojos de los demás, cierra los suyos y pervierte el sentido común que posee».

Me dice un amigo que ha leído todo lo que antecede: —*Esto no está al alcance de la gente del fútbol y de los lectores de EL CICLÓN.*

Le contesto: —*Mi misión periodística no es fabricar ignorantes ni seguir al público, sino procurar que el público me siga a mí, si quiere...*

¿Está claro? No se lo pregunto a usted, señor Akileiro. Lo pregunto a los millares de destinatarios que tiene esta para mi placentera oportunidad que usted me ha dado de decir algo que hace mucho tiempo tenía ganas de decir: ¡Sí; yo soy un resentido social! ¡Y también un destructivo! (Pero al pie de la letra; de estas letras: no de las del diccionario solamente).

¿Por qué no?... ¡Claro que sí!

91. EL PANZERI ROSA

(LOS GUSTOS DE DANTE)

Satiricón, septiembre de 1974^[63]

Todavía hay muchos cretinos, o pazguatos, porque el ser pazguato no obliga a pagar nada, que dicen aquello de...

—Y bueno, sobre gustos no hay nada escrito.

¡Hay un montón escrito! Todas las bibliotecas del mundo, todas las editoriales del mundo, son una permanente escritura acerca del gusto. Con sarna picante y sarna no picante. Pero no hay nada en el mundo de lo que se haya escrito más que sobre gustos.

Los satíricos me preguntan:

—¿Qué es lo que te gusta del fútbol argentino?

—¿Tenés jugadores preferidos?

—¿Tenés amigos en el fútbol o del fútbol?

—¿Tenés elegidos o tipos que te hagan sentir bien de salud al verlos, oírlos o recordarlos?

O sea: entre los satíricos también hay pazguatos. Porque eso es como preguntar si en asunto de gustos yo también tengo el mío. ¡Y claro que lo tengo! Para todo, todos tenemos nuestro corazoncito. Y no me vengán con lo del rincón del corazón. Porque esa es otra pazguatería. Los afectos no se llevan en el corazón. Se llevan en la memoria. Son del cerebro. Y nunca me expliqué por qué, si a la inteligencia la ubican en el cerebro; si al talento en el cerebro; si a lo que deseamos en el cerebro... ¡por qué lo que amamos tiene que estar en el corazón y no en el cerebro! Hasta el sexo es cerebral.

A mí las cosas que me gustan son las del fútbol. Ese fútbol ha sido a veces argentino, otras veces rosarino, otras veces húngaro, otras veces brasileño, sin nacionalidad. Me gustan las cosas del fútbol que me gusta y punto. Por ejemplo: en 1966, en Liverpool, viví una de esas cosas. Jugaban Brasil y Hungría por el Campeonato del Mundo. En Hungría había dos jugadorazos: Farkas y Bene. Acompañados por un jugador de muchos recursos pero egoísta, Albert, un vivillo para aparecer en las dulces y desaparecer en las difíciles. Los *cracks* eran aquellos dos primeros. Ese día se vio un fútbol de lujo. Llegó por momentos a la perfección del fútbol jugado con las manos. Todo era tac-tac-tac a toda velocidad y con la más alta precisión. Los 22 pusieron una limpieza y una lealtad de señorazos. El que ganaba la pelota la ganaba totalmente: ni agarrones de camiseta, ni fouls arteros, ni hands para cortar el juego, ni gente que se hiciera la moribunda por el suelo, ni pelotas afuera para hacer tiempo. Un partidazo de ataque va, ataque viene. Ese

partido no tuvo trascendencia alguna en la Argentina. Los imbéciles que hacen periodismo deportivo mirando a los reflectores hablaron de camelos como el portugués Eusebio, se ocuparon de los rusos, de Alf Ramsey, de Stanley Rous, del pobrecito Rattín, de todas esas cartas publicitarias. De los húngaros y brasileños que jugaron un fútbol digno de compararse con lo más perfecto que se haya visto, ni una palabra. Pero los 40 000 tipos que estábamos en Liverpool, al terminar el primer tiempo, no los dejábamos irse a los húngaros y brasileños que deseaban un resuello en el vestuario. Yo estaba exactamente en el centro de la tribuna oficial, donde daba el túnel para los camarines. La ovación fue tan estruendosa, conmovedora, que los 22 jugadores se vieron obligados a permanecer allí parados, perdiendo cinco minutos (por lo menos) del descanso, porque hubiese sido irrespetuoso no hacer caso a ese redoblar interminable de manos que les decían, cada vez con más fuerza, ¡gracias, gracias, gracias! Hubo jugadores a los que se les caía alguna lágrima de alegría y emoción por esa explosión de gratitud de la gente por lo que ellos habían hecho. A mí me corría frío por la piel. Y es que yo era uno de los 40 000 tipos que quería gritar, golpear, explotar aquel agradecimiento a 22 tipos que terminaban de darnos 45 minutos del más puro goce del fútbol. Creo que la pelota no salió «nunca» al outball en ese partido. Aquellos 40 000 tipos queríamos darle a esos 22 tipos toda la guita que teníamos en los bolsillos, porque nos daba vergüenza no pagar un extra por eso que habíamos visto. Por eso te digo que lo que me gusta del fútbol no tiene nacionalidad. Lo que me gusta del fútbol es ver jugar al fútbol con lealtad y limpieza que ponen en las cosas de la vida los tipos de buena leche. Me gusta jugar (antes) o ver jugar (ahora) a dejar la vida por ganar... y a abrazarnos con el adversario tan fuertemente como con el compañero al terminar la lidia. A sentir que el adversario siente por uno el mismo afecto y la misma comprensión que uno puede tener por el compañero, y hacer de ese círculo de gestos de tipos bien paridos el común denominador de todos los rincones de la cancha. Me gusta el fútbol con tipos capaces de ir a felicitar a un adversario que hizo un golazo, si han visto que ese golazo los hubiera hecho felices de producirse a su favor. El fútbol así jugado me gusta porque enseña lo que ninguna universidad de la vida puede enseñar: que la lucha que se emprende en esta vida tiene que realizarse en un campo que sea justo para todos con una misma cantidad de oportunidades para todos. Con valor para emprender y arriesgar. Con un código de honor para ganar y perder, en el que el ganador no tenga orgullo de mejor, y el perdedor no sienta la amargura del inferior, según aquel campo de oportunidades iguales hará invertir luego el resultado. Según en la constante mutación de ese resultado iremos comprendiendo que los mejores son solamente ganadores y que a todos nos corresponde hacer fila para aplaudir el paso del vencedor al que podemos vencer mañana.

Aquella jornada fue la última vez que lloré de alegría en el fútbol. Y junto a mí, hacía lo mismo un uruguayo amigo. Cuando aquello le dio paso a la normalidad, nos preguntamos al mismo tiempo:

—¿Vos sos brasileño?

—¿Vos sos húngaro?

Allí comprendimos que no teníamos nacionalidad. Teníamos el alma azucarada por lo que no necesita geografía, bandera, himno, ni documento patrio: la buena leche de aquellos 11 brasileños y 11 húngaros.

Un montón de años antes, para seguir probando que no hay fútbol argentino, ni turco, ni chino, solamente hay fútbol a secas, me había archivado para toda la vida otra imagen muy parecida: la del uruguayito Wálter Gómez, con 16 años de edad, debutando como internacional en la selección uruguaya contra la argentina en Buenos Aires. Esa criaturita, que años después maravillara en River, se llevó esa tarde — cancha de San Lorenzo con gente desbordando como leche hervida— la más grande ovación que haya recibido en la Argentina un jugador extranjero que enfrentaba una selección local. Yo fui uno de los emocionados 60 000 aplaudidores desesperados por hacerle saber a aquella criatura que nos había tirado un balde de miel por los ojos, por el estómago, por el corazón y por el cerebro. Fue un hecho parecido al del 66 con los húngaros y los brasileños en Liverpool. ¡Y Wálter Gómez era uruguayo! (Dicen que el público quiere resultados. Pero dejemos eso que es cosa de la inmoralidad de la mafia periodística que nos deseduca e idiotiza a la juventud que está aprendiendo a pensar).

A cada rato me topo con alguien que a toda furia quiere sacarme o sonsacarme el equipo del que soy hincha. No le puedo hacer entender a ninguno que no soy hincha de nadie. Que soy hincha de fútbol. No de clubes. Que soy capaz de tener amigos de cualquier extracción futbolística, de Boca o de River. Que soy capaz de ser hincha chino, si jugando China-Argentina veo jugar mejor a los chinos. Son todas macanas de imbéciles disfrazados de patriotas esas de «como argentino deseo que ganen los nuestros». Yo como argentino deseo que gane siempre el que juega mejor. Enclaustrarse en una nacionalidad o en una frontera es ser esclavo. Libre es el hombre universalista que así no ve apátridas. Siempre ve seres humanos y entre ellos puede escoger lo mejor sin mirar de dónde vienen. Nacionalidades o clubes distinguen los que cotizan a los hombres por lo que llevan puesto posteriormente a lo que les puso la madre que los parió. Yo era hincha de Racing cuando jugaba allí El Chueco García. Grité a favor de San Lorenzo por Farro- Pontoni- Martino; de River por Muñoz- Moreno- Pedernera- Labruna- Loustau; de Lanús por Fernández- Lugo- Cejas- Reinoso- Moyano; de Argentinos Juniors Canseco- Pando- Carceo- González- Sciarra; grité por Boyé- Méndez- Bravo- Simes- Sued; o por Boyé- Corcuera- Sarlanga- Varela- Sánchez (aclaración: grité a favor de estos excepto por Severino Varela, por el que siempre sentí el fastidio que me producen los parásitos; me daba bronca que hiciera un gol; me llenaba de gozo que lo hicieran Sarlanga o Boyé). Grité por Pelé- Coutinho. También fui «alquilado» a Micheli- Ceconatto- Lacassia- Grillo- Cruz. Y a todo equipo o jugador en el que viera jugar al fútbol con brillantez. Tuve y tengo una marcada preferencia que a veces llega a ser apasionada parcialidad por los

jugadores altruistas, generosos, esos capaces de jugar mal para que un compañero juegue bien. De allí la mala disposición hacia el húngaro Albert, al portugués Eusebio o el uruguayo Boinazo Varela. Porque los veía cafishios. En cambio, tenía adoración por Loustau, Corcuera, Corbatta, Pando, Bartolomé Colombo como representantes de los «anticafishios». Y entre los jugadores de lujo, esos que nos hacían ir a verlos para ver billar con la pelota de fútbol, los tuve como artículos de mayor consumo a José Nazionale, Coco Rossi, Adolfo Pedernera, Ricardo Infante, Herminio González, Daniel Sabio para citar unos pocos de mis muchos «amores» en ese aspecto. ¡Cómo no voy a tener amigos y tipos que me endulzan, si al fútbol le debo el privilegio de poder trabajar de lo que más me gusta! Y es deuda contraída con jugadores que me ayudaron.

Otra cosa es que a estos jugadores de ahora, hijos del periodismo de ahora, de los gangsters de ahora, no los soporte por lo mal que juegan y por lo disfrazados que viven. Y mucho menos por las idioteces que dicen a la hora de abrir la boca. Son financistas. No son jugadores. Tienen miedo de jugar. Tienen coraje para invertir. Con estos jugadores no puedo hacer amigos y es más: trato de no conocer a ninguno para sentirme mejor de salud.

Pero de aquellos otros, de los que jugaron mientras todo esto no era trabajo, pese a ser negocio, tengo mucho más que amigos, gente que podría llamar maestros de mi vida en unos casos, protectores en otros, consejeros íntimos en algunos más. Y fueron todos jugadores de fútbol, o gente que conocí y me conoció gracias al fútbol. Mi mayor halago cuando era pibe era ver «la bolilla» que me daban los *cracks* de fútbol que yo veía casi viejos. ¡La primera valija que lleve! Hay algunos cuyos apellidos no te pueden decir nada. Quedaron en el gran anonimato que está lleno de tipos tan capaces como los que pasan a la historia. Pero ellos, allá en mi cordobés inicio, me enseñaron muchas cosas con la pelota de fútbol en los pies y luego con el comentario en la tertulia que completaba aquel artesanado. De un holandés grandote, tuerto, canoso, adusto, venerado, llamado Juan Balkenende que era presidente, referee, amigo y aguatero de «mi» Sportivo Belgrano aprendí una tarde lo que fue básico para toda mi vida:

—El hombre no puede subdividir jamás su personalidad. Es siempre un único e indivisible individuo con pantalón de fútbol o con sobretodo por la calle —dijo como sermón a mi intención (y la de mis compañeros) de darle salsa a un referee que nos había echado un jugador de la cancha.

Ese tipo encarriló mi vida. Lo recuerdo como mi mayor maestro. El fútbol así vivido era una escuela de vida, de democracia, de civismo, sí, pero mucho más que de todo eso: ¡DE HOMBRES CON TESTÍCULOS!

De un fenómeno único en el mundo en la historia de los wingers izquierdos, El Chueco García, recibí nada menos que mi introducción en el periodismo de la Capital Federal. Me introdujo en El Gráfico una mañana de noviembre de 1942 diciéndole a Borocotó y Frascara, que eran los monarcas del periodismo de esa época:

—Che, denle laburo a este pibe que sabe de fútbol mucho más que ustedes.

Desde ese día yo pasé a ser «el muchacho que trajo El Chueco». Una cosa imborrable para mí. Que tanto como enternecerme me hace volver a ser tan feliz como aquella noche en que a las 4 de la mañana fui hasta el frente de La Prensa a buscar la revista donde salía mi primer artículo. Compré tres ejemplares. Las manos me temblaban y no podía abrir la página donde estaba lo mío. Un ejemplar se lo llevé a El Chueco, en ese momento el Pelé argentino. Vivía en Caballito. En la calle Espinosa. Me regaló cien mangos de entonces. Yo sentía que el mundo era todo mío y me fui a cenar al Tabarís como un turista extranjero. ¡La farra costaba 5 mangos con todo incluido! ¿Te imaginás lo que era para mí El Chueco aparte de superdotado con la pelota? Ahora es al revés: los periodistas ubican jugadores en los clubes. Y curran con ellos.

Lo conocí en el 43 pero recién intimamos en el 59. Es otro tipo componente de mi tesoro futbolístico. Ernesto Lazzatti. Hoy abuelo de oro, ayer pibe de oro. De ese hombre me nutrí de tranquilidad para permanecer donde alguna vez dudé si debía quedarme o irme en cuanto a conducta por la vida. Para mí es un patrimonio de familia. El mismo caso se da, en otros aspectos de las cosas que llenan sentimentalmente mi vida a niveles supermillonarios, con Carlos Peucelle. Ese tipo no nació para jugador, en lo que fue grande; ni para orientador de jugadores, en lo que fue aún más grande. Ese tipo nació para santo. El Vaticano nunca se enteró, pero los que hemos obtenido su amistad tenemos, en bondad recibida de él, toda la guita que pueden tener los que más tienen. Muy parecido a Peucelle fue en mi vida el más grande jugador de Europa en todos los tiempos (hasta 1930), que vivió en la Argentina y pocos argentinos conocen: Jorge Orth, húngaro. Aquí vino como entrenador en 1944. Como en las novelas rosa... lo miré, me miró, nos miramos, hablamos... ¡y él reemplazó en mi vida al padre que yo perdí a los 5 años! Yo tenía 25 años y él 50. Todos sus trofeos internacionales están en mi casa como legado de su voluntad espontánea. Otro exjugador estrechamente amigo, confidente, casi familiar, Oscar Tarrio, me vino un día (parecía saber que iba a morir) con un regalo que se emparda con aquellos de Orth: su camiseta argentina de campeón sudamericano de 1929. Todo eso es patrimonio sentimental.

Es toda gente con la que el fútbol me hizo inmensamente feliz y merced a la cual pude hacer esto, que es lo único que hice en toda mi vida como profesión: laburar divirtiéndome. Se lo debo a ellos, a los nombrados, a Octavio Biancotti, César y Pedro Rodríguez, Adolfo Pedernera (hoy estamos distanciados), Guido Vidal, Eugenio Maigán, Francisco Poletto, Raúl Benavento, Marcos Nervi, Antonio Bevacqua, jugadores todos de fútbol, de los clubes más dispares, que en distintas formas y por distintas rutas me llevaron por la vida y me llenaron de recuerdos que a veces son conocimientos, otras veces fuertes emociones, otras veces dulces pinceladas para el lado flaco de todos. Que determinan que también a uno le toque ser tierno... si no tiene que hablar de «esto que ahora llaman trabajo». ¡Yo vi a aquella

generación renunciar a un gol por parecerle antideportivo convertirlo a más de cinco metros de la línea de gol! Yo me eduqué en aquella generación para la que ganar con un gol de penal, de tiro libre o desde muy lejos, no era ganar, era casi vergonzoso. El honor se defendía entrando en el arco con «pelota y todo». Ese fútbol tenía música. Este de ahora tiene ruido. No te cambio lo que viví por lo que podría vivir naciendo de nuevo. ¡Ni loco! Pero no te pongas contento: todavía no me pienso morir.

92. RETADO A DUELO

El Día, 18/12/63^[64]

Uno de los militares señalados en la rúbrica de EL DÍA del 06/11/63 es esgrimista.

No sé si por afinidad a esa habilidad deportiva o por afinidad de esa habilidad con las antiguas versiones mosqueteriles, hace pocas tardes llegaron a mi casa sus dos representantes, o «padrinos», que les dicen, invitándome a concurrir al campo del honor.

Confieso que no tengo la menor experiencia en esto de resolver razones en un duelo proscripto por leyes.

Nunca me retaron de esa manera.

De modo que el relato que sigue puede contener gravísimos yerros en punto a las normas que rigen el honor que se ventila en los campos homónimos, según los llaman, y que para mí son simplemente campos con el honor que les da o les quita la naturaleza.

Campos que por coincidencia también muy curiosa suelen ser (según los diarios que informan de oficio y no oficialmente) los comprendidos en las jurisdicciones de los organismos militares del país, precisamente destinados por la Constitución y la Ley a custodiarlas a todas.

A esas leyes que terminantemente señalan que el duelo es un delito de acción pública. Dos militares, en nombre de uno de aquellos militares mencionados en EL DÍA 06/11/63, se presentaron a pedirme la designación de mis personeros para considerar la posible incursión en ese terreno del delito. Y aquí vienen mis posibles yerros en materia de honor según la interpretación codificada del honor.

—¿Representantes? —pregunté verdaderamente sorprendido.

(¡Miren qué iluso fui: pensé que venían a formularme alguna consulta en materia deportiva!)

—Yo no tengo representantes. Aquí estoy yo. ¿No basto?

Me contestaron que «lo tradicional» en las situaciones de ofensa dentro del ámbito militar señala que actúen representantes.

Pero es que yo no soy militar, no estoy en ese ámbito, les recordé.

Me aclararon que bastaba para ello la condición de militar de su representado. Les contesté que para mí bastaba mi condición de no militar para exigir que el militar que tiene además la condición de civil como yo, viniera a mi ámbito, visto la imposibilidad mía de revestir en el suyo. Y en mi ámbito, el honor tiene dos campos sin tierra ni yuyos, pero mucho más fértiles que los campos aptos al pastoreo, tratándose de nutrir el derecho, la razón y la justicia: uno es el de la palabra para discutir y entenderse o no; otro es el de los Tribunales de Justicia.

Me pareció interpretar que esta respuesta mía no resultaba precisamente «honorable» para mis interlocutores, por lo demás muy respetuosos y medidos.

Por eso sospecho que mi honor, militarmente considerado, debe andar por debajo de la suela de mis zapatos. Pero pensé que acaso podía tener vigencia en esta situación mi sentido del honor de los hombres, dejando de lado toda discriminación de uniformados y no uniformados.

Y les dije a mis respetables y respetuosos retadores, que el honor de un individuo residía, para mí, en saber enfrentar al ocasional adversario en el terreno parlamentario, siempre abierto, tratándose de civilizados como supuestamente somos, a la retractación por un error o al reconocimiento por una razón.

Tampoco esto pareció convencerlos de la existencia de un recurso más eficaz que el de los sablazos, o los balazos, para decidir quién tiene razón, quién tiene honor, y quién no tiene ni razón ni honor. O también que quien no tiene honor ni razón se encuentre con que tiene honor y razón... si en la puja armada le arranca una oreja a su antagonista.

Entonces opté por recordarles a los «padrinos» que su representado había hablado muchas veces conmigo, tanto a título formal como informal; que me conocía; que había recabado incluso la gentileza de algún asesoramiento de mi parte en cuestiones del deporte civil del que también es militante.

Y que si en tales circunstancias había podido hablar conmigo... no veía la razón por la que ahora no pudiera hacerlo y mandara a dos representantes para NO HABLAR Y PROGRAMAR UN COMBATE que la ley común prevé como delito de acción pública.

Eso sí tuvo efecto.

Los «padrinos» me aclararon que ellos ignoraban que su apadrinado hubiera tenido amistad conmigo y que ante tal circunstancia consideraban «terminado» el incidente.

Y un rato después se fueron sin aclararme, sin embargo, si alguien había perdido el honor en este caso.

Por eso yo no sé si mi conducta ante este para mí extraño caso de «honor a sablazos», se ajustó o no a lo que manda el honor de los sablazos, que confieso desconocer. Las únicas armas que sé manejar son la lapicera, la máquina de escribir y la palabra.

Usted está en el derecho de saber, ahora, cuál es mi punto de vista.

No lo quería omitir. Tenía que contar, primero, este episodio protagonizado por el «Director Técnico» de las delegaciones olímpicas argentinas y a la vez teniente coronel del Ejército, Augusto Leonhardt.

Ahora sí mi punto de vista: la comedia no ha muerto, como se cree.

Acaso esté muriendo el sentido del honor sin campos. Dado que sigue tan vivo durante el romanticismo el sentido de la justicia en ello que llaman el campo de honor, donde tiene razón y honor quien corta una oreja. Como si habláramos de toros.

Luego imaginé que mi frustrado desafiante (acaso mi vencedor, según su interpretación del honor, por haber rehuído yo el cotejo armado) me llamara como antes pero en este caso para decirme:

—Quiero hablar con usted.

—¿Qué debo contestarle? —me pregunté mientras se iban sus padrinos.

E imaginé esta respuesta:

—Yo no tengo inconvenientes en hablar con usted cuándo y dónde usted quiera. Lo que sí tengo es la duda de si yo debo atenderlo luego de mandarme usted dos desconocidos a desafiarme a pelear e incurrir con ello en la falta de no haberse presentado en el mismo terreno donde se apoyara cuando contó con mi amistad y con mis opiniones.

No atiné a imaginar la contrarrespuesta.

Porque tanto pensé en nuevos padrinos en mi casa como en lo peor que dos padrinos: alguien que queda herido y convencido de haber sido víctima de una injusticia... porque no creyó en las bondades de la justicia de las palabras y, en último extremo, en la justicia de la ley.

Opté por seguir leyendo una descripción de cómo John Kennedy, aristócrata económico y social de los Estados Unidos, se propusiera quitarle solemnidad y barbarie a la vida de su país. Y por eso se hizo matar.

Justamente lo que otros parecieran querer mantener en la vida argentina: solemnidad y barbarie.

La oreja del toro. El duelo criollo. El guante ceremoniosamente arrojado a la cara. Los mosqueteros.

Todo al mismo tiempo que el Papa dice: «Voy a Jerusalén».

Aquí todavía hay quien dice: «Vamos a Campo de Mayo».

Así están los otros y así estamos nosotros.

93. PEDIDO PÚBLICO DE DISCULPAS AL INTERVENTOR DE LA AFA

Teleonce, 29/03/71

Buenas tardes, para ustedes. Para mí son muy malas, señor. Me siento muy mal. Vengo a hablar muy mal de mí y voy a tratar de decir algo de lo que vengo planeando desde anoche, aproximadamente, hasta hace un minuto, puesto que durante toda la noche no he podido dormir por una gran enfermedad por dentro: mi conciencia. Créanme, señores, que si ustedes suponen que la televisión es disfraz, en quien les habla no hay nada de eso. Me siento muy mal, porque anoche (Teleonce Deportivo de los domingos a medianoche) en un acto de torpeza que no me puedo perdonar yo, y que me injuria a mí antes que a nadie, me agravia a mí... yo he ofendido a un señor a quien seguiré condenando como dirigente de fútbol, pero a quien no me puedo perdonar haber molestado, burlado en lo personal, a propósito de una condición física característica en él. Yo me he burlado anoche del Dr. Martín Oneto Gaona. Y vengo acá a hablar mal de mí, como lo oye, señor, para decirle que no pido perdón que me parece por otra parte la esperanza de los cretinos, y no me siento cretino, me siento culpable. No vengo a pedir perdón. No vengo a dar tampoco una justificación de nada. Puesto que no la tengo. Quiero dar una explicación. Para usted, doctor Oneto Gaona. Para usted, señor televidente al que le he faltado el respeto. Y, si pudiera, para mí, que soy el tercer ofendido de este desgraciado desliz que verdaderamente no sé cómo explicar, si bien tengo muchos puntos que podrían llegar a eso. Curiosamente, anoche yo he ido frente a esta misma cámara, creo que era la misma, la número dos, con una tranquilidad propia del estado de relajamiento que ya ofrecía el problema Boca-Universitario-Cristal, y todo eso... La tomé un poco a guisa de broma a la cosa, tal como la venía tomando en rueda de amigos, familiares y demás, desde aproximadamente el mediodía de ayer. Yo creo que allí fue donde me traicionó el subconsciente y la espontaneidad. Yo vengo acá, siempre, con lo misma espontaneidad que puedo hablar en mi casa, en la mesa de café o en cualquier parte. Vengo, claro está, con un tema elegido. Sé de lo que voy a hablar. Pero nunca sé, a pesar de que lo planeo, cómo va a salir. Sé lo que voy a decir. Nunca sé cómo lo voy a decir. Si anoche a mí alguien me pregunta, o me dice, un minuto antes, «mofate del Dr. Oneto Gaona y su defecto físico», yo le hubiera dicho «estás loco», y yo me hubiera dicho «loco». Confieso que no pensé ni premedité semejante alusión. Llega un momento en que aludo a cierto testimonio radial que yo tenía de parte del Interventor de AFA, y no sé por qué motivo se me ocurrió imitar su conocida particularidad fonética, defecto humano, por supuesto. Creo que es la consecuencia de que durante el día, en ambientes periodísticos y ambientes que yo frecuento, tal como en una época sucedía con el tic nervioso de Alsogaray, se hizo y se hace esa

alusión. Es obvio que el Dr. Oneto Gaona ha pasado a ser un personaje públicamente conocido. Se hizo y se hace referencia a esa particularidad del doctor Oneto Gaona. Y creo que allí es donde yo me olvidé de este aparatito con una luz roja y una lente, suponiendo que estaba yo allá. Y no me lo perdono. Me siento muy mal. Porque al margen de si el señor Oneto Gaona me lo tolera, me lo disculpa o no, siento una cosa: que esto no se puedo lavar. No se puede arreglar. Porque soy de aquellos que creen que las ofensas ofensas son y como ofensas quedan. Y repito: me siento tan mal, que vengo o pedir no solamente disculpas a usted, señor espectador, no solamente disculpas al Dr. Oneto Gaona, sino que algo más. Como creo que esas disculpas no me pueden ser otorgadas porque insisto que no creo en el perdón que es la esperanza de los cretinos, le ruego, Dr. Oneto Gaona que para poder seguir yo con tranquilidad ubicado aquí, en este lugar, me siga usted el proceso pertinente ante la Justicia Correccional que corresponda. Le ruego que lo haga, porque a mí me da vergüenza, como estuve a punto de hacerlo esta mañana, a las tres de la mañana, llamarlo a su domicilio para pedirle perdón. ¡Cómo le voy a pedir perdón! Por más que usted me lo concediera, ¿qué pasa? Que el delito lo he cometido. Quiero lavar, entonces, el pecado, en a Justicia. Le ruego, doctor Oneto Gaona, que me haga el proceso. No sé qué delito será el encuadrado en este caso. La Justicia lo sabrá. Si la burla, si la difamación, no sé cuál. Pero que me lo haga, porque yo quiero purgar, de alguna manera, esta torpeza que realmente no recuerdo haber registrado nunca en mi vida. Porque es más: le tengo terror al humorismo, dentro de mi profesión. Antes que nada porque no me siento cómico. Segundo, porque creo que como cómico soy muy malo. Tercero, porque, bueno, creo que no cabe el humorismo. Pero he aquí que he deslizado anoche el error de caer en él. Por eso, pido a todos ustedes, no perdón, ni disculpas. Pido comprensión de que yo me estoy condenando antes que ustedes. Me siento muy mal porque yo me he agraviado a mí mismo. Y pido, reitero, lo otro. Por favor, doctor Oneto Gaona, enjuícieme que quiero pagar mi pecado. Gracias, hasta mañana.

94. CALAMARES RELLENOS A LA LEONESA (GÉNESIS DE FÚTBOL. DINÁMICA DE LO IMPENSADO)

El Día, 15/12/66

He tomado el compromiso de escribir un libro de fútbol.

¡Sí, yo!

Quien me ha comprado el tal trabajo quiso que el libro se llamara o versara sobre «Cómo ver un partido de fútbol».

—Sentado... —le sugerí.

Llegamos a un acuerdo: el libro versará más concretamente sobre cómo NO ver un partido de fútbol.

No sé cómo se llamará el libro, ni tampoco sé si alcanzaré a escribirlo para la fecha prometida. Hasta ahora son más las carillas que escribí y rompí, que las que tengo escritas para que formen parte del tal libro.

Por cada diez carillas que escribo, ocho tienen un enemigo permanente: ¡Los jugadores! Y menos mal que hasta ahora ningún jugador leyó ninguna.

Pero digo los jugadores, porque es cierto: de cada diez que escribo rompo ocho... ¡porque me acuerdo de que el fútbol es arte de lo empírico, no es una ciencia matemática! Y eso me frena. Me frena tanto como puedo yo frenar como lector a quienes escriben libros que titulan «Cómo jugar al fútbol». «Tratado de Fútbol Moderno», o «Táctica del fútbol»...

¿De qué libro podemos hablar, cuando lo que el jugador es siempre la total negación de lo premeditado?

¿Me van a decir que Pelé sabe antes de cada jugada qué va a hacer y cómo lo va a hacer?

¡Lo sabe como todos! Lo sabe... DESPUÉS QUE TERMINÓ LA JUGADA.

Mi mujer, que de fútbol sabe igual que el editor que me pidió el libro, me dice:

—Pero mirá que hay libros que tratan sobre cómo ver un cuadro, cómo escuchar un concierto, cómo ganar amigos... ¿Por qué no podés escribir vos sobre cómo ver un partido de fútbol?

Y yo me peleo con ella porque le tengo que decir que se parece a un director técnico de fútbol. Y allí arde Troya.

Sin decirle a qué destino iba la pregunta, los otros días le pregunté a un jugador en actividad, que juega bien, que lo analiza mejor:

—¿Vos qué sabés de fútbol?

—¿Yo?... Y... no sé... ¿Qué es saber de fútbol?

—No sé —le respondí también yo.

—Mire: nunca lo pensé. ¿Pero quiere que le diga una cosa?

—Quiero.

—¡Lo único que sabemos de fútbol es lo que sabemos que pasó, pero después de los partidos!

Le di las gracias y me fui.

Y cuando llegué a casa escribí el comienzo y el final de mi libro, que estoy segurísimo no tendrán variantes. Esos dos párrafos es seguro que no cambian (si el libro se publica), porque es de lo único que estoy seguro que hasta ahora contiene y contendrá el libro.

El comienzo de mi libro ya está fijado con un párrafo muy breve que dice así:

«Este libro no sirve para nada».

Y el final también está fijado definitivamente y dice así:

«Este libro no sirve para nada».

Pero por allí reaparece mi mujer creyendo que su marido y Doña Petrona C. de Gandulfo son una misma cosa. Y me dice:

—¡Pero cómo vas a decir en el mismo libro que tu libro no sirve para nada! Es anticomercial. Nadie lo compra. ¿Si no sirve para nada para qué lo escribís?

—Mirá; he llegado a una conclusión: que mi libro, para lo único que puede servir, es para demostrar que los libros de fútbol no sirven para nada.

—Pero vos decís que no harás el libro de fútbol común que enseña a ver partidos o a jugar a los jugadores.

—Exacto. No quiero hacer eso. Quiero hacer el libro que demuestre que en fútbol los únicos que cuentan son los jugadores, los libros no sirven para nada.

—¡Pero entonces el tuyo sirve para algo!

—No; tampoco sirve para nada. Futbolísticamente no sirve para nada.

—¡No te entiendo!

—¡Yo tampoco entiendo a los libros de fútbol!

Y mientras ella se va a consultar a Doña Petrona C. de Gandulfo sobre cómo hacer calamares rellenos a la leonesa, yo tomo el teléfono, lo llamo a Carlos Peucelle que tiene muchos libros de fútbol y le pregunto:

—¿Vos escribiste un libro de fútbol?

—Mirá: tengo libros sobre técnica y táctica de fútbol editados desde 1929 hasta ahora. ¡Todos dicen que contienen fútbol moderno! Los abro, los confronto, y veo que el de 1929, el de 1935, el de 1945, el de 1955 y el de 1960, tienen todas las mismas jugadas. Eso sí, los dibujitos son más lindos a medida que las ediciones son más nuevas. Pero las jugadas son ¡las mismas! Y si vos vas a un partido y querés ubicar el partido que viste en alguno de esos libros... ¿sabés el lío que se te hace?

—¿Cuál lío?

—¡Que ninguno de esos libros tiene las jugadas que le salieron a los jugadores durante el partido!

—Entonces... ¿escribirías el libro o no?

—¡Sí! Pero con una condición: que primero descubra cuál es el fútbol antiguo,

porque todos los libros dicen que contienen el fútbol moderno, y como el que veo en la cancha no está en los libros, creo que el fútbol que se juega es antiguo y de ese no hay nadie que haya escrito hasta ahora un libro. Pero te advierto: mi libro sería mucho más extenso que la más grande enciclopedia que se haya hecho en el mundo. ¡Porque yo escribiría un libro con cada partido que veo! Entonces puede que nos arrimemos a la posibilidad de meter en un libro de quinientos o mil tomos todo lo que puede pasar en un partido de fútbol. No hay otra manera. Lo único que se sabe de fútbol es lo que sabemos después de los partidos. Lo demás... ¡son libros! Y el fútbol... ¡son jugadores que no leen libros, hacen lo que se les ocurre en el momento!

Volví a mirar si estaba la hoja que dice «este libro no sirve para nada». Estaba. Me quedé tranquilo y seguí rompiendo carillas de mi libro.

95. LOS ANALISTAS ANTE GATTI Y MASTRÁNGELO (LA OBLIGACIÓN DEL PERIODISTA: OPINAR)

La Opinión, 15/01/76

La vida argentina padece variados desabastecimientos. Y no en todos los casos como efecto de haberse modificado los hábitos de vida, los márgenes de tiempo libre, o las posibilidades económicas del hombre-medio.

Hay desabastecimientos —el del análisis es uno de ellos— producidos por la etapa siguiente a la del miedo. Esa etapa siguiente al miedo suele ser la del acostumbramiento al silencio, quizá más nociva que el mismo miedo. Porque es allí cuando el miedo, por perder miedo al pasar al atrofiamiento del coraje, genera la humanamente más degradante de las conspiraciones que es la del silencio determinado por el hábito a no analizar. Los argentinos nos hemos acostumbrado a no analizar en muchos órdenes. Es así que las noticias han pasado a ser mucho más numerosas que las ideas. Los abundantes y muchas veces muy lucidos análisis de otrora le han cedido su lugar a la información que los desplaza.

El fútbol es una muestra de ello. La información es enorme. La promoción lo mismo. El análisis es muy reticente. Casi no existe.

Hay algo muy representativo: desde hace varios años, en el fútbol argentino y en todo su deporte en general, no hay publicación ni periodista de quien diaria o semanalmente se espere su palabra. Ya nadie es monitor de nadie desde esas tribunas y sus extensiones a micrófonos y pantallas. Ya no se espera a **Chantecler** (Alfredo Rossi), Hugo Marini, Frascara, y decenas como ellos «para ver qué dice». Porque se sabe que el análisis no viene y porque un acostumbramiento a su ausencia refuerza el hábito de no pedirlo.

Justamente en relación con esa realidad, me llamaba la atención (salvo algún ojo más afortunado que los míos en el rastreo) la enorme información y la absoluta falta de análisis acerca de dos recientes adquisiciones muy resonantes y costosas de Boca Juniors, a solicitud de su natural **jefe de compras**: las de Ernesto Mastrángelo y Hugo Gatti.

¿Son buenas, son malas, son acertadas, son equivocadas esas compras? Claro que ningún periodista lo puede determinar por sí mismo. Pero la obligación del periodista **es opinar** (aun a riesgo de equivocarse), porque cuando el periodismo ejerce ese mandato de su presencia en la sociedad, es que en ella se despiertan las facultades para discernir por valoraciones, como seguro camino de fortalecer mentalmente a quienes estén y no estén de acuerdo con aquel puntapié inicial de la obligación comunitaria de **pensar**.

Pero he aquí que no opinamos para nada si Mastrángelo y Gatti están bien o mal

comprados. Informamos. Publicitamos. Difundimos. Pero no analizamos. Y eso es efecto de lo anteriormente examinado. Del miedo pasamos al acostumbramiento de perder coraje y de este al atrofiamiento de los resignados a no analizar. Y por ende a esperar que Gatti **juegue**, que Mastrángelo **corra**, para recién entonces saber si Boca compró bien o mal. ¿Por qué no lo podemos analizar antes, cuando justamente la mental es una de las más necesarias gimnasias incursas en la temática deportiva?

Como no es cuestión de solamente protestar, sino también de afrontar aquella responsabilidad por la que uno protesta, vaya mi juicio al respecto sin pretensiones de acertar, sí con la única pretensión de cumplir mandatos que nos impone el rol que desempeñamos, mucho más que la profesión con la que vivimos.

Mastrángelo: será reiteradamente identificado, como lo fuera ya en otros clubes, como **burro**, para señalarle sus limitadas aptitudes de velocista profundo, shoteador temible y fondeador de pelotas capaces de producir la más positiva de las jugadas ofensivas el pase o centro-shot atrasado. Con que se limite a ello, creo que será para Boca un buen elemento de alto rendimiento, pensando solamente en que no le faltarán ocho o diez pelotas por partido, de las cuales puede aprovechar cinco. Con las cuales ya será buena compra.

Gatti: Boca no ha comprado un arquero. Ha comprado un excelente zaguero con uso de manos. Gatti tiene de esto tanto como de humorista con auxilio publicitario de la excentricidad. De arquero tiene buenos cálculos de distancia en pelotas altas; buen sentido de intervención en el juego con pelotas de mano; pero muy poca responsabilidad en la primera misión específica, que es **atajar**. Y carece por completo de un recurso esencial para ello: **suelo**. Es arquero sin arrojito con miedo a revolcarse. Le seguirán imputando goles sonsos que él procurará compensar con **lujos** de cierto folklorismo intelectual.

XVII
CRÍTICO DE ESPECTÁCULOS

El copete de la sección presentaba la novedad de la siguiente manera: «Dante Panzeri estaba cansado del fútbol. El fútbol estaba cansado de Panzeri. Los jugadores no lo saludaban, los dirigentes no le regalaban entradas y hasta el público le arrojaba naranjas y vasitos de Coca Cola que no venían llenos de Coca cola. “Es hora cambiar de ambiente”, le dijimos. “Usted opina que todos los partidos son pésimos y que todos los equipos unas bandas. Ya no hay nada que agregar. ¿Por qué no probar suerte en el mundo del espectáculo? Una persona rapidita para la crítica constructiva, como usted, tiene mucho campo en la radio, el cine y la TV.” Costó mucho convencerlo. Pero al final lo logramos: Panzeri ha cambiado de vida. Ahora mira la tele, va al cine y escucha la radio. Se lo ve más contento, con mejor semblante, tiene otro colorcito en la cara, y sobre todo en la parte de arriba de la cara, en esas entradas (bueno, más que entradas son una boletería completa) que se le enrojecían bajo el sol inclemente de los estadios, ahora suplantado por la penumbra cariñosa de cines y teatros. Y no vacilamos en calificarlo como el más agudo, implacable y digno observador del show-business. Desde hoy es nuestro máximo mentor en la materia. Lo que dice Panzeri no se discute. ¡Shhhhh! ¡Silencio! No se discute, coño».

Después de una clausura de varios meses, Satiricón volvió a los kioscos. Con el mismo estilo de siempre. Tal vez, algo más ácida todavía, como envalentonada por haber superado una vez más la censura y las dificultades. Quizá el cambio más evidente haya sido que las habituales páginas sobre temas deportivos firmadas por Dante Panzeri fueron eliminadas. Pero Panzeri seguía escribiendo en la revista. Ya no más deportes (sólo por el momento). Ahora, Panzeri era según la definición de la revista «cronista de espectáculos». La sección se llamó Espectaculón y duró hasta la clausura definitiva de la revista.

Panzeri en estas páginas se declara un mero espectador. No intenta atribuirse conocimientos de los que carece. Opina fuerte, como cuando habla de deportes. Sus críticas son políticamente incorrectas. Un hombre que transita la mitad de su quinta década de vida, se enfrenta a nuevas expresiones, vocabularios y modos. En ocasiones para expresar que algo no es exigente para el espectador, que no está elaborado o es demasiado básico lo califica como «para mogólicos». Eran otras épocas. Y, por caso, critica a Miguel Paulino Tato, el célebre censor, porque sólo cercenó las escenas sexuales de una película de Armando Bo e Isabel Sarli. Para Panzeri, para evitarle malos momentos al espectador, deberían haber censurado la película entera; Tato tendría que «haberse preocupado menos —dice— por las posibles masturbaciones, para prestar atención a lo que imbecibiliza».

96. PIAZZOLA NO ES UN MÚSICO: ES UNA LUCHA DE CLASES

Satiricón, enero de 1976

Son macanas esas de que a Piazzola lo combaten porque lo suyo no es tango, no esailable, no es popular, es elitista, no es típicamente ciudadano (las ciudades están llenas de cosas que no les pertenecen).

Con esas y otras parecidas pavadas, suelen explicarnos la aversión hacia Piazzola. Especialmente esas explicaciones que abundan en **contextos, catarsis, coyunturas, concientizaciones, diásporas, pergeñados y desfasajes**, ingredientes todos esenciales, hoy, para el gran mundo del espectáculo, capaz de hacer inteligente la imbecilidad, de preguntarle a alguien qué opina, de alguna cosa, como **ser humano**. Es así que a Piazzola lo descubren extranjerizante como músico y muy sensible como ser humano. Si la imbecilidad se hubiese entrenado, no habría sido Armstrong el primero en llegar a la Luna. Pero está recuperando posiciones vertiginosamente.

A Piazzola no lo resisten porque su espectáculo en **La Ciudad** valga 90 lucas de las viejas, ni porque sea suceso en Europa, o le guste más vivir fuera de la Argentina que en la Argentina poblada por 25 millones de extranjeros (desafío: que alguien me demuestre que entre nosotros hay algo nacional de modo pleno). **Después de todo, los que aquí estamos, estamos aquí porque no nos llamaron de afuera**. A Piazzola lo resisten porque Piazzola, en música, es **la gran patada en el culo de lo peor**, que aspira a ocupar, y ocupa, el lugar de lo mejor, según una antigua ley decidiera que los números gobiernan al mundo. Ley que tanto se presta para la injusticia de que manden los menos que tienen más, como para aquella de que corten el bacalao los más que saben menos.

Piazzola es autor del imperdonable pecado social de poner a la vista la mediocridad de lo mal llamado popular, que en todos los países y razas del mundo nunca es lo mejor que ellos poseen. Es solamente lo más masificado. Y esto parece irrefutable, observando solamente el gran desagrado con que todos viajan en un colectivo en el que viajan más que los calculados por su cupo geométrico. Somos todos elitistas, tal como todos somos extranjeros en el país donde nacimos.

¡Y claro que lo de Piazzola no es tango! Piazzola nunca dijo que lo sea. Si lo fuera, no sería, no podría ser, la música ante la que tienen que agacharse los que saben música. Razón por la que yo solamente me paro, puesto que de música sólo sé cuál me gusta y cuál no me gusta. Y no es que el tango no sea música. Es que hay mucha mala música (ciudadana toda, de seres humanos toda, popular toda) con la que se hacen tangos que, Piazzola, haciendo música, pone en evidencia que son solamente compasesailables.

Eso es lo que hace explotar **el incendio**. Porque abre un ojo a la evidencia de

sectarismos. Sectarismos de mediocres y sectarismos de creadores (estos últimos también tienen escalas de valores que incluyen lo mediocre). Un Piazzola (los hay en todos los menesteres sociales) es peligroso, temido y combatido por eso. Porque desnuda a la bazofia. No porque convierta al tango en gran música; en orquestación de buena música; no de compases para bailar. Es más: la música de Piazzolla no deja siquiera vivir a esa plaga (la llamó así Jorge Sabato) de los llamados maestros de ceremonias, animadores y vocingleros que con Piazzolla directamente **no corren**. Y Piazzolla acaba con el mismo baile, también. Son demasiadas las cosas con las que acaban los Piazzola, pese a no quitarles clientelas ni mercados a las cosas de las que Piazzolla parece potencial enemigo. Piazzolla solamente dice «**vengan a oír música**». Y eso no corta los víveres del baile, del tangoailable, del ruido, del grito, ni de lo mediocre que siempre tendrá su propio público archiasegurado. Pero eso joroba aunque no quite mercado ni clientes. Y **joroba muchísimo** porque, aunque no saque clientes, saca disfraces. Desnuda por confrontación. Desnuda fraudes. Desnuda **a chantas del ruido vendido como música. Aviva giladas**. Y es sabido que en las reglas de juego del cohecho, nada es más grave que **avivar a la gilada**.

De allí viene la necesidad de estrechar filas contra Piazzolla. Que no es del todo contra Piazzolla. Ni siquiera contra su música, que nadie puede negar como pasada de las revoluciones comunes. Que hasta algún chabacano consumidor de chauvinismos es capaz de usar para decir que «lo enorgullece como argentino» (solapada manera de agredir a todas las demás, pobres, nacionalidades no argentinas).

La cosa es más simple que Piazzolla (un tipo bastante complicado «como ser humano» diría aquel lúcido separatista de personalidades). La cosa es **estrechar filas contra la minoría de lo mejor que amenaza la permanencia de lo peor en la cúpula de lo mejor, o en el uso de la manija reservada a los que mandan**. Que mande Piazzolla es un peligro atroz en sociedades como la nuestra. Mucho más **coyuntural e indexado** es que manden José María Muñoz, Cacho Fontana, Susana Giménez o Natalio Bonavena. Con ellos se respeta la máxima de no hacer otra cosa donde se come. Viven y dan vivir. Un Piazzolla come con buenos modales, pero es capaz de agotar la comida de los otros. Ese es el asunto. Piazzolla vive pero puede que no deje vivir. Y no porque compita. Sino por todo lo contrario: porque no compite. Es así como Piazzolla se pianta de lo musical y se convierte en hecho político-social. Clasista. Tal cual: de grupos sociológicos. No raciales. No económicos. No culturales. No enrola dos en políticas partidistas de ningún ismo. Sino de clases o escalas de desarrollos mentales. Que son el símbolo político de los niveles sociales. Entendiendo por político a todo lo que marque una conducta, una filosofía. Políticos somos todos, especialmente los apolíticos.

Piazzolla es un representante de la guerra entre mediocridad y lucidez. Entre **kakistocracia** y **aristocracia** (prescindiendo de niveles económicos). Esa guerra tiene gran vigencia, enorme vigencia en todos los ámbitos del llamado mundo del espectáculo. Piazzolla es en esa guerra tanto como Gardel. No en dimensión

carismática. Como bandera, quiero decir, de clases mentales. Enfrentadas porque conscientemente los más le temen al talento minoritario; y los menos saben que las peores calamidades casi siempre se producen con los despóticos designios de los mediocres transformados en dueños de lo que dice representar a todo el mundo. Que generalmente no es jamás todo el mundo, sino la reunión de todo lo peor, que es otro cantar. Un cantar en el que no interviene la música. Como que es el universalizado match entre lo mediocre y lo lúcido. No hay lugar del mundo que no practique el «**apartheid**» de clases mentales. Que es una de las formas de luchas sociales, según Mencken, en su definición de la democracia: «**Es el arte y la ciencia de dirigir un circo desde la jaula de los monos**».

Lo que hace también válido decir que en el mundo del espectáculo se demuestra que **el arte es la ciencia de crear democracia entre los monos que escapamos de las jaulas para integrar un circo donde el talento es acusado de impopular, por ser siempre minoría; y en el que lo bastardo saca patente de legítimo, por ser siempre mayoritario.**

Comprendo que esto último tiene que haber producido *ipso facto* un monosílabo (¡no!) pensando que ahora Borges es popular; hasta entró en el mundo del espectáculo, tanto con quienes entristecen su figura llevándolo al cine, como con quienes hacen imposible una conferencia suya por exceso de público, cosa singularísima en un arquetipo de la **angloganadería** en pleno reinado de una Argentina peronista.

Pero este es otro asunto, quizá más exactamente otro matiz, de aquella lucha de clases. Esto ya entra en el consumo del esnobismo, en el que no debemos olvidar que **hasta a la mersa le gusta ser elitista**, hasta **el sindicalismo gusta de ser capitalista**, o hasta **Rockefeller tiene ideas socialistas**. Entre los que leen a Borges y compran Borges, hay la misma diferencia que entre los que juegan al tenis y los que hablan de Vilas. Piazzola es otra cosa mucho más grave. Especialmente cuando se sabe que el fuelle de **Pichuco** le fue regalado por **Zita** a su antónimo europeizado. Pero capaz de servir para que algún patriotero se sienta orgulloso de ser argentino como Piazzola. **No hay vela que no se acomode al viento, aunque primero lo enfrente.** Pero no hay viento que le perdone a una vela **una llamarada**. Por eso Piazzola incendia pero es incendiado. Hasta que se haga moda como Borges. Comprendido, jamás mientras viva. Pero usado, muchísimo.

97. EL FENÓMENO WOODSTOCK. EL ESTALLIDO DE TOMMY

Satiricón, febrero de 1976^[65]

La humanidad mentalmente subdesarrollada. Esa mayoría llamada pueblo, como si las minorías lúcidas no fueran pueblo. Esa especie adulada en su propio perjuicio diciendo que nunca se equivoca, pero que se equivocó y equivocará **siempre**. Pues sí, **nosotros**, para decirlo con más propiedad, llegamos, en nuestra patológica condición bestial —y a pesar de ella— a ciertos refinamientos que, sin quitarnos nuestra natural condición porcina (no alusiva a nuestro sexo, sino a nuestra mente), nos colocaron en la apariencia de ser distintos de los animales. Así llegamos a producir la minoritaria especie de los **hombres dignos**. Ellos operaron como freno de la mayoritaria especie del hombre-animal. Jamás hubo, ni podrá haber, un reglamento que codifique la dignidad. Ella, como lo moral, ni siquiera es religiosa. Es fácil probar que **ni las religiones llegaron al cenit de lo moral y de lo digno**.

Sentándonos cinco horas ante **Woodstock** y **Tommy**, se abrevia muchísimo el camino para comprender que la humanidad pasó **de la barbarie a la barbarie**: ¿Qué quiere el hombre? No se sabe. Se sabe lo que quieren los pocos lúcidos, los pocos dignos. No se sabe **qué quieren** aquellos que dicen que estos *hippies* son unos mugrientos drogados, ni se sabe qué quieren estos mugrientos drogados, muy **folkloristas** que argumentan estar fugándose de los cerdos almidonados. Nunca se sabrá. Es la gran desventaja humana, que sólo sabe **qué no quiere** y esto no siempre es válido por mucho tiempo.

Los vínculos de parentesco son enormes entre una y otra barbarie. Entre la tradición y la revolución. El *hippie* se droga. Pero **nosotros** adoramos a la Difunta Correa, la Madre María, Ceferino Namuncurá, el pistolero Bairoletto, y pronto quizá hagamos lo mismo con el Pibe Cabeza. Tenemos también los velatorios de niños como valederos de grandes **fiestas del no se sabe qué**, símil de lo que muestran 300 000 *hippies* embarrados, drogados y pestilentes en **Woodstock**. O millares de jóvenes adorando a un nuevo Dios de las Alturas en **Tommy**.

Woodstock y **Tommy** muestran **una** versión de esa idiotéz colectiva. Pero no por ser sucia, drogadicta y melenuda. La idiotéz humana no necesita de *hippies* para ser demostrada; **Tommy** la exhibe con gente normal. Además la idiotéz es una riqueza ecológica, sin la cual muchos tendrían que trabajar en serio. A estos chicos **se los usa** como imbéciles felices de ser usados. Algo parecido a **Woodstock** quiso hacer aquí, una vez, **El pariente** Suárez. ¿Acaso Muñoz no hace lo mismo con los hinchas de fútbol; otros comerciantes de lo gratuito no hacen otro tanto con la liberación de la mujer: y antiguamente la Iglesia con el miedo al Diablo? Es todo comercio. Comercio abierto por el aburrimiento a la monotonía que **suele tener la vida normal**. Quien

descubra el modo de caminar con las manos para tener la cabeza a la altura de los pies, hará el próximo negocio de esa serie de explotaciones de la estupidez humana. Realmente no me atrevo a condenar a estos chicos de **Woodstock** y **Tommy**. Son tan instrumentos folklóricos como estos inocentes de la guerrilla que mueren como moscas sin saber por quién pelean. Ni siquiera saben quién los está **usando**. Sólo saben **quién los va a matar**, ni siquiera a quién matarán

Viendo **Woodstock** se toma mejor conciencia de dónde se vive. Además es un documento de una honradez propia de un país que voltea a un presidente porque un diario lo denuncia como venal. Norteamérica, pese a todo, le sigue enseñando a vivir a todo el bestiario humano, si se trata de jugar con autenticidad. Allí muestra **todo** el problema de esta juventud **utilizada para un curro** de mercaderes. No engaña a nadie. Además es asombrosamente limpia de cualquier erotismo barato. Este no aparece ni siquiera cuando muchos se bañan juntos, todos desnudos, en un mismo charco de agua. Es enorme el acierto documental de esta película, que desde hace dos años se pasa en traspase en un cine de la calle Cabildo y entre una concurrencia totalmente adolescente (que me miraba como sapo de otro pozo). Limitada a **mostrar**, solamente a mostrar, llega a probar una gran relación entre el subdesarrollo mental que pone avisos de gratitud milagrera en los diarios y este que permite tal tipo de arreo humano: su idéntico apego a la superstición. Todos creen en el Diablo. Estos 300 000 *hippies* hacinados entre desperdicios fisiológicos y gastronómicos de tres días, entre el barro, recibe a la lluvia como determinada por los helicópteros del **fascismo** (el Ejército de los Estados Unidos) que la inyectaron en las nubes. Entonces opta por alejarla casi rezando: gritando que no lloverá. Pero como llueve y la cosa se hace caótica, entonces los helicópteros **del fascismo** regresan a auxiliarlos y en tal caso «**son nuestros hermanos del Ejército de los Estados Unidos que vienen a auxiliarnos**». La misma coherencia, es decir la misma imposibilidad de entender algo, tiene todo el cancionero con gritos, ruidos, contorsiones estimuladas a cielo abierto, que allí desfilan proclamando el amor, la música, el amigo, la paz, la libertad, una melange de cosas enternecedoras si se ven escritas, pero todas muy vacías viendo a estos 300 000 chicos tan tristemente ausentes de la posibilidad de decir **qué quieren**. El llanto, la histeria, el grito por el grito mismo **los clausura**. Pero aun en el estado en que los dejaron sus madres, tampoco sabrían decirlo. Son la Generación de Pepsi.

Es que su idiotización ha superado (periodismo moderno mediante) el nivel que de ella tuvimos los que en esa edad teníamos en quiénes creer. Los que hoy miramos todo esto como un renunciamiento a la vida, los tuvimos. Por eso a la humanidad solamente la podrán hacer distinta y mejor, las minorías lúcidas, las ultraminorías de **dignos y mejores**, que hoy parecen extinguidos como raza mutilada de la ecología. Pero no sigamos manejando el desentendimiento de estos chicos con sus padres. Ese desentendimiento (si existiera) siempre existió. Nunca un padre se divirtió totalmente con lo que le divierte a su hijo, ni este totalmente con lo que le divierte a su padre.

Hay una pared biológica muy normal entre los dos. Creo que se trata de recuperar **la credibilidad** de estas pobres víctimas en sus padres; y ella no será jamás posible si los viejos no rompen desde jóvenes el nivel común del tilinguismo humano. **¡A este mundo no hay Dios que lo arregle!** La felicidad no es una existencia. Es una imaginación. La tienen los ricos de ella.

98. LA DIOSA VIRGEN, CON ISABEL SARLI

Satiricón, enero de 1976

En el análisis de las películas que tienen por protagonista a la señora Isabel Sarli se ha hecho sistemático responsabilizar, de cuanto de ellas no agrada, al señor Armando Bó. En la lamentación de los especialistas por los cortes que practican los censores oficiales del cine de proyección pública, también se ha hecho sistemático dirigir todos los cargos contra el señor Miguel P. Tato.

Tratándose de **La Diosa Virgen**, creo que no es pertinente a su análisis, como hecho cinematográfico, culpar de obscenidades al señor Bó; o de limitaciones para exponerlas al señor Tato. Este es un espectáculo visual —calificación que espero válida por el hecho de estar precedido del pago de un derecho de admisión para presenciarlo— al que no pienso analizar, jamás, como tal, porque en él soy diletante, apenas consumidor anónimo. **Y porque no miro cine para ver cómo está hecho, sino para ver cómo encaja en lo que nos rodea y ya estaba hecho antes que un espectáculo.** Los espectáculos no se han creado para empeorar la condición humana, sino para defenderla.

Desde esa ubicación en una platea que no pudo soltar una sola carcajada simétrica con el mensaje del tal espectáculo, pienso que corresponde innovar en la adjudicación de responsabilidades por espectáculos irresponsables, y decir —ojalá pueda ser por única vez— que el culpable de esta exhibición del infantilismo cerebral como basamento de un progreso masivo hacia el subdesarrollo imaginativo, se llama Miguel P. Tato por no haber proseguido en su misión específica de **cortar**; o por haberla interrumpido autorizando la libre emisión de lo que restara de su poda.

La Diosa Virgen no resulta totalmente desechable como concursante de primeros puestos. Tiene asegurado uno de ellos en la historia de las películas que no se pueden contar. No en las de baja calidad. Sino entre las que quedan en lo ignoto de sus finalidades. Y a esta altura del balance es un acto de lealtad decir que esta película nada tiene de pornográfica (de lo que, si algo tuviera, el señor Tato nada dejó). Tampoco tiene acumulado el superlativo de la pobreza (recordando que los hay más pobres de imaginación si hacemos memoria de los muchos esfuerzos realizados en tal sentido por Armando Bó). Lo que es muy difícil discutirle a **La Diosa Virgen** es un primer puesto en el aporte del cine al achatamiento cerebral colectivo, como vehículo de nivelación masiva. Por momentos, parece un film para mogólicos. Afortunadamente, los susurros de la sala y los abandonos anticipados de la misma nos reconcilian con aquella nefasta sospecha. No todo es idiota en Dinamarca.

Según el señor Tato, es apta para mayores de 14 años. Ese es su primer absurdo, dado que los siguientes aparecen en tropel, apenas oscurecida la sala e iluminada la señora Sarli con su inmutable expresión marmórea. El señor Tato, además de los

cargos ya enunciados a su responsabilidad, debe ser destinatario de la acusación de no haberla prohibido para mayores de 14 años. Hay que suponer que no lo hizo por temor al ridículo entre los niños, que seguramente la habrían encontrado profundamente adormecedora para ellos, acostumbrados a supersónicas velocidades de la imaginación, convertida, en este film, también ella, en **La Diosa Virgen II**. Tampoco ella entra en actividad.

A propósito de papeles activos o virginizados dentro de esta película, se impone un párrafo respecto de la primera protagonista jamás ausente en las producciones del binomio-trío Sarli-Bó: la exuberancia pectoral de la señora.

Esto ya resulta obligado tema de análisis de prospectivas comerciales, en relación con la explotación de una más activa imaginación que la adormecida imaginación de esta película. Para cuyo caso el empresario de esa abundosa materia prima tiene que pensar muy seriamente, desde ya, en la cirugía estética.

Lógicamente, con miras a darle más armonía a la abundancia, según no es válido para todos los casos aquel antiguo refrán español que proclama que «**en el festín de la carne, cuanta más carne mejor**». En **La Diosa Virgen** eso es desmentido. Resulta peor. Pero hay en el país grandes cirujanos plásticos, como Malbec, capaces de restablecer equilibrios sin milagrosos ejercicios como los que permiten en esta película que la señora Sarli viva 500 años sin envejecer, incrementando sus riquezas con mandatos de lluvias inexorablemente obedecidos.

Pero la señora Sarli, en su actual etapa de estrella sexy con el físico desproporcionado, puede compararse a un futbolista gordo. Y siendo que está en un negocio, eso es anticomercial.

Otra de las lamentaciones muy agudas que deja esta película es la de la frustrada risa de quienes fuimos a reír y nos encontramos con que hasta los leones de la película bostezaban (habida cuenta imaginativa de que muchos espectadores que no se marchaban dormían con profundidad o barruntaban muy audibles protestas de indignación).

Esa circunstancia puede ser la que acaso frenara la generosidad del señor Tato por hacerla permisible para menores de 14 años. Se habrían aburrido mucho. Quizá esta advertencia sea valedera para redimir al señor Tato de la acusación que queda arrojada sobre su responsabilidad de podador oficial. Porque de esta manera es indudable que ha defendido la histórica subsistencia de **El Pescador de ballenas** y **El Capitán Tormenta**, versiones de Salgari cuya memoria hace justamente deplorable este colorinche de senos de América y documentales paisajistas de África, todo en mayúsculas industrializaciones.

Y queda siempre algo para que sea lo último que en este caso debe ser, más que nunca, lo penúltimo, porque es realmente muy difícil agotar el temario de reflexiones en torno de este conjunto de fotografías con movimientos. Esta película permite la importación (a pagar en divisas) de tal costura fotocinematográfica bajo la apariencia de film extranjero. Pero esto sucede cuando tenemos con África del Sur una situación

de conflicto humanístico internacional (no aplicable a los negocios, absolutamente libres), alegando nosotros que los sudafricanos son racistas, motivo por el que podemos comprarles y venderles, sí, aunque no podemos intercambiar cultura, deporte y alguna otra cosa que señalara las Naciones Unidas en contra del **apartheid** sudafricano. Pero he aquí que podemos hacer con África del Sur esta coproducción que aquí ingresa como mercadería de exportación... y además demuestra que si por ella hay que juzgar, en África del Sur no hay **apartheid** epidérmico ni pectoral, aunque esto último parece demasiado optimista tratándose del paso de Isabel Sarli por entre monstruosos hechiceros y aburridísimos leones extraídos de **Reino Salvaje** y **Daktari**, documentales estos de poco pecho y mucho ingenio, con los que los menores de todas las edades tenemos mucho que contar y saber. Con **La Diosa Virgen** se produce el efecto totalmente contrario: **nada**.

Al señor Tato le cabe igualmente el cargo de culpable de idiotización masiva, por no haber seguido cortando.

No hay censura bien ejercida si solamente prohíbe la masturbación, pero permite la imbecilización. O sea que se necesitan dos Tatos. Uno para las que él llama inmoralidades; y otro para las que son inmoralidades. Como el comercio inescrupuloso.

99. LA SINCERA CONFESIÓN DE QUIEN PREFIERE VER CÓMO DOBLA EL VIENTO (CRÍTICA A «ESCENAS DE LA VIDA CONYUGAL» DE INGMAR BERGMAN)

La Opinión, 09/09/75

Hay películas que al espectador medio le hacen decir «**no la entendí**». Por muy buenas o por muy bodrios. En esta de Bergman, se entiende perfectamente todo. Además, su mensaje se reitera dos y más veces. Todo está muy claro. Pero yo salí diciendo «**no entendí nada**». No pude entender dónde está la genialidad. Ni la originalidad. ¿Quizá en los intérpretes? Cumplen con su obligación de ser muy buenos. Me pareció demasiado vista. Demasiado novela de la tarde para radio y televisión. La sexosociología que enfoca es exacta. No tiene una sola falla respecto de la adúltera condición humana. Ni siquiera cuando la futura divorciada se ofrece a su bígamo para retirarle de la tintorería el traje más adecuado para emprender viaje con la amante que lo espera. O cuando la misma desconsolada mujer «**pateada**» (hablemos futbolísticamente para que no se suponga que aspiro a comentar cine) se ocupa de poner el despertador para que tal fuga no tenga adormecidos trastornos.

Pero está tan vista y tan baboseada toda esa temática en la pantalla en vivo, en directo, en carne y huesos; desde siempre y desde que **en estos últimos 20 años** se descubrió que el hombre y la mujer tienen sexos diferentes; como puede estarlo la trama policial nacida con la obra maestra de Rififi; o el desnudo empalagoso con las abundancias de la Sarli. Ya me parece aburrido saber que el ser humano es un desequilibrado sexual como naturaleza estable. El mismo protagonista lo dice: «**Somos unos iletrados mentales**, es ese tema, pese a que todo lo sabemos en el resto de lo que somos». Bergman dice que escribió este film en 3 meses, lo rodó en 4 y necesitó una vida experimentarlo. Toda la miseria humana que allí muestra en torno de la belleza sexual que mueve al mundo, la conocemos ya en todos sus matices, explicables o no, apenas andamos por la calle sin horario fijo de regreso a casa. Basta vivir 25 años. Bergman parece un anciano prodigio. Necesitó toda una vida.

Además tituló mal: no son escenas de la vida conyugal. Son escenas de la vida normal de ese bicho aún mentalmente desconocido que somos los seres humanos. La única conclusión que deja este film es que las glándulas estomacales de nuestra especie tienen mayor dependencia con su raciocinio que las glándulas del sexo que suponen que los hijos son nada más que orgasmos. Somos menos animales comiendo. Y eso es mucho decir. Pero ya está testimoniado por dos de cada tres películas actuales, y no menos de un par de millares de films de todas las épocas. Por supuesto que es imposible hacer cine exclusivamente con temas inéditos. Inédito hay muy

poco. Pero creo que no hay derecho a hacer casi 3 horas de cine para decirnos que el agua es húmeda y el viento sopla. Habría sido más novedoso mostrar cómo dobla el viento, pero no cómo dobla el amor.

XVIII
UN DICCIONARIO PANZERIANO

Una forma de incluir más artículos y opiniones de Panzeri. Una selección de opiniones fuertes. Algo arbitraria, caprichosa pero que contiene definiciones feroces sobre temas fundamentales de su visión del deporte y del mundo. No hay timidez en sus palabras. Reparte su tiempo entre la indignación y la resistencia. No claudica en su intención de difundir una manera de ver el fútbol, de afrontar la vida. Pasan por estas definiciones sus maestros, sus enemigos, sus creencias más profundas, aquellos a quienes desprecia. Estas definiciones están extractadas de artículos de Panzeri no publicados en esta antología. El título más correcto para este capítulo no puede ser utilizado porque Vladimir Nabokov se adelantó al recopilar sus entrevistas: Opiniones Contundentes.

A

ADMINISTRADORES: En un programa radial que hacemos con Ernesto Lazzatti, este dijo de pronto: «Cuando yo era administrador de fútbol de Boca...». «¿Usted quiere decir cuando usted era director técnico de Boca?», le pregunté. «Exactamente, cuando yo administraba el equipo de fútbol de Boca...». Carlos Peucelle fue llamado para salvar el desastre del primer equipo de River y contestó: «No, yo no puedo dirigir técnicamente nada en River. Yo puedo como favor transitorio HABLAR DE FÚTBOL CON LOS JUGADORES». (*El Día*, 12/11/64)

ALEGRÍA: Divertirse y hacer divertir al público como jugador que juega, como jugador que muestra su destreza a medida que ejercita su talento; no como jugador que haga reír por la manera de vestirse, de peinarse, de hablar. El fútbol no es un número cómico. Pero el fútbol es alegría. Debe ser alegría para que sea fútbol. Y en ese aspecto aquella palabra condensa toda la grande y única verdad del fútbol: divertir. Divertir con el ingenio, no con el grotesco. (*El Día*, 06/05/69)

AMENAZA (MUNDIAL 78): De boca del entonces ministro de Bienestar Social, Francisco Manrique, oí confesar algo tan falto de pudor como aquello de «quiero organizar y ganar el Mundial 78». Semejante consigna no puede honrar a un país ni a la función pública que la hace suya. Es degradante, lejos de ser enaltecedora en caso de alcanzarse aquel objetivo, y mucho más si se lo alcanza por los medios que muy posiblemente incluya una consigna llevada a tan extremo dramatismo como los de la obligación de ganar (descontadamente: de cualquier manera). ¿Supone ello que en el organigrama en cuestión hará igualmente válido el recurso de sobornar jueces, coaccionar a los jueces? Algunas veces, muchas quizá, dije que el Mundial de 1978 contenía dos grandes amenazas para los argentinos. Una, la de sus costos insolentes para nuestro estado de pobreza. La otra, la vergüenza que a título de promoción nacional ante el exterior nos habría de dejar la forma en que intentaríamos ganarlo. (*El Día*, 25/11/75)

ANTIARGENTINO: Yo me gané en La Plata el odio de mucha gente que considera que en tales circunstancias es de mal argentino sumarse al saqueo del pudor en nombre de la hora triunfal. O es antiargentino razonar. ¿Lo será también Malbernat por reconocer que el gol anulado al Manchester había sido convertido lícitamente? (*El Día*, 06/12/68)

APOYO: Con Cesarini, con Minella y con Maschio se puso en órbita una misma consigna (ya usada antes con otros directores técnicos de turno): «Hay que apoyar al seleccionado», «hay que apoyar al técnico», «hay que apoyar a los jugadores».

«Apoyar», todos lo sabemos, quiere decir SILENCIAR lo que se vea que anda mal. A eso se lo llama «apoyo». (*El Día*, 13/06/69)

ÁRBITROS (Y ARQUEROS): Desde mis primeros pasos por el deporte tuve la sensación de que los mayores mediocres mentales del fútbol se enrolaban en dos puestos de gran monopolio de mediocres: arqueros y referees. Conocí muy pocos arqueros que no tuvieran algo de bobos (Gualco, Ogando, Vacca) y muy pocos referees que no tuvieran algo de eso mismo, agravado por una vertiginosa desesperación por ser importantes, que es rasgo muy común del hombre mediocre. (*El Día*, 18/01/69)

ARMANDO, ALBERTO J.: En el rápido enriquecimiento de esa «monarquía de gomas y nafta» de aquellos días de fines de 1942 y principios de 1943, y en la vía libre que esa monarquía hallara para proseguir su marcha de poder económico pisoteando incontables normas de vida ética y jurídica, se gesta esa fortuna; se gesta el pulpo económicamente todopoderoso que en 1965 tanto puede SOBORNAR A UN GOBIERNO COMO DECIDIR QUE BOCA - RIVER JUEGUEN AL FÚTBOL CON LA LEY DE LA SELVA EN LUGAR DE LA DEL FÚTBOL. (*El Día*, 11/12/65)

Por complacencia y complicidad de los demás y, en menor medida por sus propios afanes personales, el presidente de Boca Juniors se ha convertido en amo sin cargo específico de las principales decisiones que tocan a la conducción del fútbol profesional argentino. En esa conducción oficiosa, el presidente de Boca tiene frecuentes actitudes que pueden justificar su señalamiento como principal responsable del caos que en todos los órdenes registra la marcha del fútbol argentino. (*El Día*, 22/03/63)

ARQUEROS-ZAGUEROS: Hoy hay arqueros que como Carrizo, Gatti, Biassuto, Errea, y algún otro émulo de aquellos que se me escapa, están dando al puesto de arquero (originalmente atajar, impedir shots) la condición menos adecuada a su nombre de ZAGUEROS CON USO DE MANOS... y DESPUÉS ATAJADORES (...) El arquero de hoy tiene que ser idealmente como es Gatti, con sus locuras o sin ellas, como es Carrizo, como intentan ser muchos. (*El Día*, 05/12/67)

ARREGLO: El fútbol solo puede arreglarse con una nueva generación de chicos despreocupados que j-u-e-g-u-e-n y que no trabajen (cuando jueguen). (*Crónica*, 10/01/71)

AUTOMOVILISMO: El fútbol tiene varias cosas del automovilismo: 1) Para correr mucho hay que tener mucho freno. 2) Necesita más de una velocidad. No puede jugarse siempre en tercera ni siempre en primera. 3) No se puede llegar a ninguna parte yendo siempre derecho o en línea recta. Choca. (*El Día*, 14/01/66)

B

BAEZ, ANTONIO: Un Antonio Báez necesitó de su reivindicación como *crack* completísimo una vez retirado del fútbol, porque mientras jugó activamente casi pasó ignorado. Es cierto que postergaciones como las de Sarlanga o Báez son también una resultancia de la falta de idoneidad del periodismo que no supo reparar en ellos y sí en el mito de «la estampa», «la pinta», «el físico», «el vigor» o «el fuerte despeje» de muchos mediocres jugadores ungidos *cracks* por espejismos aplicados al fútbol. (*El Día*, 30/04/63)

BASILE: A Basile no le gustó el toque de pelota que los cariocas le dieron a él y al resto del equipo como antesala del golazo que rubricó una clase magistral de juego corto en velocidad. «Eso no le gusta al público y es una falta de respeto al adversario; hay que jugar para adelante», dijo el matón de Racing puesto a llorar como mal perdedor. ¿Y por qué lo hacía Racing en sus tardes y noches de «y ya lo ve, y ya lo ve»? ¿Allí está bien, eh? Ahora está mal. Se nota que el tango pierde cultores. Cada vez hay menos hombres informados de que los calaveras no chillan. (*El Día*, 23/08/68)

BILARDO: Almas perversas (o acaso no tanto... solamente cultoras de un humorismo fundado) andan diciendo por allí que Bilardo está haciendo un curso acelerado de inglés para apropiarse del léxico necesario para sacar de las casillas al temido Bobby Charlton; al ultrahabilidoso Best; al fuera de serie Law; en fin, a las individualidades del Manchester que más pueden ser capaces de quitarle el sueño a quien las tenga que enfrentar en una cancha de fútbol. Claro que según él mismo lo quiso (razón por la que ahora no tiene derecho a llorar ni deprimirse al verse perseguido por todos y hasta tomado de los cabellos por el petiso Rendo), el médico que en Estudiantes hace del fútbol una ingeniosa orquestación de mañas, no ha sido un exclusivo marcador u obstruccionista de virtuosos; no ha tenido orgullo en ser exclusivo cancerbero de *cracks*; ha aceptado ser cancerbero de cualquiera. (*El Día*, 20/08/68)

BOMBONERA: (...) Se multiplican por «el clima legal de guerra» ya admitido para todo partido de fútbol en cancha de Boca Juniors antes de presidir Armando a Boca, antes de avasallar Armando con su poder - poder a todos los poderes. Y mucho más a medida que más y más Boca es Armando y Armando es Boca. El infierno de la cancha de Boca es mérito de los talentosos arquitectos que pudieron meter ese coliseo en el reducido espacio que ocupa. Lo que hizo posible su conversión en maquinaria de tortura para cualquier visitante, tribunas a plomo del campo mediante. (*El Día*, 12/12/65)

BORES, TATO: No en vano Tato Bores, con Landrú, han pasado a ser en la Argentina los dos tipos que más seriamente hablan. Y que más certeramente lo hacen. (*El Día*, 14/09/65)

BRUTOS: El jugador de fútbol es «siempre el mismo bruto» (como suele decir alguna vez con razones y otra vez sin ellas, el juez callejero de sus actos) porque esencialmente no se ha hecho NADA SERIO para educarlo y ubicarlo cabalmente en un nivel superior al de su modesto origen educacional, pese a todo cuanto haya mejorado su imagen social a través de la higiene, el vestuario mejor cuidado, o las manos más quietas en relación con sus antiguas travesuras. Y quienes nada han hecho en ese sentido no son, en este caso, los dirigentes con su consabida responsabilidad en el momento (como en todos los casos), de localizar culpas de la barrabasadas que registra el fútbol. Debemos aceptar que tanto como el dirigente específico del fútbol, es todo un medio social el que lo educa «como bruto». Y ese medio nos incluye a los periodistas. (*Crónica*, 19/04/70)

BUENOS JUGADORES: Al decir que los jugadores suelen admirar a **los jugadores** no queremos decir que admiren a los malabaristas. A estos los miran con las mismas limitaciones con que solemos mirar a una mujer bonita a la que no aceptaríamos como esposa. Una **mujer** es distinto de una muy **bonita mujer**. Un **buen jugador de fútbol** es distinto de un habilidoso jugador de fútbol. Las dudas en ese sentido sólo existen porque el periodismo y el público no idóneos, que polarizan el 99 por ciento de las opiniones de difusión pública han creado la falsa idea de que el fútbol bien jugado es un fútbol de indolentes y lentos, «señoritas» y habilidosos. Y no incluye, según esa falsa imagen, el uso de la fuerza, velocidad y la carrera. Tómese por referencia a Pelé, Moreno, Masantonio, Labruna, Sarlanga, Sastre, Peucelle o Enrique García. (*El Día*, 26/04/63)

BUENAS PERSONAS: El fútbol es un desastre porque se juega mal al fútbol. Incluso podría estar mal dirigido, como lo estuvo casi siempre pero si se jugara bien hasta es posible que mucha gente no advirtiera que está mal dirigido. También acepto esto último. Pero, también, me parece que el fútbol no es solamente un desastre porque se juega mal y está mal dirigido, sino porque además de jugarse mal y estar mal dirigido... ¡tiene muy pocas BUENAS PERSONAS! Creo que si cuando se juega mal y el fútbol es mal dirigido, pero quienes juegan son buenas personas... es posible que el fútbol que se juega, aunque siga siendo malo, tenga siquiera el mérito de exponer en una cancha ese gran capital que en la vida se llama el afecto, la fraternidad, la amistad entendida como un mandato de sufrir cuando sufre el compañero y de gozar cuando triunfa el compañero. Que es condición que JAMÁS logró introducir en un equipo de fútbol ninguna prédica por moderna que sea. Es condición que los individuos traen. (*Revista 15 días*, 05/01/68)

C

CAMBIOS REGLAMENTARIOS: Las leyes que hoy son ley del fútbol fueron surgiendo como consecuencia de la necesidad de superar los inconvenientes prácticos del juego mismo. En 1886 se creó la regla del offside. En 1871 se permitió al arquero usar las manos. En 1871 se reglamentó el actual arco de tres postes, modificando el anterior que era semejante al de *rugby*. En 1873 se creó el córner. En 1875 se limitó el cambio de arcos a uno solo en el medio tiempo, y no después de cada gol. En 1890 se instituyó el tiro penal. En 1902 se agrandó el área penal a 18 yardas en lugar de 12. Y se la transformó en rectángulo en vez de semicírculo. En 1925 estalló la bomba: offside con menos de dos y no con menos de tres defensores delante de la pelota. Esa bomba fue la localización del fútbol en «el juego más hermoso del mundo» que todos aceptan. (*El Día*, 13/08/63)

CAMBIOS REGLAMENTARIOS (COMO EL BÁSQUET): Los norteamericanos que de fútbol no saben nada, saben, sin embargo, muy bien que el básquetbol ha sido ya muchas veces salvado de morirse, como está muriendo el fútbol, merced a que ellos, los amos de ese juego, cambiaron constantemente el reglamento, cada vez que el ingenio de los estrategas del no juego dio con alguna fórmula para retener la pelota y especular, con ello, como en el fútbol se especula con la universal epidemia cerrojista, la del fútbol del cero, o la del juego - no juego. (*Predicamento*, abril/junio 1967)

CAMPORISMO Y DICTADURA: El país se habituó a vivir bajo gobiernos de fuerza y se ha olvidado hasta de la ley a cuyo imperio clamó por retornar. Hizo el acostumbramiento del derecho de la fuerza que suele reconocer el Poder Judicial cuando se producen golpes de Estado, como única manera de poner a salvo la honorabilidad de las leyes que en esos casos resultan conculcadas. Como formas de «tirar hasta que aclare». Sin perjuicio de las muchas objeciones que se pueden hacer al proceso de institucionalización que vivimos, y que compartiría en alguna exposición que no estuviera destinada a esta página deportiva, es sin embargo procedente afirmar que estamos bajo un gobierno Constitucional, aunque de carácter transitorio, y que las normas de vida del país responden a las leyes que han recuperado su plena vigencia al darse por concluido el gobierno *de facto* al que las leyes debieron, por fuerza, deponer sus mandatos cuando estos no comulgaran con los atributos de aquella fuerza convertida en razón, según es habitual de todos los gobiernos *de facto*. Ahora estamos en un gobierno de jure, de Derecho. (*El Día*, 02/10/73)

CAPITÁN: La función de capitán, con la que periódicamente aparece algún

disfrazado de serio que pretende exaltarla como índice de predicamento de un jugador... no tiene tanto predicamento. El brazalete lo usa cualquiera. Hace rato que se terminaron los capitanes que realmente tenían algo que ver con el ordenamiento de un equipo, con su acoplamiento moral y técnico, dentro y fuera de una cancha de fútbol. (*El Día*, 05/03/68)

CARRIZO, AMADEO: Tiene miedo, es cobarde, introvertido, interdicto para jugar contra Valentim, Boca, Racing en su cancha. (*El Día*, 18/08/65)

Otro gran pusilánime del partido, hace ya mucho descalificado por él mismo para este tipo de confrontaciones, (Amadeo Carrizo), debe someterse no sólo a la tortura de su debilidad de espíritu y su alma doblegada por la cobardía ante la adversidad. También «debe» —por institucionalización de lo prohibido— someterse a que los jugadores de Boca lo insulten, lo vejen como ser humano, lo agraven, lo pisoteen como hombre y como jugador. (*El Día*, 14/12/65)

CHANTECLER: (...) Todo esto aparecía firmado por Chantecler, seudónimo de Alfredo E. Rossi, el mejor crítico de fútbol que yo recuerdo. (*La Opinión*, 10/07/75)

Alfredo E. Rossi, Chantecler, que en los días de El Gráfico con docencia nos abrió los ojos a muchísimos ciegos. Me es muy difícil recordar a otro maestro del esclarecimiento futbolístico que se acercara a Chantecler. (*El Día*, 10/01/64)

CHAUVINISMO (Y DEPORTE): Siempre que se ponga en juego alguna competición deportiva mundial, estaremos expuestos al deterioro mental y social que produce el chauvinismo, la más baja de las sensiblerías utilizadas por los mercachifles de lo chabacano. No nos sorprende esa nueva avanzada contra el país adulto y potencia que deseamos ser, y en pro del subdesarrollo mental que otros necesitan mantener. Deporte, sí. Fútbol, sí. Claro que sí. Fervor, clamores, explosiones juveniles, todo está bien. Hace a la felicidad de los pueblos. Pero lo dicho: hace, no es la felicidad. Sencillamente porque la felicidad jamás puede ser del ignorante, ni del idiotizado desde estos laboratorios chauvinistas. Felicidad es la del degustador del deporte y su espectáculo. No la del paciente del espectáculo del deporte, como el que se pretende seguir fabricando. (*El Día*, 25/06/74)

CHILE: Aun mientras resultaba tercero en el último campeonato mundial seguimos pensando del fútbol de Chile lo que creemos del fútbol chileno desde que lo conocemos: que está más cerca del fútbol de Bolivia que del FÚTBOL. (*El Día*, 30/11/62)

COEREZZA, ÁNGEL: Tengo particular respeto y en algún caso hasta admiración por su personalidad en la insigne responsabilidad de ser juez. Es de lo mejor (junto a Ithurralde) que hoy dirige en la Argentina. Empieza por ser austero, sobrio, serio al margen de los errores que tiene el derecho a cometer. (*El Día*, 14/04/70)

CONCIENCIA: Creo ser el primer consciente de que mis ideas en punto a deportes no tienen posibilidades mayores de ubicación en la sociedad contemporánea argentina. Me tranquiliza ver que siguen teniendo vigencia en países de orden (no digo mejores porque todavía considero al nuestro entre los mejores que pueden hallarse en el mundo para vivir bien). Pero... ¿qué he de hacer? Pensar como no siento y adaptarme a las ideas de los demás, para que en tal caso mis ideas tengan vigencia? Hay quienes lo hacen. En el periodismo, en el deporte, en la política. Tengo decidido no hacerlo jamás porque mi punto de partida en este juego tiene una ley: **importarme un bledo lo que piensen los demás, si mi conciencia tiene la certeza de estar procurando el bien a los demás.** (*El Día, 19/03/65*)

CONFERENCIAS DE PRENSA: El programa de «trabajo» de la selección nacional, dado a conocer por Menotti, menciona un presunto «reglamento» para que el periodismo pueda charlar con él y con los jugadores. Podrán hacerlo 30 minutos antes del entrenamiento o 30 minutos después de haber finalizado. Otro camelo de organización tecnocrática para tapar con formalidades solemnizadas lo que no se sepa hacer en la antisolemnidad del acto de jugar al fútbol. Pero por sobre todo: otra muestra de que aun en las llamadas prioridades nacionales, el circo dialéctico sigue ocupando la prioridad en cuestión, porque según parece, no hay selección nacional ni trabajo bien hecho con ella, si no se habla con los periodistas. (*El Día, 03/03/76*)

CONSECUENCIAS: Siempre he creído que si al dominio público llegara la versión fiel de lo que los jugadores piensan y dicen (o no piensan ni dicen) en materia de fútbol se podrían producir dos cosas, nada más que dos: exilio general de todos los directores técnicos que TRABAJAN SIN VERGÜENZA, o recuperación del fútbol en meses. (*El Día, 28/05/65*)

CONTRAATAQUE: El contraataque es justamente lo que más usa el juego ofensivamente más inteligentemente pensado. Y lo que menos usa este generalizado defensivo de hoy, que pretende hacer creer que se va para atrás como un medio para llegar más abiertamente al campo adversario. Contraataca el que toma la réplica ofensiva con tanta gente como la que tiene por delante. Eso es contraataque. (*El Día, 02/04/69*)

CONTRABANDISTA SOCIAL: Yo dije que el Jefe de Policía, que no reprime los delitos que suelen quedar impunes con el pretexto del fútbol, es un contrabandista social puesto que defrauda la confianza de la sociedad que provee esa función. (*Radio Municipal, 23/10/62*)

COUBERTIN: Cada vez que se avecinan unos Juegos Olímpicos hay que leer: «Lo importante de los Juegos Olímpicos es competir, como dijera el Barón de Coubertin». Cada vez que un gobernante al que se le acusa de mal gobierno responde a esas

críticas: «Mi objetivo es la grandeza del país». Los militares siempre desfilan bien. Los deportistas siempre tienen justificada la concurrencia mediante una interpretación parcializada y mutilada de una frase con la que Coubertin no quiso decir «hay que ir», sino que la victoria no es la esencia de la puja deportiva. (*El Día*, 14/07/64)

CRACKS (POR LUSTRO): 1905: Jorge Brown; 1915: Alberto Ohaco; 1925: Gabino Sosa; 1930: Bernabé Ferreyra; 1935: Antonio Sastre; 1940: José M. Moreno; 1945: Adolfo Pedernera; 1950: Rubén Bravo; 1955: Ernesto Grillo; 1960: Amadeo Carrizo. (*El Día*, 22/05/64)

CRÍTICA: La crítica debiera ser el medio capaz de contrarrestar ese encandilamiento que tan frecuentemente lleva a la decepción y a la ira. La crítica debiera ser la trama capaz de detener el paso de lo que no sea verdad entre la verdad de los vencedores. Mas no sucede así: la crítica, antes que crítica, sigue siendo humanidad. Y humanidad no solamente es sinónimo de buenos sentimientos. También suele ser irreflexión. Lamentablemente lo es. (*El Día*, 12/02/63)

D

DEFRAUDAR: Es frecuente el caso del futbolista que se siente defraudado por el periodista si después de haber accedido a los requerimientos de entrevista, aquel no le dispensa un elogio sino una reprimenda a su manera de jugar al fútbol. Néstor Rossi —que no obstante su actual condición de DT sigue viviendo en la mentalidad del jugador— se quejó recientemente de una de nuestras críticas a su función como técnico, argumentando que «**habiendo venido a comer a casa**» no podíamos opinar desfavorablemente de su aptitud profesional. (*El Día*, 26/04/63)

DELEM: Cesarini dijo que «Delem es un jugador de corazón muerto» que no le interesaba. Muy cierto. Delem es un buen jugador que no siente nada más fuerte que el miedo. (*El Día*, 10/04/65)

DEPORTE: Que el deporte —especialmente hoy— es una actividad casi suntuaria, casi siempre deficitaria desde el punto de vista económico, es cosa sabida de antes que se pusieran en circulación las cifras que preceden. Lo aceptamos como económicamente deficitario pensando en los beneficios de otros órdenes que aporta. Lo aceptamos como a las artes y muchas expresiones de la cultura para las cuales los presupuestos públicos predestinan fuertes pérdidas que la sociedad considera compensadas con los beneficios de orden moral, espiritual y educativo que también cuenta en los bienes de toda sociedad. No todos los beneficios se miden en dólares. Ganar cultura perdiendo dinero es ganar, incluso, dinero. Pero hemos querido mostrar otra cosa: que hacer deporte internacional, sea en forma de Juegos Olímpicos o

Mundial de Fútbol, es un lujo en el nivel económico del que dudamos podamos ser acreedores conscientes quienes económicamente estamos lejos de resolver lo esencial de nuestras necesidades económicas. (*El Día*, 28/12/62)

DERROTA: La derrota es algo que en el deporte TIENE que doler, y mucho, cuando el deporte se siente. Únicamente los que no sienten nada, en este caso los que no sienten el deporte, pueden ser indiferentes ante la adversidad. Nunca pude ver hecha realidad en ningún ser humano la muy bonita pero utópica premisa de que «las derrotas no duelen». Que el afán por la victoria haya degenerado en cualquier cosa y cualquier medio para llegar a ella, no significa que no sea muy limpio, muy lógico, y muy humano que el deportista (*amateur* o profesional) anhele ganar siempre y no perder nunca. (*El Día*, 22/06/67)

DESAGRADECIDO: Ricardo González, el exboxeador «Gonzalito», ha recibido toda clase de improperios elegantes del ahora periodista Lause, que aún no se ha despojado del «haiga» pero que es periodista. Cuando González, con total desagrado hace pública su posición contra el boxeo y dice que hay que prohibirlo, Lause lo considera desagradecido. Y por eso se argumenta que Gonzalito no puede expresarse contra el boxeo si hizo dinero con el boxeo. Lo dice Lause. O sea: que el boxeo no perdona que no le dejen su vida para él, para su garganta devoradora de hombres vivos que viven como muertos. ¡Cuidado con quedar con el suficiente grado de lucidez como para recomendar que se salve a otros de ese oficio que dio dinero a quien habla en contra del boxeo! (*El Día*, 28/10/64)

DESPOJO: En el deporte de acción individual, nadie priva a nadie de su instrumento posesivo básico. Nadie le quita el disco, la jabalina o la bala a un atleta. El fútbol se juega con la aceptada ley del derecho al despojo de la herramienta básica del juego. (*El Día*, 21/12/66)

DÍAS (DE FESTEJO): Los periodistas deportivos tenemos nuestro día, que no es el día de los otros periodistas, si bien cuando los periodistas que no son deportivos festejan el suyo, allí también los deportivos consideran estar de fiesta, con lo que suman dos fiestas anuales. Con esto de las fiestas de los días, lo único que puede sorprender es que aún no se las haya instituido en periodicidad mensual, en lugar de anual como hasta ahora. Cosa que será necesaria porque con la proliferación que hay de días de la tía, pasando por la novia, la abuela, la madre, el niño, el cartero, el canillita, etc., ya no alcanzamos los 365 días anuales, para 300 días que hay que festejar. Los obreros festejan el común a todos el 1.º de mayo y durante los 364 restantes del año los de cada gremio. No faltan en el reparto los hinchas de fútbol, con esta única variante: ellos tienen su día (lo llaman del club) ¡para pagar! (*El Día*, 16/01/66)

DIECISIETE DE OCTUBRE: Están ocurriendo algunas cosas que —felizmente para mí— se pueden aplaudir. Porque son parte de la cadena de pequeñas cositas que, bien hechas, pueden hacer esa gran cosa que es todo el país. Creo que Perón dio un valioso puntapié inicial en ese sentido al declarar laborable el 17 de octubre y determinar que sus próximas celebraciones se hagan en días domingos cuando ellas no coincidan con el séptimo día de la semana. Inmediatamente, una repartición del Estado, como es AFA (pese a que no debiera serlo) produjo la prohibición de que se jueguen partidos de fútbol en horas de trabajo, decisión inspirada en la necesidad de comprender patrióticamente el estado de grave emergencia económica que vive el país. Hay que trabajar. (*El Día*, 23/10/73)

DIGNIDAD DE LOS DT: Pienso que la mayoría de los directores técnicos —como extracto que son de una generación de hombres que en cualquier orden social han visto afectada parte de su dignidad— tienen una dignidad resentida. A la dignidad profesional me refiero, claro está. No pretendo aludir a la que hace a su condición de padre de familia, comerciantes, ciudadanos de la calle o cualquiera de las aristas de la personalidad de cada individuo que, además, sea director técnico rentado de fútbol. En la arista de directores técnicos profesionales pienso que la mayoría tiene muy poca jerarquía y muchísimos sencillamente no la tienen. Adolfo Pedernera —siendo ya DT— definió a sus colegas con una frase muy feliz. Se la dio a Victorio Spinetto. Se lo dijo tomando unos *whiskys* en su casa de Cali: «La mayoría de los directores técnicos están para DURAR, no para enseñar». Los DT sin jerarquía roban ilusiones. El DT sabe, sufre, comenta y lamenta todo eso. Reconoce su *mea culpa* en esa bastante triste conversión de su personalidad. O de la que debiera ser su personalidad. Tomando un café a solas a mí me lo reconocen. Pero en el terreno de las actitudes —que son finalmente las únicas valederas para acreditar la conducta en la vida— esos DT optan por el silencio, la resignación, EL DURAR. ¿Los hijos? ¿La familia? Los hijos y la familia no siempre exigen la claudicación de los padres como hombres. Y sí los hijos y la familia son razón de trabajo y a veces justificación de dobleces, hay muchos otros trabajos desde los cuales ese padre doblegado puede llevarles el mismo pan, pero más limpio. Sin dobleces. (*El Día*, 20/11/62)

DINERO: El del fútbol debe ser el único de los problemas argentinos donde la solución no es tener más plata, sino trabajar con menos plata. Todos necesitan más dinero para vivir mejor. El fútbol está en el caso contrario: viviría mucho mejor con menos dinero. Sus problemas son de abundancia, no de escasez, aunque esta viene por aquella. (*El Día*, 19/05/70)

DIRECTOR TÉCNICO: No hay ningún técnico que pueda HACER un equipo de fútbol. Hay sí, directores técnicos que al ejercer su ÚNICA FUNCIÓN CIERTA DE SELECCIONAR JUGADORES, pueden destruir un equipo. (*Crónica*, 08/02/70)

Paracaidistas del desparpajo hay en todas las profesiones, pero en la de director técnico el campo de aterrizaje es preparado más abiertamente por los pocos que realmente vuelan y los muchos, que en cambio, se arrastran dentro de la profesión. *(El Día, 16/10/62)*

DIRIGENTES DEPORTIVOS: Los dirigentes del deporte argentino tampoco nacieron para DIRIGIR. Nacieron PARA VIAJAR. Interpretan el deporte como una forma de viajar. Viajar antes que hacer los elementos materiales y humanos que produzcan valores para hacer viajar, como que sin duda el viaje está comprendido dentro de los recursos de superación deportiva. *(El Día, 21/06/63)*

DISPARATE: Hubo una época en que el disparate dependía de la creación de los humoristas. Hoy es producido rutinariamente por los acontecimientos cotidianos de la vida real. De serio, únicamente queda lo trágico. Llamarle reglamentario al fútbol de Estudiantes, sería cómico si no fuera por la mortal barbarie que reditúa. *(El Cronista, 03/06/71)*

DI STÉFANO (DT): Cuando Di Stéfano era jugador decía algo así: «Si un director técnico es bueno, puede ayudar a un equipo en un cinco por ciento; si es malo, lo puede perjudicar en un cuarenta por ciento». Claro está: después Di Stéfano se hizo director técnico y nunca más repitió aquellas palabras. Ni loco. *(Crónica, 08/02/70)*

DIVISIONES: Se habla de fútbol antiguo, moderno, europeo, sudamericano, defensivo, ofensivo, recientemente de «fútbol total», menos recientemente de fútbol a la italiana, de fútbol, práctico, de fútbol bonito, de fútbol económico, de fútbol científico, de fútbol de laboratorio, de fútbol de pizarrón, de fútbol de alto, de fútbol de bajo, de fútbol de copas, de fútbol de campeonatos mundiales, de fútbol de campeonatos locales, de fútbol espectáculo, de fútbol romántico, de fútbol, largo, de fútbol corto, de fútbol de lucha, de fútbol de fuerza y no sigo memorizando más variantes, porque ya me resultan monótonas. ¿Es posible que el fútbol tenga tantas divisiones como esas? Ni siquiera dos. Ni antigua ni moderna. Ya que justamente una de aquellas cosas de la vida que no admiten antigüedad ni modernismo, sino momentos y altibajos, es el fútbol. El fútbol no es otra cosa que un todo - tiempo total, sin otra posible división que la atinente a su calidad o belleza: bueno o malo. **Se juega bien o se juega mal.** *(El Día, 22/10/74)*

E

EMPIRISMO: El fútbol de la cancha es empírico. El de lunes a sábado admite ciencias. *(El Día, 12/05/65)*

ENGAÑO, ARTE DEL: El fútbol es un arte de engañar. Al adversario. En el juego. Con la pelota. Se ha transformado en un engaño burocrático, encargado de mecanizar jugadores para que en el juego no haya engaño, según sus tecnócratas dicen hacer jugar desde fuera del campo. Lo real es que ellos, cuya necesidad no discuto (pero en otra extensión y tarea) solamente pueden ser seleccionadores. Eligen. (*Análisis, 09/12/71*)

EXITISMO: Vivimos en la época en que el exitismo gobierna mucho más que las convicciones en las actitudes humanas. El fútbol no ha escapado a esa ósmosis. La sufre el país. El fútbol ha optado por lo mismo. El fútbol copia. (*El Día, 30/11/62*)

F

FEOLA, VICENTE: ¡Y pensar que todo esa comedia se hizo porque un brasileño gordo, de pesadas digestiones, que poco sabía de fútbol pero funcionaba como saltimbanqui en el cargo de DT que ejercían Didí y Zito dentro de la cancha, dijo que en Suecia había aplicado el 4-2-4. En el andar de los años lo desmintió. Tal era su seguridad. Se llamaba Vicente Feola un personaje digno de hacernos sentir vergüenza a los argentinos **como país de zonzos** en fútbol. Como que nos lo comimos como genio de la estrategia: le pagamos (Boca) como si fuera un Einstein del fútbol. (*El Día, 30/04/74*)

FERREYRA, BERNABÉ: Bernabé Ferreyra, todos lo recuerdan, era provinciano. Algo más provinciano que de nacimiento y de procedencia futbolística. Bernabé Ferreyra era filosóficamente cada vez más provinciano a medida que más años llevaba habitando en esta Buenos Aires de la que llegó a ser su amo. Su magnetismo como ídolo recién tuvo parangón al producirse la idolatría mundial por Pelé. Bernabé Ferreyra estuvo muy lejos de ser un gran jugador. Fue una gran explosión nacional. Fue un extraordinario shoteador. Como jugador, lo superaron centenares. Pero nadie llegó a ser dueño de la admiración popular como aquel muchacho «medio tronco» de Rufino que a patadas generó lo que hoy es el estadio de River Plate, y puso al fútbol entre los estallidos de todas las clases sociales. Es inevitable, al historiar el fútbol en la Argentina, trazar una línea divisoria entre «**antes de Bernabé y después de Bernabé**». Y no porque Bernabé lo modificara; ni enseñara lo ignorado hasta conocerse su desconocido shot que, aun cautivando como hecho nuevo en el fútbol, no constituyó un cambio esencial en el fútbol. Lo que ocurrió con el shot de Bernabé Ferreyra, además de un transitorio auge de «shoteadores punta de lanza», fue más simple que las llamadas transformaciones: unificó a todas las clases sociales en torno del suspenso emocional del fútbol. Antes de Bernabé, el fútbol era clasista. Después

de Bernabé, el fútbol no tuvo clases sociales, puesto que las reunió a todas. Ese fue el fenómeno social llamado Bernabé Ferreyra. Bernabé, el Mortero de Rufino, no nació ni murió. Explotó. Más que una persona, Bernabé es un hecho. (*La Opinión*, 26/11/74)

FRACASO: En la contrariedad, en el fracaso, la dialéctica humana se caracteriza por ser semejante a la de una manada de cabras. Enloquecida por neurótica. (*El Día*, 11/09/69)

FUNCIONES DEL DT: No pretendemos sugerir la no necesidad de los DT. Jamás. El DT es necesario en fútbol como en toda actividad colectiva. Pero los partidos de Brasil dicen hasta dónde: para elegir jugadores conforme a determinado tipo de fútbol; para unir voluntades; para corregir imperfecciones individuales; para señalar debilidades adversarias; para avisar de debilidades propias; pero NUNCA para imponer dentro de una cancha lo que el fútbol por su propia naturaleza de puja constantemente cambiante, exige que sea **tácticamente cambiante en cada jugada**. Virtud sólo al alcance de los jugadores de mente clara y autoridad para ejercer la única dirección técnica constantemente vigente: la de dentro del campo y durante el partido. (*El Día*, 26/04/63)

FÚTBOL DE ANTES: El fútbol tuvo una época, de bastante extensa vigencia, en la que su verdadero degustador, por caso, no disfrutaba de las victorias que sus favoritos lograrán con un tiro libre, o un penal, o un gol en contra. El gol que rubricara el orgullo de ser mejores nos tenía que llegar a través de una jugada de aquellas que dejaban la cancha limpia de adversarios. Daba un poco de vergüenza ganar sin un gol de campo. (*El Día*, 21/08/73)

FÚTBOL DEFENSIVO: ¡Dejémonos de hablar de «época de defensas», hablemos con más propiedad de época de jugadores incapaces de hacer temblar defensas! (*El Día*, 24/01/69)

FÚTBOL ESPECTÁCULO: Un día cualquiera de hace unos ocho años aparecieron dos amos del fútbol gritando a coro que cambiaba el fútbol, que se ponía término al fútbol aburrido, antiguo, carente de ciencia, con el que los estadios se habían llenado de espectadores, con el que las redes se habían reventado de goles, con el que las instituciones se hicieron poderosas, y con el que, para cada puesto, de las líneas ofensivas, se planteaba la incógnita de no saber a quién dejar afuera. Ese día se proclamó el Fútbol - Espectáculo para brindar con él un fútbol nuevo, más empresario, más científico, más a tono con el surgimiento de los primeros hombres con importancia de utilería, que empezaron a ser llamados «ejecutivos». Ese fútbol sería mejor, más pituco gracias a que las entradas serían más caras, de forma que en las canchas hubiera muchos ejecutivos con vaporosas damas sofisticadas, y no tanta

chusma mersa que gritara palabrotas cubriéndose del sol con un pañuelo anudado en sus cuatro puntas. Allí nació el Fútbol - Ciencia merced a que desde ese momento los jugadores de fútbol serían convocados a hacer gimnasia por la mañana, levantar pesas por la tarde, y entrarían y saldrían de los clubes pasando por un reloj eléctrico que registrara sus horarios de comienzo y fin de la fabril jornada, razón por la que al acto de entrenarse se le empezó a llamar «trabajar». Ese día se le dio a la locura un diploma en doctora en cordura. (*El Día*, 23/04/68)

FÚTBOL JUGADO: Hace falta prédica, mucha prédica por el fútbol jugado, no corrido, por la pelota hecha correr y no hecha volar; mucha prédica por ese fútbol necesita el fútbol argentino. Por «su» fútbol. (*El Gráfico*, 16/05/58)

FUTURO: En el fútbol no existe el futuro. Solamente existe el momento. Si lo que va a pasar es conocido, no pasa. Ya pasó. Por eso existe el fútbol. Por eso cautiva (perdón, quise decir cautivaba). (*El Cronista*, 03/06/71)

G

GÁLVEZ, OSCAR: Yo tenía y tengo especial simpatía por Oscar Gálvez. Gálvez es el reverso de Amadeo Carrizo. Pero un día que Gálvez perdió un Gran Premio llegando a Caracas y desde allí mandó aquel telegrama pidiéndole a Perón que ordenara que se le diera lo que había perdido... recuerdo que me quedé con «una puñalada aquí». Me la había dado Oscar Gálvez llorando como mujer. (*El Día*, 25/03/69)

GAMBETA: 1) La gambeta «a la criolla» NO SIRVE PARA NADA. 2) La gambeta es combatida por los actuales directores técnicos, pero desapareció del fútbol argentino hace muchos años, acaso más de 20, y no por la prédica de los D T. 3) No es posible seguir hablando del «defecto argentino» de gambetear, cuando hoy, en el fútbol argentino, el saber gambetear con la pelota es un privilegio de poquísimos jugadores. (*El Día*, 07/05/65)

GAMBETA, SCHUBERT: La tarde en que Moreno y el Chueco García le dieron al uruguayo Gambeta uno de los más históricos bailes que alguna vez haya recibido un representante de la garra celeste. Baile que terminó teniendo que pasar Gambeta (un gran jugador) al lateral opuesto, luego de intercambiar violencias físicas y verbales con aquellos dos pillos en tanto se divertían, se gritaban mutuamente: «¡Déjesela tocar al señor que es músico...! (la sorna estaba puesta en que Gambeta, como buen uruguayo, se llamaba Schubert y pegaba sin ninguna delicadeza musical). ¿Quién se llama Gambeta?». Gritaban los dos gambeteando a Gambeta. (*La Opinión*, 10/09/74)

GOL: El gol es un estado de ánimo... que a veces se le da al equipo que no lo busca. Y no se le da al que lo busca. (*Análisis*, 13/04/70)

GUSTO: Irónicamente nos preguntan cuál es el fútbol que nos gusta. Se dice que no gustamos de ninguno. Que nadie logra conformarnos. Valentín Suárez, dirigente de Banfield, aseguró en «Apelación Pública» (T. V). que el fútbol que propugnamos es imposible de ser jugado. O en el mejor de los casos, admitió que se pudo haber jugado pero resulta imposible jugarlo hoy. Puesto que ese es un fútbol superado por la modernización. Es verdad que el fútbol que propugnamos es antiguo. Eso sí es verdad. Es mentira que hoy no se pueda jugar. Eso es falso. Ese fútbol se ha jugado y se juega. Por caso: lo practicó River Plate, lo usó San Lorenzo del 46, lo jugó ofensivamente el Real Madrid, lo juega UNA PARTE del Santos, lo practicó Millonarios de Bogotá en el momento de ser declarado extraoficialmente el mejor equipo del mundo. Ese fútbol lo pueden jugar los equipos provistos de jugadores capaces de tocar y salir, tocar y buscar, «teniéndola mucho, teniéndola poca en los pies». Haciendo correr pelota y a los adversarios. Entre un bando que sabe jugar y otro que sabe menos, nada es más positivo para el primero que perder 10 minutos en el rodaje de la pelota para que el oponente pierda 20 minutos de energía. (*El Día*, 18/09/62)

H

HERRERA, HELENIO: En España e Italia ha hecho una fortuna de pesetas y liras este dialéctico impenitente del fútbol —pero además dialéctico que especula con la publicidad de una constante contradicción— llamado Helenio Herrera. «Vende palabras», cuanto más confusas y polémicas más vendedoras, desde que descubrió que el fútbol es una profesión más lucrativa cuanto más se habla. Porque cuanto más se habla —y en lo posible sin dar lugar a ser entendido— más se convence el medio futbolístico (dirigente, público, periodismo) de que el dialéctico «sabe». (*El Día*, 03/05/63)

HINCHAS: La tarde que jugaron Vélez - Estudiantes, fui a la cancha de Liniers más temprano que de costumbre y no encontré mejor manera para compensar semejante error, que ponerme a escuchar de incógnito, y hasta también cambiar algunas preguntas y respuestas con ellos, entre los hinchas que se manifestaban tales de uno y otro equipo. Lo inaudito para mí fue encontrarme con dos legiones de diferentes preferencias por colores futbolísticos, pero con una sola mentalidad y un mismo rasgo de sinceridad: confesar que no tenían ninguna ilusión de ver jugar al fútbol, ni a los suyos ni a los otros; coincidir las dos barras en lo que venían a ver... un mal partido. Sólo había matices de desacuerdos en cuanto a que los velezanos decían venir a ver

«cómo gana» el equipo de sus simpatías, y los platenses se ponían en la posición menos exigente de venir «a ver si nos llevamos un puntito». (*El Día*, 07/07/67)

I

IDOLATRÍA: Cuando con el deporte se hace un medio de idolatría irracional destinada a consagrar al campeón como hombre prominente de la sociedad, el ser humano desciende a la barbarie de que es capaz en esa concepción de los valores. (*Argencard*, Oct 1974)

IMPEDIR: El DT puede impedir jugar. Pero el DT no puede hacer jugar. (*El Cronista*, 05/06/71)

IMPORTANCIA: Para quienes vamos al fútbol en función periodística, el resultado no tiene mayor importancia. Lo tiene, sí, en grado sumo, el proceso por el que se llega a él, puesto que nos permite analizar su desarrollo y formarnos un concepto general del partido. Ubicarnos y extraer conclusiones. (*El Gráfico*, 06/04/61)

INJUSTICIA: Este es un episodio real en el que los protagonistas son un director de televisión y quien aquí firma: «Tengo un asunto muy interesante de injusticia deportiva, ¿te interesa?». «Veamos». «El atleta Wálter Lemos es carpintero en Tribunales. Allí trabaja a la par de cualquiera. Pero cada vez que Lemos necesita ir a correr a alguna parte y tiene que faltar al trabajo, no consigue que le den permiso. Si se lo dan es sin goce de sueldo y entonces Lemos no puede ir. En cambio en otros empleos le conceden a otros atletas ese beneficio. ¿No podría hacer algo para que se repare la injusticia?», me preguntó. «¿Cuál injusticia?». «¡La que cometen con Lemos!». «¡Ah! Creía que hablabas de la que hacen con los otros...», contesté. «¿Pero alguien como Lemos trabaja y corre no te parece que tiene derecho a lo que pide?». «No. A mí me parece que el jefe de Lemos que le niega permiso para faltar a su trabajo para dedicarse a correr, debe ser uno de los pocos funcionarios públicos que en este país conoce y cumple su deber». (*El Día*, 05/02/63)

INTERVENTOR: Cuando me tocó ser dirigente «de facto» en ciclismo (me puso una revolución que hubo en el país) me propuse llenar en mi gestión esa laguna sin agua y darle a ese deporte en la Argentina un ordenamiento CENTRADO (no he dicho bueno, quiero decir coherente pudiendo ser malo). Venía cansado de sufrirlo desde el llano y de verlo sufrir en medio de la inercia de dirigentes ávidos en discursos e indiferentes en leyes, que a fin de cuentas son su justificación. Busqué quienes me pudieran asesorar. No encontré a ninguno. La ignorancia en ese aspecto se suma a la indiferencia por «esas cosas que no interesan a nadie» (claro está, no son cosas que MUESTREN a los hombres vanidosos, sino cosas destinadas a

governarnos). Me lo tuve que hacer solo. Me quedé con la satisfacción de dejar algo hecho para que los otros «del llano» no sufrieran lo que hasta entonces sus antecesores. (*El Día*, 23/02/65)

J

JUECES: Los jueces por pusilánimes se han dado a admitir escalas de violencias - violentas y violencias - leves en el fútbol. La violencia es violencia y quien la ignora es un agente más de homicidio futbolístico. (*El Día*, 02/08/63)

JUEGO LIMPIO: El deporte fue concebido como juego limpio. Y como tal atrae y ennoblece. Del mismo modo tiene que concebirse cuanto rodee al deporte. Lo que deportivamente no es limpio cae en lo despreciable, que ya tiene en abundancia la condición humana exteriorizada en otras manifestaciones. (*Crónica*, 03/10/69)

JUEGO SUCIO: Ahora es reglamentario jugar sucio. Lo sostiene Estudiantes de La Plata. Mejor dicho, sus únicos beneficiarios, sus jugadores. Dicen que tirarse al suelo o arrojar la pelota fuera del campo, también es reglamentario. Lo será hasta que aparezca un juez que recuerde que es antirreglamentario el juego desleal, y disponga que con aquel reglamento vayan a jugar... pero en los vestuarios, si pueden. Y un juez con sus poderes DISCRECIONALES está facultado para considerar un rechazo a la tribuna una forma de negación del acto de jugar lealmente, plenamente facultado para eso. Por reglamento. (*Crónica*, 23/05/71)

JUEZ: Esta palabra me suena a irreverencia a la Justicia cuando la usamos aplicada a referees de fútbol. (*El Día*, 14/04/70)

Siempre tiene la razón, aunque se equivoque. El juez lo puede todo y mientras no haya comprensión de que es así y debe ser así, no habrá posibilidad de consumir deporte como lo que el deporte es. Los reglamentos por sobre sus letras respectivas operan esencialmente con la conciencia y los poderes discrecionales de la única autoridad en el campo. (*El Día*, 01/06/76)

JUGAR SIN LA PELOTA: (El fútbol) Es juego con la pelota. Y si es juego con la pelota se tiene que fundar en el dominio de la pelota. Y si es dominio de la pelota se tiene que fundar en una orientación de chicos que la domestiquen desde su primer contacto con ella. No de chicos ahora mandados a luchar, trabajar, imponer aptitud física. Por supuesto que el juego con la pelota lo es también sin pelota. ¡Qué novedad! Si hay 22 que juegan y una sola pelota, por suerte tiene que serlo más SIN que con ELLA. Puesto que siempre habrá uno que lleva y 21 que buscan. (*Crónica*, 07/03/71)

JUSTICIA DEPORTIVA: Hoy más que en toda su historia, el deporte está urgentemente necesitado de una gran difusión de las bases interpretativas de lo que en deporte es Justicia. Y esas bases no son otras que las del juego limpio como premisa constante (aunque la letra de la ley pudiera eventualmente oponerse), bajo la filosofía de dar a cada uno lo suyo. (*La Opinión*, 30/09/73)

L

LÁPIDA: ¡Qué daño le hizo al fútbol el primer parlanchín que habló de «Trabajo» al referirse al Juego! En su tumba merecerá que lo acompañe esta lápida: «Disparó el primer balazo mortal del fútbol: lo proclamó trabajo siendo juego, y mató a la enorme producción de la despreocupación». (*Crónica*, 31/01/71)

LEY (DE LA JUNGLA): Bajo la ley de la jungla que apetecen los actuales buscadores de resultados de una generación para la que los medios, los cómo, las formas, y los caminos... están de más. Lo que cuenta es cuánto. Las leyes son nada más que leyes. Los resultados están sobre las leyes, los legisladores, los principios. Puesto que el fin es GANAR. Lo demás... es lo de menos. Has ta los caballeros están ahora en eso. (*El Día*, 14/01/70)

LOCHE, NICOLINO: (...) la auténtica maravilla que constituyó la vista televisiva de la pelea ganada en Japón por Nicolino Locche con las mismas artes que un bailarín puede esquivar a un toro. (*El Día*, 21/12/68)

LOTERÍA: Cuando vea a alguien comprando todos los números de alguna lotería, rifa o ruleta, piense que puede tratarse de un director técnico del fútbol de ahora. Ellos ponen en juego todos los números: la táctica, la triangulación por los flancos, la preparación física, la disciplina, la seriedad, la gran velocidad, la medicina, el psicoanálisis y, por supuesto que también, el jugador y su talento. Claro que estos dos últimos factores de triunfo... ¡siempre últimos! Y escondidos en un plano secundario pero salvador para caso de no darse todos los otros, los científicos. Al jugador lo usan como al mismo cero los que juegan a la ruleta o a la quiniela: «Para cubrirse de la ilógica». Porque ahora para los DT de fútbol la ilógica es que el jugador gane un partido. El jugador lo perderá, sea por jugar mal o por no hacerles caso. Pero ¿ganarlo? De todos modos y por los dudas resulte muy visible que lo ganen, los DT incluyen al jugador entre los factores capaces de dar una victoria. (*El Día*, 17/06/66)

M

MACANEADORES: La noticia fue presentada como curiosidad: «507 jugadores actuaron durante el campeonato de 1966 en primera división». Pero nadie destacó otra noticia paralela: ¡48 personas fingieron dirigir técnicamente a esos 507! En primera B: 63. Total: ¡111 macaneadores! (*El Día*, 14/01/67)

MALAS CANCHAS: El virtuosismo universalmente reconocido al futbolista argentino en cuanto a técnica (manejo de pelota) se generó en gran parte, precisamente gracias a las canchas malas, que empezaban por producir la «adaptación» en el proverbial «potrero escolarizado», donde a mayor abundancia de tierra, ladrillos, desperdicios en general, mayor era el desarrollo del ingenio y la función orgánica para dominar a la rebelde pelota. Irrebatiblemente, todo el brillante fútbol que hoy se añora se gestó en malas canchas. Peores que estas que hoy hacen decir «que no se puede jugar porque la pelota pica mal». Lo cierto es que de las malas canchas no se quejaron nunca Houseman, Bochini o Corbatta. Se quejan siempre los que no tienen dominio de pelota. (*La Opinión*, 10/09/74)

MARACANAZO: Aquella delantera de Brasil que perdió con Uruguay la final del Mundial 50 ¿debe ser ignorada porque perdió ese partido o porque ya no era comparable a lo mejor que se haya visto en el mundo? ¿Cuántas líneas de ataque jugaron mejor que aquella de Friaca, Zizinho, Adhemir, Jair y Chico? (*El Día*, 30/04/63)

MENOTTI: Tuvo un ciclo inicial de su actual profesión (DT la llaman) que mereció muchas y justas ponderaciones no solamente porque aparecía «diferente» del modus dialecticus de sus colegas, sino por la equidad y realismo que mostraban sus atinadas palabras. Más que estar de acuerdo con Menotti, muchísima gente se vio interpretada por Menotti por no estar él de acuerdo con el corriente hazmerreír del cientificismo de la mayoría de sus pares. Pero Menotti «entró» rápidamente en la misma **sanata** y por si ella no bastara, su imagen personal pasó a figurar en el mundo del disfraz sastreril, capilar y «ambiental» (por bares asociados a los hábitos noctámbulos llamados «**de onda**»). Hoy ya no es Menotti «aquel» que decía **lo justo y lo poco** que tiene, que debe y que puede decir alguien que ocupa su lugar. (*La Opinión*, 04/02/75)

MODIFICACIONES: Hay que crear la obligación de que el bando poseedor de la pelota la pase (como en el básquetbol) al campo adversario, al cabo de dos, tres, a lo sumo cuatro toques dentro del suyo. Semejante modificación reglamentaria necesita el complemento de otra: prohibir a los arqueros el uso de las manos en pelotas que les lleguen jugadas por sus compañeros. De ese modo quedaría abolido el juego de retención hacia atrás. (*La Opinión*, 11/09/75)

MONTÓN (TÁCTICA): Ahora todos parecen haber comprendido la que entonces era «**obsoleta idea**» de que al fútbol no juega jamás ninguna fórmula de aquellas,

sino constantemente todas, y también muchas otras que no figuraron en el recetario de tres líneas con dos guiones. Como puede ser la 1-3-3-3-1, el 1-10 o el 1-9-1 o el 11-0 que es la primitiva actitud de la táctica - montón. ¿Usted no conoce la táctica - montón? La tiene que conocer: fue la que usted primero usó jugando como chiquilín en un potrero o en una vereda, con la pared de la casa como compañero. Y aún aplica todo equipo que sabiéndose inferior o buscando a ultranza «ganar 0-0» se atrincheró como los que allá por 1800 y tantos jugaron por primera vez esto que ahora llaman fútbol. (*El Día*, 30/04/74)

N

NUESTRA, LA: Hace unos años hablar de fútbol y menciona «la nuestra», era sinónimo de j - u - g - a - r. Quizá de imposición de dominio de pelota. Hasta pudo ser en algún momento sinónimo de gambetear en forma estéril. Por «la nuestra», entendíamos un cóctel de manejo de pelota superior al resto del mundo; de picardía; de individualismo positivo; de iniciativa atacante; de astucia defensiva. Eso era la suma de cosas componentes de «la nuestra». Nuestra forma de jugar, queríamos decir. ¡Resulta que ahora «la nuestra» es jugar a la manera de los demás! (*El Día*, 28/05/74)

NURMI, PAAVO: Ha muerto Paavo Nurmi. La noticia genera una apología de aquel hombre - fenómeno en la historia de los superdotados. Justa apología. Pero confusa apología. Porque la hacen, en muchos casos, los que también hacen la diaria apología de la deshumanización deportiva a través de banderas tales como «**el resultado**» «**la promoción del país**», «**el realismo**» y una cadena de tilinguerías del mismo pelaje. Además, en aquella justiciera apología del que acaso haya sido el primer superdotado entre los ahora llamados atletas de laboratorio, se menciona lo que hizo Nurmi frenando a los relojes; pero se silencia lo que la humanidad hizo con Nurmi para renegar de él como ser humano en nombre de aquel pragmatismo pseudo - progresista del resultado, la promoción y demás mandatos modernistas del deporte como base de la hipertrofia del hombre. No se dice, por ejemplo, qué decía Nurmi al hacer el balance de su vida, y advertía que sólo había sido un instrumento, un fallido hombre por haber sido sobredotado por la naturaleza para hacer eso que aún llamamos deporte. Decía Nurmi: «No viví; viví para correr; me alimentaba para correr; descansaba para correr; no conocí diversiones; no conocí una mujer; no pude comer ni siquiera lo que me gustaba; no pude vivir como los demás jóvenes; solamente tuve que vivir para correr». A cambio de esa entrega al consumo del canibalismo industrial del deporte, «la humanidad» lo proclamó un héroe (lo era); le levantó monumentos en vida; lo hizo un símbolo (lo es para orgullo y para vergüenza de la sociedad); pero Nurmi se convirtió en un silencioso caminante de la vida, que no terminó barriendo como su émulo Zatopeck en Checoslovaquia, pero que sí murió convencido de haber

sido solamente un instrumento de los que proclaman héroes y levantan monumentos convencido de haberse malogrado como ser humano. (*El Día*, 16/10/73)

O

OBEDIENTE: Entre un futbolista obediente pero sin talento, y otro indisciplinado, pero con talento PARA JUGAR AL FÚTBOL, no me avergüenza decir que me quedo con el indisciplinado. (*El Día*, 31/07/64)

OBLIGACIÓN (DE EQUIVOCARSE): No acepto reproches, allá por diciembre de este año, si el campeón fuera otro, porque ya he dicho que la función periodística incluye la OBLIGACIÓN DE EQUIVOCARSE. La única diferencia entre mi opinión y otras opiniones, es que estas últimas no se publican. Y que las mías deben publicarse ANTES DE LOS HECHOS, no después. Porque para hacer periodismo de comparsa, ya he dicho que no estoy. (*El Día*, 06/05/64)

ONEGA, HERMANOS (DANIEL Y ERMINDO): Daniel es el jugador al que quisiera siempre en «mi equipo», así como a su hermano Ermindo, el dotado de todo menos de generosidad, lo quisiera siempre en el equipo contrario. Prefiero a Onega, el Tronco, el tan diferente al Ronco. Porque es altruista. (*El Día*, 11/07/68)

ONETTI, JUAN CARLOS: A quien quiera ser constantemente limpio consigo y con los demás, y aspire a que los demás jueguen limpio, lo llaman **obsesivo**. Allí ese hombre con vocación por lo limpio pasa a ser un enfermo social. Casi un marginado. Un resentido. Un inadaptado. Por obsesión de ser sano. Por eso es que Juan Carlos Onetti, el escritor uruguayo, tiene que responder a una imbécil pregunta que le formula la **gente adaptada**, con estas palabras de enfermos han pasado a ser los sanos de este mundo desquiciado, anestesiado, desmoralizado y suicida: «No es obsesión. Para mí es sinónimo de franqueza, además de ser consonante. No miento, ni acepto la mentira de los demás. Eso es todo». (*El Día*, 26/11/74)

ORTH, JORGE: El mejor futbolista del mundo de todos los tiempos hasta 1929. (*El Día*, 20/11/62)

P

PAÍS (Y FÚTBOL): El país y el fútbol andan muy de la mano. Siempre anduvieron de la mano. Eso suelen olvidar los que aún suponen que el fútbol puede arreglarse aunque el país siga siendo un caos. Tendría que vivir en otro país. O el país dejar el

país y dejar al fútbol libre del país... (*El Día*, 05/03/63)

PALABRAS: Al deporte le salieron palabras nefastas. Palabras que algún día tendrán que incendiarse en una plaza o en una cancha deportiva, si es que alguna vez el deporte decide quemar sus naves con el insano presente que lo tiene intoxicado. Algunas de esas palabras son: promoción, impacto, operativo, empresa, sacrificio y (la peor) ¡trabajo! (*El Día*, 28/01/75)

PASADO: No participo de la teoría del mejor tiempo pasado; soy un convencido que todos los tiempos fueron iguales y todos los hombres tenemos la obligación de impedir que sean peores. (*El Día*, 02/09/69)

PASAPORTES: La falsificación de documentos para el ingreso al fútbol de España, Italia y Portugal de jugadores llamados «oriundos», es un hecho hartamente conocido. También probado algunas veces. Creo que nunca condenado. (*El Día*, 21/01/75)

PELÉ: No creemos que alguna vez se haya producido un futbolista más completo y tan poco imperfecto como Pelé. Por primera vez, ante un virtuoso de su tipo, estamos en la duda de qué maneja mejor: la pelota o su cuerpo. (*El Día*, 30/04/63)

PELOTA: Antes, la pelota esperaba que los jugadores quisieran usarla. Ahora los jugadores esperan que la pelota quiera hacer lo que ellos no saben. Y si la pelota no quiere y los jugadores no saben, el destino es el cero y las manos frías del silencio. Por eso, el fútbol está más interesante para leerlo y oírlo, como capaz de hacernos reír; que no para verlo, por muy capaz de hacernos dormir. (*El Cronista*, 05/06/71)

PENTRELLI, LUIS: Pentrelli se ha ganado en la historia del fútbol argentino un mérito que jamás pensó lograr cuando ya «regalado» del fútbol italiano, emprendió el regreso a la patria pensando en disfrutar aquí sus ganancias. El del iniciador del negocio de ser viejo. Lo inauguró en Racing. Por que el fútbol está ahora tan al revés... que se ha hecho negocio llegar a viejo, alquilarse un sitio por allí donde la cancha es grande y ambula poca gente, levantar la cabeza, usarla por dentro, y fijarse dónde se puede meter una pelota que no se pierda aunque se abra dos metros, o se cierre uno, aunque se quede corta tres metros o se vaya larga cinco. Y listo: ¡se puede jugar así dos o tres años más! Se puede volver de Italia con aquel mercado cerrado y encontrar aquí, otro mercado abierto para hacerse *crack* tan cotizado como diez años antes al ir a Italia a vender domino de pelota y movilidad. Con dominio e inmovilidad se es, en este caso, mucho más de cuanto se llegara a ser con diez años menos. (*El Día*, 28/06/67)

PEPITO, LO QUE A: Se trataba de un chico muy travieso, muy pendenciero, que frecuentemente regresaba del colegio a su casa con huellas de riña, o con una citación

para sus padres. Entonces la madre le recomendó: «Pepito, ¿me jurás que hoy no te vas a pelear en el colegio? ¡Jurámelo!». «No, no puedo, mamá; uno no sabe». «¿Qué es lo que no se sabe?». «Si me van a pelear a mí; si me pelean me tengo que pelear». A mí me pasa lo que a Pepito. ¡Juro que NO QUIERO HABLAR DE LOS SINVERGÜENZAS Y MENTIROCOS DEL FÚTBOL! (*El Día*, 23/02/66)

PERETTE: El proceso que ha llevado a la presidencia de la Asociación del Fútbol Argentino al doctor Francisco Perette, no difiere de los enfermizos procesos que pusieron en el mismo sitio a sus antecesores Sánchez Terrero, yerno del presidente de la Nación, general Agustín P. Justo; Adrián A. Escobar, entonces equivalencia del actual ministro de Comunicaciones; Oscar Nicolini, en el mismo cargo que el anterior; Ramón Castillo, hijo del presidente de la República del mismo nombre; Conditti, Suárez, Colombo, Peluffo, todos asociados de alguna manera a alguna implicancia extradeportiva. (*Panorama Ballesterense*, 03/03/65)

PERIODISMO DEPORTIVO: PRIMER APUNTE: Considero muy bajo el índice general de idoneidad específica de nuestro periodismo deportivo y también el del mundo entero con contadas excepciones (algo en Francia, bastante en Inglaterra). El reiteradamente autocalificado «periodismo especializado» tiene muy poca especialización. En general no excede el nivel de la que tiene adquirida el público que supuestamente debe orientar ese periodismo. **SEGUNDO APUNTE:** Para no confundirme no atiendo versiones periodísticas. Creo en lo que yo veo o en lo que me pueden contar reducidos núcleos de personas no periodistas, que a mi juicio ven bien el fútbol aunque no lo vean como yo. **TERCER APUNTE:** Leo a muy pocos colegas. (*El Día*, 04/12/63)

PLAN: Cualquier aspirante a «trabajar en el fútbol» (profesión que se define más acertadamente si decimos a «vivir del fútbol») dará un gran paso adelante si hace tres cosas: 1) Irse por un tiempo al extranjero y en lo posible conseguir allá alguno de esos diplomas que se otorgan a quienes asisten a charlas presididas por un pizarrón y unas fichas. Las llaman cursos. 2) Volver al país con ese diploma. 3) Visitar unas cuantas redacciones de las que hacen reportajes y anunciar que el fútbol argentino está falto de disciplina; que desde luego es asunto que él puede inyectar. (*El Día*, 20/05/65)

PLANIFICACIÓN: Dicen muchas voces interesadas en que el fútbol mantenga abierto un mercado de trabajo paralelo al de jugar al fútbol con una pelota y sobre una gramilla: «Si en el mundo moderno todo se planifica, ¿por qué el fútbol no se va a planificar como lo demás?». Si bien ES CIERTO que todo se planifica... EL FÚTBOL NO PODRÁ JAMÁS PLANIFICARSE en el terreno que DICEN poder planificarlo los profesionales del arte de cobrar dinero bajo el pretexto de planificar el fútbol. El fútbol puede y debe planificarse en todo lo que antecede a la entrada de un

jugador a la cancha. De lunes a sábado, sí. Los domingos, IMPOSIBLE. (*El Día*, 23/04/65)

PODERES DISCRECIONALES: El juez tiene aquellas facultades discrecionales como textualmente dice el reglamento en tres oportunidades, para impedir que con el reglamento se viole el reglamento; para obviar los muchísimos vacíos del reglamento en la interpretación de particulares situaciones de juego que se han dejado libradas, ex profeso, a lo que el juez entienda encuadrado en el juego limpio y honorable. Por eso el reglamento de fútbol es un compendio de gran sabiduría: porque quienes lo hicieron, demostraron **saber que no sabían lo que podía pasar en una cancha** y para preverlo todo, dejaron casi todo lo que en ella puede ocurrir a la conciencia interpretativa del juez. Al que además dotaron de poderes inapelables. Esto es ser sabio. (*Crónica*, 23/05/71)

POLÉMICA: Me gusta la polémica sin cálculo de negocios afectados a ella. (*El Día*, 25/07/67)

POSTULACIÓN MUNDIAL 70: La postulación del Mundial de 1970 es una cosa y su obtención algo muy distante. Tan distante que con antelación a la votación que habrá que decidirla es convicción del mundo que ella ya está decidida a favor de México. Por muchas razones. Porque México ofrece más. Porque México está mejor preparado. Porque México ha trabajado mejor, mucho mejor en la búsqueda del favor o en la demostración del «negocio» del voto que lo proclame sede. Los mexicanos se movilizaron en Chile a la manera que los chilenos se movilizaron cuando discutieron con la Argentina la sede de 1962. En aquella oportunidad (la votación tuvo lugar en Lisboa), la Argentina no fue derrotada por un postulante con mayores ofrendas sino por su propia antipatía cosechada en el mundo internacional. Hay muy mala memoria de nuestra agresividad en diversos matices del fútbol, de nuestras informalidades, de nuestros aislamientos. Esa memoria está en pie. (*El Día*, 26/03/63)

PRESIONES: El comentarista deportivo que ve en cada desaguado del fútbol una fuente receptora de una inmoralidad nacional, o viceversa, una corriente de familiaridad con el caos proyectada desde el deporte al país recibe no sólo extrañezas por esa asociación de factores que juegan a favor del caos sino algo más: «órdenes» de abstenerse de incursiones en tales relaciones deportivo - sociales y sociales - deportivas. «Órdenes superiores». La superioridad también prefiere el conformismo al combate. (*El Día*, 12/03/63)

PROFESIONALISMO: Todo se arregla diciendo «el profesionalismo es así». ¡No! ¡No! ¡No! Tres veces no: el profesionalismo no es así. LOS PROFESIONALES SIN VERGÜENZA SON ASÍ, que es otra cosa muy diferente. ¿El comercio es robo? No. Son comerciantes ladrones los comerciantes ladrones, no los comerciantes. Quienes

conservan la gran virtud de ponerse colorados cuando su conciencia los recrimina, no son así como deportistas, como comerciantes o en cualquier profesión. (*El Día*, 11/02/68)

PROFESIONALISMO AMATEUR: El profesionalismo que no preserva su cuota de credibilidad *amateur*, no tiene otro destino que el de su quebranto, a corto o largo plazo. (*El Día*, 27/04/76)

PROFUNDIDAD: No hay profundidad menos profunda que la que representan los forwards que esperan, amurados a los defensores, la caída de largos mensajes que lleguen del espacio. No hay profundidad más efectiva que la representada por la aparente ausencia de atacantes en las áreas penales, si esos atacantes están haciendo bloque para asegurar la pelota en el medio campo y aprovechar repentinamente los sitios vacíos que van creando en el constante tocar y buscar. (*El Día*, 18/09/62)

PROGRESO: No todos los balances son negativos en el fútbol. La triple pérdida de la decencia, la democracia y los dos «güines» tiene su contraste de grandes progresos en la trilogía que componen los arqueros, la semántica culturosa y los coros de la semántica obscena. En estos tres rubros los progresos son enormes. No es que los arqueros sean mejores, sino que al haber desaparecido los atacantes, los arqueros son habitualmente jugadores de campo con uso de manos. La semántica chantoculta ha incorporado millares de conquistas a la lexicografía del humor, que desde **partidos del siglo hasta banderín solferino** me están sirviendo para un nuevo libro cuyo título ya tengo decidido, tiene que ser «**Desde el haiga y el dea hasta el solferino del siglo**». Y en cuanto a la proliferación de la obscenidad, ella tiene el mayor mérito progresista de haberse logrado con la mitad del público que hoy concurre al fútbol respecto del que lo hacía 20 años atrás.

PROSCRIPCIÓN: La proscripción del boxeo vendrá. No como lo deseamos sus más empeñosos postulantes. No por la vía legal en forma inmediata. Acaso sí de hecho. ¿Cómo? Por retracción paulatina de cultores a medida que más se difundan sus riesgos. Por coincidente retracción de público a medida que al mermar los cultores merme el caudal sangriento del espectáculo. Es evidente que los poderes públicos aún no se atreven a ganarle al tiempo las inútiles víctimas que el boxeo aún se cobrará hasta llegar a eso. Es evidente que esos mismos poderes aún caen bajo el engaño de las medidas humanizantes. Por eso prevemos que la proscripción hará su proceso al revés; partirá, como creemos que está en marcha, de la espontánea retracción de la sociedad; culminará con el eco de los poderes públicos a ese sentir de la sociedad ante la evidencia de que los que persisten con el boxeo son minoría. De abajo para arriba. Pero el monstruo se debilita. Y aunque el monstruo seguirá haciendo víctimas es de prever que será finalmente aplastado. Es la única posibilidad de que el boxeo no destruya. No habiendo boxeo. (*El Día*, 19/04/63)

R

RACIONALIDAD: La racionalidad es la condición menos frecuente del fútbol. (*Crónica, 06/12/70*)

RADIO A TRANSISTORES: Las radios a transistores han acabado con el respeto del público a los relatores y comentaristas radiales. Han permitido descubrir que nos estaban tomando por caldo de cultivo, que nos mienten. (*El Día, 28/08/63*)

REFEREE: Al partido le toca un juez cuyos antecedentes de POBRE HOMBRE (condición que pareciera pilar de la profesión de referee de fútbol, en su mayoría solemnes vanidosos sin otros campos de exhibición) vienen avalados por cien casos de descarada inmoralidad en la función referil del señor Ventre. En los vestuarios, además de hacerse fajar por los linesman su ya abultado vientre de cincuentón excedido de edad reglamentaria («tengo que mostrar buen estado físico»), el pusilánime Ventre se aplica un supositorio para calmar su aguda tensión nerviosa; y toma dos analgésicos para mitigar su dolor de cabeza. Estos detalles los conozco por versión de sus linesmen. Ya muestran en el magistrado el ánimo para su sentencia. El juez no es distinto del medio. (*El Día, 12/12/65*)

REGLAMENTO DEL FÚTBOL: Es una magistral lección cívica y humanista el brevísimo reglamento del fútbol en sus 17 reglas eternas. Tiene la perfección previsor de todo lo que puede ocurrir en la vida, en una dosis quizá igual, sino mayor, a la del mejor instrumento constitucionalista de una nación. (*El Día, 24/07/70*)

RELATOS: Haga la prueba: grabe tres transmisiones radiales de partidos de fútbol, a razón de dos horas que, término medio, dura cada una, y verá uno de los más singulares crímenes sin condena: el del idioma. (*Revista Fletes, Jul/Agos 1974*)

RELIGIÓN: La religión: el fútbol de tocar y buscar. (*El Día, 02/11/62*)

REPETIR(SE): Vamos a repetirnos en lo repetido. Días pasados celebrábamos conversaciones para un programa de televisión que alguien quería hacer conmigo y la que llaman «la parte comercial» propuso: «Usted está en la verdad y no hay duda de que tiene razón. Pero yo necesitaría para el “éxito” (¿?) del programa cambiar su orientación para que la gente reciba el impacto de “un Panzeri distinto”. Si no es así, la gente ya imagina lo que usted puede decir de todo esto que está pasando, y el programa no tendrá repercusión comercial. Usted se repite en lo suyo, y aunque yo creo que tiene razón, creo que hay que encontrar la forma de hacer algo nuevo». Yo

pregunté si quienes periódicamente están en la vereda «de enfrente» no se repiten también en su política de hacer que todos los tiros al arco pasen «rozando el travesaño». Pregunté si el relator Muñoz no se repite en su chauvinismo «constructivo», según los dirigentes de fútbol que lo eximen de pagar derechos de transmisión por considerar que es un buen agente de propaganda de la mentira que se vende como espectáculo de fútbol. Pregunté si el comentarista Ardigó no se repite en su grácil oratoria para quedar bien con todos y mal con ninguno. Me contestaron: «Sí, se repiten, pero hay gente que gusta de eso». La conversación terminó con una invitación de mi parte: «Ustedes tienen que llamar a Ardigó o Sojit. No entiendo para qué me llamaron a mí». Repetirse... La delincuencia del fútbol se repite permanentemente. Está siempre en la delincuencia. Quienes la combatimos tenemos que repetirnos para estar siempre en la antidelincuencia. Sería estúpido que quienes combaten todo este engaño de los gangsters del fútbol —sobre que son poquísimos en relación con los gangsters— silenciaran sus tribunas, bajaran los brazos en el combate, por la inhibición de no repetirse en lo dicho. ¡Claro que la repetición cansa! El primer cansado con la necesidad de tener que decir siempre lo mismo, y especialmente lo desagradable, soy yo. Pero si estamos en guerra contra la delincuencia, me parece que sería criminal abandonar el combate diciendo «yo ya dije lo que tenía que decir». O bien: «Yo ya disparé el tiro que tenía que disparar». La delincuencia agradece mucho este tipo de «decoros» e inhibiciones para no repetirse. (*El Día*, 07/04/65)

REPORTAJES: De rutina no leo reportajes. Me parecen el espacio y la tinta peor malgastados del papel prensa. Y no porque no haya alguna vez algún reportaje digno de ser leído muchas veces, cuando por excepción surge un declarante que no se presta a ser hipócrita. (*El Día*, 30/10/73)

El reportaje es una escala del periodismo deportivo a la que le tengo pronunciada aberración. Aclaro que me encanta ejercitado bajo estas dos condiciones: 1) con la seguridad de que el reportado «se abra el pecho»; 2) conviniendo discutir con el reportado sus propias ideas. Un reportaje a Fangio en Italia en la que destapó la verdad sobre la muerte de Urruti y otro a Coppi en Buenos Aires son, entre los que yo hice, los que mejor llenaron aquellas formalidades. Pero le tengo siempre aberración al reportaje corriente, porque usualmente el reportaje es la libertad del reportado para decir cuanta mentira se le ocurre. Sin duda que a favor de periodistas sin opinión o de periodistas que se reservan eternamente su opinión. Pero el absurdo de la libertad de mentir suele tener su matiz opuesto: la virtud de despertarnos. Eso depende de la desfachatez de los reportados. Por caso: un reportaje al presidente de Boca, Alberto J. Armando, es siempre un impacto. No hay quien más descontroladamente diga tantas barbaridades para el prontuario del ridículo y del absurdo. (*El Día*, 04/04/64)

RESULTADOS: Los resultados obtenidos, al mismo tiempo que ellos difundieron el mal ejemplo, también pueden clasificarse como resultados perdidos. Si los individuos no valen por lo que tienen, sino por lo que son, no logro entender cómo un conjunto de personas puede valorarse por lo que consigue y no por cómo lo consigue. Estudiantes de La Plata fue un ejemplo de muchas cosas sanas, siendo perdedor. Los triunfos de los actuales jugadores de Estudiantes de La Plata, futbolísticamente, nunca fueron ejemplo de nada. (*El Día, 04/11/69*)

RIDÍCULOS: No me puedo dar el gusto de ver a alguien centrado que siga siendo totalmente centrado en el éxito. Unos más, otros menos, pareciera que todos los hombres que han hecho del fútbol un medio de vida tienen miedo de no ser exitosos si no son un poco ridículos. (*Revista 15 días, 29/09/67*)

ROLDÁN, FÉLIX: «Hijo mal de una casa bien». Era un bohemio, canillita, romántico del fútbol, entreverado en las furtivas burlas a la justicia a través de cosas muy propias de aquel Buenos Aires de los años 20 al 40. Gustaba del fútbol y sabía enseñar a los chicos, que podían hacer del fútbol una artesanía del talento y la pelota. Así llegó a ser el tradicional «delegado» de San Telmo, Sportivo Buenos Aires y después de River, cuando «su hijo» Carlos Peucelle pasó a River como primera transferencia sensacional del profesionalismo y de inmediato lo arrastró a «su padre» a que prolongara en River la gigantesca obra de seleccionador y protector de chicos despreocupados que Peucelle le había visto cumplir en otros clubes. «Hoy me llené», era la frecuente expresión de Félix Roldán al volver de uno de esos conciertos de sus gorriones futuros futbolistas. Venía de ver jugar una quinta, una cuarta, a cualquiera de las divisiones donde el fútbol se jugaba con el objetivo de jugar, no con el de ganar. Y de las que salieron centenares de genios del fútbol que no habían sido campeones en aquella órbita infantil. Lo fueron cuando llegó el momento de aplicar el juego al resultado. Uno de los frutos de aquel bohemio se llamó nada más ni nada menos que Adolfo Pedernera, que Roldán sacó de una plaza de la calle Entre Ríos. «¿Y cómo salieron?», le preguntaban. «Perdimos, pero me llené. ¡Qué bien jugaron!» Decía Roldán. Hoy se considera que quien habla así es un idiota. (*Crónica, 10/01/71*)

ROSSI, NÉSTOR «PIPPO»: El más grande futbolista argentino del puesto número cinco. (*El Día, 02/11/62*)

S

SABER DE FÚTBOL: Como saber - saber nadie sabe. Todos somos ignorantes. De otro modo no sería el Prode un negocio. De otro modo no habría fútbol. La palabra juego ya lo dice: es lo ignoto. Los sofisticadores de la vida la quisieron transformar

en lo sabido. El fútbol se burlará siempre de ellos. Por eso no abre universidades. Solamente permite jugar. (*El Día*, 05/01/77)

SASTRE, ANTONIO: Antonio Sastre era: conductor por talento; habilidoso por artesanía; sobrio por racional uso de esa técnica natural; luchador por sentido defensivo apenas la pelota dejaba de ser de su equipo; armador o peón de brega por el inmediato concepto ofensivo que aplicaba una vez recuperada la pelota; movedizo por natural disposición física de normotipo con tendencia a flaco - chico; goleador nunca máximo pero sí frecuente; fuerte pareciendo débil; elegante y fino habiendo sido fuerte en la acción previa o posterior. Fue el extracto más genuino que se pueda personificar del llamado producto del potrero como ideal del futbolista formado para esquivar latas, basura, césped irregular, miseria, hambre, vida difícil, policías. ¡Y habiendo sido todo eso, Antonio Sastre no estaba en la cancha de Boca cuando recientemente El Gráfico presentó al que llamaron «**seleccionado de todos los tiempos**»! Fue *crack* de todos los puestos ignorado ahora en todos los puestos. Es como hacer la historia argentina sin Sarmiento. (*La Opinión*, 01/06/75)

SEDE OLÍMPICA 56 (Bs. As.): En 1956 se realizaron los Juegos Olímpicos en Australia. Esa sede fue resultado de una votación hecha en Roma, varios años antes. Quizá pocos recuerden que en esa votación que se pronunció por Melbourne, fue un voto chileno el que decidió que no fuera Buenos Aires la sede de esos Juegos de 1956. Melbourne obtuvo 21 votos. Buenos Aires 20. Y el votante chileno en esa reunión del Comité Olímpico Internacional lo dijo muy claro: «A Buenos Aires vamos casi todas las semanas y ya lo conocemos bastante. En cambio a Melbourne no fuimos nunca». (*El Día*, 14/01/75)

SEMILLA: No creo que haya que vivir para que a uno le hagan caso. Me basta como felicidad de la vida poder sembrar alguna semilla que alguna vez otros puedan plantificar. (*El Día*, 20/07/73)

SEÑAS: Hace unos años en River Plate un DT ordenó a sus jugadores que siguieran los movimientos de sus brazos antes de jugar. *Si levanto el derecho, hay que abrir el juego a la derecha, si el izquierdo, a la izquierda; si me cruzo de brazos, hay que jugar por el medio.* Bernabé Ferreyra le preguntó: *¿Y cómo hago para que no me quiten la pelota mientras lo miro a usted y sus brazos?* (*Análisis*, 09/12/71)

SILENCIO: Muchísimos, seguramente los más, de los conflictos deportivos del país, son efecto de la dialéctica descontrolada y aun de la muy controlada que, igual que la otra, es la que origina la gran mayoría de los disensos públicos. La torpe militancia en la costumbre de hablar en público o para el público ha sido infinidad de veces causa de resonantes fracturas de autoridad, de poder, de credibilidad de los protagonistas del quehacer deportivo nacional. Los ídolos de mayor respeto popular han sido

Yrigoyen, Gardel, Pichuco, Leguisamo y Pedernera: por haber sido casi mudos. (*El Día*, 03/03/76)

SINVERGÜENZAS: En una de las primeras películas del cine argentino que conquistaron circulación popular, mi mente infantil, mis ojos todavía más infantiles, se quedaron sin saber qué había querido decir Luis Arata cuando en Mateo aconsejaba: «Hay que entrare, Mateo, hay que entrare»... Después me explicaron: «En la vida hay que entrar por el aro...». Después comencé a comprender que «entrar» era algo así como salir de uno mismo. Y desde entonces me pareció que el hombre que sale de sí mismo o de su conciencia, para adaptarse a lo que su ser desprecia, merece ser llamado un sinvergüenza. Claro que a los que «entran» poco les importa que se les llame sinvergüenzas, máxime si a cambio del calificativo en algún sentido hiriente encuentran la compensación de «eso que no hace la felicidad pero ayuda a hacerla». (*El Día*, 23/01/68)

SISTEMAS DE PUNTUACIÓN: Propongo se implante uno de estos tres sistemas: 1) Tres puntos al ganador y uno por bando al empate. 2) Cero punto al empate; sólo un punto al ganador. 3) Tres puntos al ganador por dos o más goles de diferencia; dos puntos al ganador por un gol de diferencia; un punto al empate con goles; cero punto al empate sin goles. (*El Día*, 25/09/63)

STÁBILE, GUILLERMO: Murió Guillermo Stábile. Se apuró. Porque en dos años más habría recibido un homenaje general del fútbol. Si hubiera esperado un poco más para morirse, todo el país habría terminado por convencerse de que, entre tanta charlatanería de los sinvergüenzas que ocupan hoy el que fue su sitio en el fútbol, el silencio con que vivió Stábile junto a las selecciones argentinas fue, después de todo, el más sabio de los ejercicios que se hayan visto hacer de la misión de director técnico. Entre lo que Stábile nunca habló y lo que estos hablan... ¡Stábile fue un genio y un hombre con sentido del pudor! (*El Día*, 14/01/67)

SUÁREZ VALENTÍN: Desde que a Valentín Suárez se le ocurrió que hacer una revolución en el fútbol es ponerlo patas arriba, la Argentina futbolística ha hecho grandes progresos hacia el *delirium tremens* total. Eso fue elogiado, por obsecuencia o ignorancia, por la claqué periodística tan proclive a suponer que todo lo nuevo es «adulto» por nuevo. Efecto de lo mismo es el disparate de llamar «empresarial» a cuanta barbaridad se hace en nombre de la revolución en el fútbol. (*Análisis*, 24-30/03/70)

SUECIA (Antes del Mundial de): Quisiéramos que al cabo de esta experiencia — sin importar si en Suecia se gana o se pierde— aflore espontánea y honradamente la confesión de que la línea seguida hasta aquí —aun pudiendo conducir a una resonante victoria— no es la apropiada a una organización seria del fútbol. (*El Gráfico*,

16/07/58)

SUELDO: Transijo con que a los DT se les pague el doble de lo que ganan, si se comprometen a permanecer en el fútbol sin impedir que en el fútbol se juegue para que haya más goles, no para que no los haya. (*El Día*, 25/09/63)

SUPERMERCADO: La función de marido impone a veces hacer de ama de casa. Y voy al supermercado a comprar lo que los hombres no debiéramos comprar. Allí un padre que seguramente está haciendo también de ama de casa y comprando lo que no debiéramos los hombres comprar (no porque sea indecoroso, sino porque no sabemos). Y con el padre el hijo. Un niño de 10 años. Una vida que empieza a conocer el odio entre los hombres. Y lo empieza a conocer a través de su propio padre, que le dice en voz alta: «Miralo, miralo bien; este es el que habla MAL de River por televisión». Y el niño mira. Mira y descubre a quien según el señero dedo de su padre debe ser visto desde ese momento, por él, según su padre lo ve: su enemigo, su monstruo acaso alquilado para el sueño de terror de esa noche infantil. (*El Día*, 11/10/63)

SUSPICACIA: La suspicacia y el descreimiento tienen sobradas motivaciones y muy sólidos fundamentos en el juego de intereses que se mueven en el fútbol. (*El Día*, 13/08/68)

T

TRABAJO: Tengo un amigo que pasó veinte años metido en medio de la selva misionera en una explotación maderera, que se ha reintegrado a la selva de la ciudad y ha comprobado que ha perdido el paraíso de la selva. Como además de ese grave error también incurre en el de apasionarse por el fútbol, y en un tercero que es el de estar viejo y obligado a descansar, cumple con este último requisito volviendo a seguir de cerca lo que pasa en lo que él dejó llamándolo «fóbal» y ahora encuentra que ha tomado por nombre «trabajo y sacrificio». Me dice: «¿Y lo que yo hice allá en Misiones cómo se llama, si esto es trabajo y sacrificio?». (*El Día*, 09/11/68)

V

VALIENTES Y COBARDES: Como extracto que es de una sociedad imperfecta, la persona del jugador de fútbol no difiere en absoluto de la personalidad común del hombre - masa. Y por eso tanto se encuentran entre los jugadores de fútbol los capaces de ser valientes, como los incapaces de ser distintos del medio, o solamente

capaces de medir lo que personalmente más les conviene. Por supuesto que se encuentran unos pocos valientes y una mayoría de acomodaticios. Importante: por valientes no pensamos en los que son capaces de insultar a un juez, trompear a un adversario o faltarle el respeto a un dirigente. Y por cobardes no pensamos en los que no llegan a esos desplantes. No. Para mí valientes en fútbol pueden ser Pando, Albrecht, Menotti, que juegan convicciones. Y cobardes pueden ser los Sanfilippo, Marzolini, que juegan conveniencias propias y nada más. La valentía y la cobardía auténticas no están señaladas en la vida por la capacidad o disposición para pelearse; sino por la medida en que las actitudes de vida muestren lealtad o debilidad para con las propias convicciones que tenemos. (*El Día*, 26/04/63)

VARELA, SEVERINO: En Boca existía amplia mayoría de adeptos por Severino Varela antes que por Sarlanga. Y Severino Varela fue un demagogo del fútbol que tiraba outballs, además de un goleador oportunista. Pero no un jugador. Jugador era Sarlanga. Jugador es Ángel Clemente Rojas. Varela es Sanfilippo. (*El Día*, 26/07/63)

VEIRA, HÉCTOR «BAMBINO»: (...) Veira el insolente bobito hecho *crack* de utilería de San Lorenzo. (*El Día*, 05/07/69)

VESTUARIO: El fútbol tiene ahora una crónica casi obligada de cada partido, sobre todo de los partidos «importantes»: la del partido con palabras que se juega en los vestuarios al término de cada partido con la pelota. Allí cada bando se juega su partido aparte, el partido de los pretextos en el caso del perdedor, el partido de la alharaca en el caso del ganador. Es una etapa más de la comedia comercial del fútbol. (*El Día*, 22/06/67).

Zubeldía debe hablar con jugadores y dirigentes. Y CON NADIE MÁS... A él le cabe acabar con esa torpe, chabacana, y no sé si también inmoral, práctica de introducir a los periodistas en los vestuarios convertidos en licuadoras de excusas de derrotas y de envanecimientos de victorias, además de divulgadores de intimidades. (*El Día*, 11/06/68)

VIOLENTO (SER): Recientemente me invitaron a intervenir en un programa de televisión donde se iba a discutir «si somos o no somos agresivos». No pude concurrir. Pero descuento que la invitación se centraba en la agresividad que me atribuye muchísima gente que supone que pacifismo es no meterse, callarse la boca, y hasta complicarse también, a través del silencio, con aquello que sabemos que está mal, que sabemos que hace daño. No atacar el mal es pacifista. Atacar a quienes agreden al bien, es ser agresivo. (*Crónica*, 28/12/69)

W

WILLINGTON, DANIEL: Yo no recuerdo que NUNCA se haya aceptado, en la era del llamado fútbol a 10 kilómetros, que un jugador como Willington fuera otra cosa que la que dice Farkas de su compañero Albert: ¡Un parásito! Yo no recuerdo que el fútbol de Willington haya estado alguna vez «en época». Lo que recuerdo, sí, es que a los jugadores como Willington les decían en seguida que se fueran a jugar a un circo. ¡Vi echar a muchos indolentes como él! (*El Día*, 03/01/68)

WINES: wingers en el viejo argot; punteros en nuestro idioma; «güines» en el decir ambiental. Siempre se coincidió que el winger ideal tiene que ser llamado «**loco**» o «**burro**» por el público que bautiza jugadores a través de su manera supuestamente descontrolada de correr, o del modo no refinado de llevarse la pelota. Lo que se necesitaba y se necesita es que el **wing-wing** haga precisamente esas dos cosas antes que todas las demás: que corra muy velozmente y se lleve la pelota al fondo de la cancha. «Burro» le decían a Boyé. «Loco» le decían a Corbatta. (*La Opinión*, 11/09/75)

Z

ZUBELDÍA (GRATITUD): En el prontuario de Osvaldo Zubeldía será inolvidable aquella reacción que tuvo «en vivo y en directo» por televisión, cuando se jugaba el partido Brasil-Perú por el Mundial de México, y le salió del alma aquella afirmación que después trató de corregir y solo pudo embarrar más de lo barrosa que ya era: «Yo no quiero que gane Brasil. Es un fútbol que no trabaja. Juegan... y con tres o cuatro genialidades dan vuelta un partido». Creo que nunca se le agradeció a Zubeldía el haber sido en esa oportunidad plenamente sincero, y brindado un valioso documento que algún día se escribirá sobre la **Burocracia de los Diplomáticos que Mataron al Fútbol... haciéndolo Trabajo y prohibiéndolo como Juego.** (*Crónica*, 07/03/71)

AGRADECIMIENTOS

A la familia de Dante Panzeri, en especial a sus hijos Flavia y Sandro, por su gran predisposición y su permanente colaboración. A sus siete nietos. Ojalá este libro sirva para que acrecienten su admiración hacia la imagen de su abuelo.

A mi familia. Por el amor permanente. En especial a mis sobrinos Vicky, Nico, Nacho, Paloma y Bautista.

A toda la gente del Club Quilmes de Mar del Plata en cuya Biblioteca Dante Panzeri se encuentra el archivo personal de Panzeri, donado por Pablo Ramírez. La mayor parte del material de este libro se obtuvo de esas más de 120 carpetas perfectamente archivadas y amorosamente cuidadas. En especial, a Jorge Unzué, secretario deportivo de la institución, quien me abrió las puertas del club y de la biblioteca a todas horas y procuró todo el tiempo facilitar mi tarea. A Enriqueta Aimale, docente y bibliotecaria, quien se dio maña para cumplir con su labor habitual y, al mismo tiempo, colaborar activamente con este libro, por su amabilidad permanente. A Carlos Pocho Palumbo, expresidente del club (fue quien bautizó a la biblioteca), por esa tarde en que se tomó la molestia de venir a entretenerme y nutrirme con sus precisas anécdotas sobre Panzeri. A todo el personal del club cuya buena voluntad posibilitó mi trabajo.

A mi editor, Marcelo Panozzo, que propuso este libro una mañana en que conversábamos sobre Racing y sobre nuestros gustos futboleros. Porque tiene el coraje para soñar con una idea y pelear para que se concrete.

A Ana Dusman y la gente de Random House Mondadori que escanearon y digitalizaron pacientemente cientos de artículos y fotocopias.

A Alejandro Wall por su generosidad al compartir su biografía de Panzeri escrita para el proyecto «200 Argentinos»; a Ezequiel Fernández Moores por el tiempo que me dedicó y por la iluminadora charla; a Carlos Ulanovsky por enviarme ese reportaje que le hiciera de adolescente —junto a Rodolfo Terragno— a Dante Panzeri.

A mis amigos (aunque Mauricio vaya a odiar el capítulo de Estudiantes). A todo Ravignani.

A Vero, como siempre. Porque como escribió Bob Dylan y cantó George Harrison «... I just wouldn't have a clue, if not for you».

A Valen, que recién llegó. Por la felicidad constante. Por perfeccionar nuestro amor.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Panzeri, Dante. *Fútbol. Dinámica de lo impensado*. Paidós, Buenos Aires, 1967.
- Panzeri, Dante. *Fútbol. Dinámica de lo impensado*. Capitán Swing, Madrid, 2011.
- Panzeri, Dante. *Burguesía y gangsterismo en el deporte*. Líbera, Buenos Aires, 1974.
- Bickerton, Emilie. *A short history of Cahiers du Cinéma*. Verso, Nueva York, 2011.
- Borocotó y otros. *Historia del Fútbol Argentino*. Editorial Eiffel, Buenos Aires, 1955 (tres tomos).
- Bufali, Andrés. *Con Soriano por la ruta de Chandler*. Seix Barral, Buenos Aires, 2004.
- Cernadas Lamadrid, J. C. y Halac, Ricardo. *Yo fui testigo: Los militares y el Mundial 78*. Perfil, Buenos Aires, 1986.
- Daney, Serge. *Perseverancia*. Ediciones El Amante, Buenos Aires, 1998.
- De Baecque, Antoine (ed).. *La política de los autores*. Paidós, Buenos Aires, 2003.
- De Baecque, Antoine (ed).. *Teoría y crítica del cine*. Paidós, Buenos Aires, 2003.
- Ferreira, Fernando. *Hechos pelota. El periodismo deportivo durante la dictadura militar*. Ediciones Al Arco, Buenos Aires, 2008.
- García, Héctor Ricardo. *La culpa la tuve yo*. Planeta, Buenos Aires, 2012.
- Gilbert, Abel y Vitagliano, Miguel. *El Terror y la gloria*. Norma, Buenos Aires, 1998.
- Holroyd, Michael. *Cómo se escribe una vida*. La Bestia Equilátera, Buenos Aires, 2011.
- Kraus, Karl. *Contra los periodistas y otros contras*. Taurus, Madrid, 1998.
- Levinsky, Sergio. *El deporte de informar*. Paidós, Buenos Aires, 2002.
- Liberali, Ampelio M. *Dante Panzeri. Entretelones*. Buenos Aires, 1998.
- Lichtenberg, Georg Christoph. *Aforismos* (Selección, traducción, prólogo y notas de Juan Villoro). Fondo de Cultura Económica, México, 1995.
- Lichtenberg, Georg Christoph. *Aforismos* (Traducción de Juan del Solar). Sudamericana, Buenos Aires, 1992.
- Llonto, Pablo. *La vergüenza de todos*. Ediciones Madres de Plaza de Mayo, Buenos Aires, 2005.
- Malcolm, Janet. *El periodista y el asesino*. Gedisa, Barcelona, 1991.
- Marizzi, Bernd y Muñoz, Jacobo (eds).. *Karl Kraus y su época*. Editorial Trotta, Madrid, 1998.
- Mochkofsky, Graciela. *Timerman, el periodista que quiso ser parte del poder*. Sudamericana, Buenos Aires, 2003.
- Peucelle, Carlos. *Fútbol TodoTiempo e Historia de la Máquina* (Prólogo y participación: Dante Panzeri). Axioma Editorial, Buenos Aires, 1975.
- Rivera, Jorge y Romano, Eduardo. *Claves del periodismo argentino actual*. Ediciones Tarso, Buenos Aires, 1987.

- Scher, Ariel y Palomino, Héctor. *Fútbol: pasión de multitudes y de elites*. Cisea, Buenos Aires, 1988.
- Seguro, Santiago. *Héroes de nuestro tiempo*. Debate, Buenos Aires, 2012.
- Soriano, Osvaldo. *Piratas, fantasmas y dinosaurios*. Norma, Buenos Aires, 1996.
- Talese, Gay. *The Kingdom and the power*. Random House, Nueva York, 1997.
- Ulanovsky, Carlos. *Paran las rotativas*. Espasa, Buenos Aires, 1997.
- Uriarte, Claudio. *Almirante Cero*. Planeta, Buenos Aires, 1993.
- Uriarte, Claudio. *Contribución a la crítica de la verdad periodística*. Revista *La Caja*, número 3, Buenos Aires.
- Colecciones de las revistas y diarios en los que escribió Dante Panzeri a lo largo de su trayectoria.



DANTE PANZERI (Las Varillas, Córdoba, Argentina, 5 de noviembre de 1921 - Buenos Aires, 14 de abril de 1978) fue un periodista deportivo argentino, que se destacó por la influencia de sus opiniones, en especial desde la revista *El Gráfico*. Su idea del fútbol como «dinámica de lo impensado» tuvo una gran incidencia en el modo rioplatense de ver ese juego.

Notas

[1] Sus dos libros han sido reeditados en 2011. *Fútbol. Dinámica de lo impensado* por Capitán Swing y *Burguesía y gangsterismo en el deporte* por Capital Intelectual. <<

[2] Closs, Walter, *Humor*, abril de 1988. Walter Closs era el seudónimo de José María Suárez, periodista que comenzó polemizando con Panzeri en las páginas de *El Día*. Luego trabajó con él en *La Prensa* y heredó la página de deportes de la revista *Humor* tras la muerte de Panzeri. En cada mes de abril publicó en esa revista alguna nota conmemorativa de Panzeri. <<

[3] Alfredo Enrique Rossi, «Chantecler». Fue director de la sección Deportes de *La Prensa* y durante años fue una de las firmas más importantes de *El Gráfico*. Tenía un «consultorio» en el que respondía dudas reglamentarias y estadísticas a los lectores. Propuso cambios reglamentarios (alguno, como el del saque de arco, fue adoptado por la FIFA) y fue uno de los precursores en poner puntaje a los jugadores. <<

[4] Sus crónicas de ciclismo están recopiladas en el libro *Pedaleando recuerdos*. <<

[5] Entrevista a Osvaldo Ardizzone, en Rivera, Jorge y Romano, Eduardo, *Claves del periodismo argentino actual*, Buenos Aires, Ediciones Tarso, 1987. <<

[6] Soriano, Osvaldo, *Piratas, fantasmas y dinosaurios*, Buenos Aires, Ed. Norma, 1996. <<

[7] Existe edición en castellano. *El Reino y el Poder*, Barcelona, Grijalbo, 1973. <<

[8] Morales, Víctor Hugo, *El Intruso*, Montevideo, 1979. <<

[9] Los canales de televisión fueron ocupados y luego estatizados durante el gobierno de Isabel Perón. <<

[10] La revista sufrió varias clausuras y prohibiciones. Sus miembros fueron sacando otras revistas de similares características que corrieron la misma suerte. La mayoría de estos proyectos contó con la colaboración de Panzeri. <<

[11] Hay un tercer libro escrito por Panzeri. O por lo menos con gran colaboración de él en su escritura. Se trata de *Fútbol Todotiempo*, de Carlos Peucelle. La última parte del libro es el guión de un documental para Teleonce sobre la historia de La Máquina, de River. <<

[12] Este y los siguientes diez epítetos se los endilgó en una misma nota a Alberto J. Armando, presidente de Boca, quien le inició juicio por injurias y lo perdió porque los jueces consideraron que hubo compensación de agravios. <<

[13] Bufali, Andrés, *Con Soriano por la ruta de Chandler y otras crónicas de los setenta*, Buenos Aires, Seix Barral, 2004. <<

[14] Respuesta a una consulta del lector Héctor Ledesma. En *Panzeri Confidencial*, N.º 6, julio de 1964. <<

[15] Escrito para *Le Soir républicaine*, diario de dos páginas de Argel del que Camus era subdirector. El artículo no pasó la censura francesa. Hablaba del periodismo libre en tiempos de guerra. <<

[16] *El Día*, 09/11/62. <<

[17] Así lo escribía siempre, con doble o, «dooping». <<

[18] Así llamaba a la actual Copa Libertadores. <<

[19] Fue un acérrimo opositor al Prode. <<

[20] Cada presidente y su gestión tenían su propia carpeta. <<

[21] Otro técnico relevante en los ochenta fue Timoteo Griguol de quien supo escribir a principios de los sesenta que «va a mejorar. Le gusta ver el fútbol y estudiarlo». <<

[22] Tiempo después, cuando Menotti ya era el técnico de la selección nacional, Panzeri le criticó algunas declaraciones y excesos en cuanto a su protagonismo en los medios. <<

[23] Copete de la nota: «El futbolístico Buenos Aires volvió a ver GRAN FÚTBOL en la misma cancha donde se viera (por Palmeiras) la última gran exhibición de ese deporte en un field argentino. “Un once” y un excepcional jugador brasileño volvieron a ser sus protagonistas, esta vez con la satisfacción de que un equipo casero también lo fuera. Gran partido, gran exhibición y un dinero que todos consideraron bien gastado (100 pesos la popular y 400 pesos la platea). ¡Esto sí es “fútbol-espectáculo”!». <<

[24] Esta semblanza de Pelé acompañó el comentario del partido Racing-Santos que antecede en el capricho de la creación humana para el fútbol. Los hay pocos en el medio siglo del fútbol organizado. Poquísimos: Orth, en Europa central, Matthews, en las islas británicas; Pedernera, en América del Sur... Pelé para todo el mundo en la actualidad. <<

[25] Copete de la nota: «En la calma de un viaje a Milán, Juan Manuel Fangio rompe el silencio de diez años. Dante Panzeri, nuestro enviado a los Juegos Olímpicos, es el periodista a quien el cinco veces campeón del mundo cuenta los pormenores de su accidente en el Gran Premio de América del Sur. Surge el nombre de Oscar Alfredo Gálvez, su eterno rival en las rutas del turismo de carretera, y también surge una verdad, distorsionada por muchos interesados en crear imágenes ficticias que el tiempo contribuyó a hacer casi reales. Sí, una verdad que ubica a los hechos en su cabal dimensión, pronunciada por Fangio y escrita por Panzeri, que *El Gráfico* se enorgullece de presentar como primicia sensacional a través de una versión sencilla del no menos sencillo deportista balcarceño». <<

[26] Onofre «Pinocho» Marimón. Corredor argentino de Fórmula 1. Falleció en un accidente en 1954 durante la tanda clasificatoria para el Gran Premio de Nürburgring.

<<

[27] Helenio Herrera. <<

[28] Copete del artículo: «Esta nota aboga por una mejor vida social, un mejor ser humano, un hombre más culto, más educado, más bueno y más capacitado para la vida... aunque para ello haya que recibir a un peor jugador de fútbol. Pero sin perjuicio de ese deseo básico, intentamos demostrar en ella que el fútbol no decae por falta de potreros, como se dice, puesto que los potreros siguen abundando aunque aparentemente falten en Buenos Aires. Mucho más decae por menos chicos que, por una mejor orientación familiar, que los controla más de cerca, acuden hoy menos que antes a los potreros a MAMAR EL ARTE DEL IMPREVISTO Y EL ENGAÑO en el manejo de una pelota de fútbol. Hay menos chicos que son corridos por vigilantes, que saltan cercas, que roban naranjas, o se hacen “la rabona”». <<

[29] Copete del artículo: «El fútbol registra solamente una variante reglamentaria que lo pudo cambiar en algo sensacional (la del offside, sancionada en 1925). Las medidas de las canchas son siempre las mismas. Los jugadores son siempre 22. El hecho de que el fútbol se juegue cada vez en menos espacio (hoy casi una lonja de arco a arco) y cada vez con menos atacantes francos (los cinco originales son ahora uno o dos) es la explicación de que en el fútbol no haya wines ofensivos en la abundancia que los hubo. ¿No sería más exacto decir que faltan forwards y no punteros? Donde los atacantes son cuatro o cinco, automáticamente el ancho del campo de juego es cubierto en mayor extensión que cuando los atacantes francos son dos o tres. En tal caso, automáticamente el fútbol “recuperará” los “wines” que pareciera haber perdido... y saldría ganando sin duda». <<

[30] Semifinal del Torneo Metropolitano, disputada el 3/8/67. Estudiantes 4-Platense 3. Se considera este partido como el comienzo de la saga del Estudiantes de Zubeldía. Al comienzo del segundo tiempo el equipo de La Plata caía 3-1 y en apenas 8 minutos pasó a ganar con goles de Verón, Bilardo y Madero. Muchos especulan que si Platense (dirigido por Ángel Labruna) hubiera mantenido la ventaja, se habría modificado la historia del fútbol argentino, una escuela de fútbol —el llamado resultadismo— no habría tenido lugar. Como toda ucronía, algo de imposible comprobación. <<

[31] En la nota inmediatamente anterior, publicada dos días antes en el mismo diario, habla del «acoplamiento de los heterogéneos» como clave de su teoría del fútbol. <<

[32] La Copa Intercontinental quedaría para el Milán. El partido revancha jugado en la Bombonera fue de una violencia inusitada. Aguirre Suárez, Poletti y Pachamé fueron apresados por treinta días luego del encuentro. El más castigado de los visitantes fue Combin. Se dijo que la orden la había dado el presidente *de facto* Onganía, que estaba viendo el partido por televisión desde la Quinta de Olivos. <<

[33] Rancagua, 02/06/62. Árbitro: Latishev (URSS). Formación argentina: Roma, Navarro, Sáez, Cap, Sacchi, Marzolini, Oleniak, Rattín, Sosa, Sanfilippo, Belén. Goles PT: 17m Flowers, 41m Charlton; ST: 21m Greaves, 34m Sanfilippo. <<

[34] En una nota publicada a raíz del último amistoso jugado por la selección antes del mundial, Panzeri expuso su pronóstico para el Mundial. El título era lo suficientemente elocuente: «No esperemos nada. Esperemos lo peor». Resultado. <<

[35] Presidente de la AFA en ese momento. <<

[36] Brasil 3-Checoslovaquia 1. Amarildo, Zito, Vavá (Bra); Masopust (Che). Santiago de Chile, 17/06/62. <<

[37] Wembley, 23/07/66. Árbitro: Kreitlen (Alemania). Formación argentina: Roma, Ferreyro, Perfumo, Albrecht, Marzolini; Solari, Rattín, Onega, González; Artime y Más.

Gol 2T: 33m Hurst.

A los 35 minutos se produce la célebre expulsión del capitán argentino Rattín. <<

[38] Gelsenkirchen, 26/06/74. Árbitro: Davidson (Escocia). Formación argentina: Carnevali, Wolf (Glariá), Perfumo, Heredia, Sa; Squeo, Telch, Balbuena; Houseman (Kempes), Ayala y Yazalde.

Goles 1T: 10m Cruyff, 25m Kroll; 2T: 28m Rep, 45m Cruyff. <<

[39] Vicente Rubino, actor cómico que en el programa de *sketchs La Tuerca* hacía un personaje de origen alemán, al que no se le entendía gran cosa cuando hablaba, que repetía constantemente ese latiguillo. <<

[40] La revista *Chaupinela* anuncia en tapa la guerra Muñoz-Panzeri. El relator firma un artículo titulado: «Por qué debe hacerse el Mundial de Fútbol en la Argentina». Allí brinda su apoyo incondicional a la realización del torneo y expone una serie de motivos que demostrarían (según su visión, dominante en esos tiempos) que el Mundial dejaría grandes ganancias económicas al país, más allá de los beneficios de «imagen» frente al mundo. En la página siguiente, Panzeri brinda sus argumentos absolutamente contrarios en este artículo que aquí se reproduce. <<

[41] La nota, también, contenía un recuadro titulado «¿La única verdad es la realidad?», que decía: «El último Mundial 74 tuvo un quebranto de 900 000 entradas no vendidas porque el turismo extranjero fue muy escaso, pese a que Alemania estaba “cerca” para todos. Las ciudades de Colonia y Nuremberg rechazaron las sedes que intentaron adjudicarles, y el intendente de Colonia, Robert Weber, dijo por qué el 15/08/71 (en “La Opinión”): “Es mucho más importante la construcción de escuelas y hospitales que de otro modo habría que dejar de lado... por las insensatas demandas para que Colonia construya un estadio para 60 000 personas, tableros luminosos, estacionamientos para 15 000 automóviles... la población no está mayormente interesada en esto”. Y tuvo razón. Los alemanes no le dieron importancia al Mundial 74 en la proporción que desean los mercaderes del fútbol. México recibió, en 1970, 15 000 turistas por su Mundial. Inglaterra, en 1966, 20 000. Chile, en 1962, 3000 (y la cuota mayor fue de argentinos que no llegaron a mil). Brasil con su Minicopa de 1972 incendió 4 millones de dólares en organización digna de paredón para sus responsables, entre ellos el ahora amo del fútbol mundial, João Havelange, mientras 50 de sus 90 millones de habitantes siguen sepultados en el analfabetismo que el fútbol compensa con “imagen, prestigio y promoción”». <<

[42] Inédito. Escrito para el diario *La Opinión*, agosto-septiembre de 1976. Tipeado y corregido a mano por Panzeri en hojas pautadas del diario. Encontrado en su archivo personal. Este es el artículo que le lee a Lacoste en la reunión que se describe en el siguiente apartado. <<

[43] Hallado en su archivo personal. Es el recuento pormenorizado que realiza Panzeri de su reunión con Lacoste. Está escrito a máquina sobre hojas pautadas del diario *La Opinión*. Contiene acotaciones y correcciones manuscritas por Panzeri que fueron incorporadas al cuerpo principal del texto. <<

[44] Colombia era el país designado para organizar el Mundial 86. Declinó y la sede, tras la presión de Cañedo y Televisa, se le asignó a México. <<

[45] EAM 78 (Ente Autárquico Mundial 78). <<

[46] Se estima que la cantidad de extranjeros que ingresaron al país en ocasión del Mundial 78 apenas alcanzó el 15% de esa cifra. <<

[47] Copete de la nota: «Despacito, despacito, a los clubes de fútbol les fue creciendo una ronchita que, con el tiempo, se transformó en un doloroso grano: los dirigentes, una mancha imposible de borrar. Así, desde el puntapié inicial de Alumni vs. Estudiantil Porteño hasta el último minuto de Rosario vs. Newell's, los presidentes, vicepresidentes, interventores, tesoreros y afines, se volvieron los dueños de la pelota, al punto que hoy ya no se puede jugar sin ellos y, a qué negarlo, con ellos tampoco, al punto que hoy los actos del escribano Mitjans se observan con tanta emoción e interés como las gambetas de Pelé. He aquí las historias, anécdotas y apostillas de la vida misma de estos célebres y prósperos hombres que han hecho mal y, sin embargo, dirigen. ¡Qué despelote!». <<

[48] Este artículo dio motivo a un juicio (uno de los tantos) entablado por Alberto J. Armando contra Panzeri. Manuscrito por Panzeri en su archivo: «Esta nota motiva querrela judicial de Armando. La gano en primera instancia; la pierdo en la Cámara y la pierdo en la Corte de la Pcia. de Bs. As. Es la ÚNICA que me gana. Las otras las perdió Armando en el fuero metropolitano». Esta nota, por lo tanto, es histórica dado que es el motivo de la única causa penal que pierde Panzeri en ejercicio de su profesión. <<

[49] Benny Kid Paret, cubano campeón del mundo peso welter, murió el 3 de abril de 1962, luego de pasar 10 días en coma tras la paliza sufrida ante Emile Griffith en una pelea con el título en juego. Era el tercer enfrentamiento entre ambos. Griffith impactó 29 veces consecutivas a Paret en uno de los rincones del *ring* sin que el árbitro parara la pelea. En los Estados Unidos provocó gran conmoción dado que se televisó en directo un día de semana a la noche. La única consecuencia real que tuvo fue que no se televisara boxeo por un buen tiempo. La actividad ni se prohibió ni se reguló. En el pesaje previo al combate, Paret había llamado a Griffith «maricón». Muchos atribuyen la saña de Griffith a ese insulto recibido delante de periodistas y allegados (siempre circularon rumores sobre la homosexualidad de Griffith, que él mismo confirmó en su vejez —aunque bajo los efectos del Alzheimer—). <<

[50] Medalla de Bronce en categoría hasta 75 kgs. <<

[51] Medalla de Plata. En los Juegos Olímpicos anteriores había sido medallista de bronce. <<

[52] En muchas de las audiciones del ciclo participó, también, el actor Osvaldo Terranova. <<

[53] En la revista Mundo Radial del 05/04/51, en la columna «chimentera» con formato de diálogo, firmada por Urraquita (su vecina de página era la Tía Valentina) se decía: «—Dígame una cosa... que a lo mejor se me olvida, ¿usted nunca escuchó a Dante Panzeri por Radio del Estado? —Usted dice el de la Peña Deportiva, ¿no? — ¡Ese mismo! —Me dijeron que está muy interesante. —Es original sobre todo el modo de encarar la audición para gente que sabe poco de deportes. Se lo cuentan allí en diálogos muy lindos, muy naturales, datos verdaderamente curiosos. Yo le escuché casualmente uno sobre natación y piletas y sobre esgrima. Créame que no entiendo nada de eso, pero no pude dar vuelta el dial para sacarlo. ¡Me interesó de veras! —¡Es el mejor elogio que se le puede hacer!». (Al momento de publicarse esto el programa de Panzeri ya había sido sacado del aire). <<

[54] El 5 de enero de 1951, José María Gatica se enfrentó con el campeón del mundo Ike Williams (sin el título en juego). La pelea generó una gran expectativa popular y resultó un gran fiasco. Gatica fue noqueado en el primer *round*. <<

[55] La nota ocupa un recuadro dentro de la cobertura hecha por Free-Lance (legendario especialista de *rugby* de *El Gráfico*). Panzeri firma su participación, extrañamente, con seudónimo —aunque el elegido sea lo bastante transparente como para que todo lector supiera quién lo había escrito (más allá del inconfundible estilo): Panzeri firma como DEPE. <<

[56] El texto ocupó un recuadro en la parte superior de la página, en medio del comentario del partido de River-Boca por el campeonato. Es decir, uno de los números de mayor venta del año. El recuadro llevaba por título «Opina Alsogaray»: «A requerimiento de *El Gráfico*, el ministro de Economía opinó: “La presión de mis tareas habituales hace que no tengan mayores oportunidades de asistir a espectáculos como este. Pero invitado por las entidades del fútbol que habían ofrecido espontánea colaboración al Empréstito de Recuperación Nacional 9 de julio 1962, me hice un espacio de tiempo y pude concurrir a lo que resultó una verdadera fiesta del deporte. Más de 100 000 personas dieron pruebas de un entusiasmo y optimismo que ojalá fuera la nota dominante en todo el país. Sinceramente me impresionó ese espectáculo. Al mismo tiempo me hizo sentir más confiado que nunca acerca de las posibilidades argentinas de realizar un esfuerzo y recuperar su posición de avanzada. Podrá pensarse que no hay relación alguna entre un tema y otro, pero para mí, que estoy obligado a considerar siempre las reacciones humanas, la actitud de ese público en medio de un entusiasmo desbordante me significó un índice de verdadero valor. Por otra parte el entusiasmo es contagioso, y durante dos horas, me fue posible olvidar presupuestos, financiaciones y tantas otras cosas no precisamente agradables que constituyen mi tarea diaria. Creo que volveré algunas otras veces a las canchas de fútbol”». <<

[57] Las cartas y sus respuestas se reproducen tal cual fueron publicadas originalmente. Sin aditamentos ni sustracciones. En cursiva, lo escrito por los lectores. En negrita, la respuesta de Panzeri. <<

[58] Apenas un mes después de la anterior carta. <<

[59] Vicente Feola. Director Técnico del Brasil campeón del mundo 1958, contratado por Boca a inicios de la década del 60. <<

[60] *Polémica en el Fútbol*, conducido por Carlos Fontanarrosa, enemistado con Panzeri y quien lo sucederá en la dirección de *El Gráfico*. <<

[61] Recuadro inserto en la nota de Panzeri en el primer número de la revista *Satiricón*. <<

[62] Copete de la nota: «Las más grandes obras humanas son fruto de la protesta: las más perdurables creaciones del hombre son efecto de los defectos corregidos por disconformidad; la del periodismo es, entre otras, la obligación de protestar... aunque ella se haya dejado muy de lado en los tiempos que vivimos. La nobleza de esa misión no radica en el acierto ni se disminuye por error: reside en su mira del bien común». <<

[63] Copete original de la nota: «Cáigase de traste al suelo, lector: Panzeri también quiere a mucha gente y habla muy bien de unos cuantos tipos. Este pelado furibundo e indomable, este temido señor de anteojos que tiene una suerte de amor convulsivo por el deporte y tal vez por eso lo aporrea, el vociferante Panzeri, es también un tipo capaz de ponerse tierno, blando, emocionado, nostálgico y agradecido. Por otro lado, aunque parezca mentira, hay cosas que le gustan, hay gente a la que quiere. Todo eso, vaya a saber por qué mágica cuestión, está en este relato, a través del cual se filtra de paso todo un edificio de ideas acerca del mundo y sus habitantes. Que te dure, Panzeri, que te dure». <<

[64] En esa nota, Panzeri hace referencia a unas declaraciones del atleta Dyrzka, que habiendo ido a competir a Tokio en unas competencias preparatorias a los Juegos Olímpicos 64, dijo: «Parecía un pobre muchacho abandonado en comparación con los de los demás países». Panzeri dice que el presupuesto deportivo es muy escaso y que además se destina muy mal. Como ejemplos pone la postulación para la sede olímpica y para organizar el Mundial de Fútbol 70. Allí se habían gastado 10 millones de pesos de la época, el total del presupuesto dedicado por el gobierno nacional al deporte. Da un tercer ejemplo: una delegación de dos militares enviados a un Congreso de Deportes Militares a Casablanca. Uno de ellos, Leonhardt, es sindicado por Panzeri en el artículo como: «... profesor de educación física ávido y sagaz explorador de maneras de viajar con el dinero del país y el disfraz del deporte. Lo hace como Director Técnico (NUNCA SE SUPO EN QUÉ COSA) de las delegaciones nacionales en Melbourne 56 y Roma 60 y Juegos Panamericanos de Chicago y San Pablo. Es un ejemplar típico de los que succionan buena parte del presupuesto deportivo argentino». Un poco más adelante lo llama (junto a otros) «Zángano del deporte». Leonhardt al leer el artículo decidió retar a duelo a Panzeri.

<<

[65] Copete de la nota: «La película “Woodstock”, testimonio de un festival que, a su vez, sintetizó todo el clima del movimiento juvenil en los años 60, se exhibe desde hace dos años, sin interrupción, en la trasnoche del cine Ritz. Una fiel muchedumbre adolescente se congrega en esa esquina de Cabildo. En estos días, otra cinta excita la imaginación del público argentino: “Tommy”, de Ken Russell. Las dos obras se parecen entre sí en su alegato generacional, y Dante Panzeri —que usa el pelo corto y no baila *rock*— sirvió a esta revista de enviado especial al Mundo Joven Visto por el Cine. Parece ser que los melenudos del Ritz lo miraban como a un bicho raro, cosa que sobreexcitó a nuestro cronista y le hizo brotar este despampanante informe». <<